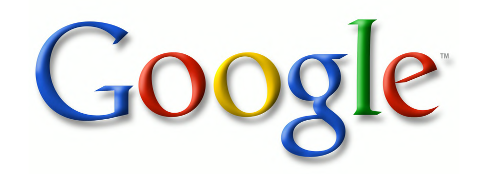
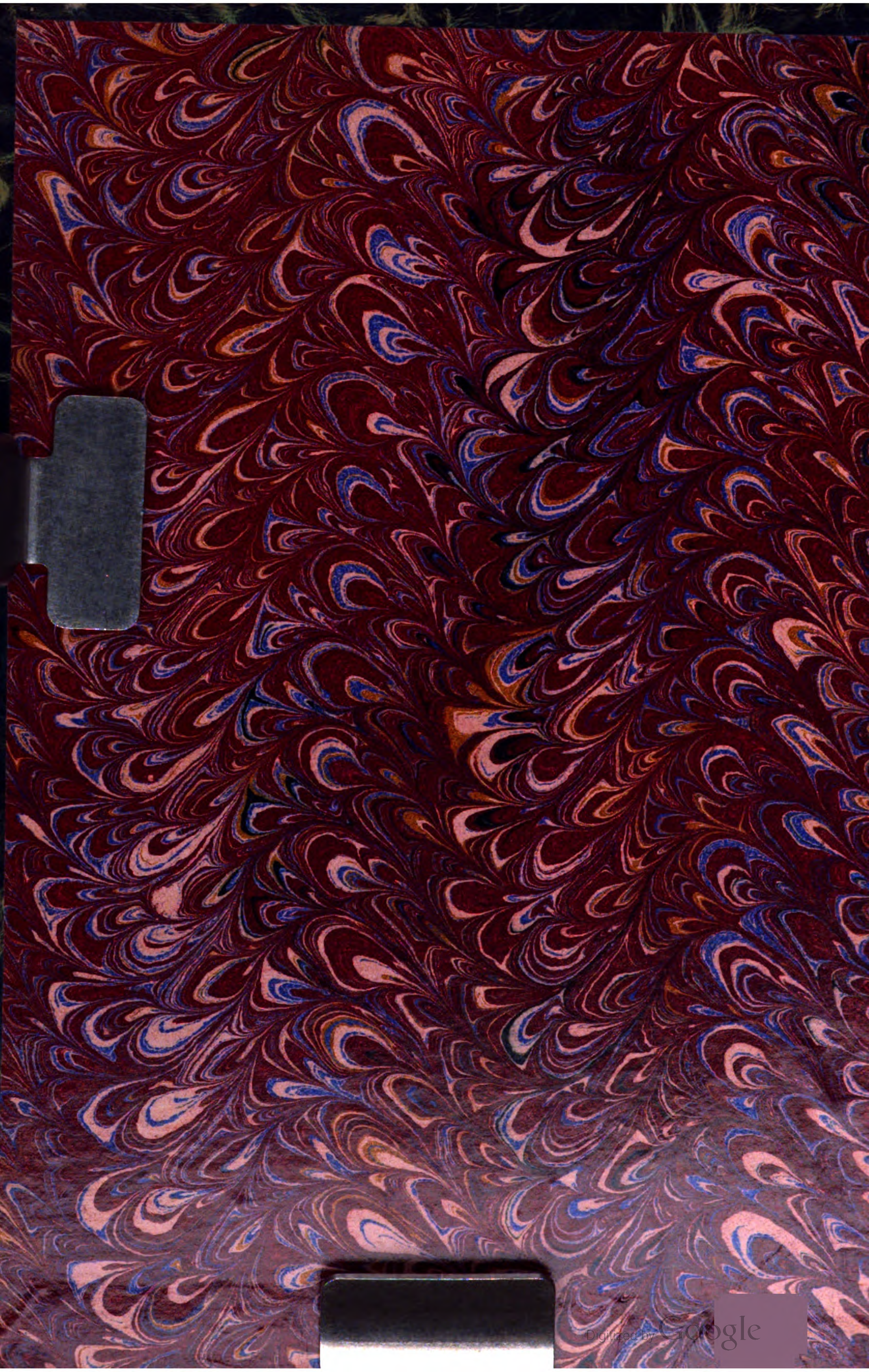
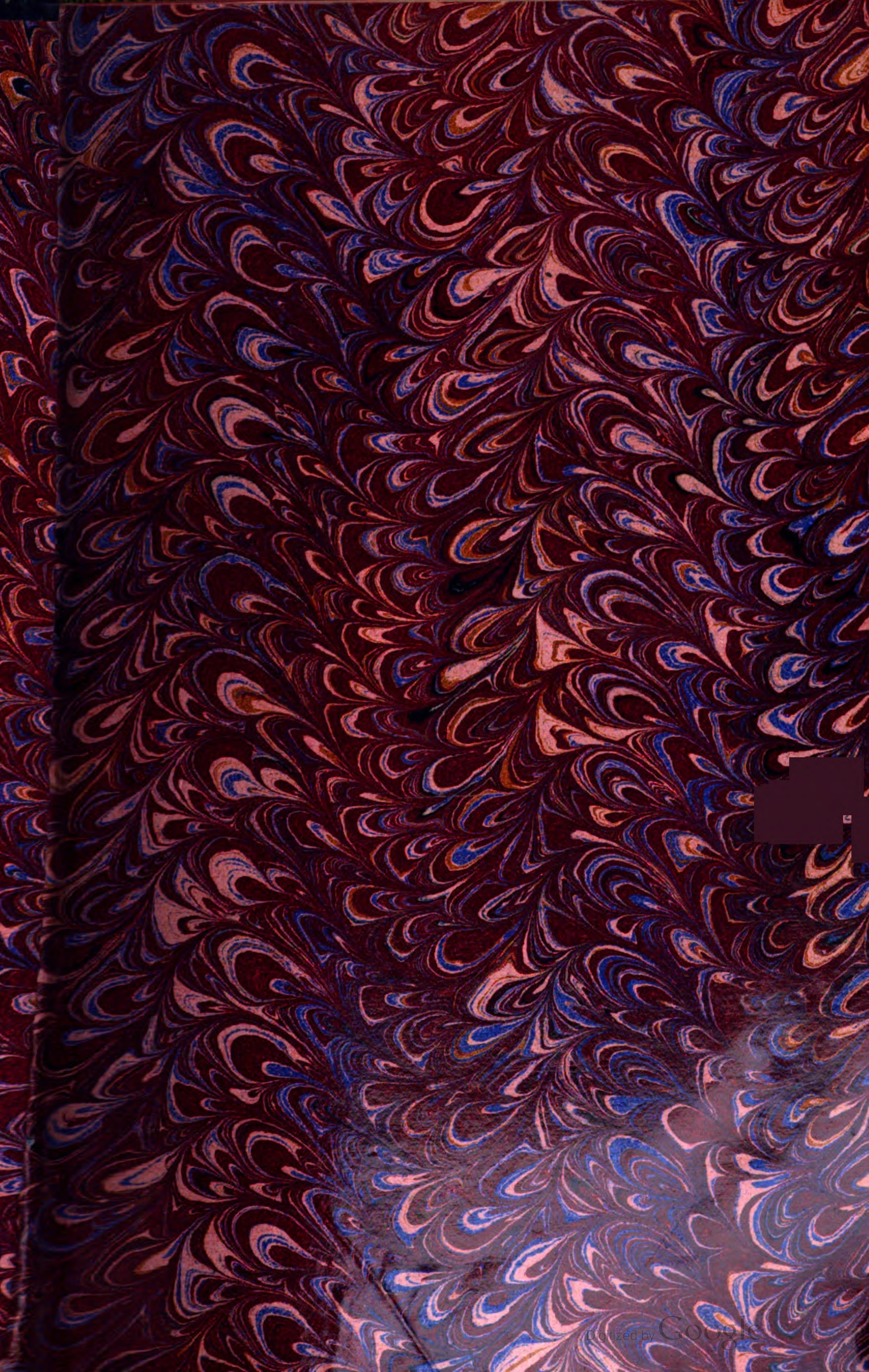









UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5318641553

HISTORIA CRÍTICA

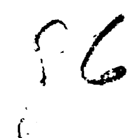
DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA,

POR

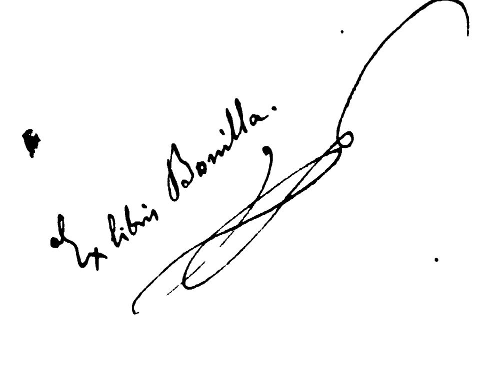
DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, ETC.





MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE JOSÉ FERNANDEZ CANCELA.
Calle del Fomento, 13, principal.
1864.


Ex libris Bonilla.

ADVERTENCIA.

Historiado en el precedente volúmen el tercer período, que asignábamos en la *Introduccion general* de la presente obra al desarrollo de las letras pátrias, tócanos ahora estudiar con la circunspeccion y el detenimiento que de suyo solicita, el cuarto de los expresados períodos, que no es en verdad ménos interesante, al contemplar el gran cuadro de la civilizacion castellana, si bien ofrece más reducidas dimensiones. Comprende desde la catástrofe del rey don Pedro hasta el fallecimiento de Enrique III, realizándose en él nuevas y peregrinas transformaciones de aquel arte, que habian ilustrado los preclaros nombres de Alfonso X y Sancho IV, de don Juan, hijo del infante don Manuel, y del Archipreste de Hita.

El primer fenómeno intelectual y literario que demanda en efecto maduro exámen, mediado el siglo XIV, es la representacion que logran en nuestra literatura las ficciones caballerescas. Al considerar su aparicion, éranos sin duda necesario investigar sus orígenes, tomando en cuenta los opuestos sistemas que sobre el particular militan en el campo de las letras; reconocer su legitimidad y fijar las leyes de su existencia allí donde la constitucion social, la política y las costumbres habian hecho posible su desarrollo; determinar sus peculiares caractéres desde el punto en que hallan en el arte la idealizacion que las perpetúa y engrandece; y trazar, por último, la senda vaga, indecisa y malsegura que siguen en las producciones de nuestros ingenios, ora insinuándose en los poemas heróico-eruditos de una manera ocasional é indirecta, ora tomando plaza en las crónicas nacionales á vueltas de los hechos realmente ciertos, ó bien imprimiendo su espíritu en las leyes que atañen á las clases privilegiadas, y produciendo, cual mediata consecuencia, no insignificante efecto en las instituciones positivas de la caballería española.

Este momento, harto significativo en la historia nacional, porque tiene extrecha y visible correspondencia en las esferas de la política nacida del escándalo de Montiel, no podia dejar de reflejarse en las letras, y se reflejó por cierto de un modo inequívoco y positivo. ***El noble cuento del emperador Cárlos Maynes de Roma et de la buena enperatriz Seuilla, su muger***, sabrosa ficcion que hallaba al propio tiempo éco en los pueblos del Norte, y ***el cuento muy fermoso del emperador Ottas de Roma et de la infante Florençia, su fija, et del buen cauallero Esmere*** [1], leyenda piadosa y romancesca por extremo, con otras varias invenciones de la musa caballeresca, emanadas ya del ciclo breton, ya del carlowingio, abrieron y facilitaron el camino al ingenio español para crear el *Amadís de Gaula*, modelo y fuente, dentro y fuera de la Península Ibérica de otros muchos libros de caballerías y estimados poemas, así como padre afortunado de larga progénie de paladines.

Con esta singular transformacion del arte erudito, la cual no anulaba las conquistas anteriores de la literatura castellana, por más que iba á contribuir á extraviar, andando el tiempo, los instintos de la muchedumbre, pervirtiendo al par, y más inmediatamente, en los doctos el criterio histórico; se inicia tambien en las regiones de la poesía una innovacion de alta y aun no bien quilatada transcendencia, como que de ella provienen y en ella arraigan profundamente las innovaciones sucesivas, que llevan el arte á la tan aplaudida y definitiva revolucion de Garcilaso. Tal era la introduccion de la *alegoría dantesca*, que iba á constituir nueva y afortunada escuela en el parnaso castellano, no sin que hallara contradiccion y enérgica protesta en otras escuelas, que lo habian hasta aquella sazon señoreado. Averiguar la ocasion y el instante en que esta influencia, que se derramaba de igual modo á todas las literaturas meridionales, penetra en nuestra pátria; designar aquella parte del territorio español, donde dicha novedad pudo insinuarse sin resistencia; examinar y ponderar los elementos que se le oponen en la España Central, teniendo por intérpretes inteligencias muy privilegiadas; seguir

1 Véanse estos *Cuentos* á las págs. 344 y 391 del presente volúmen.

sus progresos, y verla cundir á nuestras regiones orientales y occidentales con abundantes frutos; mirarla refluyendo al centro de la Península, para luchar de nuevo con las escuelas dominantes, llevando su influjo y su predominio á las siguientes edades... asunto era, en verdad, digno de largas meditaciones, á las cuales no podiamos renunciar sin grave falta.

Y no sólo han fijado nuestra atencion, dentro del referido período, las manifestaciones indicadas. La historia y la elocuencia vulgares tienen tambien notables cultivadores; y generalizándose su estudio á todas las comarcas, donde es el romance castellano habla de la muchedumbre, parecen preludiar desde esta época el no lejano predominio de la civilizacion de la España Central sobre las extremidades de la Península. Mas no deja la historia de experimentar notables contradicciones, cuyo exámen cumplia en gran manera al conocimiento de sus progresos. Inclinada desde muy temprano á la investigacion de la antigüedad, habia aspirado á poseer todos sus tesoros; pero no bien llegaba á la mitad del siglo XIV, logrando las versiones de Tito Livio y Valerio Máximo, cuando sorprendida por las ideas caballerescas, vióse de pronto adulterada con todo linaje de fábulas y fantásticas invenciones, no perdonadas las mismas crónicas nacionales. Era de mucho efecto el apreciar debidamente las causas de este conflicto, de que sólo pudo salir triunfante la historia, merced á la dignidad personal de los que se consagraron en reinados posteriores á su cultivo; pero al reconocer semejante desarrollo, interesaba tambien determinar la progresiva elaboracion de las formas narrativas, cualquiera que fuese el fin especial y el asunto de las obras históricas. *La Crónica de las Fazañas de los filósofos*, y la primera parte de la *Troyana,* nos advertian respecto de este punto, que no carecieron de modelos las *Generaciones é Semblanzas*, ni los demás libros sus semejantes: las arengas y canciones de Livio y de Salustio, una y otra vez imitadas, nos preludiaban, comunicando interés y movimiento dramático á la exposicion, el genio histórico de Mendoza, de Mariana y de Melo.

Fiel á sus tradiciones aparecía la elocuencia sagrada. Mientras era mayor el olvido de los deberes religiosos y morales en

prelados y magnates, sacerdotes y caballeros, más enérgica se mostraba la condenacion de los vicios, y con mayor eficacia la santificacion de las virtudes, exigiendo en consecuencia de nosotros todo esmero el exámen de los monumentos consagrados á perpetuar los nobles esfuerzos de un fray Pedro Pascual y un fray Jacobo de Benavente. Desconocidos eran del todo en la república de las letras; pero su ignorancia no debia seguir autorizando el error de los que suponian que hasta el siglo XVI no existe la elocuencia sagrada, como si fuera posible subir á la alteza de los Granadas y Leones, sin los insignes ejemplos de una larga vida, favorecida por las instituciones religiosas de la edad media y alimentada por la vivificadora savia de las creencias. El estudio que en el presente volúmen exponemos, nos vindica al mediar del siglo XIV, de aquel injusto agravio, mostrando que las obras de don Pedro Gomez de Albornoz y don Pedro de Luna, son otros tantos eslabones en la cadena de la tradicion, que á dicha no llega jamás á romperse.

Bajo cuatro diversos aspectos se ofrecia pues en el período, á cuyo desarrollo consagramos el presente volúmen, la historia de nuestras letras. Todos eran en nuestro sentir por extremo interesantes y todos exigian de nosotros igual solicitud y anhelo; porque sin quilatar debidamente la significacion y recíproca influencia de los elementos que revelan, era de todo punto imposible el asignar á cada uno la representacion legítima que alcanzan en el sucesivo desenvolvimiento de la civilizacion española. Nuestro deber nos imponia por tanto la indeclinable tarea de mostrar este camino, si habiamos de salir del cáos en que se habian perdido otros historiadores, estableciendo al par la cronología de las ideas y de los hechos, de tal manera que no pareciese ya peregrino, forzado y contradictorio lo que era natural, espontáneo y consecuente. No hày para qué observar que ahora, como siempre, hemos ambicionado vivamente el acierto, porque esto pueden suponerlo nuestros lectores, sin tildarnos de pretenciosos. Así nos fuera dado asegurar de igual suerte, que en tan difícil senda no hemos hallado invencibles obstáculos.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA.

II.ª PARTE—SUBCICLO II.°

CAPITULO I.

NUEVAS TRANSFORMACIONES DEL ARTE ERUDITO.

Aparicion del elemento caballeresco en la literatura española.—Orígen del sistema poético que lo desarrolla.—Distintas y contradictorias teorías sobre este punto.—Teoría de los arabistas.—Sus contradicciones.—Teoría clásica: su apoyo en las tradiciones latinas.—No es suficiente para resolver el problema propuesto.—Teoría indo-germánica: sus fundamentos históricos.—Verdaderos elementos constitutivos de la poesía caballeresca.—El feudalismo.—Su espíritu: sus fines políticos.—Protesta del sentimiento de libertad contra este opresor sistema: su personificacion en el arte.—Naciones en que florece espontáneamente la literatura caballeresca.—Division de sus ficciones: el ciclo breton: el ciclo carlovingio.—Obras principales que producen.—Su desemejanza con las del arte español.—Conócenlas los eruditos: monumentos que lo revelan.—Los poemas; las crónicas: las leyes.—Momento favorable para tomar cuerpo en la literatura castellana.—Venida de ingleses y franceses á mediados del siglo XIV.—Efecto de la misma en la política y en las letras.—Aparicion del arte alegórico.—Influencia de la *Divina Commedia:* Miçer Francisco Imperial.—Repugnancia de los eruditos á esta innovacion.—Pero Lopez de Ayala.—Inclínase este á la imitacion clásica, al escribir la historia nacional.—Triple modificacion del arte.—Resúmen.

Domina en la historia de los pueblos y fija de contínuo las leyes accidentales de su existencia y de su cultura el frecuente roce y comercio de las diversas nacionalidades que reciben vida y se desarrollan en el transcurso de los tiempos, ya sea el referido contacto hijo de la paz, ya de la guerra. Mas este hecho notabilísimo y trascendental, cualquiera que sea el punto de vista bajo que se estudie, ni llega á producir sazonados frutos en un solo dia, ni se revela nunca en las esferas del arte, sin dar una y otra

vez claras señales de su iniciacion y desenvolvimiento. Y será tanto más laboriosa y lenta; habrá menester de tanto mayor espacio para realizarse la expresada manifestacion, cuanto sean más vivos y enérgicos los instintos del pueblo sobre que ha de reflejar la indicada influencia y más desemejantes á su vida positiva los gérmenes que hayan de fructificar en su seno. Pero hay más: ese movimiento vago, indeterminado, latente acaso para los mismos cultivadores del arte, bien que real, progresivo y lógico para la historia y la filosofía, aunque inherente á la vida intelectual, como la marea al Océano, quedaria las más veces sin efectos visibles, á no venir á completa granazon por medio de otro fenómeno social, que conmueva á deshora los fundamentos de la república. Llega este momento supremo para las letras españolas, al clavarse, bajo las tiendas de Beltran Du-Guesclin, el puñal fratricida del bastardo de Trastamara en el pecho del rey don Pedro; y mientras aquellos vengativos hermanos renuevan ante los muros de Montiel el sangriento y afrentoso drama de Eteocle y Polinice; mientras con el auxilio de extrañas y mercenarias huestes, pone don Enrique sobre sus sienes la corona del Rey Sábio, arraigan en el campo de la literatura española, con fuerza desusada, plantas nacidas en lejano suelo, quitados de pronto los obstáculos que se habian opuesto á su aclimatacion y cultivo.

Ninguno de nuestros lectores habrá dejado de comprender que hablamos del doble movimiento literario ya indicado en los últimos capítulos del primer subciclo, y más principalmente del que se refiere al género de literatura universalmente designado con el título de *libros de caballerias*. Nuevo órden de ideas y de sentimientos, nueva materia poética y nueva máquina literaria, en gran modo distintos unos y otras de cuanto habia ofrecido á nuestra contemplacion el arte que brota espontáneamente en el seno de nuestra cultura, vienen ahora á ser interpretados y expuestos por la lengua de Castilla. El mundo exterior, animado á la voz del poeta, ofrece á vista de los lectores nuevo y sorprendente espectáculo: espantables gigantes, á cuyo poder titánico y brutal se rinden comarcas enteras, yermadas por la ferocidad de semejantes dominadores; horribles y repugnantes enanos, cuya

ingénita malicia y extremada astucia los pone en perpetua guerra con la humanidad que enciende con la bienandanza sus insaciables ódios; monstruosos dragones, dotados de inteligencia para guardar en misteriosas cavernas tímidas vírgenes ó malhadadas princesas; pérfidos ó cobardes encantadores, que envidiosos de la agena felicidad, aprisionan con sus artes damas y caballeros, ejecutando en ellos crueles venganzas; genios y hadas bienhechores, que ya elevándose del seno de las ondas, ya morando en las solitarias grutas de la marina ó en la aspereza de las montañas, predicen lo futuro y escriben, al nacer, en la frente de los caballeros las portentosas proezas de su vida, siendo en toda ella sus guias y ángeles tutelares; islas, alcázares y lagos encantados, que encierran en su recinto nunca imaginadas maravillas; fuentes, filtros y bálsamos, que trastornan las mentes y los corazones, alterando á la vista los objetos, trocando en odio ó amor profundo las más débiles pasiones, y restituyendo á la lozanía de la juventud la ancianidad decrépita; talismanes, espejos y conjuros, á cuya virtud se humilla la naturaleza, rompiendo el armonioso concierto de sus eternas leyes y poblando el espacio de sierpes, trasgos y vestiglos; caballos, escudos, lanzas, espadas y cuernos, sometidos al influjo de irresistibles encantos, é instrumentos de altas é inconcebibles victorias; y finalmente caballeros predestinados, á quienes suben la fortuna y el esfuerzo de sus corazones desde la última pobreza á la sublimidad de la púrpura..... hé aquí el fastuoso aparato que iba á desplegarse á los ojos de nuestros mayores en vario, pintoresco y deslumbrador conjunto, para examinar no menos fantásticas y peregrinas historias, á las cuales daba levantado y constante interés lo inesperado de las peripecias y lo dramático de las situaciones.

¿De dónde venia pues ese nuevo sistema poético llamado á producir en los anales de las letras españolas una de sus más trascendentales transformaciones?... ¿En qué literatura se habia desarrollado antes de penetrar en la castellana?... ¿De qué modo se verifica ese cambio en el gusto de nuestros escritores y en qué esfera se realiza?... ¿Domina de una manera absoluta en todas las manifestaciones del arte, ó divide su imperio con otras influencias, ya presentidas y que debian por tanto hallar cierta

satisfaccion en el campo de la poesía y de la historia?... Cuestiones son todas de no exigua importancia para la crítica; mas no de solucion tan fácil que puedan ser tratadas en breves renglones, bien que hayan procurado respecto de las primeras mostrarnos el camino muy insignes escritores extraños. El mismo anhelo de la verdad que en unos reconocemos y el afan que en otros resplandece por sustentar teorías originales, han servido de obstáculo á la verdadera ilustracion de esta materia, engendrando al par diversas opiniones, ni todas admisibles por completo, ni dignas todas de ser igualmente desechadas.

A tres pueden y deben, no obstante, reducirse las principales teorías de los que han intentado descubrir las primitivas fuentes del sistema poético, desarrollado en la literatura caballeresca. Primera: la que señala su orígen en la de los árabes. Segunda: la que descubre sus primitivos gérmenes en las obras de la antigüedad clásica. Tercera: la que apelando á las enseñanzas de la historia, se precia de hallar los referidos elementos en las naciones del Norte. Examinemos con imparcial sobriedad estas contradictorias opiniones [1].

Achaque general de la erudicion ha sido en cierta época (y achaque de que todavía no ha llegado á convalecer) el designar al pueblo y civilizacion de los Califas cual fuente obligada de todo desarrollo filosófico, artístico y literario, operado durante la edad-media. Enmudeciendo ante la autoridad de los que proclamaban tales descubrimientos, renunciaron, con no poco daño de la historia, á la investigacion de la verdad aquellas privilegiadas inteligencias que hubieran podido ilustrarla; y no fué por cierto más afortunada la crítica literaria en órden á los orígenes de la poesía, que constituye el mundo caballeresco. A la literatura arábiga pasaron desde la persa tan maravillosas ficciones, comu-

1 No juzgamos del todo ocioso el consignar aquí que siendo para nosotros incidentales todas estas cuestiones, no tenemos por acertado darles aquella extension que en otro caso reclamarian por su importancia. Sin embargo, es de todo punto imposible el dejar de tomarlas en consideracion, si hemos de obtener el fruto apetecido de nuestras investigaciones relativas á la aparicion de la poesía y literatura caballerescas en la literatura y poesía españolas.

nicándose á España con la dominacion sarracena, y extendiéndose desde la Península á las demas naciones de Europa. Sobre este hecho, no demostrado, se ha erigido pues el sistema que pretende en uno y otro sentido explicar el nacimiento de aquella rica y vária literatura. Llevando al centro de las nacionalidades del continente esos elementos extraños á su civilizacion, los connaturaliza primero en la antigua Armorica ó Bretaña, y los trasporta despues á Inglaterra, haciéndoles echar duraderas raices en el país de Gales y á poco andar en el de Cornualla, depositarios ambos de iguales tradiciones y regidos con frecuencia por las mismas leyes [1]. Un monumento, al parecer irrecusable, se presenta en comprobacion de estas afirmaciones: la crónica latina de *Monmouth*, traducida del breton por el benedictino Gofredo, antes de subir á la cátedra episcopal de Asaph en 1151; libro formado de diferentes fragmentos, escritos en lengua vulgar desde el VII al IX siglo [2].

Indudable es que en esta renombrada crónica aparece ya parte de aquel sistema poético que tiene despues extraordinario incremento en los libros de caballerías, llamados á constituir el ciclo breton, narrándose tambien las hazañas que conquistan al rey Artús la envidiada gloria de ser el primero de los paladines de la *Tabla Redonda*. Los gigantes de aterrador aspecto é in-

1 El autor y propagador de esta teoría fué el inglés Tomás Warton en su *History of english poetry, from the close of the eleventh to the commencement of the eighteenth* (Lóndres, 1775), donde consagra una disertacion entera á investigar *the origin of romantic fiction in Europe* (t. I, al principio). Mr. de Ginguené extracta esta disertacion en el cap. III, II.ª Parte de su *Hist. litter. d'Italie*, t. IV.

2 Warton asegura que los MSS. sobre que se fundó la *Crónica de Monmouth* estaban en efecto en lengua bretona ó armoricana, llevando el título de *Bruty-Brenhined*. Hallólos en 1100 Gualtero ó Walter, entendido diácono de Oxford, que viajaba á la sazon en Francia, y llevándolos á Inglaterra, los comunicó tiempos adelante á Godofredo de Monmouth, así llamado por ser arcediano de su Iglesia, al cual han designado algunos autotores (Roquefort Flamirecourt, *État de la poésie française dans les XII et XIII siècles*, III.ª Parte, cap. I), con el nombre de Godofredo Artur.— La última asercion del texto se halla en la pág. 9 del t. I. de la *Historia* de Warton.

contrastable poderío, reservados para enaltecer con su inesperada humillacion los triunfos de los caballeros; los dragones maravillosos, cuyos terribles combates llenan de pavor los corazones más esforzados; los portentosos encantamientos y las misteriosas y enigmáticas profecías de Merlin, en que se mencionan leones, sierpes y vestiglos, consultándose el no entendido canto de las aves, cual seguro oráculo; las sorprendentes metamórfosis producidas por este encantador, en virtud de filtros, brevages ó yerbas mágicas; y por último, aquel valor intrépido é irreflexivo que ni conoce el peligro, ni se dobla al infortunio, ni cede á la invencible ley de la fuerza..., todos estos gérmenes existen en efecto en la *Crónica de Monmouth*, anunciando que han de tener en breve notable desarrollo [1].

Mas no porque reconozcamos dichas circunstancias, será posible admitir la consecuencia que pretenden sacar de ellas los partidarios de la teoría arábiga: cuando afirman, como un hecho indubitable, que las obras bretonas, sobre que la expresada crónica se funda, fueron escritas desde el siglo VII, olvidaron lastimosamente que no aparecieron los soldados de Tariq y de Muza hasta el siglo VIII al frente de la antigua Europa, no siendo por tanto imaginable que trajeran al seno de la misma elementos que antes de su venida se reflejaban ya en las producciones del arte y que habían necesitado de largo tiempo para vivir en las tradiciones populares [2]. Ni anduvieron más cuerdos, al suponer

1 Puede consultarse lo que dicen sobre este punto los citados Warton, Ginguené y Roquefort, y con ellos Mr. de la Rue en su *Disertation sur Robert Wace*, inserta en el t. XII de las *Memorias Arqueológicas* de la Academia de Caen; Mr. Mallet en su *Introduction* á la Historia de Dinamarca, y Mr Graber de Hemsó en su *Saggio Istorico*, que mencionaremos despues. La crónica apellidada de Monmouth, aunque plagada de ficciones, ofrecia no obstante cierto sentido histórico, comprendiendo la genealogía de los príncipes galeses (welches) desde el troyano Bruto hasta Cadwalladér, que alcanza al siglo VII. Fué impresa en 1508 y 1517 en París (fól. y 4.º) con el título siguiente: *Britanniae utriusque regum et principum origo et gesta insignia ab Galfrido monemutensi ex antiquissimis Britannici sermonis monumentis in latinum traducta.*

2 El indicado Warton atribuye no escaso valor en esta suerte de mitología romántica á las enormes piedras que existen en Irlanda y Escocia, y

que el expresado sistema habia fructificado en la España cristiana, antes de salvar los Pirineos para comunicar su aliento á otras literaturas; pues no solamente dejaban en completa oscuridad el camino que llevaron aquellas ficciones, al verificar el indicado tránsito, sino que ni apuntaron siquiera en qué monumentos del arte español habian dado señales de vida; requisito sin el cual venia por el suelo toda hipótesis, quedando despojada del racional fundamento de la historia. Verdad es que era esto de todo punto imposible: la literatura española, ya en su manifestacion latino-eclesiástica, ya en la vulgar, no posee antes del siglo XIV monumento alguno que se asemeje á la *Crónica de Monmouth*, careciendo de apoyo aquella aventurada opinion, no más consistente por cierto, al referirse al ciclo *carlowingio*.

Es la crónica del arzobispo Turpin, compuesta en sentir de los más doctos críticos por un monje del siglo XI, la base generalmente conocida de cuantos poemas ensalzan el valor y la fama de Cárlo-Magno y de sus doce Pares [1]. La analogía de sus ficciones con las fábulas de los libros arábigos (dicen unos) no puede ser más sensible: la historia del Emperador y de Roldan (añaden otros) fué llevada de España á Francia, antes de ser es-

que segun las tradiciones populares estaban dotadas de cierta virtud mágica: supónelas ya trasportadas por gigantes de las costas de Africa, ya por los encantamientos de Merlin. Aunque el sentido popular, viciado algun tanto, buscase la explicacion del respeto que le inspiraban dichas piedras, en accidentes sobrenaturales, no es posible dudar que ese respeto es hereditario en las regiones de Gaula y Cornualla, y nacido del verdadero objeto, á que estuvieron primitivamente consagrados dichos monumentos. Todo el mundo sabe ya que esas piedras encantadas fueron altares, piras y templos de los antiguos celtas, distinguiéndose, segun sus diversas aplicaciones, con los nombres de *men-hires*, *dolmenes*, *alineamientos*, *piedras giratorias ú horadadas*, etc. Por manera que, cualquiera que fuese la trasformacion experimentada en la estimacion del vulgo por este linage de tradiciones, siempre habrá necesidad de confesar que no reconocen su orígen entre los árabes, quienes nada tuvieron que ver con aquellos paises.

1 La *Crónica de Turpin ó Tilpin* se supuso escrita en el siglo IX; pero nadie ignora ya que sólo apareció durante el XI, con el nombre supuesto de aquel arzobispo, que jamás existió en la Iglesia de Francia. La autoridad de Voltaire ha sido de mucho peso en esta disquisicion crítica (*Essai sur les Mœurs et l'esprit des nations*, t. II, cap. XV).

crita por el famoso arzobispo de Rheims [1]: las maravillas de las hadas, la creacion de los gigantes invulnerables, la invencion de las armas encantadas y de los mágicos talismanes (observan estos) corresponden de lleno á la poesía del Oriente: la crónica fabulosa de *Turpin* y la no menos peregrina de *Monmouth* (aseguran aquellos) son el fundamento de todos los poemas de la caballería [2]. En ellas (prosiguen) aparecieron por vez primera los caracteres principales y las fundamentales ficciones que han ministrado tan abundante materia á este linage de composiciones poéticas. Ningun libro habia hablado antes en Europa de gigantes y encantadores, de dragones y fantásticos vestiglos; y proviniendo sin duda todas estas novedades de una misma fuente, fuerza es convenir en que sólo pudieron derivarse de la literatura oriental, representada por los árabes [3].

El procedimiento parece lógico, una vez admitido el princi-

1 El celebrado prior de Vigeois, muerto en el último tercio del siglo XII, afirmó que la referida *Crónica*, ó al menos el ejemplar que él vió por vez primera, era originario de España; y esta aseveracion, á que daba cierto peso la misma antigüedad, ha sido motivo de largas disputas, declarándose finalmente la cuestion de todo punto insoluble (Roquefort, *De la poésie françoise dans les siècles XII et XIII*, pág. 137). Lo admirable, en nuestro concepto, es que se haya suscitado.

2 Dado que todas estas maravillas reconocieran por única fuente las regiones orientales, ¿seria posible concluir en buena crítica que sólo se comunicaron á Europa por medio de los árabes?... Adelante veremos cuán infundado es semejante aserto, que desvanece por otra parte la misma historia de la civilizacion arábiga en nuestro suelo. En cuanto á ser las crónicas referidas la única base de las ficciones caballerescas, recordaremos aquí las historias romancescas de Thelesin y Melkin, aducidas por el célebre Huet en su *Origine des Romans*, para refutar la opinion del docto Saumaise, uno de los más entusiastas arabistas. Ambas historias contenian los hechos y empresas del rey Artús y de los caballeros de la *Tabla Redonda;* y aunque no está comprobada su existencia, prueba el indicado testimonio que no fué para todos los escritores tan clara, como pretendieron los partidarios de la influencia árabe, la cuestion que daban ya por resuelta.

3 Ginguené, *Hist. litt. d'Italie*, Parte II, cap. III. Sin embargo de aparecer inclinado á este sistema, vacila no poco al quilatar los hechos en que se fundan los contrarios, limitándose en consecuencia al mero oficio de expositor.

pio; mas sobre no apoyarse en uno de esos hechos que cierran el camino á toda discusion, no sabemos hasta qué punto podrá resistir la prueba de la teoría, que acudiendo á las venerables tradiciones de la antigüedad clásica, niega virtualmente cuantas hipótesis ofendan la continuidad moral de la historia. ¿Por qué cerrais los ojos á las obras del arte homérico y á la historia y mitología greco-romana, para no ver en ella esas ficciones, cuyo orígen oscureceis con las nieblas de vuestros gratuitos sistemas?... ¿Hablais de terribles gigantes? Pues ningunos pueden poner más espanto en el ánimo de los hombres que aquellos, de quienes se dijo que osaron levantar el Pelion sobre el Osa, para arrojar á los dioses del Olimpo; ningunos han recibido mayor fama en las producciones del arte que Polifemo y Caco, que Tycio y Anteo. ¿Tratais de magos y encantadores?... Pues recordad las maravillas obradas por Circe y Calypso, Medea y Tyresias. ¿De mónstruos y dragones?... El Cancerbero y la Hidra de Lerna, la Serpiente Pyton y la Esfinge Tebana, el Dragon de las Hespérides y el del Bellocino de Oro, los Centauros y el Minotauro os dirán hasta qué punto llegó la fantasía de los poetas griegos en este linage de creaciones. ¿De escudos terribles, de armas encantadas?... Traed á la memoria la egida de Minerva, los escudos de Aquiles y de Eneas, la lanza del hijo de Peleo y las flechas de Filoctetes. ¿De héroes invulnerables?... Aquiles sólo puede recibir la muerte por el talon, así como Ferragús sólo puede ser herido en el ombligo; Eneas camina entre las flechas griegas y las llamas que devoran la mísera Ilion, sin que llamas ni flechas puedan causarle enojo; Messapo, prole de Neptuno, es superior al hierro y al fuego. ¿Ponderais finalmente las profecías de Merlin?... Comparad, sin embargo, con ellas los oráculos de las Sibilas [1].... Hé aquí (prosiguen los partidarios de

1 Esta enumeracion es susceptible de extenso desarrollo desde las transformaciones de Júpiter hasta las de Proteo y Glauco. La mitología, sistema completo y altamente hermanado con la ciencia del mundo antiguo, no se borró de la memoria de los hombres tan fácilmente como se ha supuesto, así como no pudo borrarse la nocion de la misma ciencia, por grande que fuera la oscuridad de la barbárie. San Isidoro en España, Beda en Inglaterra y los académicos de Cárlo-Magno en Francia atestiguan

la teoría clásica) cómo antes de que se escribieran las famosas crónicas de ***Monmouth*** y de ***Turpin*** existian en el seno de la sociedad europea todas esas ficciones que sirvieron de fundamento al sistema poético desarrollado en los libros de caballerías.

En el siglo XI, en que estos nacieron (replican sin embargo los arabistas), yacian en olvido profundo Homero y Virgilio; no poseia Europa manuscritos del poeta griego, y los del poeta latino estaban envueltos en el polvo de las bibliotecas de algunos conventos, no frecuentadas de los eruditos [1]. Pero aun cuando este aserto pudiera admitirse, dando por sentado lo que no es histórico ni simplemente verosímil, á saber, que habia llegado á borrarse del todo la tradicion docta de la literatura clásica; aun cuando semejante afirmacion se establezca, al tratar de libros escritos precisamente en lengua latina, todavía conviene reparar en que, trasmitidas de edad en edad las supersticiones del mundo antiguo, y con ellas todas las artes goéticas, segun en varios pasages va demostrado, no es propio de críticos que aspiren al título de filósofos el desconocer que debian vivir en la memoria de las gentes todas esas ficciones creadas por la fábula, por más que la distancia y la oscuridad de los tiempos las alterasen y desfiguraran. Y cuando los mismos sostenedores de la teoría que

esta verdad. Los que juzgan que la edad-media cortó con el mundo antiguo toda comunicacion, niegan las leyes morales de la historia y hacen imposible toda explicacion filosófica de aquel maravilloso movimiento intelectual, conocidó con el nombre de *Renacimiento*. Ni ¿cómo se comprenderia por otra parte la existencia de ciertos poemas, meramente clásicos por su asunto, aun en la literatura del Norte? ¿Qué significaria por ejemplo la *Eneida* de Enrique de Veldeke, la *Guerra de Troya* de Conrado de Wurzbourg y más adelante las *Methamorphosis* de Alberto de Halberstadt?... Verdad es que al negar absolutamente las tradicionos clásicas en la edad-media, se ha perdido de vista que la Crónica de Monmouth y el *Roman du Brut*, que citaremos despues, fundan toda su narracion en la venida á Inglaterra de un hijo de Ascanio, nieto por tanto del piadoso Eneas, cantado por Virgilio.

1 Puede admitirse este aserto respecto del cantor de Aquiles, aun cuando nunca con la excesiva latitud que le dá Ginguené, á quien principalmente aludimos (*Hist litt de Ital.*, t. IV, cap. cit.): no así en lo tocante á Virgilio, por grandes que fueran las tinieblas de los siglos X y XI en órden á las letras latinas.

sólo concede á los árabes la trasmision de los expresados elementos, confiesan paladinamente que antes de pasar á las dos crónicas latinas, tenian ya cuerpo y valor en las obras de la muchedumbre, no será ilógica ni aventurada conjetura la que apoyada en el natural desenvolvimiento de la historia, conceda á la tradicion clásica cierta intervencion en el nacimiento de aquel sistema poético.

Decimos cierta intervencion, porque así como es para nosotros insuficiente la teoría de los filo-arábigos, para explicar satisfactoriamente este fenómeno literario, así tambien carece de fuerza y de eficacia para llegar al mismo fin la de los clasicistas, aunque no podamos negar que esos elementos heredados del antiguo mundo podian nuevamente combinarse para dar vida, aun bajo distintas leyes, á las producciones de la fantasía. Mas no bastando por sí solos á formar un sistema tan completo como el que se revela en los libros caballerescos, necesario es volver la vista á distinta fuente, saliéndonos al encuentro la teoría de los que la han hallado en los pueblos del Norte. Grande aparato de erudicion histórica y etnográfica despliegan estos [1], para exponer su opinion, remontándose á los tiempos del famoso rey del Ponto y del más celebrado Odino (Sigge Fridulfson), y partiendo de las conquistas llevadas á cabo por este legislador asiático en la Rusia europea, en las regiones septentrionales y occidentales de la Germanía y en Dinamarca, Suecia y Noruega [2]. Odino, gran

1 Consúltese sobre este punto el muy apreciable *Cuadro de la literatura del Norte* (Tableau etc. Paris 1853) de Mr. F. G. Eichhoff. Sólo despues de contar muchas obras escritas bajo la pauta de este excelente libro, podrá llegarse á pronunciar la última palabra en cuestiones de orígenes. El fundamento capital de ella estriba en los estudios etnográficos.

2 Warton, que segun va notado, es uno de los más distinguidos partidarios de la influencia arábiga, toma sin embargo en cuenta estos hechos, llegando á resolver que lejos de destruir su primitiva teoría, la apoyan y esclarecen, por reconocer las ficciones de árabes y escandinavos, que vamos á indicar, un mismo orígen en las regiones del Asia. Si esto es así, claro parece que lo mismo podria decirse de las ficciones mitológicas; y constando que los pueblos del Norte tienen verdadero contacto histórico con las naciones en que florece el sistema poético de que tratamos, no hay para qué martirizarse en buscar, como peregrino, lo que al cabo llega á ser propio.

sacerdote, discreto cultivador de las letras, gobernador sóbrio y justo, logró introducir en todas aquellas comarcas, con honda veneracion de los naturales, la religion de sus mayores, modificó la aspereza de sus rudas costumbres, y no sólo les hizo adoptar el culto y las leyes, sino tambien la lengua [1].

Era natural consecuencia de todos estos hechos que las ideas, las tradiciones y los sentimientos del pueblo de Odino echasen profundas raices entre los escandinavos, por más que el referido conquistador y sus sucesores procurasen no lastimar sus instituciones primitivas [2]. Creian los compatriotas de aquel príncipe que presidian al nacimiento y ulterior destino de los hombres ciertas hadas (walkyris); y admitian igualmente la mediacion de los genios de luz (alfes), habitadores de la region celeste y de los genios negros (hales, sombras) que moraban en la tierra. Un dragon alado y negro, de tremendas garras é insaciables fáuces, devoraba los cuerpos de los infelices que morian en pecado: espantosos gigantes (iotes ó iotum) dominaban las montañas; astutos enanos (dverges) guardaban las cavernas, haciendo unos y otros perpetua guerra á los hombres. Semejantes creencias, canonizadas por el respeto del fanatismo que rodea el nombre de Odino [3], arraigan con los demas dogmas de aquella region ori-

1 El efecto producido por la conquista de Odino en las regiones del Norte, ha sido compendiado por el docto Eichhoff en estas palabras: «Dominando, al parecer de los escandinavos, toda la tierra, rodeado de los »*Ases* ó jefes divinizados que forman su cortejo celeste, vencedor de los ge»nios malhechores, aunque sin trégua amenazado por ellos;—resume en sí »respecto de los expresados pueblos, el heroismo que afronta los obstáculos, »la perseverancia, que los domina, y sobre todo la discrecion, que los evita. (Tableau, pág. 36). La gratitud de los vencidos eleva al vencedor á la esfera de la divinidad, circunstancia que hace realizable la influencia inusitada que los historiadores le conceden. No se olvide que lo último que puede perder un pueblo, es la lengua hablada por sus mayores.

2 Esta opinion apunta Mr. Gråberg en su *Saggio Istorico sugli scaldi ó antichi poeti scandinavi* (Pisa 1811), fundándose en muy valederas razones (pág. 47 y 48). Todo convence de que Odino era un conquistador extraordinario.

3 Mr. Eichhoff observa que la voz *Wodan*, cuya raiz *odh* ó *wuth* penetra en todos los dialectos germánicos, y cuya significacion es la de *pensamiento*, acerca á Odino al Boudha de los indios, genio de la sabiduría,

ginaria del Asia, en el suelo del Norte, derramándose en breve á la mayor parte de las regiones germánicas. Allí encarnan en las primitivas tradiciones, y comunicándoles especial colorido, animan por largo tiempo el harpa del poeta (skaldo), mezclándose á los recuerdos heróicos é infundiendo nuevo espíritu á los guerreros. Alli se connaturalizan y robustecen con las supersticiones populares, que se reflejan enérgicamente en los cantos del *Edda* [1]; y al mismo tiempo que empieza á disiparlas la luz del Evangelio, aparecen á la faz de las demas naciones, conducidas á Inglaterra por la espada de los sajones y daneses, llevadas á Francia por las falanges de los normandos. Poco despues recogia Semundo Sigfuson las últimas reliquias del arte inspirado por los dioses de Odino, levantando á la antigua cultura del Norte el sencillo y grandioso monumento, donde se hallan escritos con duraderos caracteres los nombres de Thor, Balder y Freyr [2].

llamado así del verbo *budh*, concebir. Aproximado por este nuevo camino á la divinidad, viene á ser el centro de aquella especie de mitología, cuyas principales ficciones, en la relacion poética que vamos estableciendo, quedan ya indicadas.

1 Desde el primer canto de este peregrino y misterioso libro, que es la *volopsá* ó *vision de Vala*, manera de Génesis del pueblo escandinavo, se encuentra ya el vario aparato de enanos, que nacen de la sangre de *Brimer* (estr. XII y siguientes) y de *Dvalin* (estr. XVII); de hadas, entre quienes resplandecen Skulda, Skogel, Gunar, Hildar y Gondel, consagradas al príncipe de los combates (estr. XXIV); de magas, tales como Gulvege, quemada tres y más veces y protectora siempre de la raza de los malvados (est. XXV y XXVI); de gigantes, entre los cuales es notable la vieja Gygur, habitadora de la selva de hierro (estr. XXXVII); de serpientes y dragones, tales como Yormungand y Nidhogre (est. XLV y LII); y finalmente, de palacios de oro, gallos encantados, perros, águilas, rios, árboles y otras mil creaciones de la fantasía, tipos todos que derivados, segun notaremos, á civilizaciones más occidentales, pudieron tener notable influencia en el desarrollo del sistema poético, adoptado por la literatura caballeresca.

2 Sigfuson existió por los años de 1100 y fué designado con el nombre de Sabio. Fugitivas á Irlanda las reliquias de los antiguos escandinavos, refúgianse en aquella isla solitaria los sacerdotes del culto odínico, que conservaban las primitivas tradiciones: propagada al cabo la luz del Evangelio por San Bonifacio, San Anscario y sus discípulos hasta el centro de dicha isla (siglo XI), hallan los dogmas escandinavos su último intérprete en Semundo, quien escribiendo las cartas religiosas, liga á la posteridad el me-

Por esta doble senda, que parte de un mismo punto, se derivan, pues, en sentir de muy doctos escritores, á las Islas británicas y á la Francia del siglo X las peregrinas ficciones, que toman carta de naturaleza en la antigua Bretaña, y que animando las historias fabulosas reunidas por el obispo de San Asaph en su famosa crónica, se transfieren al suelo de Gales y á las comarcas de Cornualla, engendrando en una y otra parte los poemas de la caballería. Sin duda es este sistema el que más parece acordarse con la ley histórica y providencial que preside los destinos de la humanidad en el progresivo desarrollo de su múltiple y complicada cultura; aquellos elementos poéticos, aquellas misteriosas tradiciones que se hallaban amenazadas de muerte en el suelo, en que fructificaron por largos siglos, carcterizando la religion y las costumbres,—venian ahora á fecundar nuevas civilizaciones, sometiéndose á los fines ulteriores de las mismas. Sin embargo, por más vitalidad y energía que trajeran todas estas ficciones, por grande que fuese la sensacion que produjeron en el ánimo de los pueblos, á cuyo seno eran trasportadas, poco ó muy pasajero efecto hubieran logrado en las esferas del arte, á no hallar en cierto modo preparado el terreno por el recuerdo vago, pero constante, de otra mitología, cuyas divinidades y fundamentos, si bien se mostraban en lo exterior desemejantes á los de la religion de Odino, ofrecian notable armonía y unidad en el fondo [1]. Pudieron de este modo hermanarse, para conspirar á un

morable libro que recibe el nombre de *Edda* (ley sagrada). Véase el citado Eichhoff, pág. 42.

1 «La cosmogonía y los genios elementales que sirven para figurar la »creacion (dice el docto Eichhoff), nos parecen remontarse, así entre los »germanos como entre los celtas, entre los romanos como entre los griegos, »á la más apartada antigüedad, á las tradiciones primitivas de Asia im»portadas por los primeros colonos» (pág. 34). Partiendo de este principio, establece notables analogías entre los diversos sistemas teogónicos de griegos, romanos, celtas, germanos y escandinavos, mostrando así los lazos que unen el antiguo simbolismo oriental y las divinidades astronómicas de la India, la Asiria y el Egipto con las de Grecia y Roma, no menos que con las de los germanos, celtas, vendas é iberos. Esta correspondencia interior de los espíritus, aunque interceptada á menudo por las grandes catástrofes de la humanidad y por la irresistible fuerza de los tiempos, no por eso ca—

mismo fin, los ricos y variados elementos que legó al morir el arte clásico á las generaciones de la edad-media y los elementos que traidos del Norte, refrescaban esa misma tradicion con nuevos gérmenes de vida. La teoría de los clasicistas, más fundamental, más histórica que la de los partidarios de la influencia omnímoda de los árabes, se enlaza estrechamente con el sistema de los que atribuyen á los normandos, daneses y sajones directa participacion en el desarrollo de la poesía caballeresca [1].

Mas dados ya todos esos elementos y admitida la fusion de todas esas ficciones, que aumenta y multiplica la juvenil fantasía de los pueblos que los reciben, ¿podia decirse que estaba formado el sistema poético, revelado por los libros de caballerias?.... Cualquiera que fuese el brillo y la riqueza de esa manera de mitología, que contribuye á crear la máquina exterior del arte, jamás hubiera llegado á producir verdadero sistema literario, sin hallarse subordinada á principios fecundos, capaces de encerrar en sí y revelar vigorosamente el espíritu y la vida interior de la sociedad, en cuyo seno iba aquel á manifestarse. La poesía caballeresca tiene su más firme apoyo en el feudalismo.

duca y desaparece del todo, dando en un dia determinado sorprendentes resultados, cuya explicacion seria absolutamente imposible, sin acudir á las fuentes primitivas de la historia, reconstruyendo las mismas tradiciones por medio de la ciencia etnográfica y la filológica. Así debe suceder, en nuestro sentir respecto de las investigaciones que vamos indicando.

1 La cohorte, distinguida por cierto, de los arabistas, ha sido reforzada por no escaso número de críticos, que reparando en la absoluta falta de pruebas con que se exponia aquel sistema, han apelado á las Cruzadas para darle nueva luz y mayor autoridad. No queremos plaza de arbitrarios en el estudio de la historia, cualesquiera que sean sus relaciones con la civilizacion; pero si pudieron las Cruzadas tener alguna influencia en el perfeccionamiento, ó mejor dicho, en el acopio de los elementos que constituyen la máquina literaria de la poesía caballeresca, no se olvide que ya antes de emprenderse la primera de aquellas expediciones se hallaba fundamentalmente organizado el sistema feudal, base principalísima, conforme á continuacion veremos, de aquella literatura, y que no sólo se habian consumado las conquistas de sajones y daneses, sino tambien las famosas expediciones de los normandos, tomando estos asiento en las regiones occidentales. El influjo de las Cruzadas no pudo en consecuencia ser primitivo, como parece indicarlo el empeño de los que las citan al propósito.

Nacido este del centro de la barbárie é hijo por una parte del valor individual y por otra del total olvido de las ideas del derecho y de la organizacion militar que reciben las nuevas comarcas, en que es dividido por los pueblos del Norte el imperio de los Césares romanos, tiene su orígen en los beneficios militares creados para defensa de las fronteras; beneficios que hubieron de distinguirse con los títulos de ducados, marcas, condados y baronías [1]. Ensayado acaso por vez primera entre los lombardos, comprimidos al par sobre las orillas del Pó por los emperadores de Oriente y por los pueblos septentrionales, que iban cayendo sucesivamente sobre el centro de Europa, propagábase en breve este sistema á las regiones de la Germánia, donde hallaba incremento en las mismas costumbres, y extendíase tambien en-

1 Entre las teorías más ó menos brillantes que se han inventado para explicar el orígen del feudalismo, llama nuestra atencion la que expone el distinguido Mr. Guizot en su *Historia general de la civilizacion europea*. «Establécese (escribe) el señor feudal en un paraje solitario, ya en la cima »de un monte, ya en el centro de una selva: allí construye su morada que »rodea de altos y gruesos muros: enciérranse con él su muger, sus hijos y »acaso algunos hombres libres que carecen de bienes de fortuna y gozan »de su especial aprecio. Alrededor ó á los piés de este castillo se agrupa »una corta poblacion de colonos ó de siervos que cultivan las tierras de su »señor: en medio de este pueblo coloca la religion una iglesia y lleva á ella »un sacerdote. En los primeros tiempos del régimen feudal este sacerdote »es á la vez capellan del castillo y cura del pueblo: dia vendrá en que se »separen estos dos caracteres y en que el pueblo tenga un sacerdote que se »albergue junto al átrio de su iglesia. Hé aquí el orígen y creacion de ese »nuevo estado, el elemento primordial del feudalismo.» Hasta aquí Guizot. Pero semejante teoría, si halaga por un momento la imaginacion, no satisface la razon histórica. El feudalismo es un hecho de fuerza, y como tal sólo debe buscarse en la fuerza su verdadero orígen: así únicamente debe ser considerado como inmediata y natural consecuencia de la organizacion guerrera que recibe Europa, á efecto de las sucesivas invasiones de los pueblos septentrionales; y ya existan en el seno de la antigua sociedad gérmenes más ó menos sensibles, como pretenden algunos, ya los traigan los pueblos germanos, ya se desarrollen de este ó del otro modo, siempre habrá de referirse su manifestacion en el seno del continente europeo á la constitucion indicada, no siendo posible su establecimiento y desarrollo por otra senda, ni habiendo otra manera más racional y sencilla de explicar este fenómeno político de los tiempos medios.

tre los francos, apareciendo ya grandemente robustecido al comenzar del siglo VIII.

Ni tardó mucho en ser adoptado en las demas naciones de Europa, siendo en verdad digno de notarse que al reunir Cárlo-Magno bajo un mismo cetro la mayor parte de ellas, lejos de destruirlo, como parecia demandarlo la política del Imperio, contribuyera, bien que indirectamente, á fomentarlo. La debilidad de los sucesores de este gran príncipe, y sobre todo las vergonzosas discordias de los hijos de Ludovico Pio, á que pone desastroso fin la batalla de Fontenay [843], trocaron aquella constitucion militar en instrumento de bárbara anarquía, estableciéndose de hecho y de derecho el feudalismo, y rompiéndose del todo, ó siendo enteramente ilusorios los lazos del señorío y vasallaje, que habian existido hasta entonces entre los magnates y los reyes. «Vióse cada reino de Europa (dice al propósito un es»critor respetable) dividido y subdividido en inmenso número de »pequeñas soberanías, subordinadas unas á otras en la aparien»cia, pero que realmente no reconocian ni para obedecer ni para »mandar otro principio que la fuerza y el atrevimiento. Los pue»blos estaban esclavizados; los reyes sin poder; las guerras en»tre barones grandes y pequeños eran continuas: la anarquía »perpétua. En Inglaterra conservaron los reyes más influencia; »porque Guillermo el Conquistador la dividió en gran número de »baronías, y siendo cada una pequeña, ningun baron pudo igua»larse con el monarca ni en autoridad ni en riquezas. Pero el »resto de Europa estaba sumerjido en el más lastimoso desór»den. A este sistema de cosas, á esta perpétua descomposicion »del poder soberano, á esta anarquía universal, á esta combina»cion de fuerzas débiles que obraban sin concierto, ni régimen, »dan los publicistas el nombre de gobierno feudal. Su siglo de »oro fué desde el reinado de Ludovico Pio hasta el de San Luis, »época muy difícil de estudiar, pero muy importante, porque en »ella está contenida la suerte ulterior de las naciones moder»nas [1].

1 Don Alberto Lista y Aragon, *Memoria sobre el feudalismo en España, Revista Universal*, t. II, pág. 7.

Erigido el feudalismo en poder, á nombre de la libertad y de la independencia de unos pocos, fué pues el más duro instrumento de la opresion, egercida impunemente por el fuerte y el poderoso sobre el menesteroso y el débil. Sólo era ley el capricho: la seguridad pública y la seguridad doméstica existian únicamente en la fuerza. Pero esta ley de hierro y de violencia debia al cabo hallar en la tierra antídoto y correctivo: almas elevadas y generosas, que reprenden y condenan en secreto tan cruda opresion, exaltadas por el doloroso espectáculo de la virtud y de la inocencia, torpemente vilipendiadas, se alzan en medio de la universal servidumbre para rechazar tamaños desmanes. Un solo camino existia para llegar al término presentido: era la fuerza la fuente única, la única fórmula de derecho respecto del feudalismo: la fuerza debia por tanto ser empleada para dar cima á tan noble y meritoria empresa: la ley del hierro sólo podia ser rebatida por el hierro, y lo fué. Hé aquí cómo nace y se desarrolla el sentimiento caballeresco; cómo se forma y organiza aquella resistencia armada que, santificada por la religion, recibe el nombre de *caballería*, y que ofreciéndose en holocausto por la libertad de los hombres, se prepara desde su cuna á sufrir todas las amarguras y á arrostrar todas las contradiciones, hasta lograr la emancipacion de los débiles y oprimidos.

Protesta tan noble como enérgica debia ser altamente popular en todas las regiones que gemian bajo el yugo del feudalismo, tendiendo irresistiblemente á encontrar la expresion más adecuada en la literatura de aquellos mismos pueblos. La poesía caballeresca surgió espontáneamente para satisfacer esta necesidad imperiosa: la caballería era una religion, y su sacerdocio el egercicio de todas las virtudes: el caballero que merecia por excelencia este nombre, tipo de perfecciones: la fé de su creencia pura y ardiente, como el celo de la justicia que armaba su diestra; su palabra inviolable; su abnegacion profunda; su valor invencible; su amor casto é inextinguible, como la llama de su fé. Tan altas virtudes le encumbran sobre todos los príncipes y los reyes de la tierra, haciéndole merecedor del cetro y de la corona: su espada desata los encantos, postra la soberbia de los gigantes, quebranta los formidables dragones, auyenta los vesti-

glos: las hadas misteriosas, que han arrullado los sueños de su infancia, vigilan de contínuo sobre su vida, dominadas de aquella fuerza superior, que dirige los destinos de los séres privilegiados; y en una palabra, el mundo de las ficciones y de las maravillas es el teatro de su bravura, rodeándole con fantástica aureola y engrandeciéndole con el tesoro de las tradiciones populares la universal gratitud de los oprimidos, que ven en sus victorias el triunfo de la virtud, y le proclaman en su entusiasmo amparador de los desvalidos, escudo de los huérfanos [1].

Esta sublime idealizacion de la caballería, semejante en sus efectos á la idealizacion histórica del heroismo de los caudillos españoles, es pues el único lazo capaz de unir los diversos elementos, que han ido acumulando en el seno de Europa los distintos pueblos que fijan en ella sus moradas. El sentimiento, que hace brotar tan bella y generosa creacion en mitad del cáos de la edad-media, nace directa é inmediatamente del estado de la sociedad y obedece las leyes históricas de su natural progreso: por eso el arte que la revela es popular, y sus multiplicadas producciones llevan tras sí el aplauso de la muchedumbre: por eso, existieran ó nó las crónicas de *Turpin* y de *Monmouth*, hubiera logrado inevitable desenvolvimiento en las regiones, donde imperaba el feudalismo con todo el aparato de la fuerza; por eso, en fin, no tuvo, no pudo tener la misma importancia en aquellas naciones, donde causas sin duda providenciales establecian en la sociedad cierta manera de equilibrio, y donde podia el pechero de hoy elevarse mañana, por medio de su valor ó de su virtud, á la silla de sus magnates [2].

1 No será fuera de sazon el manifestar que hay algunos poemas ó *libros de caballerías*, donde bastardean algun tanto los caracteres generales del caballero, en especial respecto de la pasion del amor. Tal sucede por ejemplo en *Tristan de Leonis* y *Lanzarote del Lago*. Pero obsérvese que en estos casos, verdaderamente excepcionales, ceden los caballeros á cierta ley fatal, superior á toda fuerza humana, no alterando la fisonomía general del tipo, creado por la fantasía popular é idealizado por el arte.

2 Notando esta capital diferencia el más celebrado crítico francés de nuestros dias (el *ecléctico* Villemain), y considerando las dos grandes familias de héroes, nacidas de las hazañas de Cárlo-Magno y de las ejecutadas por los normandos, imagina otra tercera española, á que da por raiz y ca-

Que esto es así, lo prueba con exuberancia de datos irrecusables la historia de las letras. El siglo de oro del feudalismo es tambien el siglo de oro de la poesía y literatura caballeresca; y ya provengan de la crónica de *Monmouth* y de la de *Turpin*, ya de las tradiciones, cuentos y cantos populares, aparecen los poemas que representan aquella gran lucha entre el sentimiento de la libertad y el hecho de la opresion, divididos en dos ramas principales adheridas á las dos grandes fuentes de tan peregrinas ficciones: tales son las ramas designadas arriba con los títulos de *ciclo breton* y *ciclo carlowingio* [1].

beza Ruy Diaz de Vivar (*Tableau de la litterature du Moyen-age*, t. I, leccion VII). Villemain determina sin embargo con cierta claridad los diferentes caracteres de los caudillos españoles y de los héroes fantásticos de la caballería, manifestando que debe considerarse en los primeros la grandeza del hombre, mientras domina respecto de los segundos la magnitud de los sucesos. Esta observacion era sin duda suficiente para apartarle de la frágil teoría que establece: los héroes españoles viven en la historia y para la historia; piensan, sienten y obran como todos los paladines de la cruz; aspiran al fin comun del pueblo y de la civilizacion castellana, habiendo por tanto entre ellos y los de los ciclos fabulosos la distancia que media entre la optacion irrealizable de una sociedad que anhela el bien é idealiza el instrumento, creado por su fantasía para lograrlo, y el vivo deseo del triunfo sobre los enemigos de la patria y de la religion, realizado á menudo por todos los ciudadanos con la fuerza de las armas. El órden de ideas que unos y otros personages representan, no puede ser más distinto. Pero aunque no fuera tal la desemejanza ¿dónde están los sucesores del Cid, que constituyen en la literatura castellana esa familia de héroes semejante á la de los paladines del rey Artús ó de Cárlo-Magno?... Si lejos de esto Villemain hubiera dicho, al reconocer los diferentes caracteres de unos y otros, que la aparicion de los *libros de caballerías* produce cierta reaccion en el sentimiento patriótico de los castellanos, segun notaremos en lugar oportuno, no hubiese logrado la gloria de inventar una nueva teoría; pero se hubiera acercado á la verdad histórica.

1 Algunos críticos alemanes, y entre ellos el distinguido Mr. Pischon en su *Leitfaden der Deutschen Literatur* (Berlin 1836), estableciendo una clasificacion completa de los poemas épicos de la edad-media, los dividen en seis séries ó ciclos principales, á saber: ciclos legendarios, sagrado y profano, ciclo greco-romano, ciclo franco-romano, ciclo británico y ciclo germánico. Como notarán los lectores, los ciclos franco-romano y británico corresponden en esta clasificacion á los que representan fuera de España la literatura caballeresca. Al darles el título de ciclo *breton* y ciclo *carlowingio*, nos acomodamos al uso general y constante de los más autorizados escritores.

Tiene el primero por fundamento la existencia del rey Artús, último soberano de los bretones insulares, que en una buena parte del siglo VI [517 á 542] hizo heróicos esfuerzos para defender la independencia de su patria contra la invasion de los sajones. Ligada á su historia, que difunde entre los truveras el poema de *Bruto*, escrito por Roberto Wace [1155], aparece la del encantador Merlin, hijo de una virgen y del príncipe de las tinieblas; y enlázanse con ambas las no menos peregrinas y originales de *Lanzarote del Lago* y de *Tristan*, sobrinos de tan renombrado monarca, y la de *Joseph Arimathea* y de *Perceval de Gaula*, dando las últimas orígen á la série de poemas que tienen por objeto el *Santo-Graal* y su *Demanda*; libros que constituyen en realidad un segundo ciclo, ofreciendo cumplida razon de la caballería religiosa [1]. Compuestos ó traducidos casi todos durante el reinado de Enrique II de Inglaterra [1154 á 1189], reconocen por autores á diferentes poetas protegidos por el mismo Enrique, y más de una vez asociados para llevar á cabo los mandatos de aquel monarca [2]. De su corte pasa á la poesía

1 Mr. Fauriel en su *Hist. de la poes. provençale* afirma expresamente que en la milicia religiosa del Grial hay una alusion manifiesta á la milicia de los Templarios. «El objeto, el carácter religioso, el nombre todo se rela»ciona (dice) entre esta última caballería y la caballería ideal del Graal, »habiendo no poca dificultad en comprender la ficcion de la una, si se hace »abstraccion de la existencia real de la otra» (t. II, cap. XXX, pág. 439). Aceptamos esta opinion, por parecernos tanto más exacta cuanto que sin reconocer la expresada correspondencia entre el mundo real y el mundo ideal, creado por la poesía caballeresca, sería incompleta la manifestacion del arte. La caballería de la Iglesia, institucion histórica, que viene á segundar el noble, generoso y trascendental pensamiento generador de la caballería profana, tal como lo dejamos expuesto, debia tener y tuvo en efecto digna representacion en las producciones de la literatura, engendrada por aquel mismo pensamiento; debiendo observarse que ya en los primeros poemas, que ofrecen la historia del Santo-Graal, tales como las de *José de Arimathea* y el *Perceval de Gaula*, ya en los derivados de ellos, tales como el *Titurel* y el *Perceval* de Wolfram, domina siempre el sentimionto religioso á toda otra idea, personificándose de una manera digna y elevada aquella vida de austeras privaciones y de pruebas sublimes, que distingue en todas partes á las Órdenes militares.

2 Los autores ó traductores referidos son: Lúcas de Gast, que trasladó el libro de *Tristan* y comenzó el del *Santo Graal* [1170 á 1180]; Gasse-le-

propiamente francesa la historia de *Tristan*, enriquecida por Cristiano de Troya [1191], y trás ella cobran no menor fama las demas ficciones de la *Tabla Redonda* en todo el siglo XIII [1].

Igual preponderancia y nombradía estaban reservadas al *ciclo carlowingio*. Dudan los más doctos investigadores sobre la prioridad de uno y otro, inclinándose no pocos á dar la preferencia al *breton*, por hallar en los más antiguos poemas del *carlowingio* frecuentes alusiones á los caballeros de la corte del rey Artús; observacion de no poco valer en este linage de tareas. Como quiera, cumple principalmente á nuestro intento el consignar que es Cárlo-Magno (y con él sus doce Pares) el héroe fundamental de los poemas y libros de la rama *carlowingia*, resultando de las distintas épocas que constituyen su vida, otras tantas séries de historias caballerescas, en que tienen lugar algunos de sus ascendientes y no pocos de sus sucesores. A cinco grupos de acontecimientos capitales pueden no obstante reducirse dichas séries: 1.° El que forma la historia preliminar de Cárlo-Magno con la de su padre y abuelos: 2.° El que se refiere á su infancia y á su juventud: 3.° El que abraza las expediciones fabulosas á Constantinopla y Roma: 4.° El que atañe á la historia de España, á que pone fin la sangrienta rota de Roncesvalles; y 5.° El que encierra las guerras sostenidas contra los sarracenos de la

Blond, que tomó parte en dichos trabajos; Gualtero Map, que puso en francés el *Lanzarote del Lago;* Roberto y Helis de Borron, que prosiguieron la traduccion de las historias de *Joseph de Arimathea*, del *Santo Graal* y de *Merlin*, publicando además Helís el libro de *Palamedes* por sí solo, y asociándose á Rusticiano de Pisa para dar cima á las obras que llevan su nombre. Estas son: el *Bruto*, puesto de verso en prosa y el *Meliadus*, padre de *Tristan*, el más famoso de los poemas ó libros bretones (Roquefort, *De la poes. franc.* III.ª Parte, cap. I, pág. 149 y siguientes), de que segun observa Fauriel se conocen hasta siete diferentes redacciones (t. II de su *Hist. de la poés. prov.* pág. 425).

1 El citado Mr. Fauriel señala el período de 1100 á 1300 como la época floreciente de la literatura caballeresca, manifestando que abrigaba la conviccion de que algunos de los más célebres poemas ó libros de la *Tabla Redonda* eran ya muy conocidos en 1150 (t. II, pág. 323 de la referida obra). Todo convence de la exactitud de las observaciones que vamos haciendo, con el propósito de aplicarlas á nuestra historia literaria.

Peninsula Ibérica en defensa del territorio cristiano [1]. Como se ve claramente, caen bajo esta division todas las historias, derivadas de la tantas veces citada de *Turpin*, enlazándose estrechamente con ellas las colaterales de *Los cuatro hijos de Aymon*, *Reynaldo de Montalban*, *Maugis de Aigremont*, *Ogier el Danés*, *Beuves de Aigremont*, *Garnier de Nanteuil*, *Aymerico de Narbona* y otras muchas, escritas en el siglo XII y llegadas á su mayor reputacion durante el XIII [2].

Impertinencia reprensible seria pues la de dudar, en vista de este doble y completo desarrollo de la literatura caballeresca [3], respecto de los pueblos en que tiene su cuna y adquiere su natural perfeccionamiento. Gloria es esta que nadie osará disputar con entera justicia á la nacion britana, reconociendo aun mayores merecimientos en la francesa, si bien conviene sentár

1 Añadimos á esta clasificacion establecida por Fauriel, el primer miembro que comprende las historias de *Berta* y *Pepino*, *Flores y Blanca Flor*, ó *Buovo de Antora*, etc., algunas de las cuales constituyen por separado interesantes, aunque descosidas, narraciones.

2 La mayor parte de los autores de los poemas ó libros del ciclo carlowingio pertenecen al siglo XIII. Adans ó Adenez, autor del *Cleomades* y de las *Mocedades* (Enfançes) *de Ogiero el Danés*, de *Aymerico de Narbona* y de *Berta* y *Pepino*, florece en la corte de Felipe el Atrevido; Giraldino de Amiens, que prosiguió la última historia con la de *Cárlo-Magno, hijo de Berta*, vivia á fines de aquella centuria y principios de la siguiente. Lo mismo sucede á Huon de Villeneuve, que escribió el *Reynaldo de Montalban* y el *Garnier* de *Nanteuil*, de que son ramas otros diferentes poemas, y á quien se atribuyen los *Cuatro hijos de Aymon*, novela íntimamente enlazada con la historia del *Reynaldo de Montalban*, uno de los cuatro personages indicados con aquel título. De cualquier modo no puede estar más comprobado en la literatura francesa el desarrollo de la caballeresca.

3 El docto Mr. Fauriel establece una tercera categoría de poemas caballerescos, adherida al ciclo *carlowingio*, si bien con significacion histórica más directa y enlazada con los pueblos del Mediodia de Francia. Son los principales poemas de esta série el *Guillermo de Orange*, *Gerardo de Rosellon*, y otros que habian sido antes colocados entre los poemas mixtos al lado del *Caballero del Cisne*, *Gerardo de la Violeta*, *Garin el Loherano* etc. Conste sin embargo que el espíritu que anima dichos libros, como enseña la bellísima historia de *Gerardo de Rosellon*, siendo no menos poético que el de los de caballería, propiamente dichos, está más conforme con la vida real del pueblo, naciendo de sus más caras tradiciones históricas.

que estaba reservado á otras naciones, así en la edad-media como en los tiempos modernos, el recoger el granado fruto de aquel arte, cuya riqueza é importancia histórica dejamos reconocidas. Los nombres de Gotfrido de Strasbourg, poeta sentimental y religioso por excelencia, y de Wolfram d'Eschenbach, cantor elocuente y erudito, tienen señalado lugar en la historia de las letras alemanas [1]: el caballero Boyardo y el esclarecido Ariosto dotan á la poesía, ennoblecida por el Dante, de no perecederos monumentos [2]: Cervantes, el inflexible perseguidor de los *libros de caballerías*, sublima la literatura castellana con la inmortal creacion del *Quijote*.

Lejano del suelo de la España Central, distante de la esfera en que se habia formado el carácter español y en que habia florecido su heroismo, no puede causarnos maravilla que no se reflejara en la vida real, interpretada por los cantos populares, ni dominase en la esfera de la erudicion, espejo indirecto, pero fiel, de la actualidad histórica de Castilla, el arte que produce esos multiplicados monumentos. Y no porque dejaran de ser conocidos de los poetas castellanos y aun de los mismos historiadores: no porque el pueblo español careciese de toda noticia de los hechos positivos y aun fabulosos, sobre que se habia levantado parte muy principal de aquel grandioso edificio; sino porque á pesar de los juglares propios ó extraños que propalaban entre el vulgo algunas aventuras de Carlo-Magno y de los suyos, asociadas directa ó indirectamente á las proezas del héroe popular Bernardo

1 Gotfrido enriqueció la literatura alemana con la historia de *Tristan y de Isolda*, á que dió un interés altamente elegiaco: Wolfram, el príncipe de los *minnesinger*, aclimató en ella con el *Titurel* y el *Perceval*, la maravilosa fábula del *Santo Graal*, levantándola á las esferas de la verdadera poesía. La infancia del hijo de Gamuret, su aparicion en el mundo caballeresco y sus primeras empresas son altamente ideales y de originalidad extremada. Recuérdese lo que indicamos sobre este punto, hablando del *Libro del Infante*, debido á don Juan Manuel (II.ª Parte, cap. XVIII).

2 El *Orlando Innamorato* y el *Orlando furioso*. No se olvide que antes de llegar á este punto y desde la mitad del siglo XIV habia producido la literatura italiana algunas obras caballerescas, entre las cuales deben citarse *I Reali de Francia, Bouvo d'Antona, La Spagna* y otros, que adelante mencionaremos.

del Carpio [1]: á pesar de que los historiadores y poetas doctos se ufanasen, mostrando serles familiares aquellos libros; y finalmente, á pesar de la singular consagracion histórica que habia recibido la crónica de Turpin, al ser declarada por Calixto II relacion auténtica de los sucesos que narraba [1122], ofendia virtualmente á la nacionalidad ibérica, encaminada sin tregua á los altos fines de la reconquista, todo aquel vano aparato de gigantes y enanos, hadas y genios, dragones y encantadores, habiéndose menester largo espacio para saborear su lectura, y mayor todavía para que el anhelo de la imitacion abriese las puertas de la literatura castellana á semejante linaje de ficciones.

Los síntomas de esa tendencia erudita y de esa oposicion del sentimiento patriótico que se pagaba sólo de sus propios héroes, cuyo valor y cuyas virtudes acrisolaban é idealizaban al par los conflictos de una guerra dos veces santa, aparecen sin embargo con extremada claridad en las producciones de la poesía y de la historia, descubriendo con no menor exactitud que iba la literatura caballeresca haciendo paulatinos, bien que seguros progresos, en la estimacion de los eruditos. Documentos irrecusables de esta verdad hallamos desde los primeros dias del siglo XIII: Gonzalo de Berceo en la *Vida de San Millan* compara, y aun antepone, el valor del rey don Ramiro, vencedor de Clavijo, á

1 Repárese bien en esta relacion de los cantos de los juglares que mencionaban á Cárlo-Magno y de los que enaltecian la indomable bravura de Bernardo. Como insinua el docto Wolf en su erudita *Introduccion* á la *Primavera* y *Flor de Romances*, que dió años atrás á la estampa (Berlin 1856), los vestigios de los primitivos romances del héroe de Roncesvalles, que más se conforman con las tradiciones carlowingias, muestran que al paso que no eran estas desconocidas, necesitaban subordinarse al interés nacional para ser algun tanto estimadas. De aquí provino el que estos cantores se figurasen á Bernardo de la estirpe privilegiada de Cárlos, haciéndole primo de don Bueso, é ingeriéndolo por tanto en la familia de los Doce Pares. Así el héroe español, igual por la sangre á los del ciclo carlowingio y excediéndoles en el valor, lograba sin igual estima entre la muchedumbre, que se enorgullecia con su memoria; así tambien, sobrepuesto al interés de la leyenda el interés de la actualidad poética de Castilla, eran dominados los elementos de la literatura caballeresca por la grande representacion histórica de los caudillos cristianos.

la bravura de Roldan y de Oliveros [1]: Juan Lorenzo Segura arma al jóven Alejandro de encantado acero, vistiéndole una camisa, fadada con la doble virtud de rechazar toda traicion é intemperancia amorosa [2]: el autor del *Poema de Ferran Gonzalvez* sublima el esfuerzo de este caudillo, asemejándole á Cárlo-Magno y Roldan, Oliveros y Reinaldo, Teryn y don Ogiero, Baldovinos y Guardabuey [3]: don Rodrigo Ximenez de Rada, aunque desechando las conquistas fabulosas del emperador referido, consigna la famosa rota de Roncesvalles, sin olvidar al hazañoso Rolando [4]: el Rey Sabio enlaza á su *Grande et General Estoria* la muy renombrada de *Bruto* é ingiere en la *de Espanna* las romancescas aventuras de *Mayneto y Galiana*, y no desecha la historia del *rey Marsilio*, atribuyendo á todas cierta importan-

1 Bereeo dice:

412 El rey don Remiro, | un noble caballero,
Que nol vezrien d'esfuerço | Roldan, nin Olivero.

2 Juan Lorenzo Segura escribe:

89 Feçieron la camisa | duas fadas enna mar,
Diéronle dos bondades | por bien las acabar:
Quiquier que la vestiese | fuesse siempre leial,
Et nunqua lo podiesse | la luxuria temptar.
90 Fizo la otra fada | tercera el brial:
Quando la ouo fecho, | dióse un grant sinal;
Quiquier que lo vestiesse | fuesse siempre leal;
Frio nin calentura | nunqual feciesse mal.

3 Hablando Fernan Gonzalez de la perseverancia y abnegacion del verdadero héroe, observa:

351 Cárlos et Baldobinos, | Roldan et don Ojero,
Teryn et Gualdabuey | et Bernald et Olivero,
Torpyn et don Rinaldos | et el gascon Angiero,
Ector et Salamon | et el otro su companero.
352 Estos et otros muchos | que vos é nombrados
Sy tan buenos non fueran, | oy serien olvidados:
Serán los buenos fechos | fasta la fin contados, etc.

4 Lib. IV, cap. X. *De Rebus Hispaniae gestis*. Respecto de las conquistas de Cárlo Magno dice en el mismo capítulo: «Nonnulli, histrionum fabu»lis inhaerentes, ferunt Carolum civitates plurimas, castra et oppida in His»paniis acquisisse». Se ve que al mediar el siglo XIII iban cundiendo aun entre el vulgo las ficciones caballerescas.

cia, no concedida antes á la de Cárlo Magno por el arzobispo don Rodrigo [1]: los traductores de la *Conquista de Ultramar*, sobre transferir la historia de *Flores y Blanca Flor*, y la no menos interesante de *Mayneto y de sus pérfidos hermanos*, reproducen casi íntegra la del *Caballero del Cisne*, manifestando así que ya al terminar la expresada centuria, no sólo eran conocidos de nuestros eruditos los libros de los ciclos *Breton* y *Carlowingio*, sino tambien los poemas que tenian por asunto otro género de ficciones [2]. Y no son menos fehacientes los testimonios que nos ofrecen las obras del siglo XIV: el Archipreste de Hita pondera los amores de los clérigos de Talavera, diciendo que les eran sus amigas más fieles que Blanca Flor á Flores y á Isolda Tristan [3]: el ingenioso y pintoresco Ramon de Muntaner iguala el denuedo

1 *Estoria de Espanna,* III.ª Parte, caps. V y X de la edicion de Ocampo. En la *Grande et general Estoria* se extractan de la referida crónica de Monmouth, á que da el rey el título de *Estoria de las Bretañas,* todas las proezas atribuidas al hijo de Silvio, no olvidadas tampoco las historias de Corineo y Locrino, de doña Guendolonea y Mandan, Porex y Flerex, Belmo y Brenio etc. (II.ª Parte, fól. 323, III.ª, fól. 98, IV.ª, fól. 112 de los códices Y. j. 7, 9 y 11 de la Bibl. del Escor).

2 El poema del *Caballero del Cisne*, de que se hubo de sacar la referida historia, lleva por título *Le Chevalier au Cygne et Godeffroid de Bouillon,* y ha sido impreso en Bruselas [1854] por Mr. le Baron de Reiffenberg y Mr. A. Borgnet. Fué comenzado por cierto poeta llamado Renax ó Renault y terminado por Gaudon de Douay; y decimos que este poema debió servir al autor castellano de la *Crónica de Ultramar*, porque hasta el siglo XIV no fué traducido en prosa. Y aunque el erudito Ticknor opina que habiendo acabado Douay todo el poema en 1300, era posible que los capítulos del *Caballero del Cisne* se ingiriesen, al imprimirse la *Gran Conquista*, no es en nuestro juicio obstáculo la referida fecha; pues que al componerse en la última década del siglo XIII la obra española bajo los auspicios de don Sancho IV, habia ya escrito Renault la parte principal del mencionado poema, que es en suma la extractada en la *Crónica* ó *Gran Conquista.* Ticknor tropieza en esta dificultad, por haber atribuido dicha obra al Rey Sabio (Véase el cap. XIII de la II.ª Parte).

3 Dice el Archipreste, en boca del Tesorero de Talavera, hablando de su amiga Teresa:

1675 .....Nunca fué tan leal | Blanca Flor á Flores,
Nin es agora Tristan | á todos sus amores.

de don Fernando de Aragon al coraje del conde de Anglería, recuerda las fiestas caballerescas de la corte del rey Artús, al narrar el celebrado torneo de Figueras, en que desplegó Alfonso IV extraordinaria magnificencia y alude en diversas ocasiones á las aventuras de Gofredo y Brunesinda, Ginebra y Lanzarote del Lago [1]: el casi popular Rodrigo Yañez en su *Poema de Alfonso XI*, dominado del espíritu que iba cundiendo en sus dias y que hemos visto ya tomar grande incremento con la *Crónica Troyana*, traida al castellano y al gallego, para educacion de don Pedro de Castilla, paga en fin más cumplido tributo á esta influencia extraña, valiéndose de la fama de Merlin para profetizar la muerte de don Juan el Tuerto y el maravilloso triunfo del Salado y comparando el valor del rey castellano al esfuerzo del celebrado Pepino [2].

1 Caps. 147 y 161 de la *Crónica*. Mr. Fauriel alega otras citas en el t. III, págs. 95 y 98 de su *Histoire de la poésie provençale*.

2 La profecia relativa al fracaso del infante don Juan, acaecido en Toro, á que el sabidor Merlin llama *Fuente del vino:* se halla narrado aquel atentado al principio de lo que existe de la *Historia en coplas redondillas*, analizada en el capitulo XXI de la II.ª Parte, I. Subciclo.

Dice así:

Aquesto dixo Merlin
El propheta del Oriente:
Dixo: el leon d'España
De ssangre fará camino;
(Matará) al lobo de la montaña
Dentro en la Fuente del vino.
Non lo quiso más declarar
Merlin el de gran saber;
Yo lo quiero apaladinar,
Como lo puedan entender.
El leon d'España
Fué el buen rey çiertamente;
El lobo de la montaña
Fué don Johan, el su pariente.
Et el rrey quando era niño
Mató á don Johan el Tuerto.
Toro es la Fuente del vino,
A dó don Juan fué muerto.

(Fól. 9 vto.)

Más interesante la que se refiere á la victoria de Tarifa, síguese tambien á la narracion de tan memorable batalla. Yañez supone que un sabio

Sensible é indubitable era pues el progreso que hacia en la estimacion de los doctos la narracion de las proezas y aventuras de los caballeros de Cárlo-Magno y del rey Artús, apareciendo todavía más digno de consideracion este fenómeno, al reparar en que habia penetrado el espíritu romancesco hasta en las mismas leyes. El código de las *Siete Partidas*, escrito al mediar el siglo XIII y promulgado en 1348, poniendo de relieve el fin didáctico á que su autor aspiraba, consigna que los caballeros «por

maestro, llamado don Anton, muy amigo de Merlin, obtiene la rebelacion indicada, diciendo:

Este maestro sabidor
Assi le fué preguntar:
—Don Merlin, por el mi amor,
Sepadesme declarar
La profecía de España
Que yo querria saber
Por vos alguna fazaña
De lo que se á de fazer.

(Fól. 52 r.)

La profecía ocupa treinta y seis redondillas, número igual al de las ya publicadas del expresado poema, y termina con las en que se declara el nombre del autor, segun vimos en el capítulo referido, añadiendo :

Copras de muy buen fablar,
Segund dijo Merlin;
Agora quiero contar
Del rey de Benamarin.

Aludiendo al rey Pepino, dice, al describir la indicada batalla del Salado:

Nin Pepinos, rey de Françia,
Con la su caballería
Non fizo mayor matança
De la que fué aquel dia.

(Fól. 51.)

Antes, testificando de nuevo la fama que todavía gozaba el *Poema de Alexandre*, habia dicho al ponderar la bravura del rey:

De aqueste fincó nesçia
Africa syn toda falla;
Alexandre, rrey de Greçia
Non firió mejor batalla.

(Fól. id.)

»que se esforçasen más, tenien por cosa aguisada que los que »ouiessen amigas que las ementasen en las lides, por que »les cresciesen más los coraçones et oviessen mayor vergüenza »de errar»; y admitida la gerarquía de la órden caballeresca, decia al tratar de las honras que le pertenecian de derecho: «Et »aun ha otra onra el ques caballero: que despues que lo fuesse, »puede llegar á onra de emperador ó de rey, et ante non lo po»drie seer» [1]. No estaba en verdad esta creencia en las costumbres, ni en la constitucion política de los españoles de la reconquista: su historia no presentaba ejemplo alguno de caballero, que hubiera subido al sólio por sus merecimientos personales; y sin embargo dicha ley era respetada por Alfonso XI, al mediar el siglo XIV, edad en que á pesar de las protestas populares que alguna vez formula la poesía [2], sólo esperaba la literatura de los Rolandos y Tristanes un momento decisivo para tener representacion, con obras dignas de estima, en la literatura de los Cides y Fernan Gonzalez.

Justo parece reparar no obstante en que no carecian de algun fundamento en nuestra propia nacionalidad las ideas caballerescas. Bien que dirigida por el mismo espíritu de la reconquista á fin diverso que en extrañas naciones, habia echado ya profundas raices en nuestro suelo la institucion de la caballería. Las Órde-

1 II.ª Partida, lib. XXI, leyes 22 y 23.

2 El P. Ariz en sus *Grandezas de Avila* inserta los siguientes versos:

Cantan de Olivero | é cantan de Roldan
E non de Zurraquin | que fué buen barragan;
Cantan de Roldan | é cantan de Olivero
E non de Zurraquin | que fué buen caballero.

Estos versos que existen en un antiguo *Cronicon de Avila*, se suponen cantados por los años de 1107; pero sin crítica alguna, bastando para convencernos de ello el recordar los del *Poema*, escritos medio siglo despues. Atendiendo al espíritu que revelan, no menos que á su estructura y al estado de la lengua, los creemos compuestos en época en que el sentimiento de la literatura caballeresca se habia generalizado hasta el punto de excitar una protesta del sentimiento popular á favor de los antiguos héroes nacionales; y en este caso dicho se está que sólo pudieron producirse desde la segunda mitad del siglo XIV en adelante.

nes militares de Calatrava, Santiago y Alcántara [1], las no menos celebradas del Templo y de Montesa [2] guardaban en su historia heróicas hazañas, dignas del más alto aplauso; aquellos guerreros que vistiendo la cogulla y viviendo una vida de verdadera abnegacion, refrenaban de continuo la pujanza sarracena en castillos y plazas fronterizas, no llevaban por cierto á cabo aventuras tan estupendas como las atribuidas á los Roldanes y Oliveros, Lanzarotes y Tristanes: ni peleaban con sierpes, dragones y vestiglos, ni rompian el encantamiento de reinas y princesas oprimidas, ni descendian al fondo de los lagos para aposentarse en palacios de cristal, ni obedecian ciegamente el misterioso poder de talismanes y amuletos. Su enseña era el pendon de la patria; sobre su pecho brillaba la cruz del Nazareno, y animados de ún solo pensamiento, peleaban por la libertad de su pueblo contra el enemigo de su Dios, fiando en su divina proteccion y en el brío de sus diestras el éxito de las batallas. Dominado de este sentimiento, instituia el Rey Sabio la *Órden de Santa María;* mas al fundar semejante religion caballeresca, no podia esquivar el influjo de las ideas que iban cobrando extraordinario dominio en toda Europa; y quien recibia las narraciones de las crónicas de *Monmouth* y de *Turpin* con cierto valor histórico; quien se habia declarado desde su juventud paladin de la Vírgen María, llegando al punto de infundir en sus *Cantigas* á la devocion pura y ardiente que le profesaba, cierto no sé qué de amor romancesco; quien á semejanza de los héroes bretones y carlowingios, tenia por bien que el caballero invocase, al entrar en lid, el nombre de su dama; y finalmente quien no le negaba la aptitud de ganar imperios y coronas, admitia, al establecer aquella singular milicia, el elemento caballeresco, que iba á tener en la próxima centuria mayor aplicacion aun á las mismas leyes de la caballería [3].

Alfonso XI creaba en 1330 la *Órden de la Vanda:* llegado el momento de dictar los cánones á que debia ajustarse, no sola-

1 Creadas en 1158, 1175 y 1273.

2 La primera establecida en 1118, é introducida en 1134: la segunda creada en 1311 por don Jáime II en sustitucion de aquella.

3 La Orden de Santa María fué estatuida de 1252 á 1260.

mente sentaba como principio y base de su fundacion que «pres»ciaba Dios la órden de caballería más que ninguna de las otras »órdenes, por que se deffiende la su ffé et el mundo por ella»: declarando al par que «todo el que fuere de buena uentura et se touiere por caballero...., deue faser mucho por honrar la caualleria et por la leuar adelante» [1], imponia á los caballeros el triple deber de «ser leales á su señor et *amar lealmente á aquella en quien pusiesen su coraçon* et tenerse por caualleros más que otros *para faser más altas caballerías* [2]. Preceptos indeclinables eran para los caballeros de la Vanda el no decir mentira, el no ser alabanciosos, el hablar mesurados y el abstenerse de usar palabras torpes ó malsonantes: todas estas virtudes debian subir de punto, al referirse á las damas. Deber es del caballero (escribia el legislador) «señaladamente que non »diga ningun degrauio contra ninguna dueña, nin contra nin»guna donsella fijadalgo, aunque ella sea contra él, por que ay »algunas dellas á las veses ariscas. Et otrosy (añadia) que quan»do alguna dueña ó alguna donsella fijadalgo viniese á la corte »del rrey á se querellar de algun desaguisado, que le hayan fe»cho, que los *caballeros de la Vanda* ó cualesquier dellos que la »pongan ante el rrey, por que pueda mostrar su derecho. Et aun »si conpliese, que rrasone por ella, porque aya complimiento de »derecho. Et aun demas del rrasonar, que faga lo que el rrey »fallare con su corte que debe faser, por que ella aya todo su »derecho» [3].

Llegaba pues á establecerse como principio aplicable á la vida práctica del caballero, aunque en el reducido círculo de aquella nueva Órden [4] lo que sólo existió antes en la idealizacion del sentimiento caballeresco, debida al arte de extrañas naciones.

1 Cód. de la Bibl. Escur. Z. ij., 14, fól. 97 v.

2 Id. id. 98.

3 Id., id., fól. 98 v. y 99 r.

4 Los Caballeros de la Vanda, creados y armados por don Alfonso XI, fueron sólo cincuenta y siete, segun consta del catálogo que acompaña al código de sus constituciones, custodiado en la Biblioteca del Escorial. Bueno será notar que los caballeros debian ser mancebos (esto es, solteros) al recibir dicha Órden.

No apadrinando doncellas *malfadadas* que buscaban amparo y defensa por las encrucijadas de los caminos, provocando así mayores entuertos y desmanes, sino tomando bajo su tutela y salvaguardia las dueñas y doncellas fijasdalgo que habian recibido alguna injuria y constituyéndose en sus abogados, y si menester lo habian, en sus paladines, iban á ejercer los de la Vanda el ministerio de la caballería. Mas al reducir á ley y traducir don Alfonso, el último, en tal manera estas ideas romancescas, ninguna duda podia ya abrigarse de que tenian ganada en el ánimo de poderosos y discretos grande predileccion y preponderancia, esperando únicamente un instante favorable para tomar plaza en la literatura castellana.

Aquel instante supremo queda antes de ahora indicado: diez y ocho años de guerras y trastornos [1350 á 1368], en que llega á olvidarse dolorosamente el alto y noble fin á que tendia la civilizacion española, al realizar la difícil empresa de la reconquista, amortiguando el entusiasmo público y enervando en consecuencia el espíritu nacional, abren las puertas de la Península á la influencia de extrañas naciones, que muestran el temple de su acero, probado otras veces contra la morisma [1], en el palenque de nuestras discordias. Favorecia las pretensiones del Bastardo de Trastamara, ya porque anhelase vengar las injurias de Blanca de Borbon, ya porque intentara ofrecer nuevo teatro á la rapaz bravura de los aventureros que capitaneaba, el renombrado Beltran Du-Guesclin, caudillo acariciado por la victoria, amaestrado por la experiencia y docto por demas en el arte de ganar amigos. Nacido en la antigua Bretaña, centro de las tradiciones romancescas, habia manifestado desde la primera juventud extremada predileccion á todo linage de empresas que realizaran en cierto modo las ficciones del mundo de la caballería: su valor

1 Prescindiendo de otras muchas empresas, en que habian tomado no pocos guerreros ingleses y franceses la insignia del cruzado, para combatir en los ejércitos castellanos contra las falanges sarracenas, no debe olvidarse que acudieron con buen golpe de soldados al cerco de Aljeciras, por más que los rindieran las fatigas y abandonasen al rey don Alfonso antes de dar cima á tan gloriosa conquista. Como quiera, es probable que dejasen en la Península algunas más semillas caballerescas.

era prodigioso, como el de los Roldanes y Oliveros; su largueza, de príncipe; sus aspiraciones llegaban al punto de pretender que su espada decidiera de la suerte de los imperios: Castilla aparecia á sus ojos como una de aquellas regiones, creadas por la fantasía de los poetas de su patria, juzgándose tal vez el caballero *bien fadado*, en cuyas manos estaba el dar ó quitar la corona, sublimada por los Alfonsos [1].

Al lado del rey don Pedro, ya una vez arrojado de sus legítimos dominios por la espada de los aventureros, se habia puesto el príncipe de Gales, conocido en los fastos de la edad-media con el título de *Príncipe Negro*. Pagándose de ser espejo de caballeros, tenia por religioso deber el ejercicio de las virtudes que constituian el credo de aquella esclarecida milicia: terrible en las batallas, como afable y delicado en los salones; fuerte é inflexible con el poderoso como benéfico y magnánimo con el débil y el vencido, traia el hijo de Eduardo III frescos todavía en sus sienes los envidiados laureles de Poitiers, gloriosa jornada que rinde á sus plantas la pujanza de Juan I, con la flor de la caballería francesa. No venia, como Beltran Du-Guesclin, á derribar un trono: la hidalguía de sus sentimientos, la rectitud de sus ideas armaban su diestra en defensa del príncipe desheredado por la traicion y la fortuna, reputando cual digna empresa del caballero que habia rehusado sentarse á la mesa de su prisionero el rey de Francia, la de restablecer en las sienes del rey don Pedro la diadema de sus mayores. Los nombres preclaros de Armanac, Lebrech y Lancaster, inscritos en las banderas de sus vencedoras legiones, enaltecian tambien aquel generoso empeño, obligándole grandemente á no mancillar los timbres, con que acababa de ennoblecerlos.

1 Es digno de notarse que el nombre de Beltran Du-Guesclin adquirió, en virtud de las hazañas llevadas á cabo antes y despues de su venida á la Península Ibérica, tan alta reputacion que sólo fué comparable á los Roldanes y Oliveros. Y tanto era así, que al darse á luz el *Triunfo de los Nueve presçiados de la fama*, no se creyó completo el número de los que merecian el lauro de contarse al lado de *Alejandro*, el Rey *Artús* y *Cárlo-Magno*, sin incluir «al famoso cauallero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molinay». De este personage y de los *nueve presçiados* hablaremos oportunamente.

Era el suelo de Castilla el campo en que iban á chocar aquellas dos caballerescas naciones, rivales de antiguo y más que nunca encarnizadas: la batalla de Nájera, próspera para las armas inglesas, hacia al Principe Negro árbitro del reino: la infidelidad de Montiel, lejano ya el de Gales del territorio español, daba el trono de Alfonso XI al bastardo de Trastamara; y forzado Enrique II á colmar las esperanzas de sus ayudadores y á legitimar la deslealtad de los vasallos del rey don Pedro, que en una y otra ocasion abandonaron sus legítimos pendones, abria los tesoros de la corona para derramarlos sobre propios y extraños; y mientras se despojaba en gran manera de aquella autoridad que tantos sacrificios y sinsabores habia costado á los más ilustres monarcas, engrandecia á los aventureros de Beltran du-Guesclin, halagando en parte sus instintos feudales y realizando los sueños de grandeza, que tal vez habian formado al recordar las maravillosas aventuras del mundo caballeresco. Este retroceso sensible en las vias de la política, propiamente española; este predominio dado en la corte y el Estado á la nobleza de Castilla y sobre todo á los capitanes franceses que hermanándose con los próceres españoles, tomaron asiento en la Península, debía producir naturalmente visible modificacion en el gusto y aun en las costumbres de las clases privilegiadas, inclinándolas á recibir con aplauso cuanto halaga el amor patrio de los que habian compartido con ellas las privaciones de la guerra y los peligros del campamento. Por tradicion y por respeto, por inclinacion y por orgullo formaban las obras de la literatura caballeresca las delicias de aquellos mílites que veian en su propia fortuna realizadas las imaginaciones de sus antiguos poetas; y allanado por este medio el camino, cerrado hasta entonces por el sentimiento de la nacionalidad castellana, aquel arte que en el largo espacio de siglo y medio habia reflejado indirecta y débilmente el mundo de la caballería, tal como lo creara la literatura britano-franca, no se receló de prestar sus formas de expresion á las ficciones de la indicada literatura, aspirando sin embargo á someterlas á las leyes que regian su propia existencia [1].

1 El tantas veces mencionado Mr. George Ticknor, sólo concede la introduccion de los libros de caballerías en la literatura española, durante el si-

De esta forma eran pues recibidas las mencionadas creaciones, no indiferentes por cierto á la nobleza castellana en la singular situacion en que los acontecimientos la habian colocado. Porque téngase muy en cuenta: demas de representarse la idealidad de la vida guerrera, ensalzábase en los libros de caballerías el valor personal que tan alta preponderancia adquiere en aquel siglo de revueltas, canonizándose en consecuencia los esfuerzos anárquicos del individualismo señorial contra la idea unitaria del derecho comun, que germinaba ya en el seno de la sociedad y que aun no desarrollada por completo, debia lograr, al caer de la siguiente centuria, el más decisivo triunfo. Lo que en las regiones agobiadas bajo el peso del feudalismo era enérgica protesta contra la opresion erigida en sistema; lo que habia nacido para idealizar esa misma protesta, no teniendo ninguna relacion inmediata con el pueblo castellano, venia á favorecer ó halagar al menos las eternas pretensiones de las clases elevadas, únicas que podian allegar los libros de caballerías, y saborear por tanto sus peregrinas y maravillosas narraciones. Hé aquí holgadamente explicado cómo los poemas, que al aparecer por vez primera, eran recitados con extraordinario aplauso en las plazas públicas de Bretaña y Normandía, no habiendo jóvenes ni ciegos que no los conservaran en la memoria [1], fueron únicamente manjar aceptable para los poderosos y eruditos, al penetrar en la literatura castellana: esta consideracion basta para comprender cómo dominados ya por los reyes los esfuerzos individuales de la grandeza, caen en desprecio de la misma los *libros de caballe-*

glo XV (cap. XI de la I.ª Epoca), asegurando «que en un principio ni se tradujeron ni se metrificaron.» En el siguiente capítulo veremos con el exámen de las primeras obras que entre nosotros produce la imitacion romancesca hasta qué punto son exactas ambas afirmaciones.

1 Alfredo de Béverley que escribió al mediar el siglo XII un compendio de la *Crónica de Monmouth,* poniéndole un prólogo latino, decia hablando de la *Historia de Bruto,* cabeza y fundamento de la misma: «Era tenido »por hombre sin educacion el que no la conocia: los jóvenes la sabian de »coro y la recitaban con gran contentamiento. Hallándome entre ellos, me »avergoncé alguna vez de mi ignorancia» (Roquefort, III.ª Parte. cap. I). Con el mismo entusiasmo fueron recibidas la mayor parte de las narraciones caballerescas.

rías, hallando entonces acogida en la muchedumbre, sobre cuyo cuello comienza á gravitar la coyunda del despotismo [1].

Este movimiento de las letras, en que refleja el arte tal vez con excesivo colorido, pero con cierta fidelidad histórica, el estado de los espíritus, al consumarse la catástrofe de Montiel, no era por cierto único al declinar el siglo XIV. Animada la poesía desde los tiempos del Rey Sabio de cierta aspiracion lírica, que se revela grandemente en el *Poema* del Archipreste de Hita, no menos que en sus *Cantigas á la Vírgen* y que tendria sin duda ámplia confirmacion en el *Libro de los Cantares* de don Juan Manuel, conforme nos persuade su título, ha aparecido á nuestros ojos durante el reinado de don Pedro ensanchando la esfera de sus conquistas y dando, digámoslo así, carta de naturaleza á aquella musa cortesana que, afectando apasionados amores, iba á establecer su imperio en el parnaso castellano. No otra cosa nos enseñan la *Danza de la Muerte* y las poesías de Pero Gonzalez de Mendoza, escritas durante la juventud de este celebrado magnate; pero si careciéramos de esos importantes testimonios para iniciar el estudio de la notabilísima transformacion que ofrece la poesía castellana en la segunda mitad de la centuria que historiamos, no por ello seria lícito suponer que puede aquella mantenerse agena á toda influencia, aun cuando sólo reparásemos en la ya reconocida y quilatada de los libros caballerescos. La exageracion habitual y el refinamiento amanerado, no sólo de la pasion erótica, sino de su expresion artística, síntomas eran más que verosímiles de que labraban entre los cultivadores de la poesía erudita las ideas del mundo romancesco, y de que á la tierna, simpática, respetuosa y pura adhesion amorosa que hemos reconocido en el Cid y en Fernan Gonzalez comenzaba á sustituir el mentido lisongear exterior de la galantería.

Pero sobre todos estos caracteres, cuyo sucesivo desenvolvimiento nos toca determinar con el juicio de los monumentos literarios, iban á resplandecer otros más decisivos respecto de las

1 Sólo de esta manera puede explicarse cómo obtuvo Cervantes el prodigioso efecto del *Quijote*: á su tiempo daremos á punto de tal importancia literaria la extension que realmente pide, para ser bien tratado.

formas de expresion, llegando á fructificar en nuestro parnaso ciertos gérmenes artísticos, cuya aparicion dejamos ya consignada [1]. El arte que desde la Era de Alfonso X habia sido esencialmente *didáctico-simbólico*, exornábase ahora con todas las galas y preseas de la *alegoría;* y esta fastuosa forma que, si es conveniente decirlo así, centellea en las obras del siglo XIII, y va tomando mayor brillo en las de la primera mitad del XIV, llega á dominar exclusivamente, al caer de aquella centuria, en las producciones de los ingenios castellanos, conservando la supremacía en todo lo restante de la edad-media.

Ninguna forma literaria habia alcanzado hasta entonces consagracion más digna ni elevada: ya la recibiesen los trovadores provenzales de la literatura arábiga, aserto más fácil de confesar que de reducir á demostracion histórica; ya proviniese del arte homérico, más oscurecido que ignorado hasta fines del siglo XIII, no puede negarse que arraiga en la literatura italiana desde los primeros dias de su existencia, elevándose á la consideracion de verdadero sistema literario en brazos del inspirado cantor de Beatriz, cuyo terrífico acento iba á conmover profundamente el vacilante espíritu de Europa. Dante escribe la *Divina Commedia.* La alegoría en la ciudad del dolor, en la mansion de la esperanza y en la morada de la beatitud constituye la gran máquina de este inmortal poema: el Infierno, el Purgatorio, el Paraiso descubren á sus ojos inmensos tesoros de poesía que sólo pueden ser revelados bajo formas alegóricas. El pintor de Francesca di Rímini y del conde Ugolino congrega por este medio en un mismo cuadro y bosqueja con un mismo colorido héroes y personages de diversos siglos, creencias y civilizaciones: la fábula mitológica y la historia sagrada y profana le ofrecen al par el tributo de sus ejemplos y enseñanzas: el tiempo y el espacio se condensan y resúmen bajo las varoniles huellas de su peregrino pincel; y la *alegoría*, lazo constante de aquellas misteriosas y terribles visiones, lo es asimismo de la prodigiosa unidad interior que sublima la idea generadora de la *Divina*

1 Véanse los capítulos XVI y XIX de la II.ª Parte, t. IV.

Commedia. De esta manera lo que hasta aquel instante habia contribuido por acaso á dar mayor frescura á las descripciones de una poesía, heredada de los trovadores y acaudalada en parte con las reliquias de las letras clásicas, truécase en luz, vida y alma de la creacion más grande que habia producido la edad-media y que iba á transformar el arte en todas las naciones meridionales [1].

La influencia, inevitable para todos los pueblos que habian recibido ya de Italia algunos gérmenes de cultura, y asociada extrechamente al renacimiento clásico que personifica el amante de Beatriz, al confesarse discípulo de Virgilio, iba á penetrar en la literatura española, acaso con mayor fuerza que en otra alguna, por apoyarse en el frecuente comercio intelectual que desde los tiempos de Alfonso VIII mediaba entre ambas Penínsulas. Muy claro se habia mostrado, al mediar el siglo, esta manera de consorcio, á que de dia en dia parecian inclinarse más nuestros eruditos [2]; y proclamada universalmente la *Divina Commedia* como una maravilla del arte, y recitada públicamente y explicada en las principales ciudades de Italia [3], llegó el momento en que uno de aquellos ingenios que se preciaban de seguir las huellas del Dante, pasó á España, y tomando en ella carta de naturaleza, ensayó el revelar en lengua castellana las misteriosas visiones del mundo alegórico, llevándose tras sí la

1 En la Parte V.ª de la *Vida del Marqués* de Santillana manifestamos que habiamos dado á esta de nuestra historia la debida consideracion respecto del arte alegórico. La aceptacion que parecieron tener entre los críticos y eruditos nacionales y extrangeros las ideas alli apuntadas, ha sido para nosotros cierta garantía de acierto.

2 Véase el capítulo XIX de la II.ª Parte y en él principalmente cuanto decimos sobre *El Regimiento de los Príncipes*, compilado por Fray Juan García.

3 No solamente Florencia, que pretendió lavarse de las injusticias cometidas contra el Dante, confiando á Boccacio la cátedra pública, erigida para explicar la *Divina Commedia*, sino, lo que es más notable, Bolonia, Pisa, Venecia y Plasencia decretaron tambien, al declinar el segundo tercio del siglo XIV, el establecimiento de otras nuevas cátedras con el mismo objeto, sentando en ellas á los más renombrados retóricos (Ginguené, *Hist. Litt. d'Italie*, t. I. págs. 470 y 71).

admiracion de los poetas andaluces, que se declararon desde luego ardientes partidarios del *arte dantesco*.

Cómo esta innovacion trascendental se verifica entre aquellos ingenios, cuyas obras empezaban á dar testimonio de que debia renacer en el suelo de la Bética la esclarecida musa de Silio, Lucano y Columela, y cómo se propaga al suelo de Castilla hasta dominar absolutamente en todas las producciones de la poesía, asuntos son á que daremos la extension conveniente en lugares oportunos. Conste ahora que esa novedad, lejos de ser unánimemente recibida, halla cierta contradiccion en el sentimiento nacional, como lo halló más tarde la revolucion de Garcilaso, y que se personifica en uno de los más claros varones que ilustran la España del siglo XIV. Y para que este fenómeno literario fuese todavía más notable, el señalado escritor á que aludimos, al mismo tiempo que mostraba desdeñar la influencia *dantesca;* al mismo tiempo que pretendia conservar las tradiciones del parnaso español, cultivando los metros de Berceo y del Archipreste de Hita y recogiendo las últimas flores del arte didáctico-simbólico, pugnaba por dotar á nuestra historia de la severidad y grandeza que admiraba en los libros clásicos, trayendo á Castilla el pincel de Tito Livio. Arrastrado al cabo en los postreros dias de su vida por la comun corriente, contribuia tambien al triunfo de la escuela provenzal y aun del *arte alegórico*, hermanándose con los innovadores. Era el primero de estos el genovés Miçer Francisco Imperial, «morador y estante en Sevilla» [1]; llamábase el

1 Los eruditos anotadores del *Cancionero de Baena* (pág. 665 col. 2) niegan que Miçer Francisco Imperial egerció en la poesía castellana la influencia que le atribuimos, por juzgar que el «*género* italiano» era antes conocido en España. Mr. Ticknor asegura por el contrario, al hablar del marqués de Santillana (*Hist. de la literatura esp.*, I.ª Ep. cap. XIX), que daba aquel «por vez primera á conocer el gusto italiano en la Península Ibérica.» Mientras estos escritores se ponen de acuerdo, no será malo traer á la memoria de los lectores el estudio hecho hasta aquí sobre los monumentos de la poesía erudita, única en que pudo reflejarse dicho *género*; y como antes de Imperial sólo hayamos podido señalar indeterminados gérmenes de la *alegoria* y con él y sus obras veamos ya por completo el desarrollo del arte *dantesco* en nuestro suelo; como la literatura italiana, ó mejor dicho su poesía, no pudo comunicar á ninguna otro carácter particular hasta apare-

ilustre escritor, que preludia con su ejemplo la oposicion de Castillejo y de Silvestre á la introduccion de los metros toscanos, Pero Lopez de Ayala.

Vario y complicado, pero interesante y no sin novedad es el espectáculo que ofrece á la crítica la historia literaria desde la segunda mitad del siglo XIV. Abierta la Península á las distintas influencias que dejamos indicadas, crúzanse y fúndense en su poesía y en su literatura multiplicados elementos; revelando, tal vez con mayor claridad que nunca, la tendencia constante del arte erudito, en sus diversas manifestaciones, á recojer dentro de sí y hacer suyos los despojos de las demas literaturas, que se acercan á la esfera de su actividad en momentos determinados. Mas ya lo hemos dicho: ni se operan, ni salen al exterior, para tener representacion y vida, este linage de fenómenos, sin la preparacion correspondiente; y prueba de que se acercaba el dia en que fuese cumplidero el triple cambio ya reconocido, es el estudio hecho por nosotros en el anterior volúmen. En él hemos visto desarrollarse, llegar á decadencia y pugnar por sostener su imperio aquella forma literaria, que trae al seno de la civilizacion española el esclarecido monarca, á quien saludamos con el renombre de Sabio: en él hemos descubierto una y otra vez las semillas que iban cayendo en el no ingrato suelo de las letras, señalando al par el camino que traian y la suerte en que arraigaban [1]: en él por último hemos procurado explicar cómo, en tanto que no esquivan nuestros ingenios el recibir las lecciones y aun las obras de otros pueblos, les comunican tambien sus conquistas intelectuales, apareciendo evidente que sin un Pedro Alfonso, un Infante don Fadrique, un rey don Sancho y un don

cer la *Divina Commedia*, que rompe la cadena de las imitaciones provenzales, no parece quedar duda de que es aventurado el aserto de los anotadores del *Cancionero*, así como tampoco la abrigamos de que el historiador anglo-americano desconoció las obras de Miçer Francisco Imperial, al asentar la afirmacion mencionada. Al examinar las obras del poeta genovés, veremos plenamente confirmados estos hechos (Véase tambien lo que sobre el particular dijimos en la V.ª Parte de la *Vida del marqués de Santillana* que precede á sus *Obras* (Madrid 1852, pág. CXVI).

1 Véanse los capítulos correspondientes del anterior volúmen.

Juan Manuel, ni hubiera logrado Boccacio la gloria de sus *Cien Novelas*, ni saboreado Chaucer el aplauso de sus *Cuentos*. ¿Qué mucho pues que esperásemos el instante de nuevas transformaciones, cuando conociamos ya en parte los elementos que debian producirlas?....

Restábanos sólo fijar la ocasion y la manera en que llegan á realizarse; y no otro ha sido el objeto y principal fin del presente capítulo, como que sin esta importante investigacion seria del todo imposible el dar un solo paso en la exposicion de la historia, ni quilatar debidamente el valor respectivo de las expresadas transformaciones. Sobre tres puntos capitales hemos llamado la atencion de los lectores. Primero: sobre la introduccion en nuestra literatura de las ficciones caballerescas, que infunden tambien cierto colorido á las producciones de la poesía. Segundo: sobre la aclimatacion del arte alegórico, que altera exterior é interiormente las leyes de su existencia. Tercero: sobre la aparicion del elemento clásico en las composiciones históricas, que da nuevo y más seguro curso á semejantes especulaciones. El movimiento es palmario y no carece de gloria para nuestros ingenios en todas tres vias. Deber es nuestro estudiar con toda madurez los monumentos en que se manifiesta, á fin de apreciar de un modo exacto los diversos matices y caracteres, que en cada desarrollo va sucesivamente presentándonos.

Entremos pues en tan peregrina materia.

CAPITULO II.

PRIMEROS MONUMENTOS CASTELLANOS

DE LA LITERATURA CABALLERESCA.

Diferentes formas literarias con que aparecen.—La poesía.—Los Votos del Pavon.—Idea de este poema, deducida de monumentos del siglo XIII.—Su argumento.—Versiones en prosa de otros libros caballerescos.—Peregrina forma en que llegan á nuestros dias.—El *Noble cuento del enperador Chàrlos Maynes de Rroma et de la buena enperatriz Sevilla*.—Su exámen.—La *Estoria del Rrey Guillerme de Inglatierra*.—El *Cuento muy fermoso del Enperador Ottas et de la Infante Florencia, su fija*.—Análisis del mismo.—El *Fermoso cuento de una sancta enperatriz que ovo en Rroma*.—Noticia de otras versiones relativas á uno y otro ciclo caballeresco.—Aspiracion de la literatura castellana á producir obras originales en este sentido.—El *Amadís de Gaula*.—Época en que fué escrito.—Elementos que lo constituyen.—Nacionalidad que refleja: en las creencias; en los sentimientos; en las costumbres.—Breve idea de su argumento.—Caracteres principales de su estilo y lenguaje.—Resúmen.

Considerando el triple desarrollo de las letras españolas durante la segunda mitad del siglo XIV, tal como lo dejamos apuntado, llámannos sobre todo la atencion, así por lo peregrino de su orígen y por el momento en que aparecen, como por la influencia que logran adelante los primeros monumentos del arte caballeresco, trasmitidos á nuestros dias. No caeremos nosotros, al verificar semejante investigacion, en el error, ya cometido por algun escritor coetáneo, de clasificarlos entre las producciones de la literatura popular, en la acepcion crítica de esta pala-

bra [1]: filiados naturalmente en la docta, en ella arraigan al correr de aquella edad; por ella se trasmiten á los siglos futuros, cualesquiera que sean despues las transformaciones que experimenten, y al penetrar en nuestro suelo, ora adoptan las formas cultivadas de antiguo por la poesía heróico-erudita, ora conservan la estructura narrativa de sus originales, aspirando muy luego á tomar el colorido de las creencias y de las costumbres y á legitimar en tal suerte su existencia.

No es hoy tan fácil, como desearamos, el determinar cuál de las formas indicadas tuvo la prioridad histórica: siguiendo la ley más general y constante á que se sujeta el arte en el progreso de sus variadas manifestaciones, razon habria sin embargo para suponer que debió adelantarse la poesía á ensayar la imitacion, hipótesi que tiene tambien legítimo fundamento en los hechos. Cita el celebrado marqués de Santillana, mencionado el famoso *Poema de Alexandre*, y antes del libro del Archipreste de Hi-

1 Mr. George Ticknor forma cuatro diferentes grupos de las composiciones «populares en su orígen y carácter y que en vez de proceder de las clases elevadas de la sociedad, son miradas por ellas con desden y desprecio.» Constitúyenlos: 1.° Los *romances*: 2.° Las *crónicas*: 3.° Los *libros de caballerías*: 4.° El *teatro*. Prescindiendo de lo que son y significan las *crónicas*, escritas casi todas por reyes, prelados y magnates, y cuyo valor é importancia hemos procurado quilatar antes de ahora, conviene advertir que el tercer extremo de la expresada clasificacion es inadmisible. Los libros de caballerías fueron, y debieron ser populares allí donde nacieron, como fruto espontáneo de la civilizacion, como natural resultado de las costumbres políticas y sociales que representan: al transferirse á España, ni fructifican entre la indocta muchedumbre, ni halagan sus instintos, ni cumplen á sus intereses ¿cómo pues ha de colocarlos la crítica en la misma categoría de los *romances* y del *teatro*?... Si en el siglo XVI llegan á ser patrimonio de las clases menos ilustradas, si llamados los doctos al cultivo del arte en diverso terreno, los rechazan cual engendros monstruosos, no por esto se han de cerrar los ojos á la investigacion histórica, llegando á confundir entre sí cosas que jamás pueden ser unas, y olvidando al par las más sencillas nociones de crítica. Uno y otro fenómeno, esto es: la aparicion de los libros de caballerías en nuestra literatura y su repudio por la gente docta y prohijacion por la popular, tienen explicacion cumplida en el estudio de la civilizacion castellana: del primer punto habrán ya juzgado los lectores; sobre el segundo formarán entero y claro concepto, al llegar al siglo XVI.

ta, otro poema, á que dá título de *Los votos del Pavon* [1], obra perdida por desgracia de nuestras letras y que bastaria sin duda para resolver cuantas en la presente investigacion pudieran abrigarse. Tiénenla ciertos escritores por «continuacion de la historia de Alejandro» [2], y declaran otros que no es posible averiguar «qué obra es, qué contiene, quién es su autor, ni el tiempo en que fué escrita» [3]. A la verdad, no son guias infalibles, ni ministran luz bastante en la materia la seguridad no comprobada de los primeros, ni la vacilacion excesiva de los segundos; y cuando en monumentos del siglo XIII y de tal importancia como la *Conquista de Ultramar*, ya antes de ahora examinada [4], hallamos inequívoco testimonio y noticia clara y concreta de lo que en nuestra literatura se entendió por *Votos del Pavon*, justo nos parece consignar que no ha sido todavía este punto debidamente ilustrado.

Los *Votos del Pavon*, lejos de proseguir la historia del héroe de Macedonia, lejos de carecer de importancia en la de las letras españolas, cual una y otra vez se ha afirmado, contienen una parte muy interesante de la trama romancesca de la vida de Carlo-Magno, y prueban, al revestirse de las formas poéticas cultivadas en Castilla, la predileccion con que fueron en ella

1 *Carta al Condestable de Portugal*: «Entre nosotros (dice) usóse primeramente el metro en assaz formas: asy como el *Libro de Alixandre, Los Votos del Pavon,* é aun el libro del Archipreste de Hita» (Núm. XIV).

2 Habiendo manifestado Mr. Fauchet en sus *Orígenes de la lengua y poesía francesa* (ed. de Paris 1781, pág. 88) que el *Roman du Paon* era una «continuacion de las hazañas de Alejandro, noticia que repitieron despues Quadrio y otros, asegurando que existia el MS. en la Biblioteca Imperial con el título de *Les veux du Paon d'Alexandre,* han supuesto algunos críticos modernos que el poema castellano, como traduccion de dicha obra, debia contener el mismo argumento (Ticknor I.ª Epoca, cap. IV). Mas aunque no puede negarse la existencia del libro citado por Fauchet y descrito en producciones más recientes (*Mem. et extr. des MSS. de la Bibl. Nac.*, t. V, pág. 118), nos parecerá siempre aventurado el asegurar que sea tal el asunto del poema citado por el Marqués de Santillana. Abajo exponemos las razones en que fundamos esta opinion.

3 Sanchez, *Coleccion de Poes. cast.*, t. I, pág. 99.

4 II.ª Parte, t. I.

recibidas las hazañas de los caballeros carlowingios. Refiérense las aventuras, comprendidas bajo aquella singular denominacion, á la infancia y juventud del afortunado hijo de Berta, correspondiendo por tanto á la segunda série de narraciones que constituyen la base principal del referido ciclo, segun queda ya notado [1], y que se distinguen en multiplicados libros con el título de ***Historia de Maynete***.

Berta, hija de Flores y Blanca Flor, reyes de Almeria en España, es desposada con Pepino, *el de los grandes fechos*, llevando consigo á Francia el aya (ama) que la habia criado: injuriada esta por cierta ofensa, resuélvese á tomar de ella cruda venganza; y teniendo acaso una hija de extremada semejanza á la esposa de Pepino, acusa á la verdadera Berta de haber atentado contra la vida de la reina, dignidad que atribuyen á su hija, logrando sorprender y engañar al monarca, que dicta sentencia de muerte contra su propia esposa. Á dos escuderos da órden el aya vengativa de ejecutar aquel tremendo fallo, imponiéndoles el deber de presentarle el corazon de la princesa; pero llegados á la floresta, que iba á ser teatro de tanta crueldad, duélense ambos de la desolada hermosura; y sacando el corazon á un perro que llevaban consigo, déjanla atada á un árbol, despojada de sus vestiduras y suelto sobre la espalda su cabello. En tan extraña manera hallóla el guarda de aquel monte (montanero), é informado por ella de su desgracia, desatóla y llevóla consigo á su casa, mandando á su mujer y á dos hijas de la misma edad de la reina que la honrasen y agasajaran. Allí permaneció Berta largo tiempo, pasando plaza de villana y siendo tenida por hija del montanero, hasta que trascurridos tres años, fué á caza el rey Pepino, hospedándose en la morada del guarda, quien despues de haberle ofrecido abundantes manjares, le hizo servir sabrosas frutas por aquellas tres doncellas, que le daban nombre de padre. Sorprendido quedó Pepino, al contemplar la belleza de Berta, y segunda vez enamorado de sus gracias, exigió y obtuvo del montanero que la condujese á su cámara aquella noche, proyecto en que vino sin dificultad la reina, ganosa de

1 Véase el capítulo anterior.

recobrar el cariño de su esposo. Nació de esta singular aventura el renombrado Cárlos-Maynete, el bueno; pero lejano de la corte y más todavía de la corona, hubiéronse menester nuevas aventuras para que alcanzase la herencia legítima de sus mayores.

Muerto entre tanto el rey Flores, persuadia Blanca Flor á sus vasallos á que recibiesen por soberano al famoso Pepino; logrado lo cual, dirigíase á Francia, alentando la dulce esperanza de extrechar en sus brazos á la desdichada Berta, á quien suponia en el colmo de la ventura. Grande fué el desconcierto que su presencia produjo en el aya criminal y en su cómplice hija, esquivando una y otra vez la inevitable entrevista de la usurpadora y de la madre de la verdadera reina; mas vencido todo obstáculo, llegaba al cabo Blanca Flor á romper la urdimbre de la impostura, reconociendo que no era Berta la muger que honraba Pepino como á reina, y obteniendo que confesada la maldad y descubierto el paradero de su hija y nieto Cárlos Maynete, fuese castigada la principal culpable, disponiéndose el rey á hacer recibir por heredero de la corona á su legítimo hijo. El fallecimiento inesperado de Blanca Flor, cuya amorosa fidelidad á Flores, su marido, resalta aun en los últimos instantes de su vida, y el más desventurado del rey Pepino, dejaron á Cárlos en completa orfandad, apoderados como estaban del reino los bastardos, en quienes ardia cada vez con mayor fuerza el anhelo de la venganza: solos Morante y Mayugot, leales caballeros elegidos por el rey Pepino para crianza y educacion de Maynete, velaban por su vida, esperando elevarlo algun dia al ambicionado trono.

Temíanlo así los bastardos, y subiendo cada dia los quilates del no disimulado rencor, buscaban sin tregua los caminos de perderle, ya exasperando su natural altivo y fogoso con menosprecios, ya forzándole á ejercer oficios, en que podia alcanzarle pública deshonra. «Acontesció (dice la *Conquista de Ultramar*) »que ellos ovieron su consejo por la Nauidad que á la fiesta de »çinquesma que auia de venir, que fiziesen en medio de una »montaña, do avia unos prados muy fermosos et grandes, un »juego que usáran los franceses antiguamente que llamauan *Ta-*

»*bla Redonda.* Et este juego se fazía desta manera: ponian »tiendas en derredor unas cabe otras, asi como corral redondo, »et allí dentro estauan los caualleros armados et tenian los caȥ»uallos cobiertos de señales; et departe de fuera de las tiendas »fazian poyos en derredor, en que se ponian sus escudos et sus »yelmos, et arrimauan las lanças; et estauan con ellos dueñas et »donzellas et sus mugeres et sus parientes; et todos los omes on»rados de la tierra venian allí et toda la otra cavalleria, et pa»rauan sus tiendas en derredor de aquellas otras quanto una »grant carrera de cauallo. Et el cauallero de los de fuera que »quisiese justar, armarse ya et cubriria su cauallo de sus seña»les et yria á aquel palenque et daria con el cuento de la lança »en un escudo daquellos; et luego saldria el señor del escudo de »dentro del corral et rogaria á aquella dueña ó donzella quél »oviese alli traido, que le ponga el yelmo en la cabeça et que le »dé el escudo et la lança; et ella fazerlo ha assi. Et despues, »que gelo ovier dado, caualgará el cauallero en su cauallo et »yrá justar con el otro. El si cayere el de fuera, avrá el de den»tro su cauallo et las armas, et dará el preso á la dueña ó á la »donzella que alli truxiere, et ella soltarlo há por lo que touiere »por bien. Mas si cayere el de dentro de las tiendas, avria el »otro el cauallo et las armas, et aquella dueña ó doncella toma»rá aquellas armas que traya el que derriba et darle ha otras »quales quisiere; pero en antes que le ponga el yelmo, abraçar»lo há et besarlo há, et todo aquel año llamarse há su caualle»ro de ella et avrá de fazer armas por su amor et traer aquellas »armas quella le dá et non las otras quél ante traya.»

«Este juego inventaron los omes antiguos de Inglatierra et »en Alemaña et en Françia, para saber bien justar et ferir de la »lança, asi como en el torneo para ferir de espada, et saber so»frir las armas en las grandes priesas. Et este juego de la *Ta»bla Redonda* dura ocho dias ó quinze, segunt que aquellos que »lo fazen pueden sofrir la costa. Et há este nombre, porque un »dia ante que se partan, ponen mesas de parte de dentro de »aquellas tiendas á la redonda et comen allí todos aquel dia lo »mejor que pueden et porque aquellas mesas son assi puestas »en derredor, llámanle el juego de la *Tabla Redonda*: que non

»por la otra que fué en tiempo del rey Artús. Et fazen aun otra »cosa aquel dia: ante que levanten las mesas, mandan á una »donzella, la más fermosa que ahy oviere, que traya un *pavon* »assado, saluo el pescueço et la cola que dexauan entero con »sus péñolas; et sábenlo fazer de manera que traya la cabeça al»çada et la rueda toda fecha; et méténlo en un asador sobre un »tajadero de plata, et tráelo aquella donzella ante todas aquellas »mesas, et anda diziendo á cada cauallero qué es lo que *promete* »*de fazer á aquel pavon*. Et cada uno lo que prometiere, hálo »de complir et de tener aquel año en todas maneras, et sy lo »non fiziere, gelo terná por tan mal como si fiziesse una grant »trayçion. Et despues á aquellos que prometen, dánles á comer »sendas tajadas de aquel pavon et van su camino. Et desta ma»nera se acaba el juego de la *Tabla Redonda*. El tal juego como »este ouieron su consejo los nietos del ama que lo fiziessen en »un llano en aquella montaña que era çerca de un castiello que »auia ŷ que tenian ellos [1].

Para humillar á Maynete, forzándolo á un rompimiento de que pudiera surgir su ruina, oblíganle pues sus hermanos á desempeñar en la *Tabla Redonda* el oficio de doncella, tomando los *votos* que hacian al *pavon* los caballeros. Por consejo de Mayugot y de Morante disimula el príncipe el enojo que tal burla produce en su pecho; mas llegado el momento de la fiesta y asegurado de algunos caballeros sus parciales, arroja al rostro de Doys, que era el menor de los bastardos, el misterioso *pavon*, trabándose luego por una parte y otra recia contienda, de que sólo escaparon los nietos de la esclava de Berta, acogiéndose al castillo inmediato que se tenia por suyo. Maynete entre tanto, receloso del poder de sus enemigos, busca asilo en el ducado de Borgoña, y se determina despues á pasar á España para tomar posesion del reino de su abuelo Flores, teniendo la desventura de hallarlo sometido á los sarracenos. La empresa de rescatarlo, aprovechando las discordias de los reyes de Zaragoza y Córdoba, y la no menos romancesca de los amores de Halia (Galiana)

1 *Conquista de Ultramar*, cap. XLIII, fól. 122 v. y siguientes hasta el 31.

hija de Hixem, rey de Toledo, detienen á Cárlos por largo tiempo lejos de su patria: al cábo apoderado de los tesoros del toledano y solicitado de los magnates franceses, entra en los dominios de su padre; y al frente de «muy grant caualleria,» acomete y vence á los bastardos y se corona rey de Francia y Alemania. Los *votos*, hechos por Cárlos Maynete en la fiesta del *pavon*, estaban felizmente cumplidos.

Ahora bien: existiendo desde fines del siglo XIII en la literatura española esta leyenda caballeresca, que tan fundamental y estrechamente se enlaza con las historias del ciclo carlowingio; aplaudida por extremo entre los doctos la obra en que se contiene ¿no ha de parecernos por demás aventurado el suponer que *Los votos del Pavon* completaban la historia del vencedor de Dario, cuando se estaba operando en el arte la singular transformacion que dejamos estudiada?... Lo que parece verosímil, lo que se hálla favorecido por todas las leyes de sana crítica, cualquiera que fuese la fortuna de los poemas, de que se supone derivada la obra referida [1], es que el citado poema tuvo por asunto la série de aventuras arriba consignadas, ó cuando menos una parte principal de las que nacian de *Los Votos del Pavon*, en que se dá á Maynete intervencion tan directa. No otra cosa persuade la natural avidez, con que acogian los discretos cuantas relaciones, cuentos é historias les ponian de manifiesto el mundo de la caballería, fin privilegiado á la sazon de todas las especulaciones y conquistas del arte erudito. Y cuando no bas-

1 Aludimos claramente á la manera en que pudo ser recibido por nuestros eruditos el *Roman du Paon*, citado por Fauchet: su aplauso, si lo obtuvo, no oscurecia en modo alguno la tradicion caballeresca que dejamos consignada: antes al contrario, considerados el curso de las ideas y el estado de las letras, y notando que habia tomado plaza en la historia nacional la referida leyenda, adoptada en parte por el Rey Sabio en su *Estoria de Espanna* (IV.ª Parte), justo y racional parece concluir, como lo hacemos en el texto, que el autor de los *Votos del Pavon* redujo á forma poética la tradicion referida, pudiendo añadir á los que se han perdido en conjeturas, con un distinguido poeta de nuestros dias:

Os vais trás las apariencias
cuando hay un testigo, y bueno?—

táran tan obvias consideraciones para admitir, como hipótesi bien fundada, que la poesía española se anticipó á revestir de sus formas épico-heróicas las historias caballerescas y en especial *Los Votos del Pavon*, la existencia de otros monumentos análogos traidos por aquella edad á la prosa de Castilla, contribuiria sin duda á robustecerla y autorizarla.

Antes de ahora hemos observado que ya proviniese de la peregrina historia de Guido de Colona, ya de los libros poéticos de la literatura francesa [1], fué traida á lengua castellana y gallega durante la juventud del rey don Pedro la *Crónica Troyana*. Libro en realidad de caballerías, si bien no exento de pretensiones históricas, iníciase y fomenta con él la lectura de aquel linage de ficciones, sintiéndose á poco andar la necesidad de reemplazarla con la de otras obras, ligadas más directamente á las maravillosas aventuras de los héroes carlowingios, no desechados tampoco los renombrados caudillos de la *Tabla Redonda*. De esta verdad, hasta ahora no reconocida, deponen varias producciones, cuyos títulos jamás han figurado en la historia de las letras. Hácenlas dignas de singular aprecio, demás de la importancia que les dá la época en que son escritas y de la forma en que aparecen, la no menos interesante circunstancia de referirse no sólo á las historias de uno y otro ciclo, sino tambien á un tercer género de narraciones caballerescas que habia ya producido notables creaciones, abarcando al par las leyendas piadosas de los primeros siglos del cristianismo. Conservadas con el depósito de las tradiciones religiosas y hermanadas con las vidas de los santos, muestran de un modo inequívoco que no infundian recelo alguno á la feliz credulidad de nuestros mayores y que sobre alcanzar, al transferirse al lenguaje de Castilla, la estima de los discretos, estaban asimismo destinadas á ganar el respeto de los devotos [2].

1 Vease el cap. XIX de la II.ª Parte.

2 Las leyendas, de que á continuacion hablamos, existen en un códice, fólio mayor, escrito en pergamino á dos columnas, á fines del siglo XIV ó principios del XV, y señalado con el título de *Flos Sanctorum*. Tiene la marca Ii. j. 12, y demas de los libros á que nos referimos, encierra los tratados siguientes: 1.º *Vida de Sancta María Magdalena*, fól. 1.º; 2.º *Estoria*

Distínguense estos peregrinos libros con el nombre genérico de *cuentos* y llevan los que se han trasmitido á nuestros dias los siguientes epígrafes: 1.° «Aquí comienza un *noble cuento del »enperador Charlos Maynes de Rroma et de la buena enperatriz »Sevilla, su muger.»* 2.° Aquí comiença la «*estoria del rrey Gui»llerme de Inglatierra*» etc. 3.° Aquí comienza el *cuento muy fermoso del enperador Ottas et de la infante Florencia su fija et del buen cauallero Esmere*: 4.° Aquí comiença un *fermoso cuento de una sancta enperatriz que ovo en Rroma et de su castidat»* [1]. Leidos estos títulos, no puede caber duda alguna respecto del orígen de semejantes obras; pero deben reputarse cual meras traducciones?... Dado que desconociéramos la libertad, de

de Santa María Egipciaca, fól. 7.°; 3.° *Estoria del emperador Constantino*, fól. 14 v.; 4.° Idem de *un cavallero Placidias que fué despues cristiano et ovo nonbre Eustaçio*, fól. 23 v. Constando el códice de 152 fojas, dicho se está que ocupan su mayor parte los libros caballerescos, en cuyo exámen entramos, los cuales fueron considerados por el colector de tan peregrinas obras como otras tantas leyendas piadosas. Verdad es que al proceder de esta suerte, no sólo obedecia á la ingénua credulidad del siglo, sino que aceptaba en cierto modo la singular consagracion que habia dado la Iglesia á la caballería. Esta idea habia logrado ya satisfaccion en el arte, como la habia tenido en la historia; y no era por cierto maravilla que los elegidos y canonizados por el universal sentimiento, cuya idealidad reflejaban, vinieran al cabo á ser elevados á la estimacion de los santos. Sólo de esta manera, y recordando la genuina representacion de la caballería, es posible comprender tan singular maridaje, que en otro sentido no pasaria de ser una extravagancia. El códice á que nos referimos, es quizá el comprendido en el núm. 46 de la Biblioteca de la Reina Católica, con el título de: *Estoria de los Santos*, que se hubo de trocar al ponerle nuevas cubiertas por el más erudito de *Flos Sanctorum*, arriba indicado. Clemencin nada dijo acerca de este libro.

1 El órden que estos cuatro cuentos guardan en el códice, es: 1.° *Estoria del rey Guillelme de Inglatierra*, que al fólio 52 empieza: «Disén las estorias de Inglatierra que un rrey ovo, que ovo nombre rey Guillelme etc.; 2.° *El Fermoso cuento de Ottas* etc. que comienza: «Bien oystes en cuentos et en romances que de todas las cibdades del mundo Troya fué la mayor», fól. 48.; 3.° El de *Una santa enperatriz* fól 99.; y 4.° El de Charlos Maynes y Sevilla, que al fól. 124 da principio en esta forma: «Señores, agora escuchat et oyredes un cuento maravilloso que deve ser oydo, ansy como fallamos en la estoria».

que los escritores de la edad-media hacian alarde en toda suerte de versiones, la ingenuidad y frescura del estilo y lenguaje y el color especial que toma de las creencias y costumbres la misma narracion, nos dirian claramente que no se contentó con el simple lauro de traductor el que las trajo al idioma castellano. De observar es no obstante que, fiel á los originales que le servian de norma, conservó, tal vez con mayor exactitud de lo que permitia el genio de la lengua, los nombres propios de personas y lugares, dejando asi indubitables vestigios del camino que traian las mencionadas leyendas. Extractos unas de más voluminosos libros, compendios otras de abultadas historias; ya enriquecidas de pinturas y descripciones, que revelan los esfuerzos hechos por el arte español en épocas anteriores, ya exornadas de extrañas joyas y preseas, ningunos monumentos hallamos en la segunda mitad del siglo XIV más propios y adecuados para dar á conocer cómo se realiza en la literatura castellana la transformacion caballeresca. Este convencimiento, hijo del largo exámen que de tales obras tenemos hecho, nos mueve pues á ofrecer aquí á nuestros lectores breve análisis de las mismas, no sin consignar primero que es ya en extremo difícil, aun con el auxilio de extrañas literaturas, el señalar las relaciones particulares y exteriores de cada una de ellas.

Enlazado con las narraciones del ciclo carlowingio, segun vá insinuado arriba, llámanos en primer lugar la atencion el *Noble cuento del enperador Charlos Maynes de Rroma et de la buena enperatriz Sevilla su muger*, que á diferencia de *Los Votos del Pavon*, abraza cierta série de sucesos relativos á la edad provecta del héroe [1]. Dando inequívoco testimonio del estado

1 La existencia de esta obra desvanece el error generalmente seguido de que no se halla rastro alguno hasta principios del siglo XVI «en la literatura castellana de las leyendas relativas al emperador Carlo-Magno y sus doce Pares» (Gayangos, *Discurso preliminar al Amadís de Gaula*, edic. de Rivadeneira 1857). Verdad es que este aserto no puede resistir la luz que arrojan los monumentos hasta ahora citados, ni los testimonios que en igual concepto aduciremos adelante. Sobre la misma leyenda y otro no menos peregrino libro acaba de dar á luz el docto don Fernando Wolf, tantas veces citado, un curioso trabajo que lleva el siguiente título: *Über Die bie-*

en que se hallaba la literatura española, al ser trasladado á nuestra lengua, anúnciase con un fin altamente didáctico: «Se»ñores (dice al comenzar), agora escuchat, et oyredes un cuento »maravilloso que deue ser oydo, asy como fallamos en la esto»ria, para tomar ome ende fazaña [egemplo] de non creer tan »ayna las cosas que oyer, fasta que sepa ende la verdat et para »non dexar nunca alto ome nin alta dueña sin guarda». Sobre esta moralidad, adaptable en parte á todos los tiempos y en parte adecuada á las costumbres y vida social de la edad-media, gira todo el argumento. Celebraba Cárlos con su esposa Sevilla en el monasterio de *Sant Donís* gran fiesta caballeresca, cuando aparece en su corte un enano «tal que de más laída catadura »non saberia ome fablar». «Él era (prosigue) gordo et negro et »beçudo et auia la catadura muy mala et los ojos pequeños et »encouados et la cabeça muy grande et las narices llanas et las »ventanas dellas muy anchas et los orejas pequeñas et los cabe»llos erizados et los braços et las manos bellosas, como osso et »canos, las piernas tuertas, los piés galindos et resquebrados. »Atal era el enano como oydes». Presentado este personage, tan fresca y vigorosamente descrito [1], al emperador, es recibido á su servicio, no sospechando que de tan vil figura sólo podian nacer maldades.

den Wiederanfgefundenen Niederlandischen volksbucher von der Küniginn Sibille und von Huon von Bordeaux (Sobre los dos libros populares holandeses nuevamente hallados, acerca de la reina Sebilla y de Huon de Burdeos). De su exámen resulta que tanto el libro castellano como el holandés, reconocen su orígen en un antiguo poema francés, dado en parte á luz por el docto Baron de Reifenberg, bien que difieran en algunos pormenores que sucesivamente notaremos, juzgando Wolf que entre la version holandesa y el original ha mediado tal vez una segunda redaccion en prosa. La *Historia de la Reyna Sevilla*, dada á luz en 1532 y 1551 (Sevilla y Burgos) y antes de ahora examinada por el indicado Wolf, se aparta aun más de la primitiva version castellana que esta de la holandesa. El entendido bibliotecario de Viena ofrece, al comenzar su opúsculo, una circunstanciada descripcion de esta preciosidad bibliográfica, debida en su concepto á las prensas de Guillermo Vosterman ó Vorsterman, que floreció en Amberes cual maestro de impresores, de 1500 á 1544.

1 La version holandesa presenta este raro personaje casi con las mismas palabras.

Restituido á la ciudad de París, dispuso Cárlos una partida de caza, saliendo al monte con todos sus caballeros, mientras dormia la emperatriz en la régia cámara. Llegado el dia, y no osando despertarla, bajan sus doncellas y cobijeras á un jardin inmediato para tejer una guirnalda de flores, con que exornar la frente de la hermosa Sevilla; ocasion que espía y piensa ver lograda el enano para saciar los carnales deseos que la belleza de su señora habia encendido en su menguado pecho. Iba ya á poner sus torpes lábios en el rostro de la emperatriz, cuando abriendo esta los ojos y certificada, por declaracion del mismo enano, de su loco propósito, castígale por su propia mano hasta ensangrentarle y forzarle á pedir perdon de su atrevimiento. Al volver Cárlos de la caza, pregunta al enano la causa de las heridas que lleva en el semblante; y determinado, como estaba, á tomar cruel venganza de la reina, respóndele que ha caido fortuitamente de un andamio, alejando así toda sospecha.

Satánico era el plan que entre tanto habia trazado. Introducido ocultamente en la Cámara imperial, acecha el instante en que se levanta Cárlos para «oyr las horas» en la iglesia de Santa Maria, y metiéndose con la emperatriz en el lecho, bien que cuidando de no despertarla, duérmese en tal sitio, hasta que pasados los maitines, torna el emperador á su palacio, llenándole de admiracion y de ira aquel deshonroso espectáculo. Ciego de enojo, convoca á sus magnates, entre quienes se contaban los del linage de los traidores Galalon y Macayre [1]; y atentos siempre á saciar sus rencores, aconséjanle que mande quemar á Sevilla y al enano; sentencia que piensan luego ejecutar, conduciéndolos á la hoguera. «Ella ovo muy grant espanto del »fuego que vió fuerte, et do vió el rey, començole á dar muy

1 El testo castellano dice: «Entonces estavan ya los traidores del linaje de Galalon Aloris et Foucaus, Goubaus de Piedralada et Sanson et Amaguins et Macayre, el traydor de la dulce palabra et de los fechos amargos.» En la version holandesa se lee: «Hier y was teghenwoordich dat gheslechte der veraders te weten Galaon, Alorones, Fanones, Robert van Breedanstene, Sampson de Magre, Macaris de Schoone van spraken, quaet van werken» (cap. III). Fuera de los variantes que advertimos en los nombres, no puede haber mayor semejanza en la narracion.

»grandes vozes:—Señor, mercet por aquel Dios que se dexó »prender muerte en la uera cruz, por su pueblo salvar: yo ssó »preñada de vos; esto non puede ser negado. Por el amor de »Dios, Señor, facetme guardar fasta que sea libre: despues man- »datme echar en un gran fuego, ó desmembrar toda. Et assy »como Dios sabe que yo nunca fuy en este fecho, de que uos me »fazedes retar, assy me libre ende él del peligro en que ssó. Des- »pues que esto ouo dicho (continua el cuento), tornóse contra »Oriente et dió muy grandés vozes et dixo:—Ay! rica ciudat »de Constantinopla, en uos fuy criada á muy grant viçio! Ay! »mi Padre et mi Madre, non sabedes vos oy nada desta mi grant »coita!... Gloriosa Sancta Maria! ¿et qué será desta mesquina »que ha tal tuerto?... ¿Ha de ser destroyda et quemada?... Et »cómo quier que de mi sea, auet merçet desta criatura, que en »mi trayo, que sse non pierda» [1].

A estas palabras mandó el emperador que la desnudasen, lo cual no pudo menos de producir duelo y clamor general, asi en los nobles como en la inmensa muchedumbre que presenciaba aquella escena. Conmovido el emperador, oyó de nuevo á sus consejeros, quienes subyugados por Macayre, le inclinan á desterrar á la emperatriz, mientras interrogado de nuevo el enano, la acusa de haber tomado la iniciativa en crímen tan feo, calumnia que paga, como cómplice, en la hoguera. Cárlos confia á uno de sus caballeros, llamado Auberí de Mondisdier, el cumplimiento de la nueva sentencia pronunciada contra Sevilla, á la cual amonesta que vaya á pedir perdon de sus pecados al Padre Santo (Apostóligo); y en tanto que emperatriz y caballero se alejan de Páris, armado de todas armas y sobre poderoso corcel sale el pérfido Macayre en su busca, determinado á darles muerte. En lucha desigual sucumbe Auberí, dando tiempo á que la desventurada Sevilla logre salvarse, invocando el nombre de *Santa Maria*; y al lado del cadáver del fiel caballero queda, cual generoso guardian, un valiente galgo, que no solamente muestra su lealtad durante la refriega, sino que está destinado á des-

1 Párrafos V y VI del cód. escurialense.

empeñar parte principalísima en la historia de la infeliz Sevilla [1].

Caminando esta toda la noche, depárale la Providencia á la mañana un leñador, que dolido de su cuita y enojado contra el rey y los cortesanos, prométele llevarla á Constantinopla, donde reinaba el emperador *Richarte*, su padre, quien no dejaria sin enmienda tan inmerecido agravio. *Barroquer*, que tal se llamaba el leñador, abandonando su familia, emprende el viaje á que se habia ofrecido, dirigiéndose á Ungria, al mismo tiempo que vuelto á París el traidor Macayre, redoblaba los tiros de la calumnia, asegurando que Auberí de Mondisdier habia deshonrado á la emperatriz, con lo cual crecia más y más la indignacion de Cárlos. A la mesa de este emperador se hallaba sentado el asesino de Auberí, cuando vencido del hambre, penetra el galgo fiel en la cámara régia y reparando en el traidor, lánzase sobre él, trabándole fuertemente del cuello: maltratado y perseguido de los palaciegos, suelta la presa, arrebata un pan de la mesa imperial y parte corriendo al bosque, dejando á todos admirados y deseoso á Cárlos de saber su paradero. No esperó largo tiempo: al siguiente dia apareció el galgo de nuevo en el palacio, donde tal vez hubiera muerto á manos de los deudos de Macayre, si ayudado de otros caballeros, no lo amparase el duque don Aymes, llevándolo ante el monarca, á quien manifiesta la sospecha que habia concebido contra su favorito, aconsejándole que mandase seguir al perro, que animado de sobrenatural instinto, parecia pedir justicia al emperador, ya lanzando tristes ahullidos, ya tirándole del manto, como para persuadirle á que le acompañara. Decidido á hacerlo con varios caballeros de su corte, de cuyo número se exime el artero Macayre, llegan á una fuente, donde habia el galgo enterrado el cadáver de Auberí, siendo grande la admiracion que en el ánimo de Cárlos produce aquel descubri-

1 En el libro holandés no toma el galgo parte en la refriega; pero es perseguido por Macayre aquí y en el palacio, segun despues nos dice la version castellana, que analizamos. En esta se antepone el episodio del duelo entre el galgo y Macayre al recibimiento que hacen á la reina y á Barroquer los payeses úngaros, narrado antes en la primera (Cap. IX).

miento y no menor la indignacion de sus próceres, quienes conducen el cuerpo del caballero con fúnebre pompa á la ciudad de París, dándole honrosa sepultura. Prendia el emperador al mismo tiempo al sospechoso Macayre, y convocando sus doce Pares, pedíales consejo sobre tan extraordinario caso. En esta asamblea, pintada con notable naturalidad y sencillez, resuélvese, no sin oposicion por parte de Galalon y los suyos, que entre en lid el presunto asesino, armado de un escudo redondo y de un palo de un codo, con el galgo de Auberí, lo cual aprueba el monarca, mandando que se ejecute. El duque don Aymes mueve á los doce Pares á esta singular resolucion, narrándoles un curioso y bello apólogo, en que se enaltece la fidelidad de los perros; apólogo cuya importancia literaria no puede ocultarse á los lectores [1].

1 El apólogo empleado por el duque don Aymes, no existe en el libro holandés, circunstancia de mucho peso en nuestros estudios, pues muestra de un modo inequívoco la influencia que, al ceder el puesto á otras formas literarias, ejerce en ellos la didáctico-simbólica, cuyo desarrollo dejamos plenamente reconocido. El indicado *enxenplo* está concebido en estos términos:

«Mucho leal es el amor del can: esto oy probar: ninguno non puede fal»sar lo que ende dixo Merlin; ante es gran verdat lo que ende profetisó. »Onde aveno asy que César el enperador de Rroma lo tenia en presion: et »este fué aquel que fizo las carreras por el monte Pavés. Un dia fizo venir »ante sy á Merlin, por lo probar de su sseso et díxole: Merlin, yo te man»do assy como amas tu cuerpo que tú trayas ante mi corte tu joglar et tu »sieruo et tu amigo et tu enemigo.—Señor, dixo Merlin, yo uos los traeré »delante, sy los yo puedo fallar.—Señores, dixo el duque don Aymes, uer»dat fué que el enperador tiró de presion á Merlin, et él fuese á su casa et »tomó su muger et su fijo et su asno et su can, el tróxolos á la corte antel »emperador et díxole: Señor, vedes aquí lo que me demandastes: catad, »esta es mi muger que tanto es fermosa et de que me uiene mi alegría et »mi solaz et á quien digo todas mis poridades; mas pero si me viene algu»na enfermedat ya por ella non seré confortado; et sy acaesciese asy que »yo oviese muerto dos omes, por que deviese seer enforcado et ninguno »non lo sopiese, fueras ella solamente, sy con ella oviese alguna saña et la »feriese mal, luego me descobriría: et por esto digo queste es mi enemigo, »ca tal manera há la muger: asi diz la otoridat. Señor, vedes aquí mi fijo: »este es toda mi vida et mi alegría et mi salut. Quando el niño es pequenno, »tanto lo ama el padre et tanto se paga de lo que diz que non ha cosa de que se

Señalado el campo, escúsase Macayre de pelear con un perro, pretestando la honra de su familia [1]; pero inflexible Cárlos y aconsejado el traidor por sus deudos, que le ofrecen rebelarse y ponerle en el trono, empieza aquella peregrina batalla, logrando el galgo ensangrentar el rostro del favorito, en cambio de muy rudos golpes. Dudoso aparecia el éxito, cuando otro de los traidores, llamado Galeran, tio de Macayre, entra armado en el palenque, dando al perro una lanzada é intentando acabarle. Mas frustrada su alevosía por la autoridad del emperador, que ofrece cien libras á quien se apodere de su persona, prosíguese el combate hasta confesarse vencido el asesino de Auberí, á cuyo sepulcro (monimiento) se acoge el galgo, obtenida la victoria, negándose despues á tomar alimento y muriendo al cabo, como

»tanto pague, nin de que tal alegria aya; et por ende le faz quanto él quier: »mas despues que es ya grande, non dá por el padre nada et ante querria »que fuese muerto que uiuo, en tal que le fincase todo su aver: tal costum»bre há el niño. Señor, vedes aquí mi asno que es todo dessouado: çertas »aqueste es mi siervo, ca tomo el palo et la vara et dóle grandes feridas et »quanto le más dó, tanto es más obediente; des ŷ echo la carga ençima dél »et liéuala por ende mejor: tal costumbre há el asno, esta es la verdat. »Señor, vedes aquí mi can: este es mi amigo: que non he otro que me tanto »ame, ca si lo fiero mucho, aunque lo dexe por muerto, tanto que lo llame, »luego se uiene para mi muy ledo et afalágame et esle ende bien: tal ma»nera es la del can. Ora sé uerdaderamente dixo César que sabedes mucho; »et por ende quiero seades quito de la presion et que vayades á buena uen»tura, ca bien lo meresçedes. Et Merlin gelo gradesçió mucho et fué su uia »para su tierra.»

Nótase pues que la expresada forma simbólica queda ya en nuestra literatura como un simple medio de manifestacion; circunstancia que se cumplia al par en otras meridionales: en la italiana por ejemplo ofrecen los poemas caballerescos repetidas pruebas: Pulci en su *Morgante Maggiore* (cant. IX, st. 20 y 73, y cant. XIII, st. 31) y Bello en su *Mambriano* (Cants. III y VIII, X, st. 7, 8 y 5) y otros ingieren cuentos, fábulas y apólogos, con el mismo intento que el trasladado arriba. No es para despreciada la observacion de valerse el traductor ó refundidor castellano de la erudicion romancesca.

1 Macayre celebra por el contrario en la version holandesa el juicio de los doce Pares, porque juzga segura la victoria sobre el can de Auberí (capítulo XII).

espejo de fidelidad, junto á la tumba de su dueño, dondo es enterrado por mandato del monarca [1].

Terminado este raro episodio, no sin ejemplo en la literatura caballeresca, torna el narrador á la emperatriz, que guiada por Barroquer, llega á Urmesa, ciudad muy principal de Ungría, hallando asilo entre una honrada familia del estado llano [burgueses], que dolido de su hermosura y desamparo, y venido el momento del parto, asístela y prodígale todo linage de consuelos con extremada solicitud y ternura [2]. Daba Sevilla á luz un hermoso niño, en cuya espalda se dibujaba una cruz roja; y llevado á las fuentes del bautismo por el leal Barroquer, veíale acaso el rey de Ungría, moviéndole á tomarle por ahijado la narracion de su infortunio. Luis, que este nombre recibe el infante, crece al lado de Barroquer, aliviando los sinsabores y dolencias de su madre con sus infantiles caricias, hasta que entrado ya en la juventud, es llevado á la corte del úngaro, donde se educa en las artes de la caballería; y restablecida algun tanto Sevilla, resuelven todos proseguir su viaje á Constantinopla [3]. A esta ciudad se encaminaban, cuando son asaltados en un monte por una ga-

1 En toda esta parte aparece la version holandesa más descargada que la castellana y más aun que la *Historia de Sevilla*, dada á luz en el siglo XVI. En la primera es condenado Macaris á ser azotado y colgado de una estaca (cap. XIII): en la segunda manda el emperador «echar á Macayre una cuerda á la garganta et á Galeran, ssu tio, otrossy et liarlos á dos cauallos; et fízolos rastrar por toda la ciudat.»

2 En la leyenda holandesa, que segun hemos notado, antepone parte de estos sucesos, es recibida la reina entre las burlas de los aldeanos y *burgeses de Videnmium*, contrastando este recibimiento con el silencio que guarda Barroquer, al escucharlas (cap. IX). Como vemos, esta escena es mucho más sencilla en la version castellana.

3 Hemos indicado que ambas leyendas reconocen un mismo orígen en los fragmentos del antiguo poema, publicado por el baron Reiffenberg; y esta conviccion, nacida de la naturaleza misma del asunto, adquiere completa fuerza al comparar las escenas que vamos mencionando. Josarán, huésped de Sevilla y de Barroquer, tiene dos hijas: la mayor que es de extremada hermosura, y lleva en la version holandesa el nombre de Belisarta y en la castellana el de Elifante, enamorada tiernamente de Luis, procura evitar que se aparte de su lado, ofreciéndole felicidad duradera, si se casa con ella: esta situacion, pintada en una y otra leyenda con extremada senci-

billa de ladrones, cuyo capitan se prenda de la hermosura de la reina; pero Barroquer y Luis pelean tan valerosamente contra

llez é ingenuidad, tiene su modelo en los siguientes versos del expresado poema (pág. 613):

Li borjois et deux filles, moult belles et plesant,
L'aisnée vint á lui, si le vet acolant.
—Sire, frans damoiseax, entendez mon semblant,
Alevé nous [vos] avons en norri, bel enfant,
Qant venistes céans, vos n'aviez noiant
Var [ouquel], vostre peres, qui á le poil ferrant,
Amena nostre dame, sachois, moult povrement;
Vos nous avons serví moult encéablement.
S'or voltes estre sages, mar iréit en avant;
Mès prenès-moi á féme, je li voil et demant.
Looys, biax dons frere, entendés ma proiere,
Avés merci de moi, ne suis pas losengiere.
—Bele, dit Looys, je me vois mie arrière.
Bele ests de façon et de cors et de chière;
Et je suis povres enfent, si n'ai bois ni rivière,
N'ai terre ne avoir qu vaille une estriviére
Et ma dame est malade, ansi com fust en bière.
Et Var (ouquel), mes peres, qui á la brace fière,
Ma dame sert moult bien et de bone manière;
Vos peres m'a norri et mostre belo chière,
Et si n'ot onc du mien vaillant nue lasnière;
Mis se Diex m'amendoit qui fis ciel et lumiére,
Je li vendrai á double, trop me fet bele chière.
Rales-vos-an pucele, ne soiés pas lanière;
Gardés vo pucelage; trop me semblés legère.

Veamos este pasage en nuestra leyenda:

«El burgués auia dos fijas niñas et fermosas, et la mayor avia nombre »Elifante, que era más bella; et esta amaua mucho al donzel et deciale á me- »nudo en poridat:—Buen donzel, nos vos criamos muy bien et muy viçiosa- »mente, et uos bien sabedes que vuestro padre traxo aquí á vuestra madre »muy pobremente, et uos sodes muy pobre conpaña; et sy quisierdes ser »sabidor, non yredes de aquí adelante; mas tomadme por muger et seredes »rico para sienpre, que vos non fallesçecera cosa, ca bien sabedes que non »ha cosa en el mundo que tanto ame como á vos.—Dueña, dixo Loys, vos »sodes muy fermosa á marauilla et muy rica et yo muy pobre, que non hé »ninguna cosa nin mi madre otrossy: que non há ningun consejo sy non mi »padre Barroquer que la sirve. Et vuestro padre me crió muy bien por su »mesura, que nunca por mí ouo nada; mas sy me Dios llegase ende á tien- »po, yo le daria ende buen gualardon. Mas guardatuos, amiga, que tal »cosa non me digades, nin vos lo entienda ninguno».—Aunque simplificada, nadie desconocerá los rasgos que la escena española conserva de la

los salteadores que no sólo dan muerte á los más, sino que rinden á Griomoart, su caudillo, bien que perdonándole la vida. Allí saben que hay en la misma montaña una ermita, en que hacia vida penitente un hermano del emperador de Constantinopla; y llegados á su presencia, movido el anciano de la afrenta y dolor de su sobrina, abandona la soledad para tomar de nuevo las armas, con ánimo de vengarla [1]; empresa en que intenta obligar no sólo á los caballeros del imperio bizantino, sino tambien al mismo Papa.

Mientras el venerable ermitaño congrega numerosas huestes contra el descuidado Cárlos, dirígese Barroquer á Paris [2] en trage de peregrino [palmero], hallando al emperador orillas del Sena y dándole abultada noticia de la expedicion que para enmendar la injuria hecha á Sevilla, se preparaba. Con inteligente perspicacia repara al mismo tiempo el estado en que se encuentra la ciudad, introduce en el ánimo del monarca dudas y desconfianzas respecto de sus favoritos, y ofreciéndôsele cual excelente domador de caballos, se apodera del que el rey montaba, fugándose al campo del infante Luis, á quien lo entrega, aconsejándole que moviendo su ejército, caiga de improviso sobre el de su padre, seguro de la victoria. Tomado el consejo, y sor-

francesa, dándonos tal estudio á conocer perfectamente la manera en que este y los demás libros, que en el presente capítulo mencionamos, fueron traidos á lengua de Castilla. No difiere más la version holandesa.

1 El antiguo poema francés es en toda esta parte más rico en pormenores que las leyendas holandesa y castellana, especialmente respecto del reconocimiento de Sevilla por su anciano tio; peripecia que aparece no obstante discretamente preparada en el libro español. Sentimos no poder trasladar aquí tan interesantes pasages; pero remitimos á nuestros lectores á las *Ilustraciones* del presente volúmen, donde recogemos y damos á luz estas joyas preciosas de la literatura del siglo XIV.

2 Debemos advertir que Barroquer, antes de pasar á la corte, visita á su mujer é hijos en la villa de Emaus (*Manes* dice la *Historia de Sevilla*), disfrazado de peregrino, siendo reconocido por su asno antes de descubrirse á su familia; circunstancia que se omite en la version holandesa y que trayendo á la memoria el *perro* de Ulises y el *asno* de Sancho, nos señala una relacion más entre la leyenda castellana y el primitivo poema francés, donde existe ya este gracioso incidente.

prendidos los franceses, se encierran desanimados en el castillo de Altafojá, haciendo no obstante algunas salidas sobre el campamento enemigo [1]: en una cae en sus manos Barroquer, siendo condenado á pagar en la horca las pasadas burlas; mas cuando ni los ruegos del duque don Aymes, ni la relacion de los servicios hechos á la emperatriz pueden aplacar la saña de Cárlos, y ya en poder de los deudos del traidor Macayre, aguarda sólo para morir la venida de la nueva aurora, ofrécese á rescatarle Griomoart, pagando así con salvar la vida de Barroquer la que habia recibido de su clemencia. Usando oficio de encantador, sácale del poder de los franceses con no poca alegría del príncipe Luis y de su madre, lo cual exaspera grandemente al emperador y enciende más y más la comenzada lucha [2].

1 Los accidentes de todos estos pasages varian no poco en ambas versiones, y una y otra aparecen más sencillas que la edicion castellana de la *Historia de Sevilla*. El asedio de Altafoja se narra tambien en la *Cancion de Gesta de Aspremont;* pero con referencia á Galalon, el más calificado de los traidores que figuran en tales narraciones romancescas del ciclo carlovingio:

> ....d'Autefoille en fu li dus Grifon
> Ensemble ó lui fu ses fis Ganelon,
> Qui de Rollant fist puis la traïson, etc.

2 En la leyenda primitiva aparece desde luego el bandido Griomoart como extremado en las artes de encantamiento. Necesitando de un asno para conducir las viandas que ha adquirido, despues de su vencimiento por el infante Luis, á quien sirve, hállalo á la entrada de un prado y quiere comprarlo: dirigiéndose á un aldeano, su dueño,

> Sire, dist Grimoart, ¿cest asne me vendés?
> Et cil li respondit:—Por noiant en parlés,
> Je n'aprandroie mie tot quanque vos avés.—
> Quant Grimoart l'oy qu'il n'est à poi desvés,
> Envers l'asne s'anvait, de lui est acolés,
> En l'oreille li dist un enchantemens tès
> Qui li asnes s'andort, à la terre est versés:
> Grimoart prant son asne, n'i est plus arestès
> Le peine mist de desus et le poissons delés
> Et le barit de vin, dont il estoit tronssés,
> Puis sesi l'aguillon, trois fois s'est criés:
> —Het avant, Diex aie!.... etc.

No es pues maravilla que empleando análogos medios, liberte á Barroquer de la saña de Cárlos.

A punto de venir nuevamente á las manos, interviene el Apostóligo en aquellas desavenencias, mostrando á la reina y al infante que lejos de forzar, como vencedores, la voluntad de Cárlos, era deber suyo ablandar su corazon con el ruego; piadoso y cristiano consejo, que seguido por todos, produjo el resultado que el Sumo Pontífice habia predicho. Cárlos Maynes, vencido del amor de esposo y de padre, recibió á Sevilla y á Luis con los brazos abiertos; y olvidadas las antiguas injurias con el castigo de los traidores y el premio de los leales, volvió á Paris en medio de las bendiciones y plácemes de su pueblo, desposando luego á su hijo con Blanca Flor, primogénita de Almerique de Narbona, y haciéndolo jurar heredero de la imperial diadema [1].

1 La *Historia de Sevilla* anuncia ya todos estos hechos desde que narra un encuentro que supone entre las huestes de Luis y de Aymerico, conde de Narbona: este se pasa al príncipe y le ofrece su hija Blanca Flor por esposa. Aymerico es una de aquellas figuras que aparecen en la corte de Ludovico Pio, como la del duque de Naymes (el cuento dice don Aymes) en la de Cárlo-Magno: en el notabilísimo poema de *Guillermo, el Chato,* por ejemplo, cuando llega este á Paris para solicitar el socorro que ha menester su ciudad de Orange, apretada por los sarracenos, halla al conde con su esposa Ermengauda al lado del trono, siendo el principal ornato de aquella corte. Respecto de Blanca Flor, que figura en dicho poema, como tal esposa de Ludovico y es colmada de injurias y denuestos por Guillermo, su hermano, debemos notar que el expresado nombre determina en los libros caballerescos muy distintos personages. Ya hemos visto, al mencionar la leyenda de los *Votos del Pavon,* que *Blanca Flor* era española, muger de *Flores,* rey de Almería, y abuela de *Cárlos-Maynete,* debiendo añadir que esta es la tradicion del libro que con nombre de ambos se imprimió varias veces durante el siglo XVI, como en su lugar veremos. Boccacio que hubo sin duda de conocer una tradicion distinta, hace en su *Filocopo,* primer libro caballeresco que escribe en prosa, que *Florio* y *Bianca Fiore* sean hijos, aquel de Felix, rey moro de Sevilla, y esta de Quinto Lelio Africano, que yendo en romeria á Compostela, es muerto por el rey, quedando en poder de este y ya en cinta su muger Julia Topazia. *Florio* y *Bianca Fiore* nacen en un mismo dia; se crian juntos y se aman tiernamente; pero sabido esto por el rey, procura poner término á tal pasion, separando á los jóvenes. De aquí nacen las muy singulares aventuras del *Filocopo,* que terminan con el matrimonio de los amantes, su restitucion á Sevilla y la conversion al cristianismo de sus vasallos. Como se

Tal es en suma el *Noble cuento del Emperador Chárlos Maynes de Roma et de la buena emperatriz Sevilla*. Distinta esta peregrina narracion de la leyenda que dá á dicha princesa orígen mahometano, haciéndola hija de Hixem, rey de Toledo, y condenándola á perpétua esterilidad [1], derívase como va insinuado, de un antiguo poema francés, que ya directamente, ya por medio de una segunda redaccion en prosa, se comunica á diversas naciones de Europa, tomando plaza en sus literaturas [2]. No es por cierto la castellana la última que la recibe, si bien sólo en el siglo XVI llega á adquirir cierta popularidad, merced al movimiento literario que oportunamente explicaremos. Sírvenos ahora para comprender con entera claridad el modo y forma en que se acomodan al gusto, á las costumbres y á las creencias de

advierte, el proceso de la narracion insiste siempre aqui, como en los *Votos*, en la fidelidad de Blanca Flor, virtud que no se le reconoce en el poema de *Guillermo el Chato*. Quadrio juzgó que el libro de Boccacio habia dado orígen al de *Flores* y *Blanca Flor*; pero por ignorar la leyenda de la *Crónica de Ultramar*, muy anterior al discípulo de Petrarca.

1 En la *Crónica de Ultramar*, tantas veces mencionada, leemos despues de referir las fabulosas aventuras que Cárlo-Magno llevó á cabo en Toledo: «Despues que tornó cristiana á la infanta (Galiana), le puso por »nombre Sevilla et caso con ella... Mucho fué aquella reyna Sevilla buena »dueña et sancta et mucho la amó el rey Cárlos; mas non quiso Dios que »della oviesse fijos» (Cap. XLIII, fól. 131, col. 1.ª). El mismo nombre dió despues á la hija de Getedim, rey de Saxoña (Sansueña); y de esta princesa hay tambien diferentes tradiciones romancescas (Wolf, *Über die Beiden Wiederaufgefandenen*, etc., pág. 104). Con el argumento de la leyenda que dejamos examinada, bien que tomado sin duda de la *Historia de Sevilla*, impresa en 1532, existe la *Comedia famosa: Los Carboneros de Francia y reina Sevilla*, atribuida no con seguro fundamento á Francisco de Rojas. En ella figura tambien *Blanca Flor*, y hace el *Conde de Maganza* el papel de Macayre, dándose al enano el nombre de *Teodoro*, á Barroquer el de *Lauro*, é introduciéndose además otros personajes análogos á los que juegan en la primitiva leyenda.

2 La prueba más eficaz de este aserto existe en el libro holandés, á que nos hemos referido en notas anteriores, siendo para nosotros evidente la progenitura que indicamos aquí respecto de ambas redacciones. La holandesa, segun notó Wolf, se halla compartida en veinte y tres capítulos. En el códice español sólo aparecen divididos los párrafos y no siempre conforme á la materia que encierran.

nuestros mayores las maravillosas leyendas del mundo caballeresco, y cómo empiezan á ganar la estimacion de los discretos las peregrinas historias del ciclo carlowingio. Cierto es en verdad que son acogidas con igual aprecio las relaciones bretonas, segun lo prueba en el siglo XIV la ya citada ***Estoria del Rey Guillermo de Inglatierra***, que ampliada tambien, como el ***Noble cuento de Chárlos Maynes***, debia alcanzar dos centurias adelante extraordinario aplauso [1]. Las aventuras y singulares vicisitudes de aquel príncipe y de su esposa Graciana, y las no menos sorprendentes de Lobel y de Maryn, sus hijos, coronados de felicísimo éxito, no podian dejar de interesar grandemente en una época en que eran verosímiles los más altos portentos, allanando la fé religiosa el camino y disipando con fuerza irresistible todo linage de dudas. Mas fijando particularmente nuestras miradas en los monumentos arriba mencionados, lícito juzgamos manifestar que debió merecer la preferencia el ***Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la Infanta Florencia, su fija,*** así como excitará hoy mayor interés en cuantos acierten á saborear su lectura.

Distante igualmente de uno y otro ciclo caballeresco, tiende en la version castellana, como el ***Cuento de Chárlos Maynes***, á un fin didáctico, con el premio de la virtud y el castigo del vicio. Garsir, emperador de Constantinopla, sabe que Ottas, emperador de Roma, tiene una hija llamada Florencia, de tan extremada belleza como honestidad; y codiciando su posesion, envíale un mensagero pidiéndola por esposa; más con el expreso mandato

1 En 1526 se daba á luz en Toledo con este título: «Chrónica del rey »don Guillermo, rey de Inglaterra é duque de Angeos et de la reyna doña »Berta, su muger; é de como por revelacion de un ángel le fué mandado »que dexase el reyno é ducado é anduviese desterrado et de las extrañas »aventuras que andando por el mundo le auino (sic)». Esta edicion no debió ser la primera, por cuanto en el mismo título se añadia: *Agora nuevamente impreso*. Tambien las prensas de Dominico Robertis daban á luz el año de 1553 en Sevilla tan singular leyenda, muy poco ó nada conocida de nuestros más entendidos bibliófilos, por más que en el siglo XVI fuese familiar á todo linage de lectores. Esta circunstancia nos hace aquí sensible la imposibilidad de ofrecer detenido análisis de la primitiva version castellana. Véanse no obstante las *Ilustraciones*.

de amenazarle con la guerra, dada la eventualidad de la negativa. Enojado escuchó el anciano Ottas la altanera embajada de Garsir, y consultados sus magnates, replicó á tal demanda, aceptando aquella manera de reto. Con poderosa armada se dió Garsir á la vela, al saber la respuesta del romano, aportando en breve, bien que no sin peligro de naufragio, á las costas de Salerno, y moviendo al punto su ejército contra Olifante, fuerte ciudad, asentada á seis leguas de Roma. Convocados entre tanto sus próceres y caballeros, prepárase Ottas para salir al campo; y apenas habian las huestes de Garsir avistado la ciudad, cuando es acometido el real de los griegos por dos paladines desconocidos, caudillo cada cual de veinte caballeros, que bastan á infundir verdadero terror en el ánimo de los invasores. Eran aquellos hijos del rey de Ungría, que muerto su padre y arrojados del reino por la impiedad de su madre que habia dado mano y corona á otro, venian resueltos á favorecer á Ottas contra la violencia de Garsir, ganosos de merecer al par el amor de la hermosa Florencia. Precedidos por el aplauso de la victoria, preséntanse ambos hermanos, Miles y Esmere, al emperador, quien no solamente los acoje con extremado cariño, sino que les ruega acepten distinguido asiento en el banquete que daba á sus caballeros, como para inaugurar la próxima campaña.

En medio de la corte romana apareció á los ojos de Florencia el valeroso Esmere, cual tipo de belleza, así como la fama de su valor lo habia pintado ya en su mente, cual modelo de la caballería. «Él era grande et membrudo et muy bien tajado: cataua »muy fermoso et era blanco como flor de lis, et tan bien colora»do que era maraviella. Los ojos avia verdes, las sobrecejas bien »puestas; cabellos de color de oro; ancho era de espaldas et »delgado en la cinta.» Dominada de tan gallarda y varonil presencia, siente brotar en su pecho la llama de amor, haciendo ardientes votos por el logro de la dulce esperanza, en aquel momento concebida [1]. Ottas, llegada la hora de partir contra los

1 Debemos notar que la pintura de Florencia está hecha con igual frescura y gracia:

«Esta Florencia de que uos fablo... (dice) quando legó á edat de quinçe

griegos, promete la corona imperial y la mano de su hija al afortunado caballero que más bravurá ostente en las batallas, resuelto á dar él mismo ejemplo de valor, como soldado. Al frente de los suyos, embiste á Garsir con inusitado esfuerzo, y trabada la pelea entre ambos monarcas, caen los dos en tierra al rudo choque de las picas, mostrándose no obstante la victoria favorable al romano, que cercado de improviso por innumerables guerreros, hubiera perdido la vida, si el arrojo de Esmere no le sacara de tan apretado lance. Roma iba á quedar libre de enemigos, cuando una saeta, disparada por oscura mano, traspasa las sienes de Ottas, que tenia acaso levantado el yelmo, y rodeado Esmere de nuevos y más numerosos combatientes, sucumbe al fin, siendo presentado al bizantino, cual principal trofeo del triunfo.

Grande fué el luto de la ciudad y la amargura de Florencia, al saber el desventurado fin de Ottas. Los griegos se adelantan al propio tiempo sobre Roma, y asediándola estrechamente, la reducen al último extremo: para salvarla, resuélvese Florencia á tomar esposo, eligiendo á Miles, muerto ya segun voz pública el valerosísimo Esmere. Prendado de su esfuerzo y de su gentileza, habíale puesto sin embargo el emperador Garsir en libertad; y vuelto á Roma entre las aclamaciones del pueblo, desbarataba su presencia el casi realizado proyecto que iba á ceñir á las sienes de Miles la imperial corona. Esmere, recibido como libertador y escudo de la nacion romana, es revestido de la púrpura y ungido con el óleo santo; mas la enamorada Florencia, anteponiendo el deber de reina á la felicidad de esposa, le impone la obligacion de pelear hasta vencer al enemigo de la patria, único

»anios foé tan bella et tan cortés et tan bien ensennada que en todo el »mundo non le sabian par. Ya de las escripturas nin de las estorias nin»guno non sabia más; de la harpa et de uiola et de otras estrumentos nin»guno non fué mas maestre. Et con todo esto le diera Dios tal donayre »que non se abondauan las gentes de oyr su palabra, onde ella era mocho »abondada et mocho conplida. El su pareçer et el su donayre en el mundo »non le fallauan par: asi que desian aquellos que la afemençiauan, que »desque Dios formára á Adam et Eva que tan bella criatura non nasçiera »synon una que nunca ouo par nin auerá.» Los demás retratos participan de igual sencillez y gracia.

instante en que hará suya la flor de su juventud y belleza. Con esta esperanza, sale Esmere al campo, combate, vence y persigue á los griegos, forzándolos á embarcarse; y apoderado de gran número de bajeles, forma la resolucion de llevarles la guerra á su propio imperio, para lo cual encomienda la guarda de Roma y la custodia de Florencia á Miles, su hermano, con otros dos caballeros, Samson y Agravain, distinguidos entre los magnates romanos por su valor y riquezas.

Llegada juzgó Miles la hora de vengar el desaire antes recibido; y no bien se habia separado de Esmere, cuando trazaba horrible traicion para despojarle del imperio y de la esposa. Sólo halló obstáculo á su pérfido intento en Samson y Agravain; pero muerto el primero en la demanda, sucumbió el segundo al criminal propósito de Miles, quien para lograrlo mejor, mandaba poner en fúnebres andas el cadáver de Samson, echando voz de que era el de Esmere, noticia que iba llevando por todas partes verdadero dolor y que producia en Roma el más profundo llanto. Agravain descubria, sin embargo, aquella trama al pontífice (Apostóligo); y cuando se tenia Miles por seguro de su maldad, era sorprendido y encarcelado en el alcázar régio, renovándose la general alegría, al saberse las victorias de Esmere. Penetrando este en Constantinopla, habia vencido entre tanto á Garsir en su propio palacio, reconociéndole el anciano monarca como á natural señor, al rendirle su espada: con él tornaba á Roma, recordando los triunfos de los antiguos Césares, y sabedora Florencia de su venida, manda, para evitarle enojos, sacar á Miles de la prision en que le tenia, ordenándole que salga al frente de la nobleza á recibir á su victorioso hermano.

Mal pagaba el traidor esta generosidad: al avistar á Esmere, fíngese maltratado de Florencia, porque entregada esta á torpes amores con Agravain, habia pretendido castigar en él tal deshonra; y en el instante en que el leal caballero, lleno de alegría, corre á felicitar á su rey, se vé acometido por el impostor, sospechando Esmere á vista de semejante saña que habia algo de siniestro en el proceder de Miles. La declaracion del calumniado Agravain, convence al emperador de la protervia de su hermano, resolviéndole á darle muerte; Garsir se interpone sin em-

bargo y suspendida la ira del injuriado príncipe, logra el perdon del criminal, á quien manda Esmere volver á Roma.

Con nueva perfidia respondia allí á tanta clemencia: mintiendo celo y cariño, induce á la confiada Florencia á salir en busca de su esposo, y apartándola insensiblemente de su comitiva, conducéla á espesa montaña, por la cual camina tres dias, sin tomar descanso, hasta llegar á una ermita, ensangrentándose en el anciano que moraba en ella y reduciéndola á cenizas, porque se habia condolido aquel de la dolorida reina. Consumado este crímen, intenta mancillar su honestidad; mas dominado por la extraordinaria virtud de una piedra preciosa que llevaba en el cinto Florencia, pierde al tocarla las fuerzas corporales, no pudiendo dar cima á sus torpes deseos; é irritado contra la infeliz doncella, azótala cruelmente con punzantes abrojos, colgándola de los cabellos á un árbol para más saborear su inícua venganza. Avino acaso que Tessin, señor de un castillo, que señoreaba aquellos montes, saliera á caza con sus caballeros y que persiguiendo estos á un venado, pasáran por aquel sitio: cobarde, como cruel, huyó Miles despavorido al acercarse los cazadores; y movido de piedad á tan desusado espectáculo, mandaba Tessin descolgar á la casi exánime Florencia, llevándola á su castillo, donde recobraba la salud, merced á los solícitos cuidados de la esposa é hija del noble caballero. Mas no se vió libre de nuevas desventuras. Macayre, vasallo de Tessin, concibe ardiente pasion por ella, y siendo deshonrosamente despreciado [1], forma el infame propósito de tomar cruda venganza. Para ejecutarla, ocúltase en la cámara en que dormian Florencia y Beatriz, hija del castellano, y en el silencio de la noche degüella á la última, poniendo en la diestra de la extrangera el arma ensangrentada. Aquejado Tessin de feroz sueño, salta entre tanto

1 Es de notar la circunstancia de llevar aquí, como en el *Cuento de Chárlos Maynes et de Sebilla*, el nombre de *Macayre* un personage que hace oficio de traidor. Esto prueba el comun orígen de las leyendas que examinamos, ó cuando menos que fué el mismo el traductor castellano de ellas. A esta creencia nos inducen todos los accidentes especiales del códice escurialense, formado con un solo propósito, así como tambien todos los caracteres literarios que las avaloran.

de su lecho, corre al de Beatriz, y halla á la tierna vírgen cubierta de sangre, viendo en manos de Florencia el arma que la habia despojado de la vida. Acusada del asesinato y condenada á la hoguera, tenia ya perdida la infeliz reina toda esperanza de salvacion, cuando enternecido Tessin de sus lamentos y juzgándola incapaz de tan inícua conducta, mandaba ponerla en libertad, arrojándola no obstante de sus dominios [1].

Caminando dos dias á la ventura, encuentra Florencia una ciudad, á cuyas puertas iban á ahorcar un ladron, terror de la comarca: á tal espectáculo se conduele del bandido, y recibida con singular agasajo por el señor de la referida ciudad, pídele y obtiene la vida de Clarenbaut, que tal es el nombre del criminal, tomándole por palafrenero. Pero este acto de caridad sólo acarrea á la triste Florencia nuevos infortunios: Clarenbaut, cediendo á sus antiguos hábitos, engaña á la reina, prometiéndole llevarla á tierra santa y vendiéndola en realidad al capitan de un grueso navio, llamado Estoc, que burlando á su vez la ingrata codicia del bandido, le entrega un saco de plomo, en lugar del oro que le habia prometido. Prendado Estoc de la belleza de Florencia y teniéndola por suya, intenta ya en alta mar manci-

1 Este episodio forma la PATRAÑA VEINTE Y UNA de las que incluyó Juan de Timoneda en su PATRAÑUELO, mostrando semejante coincidencia que el *Fermoso cuento de don Ottas et Florencia* llegó con cierta estimacion al siglo XVI. En la PATRAÑA referida lleva *Florencia* el nombre de *Geroncia*, Esmere el de *Marcelo*, Miles el de *Pompeo*, Tessin el de *Marqués de Delia*, Macayre el de *Fabricio* (que es hermano del Marqués), y asi de los restantes.—Marcelo, acusada Geroncia por su hermano, la manda matar en un bosque sin oirla, dando este encargo á dos lacayos suyos, llamados Lobaton y Robledo: el primero quiere mancillar á Geroncia, y el segundo muere en su defensa; mas cuando Lobaton está á punto de lograr sus carnales deseos, sobreviene el marqués, salvando á Geroncia de aquella infamia.—Rechazado despues Fabricio, mata á un sobrino suyo y esconde el cuchillo entre las faldas de Geroncia, que ha trocado su nombre por el de *Clariquea*. Condenada esta al fuego, debe á la piedad de la marquesa la vida, siendo conducida en cambio á una isla desierta (Desafortunada) en que morian de hambre los que eran condenados á muerte. Timoneda sigue en lo demás la narracion del *Fermoso Cuento*, con variantes análogas á las ya indicadas.

llar su pureza; mas roto de repente el mástil y combatida la nave por furiosas olas, vióse forzado á abandonar la que juzgaba ya segura presa, arreciando la borrasca al punto de abrirse en dos el navío, salvándose milagrosamente la reina y el capitan, bien que de muy diverso modo. Florencia es arrojada á una playa, donde descubre una abadía, cuyas campanas se tañen á su llegada, y renunciando á los sinsabores y esperanzas del mundo, toma en aquel monasterio el hábito religioso. Armada de una piedra milagrosa y vencida de la caridad, sana en Belrepaire, que tal nombre lleva el monasterio [1], todo linage de dolencias, virtud que le gana el amor de las monjas y la admiracion de la comarca. Esmere tiene entre tanto guerra con el rey de Pulla y le vence; pero herido en la cabeza por una flecha, cuyo hierro no habian osado extraerle los más doctos físicos, no sólo vive triste, sino que padece dolorosas enagenaciones. La fama de la monja de Belrepaire le trae pues á este monasterio: á él acude tambien el traidor Míles, castigado por Dios con repugnante lepra, la más afrentosa dolencia de los tiempos medios; y con ellos vienen Macayre, Estoc, Tessin, su esposa, y Clarenbaut, aquejados cada cual de distinto padecimiento. Congregados todos por la reina, oblígales á referir sus respectivas historias y á confesar sus crímenes, preparacion sin la cual carecia de eficacia la milagrosa piedra; y narradas sus desventuras por boca de sus perseguidores, dá principio á la obra de sanar los enfermos por su propio esposo, descubriéndosele despues; peripecia que produce grande admiracion en el ánimo de Esmere y mayor espanto en los traidores. Castigados estos con la hoguera y recompensados largamente Tessin y su mujer, restitúyense á Roma Esmere y Florencia, gozando felices del imperio.

Hé aquí la no sencilla urdimbre de aventuras que forman el

1 Entre los muchos rasgos que nos recuerdan, al leer este raro libro, otras producciones caballerescas, debemos citar el nombre de *Belrepaire* ó *Bell-repaire*. En el famoso *Libro de Perceval*, dejado por este el castillo de *Gurneman*, pasa á la ciudad de *Belrepaire*, cabeza del reino de *Conduiramor*, situada como el monasterio del *Cuento de don Ottas*, en una pintoresca playa. Esta semejanza de sitios é identidad de nombres no son para despreciadas, al tratarse de obras como las que examinamos.

Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la Infante Florencia, su fija, et del cauallero Esmere. No tan rico de episodios, muy semejante en la terminacion y de no menor interés para nuestros estudios por referirse á la historia de los primeros siglos del cristianismo, señalando esta nueva relacion de la literatura caballeresca, es el *Fermoso Cuento de una Sancta Emperatriz que ovo en Roma* [1]. Bien quisiéramos exponer aquí su argumento para recreo de los lectores; mas forzados de la brevedad, cúmplenos sólo dejar consignado que así como las obras, cuyo asunto vá expuesto, contribuye á determinar la forma en que van tomado carta de naturaleza estas leyendas en la literatura castellana, mientras otros libros, más conocidos hoy, llegan á hacerse familiares entre los doctos, merced á más ó menos fieles traducciones. Testimonio de esta verdad histórica nos ofrecen los poetas de la misma edad que estudiamos: Pero Lopez de Ayala, Pero Ferrús, Alfonso Alvarez de Villasandino, Fray Migir y otros notables trovadores de la segunda mitad del siglo XIV hacen en efecto frecuentes alusiones á las historias de uno y otro ciclo; y como consta por irrecusables testimonios que existieron en la lengua castellana en todo el siguiente [2], razon

1 La inclinacion que llevaban los estudios, no podia dejar de reflejarse en las producciones caballerescas, por más que dominara en el arte el espíritu de las mismas. Así se explica que llegaran á ser héroes verdaderamente romancescos los personajes más renombrados de la antigüedad clásica, cuyo conocimiento iba perfeccionándose cada dia al paso que la civilizacion adelantaba en las vias del *Renacimiento*; y solo así puede comprenderse el prodigioso éxito que, aun operado este, logran los elementos y ficciones de la caballeria. De tan importante materia hablaremos oportunamente con mayor espacio.

2 El Archipreste de Talavera, que floreció al mediar del mismo siglo, despues de citar á Alejandro, Antioco y Anibal, menciona con igual aprecio á *Tristan de Leonis* y *Lanzarote del Lago* (*Viçios de las malas mugeres et complixiones de los omes*, Parte IV.ª, cap. VI); Fernan Perez de Guzman habla de *Merlin*, como de personaje muy conocido ya en España (*Mar de Historias*, fól. 96 v.) por sus profecías, habiéndose despues dado estas á la estampa (Búrgos 1498) con este título: *El Baladro del sábio Merlin, con sus profecías* (*Tipog. Esp.*, pág. 285); y en los catálogos de los libros de la Reina Católica, publicados por Clemencin, consta que existian

hay para juzgar que al mencionar los expresados vates los libros de *Lanzarote del Lago* y *de Merlin*, de *Tristan* y de *don Galás*, del rey *Ban* y de *Enrique de Oliva*, no olvidando los del famosísimo rey *Artús*, ni los de *Cárlo-Magno* y su renombrada *Pairia*, hubieron todas estas obras de ser traidas al lenguaje vulgar, en cuyo único supuesto dejaban de ser impertinentes las referidas citas [1].

en su cámara: 1.° Un *Libro de Merlin* (en romance) «que fabla dé Jusepe »de Arimatia»: 2.° La III.ª Parte de la *Demanda del Santo Grial* (en romance): 3.° La *Historia de Lançarote del Lago* (en romance) (Véanse los números 142, 143 y 144 de dicho catálogo). En 1414 consta asimismo que se acabó de escribir un códice que encierra la II.ª y III.ª Parte del Lanzarote (Bibl. Nac. Aa. 103) y en 1440 se custodiaba en la librería que los condes de Benavente tenian en el castillo de aquel título, una «*Bibria conpli»da* en romance, con un poco del *Libro de Merlin*» (Saez, *Monedas de Enrique IV* y Clemencin, *Elogio de la Reina Católica*, pág. 460). Tambien Diez Gamez en su *Victorial de Caballeros*, fól. 29 y 30, menciona las *Profecias de Merlin* de tal manera que no deja duda de ser ya libro vulgar en Castilla.—Fernan Perez de Guzman daba no obstante á entender en su *Mar de Historias* citado, que al escribirlo, no se habia puesto aun en castellano la *Demanda del Santo Grial*, por estas palabras: «Esta historia non »se falla en latin, sinon en francés é dízese que algunos nobles la escriuieron» (Cap. XCVI, fól. 43 v., edicion de Valladolid, 1511).

1 Las alusiones que, segun vimos en el capítulo precedente, se habian hecho en los libros castellanos, respecto de los caballerescos, determinaban sin duda el conocimiento que los eruditos iban teniendo de aquel género de ficciones: las citas que ahora se repiten con excesiva frecuencia y en composiciones poéticas, cuyo éxito se fiaba por lo comun á una lectura rápida y pasajera, indican que esos libros andaban ya en manos de todos y por consecuencia en lengua tal que todos pudiesen comprenderlos. Lopez de Ayala dice que oyó muchas veces libros de devaneos, citando entre ellos el *Lanzarote* (*Rimado del Palacio*, sobre los sentidos). Ferrus, dirigiéndose al mismo Ayala, para recomendarle la vida de la sierra, le dice (*Canc. de Baena*, pág. 337):

Rey Artur et don Galás
Don Lançarote et Tristan
Carlos Magno, don Rroldan
Otros muy nobles asás
Por las tales asperezas,
Non menguaron sus proezas,
Segunt en los libros yás.

Mas ya que por desgracia no existan ó no hayan llegado á nuestras manos todas estas primeras versiones de los libros caba-

Alvarez de Villasandino, hablando con Alfonso Sanchez de Jaen, le denuesta, diciéndole (id. pág. 124):

Por vos non dirán de los esleydos
De casa del rey de Ban de Mágús, etc.

Imperial escribía (pág. 243 de mismo *Cancionero)*:

Del linage del rey Ban
Ley et de muchos señores,
Et otros, y de Tristan
Que fenesçió por amores, etc.

Y contando despues el nacimiento de don Juan II, no sólo le atribuye la magnificencia de *Carlo-Magno* y sus doce *Pares* (pág. 201), sino que le desea el estado del noble *Galaz* (pág. 220), añadiendo respecto del amor:

Todos los amores que ouieron Archilles,
París et Troylos de las sus señores,
Tristan, Lanzarote de las muy gentiles
Sus enamoradas et muy de valores,
Él et su muger ayan [los] mayores
Que los de París et los de Viana...
. . . .
E más que Tristan sea sabidor, etc.

Lo mismo vemos en las poesías de Fray Migir y Bartolomé García de Córdoba, que escriben á la muerte de Enrique III y al nacimiento de don Juan, y no otra cosa nos dice el citado Villasandino, en órden á otras ficciones. Hablando de la generosidad de una abadesa con el adelantado Per Afan, observa que le

. . . . Sserá carytativa
Desque Enrrique, fi de Oliva,
Salga de ser encantado.

Esta leyenda, que se anuda á la historia de Carlo-Magno por los episodios de Ildegarda y de Sibila ó Sebilla, reconociendo su orígen, segun ha mostrado el docto Svend Grundtvig, en una de las tradiciones contenidas en *Karla-magnus-laga*, era por tanto conocida en Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV y fue al cabo impresa, sin duda con algunas alteraciones, bajo este título: *Historia de Enrique, fi de Oliva, rey de Iherusalén*,

llerescos, poseemos afortunadamente un monumento de tal importancia en la literatura española y fuera de ella, que basta él solo para determinar el camino que hicieron aquellas historias hasta aclimatarse en nuestro suelo, manifestando al par que sin la elaboracion que dejamos indicada, jamás hubiera llegado á existir produccion semejante. Hablamos de la *Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadís de Gaula*, la más celebrada y mejor escrita de todas las narraciones romancescas, fuente y raiz de numerosa prole de sabrosas y entretenidas ficciones, recreo y pasatiempo de esclarecidos poetas y repúblicos [1]. Su aparicion en la literatura castellana, más natural de lo que vulgarmente se ha supuesto, explica de una manera satisfactoria la transformacion operada en el gusto de los eruditos, porque reflejando los elementos constitutivos de la literatura, á que dió vida el mundo de la caballería, estriba igualmente en las leyendas del ciclo breton y del ciclo carlowingio. Esta circunstancia, que á carecer de otras prendas, seria suficiente para que la crítica fijase en él sus miradas, incítanos á inquirir la antigüedad del libro de

emperador de Constantinopla (Sevilla 1498). El erudito Wolf ha publicado un curioso extracto, sobre el cual recae el trabajo del entendido Svend Grundtvig *(Über die Beiden Wiederanfgefundenen*, etc., pág 86). En órden á Merlin, cuya celebridad llega al extremo, se repiten de tal suerte las citas y alusiones á sus profecías y se glosan estas con tal insistencia (*Cancionero de Baena*, núm. 199), que no parece lícito dudar de que el famoso *Baladro*, citado en la nota anterior, estaba ya en castellano en la segunda mitad de la centuria que historiamos. Como naturalmente advertirán los lectores, cobran mayor fuerza todas estas conjeturas, al tomar en consideracion los datos que la preinserta nota contiene.

1 Cervantes lo declara «como el mejor de todos los libros que de este género se habian compuesto y único en su arte» (*Don Quijote*, Parte I, cap. 6); siendo muy de notarse, segun refiere don Francisco de Portugal en su *Arte de la Galanteria* (p. 71, ed. 1682), que don Diego Hurtado de Mendoza, tan esclarecido poeta como docto historiador, enviado por embajador á Roma, llevase únicamente en su portamanteo un *Amadís de Gaula* y una *Celestina*, «de quien (añade Portugal) dijo alguno que les hallaba mas sustancia que á las Epístolas de S. Pablo.» Adelante veremos el juicio que sobre el mismo libro tenia formado el autor del *Diálogo de las Lenguas*.

Amadís; investigacion no tan difícil hoy, acopiados por la erudicion los datos que pueden ilustrarla [1]. Y si nos fuere dado señalar con su auxilio y con la exactitud que este linage de tareas consiente, el momento en que las letras castellanas producen obra tan aplaudida, no será ya lícito dudar de la significacion que alcanza en su historia, comparado con los monumentos arriba examinados.

Al formar la Real Academia de la Lengua el catálogo de autoridades, que precede á su gran *Diccionario*, colocaba entre las producciones del siglo XV el libro de *Amadís de Gaula* [2], y más adelante, un historiador respetable declaraba, sin mostrar duda alguna, que al ser escrito el *Conde Lucanor*, se hallába ya el *Amadís* en manos de todo el mundo [3]; pero antes de manifestarse estas opiniones habíase trabado y sostenido larga controversia entre franceses, portugueses y españoles sobre la legítima nacionalidad literaria de aquel libro. ¿Cuál de estos pareceres y pretensiones se apoya en más sólidos fundamentos?... Refiriéndonos á la cuestion de originalidad, para tratar despues la cronológica, lícito nos será advertir ante todo que siendo los portugueses los que más empeño han puesto en recabarla para sí, la misma contradiccion de sus escritores llega á hacerla sospechosa.

Segun el testimonio de antiguos cronistas, era el *Amadís de Gaula* produccion de un hidalgo, nacido en Oporto, á quien don Juan I dió la órden de caballería en vísperas del triunfo de Aljubarrota: llamábase Vasco de Lobeira y pasó en Yélves la

1 La rectitud que mueve nuestra pluma nos obliga á declarar aquí, para honra suya, que nos valemos de las eruditas observaciones, con que don Pascual Gayangos ha ilustrado este punto en su *Discurso sobre los libros de caballerías*, que precede á la nueva edicion del *Amadís* (*Bibl. de autores españoles*, t. XL), modificando en su vista alguna parte de este mismo capítulo. Y nos complacemos en hacer esta declaracion con tanto más motivo cuanto que no siempre hemos estado acordes con las opiniones de este laborioso académico.

2 T. I, pág. LXXXV.

3 Bouterweck, trad. cast. de Cortina y Mollinedo, pág. 7.

última parte de su vida hasta que en 1403 fallece [1]. Otros escritores, preciados de muy doctos entre sus compatriotas, sostienen al contrario que fué traducido el *Amadís* de lengua francesa por un Pedro Lobeiro, escribano de Yélves, obedeciendo el mandato del infante don Pedro, el de las siete Partidas [2]; habiéndose generalizado por último en el siglo XVI la opinion de que era debido al infante don Fernando, hijo de don Alfonso, á quien se habia concedido tambien alguna intervencion en el mismo asunto [3]. No siendo pues una y constante la opinion de los escritores portugueses, racional creemos poner en duda la autoridad de sus respectivos asertos en órden á la originalidad del *Amadís* por algunos de ellos reclamada para sus ingenios. Ni han logrado los franceses más claro galardon en esta manera de lid, por más que hayamos de adjudicarles la palma de la originalidad respecto de las producciones que dejamos examinadas y de otras muchas, que en lugar oportuno citaremos. Los argumentos alegados una y otra vez para pro-

1 Bouterweck siguiendo á don Nicolás Antonio (Bibl. Vet. t. II, pág. 105), observaba que Basco de Lobeira escribia á fines del siglo XIII y pareció haber vivido hasta el año 1325 (Trad. cast. pág. 11). Igual opinion expuesta con mayor seguridad, manifestó despues Sismonde de Sismondi, añadiendo que escribió Lobeira «en espagnol les quatre premiers livres de l'Amadis» (*Hist. de la litt. du Midi*, t. III, pág. 221, ed. 1829). La autoridad de estos historiadores ha llevado tras sí el voto de los más que tratan estas materias, corriente en que se dejó arrastrar el erudito Ticknor, si bien adelantando un siglo entero la existencia de Lobeira. «El Amadís (concluye) es un libro portugués, escrito antes del año 1400, y su verdadero autor el caballero Vasco de Lobeira (Primera, ep., cap. XI). Ticknor reconocia sin embargo los hechos aducidos en el texto, tomados de la *Crónica del Conde Pedro de Meneses*, escrita en 1454 por el Archivero de Portugal, Gomez Eanes de Azurara (*Colec. de lib. inéd. de Hist. Portug.* Lisboa 1792). Adelante notaremos la fragilidad de estas opiniones.

2 Cardoso, *Agiólogio Lusitano*, t. I, pág. 410.

3 Don Luis Zapata, *Memorias de los Zapatas*, MS. de la Biblioteca Nacional. En este libro consta que el don Luis oyó decir en Lisboa, por los años de 1550, á la Infanta doña Catalina, biznieta del citado Infante don Alfonso, que era don Fernando, quien *habia compuesto el libro de Amadis* (Gayangos, *Discurso sobre los libros de caballerías*, pág. XXII).

bar que es el *Amadís de Gaula* mera traduccion de una antigua leyenda, escrita en el dialecto de Picardia, no han recibido aun tal confirmacion histórica que pueden inclinar la balanza del lado allá del Pirineo [1].

Antes de que las referidas crónicas portuguesas, compuestas al mediar del siglo XV, apuntasen por vez primera la especie de que era el hidalgo Vasco de Lobeira autor del *Amadís*, gozaba ya esta obra de no escasa celebridad en la literatura castellana. Mencionóla el gran Canciller Pero Lopez de Ayala con referencia á su juventud, en que se pagaba de

. . . . oyr muchas vegadas
Libros de devaneos et mentiras probadas,
Amadís, Lançarote et burlas assacadas, etc. [2].

y teniendo en cuenta que nace este personaje al expirar el primer tercio del siglo que historiamos, distinguiéndose ya en los disturbios de Castilla desde 1360, cual veremos adelante, no habria en verdad grande inconveniente en suponerla escrita antes del referido año. Y no es sólo este el testimonio que nos induce á dar crédito á tal hipótesi: dirigiéndose al dicho Pero Lopez el celebrado Pero Ferrús, uno de los trovadores más antiguos del siglo XIV, decíale, al recomendarle con numerosos ejemplos la frugalidad y loable abnegacion de la vida del campamento, que

1 Esta opinion fué expuesta en su *Essai sur les romans* por el erudito Huet, á quien siguió Mr. de Tressau en el discurso preliminar de su *Extrait d'Amadís*, ampliándola con las noticias que en 1543 daba Nicolás d'Herberay (al traducirlo á lengua francesa) sobre la existencia de manuscritos en el antiguo dialecto de Picardia, de que habian sacado los españoles la referida historia. Pero el entendido Ginguené resuelve esta cuestion, manifestando «que cet *Amadís* picard doit n'avoir été que celui de Gorrée (el personage de quien habla Huet), traduit de l'ancien espagnol *(Hist. Litt. d'Italie*, t. V, pág. 63). No parecerá impertinente notar que Bernardo Tasso, padre del gran Torcuato, al ponerlo en lengua y metro italiano, apuntó la idea de que habia sido primitivamente escrito en Inglaterra, dictámen que sin alegar probanza alguna, han abrazado otros escritores.

2 *Rimado del Palacio:* Abusos de los cinco sentidos. Del oido, copl. 162. Ticknor imprimió: *é burlas à sacadas*, lo cual no hace sentido.

nunca habia esquivado el hermoso Amadís lluvias ni ventiscas, para cobrar fama de leal y valiente, segun hallaria *en tres libros* que encerraban su historia [1]: á la misma se referian casi al propio tiempo Imperial y Villasandino, con otros poetas de la segunda mitad del siglo, no cabiendo por tanto duda en que si no apareció antes de la sesta decena ya indicada, era muy conocida de los discretos durante el reinado de Enrique II [2].

Ahora bien: como consta por declaracion de los cronistas portugueses que atribuyeron á Vasco de Lobeira la composicion del *Amadís de Gaula*, que fué aquel hidalgo protejido por el infante don Alfonso de Portugal, nacido en 1370; como á instancias del referido príncipe se introducen en la obra algunas modificaciones sobre un texto más antiguo, en especial respecto de la aventura de Sobradisa y de la niña Briolanja; y como se asegura finalmente, para elogio de Lobeira, que fué armado este caballero en

1 Dice el indicado poeta.

Amadis el muy fermoso
Las lluvias et las ventyscas
Nunca las falló aryscas,
Por leal ser et famoso:
Sus proezas fallaredes
En tres libros et diredes
Que le de Dios santo poso.

2 *Cancionero de Baena*, págs. 45, 167, 204, 243. Villasandino presenta al rey Lisuarte, padre de Oriana, como el tipo de príncipes que repartian reinos y riquezas. En su habitual estrechez, pregunta

. . . . . Si le cumple sofrir
Fasta qu'el grant Lysuarte
Le faga rey ó *le farte;*

lo cual prueba que era generalmente conocida la pintura que hace el autor del *Amadís* de la fantástica corte de aquel Monarca. El mismo concepto revela Pero Ferrús cuando, al celebrar á su *amiga*, dice:

Nunca fué Brey Lysuarte
De riquezas tan bastado
Como yo, nin tan pagado
Fué Broldan con Durandarte.

1385, circunstancia en que se le supone todavia en la juventud, es evidente que existió en Castilla y mereció el comun aplauso de los entendidos una redaccion del *Amadís*, anterior á la portuguesa, cuya autenticidad no ha podido por otra parte ser comprobada [1].

Galardon propio de la literatura castellana es, en nuestro juicio, la composicion del *Amadís de Gaula* [2], tronco de otras

1 La especie de que existió el supuesto original de Lobeira «*em casa d'Aveiro*», nació en los «*Poemas Lusitanos* do doutor Antonio Ferreira», dados á luz en Lisboa el año 1598. A la página 72 de los mismos hay dos sonetos, uno escrito en lenguaje antiguo, dirijido al indicado Vasco, á quien apellida autor del Amadís, y otro en que se refiere á la modificacion que hizo en su obra, por mandato del Infante don Alfonso, segun advertimos en el texto. Dió á estos sonetos, que sólo prueban cuál era la opinion de Ferreira, excesiva estimacion el dicho de nuestro don Nicolás Antonio, quien declaró «haber visto como apostilla del soneto una peregrina nota, en que se afirmaba »aquel hecho: Hujus autographum lusitanum exstare penes dynastas avei»renses notatum inveni in quadam notula, quae post Antonii Ferreirae lusi»tani poetae opera edita est» (Bibl. Vet., t. II, lib. VII, cap. 7). Atribuido equivocadamente el soneto referido al Infante don Antonio de Portugal (Soutey, *pról. al Amadis,* t. I, ed. de Londres, 12.º) tomó alguna consistencia la noticia hallada por don Nicolás Antonio; pero como observa don Pascual Gayangos, no existiendo dicha nota en la edicion de 1598, y hallándose en la reimpresion hecha en 1772, hay razon para creer que fué puesta despues, y carece por tanto de la autoridad que se le ha atribuido. Nadie ha podido decir que ha visto el códice del *Amadís,* conservado en la librería de los duques de Aveiro.

2 Esta opinion pareció abrigar el erudito Quadrio, cuando observó que el *Amadís* habia sido escrito originariamente en antiguo lenguaje castellano; pero empeñado en atribuir á los sarracenos una influencia injustificada en nuestra cultura, añadió que era debido á un mahometano, nacido en Africa (Mauritania) y que pasaba por mágico y fue al cabo cristiano, lo cual le ha desautorizado entre los críticos modernos (*Storia é Ragion d'ogni poesía,* t. VI, pág. 520 y 521). El erudito Sarmiento, que segun hemos advertido antes de ahora, formó grande empeño en dar á Galicia omnímoda influencia en el desarrollo de la literatura nacional, nos dejó inédita una disertacion, en que presintiendo que el *Amadís* era produccion de españoles, llega hasta suponer que si Vasco de Lobeira lo escribió, era gallego. En la duda, expone algunas conjeturas sobre si pudo ser compuesto por Vasco Perez de Camoens, Pero Lopez de Ayala, don Alfonso de Cartagena,

muchas ficciones caballerescas propiamente españolas; mas no por esto olvidemos las observaciones arriba indicadas. Todos los elementos romancescos que constituyen tan peregrina historia; el mundo verdaderamente fantástico en que la accion se realiza, las no esperadas y sobrenaturales aventuras que forman sus multiplicados episodios, la intervencion activa de magas y gigantes, la realizacion de maravillosos encantamientos..., todo ofrece en ella claros vestigios de una imitacion deliberada é inteligente, que apoyándose alternativamente en los libros bretones y en las leyendas carlowingias, aspira á fundar en el suelo españól nueva série de narraciones y nueva familia de héroes.

Nada hay en el *Amadís* que deje de recordar en este sentido las fuentes de que en realidad se deriva, autorizando en cierto modo la teoría de los que le han tenido por refundicion de crónicas caballerescas, desgraciadamente perdidas para la historia

ó García Ordoñez de Montalvo. Cuanto dice sobre el primero es gratuito y no más fundado lo que indica respecto del segundo, cuyo *Rimado del Palacio* no tuvo en cuenta: en cuanto al Obispo de Búrgos, pudo inducirle á tenerlo como autor del *Amadís* la circunstancia de dar el Cartagena, que figura en el *Cancionero general*, el nombre de *Oriana* á su amiga. Pero esto sólo prueba que considerada la amante de Veltenebros como tipo de fidelidad, usó Cartagena dicho nombre por antonomasia y porque no queria descubrir el verdadero de su dama. El libro de *Amadís* existia mucho antes y lograba grande aplauso entre los eruditos; y lo persuade, demás de los datos ya alegados, el muy peregrino que antes de ahora hemos expuesto: en el sepulcro del gran maestre de Santiago, don Lorenzo Suarez de Figueroa, muerto en 1409, hay á los piés de la estátua yacente un perro, de cuyo pecho pende un escudo y en el collar que lo rodea se lee repetidamente: AMADIS, AMADIS (*Sevilla Pintoresca:* La iglesia de la Universidad literaria, pág. 236). Este nombre, atribuido al gozquecillo, tal vez como signo de fidelidad, demuestra palmariamente cuán grande era la popularidad que gozaba la obra de que tratamos á principios del siglo XV, popularidad que no pudo adquirir en un dia, robusteciendo todo la opinion de la antigüedad que le atribuimos. No terminaremos esta nota, sin indicar que llega á nuestros manos con el título *De l'Amadís de Gaula et son influence sur les mœurs et la litterature au XVI et au XVII siècle*, un apreciado opúsculo dado á luz por Mr. Eugenio Baret, en el cual se concede á dicho libro la misma antigüedad, sosteniendo la imposibilidad de ser originariamente obra de Lobeira.

literaria [1]: las costumbres que en general retrata, aunque en demasía exageradas, lejos de ser como en otras producciones ar-

1 Demás de las citas y alusiones expresas, que hallamos en el *Amadís*, tales como las que se refieren al *Santo Grial*, á *Tristan* y *Lanzarote*, contenidas en el libro cuarto, añadido tal vez por Ordoñez de Montalvo (capítulos 48 y 49) nos da el autor conocimiento desde las primeras páginas de que le era familiar la historia del «muy virtuoso rey Artúr que fué el mejor rey de los que allí (en Bretaña) reinaron» (cap. I del lib. I), reflejándose en el pensamiento y la composicion de toda la obra el mismo conocimiento respecto de otros libros caballerescos. La primera idea generadora del *Amadís* es la fidelidad del amor que se profesan por toda la vida los dos amantes, fidelidad que le sirve de purificacion y de talisman para vencer todo obstáculo y encantamiento, como sucede en la Isla Firme: esta idea, llevada así al extremo, se deriva sin duda de la historia de Tristan y tal vez con mayor exactitud de la de *Flores y Blanca-Flor*, espejos de enamorados; y tan clara es la semejanza, que apenas hay poeta del siglo XIV que al encomiar la constancia y verdadera ternura del amor, deje de citar igualmente, cual modelos, aquellas famosísimas parejas. Miçer Francisco Imperial, cantando por ejemplo el nacimiento de don Juan II, le deseaba más felices amores *(Canc. de Baena*, pág. 204)

Que los de Paris et los de Vyana
Et de Amadís é los de Oriana
Et que los de Blanca-Flor et Flores.

En otra composicion, hablando de diversos caballeros, hacia cumplido elogio de ellos (Id., pág. 243).

Et otrosy de Tristan
Que fenesció por amores
De Amadís et Blanca et Flores, etc.

Y pasando á la exposicion, nadie habrá que deje de reconocer en la córte del Rey Lisuarte un trasunto de la del Rey Artús, con todo el aparato de la caballería, así como tampoco á nadie se oscurecerá que el modelo del encantador *Arcalaus*, autor de todos los siniestros y traiciones que se oponen á la ventura de los dos amantes, es el *Tablante de Ricamonte*, que en el Poema de *Jofre y Brunesinda*, ejerce sus maléficas artes para saciar, como *Arcalaus*, sus pérfidas inclinaciones. Los castillos de ambos encantadores aparecen poblados de pobres víctimas, que aguardan al caballero predestinado para romper sus cadenas. Fuera de estas analogías, relativas á la textura de la fábula, se notan otras muchas en los pormenores, entre las cuales citaremos por ejemplo el episodio de la princesa *Briolanja* muy seme-

tistícas las practicadas por nuestros mayores, son las costumbres nacidas del feudalismo: por todas partes aparecen régulos que hacen gala de arbitrariedad é independencia; por todas partes se hallan erigidos en ley el capricho y la fuerza, habiendo apenas un castillo, donde no llore entre cadenas, ó víctima de invencibles artes, alguna desgraciada doncella ó algun *malfadado* caballero. A cada paso se ven por las encrucijadas de los caminos damas doloridas que buscan el amparo de los caballeros, huérfanas oprimidas que anhelan para su defensa la espada de un generoso paladin, ó activas mensageras de princesas, reyes, ó emperadores, expuestas al ludibrio de los malhechores y á los torpes excesos de los licenciosos.

Mas si en los elementos constitutivos del sistema caballeresco, si en las líneas generales que describen el edificio del *Amadís de Gaula* reconocemos el estigma de extrañas literaturas, no por esto cerraremos los ojos á cuanto nos muestra en él la irresistible influencia de la civilizacion española, cuya vivífica actualidad domina en todas las obras del arte. Creencias, sentimientos, costumbres, reflejan interiormente en los personages de tan

jante al de la reina *Conduiramor del Perceval;* el reconocimiento de Amadís y Galaor, del todo igual al de Feravís y Perceval en dicho poema; el de la aventura de *Antebon, Brandueta* y *Galaor*, tomado visiblemente de la *Historia de Jofre y Brunesinda,* y los diferentes desafios hechos á Lisuarte en su misma corte, los cuales recuerdan muy parecidas escenas de los libros del *Rey Artús, Perceval, Joffre y Brunesinda*, etc. Aun respecto de las formas de expresion puede decirse que no olvidó el autor del *Amadis* los ejemplos de la literatura caballeresca: al pintarse en el *Tristan de Leonís* el efecto de la bebida que Brangiena ministra al referido caballero y á la hermosísima Isea, ó Isolda (como dicen varios poetas del siglo XV), se dice: «Tristan fist sa volonté de la belle Iseult et lui tolut le dous nom de pucelle.» Con más honestidad y gracia se describe en el libro español análoga situacion, indicando el mismo efecto por estas palabras: «Assi que se puede bien »dezir que en aquella verde yerua, ençima de aquel manto, más por gracia »y comedimiento de Oriana que por la desenvoltura ni osadía de Amadís, »fué hecha dueña la más hermosa doncella del mundo» (Libro I, cap. 35). Este exámen pudiera llevarse al extremo en el triple concepto referido; pero no lo juzgamos aquí necesario, por ser bastantes las indicaciones hechas, para demostrar la exactitud de nuestros asertos.

singular leyenda el espíritu y la manera de ser de los castellanos de los siglos XIII y XIV, no desechada en esta peregrina pintura la idealizacion del génio y carácter nacional, debida á la poesía heróica.

Los héroes del *Amadís* llevan, como los caudillos de la cruz, al más alto punto la exaltacion del sentimiento religioso: pelean unos sin tregua por su *Dios* y su *patria*; acometen otros las más difíciles empresas y ponen su vida en contínuo riesgo y fatiga en nombre de *Dios* y de la *razon* [1]; aquellos reciben de mano de los obispos, que siguen los ejércitos de sus reyes, la absolucion de sus pecados en el solemne instante de entrar en lid con los sarracenos; estos confiesan devotamente sus culpas á los piés de venerables ermitaños y aun de otros caballeros sus iguales en el momento de arrostrar difíciles y sobrenaturales aventuras: para los héroes reales de la poesía nacional, tales como Fernan Gonzalez y el Cid Campeador, es ley suprema la palabra empeñada; para los paladines del *Amadís* es el juramento el más firme lazo de la vida, constituyendo entera servidumbre.

Animado de tales creencias y sentimientos, se eleva el amante de Oriana á las más altas regiones de la idealidad caballeresca, sintiéndose poseido de singular pasion amorosa y sacrificando cuanto existe en la tierra al objeto de su cariño. Ni la tierna solicitud de Elisena, su madre, ni el respeto que le inspira Perion, su padre, son bastantes á entibiar un punto su anhelo ni á detenerle en Gaula, al ser reconocido como tal hijo por aquellos, trás largos infortunios: la heredera de Lisuarte vive en la gran Bretaña y hácia ella le arrastra, cual poderoso iman, la fuerza superior de sus amores. Única, ardiente, inestinguible es por tanto la pasion que Amadís profesa á su hermosísima Oriana, no decayendo ni aun despues de su logro, como no decae ni se amortigua con el tiempo la pura adhesion de Fernan

1 Galaor, hermano de Amadís, inaugura sus hazañas combatiendo al gigante Albadan, diciéndole al ser despreciado por el jayan orgulloso: «Tú »serás vençido é muerto con lo que yo traygo en mi ayuda: que es *Dios* y »la *Razon*» (Lib. I, cap. XII).

Gonzalez á la infanta doña Sancha, ni del Cid á doña Ximena. Lástima es que á estos rasgos interesantes del carácter del héroe no corresponda la pintura de la muger, acercándola al tipo consagrado ya por la musa española: las damas que figuran en el *Amadís*, aunque idealizadas por la exaltada imaginacion de los caballeros, aunque acatadas con tal respeto que raya á veces en idolatría, son demasiado fáciles para con sus amantes; y no sólo acontece esto con las *doncellas de encrucijada* que van en busca de aventuras, sino con las más esclarecidas princesas, con Elisena y Aldava, con Olinda, Brandueta y Oriana. Pagadas estas de la fama de invencibles que gozan Perion y Agrages, Galaor y Amadís, sobre corresponder benévolamente á sus amores, llegan tambien á solicitarlos; circunstancia que las separa de la muger histórica y poética de Castilla, asemejándolas á las demas heroinas romancescas.

Pero si no triunfó del todo el espíritu de la nacionalidad española, al pretender asimilar á sí y hacer suyos los caractéres que brillan en el *Amadís*, pugnó sin embargo con igual brío por reflejarse en las costumbres en cuanto lo consentia la naturaleza del asunto. Esta observacion, ya antes anunciada, se confirma principalmente, al reconocer la vida política que presupone el autor en las fantásticas regiones, á donde lleva sus personajes. Al lograr, por ejemplo, el rey Perion la inesperada dicha de hallar en el vencedor del tirano Abies al hijo de su primer amor que lloraba perdido desde su nacimiento, «manda llegar córtes» de su reino, para que le reconozcan sus vasallos cual legítimo heredero, manifestándose en la ingenuidad y llaneza de la narracion que ni el autor imagina ni los lectores pueden concebir en otra forma una ceremonia tan frecuente en los dominios castellanos[1]. Más adelante el muy cumplido entre reyes y caballeros, el famoso Lisuarte, príncipe que rige sus Estados á la manera del rey Artús «hace córtes en Lóndres», para buen gobierno de sus vasallos, siendo estas «las mas honradas... que nunca en la gran Bretaña se fizieron»[2].

1 Véase el cap. X del lib. I.
2 Capítulo XXIX del mismo libro.

Y no es menos digno de notarse cuanto se refiere á la vida de la caballería: el reto que hace Olivas ante el rey Lisuarte al duque de Bristoya «que á un su cormano le matara aleue», aunque refleja el orígen feudal de esta costumbre, por su forma especial y por la manera de ser aceptado, recuerda el célebre duelo de Toledo y Carrion, narrado en el *Poema del Cid*, trayendo al par á la memoria la ley de *Partida* que reglaba este linage de contiendas [1]: el empeño de Angriote de Estravaus, que defendia contra todo caballero en la angostura de un valle «que ninguno tenia mas fermosa amiga» que lo era Grovonesa, su amada, nos recuerda asimismo el *Paso* de Payo Paez, y como que parece preludiar el más renombrado de Suero de Quiñones [2].

Todas estas y otras muchas semejanzas en las creencias, en los sentimientos y en las costumbres determinan pues la manera cómo iban penetrando en la literatura española las ficciones romancescas y señalan la forma en que se operaba la inevitable fusion de los elementos caballerescos y los elementos históricos, para producir en edades futuras obras más propias y originales. No es en verdad indigno de este título el *Amadís de Gaula* en el sentido arriba indicado, superando en ciertas dotes á las mismas producciones que le sirvieron de modelo. Ninguna le excede en la riqueza de la inventiva, ni en la variedad prodigiosa de los episódios: muy pocas ofrecen en la lectura el mismo interés, por más que encierre en realidad diversas historias, comprendiéndose las de Amadís y Galaor, Florestan y Agrages, héroes de primer órden, en la primitiva redaccion, ya aplaudida durante la segunda mitad del siglo XIV [3].

1 Véase el cap. II de nuestra II.ª Parte, t. III, y el título XI de la Partida VII. El desafío de Olivas se narra en el cap. XXIX del libro I del *Amadís*.

2 Capítulo XVII, del libro I.º—Del *Paso Honroso de Suero de Quiñones* hablaremos mas adelante.

3 Amadís, Galaor y Florestan son todos tres hijos del rey Perion de Gaula, que tienen en este concepto no pocos puntos de contacto con el renombrado Aymon, señor de Montalvan, cuyos cuatro hijos son héroes principales en las historias del ciclo carlowingio. A la de los tres paladines de

La exuberancia de accidentes que nacen unos de otros con excesiva frecuencia y no siempre con la holgura que habrian menester para desarrollarse convenientemente, cruzándose á menudo é interrumpiendo una vez y otra la narracion principal, así como la extraordinaria extension de los tres libros mencionados, nos obligarian á dar inmoderado bulto al presente capítulo, si nos decidiéramos á exponer aquí el prolijo estudio que sobre el *Amadís* tenemos hecho. Impreso, traducido é imitado repetidas veces [1], conocido en todos tiempos de nuestros erudi-

Gaula, cuya unidad estriba principalmente en aquel lazo de la sangre, se une la de Agrajes, modelo de fidelidad respecto de los tres hermanos y ligado á la gloria de la familia por muy próximo parentesco. Estos cuatro personajes, en quienes insiste esencialmente la accion de la novela, pertenecieron pues á la primitiva relacion, como bases indispensables de la misma.

1 Cervantes se aventuró á decir que es el *Amadís de Gaula el primer libro de caballerías que se imprimió en España (Don Quijote,* Parte I, cap. 6). Sin embargo, no ha podido comprobarse la noticia dada por Barbosa Machado en su *Biblioteca lusitana* artículo: *Vasco de Lobeira,* sobre una edicion hecha en Salamanca el año de 1510, y por tanto posterior á la publicacion de otros libros caballerescos. La primera conocida es de 1519 y tras ella se hicieron hasta doce que nosotros podamos afirmar, en la forma siguiente: Sevilla, 1526; Id., 1531; Venecia, 1533; Sevilla, 1535; Id., 1539; Medina del Campo, 1545; Sevilla, 1547; Lobayna, 1552; Salamanca, 1575; Sevilla, 1575; Alcalá de Henares, 1586; Sevilla, 1586. Nótese que la mitad de estas ediciones salieron en Sevilla de las famosísimas prensas de Jacobo Cromberger, Alonso de la Barrera y Hernando Diaz, debiéndose las restantes á los no menos celebrados Villaquiran y Castro, Lasseno, Portonaris, Junta y Alonso Mata. Respecto de las traducciones, citaremos, como más conocidas, la francesa de Nicolás de Herberay, dada á la estampa de 1540 á 1543, y la italiana, impresa en 1557. Antes de aparecer la última se habia ocupado Bernardo Tasso (1540) en poner en verso su *Amadís,* que apareció en 1560, logrando extraordinario éxito; y sin duda hubo de preceder á todas estas versiones, más ó menos conformes con el libro español, tal como lo publicó Montalvo, otra de pocos citada, y cuyo exámen, á ser hoy posible, resolveria satisfactoriamente la mayor parte de las cuestiones que dejamos tocadas. Hablamos de la traduccion hebrea, ó tal vez meramente rabínica, que cita el entendido Wolfio con el título de אמדיס די גאולה y que declaró haber visto en la escogida librería de Oppenheimer: si, lo que no aparece descabellado, esta version se hizo antes de la

tos, no llevará á mal el discreto lector que apartándonos de lo practicado respecto de los cuentos de *Chárlos Maynes* y *del Emperador Ottas*, peregrinos hasta ahora en la historia de nuestras letras, nos limitemos á una brevísima idea de su complicado argumento.

La historia de Amadís, conforme se deduce de cuanto llevamos observado, es, y no podia dejar de serlo, naciendo de los elementos y en las circunstancias reconocidas, absolutamente fantástica. Perion, rey de Gaula, pasa á la córte de Garinter, que lo es de la Pequeña Bretaña, enamorándose de él la hermosa Elisena, hija de aquel príncipe; y aventurándose á penetrar en la estancia, donde dormia, le hace dueño de su belleza con la jurada esperanza de que ha de ser su esposo. De esta aventura es fruto Amadís: venido al mundo en ausencia de Perion y deseando evitar su deshonra, mándale Elisena arrojar dentro de un arca (en que pone un pergamino con su nombre, un anillo y la espada de Perion) al mar que baña los muros de su palacio. Hallado en medio de las olas por Gandalés, piadoso caballero de Escocia, llévale acaso á la corte del rey Languines, donde compadecida de su orfandad, le educa la reina (que era su tia), distinguiéndole con el título de *Doncel del mar*, que denota su misterioso orígen.

Perion habia entre tanto cumplido su palabra á Elisena, teniendo en ella otro hijo llamado Galaor, el cual es robado al llegar á los dos años por el gigante Bandalac, para hacerle instrumento de su venganza contra Albadan, tirano que le tenia

edicion de Montalvo, su importancia es de mucho bulto en la historia de nuestras letras. Lástima es que Wolfio no diese extracto de su argumento, para comprender si constaba de los tres libros, que mencionó Pero Ferrús ó de los cuatro hoy conocidos. En órden á las imitaciones, que produce el *Amadís*, deben tenerse presentes los catorce libros que forman su larga y caballeresca descendencia, comprendiendo desde las *Sergas de Esplandian* hasta la historia de *Peñalva* que cierra la serie de aventuras de Amadís y narra su muerte (Don Nicolás Antonio, *Bibl. Nova*, t. II, pág. 404). El ya citado don Pascual Gayangos los incluye en su *Catálogo de los libros de caballerías*, que precede á su edicion del *Amadís*, segunda de las hechas en nuestros tiempos.

usurpada la Peña de Baltares. El rey Lisuarte de la Gran Bretaña, volvia á su reino por este tiempo desde Dinamarca, trayendo consigo á Brisena, su esposa, y á Oriana, su hija: llegado á la corte de Languines, deja en ella á la infanta, cuya sin par hermosura y discrecion vencen el corazon de Amadís, que no solamente la sirve, como caballero, obedeciendo á la reina, sino que la idolatra cual amante, jurándole amor eterno. Para hacerse digno de su cariño, y ya armado caballero por su mismo padre, á ruegos de Oriana y de Mabilia, su prima, parte de la corte de Languines, en busca de aventuras, inaugurando sus prodigiosas hazañas con la destruccion del rey Abies, que oprimia á tuerto los dominios de Perion, su padre.

Trás estos preliminares, que descubren ya en parte los diferentes hilos de la trama novelesca del *Amadís*, empieza la historia de los dos hermanos que, empeñados acaso en lid singular, se reconocen como tales en el temple de sus aceros, recibiendo Galaor la órden de caballería de manos de Amadís, al terminar aquella terrible lucha. Protegidos ambos por la poderosa Urganda, la Desconocida, cuyo nombre ha inmortalizado la pluma de Cervantes; armados de espadas prodigiosas, siguen cada cual rumbo diverso, cobrando por todas partes envidiada nombradía. Grandes y temerosas aventuras de gigantes hasta aquel punto invencibles, de tiranos domados, de princesas y doncellas rescatadas del poder de pérfidos opresores; altas y nunca imaginadas empresas, á cuyo logro oponen todas sus artes malévolos encantadores, entre los cuales figura en primer término el vengativo Archalaus, imitacion palpable del Tablante de Ricamonte [1]; sorprendentes peripecias, que ya elevan hasta el sólio á los paladines, ya los sujetan á las terribles pruebas de la Ínsula Firme y de la Peña Pobre; batallas, desafios, favores y desdenes, que ora levantan á los caballeros al colmo de la felicidad, ora los hunden en mortal tristeza y amargura... hé aquí los obstáculos que se oponen al logro pacífico de los amores de Amadís y de Oriana, y que llevándole, como á Galaor, Agrajes

1 Véase lo dicho en la nota 1, pág. 85.

y Florestan, por las regiones de Francia, Inglaterra, Alemania, Grecia, Romania, Turquía y otras imaginarias, sublíman su valor y su lealtad, haciéndole al cabo digno de la hija del rey Lisuarte. Con el casamiento del héroe principal y la destruccion de los encantamientos que habian acibarado hasta aquel instante su vida, termina, pues, la *Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadís de Gaula*, tal como ha llegado á nuestros dias en el lenguaje de Castilla [1].

Añadida y desfigurada por la solicitud de su editor, no pueden hoy señalarse con la seguridad conveniente todas y cada una de las alteraciones, que experimentó la redaccion primitiva, ni es posible asegurar tampoco hasta qué punto se valió el

1 El cuarto libro del *Amadís* acaba con la rara aventura del rey Lisuarte en que viene este á poder del encantador Arcalaus; nueva que llegada á oidos de los amigos y aliados de Amadís, los lleva en busca del héroe que reinaba pacíficamente en la Insula Firme, ofreciéndose todos á Oriana para rescatar á su padre.—Urganda la Desconocida, que habia predicho aquel suceso, se aparece á los príncipes y señores allí congregados, hace armar caballero por mano del gigante Balan al jóven Esplandian, á quien estaba reservada la aventura de dar libertad á su abuelo, y condúcele por vias sobrenaturales lejos de la indicada Insula Firme, dejando en ella á Amadís y los suyos y amonestándoles que esperen tranquilos el fin de aquella empresa. Se vé por tanto que el de los *Quatro libros del Amadís de Gaula* no es el término de su historia, quedando inauguradas las portentosas hazañas de *Esplandian*, cuya prosecucion promete el autor, refiriéndose á las aventuras de Leonorina, hija del emperador de Grecia, por estas palabras: *como adelante uos será contado*. Esta promesa cumplió Garcia Ordoñez de Montalvo con la publicacion de las *Sergas de Esplandian*, anunciada ya desde el prólogo del *Amadís*; circunstancia que unida á la declaracion de que *corrigió* y *enmendó* los tres primeros libros *traduciendo* el cuarto, nos induce á creer, segun va insinuado en el texto, que fué aquella obra del mismo Montalvo. Cervantes, siguiendo la costumbre de los autores de semejantes libros, decia que el *Quijote* era *traducido* de manuscritos árabes.—Así se comprenden tambien las palabras de Pero Ferrús, quien al citar los tres libros que existian en su tiempo, desea á *Amadís santo poso* (Véase la nota oportuna): el libro tercero le deja en efecto (despues de haber rescatado á Oriana del poder de los romanos, á quienes Lisuarte la entrega) camino de la Insula Firme, donde se propone esperar el término de aquella ruidosa aventura; por manera que nada está más lejos de Amadís en esta situacion que el *reposo*, á que Ferrús alude.

editor referido de la version portuguesa, que pareció tener presente al dar á luz los cuatro libros de que en la actualidad se compone [1]. La sencillez, el excesivo candor y la infantil credulidad que se revelan en la narracion de los maravillosos imposibles que en ella se acumulan; la ingenuidad nativa de las descripciones y el vigoroso y á veces apacible colorido que anima sus romancescas escenas, ya pinte las dulzuras y tormentos del amor, ya los gallardos lances y arriesgados empeños de la caballería; el sabor arcáico de los medios expositivos, de la diccion y de la frase, especialmente en los tres primeros libros, harto diferentes en este punto del último, todo contribuye no obstante á persuadirnos de que no hubo de ser peregrina á García Ordoñez de Montalvo la antigua *Historia de Amadís*, conocida y con tanta frecuencia mencionada por los más notables poetas de la segunda mitad del siglo XIV. Sin duda es debida á esta circunstancia esa manera de consagracion que lleva tras sí tan renombrada leyenda, habida universalmente, como el primero y el mejor de todos los libros de caballerías: los orna-

1 El pasage, á que antes nos hemos referido y de que hablamos aquí, relativo á la aventura de la niña Briolanja, en que Amadís resiste sus caricias, está concebida en estos términos: «El señor Infante don Alonso de »Portugal, aviendo piedad desta fermosa donçella, de otra guisa lo mandó »poner: en esto hizo todo lo que su merced fué servido, mas no aquello que »en efecto de sus amores se escrevia. De otra guisa se cuentan estos amores »que con mas razon á ello dar fe se deue etc.» (lib. II, cap. XL).—Y lue»go se añade en el XLIII: «Todo lo que más desto en el libro primero se dice »de los amores de Amadís et desta hermosa reyna, fué acrecentado (como »ya se os dixo), y por como supérfluo y vano se dexara de recontar, pues »que no hace al caso: antes esto no verdadero contradirla y dañaria lo »que con más razon aquesta grande historia adelante os contará.» Es pues evidente que Montalvo, conoció una redaccion en que habia intervenido don Alfonso de Portugal, acaso la atribuida á Lobeira; pero tambien lo parece que hubo de tener noticia de otra, donde se conservaba más fielmente el carácter caballeresco de Amadís, que reconocia por base capital la fidelidad de sus amores respecto de Oriana; pues sólo con este conocimiento podia rechazar como contradictorio, supéfluo y vano, el episodio de los amores de la niña Briolanja, ingerido en la version portuguesa. Nótese además cuanto observamos en el texto respecto de este punto.

tos del siglo XVI no oscurecen ni desnaturalizan del todo las peregrinas facciones del héroe creado por la imaginacion de la edad-media, ni el atildamiento exteriór que recibe entonces el habla castellana, llegada á su mayor altura, es bastante á borrar del *Amadís* el sello de otros tiempos, lo cual le ha ganado la estimacion de los doctos, considerándole como uno de los más respetables monumentos en la historia de nuestra lengua [1].

Pero el mayor precio de la de *Amadís de Gaula* consiste, segun habrán juzgado ya los lectores, en su relacion con los demas libros caballerescos del siglo XIV y en el instante en que aparece. Hija de aquella noble aspiracion que en todas las civilizaciones conduce al arte desde la simple imitacion á una transiccion espontánea y de esta á un estado de propiedad y de natural engrandecimiento, hace patente á las miradas de la crítica que no sólo se habia obrado la transformacion del arte en el sentido que mostramos en el capítulo precedente, sino que prosiguiendo por la misma via, aspiró éste muy luego á tener vida y representacion, logrando la única originalidad que le consentia el círculo en que se desarrollaba. La *poesía*, guia y maestra en toda suerte de progreso intelectual, dá el primer paso, indicando el camino que debia seguir la *novela* caballeresca, sometiéndola al fin intencional y práctico que habia procurado realizar

1 El renombrado Juan de Valdés en su *Diálogo de las Lenguas*, no solamente lo considera como á los refranes, cual monumento de gran precio en la historia del habla castellana, sino que declara terminantemente «que deben leerla todos los que quieran aprender nuestra lengua» (Mayans *Orígenes de la leng. cast.*, t. II, pág. 163). «Espejo de la gramática española y modelo del decir» fué tambien apellidado (ed. de Venecia, 1533) durante el siglo de oro de nuestra literatura; elogio que no ha desmerecido despues, y confirmó la Real Academia de la Lengua, designándole como una de las autoridades de su gran *Diccionario*. Justo es decir que el aplauso de los doctos coloca á Montalvo entre los primeros hablistas, ya que no podamos adjudicarle la gloria que concedió Torcuato Tasso al autor primitivo del *Amadís*, declarando que era esta historia la más hermosa y útil de cuantas existian en su clase (*Apol. della Gierusal. Liber.*). Ginguené y otros escritores modernos la califican de brillante é interesante fábula.

hasta aquella sazon el *apólogo* [1]. Las versiones, ó mejor dicho, las refundiciones de los libros bretones y carlowingios y aun de aquella tercer raza de caballeros, que personifica el valerosísimo Esmere en el *Fermoso cuento del emperador Ottas*, indican que el anhelo de la posesion cunde y se generaliza, como se extiende y arraiga entre los eruditos el afan de nuevas conquistas literarias, y preparan el terreno á más propio cultivo. La aparicion del *Amadís de Gaula*, obra levantada con los despojos de extraños monumentos, trabados entre sí con los lazos de las creencias y de las costumbres de nuestros mayores, fija por último el momento de aquella singular aspiracion; fenómeno que precipita el estado político de la Península Ibérica y favorecen al par el desarrollo, á que habia llegado fuera la literatura caballeresca [2] y los notabilísimos progresos hechos por la española.

1 Véase el tomo anterior, en que estudiamos el completo desarrollo de esta forma.

2 Digno es de notarse que al propio tiempo que recibia incremento en nuestra literatura la idea romancesca, representada por los libros de caballerías, trascendia tambien á otras naciones, tomando cuerpo en la italiana con repetidas traducciones, consideradas hoy como otros tantos monumentos de aquella rica lengua. Tales son *I Reali di Françia*, *Bouvo d'Antona*, *la Spagna* y la *Regina Ancroja*, libros en que se emplean las formas de prosa y metro, y que en sentir de respetados historiadores pertenecen á la primera mitad del siglo XIV. Mediado ya este, reciben cierta consagracion erudita todas estas ficciones con la autoridad que les comunica Juan de Boccacio, al escribir *El Filocopo*, *El Constante* y la *Fiammeta*, preparando así la época de los Pulci y los Bello, precursora de la más gloriosa de Boyardo y de Ariosto. Conveniente nos parece advertir que al estudiar estos poemas, hallamos frecuentes rasgos que pudieron ser imitados del libro de *Amadís*, si ya no reconocen el mismo orígen. Pulci, por ejemplo, en su *Morgante Maggiore* y Boyardo en su *Orlando Inamorato* hacen pelear á Roldan y Reinaldo, que se hallan fortuitamente en medio de sus aventuras: en el primer caso se separan, conociéndose; en el segundo se interpone Angélica para libertar á Reinaldo, como liberta Urganda, la Desconocida, al joven Galaor, cuando mide este sus armas con las incontrastables de Amadís; siendo en uno y otro caso muy semejantes la situacion y en el segundo idéntica (Véase el cap. XXII del lib. I, y en los poemas citados los cantos XXVII y XX).

Que estos progresos no se limitan al mediar del siglo XIV á las ficciones de la caballeria, queda ya asentado en el anterior capítulo: estudiemos, pues, en el siguiente la forma en que se insinuan en la esfera de las letras y las contradicciones que experimentan en el tradicional respeto de los doctos.

CAPITULO III.

PROTEXTA DEL SENTIMIENTO NACIONAL

CONTRA LA INNOVACION ALEGÓRICA.

Causas legítimas de esta manifestacion.—Personificacion de la misma por medio de la poesía.—PERO LOPEZ DE AYALA.—Su vida.—Su autoridad en el Estado.—Sus obras literarias.—Sus traducciones.—Contradiccion entre el Ayala erudito é historiador y el Ayala poeta.—Razon filosófica de este hecho.—*Rimado del Palacio.*—Protesta moral y literaria que encierra.—Su exámen expositivo.—Censura de las costumbres coetáneas:—en el alto y bajo clero, en sus reyes, príncipes y magnates;—en las demás clases de la sociedad.—Circunstancias en que es escrito este singular poema.—Caracteres de sus formas artísticas y de lenguaje.—Las *Crónicas.*—Imitacion latina.—Imposibilidad de lograr cumplido fruto de ella.—Dotes literarias que distinguen á Ayala, como historiador.—Su predileccion á la forma dramática, cual medio expositivo.—Algun ejemplo de pinturas directas.—Cultiva Pero Lopez el estudio de las antiguedades genealógicas.—La *Historia de su Linage.*—Idea de la misma.—Escribe otras obras de recreacion.—El *Libro de Çetreria:* su análisis.—Algunas muestras de su estilo.—Consideraciones generales sobre la doble representacion de Ayala en la historia de las letras españolas.—Resúmen.

Difícilmente se opera en la historia del arte cambio alguno que altere sustancial ni formalmente sus condiciones de existencia, sin que produzcá desde luego legítima y enérgica protexta. Esta ley, que tiene constante cumplimiento respecto de la política, la cual emplea repetidas veces las armas de la poesía, para lograr

el fin indicado, era virtual y expresamente obedecida, mediando ya el siglo XIV, dentro de la esfera misma de las letras. Y no puede en verdad maravillarnos que esto sucediera: cuando dominados por el incentivo de la novedad y deslumbrados por la riqueza de extrañas creaciones, se inclinan los espíritus vulgares á la imitacion, olvidando los propios tesoros ó teniendo en menos las producciones del ingenio nacional,—deber es de los varones generosos que fundan la gloria de la patria en sus heróicos recuerdos y que rinden por tanto el tributo de su respeto á las obras de sus mayores, el arrimar los hombros al amenazado edificio de las letras, por débil que sea la esperanza de conjurar su ruina.

En dos sentidos diferentes comenzaba á realizarse, segun dejamos advertido, la indicada transformacion del arte: en el terreno de las narraciones históricas, con la introduccion, ya quilatada por nosotros, de las ficciones caballerescas, que dotan á la literatura castellana de las formas y del sentimiento de la *novela*; en el dominio de la poesía, con la preponderancia que logra la *manifestacion alegórica* sobre todas las formas anteriormente cultivadas, avasallados los ingenios castellanos por los vivísimos resplandores que despedia desde las cumbres del parnaso cristiano el sol de la *Divina Commedia*. Favorecidas por los acontecimientos de la política que habian derrocado la dinastía de Sancho IV, con visible alteracion de las costumbres, no hallaban las ficciones caballerescas notable contradiccion en el suelo de Castilla, conforme queda en el anterior capítulo demostrado: repugnando tal vez á los que se habian criado en la escuela didáctico-simbólica el fastuoso aparato de la *alegoría;* pareciéndoles sin duda excesivo el lujo de las formas artísticas de que aquella se reviste, vuelven los ojos á las antiguas producciones de la musa castellana, para contraponer su espíritu y su forma á la innovacion, preludiando así la peregrina lucha que dos siglos adelante sostienen los anti-petrarquistas, al rechazar la docta imitacion de Garcilaso.

Pero la expresada protexta no iba á ser apoyada por ingenios vulgares, ni formulada tampoco, como otras veces habia sucedido, en el retiro de la vida monástica. En la misma corte de

Castilla, entre los más renombrados ingenios, que se preciaban de poseer las maravillas del *arte alegórico*, y por uno de los más respetados magnates y dignatarios del Estado era dada á luz la obra, en que aparecia consignada, no siendo posible en consecuencia tenerla por desorientada y fortuita. Era el poeta Pero Lopez de Ayala, gran Canciller de Castilla, é insigne historiador de cuatro diferentes reinados: intitulábase la produccion indicada *Rimado del Palacio*, poema que reflejando eficazmente la actualidad social y política de la nacion, cumplia tambien á otros elevados fines del arte, revelándonos las aspiraciones internas del autor en la mayor parte de su larga vida.

No careció esta en verdad de contradicciones é infortunios: nacido en 1332, de ilustre familia alavesa, antes y despues enlazada con la régia estirpe de Aragon y de Castilla [1], heredó de su padre el amor á las letras que habia de distinguirle entre sus coetáneos, acrecentándolo sin duda la ilustrada solicitud del cardenal don Pedro Gomez Barroso, su tio, cuya alta significacion en la historia del arte dejamos ya oportunamente consignada [2]. Aleccionado al par en la escuela de la caballería, de la suerte que nos ha mostrado la docta pluma de don Juan Manuel [3], llegaba Pero Lopez al reinado de don Pedro, siendo recibido entre sus donceles hasta 1354, en que le vemos contarse como tal en la casa del Infante don Fernando de Aragon, marqués de Tortosa [4]. Volviendo á poco al servicio del rey y levantadas en el reino las

1 Los más autorizados genealogistas traen el orígen de la casa de Ayala del Infante don Vela de Aragon y del conde don Rubix, nieto de Alfonso V de Leon, é hijo de la Infanta doña Jimena. De doña Inés de Ayala, hija de Fernan Perez y hermana del Canciller mayor, desciende don Fernando V, el Católico, heredando de ella los señoríos de Casarrubios y Arroyomolinos con las casas de Toledo, que hoy son convento de Santa Isabel. Los entronques con la rama de Pero Lopez de Ayala, han sido tambien puestos en claro por el entendido don Luis de Salazar en sus *Glorias de la casa Farnese* (pág. 565 á la 599).

2 Recuérdese el capítulo XIV de la II.ª Parte, t. IV.

3 Cap. XIII de la II.ª Parte.

4 Zurita, *Enmiendas y Advertencias á la Crónica del Rey don Pedro*, pág. 92.

afrentosas revueltas que tienen cabo con el asesinato de Montiel, mantúvose fiel á sus banderas, señalándose en las guerras de Aragon, como capitan de la flota que en 1359 corria los mares de Valencia y Cataluña con gran terror de sus puertos y estrago de sus armadas, y obteniendo en pago de su acreditado valor el alguacilazgo mayor de Toledo [1].

Con la misma devocion prosiguió al lado de aquel príncipe, de quien *fuera siempre bien quisto*, hasta que desconcertado por la súbita invasion del conde de Trastamara, que ayudado de los aventureros franceses, se aclamaba rey en Calahorra, huia don Pedro con desusado pavor de la capital de Castilla, poniendo los ojos en Inglaterra para buscar ayudadores. En aquel momento supremo, volvíanle la espalda sus más leales vasallos, y aun sus propios deudos, contándose entre los primeros Fernan Perez de Ayala y su hijo Pero Lopez; extraña conducta que si puede tener disculpa respecto del último en el afecto y la obediencia filial, amenguaba entonces la fidelidad del caballero y ha comprometido la integridad del historiador en los siglos futuros [2].

Ya en el partido de don Enrique, era investido con las insignias de la Órden de la Vanda y creado alferez mayor de la mis-

1 *Crónica del Rey don Pedro,* año X, capíts. XI y XIV; año XI.°, capítulo XXI.

2 La declaracion hecha por el mismo Ayala en el cap. IV del año XVII.° de la *Crónica del Rey don Pedro* de que al salir este príncipe de Búrgos el año de 1366 iba en su compañía, destruye plenamente la afirmacion de algunos escritores, relativa á haber sido incluido en las listas de proscripcion ó sentencias que dió don Pedro contra los prófugos y rebeldes de Almazan y Bubierca en los años de 1359 y 1363. Ayala dice: «Et fueron con el rey »don Pedro estonçe don Martin Lopez de Córdoba, maestre de Alcántara, é »Iñigo Lopez de Orozco, et Pero Gonçalez de Mendoça, ét Pero Lopez de »Ayala», etc. Y añade respecto de su padre: «Et vino á él don Ferrand Pe»rez de Ayala, el qual estaua por su mandado en Castilfabit, que ganara el »rey en Aragon» etc. Al terminar el capítulo, escribe estas significativas palabras, que revelan su conducta y la de su padre, al ver la perplejidad y aun el terror de don Pedro. «Et de tal guisa iban ya los fechos que todos los »más que dél se partian, auian su acuerdo de non volver más á él.» Los dos Ayalas fueron en efecto de los más que de él se partieron, siendo verosimil que no pasaran de Toledo en esta ocasion.

ma; y cuando auxiliado el rey don Pedro del Príncipe Negro, tornaba á pisar el suelo de Castilla y parecia decidirse á su favor en los campos de Nájera aquella escandalosa contienda, llevaba Ayala en la pelea el respetado pendon de la expresada caballería, teniendo la desgracia de caer prisionero en manos de los ingleses, de donde sale meses adelante, merced al crecido rescate que daba por él su familia [1]. Repuesto en tanto el de Trastamara, entrábase de nuevo en el reino, no reparando hasta la ciudad de Búrgos, que le abria segunda vez las puertas y en la cual se le incorporaba Pero Lopez; y partia con igual diligencia sobre Toledo y Sevilla, en cuyo camino le detiene, al comenzar el año 1369, la mala estrella del rey don Pedro, que pone á los piés del bastardo de Alfonso XI el trono de Castilla y arrebata miserablemente la vida al legítimo soberano. Al desgarrar Enrique por segunda vez [2] el manto real, para repartirlo entre sus parciales, tocaban á Pero Lopez la Puebla de Arciniaga y la Torre del valle de Orozco, siéndole al par confirmada la posesion del

1 El hecho de la prision lo atestigua el mismo Ayala en los capítulos IV y XII de la *Crónica del rey don Pedro*, año XVIII, bastando esta confesion para desvanecer el error de los que afirman que se retiró de la batalla con don Enrique (*Rey don Pedro defendido*, fól. 78). Que obtuvo la libertad por medio de un crecido rescate, lo probó ya don Nicolás Antonio (*Bibliotheca Vetus*) y lo confirma el erudito Floranes (*Vida literaria del Canciller mayor de Castilla don Pero Lopez de Ayala*): que no permaneció en la prision hasta la muerte de don Pedro, como equivocadamente dice Ticknor (*Hist. de la liter. esp.*, I.ª Ep.ª, cap. IX), lo persuade la circunstancia de haber prestado á don Enrique en el mes de octubre de 1367 un señalado servicio en la ciudad de Búrgos, segun refiere él mismo en su *Crónica Abreviada* y comprobó Zurita en sus *Enmiendas* (página 244). Está pues fuera de toda duda el aserto que en este lugar asentamos, no indiferente por cierto, al tratar de las obras poéticas de Ayala, segun despues veremos.

2 El primer reparto de las mercedes que han hecho famoso el reinado de Enrique II, se hizo por éste, al coronarse rey en las Huelgas de Búrgos en 1366. Véase el capítulo VII del año XVII de la *Crónica del rey don Pedro* y se comprenderá hasta qué punto llegó, en especial con los extrangeros, esta funesta largueza.

valle de Llodio, adquirido de doña Leonor de Guzman en 1349 por Fernan Perez de Ayala [1].

Ni se limitaron á estas las mercedes que recibió Ayala del rey don Enrique: recobrada en 1373 de los navarros la villa de Victoria, y habiéndose menester para su gobierno persona de autoridad y discrecion, nombrábale, entrado ya el año de 1374, alcalde mayor y merino de la misma, acreditándose Pero Lopez en uno y otro cargo de recto juez y hábil repúblico. Muerta entre tanto su madre doña Elvira de Cevallos y abrazada por su padre la vida religiosa en la Órden de predicadores, confirmábale don Enrique en el Estado de Ayala, mayorazgo fundado dos años antes por el citado don Fernan Perez, elevándole al expirar el de 1375 á la alcaldía mayor de Toledo, dignidad grandemente ambicionada en aquellos tiempos y vacante á la sazon por muerte de don Gomez Manrique, primado de las Españas [2]. Nuevo testimonio de distincion dábale despues nombrándole de su consejo y enviándole, como embajador suyo, á la corte del Rey de Aragon para concertar las diferencias que habian provocado el desafío de Juan Ramirez de Arellano; y tan á placer de ambos monarcas se hubo Ayala en el asunto que no sólo mereció los elogios del aragonés sino tambien el público aplauso de don Enrique, quien parecia vincular en sus hijos el amor que al alcalde mayor de Toledo profesaba [3].

No bien ascendido al trono, mostrábale don Juan I aquella predileccion, confirmándole con mano liberal cuantas honras y donaciones habia obtenido de su padre, y nombrándole al propio tiempo juez mayor en el ruidoso pleito, largos años atrás suscitado, sobre las encomiendas de abadía y monasterios [4]. A 22

1 Floranes, *Vida literaria del Canciller mayor de Castilla*, publicada por Salvá y Baranda en los *Documentos inéditos*, t. XIX, página 104 y siguientes.

2 Salazar de Mendoza, *Dignidades seculares*, fól. 34 v.

3 Fernan Perez de Guzman afirmaba en sus *Generaciones et semblanças* que fué Ayala «del Consejo de Enrique segundo, é *muy amado dél*» (Cap. VII).

4 *España sagrada*, t. XVIII, pág. 181, de la segunda edicion.

de diciembre de 1380 dictaba Pero Lopez de Ayala, en union con los oidores Juan Martinez de Rojas, Alvar Martinez y Pedro Fernandez, sentencia definitiva, restableciendo la justicia; y tan pagado quedó el rey don Juan de este y los demás servicios debidos á su lealtad é inteligencia, que en el siguiente año le otorgaba por privilegio rodado la villa y aldeas de Salvatierra de Álava, autorizándole para instituir sucesores en la forma que más le agradase [1]. Pocos meses despues le enviaba á Carlos VI de Francia, para ofrecerle su amistad; y hallándole Pero Lopez ocupado en guerra contra ingleses y flamencos, servíale tan eficazmente con su consejo en la famosa batalla de Rosebeck que no sólo mereció la honra de que le nombrase su camarero, sino que le concedió durante su vida y la de su hijo mayor, Fernan Perez de Ayala, mil francos de oro anuales [1382].

Con tales distinciones y mercedes restituyóse á Castilla el alcalde mayor de Toledo, creciendo por extremo su reputacion y autoridad en la corte, y recibiendo del rey don Juan nuevas señales del afecto, con que siempre le habia favorecido [2]. Pagábale Ayala, esmerándose en procurar el bien público y el lustre de la corona, de que fué buena prueba el saludable consejo que en 1385 daba á don Juan en Sevilla, inclinándole á mostrarse clemente con su inquieto hermano el conde de Gijon; consejo no menos digno de aplauso, por el fin político á que se dirijia que por la erudicion histórica en que se fundaba, revelando ya al renombrado cronista. Mas próximo estaba el momento en que debia acrisolar Pero Lopez su lealtad y valor con uno de aquellos he-

1 El privilegio referido está fechado á 22 de junio en la ciudad de Zamora.

2 La predileccion de don Juan respecto de Ayala llegaba hasta la injusticia: muerto en Lisboa de la epidemia que la aflige en 1384 un caballero castellano, llamado Ochoa de Muñatones, otorgaba el rey el monasterio de San Juan de Muguiz, San Roman de Ciérbana, el puerto de San Martin de Somorrostro y otras posesiones que aquel tenia de la corona, á Pero Lopez; pero oponiéndose á esta donacion doña Mencia de la Casa, en nombre de doña Teresa Muñatones, hija legítima del difunto, fué legalmente revocada.

chos que enaltecen la memoria de los guerreros de Castilla: determinado don Juan á tomar posesion de Portugal, cuya corona le disputaba el maestre de Avís, fundado más bien en el aplauso popular que en el propio derecho, tornaba en julio de 1385 á penetrar en aquel reino, de donde le habia arrojado en el año anterior mortífera epidemia.

Al mediar agosto se avistaban ambos ejércitos en los contornos de Aljubarrota: solicitado por Nuño Alvarez de Pereira, condestable de Portugal, para tratar de un honesto avenimiento, halló Lopez de Ayala ocasion de reconocer la posicion ventajosa que tenia el campo de los portugueses, y vuelto á los reales castellanos, aconsejaba al rey que esquivase hasta la menor escaramuza en aquel lugar, si estimaba en algo su reputacion y la salud de sus soldados [1]. Prudente pareció á los caudillos de madura experiencia el consejo: achacáronlo á temor los jóvenes, y trabada por ellos la pelea, hallaban en su derrota merecido castigo á su vana é indiscreta jactancia. Mientras el rey don Juan, recibiendo el sacrificio que le hacia de su vida Pero Gonzalez de Mendoza, salia del campo de batalla en el caballo de aquel héroe,—acosado por todas partes, cubierto de heridas y golpeado hasta el punto de perder dientes y muelas, caia Pero Lopez de Ayala en poder de los enemigos, abrazado al pendon de la Vanda, no sin que, aun postradas sus fuerzas, les infundiese respeto.

Quince meses le tuvieron cargado de hierros y en muy estrecha y dura prision en el castillo de Oviedes [2]. La calidad de

1 Al narrar Ayala este suceso, calla su nombre y el de otro caballero que le acompañó; pero en la *Crónica del Condestable* referido, consta que él y Diego Alvarez fueron los dos caballeros que tuvieron la entrevista con Pereira. Los demás accidentes se refieren en la *Crónica de don Juan I.*

2 Don José Antonio Conde, en un *Informe* presentado á la Real Academia de la Lengua sobre el *Rimado del Palacio*, afirmaba que Ayala estuvo preso en Portugal por el espacio de treinta meses; pero sin alegar prueba que justifique dicho aserto. Seguimos en este punto al erudito Floranes, quien observa que en 1366 fué Pero Lopez padrino de pila del Bachiller Fernan Gomez de Cibdad-Real (*Vida literaria*, pág. 120), en cuyo caso no pudo permanecer en Oviedes los dos años y medio apuntados por

su persona, el no vulgar ejemplo de su valor y la misma predileccion con que le distinguia el rey de Castilla, dificultaban grandemente su rescate. Ajustado por último en treinta mil doblas de oro, pagaba doña Leonor de Guzman, su esposa, veinte mil en el acto de alcanzar la libertad, dejando en rehenes á su primogénito Fernan Perez, mientras allegaba las restantes. Los reyes de Francia y de Castilla, el maestre de Calatrava don Gonzalo Nuñez de Guzman y otros caballeros principales del reino, apresuráronse entonces á contribuir con no despreciables sumas á desempeñar al alcalde mayor de Toledo; y restituido á su pátria y familia, en tanto que muerto ya su padre, tomaba posesion y ponia órden en todos sus estados, era investido por el rey don Juan con los cargos de copero y camarero mayor, manifestando el alto precio que daba á sus servicios [1].

No fueron en verdad de escasa importancia los que le hacia despues en el asunto de Lancaster, á quien era enviado una y otra vez, como embajador, hasta llevar á cabo los tratados que aseguraron la paz y concordia entre los descendientes del rey don Pedro y del bastardo don Enrique. Pero donde más brillaron la fidelidad que debia á la corona y la nobleza de su carácter fué sin duda en las Córtes de Guadalajara [1390]: empeñado don Juan en apellidarse rey de Portugal, habia ideado el descabella-

Conde.—Ticknor observa por el contrario que este segundo cautiverio no fué tan largo ni tan penoso como el que sufrió en Inglaterra (*Hist. de la lit. esp.*, Ep. I.ª, cap. IX), sobre lo cual deben verse las notas oportunas del presente capítulo. Ayala estuvo en una jaula de hierro, segun dice el mismo en la *Historia de su casa*, observando que murió su padre «seyendo absente su fijo Pero Lopez é metido en jaula de hierro en Aljubarrota».

1 Salazar, *Advertencias Históricas*, pág. 113. Sobre la forma del rescate observa Conde que «se ajustó en treinta mil doblas de oro y fué por él »[Ayala] su mujer, que pagó de contado las veinte mil, dejando en rehe»nes por el resto á su hijo mayor Hernan Perez: las cuales diez mil doblas »del resto (prosigue) pagó el rey don Juan I de Castilla y el rey de Fran»cia dió diez mil francos de oro, contribuyendo para dicho rescate don Gon»zalo Nuñez de Guzman, maestre de Calatrava, primo de doña Leonor, y »otros grandes señores».

do proyecto de abdicar en su hijo don Enrique el reino de Castilla, reservándose los de Andalucía y Murcia con el Señorío de Vizcaya. Juzgaba así que, aplacados los portugueses, para quienes la posibilidad de unirse en una sola cabeza ambas coronas, habia sido pretexto á la rebelion, abandonarian luego la causa del de Avís, declarándosele sus vasallos. Comunicado el pensamiento al consejo, alzábase entre todos Pero Lopez de Ayala; y posponiendo toda lisonja, con entereza digna de quien medía de una sola ojeada todos los desastres que habia de acarrear tan menguado intento, con aquella seguridad de quien tenia en la historia repetidos y elocuentes ejemplos de lo que eran y significaban semejantes desmembraciones, desaprobó en un discurso, lleno de grandes máximas políticas y morales, las trazas poco felices del rey, quien tomando primero á irreverencia la libertad de Ayala y deponiendo despues su infundado enojo, pedíale perdon de haber dudado de su fidelidad y olvidaba al par su descabellada empresa.

La desastrada muerte de este príncipe «que ovo siempre en »sus fechos muy pequeña ventura», llamàba á Pero Lopez por voto de las Córtes de Madrid á intervenir más directamente en la gobernacion del Estado, formando parte del consejo de regencia, durante la minoridad de Enrique III. En 1392 ajustaba treguas con Portugal, auxiliado al efecto del obispo de Sigüenza y del doctor Anton Sanchez: determinado el rey en el siguiente á tomar sobre sí el peso de la república, retirábase Ayala á sus posesiones de Álava, para descansar en el seno de su familia y en la dulce paz de las letras de las inquietudes de la corte. Cuatro años vivió en sus Estados, dando repetidos testimonios de la piedad que le animaba [1]: é investido en el de 1498 con el título de Canciller mayor de Castilla, cargo de que era exonerado el arzobispo de Santiago, don Juan Garcia Manrique, tornaba á la corte,

1 En 1396 dotó á la iglesia de San Juan de Quijana del retablo mayor y frontales del mismo, segun consta de la inscripcion que mandó poner, ya terminados, siguiendo el ejemplo de su padre. De otras obras pias dejó tambien testimonio en la historia de su casa.

logrando al par que sus hijos Fernan Perez y Pedro Lopez fuesen honrados por el rey con los empleos de merino mayor de Guipúzcoa y alcalde mayor de Toledo, cargo que él habia hasta entonces, por sí ó por sus tenientes, desempeñado [1]. Con general aplauso y autoridad sirvió Ayala la cancillería mayor del reino, de cuyas tareas se desquitaba con el cultivo de las letras, durante el estío, en el monasterio de San Miguel del Monte, retiro agradable cercano á Miranda de Ebro, en que habia labrado cómodas habitaciones al intento [2]. Aquejado de contínuas dolencias, pasaba de esta vida el rey don Enrique el 25 de diciembre de 1406, dando al morir inequívocas pruebas de la estimacion, con que veia á Pero Lopez; y ya fuese que este se sobrecojiera al

1 El M. Santótis en la *Vida de don Pablo de Santa María*, que precede á la edicion del *Scrutinium Scripturarum* (Búrgos, 1591, página 36) apuntó que ejerció Ayala la cancillería mayor durante el reinado de don Juan I: Tiknor, yendo más adelante, asegura que obtuvo este elevado cargo bajo Enrique II (Ut supra). Habiendo probado el erudito don Luis de Salazar en su *Historia de la casa de Lara* (t. I, lib. V) que Mariana, Argote de Molina y Gil Gonzalez Dávila anticiparon el *desnaturamiento* del arzobispo don Juan Garcia Manrique por término de dos años, y constando por privilegios irrecusables que ejerció el arzobispo la cancillería hasta 20 de Mayo de 1398, en que autorizó con su firma la confirmacion que hizo don Enrique III al conde don Enrique Manuel de las villas de Monte Alegre y Meneses, no hay arbitrio humano para poner antes de esta fecha el nombramiento de Ayala. Pero lo notable de todo, y lo que prueba que Santótis y Ticknor procedieron sin conocimiento de causa, es que al narrar Pero Lopez en el cap. III del año XIV de la *Crónica de Enrique II* la muerte de este príncipe, no sólo cita, como presente á tal suceso, á don Juan Garcia Manrique, obispo á la sazon de Sigüenza, Canciller mayor de Castilla, sino que pone en su boca las siguientes palabras, dirigidas al rey: Señor ¿en qué logar uos mandades enterrar?... Et dixo :—En la mi capilla que fiçe en Toledo», etc.—¿Sabria Ayala si habia ó no recibido en 1379 la dignidad que en todo el reinado de don Juan I ejerció Manrique y que sólo perdió por su voluntario destierro de Castilla?... En cuanto al nombramiento de los hijos de Ayala para los cargos que él desempeñaba, consta por los capítulos de las paces ajustadas en 1402 con Portugal, en que figuran ya con los títulos indicados en el texto.

2 Sigüenza, *Historia de la Órden de San Gerónimo*, t. II, página 175.

recibir semejante noticia, ya que le agobiaran sus antiguos padecimientos y sus años, murió pocos meses despues, á la edad de setenta y cinco, en la ciudad de Calahorra, siendo sepultado en el monasterio de Quijana, fundacion de sus padres [1].

Tal es el compendio que nos es dado hacer de la vida del Gran Canciller de Castilla. Imposible parece en verdad que en medio de tantas guerras y revueltas, cargado de tantas y tan altas obligaciones, tuviese tiempo y placer para consagrarse al cultivo de las letras con la aficion y perseverancia que revelan todos sus escritos. Pero estas cualidades raras en todos tiempos, caraterizan de contínuo á nuestros más esclarecidos ingenios de la edad-media; y así como hemos admirado la actividad prodigiosa del Rey Sábio, asi como apenas hemos podido dar crédito á la historia, al ponernos esta de relieve la inteligente y fecunda laboriosidad de don Juan Manuel, así tambien nos sorprenden la devocion y anhelo, con que Pero Lopez de Ayala rinde el tributo de su talento en aras de la ilustracion de su pátria, distinguiéndose al par como poeta y filósofo, como historiador y moralista. «Por avisar é ennoblecer la gente é nacion de Castilla (escribia »uno de sus sucesores) fizo romanzar de latin en el lenguaje cas»tellano algunas corónicas y estorias que nunca antes dél fueron »vista ni conosçidas en Castilla» [2]. A todas las fuentes que reconocia la erudicion de aquella edad, llegaba en efecto Pero Lopez de Ayala para dar cabo á tan generoso intento: respetando la tradiccion de los estudios latino-eclesiásticos, traia al habla vulgar el libro del *Sumo Bien* de Isidoro de Sevilla [3], sacaba de

1 Floranes se inclina á creer que el fallecimiento de Ayala fué antes del 16 de abril, en que aparece ya como Canciller mayor de Castilla, don Pablo de Santa Maria, firmando como tal la cédula expedida en Segovia, para que los arrendadores de las rentas reales no pusiesen guardas á la ciudad de Búrgos (Salazar, *Casa de Lara*, t. I, pág. 416). El hecho no admite duda.

2 Don Pedro Lopez de Ayala, su nieto, que en 1442 escribió una *Relacion Fidelísima del linage de Ayala*.

3 De esta peregrina traduccion existe en la Biblioteca del Escorial un precioso códice en fólio con la marca Ç. ij. 19, de letra del siglo XV y exornado de rúbricas é iniciales de colores. Compónese de 109 fólios, en que se leen hasta ciento cuarenta capítulos, que encierran los tres libros

los *Morales de Job*, debidos á Gregorio Magno, preciado ramillete de flores y sentencias [1], y hacía castellana la aplaudida

De Summo Bono ó de Sententiis, como comprueban simplemente los epígrafes del primero y del último. San Isidoro dijo en el libro I.º: *Quod Deus summus et incommutabilis sit*, y terminaba con el siguiente del 3.er libro: *De metu mortis*. Con aquella libertad característica de los traductores de la edad-media escribia Ayala: Cap. I. *Del soberano bien*: Cap. CXL. *De la sallida deste mundo*. Comparados unos y otros capítulos, resulta que Ayala embebió tres del original en los ciento cuarenta de su version: Esta empieza: «Soberano bien Dios es, ca es syn mudamiento et syn corrompi»miento ninguno» etc. Y acaba: «Aquellos non debemos llorar que el pa»rayso con grand alegria los rrescibe en sy. Explicit Isidorus de Summo Bo»no. Deo gratias.» Ni don Nicolás Antonio ni Perez Bayer conocieron este códice (*Vid. Bibl. Vet.*, lib. X, cap. I).

1 En la citada Biblioteca Escurialense se custodia bajo la marca b. ij. 7 un códice en fólio, escrito en papel, de hermosa letra del siglo XV, con las rúbricas y las iniciales de encarnado. Consta de 105 fojas y en la primera se lee: *Flores de Morales de Job*; *é es una coleccion de sentencias, entresacadas de los mismos Morales de san Gregorio é puestas en castellano por don Pero Lopez de Ayala*. Conforme á esta declaracion, no debe la obra de Ayala confundirse con otras traducciones más completas de los *Morales de San Gregorio*, hechas asimismo en la edad-media y tal vez posteriores á la de Ayala, segun el testimonio de Fernan Perez de Guzman (*Generaciones é semblanzas*, cap. VII). De estas versiones de los Morales hay en el Escorial hasta seis diversos MSS., señalados b. ij. 6–; b. ij. 8–; b. ij. 10–; b. ij. 11–; b. ij. 12, y b. j. 8.—Las *Flores* de Ayala comienzan de este modo: «Este libro es llamado *Flores de »los Morales de Job*, que son dichos de muchos buenos enxemplos et de »buenas doctrinas para bien biuir espiritualmente et moral et onesta»mente.» Y termina: «Non tan solamente para guardar la salud que »tenemos, tomamos melesinas; mas aun las tomamos, porque la salud »que ya tenemos cobrada, non la perdamos.»—Acabadas las *Flores de los Morales*, se lee una breve seleccion de *Dichos de Sabios* (fól. 103 al 105), tomada de las más numerosas que dos siglos antes, cual ya saben los lectores, comenzaron á ser conocidas en lengua castellana. En la última foja está finalmente, puesto asimismo en lengua vulgar el elogio de los mismos *Morales*, debido á Domingo Brixiente. Tampoco tuvieron conocimiento de este MS. don Nicolás Antonio ni su erudito anotador. Debe advertirse que casi al propio tiempo que hacia el Canciller esta seleccion de los *Morales*, los ponia en lengua toscana el florentino Zanobi da Strada, circunstancia que prueba el grande aplauso que alcanzó aquella obra de San Gregorio en la edad-media (Ginguené, *Hist. Litt. d'Italie*, t. III, pág. 168).

vision de Severino Boecio [1]: levantando sus miradas á la antigüedad clásica, aspiraba á hacer familiares entre los eruditos de Castilla lás decadas de Tito Livio hasta aquel tiempo descubiertas [2]: admirando por último los esfuerzos que desde el siglo

1 En la preciosa Biblioteca del Marqués de Santillana, que dimos á conocer en la edicion de sus *Obras* (págs. 191 y siguientes) y hoy existe unida á la del señor duque de Osuna, se guarda un códice fól. menor papel, escrito á una sola columna, con glosas marginales y la marca Plut. V, lit. N. núm. 29, cuyo título es el siguiente: *Libro de la Consolaçion de Boecio romano, et comiença una carta de Ruy Lopez Dávalos al que lo romançó*. No consta el nombre; pero considerando el lenguaje respetuoso que emplea el favorito de Enrique III, al decir: «Pensé con singular afec»tion rogar á vos que trabajasedes en traer á nuestra lengua vulgar la *Con»solaçion* del sancto doctor Severino, que por nombre propio es llamado »Boecio» etc.; y teniendo presente que á ninguno de sus coetáneos convenia tanto como al Canciller mayor de Castilla, cuya autoridad en aquella corte ya conocemos, hay razon para creer que es esta la traduccion de Ayala hasta ahora reputada como perdida. Conveniente parece observar que, es muy distinta de otra hecha anteriormente, de la cual decia el Condestable Lopez Dávalos: «Como quier que yo hé leydo este libro romanzado por el »famoso maestro Nicolás, non es de mí entendido ansy como quería: et creo »que sea este por falta de mi ingenio é aun pienso faserme algun estorbo »estar mezclado el testo con glosas, lo qual me trae una grant escuri»dat».—Sin duda hablaba de la version de *Fray Nicolás de Treveth*, de que hay un ejemplar en la Bibl. Escur., cód. h. ij, 16, el cual encierra hasta el fólio 74, en que principia el libro de Boecio, la *Vida de San Gerónimo*, sacada de la de Eusebio. La version, en que figura Ruy Lopez Dávalos, está hecha verso á verso, y no ha sido examinada hasta nuestros dias por ningun bibliógrafo.

2 De las *decadas* de Tito Livio hemos reconocido vários códices: cinco en la Biblioteca del Escorial y dos en la del señor duque de Osuna. Están unos y otros en fól. mayor, y encierran sólo la I.ª, II.ª y IV.ª *Decada*, repitiéndose, sobre todo en los MSS. de Osuna, algunos libros. Los códices del Escorial tienen la marca g-j.-1 y 2.-g-j.10, 11 y 12: los de Osuna Plut. II, lit. N, n.º 4 y 5.—Segun nos advierte Ayala, hizo esta version por mandato de Enrique III, nombrado ya su Canciller mayor [1398 á 1406]: «Me man»dastes (dice) que traslådasse un libro que es escripto por un Istoriador an»tigo et famoso, del qual face mencion San Hierónimo en el prólogo de la »Biblia, loando la su alta manera de fablar, el cual es llamado *Titus Li»vius*. Et plógovos que lo tornase en el linguage de Castiella; el qual estava »en latin por bocávulos ignotos et escuros».—Por manifestacion del mismo

anterior hacian los más claros varones de Italia por restablecer en la memoria de las gentes el recuerdo histórico del antiguo mundo, repetia la traduccion de la *Historia Troyana* de Güido de Colonna, y enriquecia la pátria literatura con el libro de la *Caida de Príncipes* de Juan de Boccacio [1].

Canciller, se sabe que tuvo presente para su trabajo la version que pocos años antes hizo á lengua francesa, por mandato del rey Juan el benedictino Pedro Bercheur ó Berchoire (Berchorius ó Berthorius). Los códices de Osuna fueron trasladados de otros más antiguos por disposicion del marqués de Santillana (V. sus *Obras*, pág. 620); los del Escorial fueron escritos por los pendolistas Benito de Salamanca y Pedro de Búrgos, en los años de 1453.—Parécenos bien advertir aquí que ha sido tambien atribuida á Ayala una traduccion de *Valerio Máximo*; pero sin dar razon alguna del códice que la debió contener, y que nosotros tampoco hemos hallado, por más grande que ha sido nuestra diligencia.

1 La *Caida de Príncipes* se dió á luz en Sevilla en 1495 por Menardo Ungut Aleman y Lançalao Polono, con este título: *Juan Bocacio. Caida de Príncipes, traducida de latin al castellano por don Pedro Lopez de Ayala y continuada por don Alfonso García* (Mendez, *Typographia esp.ª*, *pág.* 200). En efecto, el Canciller Ayala tradujo solamente los ocho primeros libros *De cassibus virorum et foeminarum illustrium* «fasta la meitad del capítulo que fabla del rey Artús de Ingalaterra, que es dicha Gran Bretaña é de Morderete, su fijo». «Dende en adelante (prosigue Juan Alfonso de Zamora, secretario de don Juan II) romanzó el dicho Dean [don Alfonso García de Santa María ó de Cartágena], él diciendo é yo escribiendo» (Prólogo á dicha edicion). Por manera que los dos últimos libros pertenecen á este famosísimo converso, de quien más largamente hablaremos en lugar oportuno. De la *Caida de Príncipes* hemos examinado varios MSS.: los principales son, el señalado en la Bibl. del Escorial e, iij. 7 y el más completo que perteneció á la librería de don Manuel Martinez Vascuñana, procedente de la casa de los Palomeques, y que posee, cuando esto escribimos, don Blas Hernandez, del comercio de libros de Toledo. Este precioso códice, puestas ya las rúbricas de los capítulos, empieza: «Muchas veces et por muy luengo tiempo fué mi estudio et mi trabajo por faser algunas obras et las escribir, por que fuesen á bien et á prouecho de la república» etc. Por el del Escorial consta que se «acabó de romanzar» el 30 de setiembre 1422. Le faltan algunos fólios al principio y al fin. Respecto de la *Crónica Troyana* debe recordarse nuestro cap. XIX de la II.ª Parte, T. IV, resultando de todo lo expuesto que no es esta una de las obras que por vez primera trajo Ayala al idioma de Castilla. No se olvide no obstante

Notable era bajo tan varios aspectos el anhelo con que acudia Lopez de Ayala á segundar el movimiento literario, iniciado ya en tiempos anteriores, llegando al punto de merecer el título de innovador, con relacion á los estudios históricos, y siendo digno de singular alabanza por la solicitud con que procuró poseer las más celebradas producciones de los ingenios que florecian en otros pueblos. Su reputacion estendida entre los renombrados varones de Italia hasta el punto de hacerle partícipe, á poco de darse á luz, de las obras más aplaudidas, hacíale acepto á los ojos del Pontífice romano, quien no esquiva el dirijirle amistosa y docta correspondencia [1]. Y sin embargo este magnate que así recibia la luz del progreso intelectual y que acaso más que ningun otro escritor de su tiempo se inclinaba á seguir las huellas de sus coetáneos, Petrarca y Boccacio, en la noble empresa del *Renacimiento*, negábase á formar coro con los admiradores del Dante, rechazando como cultivador de las musas castellanas, las pintorescas ficciones del arte alegórico, que cobraba en su tiempo extraordinaria preponderancia entre los vates españoles.

¿Cuál podia ser la causa de tan peregrina contradiccion entre el Pero Lopez de Ayala erudito é historiador, y el Pero Lopez de Ayala poeta?.. Fijando nuestras miradas en el carácter del gran Canciller de Castilla, tal como le retratan los escritores de su época, y reparando en que si bien era de «dulce condicion» y trato, pagábase de ser hombre «de grand consciencia» y temeroso de Dios, prefiriendo en sus estudios la filosofía moral y mostrando

que la *Crónica Troyana* fué de grande efecto en órden al desarrollo de las ideas caballerescas y no insignificante respecto de los estudios de la historia antigua. Nosotros no podemos decir con Ticknor que el Canciller perdió el tiempo empleado en tales trabajos.

1 Entre las preciosidades que enriquecen la Biblioteca Toletana, existe un volúmen con el titulo de *Petri Blesii Epistolae*, en el cual se leen varias cartas de Clemente VII á los Reyes de Castilla y entre ellas una dirigida á Pero Lopez de Ayala, altamente satisfactoria para este magnate, cuya ilustracion y talento reconoce y elogia el Pontífice. De esta epístola se hace mencion en un curioso MS., intitulado: *Memorial de los libros de Toledo*, obra del siglo XVI y conservado en la Biblioteca de Escorial, L. j. 13, fólio 113.

«grand discreçion en la práctica del mundo» [1], no podrá en modo alguno causarnos maravilla que hermanados en él carácter, piedad y ciencia, diese constantemente á sus ideas cierta gravedad y trascendencia, aspirando á fin útil é inmediato en todas sus aplicaciones. Brindábale grandemente á ello el estado universal de las costumbres y muy en especial el que presentaba Castilla, agitada por intestinos disturbios y contagiadas con todos los vicios las clases de aquella sociedad mal regida. La rectitud de sus intenciones y el deseo del bien comun, le movian á procurar la enmienda, señalando á sus compatriotas el camino de la virtud: poseia ya de antiguo la literatura castellana las formas didácticas que al mediar el siglo XIV habian llegado á su mayor desarrollo; ofreciale tambien la métrica española no despreciables ejemplos en los más autorizados poetas, entre quienes brillaba con igual propósito el renombrado Archipreste de Hita; y convencido sin duda de que para obrar el bien no habia menester renunciar á su propia nacionalidad poética, decidíase Pero Lopez de Ayala á favor de la tradiccion literaria de nuestro primitivo parnaso, buscando tal vez en lo respetable de las formas nueva autoridad á sus versos, que aparecian por tanto contrapuestos á los escritos á la sazon por todos los trovadores castellanos.

Por tal senda llegaba pues el Canciller mayor á formular la doble protesta moral y literaria que encierra el *Rimado del Palacio*, poema de muchos citado, de muy pocos leido y de ninguno examinado bajo las relaciones críticas y filosóficas en que hoy lo consideramos [2]. Alfonso X, Sancho IV, el esclarecido Cardenal

1 Fernan Perez de Guzman *Generaciones et Semblanzas* cap. VII.

2 Los traductores de Bouterweck publicaron desde la pág. 138 del único volúmen que dieron á luz numerosos extractos del *Rimado del Palacio;* pero sin exponer juicio alguno sobre el mismo. Don Nicolás Antonio, Velazquez, Sarmiento, Sanchez, Quintana, Gil y Zárate, Lafuente, Sismondi, Viardot, Puibusque, Ticknor, Clarús, Lemcke y otros muchos escritores nacionales y extrangeros, manifestando unos no haber conocido el libro del Canciller y formando otros más ó menos aceptables juicios, tampoco han llegado á fijar la que en nuestro concepto debe considerarse como verdadera representacion de Lopez de Ayala en el parnaso castellano. En esta difí-

Barroso, tio, cual sabemos, del mismo Ayala, el príncipe don Juan Manuel, Juan Ruiz y tantos otros cultivadores del arte didáctico-simbólico, como dejamos ya estudiados, le ministraban abundante y luminosa doctrina: Gonzalo de Berceo y cuantos poetas le imitaron, al consagrar la *quaderna via* á los cantos de la musa heróico-erudita, le mostraban en sus producciones una forma artística grave, severa, cual convenia á lo trascendental y sóbrio del intento á que aspiraba; y con tal devocion y respeto siguió las huellas de unos y otros, empeñado en dar cima al pensamiento social y político, generador del ***Rimado del Palacio***, que no sólo merece ser inscrito por tal concepto entre los sucesores del Rey Sábio, sino que debe tambien ser reputado como el último discípulo de la escuela poética, que hacen famosa los libros de ***Apolonio***, ***Alexandre*** y ***Fernan Gonzalez***, y cuyo decadente imperio habia procurado sostener en la primera mitad del siglo el ya recordado Archipreste de Hita. Al comenzar Pero Lopez su poema, confesaba y aun hacía alarde de esta filiacion, diciendo:

1 En el nombre de Dios | que es uno Trinidat,
Padre, fijo et espíritu | sancto en simple unidat,
Eguales en la gloria | eternal maiestat,
Et los tres ayuntados | en la divinidat, etc. 1.

Personificadas en el Gran Canciller la protesta de la moral y la protesta del arte, cumplíale desarrollar la idea que le inspira el ***Rimado del Palacio***, bajo muy diversos sentidos. No era sólo el cáncer de la política la plaga que infestaba el cuerpo del Es-

cil tarea entramos con la desconfianza de lograr cumplido acierto: mas con la evidencia de que el *Rimado del Palacio*, digno de maduro estudio bajo diversas fases, no ha sido aun debidamente quilatado.

1 Esta y las once estrofas siguientes faltan en el códice de la Biblioteca del Escorial que describiremos adelante. La tomamos de la copia que mandó hacer en el pasado siglo la Real Academia Española del códice que poseia el conde de Campo Alange, cuyo exámen debimos á la bondad del llorado académico, nuestro difunto amigo, don José de la Revilla. Véanse respecto de las invocaciones los cap. V, VI, VII y XVI de la II.ª Parte.

tado: olvidados á un tiempo sus deberes por los que debian dirijir las conciencias y los que gobernaban los pueblos, cualquiera que fuese su gerarquía; pervertidas todas las nociones de la justicia y de la virtud, así entre las clases elevadas como entre las humildes, forzoso era á Pero Lopez de Ayala asestar igualmente sus tiros contra todos los vicios, sin que pudieran embotar sus aceros ni la magestad, ni el poder, ni las riquezas, bajo cuyo manto se cobijaban. Contraida esta obligacion, que hacian más sagrada la reconocida dignidad del poeta y su alta posicion en la corte, armábase de tan extraordinaria energía que, haciendo palidecer las sentidas quejas de Rabí don Sem Tob y oscureciendo los picantes cuadros de la *Danza de la Muerte*, tendríamos hoy por inverosímiles muchos de los trazados por su indignada musa, á no servirnos de fiadores la misma verdad de la historia y la creciente reputacion que logra, publicado ya su poema, el Gran Canciller de Castilla. Pero no carecian todos estos cuadros de preparacion conveniente: concebida ya la idea y medido el alcance de aquel azote que iba á herir tal vez con excesiva crudeza á grandes y pequeños, ofrecíase Pero Lopez como primera víctima expiatoria en áras de la moral, confesándose el más indigno de los pecadores y cargando sobre sí cuantas culpas tenian orígen en el olvido y menosprecio de la doctrina cristiana.

Creyendo en agüeros, sueños, estornudos y predicciones astrológicas; jurando maliciosamente *por muy vanas cosas* y quebrantando los votos hechos en sus grandes cuitas; empleando en fiestas y cacerías, con fatiga de sus *omes et sus bestias*, y poniendo su corazon en burlas y mentiras, los dias consagrados al culto religioso; causando frecuentes enojos á sus padres, ya desobedeciendo sus mandatos, ya teniéndoles *pequeña reverencia;* matando, infamando y abandonando al hambriento que le demandaba pan; atestiguando en falso contra vivos y muertos; codiciando los bienes y la muger agena; ostentando soberbia de rey, con despojo y vejacion de sus vasallos; entristeciéndose del bien del prójimo y gozándose en su mal; dejándose llevar á menudo de la ira, y ofendiendo á Dios con más frecuencia, mientras más desdeñaba toda obra de misericordia y pensaba sólo en el torpe halago de los sentidos..., por

todas estas vias y bajo todos estos conceptos se declaraba Pero Lopez de Ayala merecedor de la perdicion eterna, inaugurando con tan solemne confesion su *Rimado del Palacio* [1].

A merced de tal salvo conducto, cuya legitimidad no ponian en duda sus coetáneos y cuya eficacia comprendemos con facilidad, al considerar el ascendiente que tenia en aquella sociedad el elemento religioso, entraba el Gran Canciller en el laberinto de los vicios y profundas dolencias que la traian aquejada. La primer desdicha de la edad en que vive, el primer escándalo que la desmoraliza, existe en la misma cabeza del cristianismo, propagándose á todos los extremos del cuerpo social con mortal estrago; por que

> 191.' Si la cabeça duele, todo el cuerpo es doliente.

Trocada la pobreza del pescador en fastuosa opulencia, olvi-

1 La confesion pública con que Ayala inaugura el *Rimado*, se contiene desde la estrofa VII.ª á la CXC.ª, lo que persuade de la importancia que daba á sus propias culpas quien iba á mostrarse severo reprensor de las agenas. El análisis en que entramos, probará que no le faltó valor para tal empresa. El docto don Fernando José Wolf sospechó encontrar cierta semejanza entre el comienzo de esta confesion y la cantiga que Böhl de Faber publicó en su *Floresta* con el núm. 5 del t. I. Clarús se inclina á creer que pertenece á las poesías que hizo Ayala, despues de terminado el verdadero poema (tomo I, pág. 443): y no sin razon, pues que no sólo declara el poeta que al escribir dicha cantiga estaba preso, lo cual equivale á decir que la hizo dada la batalla de Aljubarrota, segun adelante comprobaremos, sino que las puso despues del cantar que empieza (cap. 754):

> Tristura et cuidado
> Son conmigo toda via etc.

comenzando con estos versos que no copió Faber (cap. 762):

> Señor, tú no me olvides; que yago muy penado
> En fierros et cadenas et en cárçel ençerrado.

La repugnancia que muestra Clarús á adoptar la conjetura de Wolf, fundada en la diferente ordenacion de metros y rimas (pues que Ayala abandona en dicha cantiga la *quaderna via*), queda plenamente justificada.

dada la santidad y mansedumbre de los antiguos tiempos, era la silla del Vicario de Dios asaltada por la procacidad ó la osadía, afligiendo por tanto á la Iglesia católica miserable cisma. A tal espectáculo exclama el poeta:

197 En el tiempo muy sancto | non podia auer
Uno que este estado | se treuiesse tener:
Agora ¡mal pecado!... | yal' podredes ver,
Do se dan á puñadas | quién podrá Papa ser.

Con vigorosos rasgos pinta las malas artes empleadas, para dolor del cristianismo, en las elecciones de los Sumos Pontífices; y al describir los bandos y parcialidades que á consecuencia de las mismas agitaban á la sazon el Occidente, prorumpia de este modo:

204 Los príncipes que devieran | tal caso adobar,
Con sus buenas maneras | que pudieran tractar,
Tomaron luego bandos | et fuéronse armar,
Unos llaman *¡Sansueña!* | et otros *¡Trasfalgar!...*

El orgullo de los vanos *sabidores* y la codiciosa soberbia de los que se tenian por más poderosos, habian reducido la Iglesia al punto de *faser sudores de sangre,* siendo escarnio y befa de moros y judios. Ayala fia y espera únicamente en

212 El que dixo á Sanct Pedro:—Tú fé non fallesçerá;

pero deseoso de la paz, si bien confesándose *ome simple et non letrado*, propone para la resolucion canónica del cisma la celebracion de un Concilio. Recogiéndose despues á contemplar el estado del clero español, crece su indignacion á tal punto que, sólo recordando la pintura que nos habia hecho ya del mismo fray Jacobo de Benavente [1], nos es posible comprenderla. Este pasage es altamente digno de ser conocido en la historia de

1 Véase el cap. XIX de la II.ª Parte.

las letras españolas: el Gran Canciller decia, hablando de los Obispos:

216 Mas los nuestros perlados | que nos tienen en cura,
Assaz han á faser | por nuestra desventura:
Cohechar los sus súbditos | sin ninguna mesura,
Et olvidar consciençia | et la sancta escriptura.

217 Los unos son muy flacos | en lo que han de regir,
Los otros regurosos | muy fuertes de sofrir;
Non toman tempramiento | cómmo deuen veuir;
Aman al cuerpo mucho; | nunca cuydan morir.

218 Desque la dignidat, | una vez han cobrado,
De ordenar la Eglesia | toman poco coibdado;
En cómmo serán ricos | más cuydan ¡mal pecado!
Non curan de cómo esto | les será demandado.

Fijando luego sus miradas en el bajo clero, proseguia:

Cuál los ministros tienen | el que por nos murió,
Vergüenza es de decirlo | quien esta cosa uió.

220 Unos prestes lo tractan | que verlo es pavor,
Et tómanlo en las manos | sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados | et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche | consigo otra dolor.

. . . .

222 Quando ván á ordenarse | tanta llevan de plata,
Luego pasan la esámen | syn ninguna barata;
Ca nunca el obispo | por tales cosas cata:
Luego les dán las letras | con su sello et su data.

223 Non saben las palabras | de la consagraçion,
Nin curan de saber | nin lo han á coraçon;
Si puede auer tres perros, | un galgo et un furon
Clérigo del aldea | tiene que es infançon.

226 Si estos son ministros, | sónlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras | tú facer les verás:
Gran cabaña de fijos | siempre les fallarás
Derredor de su fuego: que nunca ý cabrás.

224 Luego los feligreses | la catan casamiento
De alguna su vecina, | ¡mal pecado! non miento;
Et nunca por tal fecho | resçiben escarmiento,
Ca el señor obispo | ferido es de atal viento.

225 Palabras del bautismo | et quales deuen ser
Uno entre çiento dellos | non las quiere saber.

. . . .

227 En toda el aldea | non ha tan apostada
Como la su mançeba | et tan bien afeytada:
Quando él canta misa | ella dá el oblada,
Et anda ¡mal pecado! | tal órden bellacada.

. . . .

229 Perlados sus eglesias | deuian gobernar;
Por cobdicia del mundo, | allí quieren morar,
Et ayudan reuoluer | el regno á más andar,
Como reuuelven tordos | el pobre palomar [1].

El cuadro es en verdad terrible, excediendo en la fuerza del colorido las picantes pinturas del Archipreste de Hita. ¿Se aventuraria el Canciller Mayor de Castilla, cuando lo trazaba, á pasar plaza de mentiroso?...—Con la misma energía y entereza, con el mismo anhelo del bien que le llevaba á condenar en tal manera la relajacion lastimosa del clero, volvíase despues contra los poderes de la tierra, para condenar en reyes, príncipes y magnates la arbitrariedad y la tiranía. Eran los reyes de la naturaleza de los demás hombres, y sólo podia distinguirlos de ellos el noble ejercicio de la justicia:

235. Este nombre de rey | de bien regir desciende:
Quien há buena ventura | bien assy lo entiende;
El que bien á su pueblo | gobierna et defiende
Este es rey verdadero; | tírese el otro dende.

1 Parte de estas estrofas fueron dadas á luz por nuestro docto amigo el duque de Rivas en las notas al Canto X.º de su aplaudido poema el *Moro Expósito:* tambien en el cap. V, del Ensayo II de nuestros *Estudios sobre los judíos de España* pusimos algunas de ellas.

236 De un padre et de una madre | todos descendemos;
Una naturaleça | ellos et nos avemos;
De bevir et morir | por una ley tenemos,
Salvo que obediençia | de les tener deuemos.

En tal forma entra el Canciller á considerar el «gobernamiento de la república», tropezando desde luego en los privados del rey, bajo cuya mano estaban al par la salud de los huérfanos y viudas, la riqueza de los pueblos, vejados cada dia con nuevos pechos, y las rentas de la corona mermadas por su codicia ó distraidas á torpes usos. Nadie con más conocimiento de causa podia denunciar las arbitrariedades de los favoritos, ni sus intrigas y cohechos, causándonos placer y sorpresa al propio tiempo la fidelidad, con que revela la intervencion otorgada por los gobernantes á los cobradores judíos

244 . . . . que están aparejados
Para beber la sangre de los pueblos cuytados.

Concertados con aquellos arrendadores de las rentas públicas, polilla verdadera del Estado, y atentos sólo á sus ilegítimos medros, procuran persuadir al rey de que es interés suyo el adjudicárselas:

249 Diçen luego al rrey:—Por çiertó uos tenedes
Judios seruidores | et merçet les fasedes,
Et uos puyan las rentas | por çima las paredes:
Otorgárgelas, Señor; | ca buen recabdo abredes.

250 Señor (dicen judios) | serviçio uos faremos;
Tres cuentos más que antaño | por ellas uos daremos;
Et buenos fiadores | llanos uos prometemos,
Con estas condiciones, | que escriptas uos traemos.

251 Aquellas condiciones | Dios sabe cuáles son...
Para el pueblo mesquino | negras, como carbon.
—Señor (dicen privados) | faredes grand raçon
De les dar estas rentas | et ençima galardon.

252 Diçe luego el rrey: | «A mi plaze de grado
De les fazer mercet: | que mucho han puyado
Ogaño las mis rentas». | Et non cata el cuytado
Que toda esta sangre | sale de su costado!... [1]

Esta lastimosa pintura del cáos, en que yacía la administracion de las rentas del Estado, tiene complemento en las violencias cometidas en su exaccion, doradas con el servicio del rey, á quien venden al par que lisonjean sus privados, oscureciendo á sus ojos toda verdad y haciéndole aparecer como enemigo de toda justicia. La travesura y venalidad de los validos, que atienden sólo al engrandecimiento suyo y de sus familias en muy contados días, mueven el ánimo del Gran Canciller á compararlos con los mercaderes; linage de gente que olvidada de Dios y de su alma, y teniendo por oficio la mentira, el engaño y el logro, vive avezada al perjurio, *fecha cofradía con todos los diablos*. Al trazar este cuadro, salpicado de vigorosas pinceladas y de gran precio bajo la relacion interesante de las costumbres, por encerrar notables documentos para la historia indumentaria de Castilla [2], crece la indignacion de Pero Lopez hasta rayar

1 Los eruditos Asso y Manuel dieron á luz este interesante episodio en el *Discurso sobre los judíos*, puesto al final de su edicion del *Ordenamiento de Alcalá*, págs. 148 y 149. Tambien lo reprodujimos nosotros en el cap. III del Ensayo I de *los Estudios sobre los judíos*, bien que copiándolo del códice Escurialense.

2 Y aun la historia de las relaciones comerciales que á la sazon tenia la Península con los más renombrados mercados de Europa halla en este episodio curiosos comprobantes. Las escarlatas de Brujas (Bruselas), las sedas y paños de Roan, los brocados de Malinas y otras ricas telas que buscaba la opulencia de nuestros mayores en paises extraños, eran objeto de la excesiva codicia de los mercaderes, cuya rapacidad enciende la indignacion de Ayala. El docto investigador que se consagre á trazar la historia de nuestro comercio en la edad media, le agradecerá sin duda que dejára consignados estos hechos, así como el crítico y el filósofo pueden tomarlos por base para conocer el espíritu de aquellos dias.

en el epigrama. Para acabar el retrato repugnante, pero verídico, de los mercaderes, decia:

310 Fasen escuras las tiendas | et poca lumbre les dan;
Por *Bruxas* muestran *Ypré* | et por *Mellina Roan*,
Los paños violetas | bermejos paresçerán;
Al contar de los dineros, | las finiestras abrirán.

Trás las falacias de los mercaderes, repara el poeta en los letrados que *tienen con el dinero sus más finos amores*, trazando con extremada fidelidad y frescura el cuadro de los enredos y ficciones, de que se valen para empeñar en desastrosos pleitos á los simples é incáutos; artes que, sea dicho de paso, no han caido todavía en olvido. El Canciller supone uno de esos pleiteantes tímidos, pero apegados á lo que entienden que es su derecho, el cual se presenta á un bachiller en decretos para pedirle consejo: en veinte capítulos de las Clementinas y Decretales se halla contradicha la pretension y sólo uno la favorece; pero el bachiller, que, segun su medida, es uno de los más doctos del reino y que ha consumido la herencia de sus padres en libros, le asegura que obtendrá el fruto de sus deseos, pidiéndole desde luego veinte doblas para rescatar un libro que tiene «*en la villa empeñado*,» porque sin él es imposible dar paso en la demanda. Á punto de abandonarla está el pleiteante, al escuchar la del bachiller: mas tocándole este en la honra, le fuerza á entrar en contienda, alargándose el pleito en tal manera que agotado el caudal y vendidos los paños y muebles para acudir á las costas, llega al más alto punto su desesperacion, al verse aniquilado y vencido. Impertérrito el bachiller, le persuade no obstante que apele ante el rey de la injusta sentencia; y pidiéndole mula, capa y mil reales para el viage, se dirige á la córte, dejando al miserable cliente hundido en la miseria. Tal era el ejemplo ofrecido á la continua por los que tenian obligacion de procurar la justicia: los que debian administrarla, olvidados de que

312 . . . . es virtud | atan noble et loada
Que castiga los malos | et ha la tierra poblada;

y desconociendo que

247 Por el rey matar omes | non le llaman justiçiero,
Cá seria nombre falso, | cá impío es carniçero;
Cá la muy noble justiçia | nombre tiene verdadero:
El sol es de medio dia; | de la mañana luçero;

no solamente se manchaban con el pecado de la crueldad, rasgo en que sin duda alude el Canciller á la época del rey don Pedro, sino que caian en el crímen de la venalidad que llegaba á envilecerlos. Las siguientes estrofas revelan con triste verdad el estado en que se hallaba la justicia:

350 Si touiere el malfechor | alguna cosa que dar,
Luego fallo veinte leyes, | con que le puedo ayudar,
Et digo luego:—Amigos, | aquí mucho es de cuydar
Si deue morir este ome | ó si deue escapar.

351 Si vá dando ó prometiendo | algo al adelantado,
Alongarse há su pleito | fasta que sea espiado;
Et despues en una noche | porque non fué bien guardado,
Fuyóse de la cadena; | nunca rastro le han fallado.

352 Si el cuytado es muy pobre | et non tiene algun cabdal,
Non le valdrán las Partidas | nin ninguna decretal;
¡Crucifige! ¡Crucifige!.. | todos disen por el tal;
Cá es ladron manifiesto | et meresçe mucho mal.

Al compás de la justicia y de la administracion de las rentas del Estado anda la administracion y la justicia de los municipios; alcaldes, regidores, escribanos, cuantos intervienen en la cosa pública, cuantos logran alguna representacion judicial, curan sólo de enriquecer en un dia, sin que los arredre la infamia de sus nombres ni el legítimo temor del castigo. El hombre honrado, sencillo siempre y fácil de engañar, cae á menudo en las redes que le tiende el malvado; idea que hace más sensible el Canciller por medio de este breve apólogo:

381 Un ome vá por camino, | solo et sin compañía;
Llégasele un ladron, | diciendo:—Señor, quería
Ser ỳ vuestro compañero | et muy bien vos serviria;
Dise el simple:—A mi plase; | nunca ví tan buen dia.

382 El tiempo fué ya pasado | et muy bien lo aseguró;
El otro dél se fía; | nunca del resçeló:
Con mula et con los paños, | desque dormido lo vió,
El ladron se vá camino; | el cuytado allí fincó.

De estas escenas, en que se retratan las vejaciones, á que viven sujetos los moradores de villas y de aldeas, pasa el poeta á considerar *los fechos del palacio*, de que toma título el poema. La descripcion de estos *fechos* es en suma interesante y dramática. Ayala finge que un antiguo servidor del rey, criado en su córte, se ha visto forzado á salir de ella por algun tiempo para cuidar de su casa: á su vuelta halla caido el bando á que pertenecia y mudados los porteros, que le niegan la entrada en palacio, siéndole en extremo difícil ver y hablar al rey, lo cual lograba antes con frecuencia. Apelando al cohecho, y no sin propia humillacion, alcanza la entrada apetecida, á punto que saliendo el rey de su consejo, se acerca á él con ánimo de presentársele; mas desconociéndole ya el monarca, le vuelve las espaldas, pidiendo á sus reposteros la cena. El antiguo palaciego hace un esfuerzo, se llega al rey, como *quien vá á morir*, y manifestándole que es su vasallo, que viniendo aparejado á la guerra, habia ya tres meses que no recibia sueldo alguno y que tenia perdidas sus bestias y empeñadas sus armas, obtiene sólo por respuesta que le remita uno de los privados á los contadores que *avian carga de librar tales fechos*. Mientras los porteros acuden á él para solicitar la paga convenida, vacila el burlado palaciego respecto del partido que debe tomar; y aconsejado por los mismos porteros, cae al cabo en la cuenta de que únicamente podrá salvar aquella quiebra con el cebo del oro. Al propósito se hace pedisecuo de uno de los privados, y lograda oportuna ocasion, le comunica sus cuitas, rogándole que cobrados sus *averes*, le deje *por cortesía* lo que fuere servido. Título de pariente le dá en público desde aquel instante el privado, y puesto de acuerdo con los contadores, no menos venales que él, enviale á los mismos, no sin recabar antes para sí la mula del mísero pretendiente. Los contadores tienen en Valladolid los libros de caja, por lo cual no pueden luego despacharle; pero esta nueva dificultad es vencida

con poner en sus manos el cobro de aquel servicio, y el estafado acreedor es remitido á un Juan Nuñez, tesorero en Extremadura, quien le recibe con verdadera burla, manifestándole que léjos de tener dinero de los contadores, le adeudan estos crecidas cantidades. Desesperado, al verse juguete de los oficiales reales, pide testimonio por ante escribano de la negativa del tesorero; y ya se disponia á partir de nuevo para la corte, cuando se le aparece un judío en su posada, proponiéndole la venta de sus créditos, único medio posible de recoger alguna parte de los ya mermados haberes.

No otras son las vicisitudes de los que toman vida de palaciegos, alcanzando al mismo rey, si no la instabilidad que persigue á los privados, al menos una opresion muy superior á la pompa y grandeza que les rodea. Al fijar en él sus miradas, exclama el Canciller:

476 Los reyes et los príncipes, | magüer sean señores,
Assaz passan en el mundo | de cuytas et dolores:
Sufren de cada dia | de todos sus seruidores
Que los ponen en enojo | fasta que vienen sudores.

477 En una ora del dia | nunca le dan vagar
Porque cada uno tiene | los sus fechos de librar;
El uno lo ha dexado; | el otro lo vá tomar,
Como si algun maleficio | ouiesse de confesar.

478 Non ha rincon en palacio | do non sea apretado,
Magüer Señor le dicen | assaz anda aquexado:
Tales cosas le piden | que conviene forzado
Que les diga mentiras, | que nunca ovo asmado.

479 Con él son á comer | todos en derredor;
Paresçe que allí tienen | preso un malfechor;
Por tal cabo allí llega | que non puede peor
El que trae la vianda | dentro en el tajador.

Ostigado en tal manera, celado por físicos y capellanes, no pudiendo llevar á la boca un solo bocado, sin que sea *contado de trescientos omes*, llégale antes de terminar la comida, un men-

sagero con la nueva del levantamiento de una ciudad; y miéntras se dispone á pasar á su cámara para arbitrar el remedio, asáltale su tesorero, diciéndole que está de todo punto exhausto el erario; preséntansele sus caballeros, pidiéndole las soldadas de la gente de guerra, con la amenaza de que se irán *á buscar de comer*, sin saber *dónde;* y llega por último un concejo, impetrando á gritos la proteccion soberana contra los que roban sus ganados y sus panes, subiendo la ferocidad hasta el punto de intimidarlos con devorar sus hijos y quemar sus moradas. El poeta dice en tal situacion:

490 Anda el rey en esto | en derredor callado.
Paresçe ques un toro | que anda agarrochado!...
Amigos (dis á todos), | yo lo veré de grado.—
¡Dios sabe cómmo el tiene | su corazon folgado!...

Para acudir al remedio de estos y otros males no menos apremiantes, convoca el rey las Córtes del reino, con el triste presentimiento para los pueblos de que pasados tres meses, caerán en desuso las leyes que en ellas se promulguen, y de que

504 Dende adelante robe | quien más pudier á osadas.

Aun no ha despedido á los prelados, caballeros y procuradores, cuando recibe otro mensagero, el cual le hace saber que *un rey su vecino*, se prepara á entrar en sus Estados en son de guerra. Grande es la alegría de los caballeros que ven lograda en ella la esperanza de su propio engrandecimiento: el rey quiere sin embargo consultar su Consejo; pero con tan mala estrella como desacuerdo en los pareceres. Por voto de los letrados debe apurarse, antes de tomar las armas, la cuestion de derecho; para los prelados sería mengua que cayese baldon alguno sobre el reino y, *cueste lo que costare*, se ofrecen á ayudar al rey en la guerra, aunque vendan los *sombreros traidos de Aviñon;* los caballeros responden de su fidelidad con la de sus propios linages; los hombres de *las villas* claman por la paz y piden al príncipe que medite más detenidamente asunto de tal importancia.

512 El rey es muy mançebo | et la guerra querría
Cobdicia probar armas | et uer caballería:
De sueldo no se acuerda, | nin qué le costaría ;
Quien le aconseja guerra | mejor le paresçia.

La voz de guerra sale pues del Consejo, y mientras de uno á otro confin del reino sólo se oye el ruido de armas y caballos, mientras fatigan los astilleros y atarazanas los constructores de barcos y galeras, y se aprestan los ingenieros de Búrgos y los pedreros á trazar máquinas y á forjar municiones, crece entre el pueblo otro más hondo clamor con los nuevos pechos, derramas y alcabalas que los hunden en la miseria, al paso que les arrancan tal vez para siempre sus propios hijos. Próspero ó adverso el fin de la guerra, tal es para la nacion su triste resultado, levantándose en su vista el Gran Canciller á considerar los bienes que trae consigo la conservacion de la paz, porque

527 Esta fase venir | el pobre á grand altesa:
La pas fase ueuir | al rico en su riquesa;
Esta castiga al malo, | sin ninguna peresa;
Esta faze al bueno | durar su fortalesa.

528 Los reys que pas amaren, | su regno poblarán,
Los moradores dél | asi enriquesçerán:
A los sus enemigos | con pas espantarán;
Thesoros bien ganados | con esta allegarán.

A largas consideraciones sobre los demás bienes que traen consigo la paz y la justicia en el «gobernamiento de la república», se entrega despues el Canciller, no olvidando la integridad de los jueces y la verdadera grandeza y magestad de los reyes, cuyo poder se conoce en nueve cosas [1], ni menos el saludable

1 Esta pintura empieza en la estrofa 603 del siguiente modo:

Nueve cosas yo fallo | con las que tu uerás
El grant poder del rey | que tu conosçerás:
Las tres dende muy lueñes | tierras entenderás;
Las seis son en el regno | que las aquí sabrás.

concierto y mútuo respeto de las potestades civil y eclesiástica. Al llegar á este punto, parece terminar el poema. Revelándonos no obstante la triste situacion en que se halla, al componer esta parte de su obra, proseguia Ayala:

705 Quando esto escribía, | estaba muy aquexado
De muchas graues penas | et de mucho cuydado;
Con muy grandes gemidos | á Dios era tornado,
Rogándol' que quisiesse | acorrer al cuytado.

Pero Lopez de Ayala yacia en efecto en una prision oscura, cargado de hierros y sin esperanza de lograr la ansiada libertad: vencido del dolor, creíase olvidado de los suyos en tierra extraña, elevando á Dios ardientes plegarias para que le sacase de aquella tribulacion, y poniendo por medianera á la Vírgen María, cuya piedad y misericordia invoca una y otra vez en bellos y sentidos cantares. ¡Qué prision era esta, en que padecia tan dura soledad el alcalde mayor de Toledo?... Ateniéndose al epígrafe de uno de los códices del *Rimado*, se ha dado por cierto que prisionero de los ingleses en Nájera, compuso estos pasages y aun todo el libro bajo el dominio del Príncipe Negro [1]; mas sabiendo que

Las tres primeras consisten en la magnificencia de las embajadas, en la pulcritud y elegancia de las cartas mensageras, y en la excelencia y buena fábrica de la moneda. Las restantes estriban en que tenga bien muradas y defendidas sus ciudades, en que sean sus palacios y alcázares muy nobles y *fermosos;* en que sus oficiales sean honrados, jueces, merinos y adelantados íntegros y justicieros; en que labre ricas capillas, dotándolas de ornamentos y buenos capellanes; en que asistan á su Consejo ancianos, caballeros, prelados, hombres buenos, doctores y letrados de probada honradez, y finalmente, en que su casa, mesa y cámara ostenten verdadera magnificencia, viéndose al par sus puertas libres de gente baldía. Algó de esto halló el Canciller en los libros indo-orientales, traidos á lengua vulgar desde la época del Rey Sábio y puestos sucesivamente en contribucion por el rey don Sancho, Maestre Pedro y don Juan Manuel, conforme han visto ya los lectores.

1 El códice que poseyó la casa de Campo Alange, de que se sacó la copia de la Academia, tenia en efecto el siguiente título: «*Este libro fiso el honrado caballero Pero Lopez de Ayala, estando preso en Inglaterra, e llámase el libro de Palacio.*» Segun observó Sanchez, que logró haberle

sólo estuvo en su poder breves meses, y reparando en que aun no rescatado de la prision, en que escribe los versos trascritos, alude á la muerte de su padre, acaecida en 1385, no queda ya duda alguna de que esta parte del *Rimado* fué escrita en el castillo de Oviedes, en donde le encerraron los portugueses trás la batalla de Aljubarrota [1]. Ayala, poseido de profunda amargu-

á las manos, era un volúmen en 4.°, escrito en papel, ya entrado el siglo XV; pero como este erudito pareció sospechar, no pudo ser puesto dicho epígrafe por el autor, sin que olvidase su propia historia. Careciendo de la primera foja el MS. del Escorial, que es asimismo un tomo en cuarto mayor, escrito en papel durante la primera mitad del expresado siglo, y que tiene la marca h. i. 19-, no es posible determinar hasta qué punto llegó la libertad del pendolista que trasladó el de Campo Alange, al poner dicho título. Pero que Ayala no estuvo preso en Inglaterra el tiempo que se supone lo dejamos ya probado con testimonios irrecusables, siendo muy verosímil que en los pocos meses de su primera cautividad no pasase de Bayona, á donde llevó el Príncipe Negro sus prisioneros, y donde logró Beltran Duguesclin la libertad, conforme despues veremos. Debe tenerse en cuenta que en dicha edad pertenecia á la corona de Inglaterra la ciudad expresada, por lo cual pudo emplearse dicho nombre en sentido figurado.

39 Respecto del tiempo y la forma en que compuso Lopez de Ayala su *Rimado*, manifestamos hace años cierta opinion, que en virtud de nuevos estudios admite algunas modificaciones. Indicábamos, en efecto, al dar á conocer en el *Semanario Pintoresco español* (1847, pág. 411 y sigs.) algunos códices del Escorial, que dicho poema habia sido escrito en gran parte durante la prision de Ayala y que restituido este á España, se ocupó en ordenar y compaginar las diferentes composiciones, de que ya constaba. «Al verificarlo (añadíamos) procuró sin duda enlazarlas entre sí, y para »conseguirlo hubo de añadir algunas estrofas intermedias, intercalando y »citando algunos hechos históricos, sin notar que de esta manera alteraba »la exactitud de sus relaciones y daba motivo á dudar de la certeza de sus »palabras». Examinada con mayor detenimiento la cuestion y con presencia de todos los datos que nos ministra el *Rimado* y los muy copiosos que hemos reunido para la vida del Canciller, tenemos por cierto: 1.°—Que la primera parte de la expresada obra, aquella que en realidad constituye el verdadero poema, abrazando desde la confesion de Ayala hasta determinar el extrecho consorcio que debe existir entre la potestad civil y la religiosa, para bien del Estado, estaba escrita antes de 1385, y acaso antes de 1383: 2.° Que todo lo relativo á la prision (estr. 704 á 784 exclusive) fué compuesto en el castillo de Oviedes, durante los quince meses que Ayala vivió allí entre cadenas: 3.° Que lo restante del *Rimado*, en que dá ya cuenta de haber

ra, pero alentado siempre de piadosísima esperanza, rompe en aquella soledad el hilo de las meditaciones morales y políticas que

recobrado su libertad, segun en el texto advertiremos, fué debido á los últimos años de su vida y añadido al poema sucesivamente.—Fundamos el primer aserto en dos importantes observaciones, á saber: 1.ª En que no se hace mencion de la cautividad una vez sola en las 704 estrofas que completan el pensamiento fundamental, desenvuelto en el *Rimado*: 2.ª En que la única fecha que en toda la referida parte se cita, es la de 1380, manifestando claramente el Canciller que no se habia dictado la ley que en las Córtes de Segovia (1383) sustituyó á la *Era del César* el *Nasçimiento de Cristo*, «lo cual *fué muy bien fecho et plogo á todos dello*», (CRONICA DE DON JUAN I, cap. VI del año V), cuando al hablar de las nueve cosas en que se conoce al rey decía:

608. La segunda si veen | su carta mensajera
En nota bien fermosa, | palabra verdadera,
En buena forma escripta | et con fermosa cera,
Cerrada, bien sellada, | con dia mes et ERA.

Apoyamos la segunda deduccion, en que dada la batalla de Aljubarrota en 14 de agosto de 1385, permaneció en la cárcel de Oviedes Pero Lopez de Ayala hasta noviembre del siguiente año; y muerto su padre á fines del anterior [15 de octubre] ya entrado en los 80, aludia á su fallecimiento, al dirigirse á las monjas de Quijana, para que interpusiesen sus oraciones, á fin de lograr su libertad, del siguiente modo:

757 Señoras, vos las dueñas | que por mi ŷ tenedes
Oraçion á la Vírgen, | por mi la saludedes
Que me libre et me tire | de entre estas paredes,
Do viuo muy quexado, | segunt que uos sabedes.
758 Dios por la su graçia | me quiera otorgar
Que pueda con serviçio | siempre galardonar
A vos et al monesterio | et muchas graçias dar;
Lo que mi Padre fiso | muy mas acrecentar.

Ayala cumplió esta promesa en 1396, conforme prueba la nota de la página 108 del presente capítulo, no habiendo duda en que estas estrofas y todas las que se refieren despues á la prision se escribieron en 1386.—Respecto del último punto, son prueba eficacísima las estrofas 784 y 785 que ponemos á continuacion en el texto y de no menor bulto la declaracion que hace el mismo Ayala, al escribir en la copla 811:

Oy son veynte et cinco años conplidos
Que por mal pecado començó la çisma;

le habia inspirado el mundo, y procura mitigar sus dolores, acudiendo al sentimiento religioso como única fuente de consuelo. Al levantar á Dios sus fervorosas súplicas, al solicitar la mediacion de la Vírgen, no es ya el Gran Canciller el poeta didáctico, que condenando la corrupcion de las costumbres, llega á esgrimir el azote de la sátira: su voz toma el acento apasionado de la poesía lirica, como que sólo atiende á revelar el sentimiento interior que le anima; sus versos pierden la monótona austeridad de la *quaderna via*, y obedeciendo sus rimas el movimiento apasionado de los metros menores ó de arte real, crúzanse en agradable consorcio, recordando ya las cantigas del Rey Sábio, ya las del Archipreste de Hita. Acaso, más tierno, aunque no menos afligido que Juan Ruiz cuando las escribe [1], acierta á comunicarles mayor frescura y gracia, confesándose, como Alfonso X, devoto y constante trovador de la Vírgen [2]. Sirvan de prueba

pues constando, como el mismo Canciller expresaba en la copla 794, que el cisma empezó en 1378, es evidente que en 1403 escribia esta postrera parte del *Rimado*, á que añadió despues hasta 590 estrofas. De esta demostracion se deduce otra prueba concluyente, en órden á no haber sido escrito ni el todo ni parte del poema de Ayala durante su prision en poder del Príncipe Negro: la batalla de Nájera se dió en abril de 1367; el cisma provino once años despues de la eleccion de Urbano VI; Ayala hace mencion de tamaño escándalo desde la estrofa 190, acabada su confesion, proponiendo en la 215 la celebracion de un Concilio para dar la paz á la Iglesia.—Ahora bien: ó Ayala hablaba movido de espíritu profético, ó el *Rimado del Palacio* fué comenzado despues de 1378. Esta deduccion nos parece indestructible y basta á desbaratar cuanto se ha dicho, fundándose en el falso epígrafe del códice que fué de la librería de Campo Alanje.

1 Recuérdese cuanto dijimos sobre el particular en el cap. XVI de la II.ª Parte. Ayala es semejante en esto á Fray Luis de Leon, Céspedes, Mendoza, Cervantes y otros muchos ingenios españoles. En la ternura apasionada con que habla á la Vírgen, se parece más que á otro alguno al cantor de la *Noche Serena*.

2 Así lo consigna él mismo en la copla 861 del *Rimado*, diciendo:

Siempre placer tomé | por toda la mi vida
Escribir loóres | á esta señora complida.

El buen Canciller obedecia, al consagrar sus cantos á la Madre de Dios, al sentimiento altamente religioso, que habia dado vida desde su cuna á la

las siguientes estrofas, dirigidas á *Santa María la Blanca*, famosa Imágen venerada en Toledo:

746 Señora mia, muy franca,
Por ti cuydo yr muy çedo
Seruir tu imágen Blanca
De la Eglesia de Toledo.

747 Quando me ueo quexado,
A tí fago mis clamores,
Et luego so confortado
De todos grandes dolores.
En tí son los mis amores
Et serán con esperança
Que me tires tribulança
Et me sirua muy más çedo.
Señora mia muy franca, etc.
Siempre oue deuocion
En la tu noble figura,
A quien fago oraçion,
Quando yo siento tristura.
De mi quieres auer cura
Pues espero perdonança
Por tí, et en olvidança
Non me dexes yaser quedo.
Señora mia, etc. 1.

musa cristiana, y que reflejándose en los himnos latino-eclesiásticos, sirvió de base á la poesía española. Berceo, el Rey Sábio, el Archipreste de Hita... todos los poetas castellanos de verdadero mérito responden á este llamamiento de la devocion universal de nuestros mayores, bien que dando al amor divino, que celebran en sus cantos, cierta expresion caballeresca y aun profana, hija de las costumbres y de las creencias generales de aquellos dias, lo cual sucede tambien al Canciller mayor de Castilla. Verdad es que esta manera de sentir el amor divino de la Vírgen se propaga á tiempos posteriores y arraiga entre los primeros poetas de nuestro Siglo de oro, conforme oportunamente mostraremos.

1 La devocion del Canciller no se limitaba á una sola de las advocaciones de la Madre de Dios: sus canciones y súplicas se dirigen al par á las imágenes que se veneran en los santuarios de Rocamador, Guadalupe, Monserrate y Toledo (Santa Maria la Blanca), ofreciendo ir á cada uno de ellos en romería. En la copla 741 decia á la Vírgen, por ejemplo:

Libertado de la prision por los medios ya conocidos de los lectores, consigna el Canciller la gratitud que debe al cielo, exclamando:

784 A Dios di muchas gracias | que por su piedat
En estas mis grandes priesas | muestra su caridat;
Libróme de presion | et de la crueldat
Que pasé mucho tiempo | por mi mucha maldat.

785 Libróme de la cárcel | et de dura presion;
Gradésçolo á Dios | que oyó mi deuocion,
Et torneme á él, | faciendo mi oraçion
Que me quiso acorrer | et darme contriçion.

Al dejar el castillo de Oviedes, halla sin embargo agitada la cristiandad por el terrible cisma que la traia conturbada. Tal ex-

Si de aquí tú me libras, | siempre te loaré;
Las tus casas muy sanctas | yo las vesitaré,
Monserrat et Guadalupe | et allí te serviré;
Alçando á ti las manos | muchas gracias daré.

En la 744 añadia:

Otrosí prometí | luego mi romería
A la Imágen Blanca | de la Virgen María
Que estaua en Toledo | et que allí me ofrecería
Con mis joyas et donas, | segun que yo decía.

Los cantares se repiten, lograda la libertad del poeta, leyéndose entre los últimos el ya citado á *Santa Maria la Blanca* y los que empiezan:

1 Señora, estrella lusiente (estrof. 850).

2 Señora, con humildat (estrof. 842).

3 La tu noble esperança (estrof. 863).

Es de notarse que segun expresa Ayala, escribió crecido número de cantigas en esta época de su vida, *sy quier fasta ciento* (estr. 827) y que las hizo retirado de la córte, despues de fijar la fecha de 1403, conforme va advertido. En la estrofa 829 dice al lector para disculpar la rudeza de sus versetes, que vivia *en montañas*, pareciendo indudable que alude á su residencia en el monasterio de San Miguel del Monte, donde como sabemos pasó los estios en los últimos años de su vida.

pectáculo vuelve á despertar en él las ideas ya expresadas, al comenzar el *Rimado*, respecto de la necesidad de un Concilio, pareciendo preludiar los dos que pusieron término á los males que lamenta. Sobre este punto escribe é inserta un largo *dictado*, compuesto en octavas de arte ó maestría mayor, en el cual excitando á los príncipes cristianos para que procuren la paz de la Iglesia, se dirige más principalmente al rey de Castilla, mostrándole la nesesidad de que abrevie embajadas, tratos y vanas razones, á fin de llegar pronto al término apetecido [1]. Sin duda el poco fruto de sus instancias le aleja del terreno práctico de la política, y acogiéndose al de la moral, recuerda que ha menester armarse de paciencia para conllevar los sinsabores de la vida, tomando el alto ejemplo que le ofrece la de Job, cuyos *Morales*, debidos á la pluma de San Gregorio, eran conocidos por él en la lengua de Castilla [2]. Glosando pues y moralizando sobre aquel

1 El referido *dictado* empieza en la estrofa 794 de este modo:

La nao de Sanct Pedro | pasa grant tormenta,
Que non aurá della | para la ir acorrer, etc.

Las estrofas á que especialmente nos referimos, fueron publicadas por los traductores de Boutterwek (pág. 150) y tienen los números 820 á 824. Al terminar, dice al rey:

Señor, abreviat | las vanas rasones
Et aya la Eglesia | de vos este don,
Que non la lastimen | falsas ocasiones,
Nin pase su tiempo | en tanto baldon.

Ayala habla aquí visiblemente con Enrique III y trata del segundo cisma, promovido por la eleccion de don Pedro de Luna, hecha en 1394. En 1381 habia sido reconocido solemnemente por Castilla, como legítimo Vicario de Cristo, el ya citado Clemente VII.

2 Véase la nota de la página 111. Despues de mostrar en la estrofa 869 que en sus ratos de ócio se consagraba siempre á la lectura, añadia:

870 Non podria yo atanto | á Dios agradesçer
Quantos bienes resçibo, | sin yo los meresçer;
Fallé libros *Morales* | que fuera componer
San Gregorio Papa, | el qual yo fuy leer, etc.

aplaudido libro, llega el Gran Canciller al fin de su *Rimado del Palacio*, no sin que amplie á menudo la doctrina asentada en la primera parte del poema [1] y trace nuevos cuadros, dignos de los ya citados. Al tratar del efecto que produce la muerte, prorumpe en estos notables versos:

¿Qué fué estonçe del rico | et de su poderio,
De la su vana gloria | et orgulloso brio?...
Todo es ya pasado | et corrió como rio,
Et de todo el su pensar | fincó el mucho frio.

¿Dó están los muchos años | que avemos durado
En este mundo malo | mesquino et lazrado?...
Dó los nobles vestidos | de paño muy onrado?
Dó las copas et vasos | de metal muy presçiado? ..

¿Dó están las heredades | et las grandes posadas,
Las villas et castillos, | las torres almenadas,
Las cabañas de obejas, | las vacas muchiguadas,
Los caballos soberbios | de las sillas doradas?...

Los fijos plasenteros | et el mucho ganado
La muger muy amada, | el thesoro allegado
Los parientes et hermanos | que l' tenian compañado?...
En una cueua muy mala | todos le han dexado.

Bajo todos aspectos es pues el *Rimado del Palacio* viva protesta contra las costumbres del siglo XIV, edad en que agitan y conturban á la humanidad altas esperanzas y vituperables extravíos. Tal vez, dominado de la indignacion que excitan en su pecho el universal olvido de los deberes y el uso contínuo del pecado, infunde á sus descripciones y pinturas excesiva severidad, cargando la mano en el colorido. Mas si pudo Ayala exagerar los accidentes y perfiles, no por esto ha de ser tildado de mal-

1 Para convencimiento de los lectores, citaremos la estrofa 1318, en que habla de la nobleza y dice:

La natura á todos | iguales nos engendró;
Mas nuestro fallimiento | ansy nos apartó, etc.

diciente, mereciendo por el contrario el aplauso de la posteridad el noble desinterés y la ejemplar abnegacion, con que hace ministerio de la parte más granada de sus dias la reprension de los vicios, sin que le arredre la elevacion de las personas ni de las clases, en quienes descubre el cáncer que amenaza devorar á la sociedad española [1].

Avaloran los más vigorosos y picantes cuadros aquella parte del *Rimado*, que constituye en realidad el poema y fué escrita antes de la famosa batalla de Aljubarrota; faltando desde este punto la verdadera unidad del objeto, por más que haga el Canciller interesante su prision, al narrar sus cuitas y procure dulcificarlas con los graciosos himnos á la Vírgen. Ni se enlaza con mayor propiedad al principal asunto del poema cuanto añade el Canciller, recobrada ya su libertad; lo cual ha sido causa de que las moralidades y ejemplos, tomados de la vida de Job, se hayan designado como obra distinta, aun por los escritores que más se preciaron de conocer las de Ayala [2].

1 Sanchez manifiesta que «hablando Ayala del estado eclesiástico y »secular, se dejó arrebatar de un celo extraordinario ó de algun mal humor »que le dominaba, que no perdonó ni á las supremas potestades» *(Colec. de poes. cast.,* t. I, págs. 109 y 110). En efecto, el autor del *Rimado* aparece arrebatado por el celo de la *verdad* y de la *virtud*, cayendo en mal húmor, al verlas tan mal paradas y perseguidas en sus dias. La autoridad de sus palabras fué tan grande como la fidelidad histórica de los cuadros por él bosquejados, y nunca es más digno de loa un poeta que cuando pinta ó dice la verdad, pospuesto todo temor que apoque sus inspiraciones. A esta exactitud de Ayala es debido el que, aun sin conocer del todo el *Rimado*, uno de los más notables escritores alemanes, manifieste que le cuadra el título de *Espejo de su tiempo* (Clarús. t. I, pág. 434).

2 Tal sucede al erudito Floranes, quien en la *Vida literaria del Canciller* que dejamos citada, despues de mencionar el *Rimado*, con el título de las *Maneras de Palacio*, y de hablar de otra composicion dirigida á Alfonso Sanchez Talavera, observaba: «Lloró tâmbien por todo un volúmen de bas»tante extension sus pecados, los daños del cisma presente, las calamidades »y miserias del hombre, llevando por guía el sagrado libro de Job, que »despues expuso parafrásticamente» (*Coleccion de Documentos inéditos*, t. XIX, pág. 184). Verdad es que Floranes declaró antes (pag. 119), que no conocia del *Rimado* sino los fragmentos publicados por Asso y Manuel, suponiéndolo todo él escrito en 1385 en la prision de Oviedes.

Pero estos defectos literarios del ***Rimado del Palacio***, hijos indudablemente de la azarosa inquietud del poeta, no desvirtúan en modo alguno la idea generadora del mismo poema, como no deslustran sus multiplicadas bellezas, ni oscurecen la representacion que hemos designado al Gran Canciller en la historia de las letras castellanas. Al emplear la ya olvidada metrificacion heróico-erudita, para dar á sus advertencias el venerable aspecto de la antigüedad; al revestirlas de la forma didáctica y enriquecerlas con las fructuosas lecciones del apólogo [1], no solamente rendia el tributo de su respeto á la tradicion del arte de Berceo y del Archipreste de Hita, sino que aparecia en contradiccion con los innovadores de su tiempo, inclinados hasta el punto que veremos en breve, á la imitacion italiana. Este anhelo y generoso empeño trasciende tambien al estilo y lenguaje del ***Rimado***, imprimiéndoles cierto sabor arcáico, peregrino ya respecto de las producciones de sus coetáneos y más notable todavía, cuando se repara en el esmero, que pone el mismo Pero Lopez, al cultivar el habla de Castilla en sus obras históricas [2].

1 Demás del apólogo que dejamos copiado, insertó Ayala otros tomados de las vidas de los santos y aun de la Sagrada Escritura, en que se mostró muy docto. Pueden servir de ejemplo el contenido en las estrofas 558, etc., que es la parábola del orgulloso, que narra el Evangelio y que es muy semejante en sus fines morales al cuento de *Doña Trufana* del *Conde Lucanor*, y el comprendido desde la copla 564 hasta la 573, que refiere el milagro obrado por S. Nicolás, con un padre que tenia tres hijas, á punto de perderse, y recomienda eficacísimamente la confianza que debe tenerse en la Providencia. Sentimos no poder trasladarlos. El último ejemplo lo menciona tambien el Dante en el canto XX del *Purgatorio*.

2 Justo nos parece notar respecto de los versos empleados por el Canciller, especialmente en aquella parte del *Rimado del Palacio* que constituye el verdadero poema didáctico y en la que imita los *Morales de Job*, que siguiendo la antigua y primitiva tradicion de la métrica heróico-erúdita, alternó los octonarios, ó de diez y seis sílabas, con los pentámetros, ó de catorce, no desechando tampoco los exámetros de quince, cuya aplicacion dejamos reconocida en diversos pasages de la presente obra. Al proceder de esta manera, no pecó Ayala de ignorancia, como han dado á entender los que condenan sus versos por irregularidad y rudeza. Sin el propósito

Cierto es que, al escribirlas, cedia el Canciller á otro pensamiento de verdadero progreso intelectual, levantando sus miradas á la gran literatura latina, cuyas olvidadas reliquias, removidas en el suelo de Italia por el cisne de Valolusa y sus doctos discípulos, empezaban á iluminar los horizontes del *Renacimiento*. La elevacion de su carácter, la severidad de sus principios y la madurez de su talento le llevaban al estudio de la historia: Tito Livio, que habia encendido en el pecho de Petrarca profundo respeto hácia la antigüedad romana, le infunde tan alta admiracion que no contento con saborear sus pintorescas narraciones en lengua latina, quiere tambien que lo posean en la castellana sus compatriotas. Al traducirlo, no solamente se familiariza con el brillante estilo del padre de la historia romana, sino que penetrando las grandes máximas del arte narrativo, llevado por Livio á extremada perfeccion, abriga el deseo de realizarlas, enriqueciendo la patria literatura.

Ofrecíale en verdad materia abundante y propia de un grande historiador la época en que florece: habíase consumado en ella la ruina de la dinastía fundada por Sancho IV sobre el usurpado trono de Alfonso X, levantándose ahora el sólio de un príncipe bastardo sobre el cadáver del rey don Pedro, cuyos derechos legitimaron en su padre los triunfos del Salado y de Algeciras.

de conservar la tradicion artística y sin el conocimiento de esa misma tradicion, no hubiera podido aspirar á trasmitirla á la posteridad, contraponiéndola á las innovaciones que se autorizaban en su tiempo; y no es lícito creer que el juez elegido pos los más afamados trovadores para decidir, como despues advertiremos, de la excelencia de sus poesías, desconociese los más sencillos rudimentos del arte. La misma acusacion pudiera dirigirse contra el Archipreste de Hita, pero con igual injusticia y falta de criterio. En cuanto á los arcaismos de estilo y de lenguaje, debemos notar que, demás de los que naturalmente provienen de la imitacion de las formas literarias, se hallan no pocos relativos á la diccion, los cuales puede señalar fácilmente en la lectura todo el que tenga hecho el paladar á la de los monumentos de la edad media: tampoco dejará de advertir los que respectan á la acepcion sucesiva que tienen ciertas voces, punto de no escasa importancia en la historia de las lenguas. Juzgamos impertinentes los ejemplos, copiados ya tantos pasages del *Rimado*.

De larga y encarnizada contienda, cuyos horrores se reproducen bajo multiplicados aspectos, habia sido espectador y víctima el pueblo castellano: al arrimo de las parcialidades que ambicionaban el dominio del Estado, se agitaban altos y trascendentales intereses, reproduciéndose con mayor fuerza que nunca la gran lucha social y política, que ensangrienta una y otra vez los anales de la edad-media. Corrompidas las costumbres en medio de tanto estrago; mezclados en las discordias civiles, que agriaban con su ejemplo los que tenian cargo de la paz y de la religion; vencidos de sórdida venalidad los que debian egercer con celo incorruptible la justicia, tomaba aquel extraordinario cuadro grandes dimensiones, apareciendo digno del vigoroso pincel de Tácito.

No alcanzó el Canciller Pero Lopez de Ayala á imprimirle, en su ***Crónica del Rey don Pedro***, aquella terrible profundidad que caracteriza los ***Anales*** del biógrafo de Agrícola, porque no podia decir, como él: ***procul causas habeo;*** y por más que en el ***Rimado del Palacio,*** se elevase sobre todos los intereses de la tierra, ganando reputacion de austero moralista,—al tomar plaza de historiador, érale forzoso recordar que habia sido parte y espectador de los sucesos que narra, no pudiendo por tanto colocarse á la distancia conveniente para contemplar la grandeza del cuadro, en que se dibujaba tambien su figura. Falto pues de punto de vista, desde el cual abarcase de una sola mirada el vario conjunto de aquel difícil y complicadísimo período; dominado á pesar suyo por el espíritu y el interés de la clase, á que pertenecia; llevado finalmente del ejemplo de los cronistas que le precedieron, utilizaba el del rey don Pedro sus estudios de Tito Livio bajo la relacion simplemente literaria, y fijándose en los pormenores, exponíalos con inusitada brillantez, bien que revistiéndolos á veces de tal colorido que han llegado á tenerle por sospechoso y parcial no pocos escritores nacionales [1].

1 No es en verdad escaso el número de escritores que han mostrado estas dudas, desde que fué retocado en igual sentido el ***Memorial del despensero de la reina doña Leonor***, segun veremos en breve: todos ó casi

Verdad es que esta acusacion se funda más principalmente en la conducta de Pero Lopez de Ayala, como vasallo que abandona á su rey que en los hechos por él narrados en la *Crónica de don Pedro*: comprobados estos en su mayor parte por nuestros más doctos historiadores, no es ya lícito poner en duda la honradez y veracidad del cronista, cualquiera que sea el juicio que forme la crítica sobre las causas que los produjeron y su trascendental representacion en la historia de la civilizacion española [1]. Ni de la sevicia de los que han exagerado la crueldad del hijo de Alfonso XI, ni de las acaloradas defensas parciales que aquella ha producido, puede ser responsable el Gran Canciller de Castilla.

todos se han fundado despues en el testimonio interesatísimo de don Francisco de Castilla, tercer nieto no legítimo del rey don Pedro, que en un poema escrito en 1517 y titulado: *Práctica de las virtudes de los buenos reyes de España*, que mencionaremos oportunamente, atendió á vindicar la memoria de su progenitor, escribiendo aquellos famosos versos que empiezan:

El gran rey don Pedro | que el vulgo reprueba,
Por selle enemigo | quien hizo su historia, etc.

Apoyado por el interés de su sobrino don Diego de Castilla, dean de Toledo en 1570, y segundado, con poca sinceridad y no grande amor de lo cierto, por el doctor Pisa *(Descripcion é Historia de Toledo*, L. IV, c. 24); por el maestro Fernando de Ávila *(Árbitro entre el Marte francés y las vindicias Gálicas*, pág. 55), por el entendido Ximena (*Anales eclesiásticos y seglares de Jaen*, pág. 357), por Alvia de Castro (*Memorial político por la ciudad de Logroño*, págs. 48 y 49), Berganza (*Antigüedades de España*, t. II, pág. 207) y otros muchos, llegó á hacerse moda la tarea de acusar á Ayala de calumniador, moviendo al cabo al erudito Floranes á salir en su defensa con la *Vida literaria del Canciller*, donde si se excedió á menudo en las alabanzas, se mostró celoso de la verdad, desvaneciendo los errores de unos y la poca sinceridad de otros. Los argumentos y las pruebas de Floranes han sido reproducidos con nueva y mayor fuerza lógica, en varios artículos, dados á luz por don Antonio Ferrer del Rio en la *Revista española de ambos mundos*, (t. IV, págs. 5, 129 y 257).

1 Veáse el discurso preliminar, que puso Zurita á sus *Enmiendas y advertencias á las Corónicas de Ayala*, reproducido por Llaguno y Amirola al frente de su edicion de *la del rey don Pedro*.

Sin que fuese el primero de los cronistas castellanos, como ha dicho aventuradamente un renombrado escritor de nuestros dias [1], era pues el primero que tomando directamente por modelo un historiador de la antigüedad clásica, realizaba, como cultivador de la historia nacional, las aspiraciones de los eruditos hácia el estudio del mundo antiguo, ya iniciado en la literatura castellana bajo diferentes aspectos [2]. Ayala escribe, demás de la *Crónica del Rey don Pedro*, las de *don Enrique II, don Juan I* y *don Enrique III*, en cuyas meritorias vigilias llega á sorprenderle la muerte [3]: en todas estas obras es claro, conciso, elegante más que otro alguno de los escritores de su tiempo: en todas resplandece el decoro de la narracion, la pureza y frescura del lenguage [4], la sencillez del estilo, sin que asome

1 Villemain: este crítico, tan celebrado de sus compatriotas, pone á Pero Lopez de Ayala como el primero de los cronistas castellanos, desconociendo todo el desarrollo histórico que hasta la época del Canciller habia tenido nuestra literatura (*Tableau de la Litterature au moyen âge*, lect. XVI). El error es de tal bulto que no ha menester ser refutado, despues de los estudios que llevamos hechos.

2 En órden á los estudios históricos, juzgamos oportuno recordar cuanto observamos, respecto de su inclinacion al conocimiento de la antigüedad, en el cap. XIX de la II parte.

3 De la *Crónica de Enrique III* sólo llegó á componer los seis primeros años, habiéndola dejado incompleta «por ocupacion, de vejez ó por la dolencia de que finó», segun expresa Álvar García de Santa María en el prólogo de la *de don Juan II*. En varios MSS. se suplió lo restante del reinado hasta la muerte del referido don Enrique; pero con simple carácter de apuntamientos anuales, como puede verse en la edicion de Llaguno (págs. 582 y sigs.). De aquí provino sin duda que algunos escritores, y entre ellos Juan Perez de Vargas en su *Nobiliario*, juzgasen que el Canciller llegó en sus crónicas hasta el fin de dicho reinado, lo cual sustentó Ramirez de Prado en la dedicatoria de las *Emiendas* de Zurita. Aun cuando esto no pueda demostrarse, es indudable que el propósito de Ayala fué acabar la obra empezada, y que sólo la muerte desbarató su intento.

4 Debemos advertir no obstante que hallamos en las crónicas algunos galicismos que denotan, desde luego que no se vió libre el Canciller de la influencia de los libros franceses que de contínuo leia, ni del trato que tuvo con los aventureros y aun con los cortesanos de Cárlos IV. Entre otros mu-

en ella ni aun remotamente aquella pedantesca afectacion, que algun tiempo despues caracteriza la prosa de los más notables escritores castellanos, que se precian de imitar en sus producciones las elegancias latinas.

Dotes son estas que han ilustrado el nombre del Gran Canciller, conquistándole el constante aplauso de nuestros eruditos y la consideracion de los extraños [1]; pero si avaloran todas las crónicas de Ayala, en ninguna brilla tanto como en la del *Rey don Pedro* el noble empeño de aclimatar en la literatura patria el florido pincel de Tito Livio, empresa que heredan de sus manos nuestros más esclarecidos historiadores. Animado aquel turbulento reinado por el interés de las grandes catástrofes que en él se consuman, fué dado al Canciller, siguiendo las huellas del historiador de Roma, dar á conocer y bosquejar el carácter de los numerosos personages, que figuran en su historia, por medio de arengas y de cartas, muchas veces oportunas y escritas siempre con loable sobriedad y maduro juicio. El Príncipe Negro,

chos ejemplos que pudiéramos citar, bastarán las voces *rendicion* por rescate, *finanza* por *hacienda*, etc., tomados visiblemente de *rençon* y de *finançe*.

1 El diligente Floranes enumera al final de la *Vida literaria del Canciller* los escritores que le elogiaron hasta fines del siglo XVII, catálogo que pudiera fácilmente duplicarse desde aquella fecha. Compréndense en el mismo hasta treinta y tres autores, entre quienes figuran los respetabilísimos nombres de Álvar García de Santa María, Fernan Perez de Guzman, el Marqués de Santillana, Marineo Sículo, Garibay, Ambrosio de Morales, Mariana, Santotis, Colmenares, Pellicer, don Nicolás Antonio y Ortiz de Zúñiga. De todos estos testimonios parécenos muy digno de tenerse en cuenta, por la naturaleza de su autor, el debido á Marineo Sículo: «Fuit (dice) »praeterea et liberalium artium atque disciplinarum omnium percupidus..... »Philosophiae namque et historiarum libros libentissime lectitabat, et maxime Titum Livium, aliosque libros qui de romanorum rebus gestis suavissime scripti fuerunt. Idem moralis philosophiae et divi Gregorii ele»gantíssima opera semper in manibus habebat» (De *Rebus Hispaniae Memorabilibus*, lid. XXIII, fol. 151). Respecto de otros escritores extraños notaremos, que desde Bouterweck hasta Ticknor, apenas se hallará uno que no le tribute análogos elogios, como cronista y cultivador de la prosa castellana.

Beltran du-Guesclin y los principales caballeros que militan, ya en el campo del rey don Pedro, ya en el de don Enrique, revelan por los discursos que pone en sus bocas el historiador y por las epístolas que dirigen á sus amigos y á sus adversarios, las ideas caballerescas y el espíritu aventurero que los animan, produciendo singular contraste con la gravedad de los españoles.

Sin duda esta forma expositiva, altamente dramática y reservada en los tiempos modernos más principalmente para la novela, era ocasionada al abuso, al ser imitada de los sucesores de Ayala; más lícito es observar que al seguir el ejemplo de Livio, así en la *Crónica del rey don Pedro*, como en las de don *Enrique* y sus herederos, no llega este artificio literario á deslustrar la sencillez de la narracion, contribuyendo en cambio á delinear con más vigor y exactitud los caractéres históricos. Para prueba de esta observacion, trasladaremos aquí el pasage, en que nos refiere la gallarda y caballeresca porfía, habida entre el Príncipe Negro y Beltran du-Guesclin sobre el rescate del último, preso en la batalla de Nájera.

«Despues que fué preso (dice el Canciller), fízole mucha onra; et »quando partió de Castilla, leuólo consigo á Burdeus. Et estando allí, »Mosen Beltran fizo decir al Príncipe que fuesse su mercet de le mandar »poner á rendicion; ca non complía á su serviçio estar él así en la pre- »sion et que mejor era levar dél lo que podiese pagar. Et el Príncipe »ouo su consejo que por quanto Mosen Beltran era muy buen cauallero »que seria mejor, durando la guerra de Francia et de Inglaterra, que es- »toviese preso et que mas valia perder la cobdiçia de lo que podia mon- »tar su rendicion que librarle. Et fízole dar esta respuesta al dicho Mo- »sen Beltran; et cuando Mosen Beltran lo oyó, dixo así al cauallero que »esto le dixo de parte del Príncipe:—«Dezit á mi señor el Príncipe que »yo tengo que me faze Dios et él muy grant graçia, entre otras muchas »onras que yo oue en este mundo de cauallería, que mi lança sea tan »temida que yaga en presion durante las guerras entre Francia et In- »glaterra, et non por ál. Et pues así es, yo tengo por onrada mi presion »más que la mi delibrança: et que sea çierto que yo gelo tengo en merçet »muy señalada, ca todos aquellos que lo oyeren et sopieren, ternán que »rescibo dende muy grant onra. Et el bien et prez de caualleria en esto »vá; cá la vida ayna pasa.

»Et el cauallero dixo al Príncipe todas estas razones que Mosen Bel- »tran dixera, et el Príncipe pensó en ello et dixo:—Verdad diçe: it et »tornat á él et dicilde que á mi place de le poner á rendiçion et que

»la contia que él dará por sí, que sea tanta quanta él quisiere, et más »non le demandaré: et si una sola paja promete por sí que por tanto »le otorgo su delibranza».—Et la entençion del Príncipe era esta: que »si Mosen Beltran dixesse que por cinco françοs quería salir de pre- »sion, que más non le demandasse, ca por quanto menos saliesse, menos »onra leuaua; et que entendiese Mosen Beltran que non le detenía el »Príncipe por otro temor que dél ouiesen los ingleses et quél podia bien »escusar sus dineros. Et el cauallero tornó á Mosen Beltran et díxole: —«Mi Señor el Príncipe, vos envia decir que su voluntad es que vos »seades libre de la presion et que vuestra finanza sea tanta contia quan- »ta vos quisieredes et dixeredes, et que más non pagaredes, aunque »más non prometades que una paja de las que están en tierra. Et que »esto sea luego». Et Mosen Beltran entendió bien la entencion del Prin- »cipe, et dixo:—«Yo le hé en merçet á mi Señor el Príncipe lo que me »envia á deçir; et pues si así es, yo quiero nombrar la contía de mi fi- »nanza».

»Et todos coibdaban que se pornía en alguna pequeña contía, ca Mo- »sen Beltran non auía en el mundo si non el cuerpo. Et dixo Mosen »Beltran así:—Pues que mi Señor el Príncipe es así franco contra mí, »et non quiere de mí salvo lo que yo nombráre de finanza, decidle que, »magüer só pobre cauallero de contia de oro et de monedas, pero que con »esfuerzo de mis amigos yo le daré cien mill francos de oro por mi cuer- »po et que desto le daré buenos recabdos».—Et el cauallero del Príncipe »tornó á él muy maravillado et díxole:—«Señor, Mosen Beltran es rendi- »do á su uoluntat et ha nombrado su finanza.»—Et el Príncipe le pre- »guntó—¿Qué contía?... Et el cauallero le dixo:—«Señor, Mosen Beltran »dice que uos tiene en merçet todo lo que le enviastes dezir en razon de »su finanza; et dice que como qüier que él sea pobre cauallero en oro et »en moneda, empero que con esfuerzo de sus parientes et amigos él vos »dará cient mill francos de oro por su persona et que desto vos dará bue- »nos recabdos».—Et el Príncipe fué marauillado, primeramente del »grand coraçon de Mosen Beltran, otrosí dónde podria auer tanta con- »tía, etc.» [1].

Nadie habrá que, leyendo este pasage, no forme cabal idea de los diversos caractéres del Príncipe Negro y del aventurero du-Guesclin, tal vez con mayor seguridad que si el historiador se hubiese detenido largamente en la pintura de uno y otro. Mas no por que se inclinase Ayala á este género de descripcio-

1 *Crónica del Rey don Pedro*, cap. XVIII del Año XVIII.

nes, desconocia el arte de bosquejar directamente los personajes que en su narracion figuraban: los ejemplos no escasean en las cuatro crónicas; pero sin apartar la vista de *la del Rey don Pedro* ni del mismo príncipe, bien puede presentarse, cual modelo de enérgica y elegante concision, el retrato que encierran estas breves líneas:

«Fué don Pedro asaz grande de cuerpo et blanco et rubio et ceceaba »un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fué muy sofridor de »trabajos. Era muy temprado et bien acostumbrado en el comer et be»ber. Dormia poco et amó mucho mugeres. Fué muy trabajador en guer»ras. Fué cobdicioso de allegar tesoros et joyas tanto que se falló des»pues de su muerte que valieron las joyas de su cámara treinta cuentos »en piedras preciosas et aljófar et baxilla de oro et de plata et en paños »de oro et otros apostamientos, etc. [1].

Quien en tan contados rasgos transfería la figura, los afectos y las costumbres de un personage de la magnitud del rey don Pedro, no era ciertamente indigno de la empresa que habia echado sobre sus hombros, al cultivar la historia patria. Críticos hay sin embargo para quienes, al ser comparadas sus crónicas con la *Estoria de Espanna* del Rey Sábio, escrita un siglo antes, «carecen del encanto de aquella poética credulidad que se complace más bien en las dudosas tradicciones de gloria que en los hechos más auténticos» [2]. Pero no dirigiremos nosotros cargo alguno al Canciller, por no haber impreso en sus obras históricas el sello tradicional que distingue los primitivos monumentos de nuestra literatura y que resplandece en las *Estorias* de Alfonso X: llamado á la vida actual de Castilla por la importancia de los sucésos que acaecen á su vista; abierto ya con las crónicas de los cuatro últimos reyes, y en especial con la del conquistador de Algeciras, el camino que debia seguirse respecto de la historia contemporánea, no era lícito á Pero Lopez alterar

1 Id. cap. VIII del año XX y último.
2 Ticknor, I.ª Época, cap. IX.

el espíritu de los hechos por él narrados y conocidos generalmente por sus lectores.

La exposicion histórica habia perdido en verdad no pequeña parte del atractivo é interés que le comunicaban las relaciones, hijas de las creencias y de los sentimientos de la muchedumbre; pero en cambio cobraba mayor autoridad y riqueza en los pormenores, circunstancias ambas que se cumplen en las *Crónicas* del Canciller, á quien por otra parte no puede negarse el conocimiento de la antigua historia de Castilla. Demuéstranlo así los primeros capítulos de la del *Rey don Pedro* y las diferentes arengas ó discursos, que pone en boca de los principales personajes de la misma y de las tres siguientes, documentos en que no sólo hace gala de razonable caudal histórico, sino de claro y profundo juicio [1].

1 Véase el cap. V del Año VII de la *Crónica de don Juan I*, y el no menos notable del año VIII de dicha *Crónica*, señalado con el núm. X. Son asimismo dignos de mencion los capítulos I, XIV, XVII, XVIII y XIX de la del *Rey don Pedro*, si bien abundan en notables errores, relativos á las antigüedades españolas, de que tratan. Debemos advertir aquí que en órden á estos pasages es conveniente consultar los códices originales, así como tambien respecto de todas las crónicas de Ayala. Cierto es que despues de la edicion de Llaguno, quien tuvo presentes los más notables MSS. del Escorial y el que habia sido propiedad de Zurita, recobraron las historias del Canciller casi toda su primitiva pureza, enmendados los desaciertos cometidos por los antiguos editores; pero aun así y todo parecerános siempre acertado el consultar los códices más antiguos, á fin de formar cabal idea de ciertos accidentes de estilo y de lenguage, que imprimen verdadero carácter á las obras de la edad-media. Si el docto Conde hubiera hecho este detenido exámen, no habria caido, al escribir el *Informe* arriba mencionado, en el error de dar por obra de Ayala la *Continuacion* (como él dice) *de la Crónica de España*, ni la *Traduccion de la crónica del Arzobispo don Rodrigo* y sus adiciones hasta don Sancho; obra que es sin duda la *Crónica general de Castilla*, ya antes examinada. En cambio hubiera reconocido, con Zurita, la existencia de la *Crónica Abreviada*, tan útil para la ilustracion de la que aquel docto historiador apellida *Vulgar* y tan semejante á ella en todas las dotes y condiciones literarias, que brillan en Ayala. Demas de los códices que cita Llaguno, no son indiferentes los marcados en el Escorial X. ij. 1 y X. ij. 5 respecto de las Crónicas de Juan I y Enrique III.

Mas si todavía pudiera dudarse de este aserto, bastaria á confirmarlo, por lo que respecta á la antigua historia de Castilla, la que el mismo Canciller escribió en 1398 *del linage de Ayala et de las generaciones de los señores que fueron dél*, obra en que conducido por el interés de familia, se remonta á la irrupcion sarracena para teger sus genealogías [1]. Seguia al escribirla, el intento ya manifestado por su padre, quien «como era »tan grand cauallero et tan entendido et mesurado en todos sus »fechos, et se pagaba de deçir bien et apuestamente, et otrosí »de alcançar noticias de letras et de estorias de cosas nobles et »grandes que en el mundo oviessen pasado...., fuera siempre en »imaginacion de aueriguar los fechos de sus pasados et la prez »et la onra que ovieran alcançado, et quáles auian ellos seydo »desde el primero, et qué cosas nobles fiçieron en sus tiempos et »cómo los cataron los reyes sus señores et quál estado et parien»tes allegaron».

Para dar cima á esta idea, habia puesto Fernan Perez de Ayala «en romance de su tiempo» cierta «antigua escriptura», debida á don San Velazquez, «un muy grand cauallero de los de Ayala»; y armado de ella y allegando otras «escripturas, inquisiciones ciertas et relatos de los passados», acometia Pero Lopez la empresa de escribir la *Historia de su casa*, que le ha ganado alta reputacion entre los genealogistas, y le asegura en realidad puesto muy señalado entre los cultivadores de las antigüedades españolas. El Gran Canciller de Castilla mostrábase por demás pagado del asunto, «cá avedes de saber (decia) que »grande cosa, Dios loado, fué antiguamente este linage de los »de Ayala; et muchos altos señores et nobles generaçiones et »buenas, tambien de Castilla como de otras partidas, estiman »auer comienço de él, por ser él tan antiguo et los sus fechos »muy notables». Respetando esta declaracion, que tanto halagaba el orgullo aristocrático de Pero Lopez, lícito será no obstante observar que nadie hasta su tiempo habia ilustrado, como él, la es-

1 Florancs, *Vida literaria del Canciller*, Parte III.ª, pág. 455.

tirpe y nombre de Ayala; pudiendo decirse con entera justicia que se llevó trás sí antes y despues toda la gloria de su linage, por su esclarecido talento y por el mérito de sus producciones literarias.

Una de las más interesantes que salieron de su pluma y que no ha visto aun la luz pública, es el *Libro de Cetrería*, escrito en 1386 durante su enojosa prision en el castillo de Oviedes, y dirigido al obispo de Búrgos, don Gonzalo de Mena, su pariente, y maestro en esta peregrina arte [1]. Y decimos de las más interesantes, porque refiriéndose á una de las costumbres más pintorescas y generalmente recibidas entre los magnates de la edad-media, atesora curiosas noticias que en vano buscaríamos en estos monumentos, las cuales son del más grande efecto para comprender parte no despreciable de la vida de nuestros mayores. Siguiendo las huellas del Rey Sábio y de don Juan Manuel, á quien expresamente cita repetidas veces [2], muestra que escribe «una pequeña obra para egercicio de los omes, por los tirar »de oçio et malos pensamientos, et que puedan auer entre los sus »enojos et cuidados algund plazer et recreamiento sin peccado».

1 En algunos MSS. se lee el nombre de *don Gonzalo de Nieva*; pero con error de copia. Don Gonzalo de Mena, á quien llama Cartagena *Gundisalvus Tertius, cognomento de Vargas*, y otros apellidan tambien *Rodas*, fué elevado á la de Búrgos desde la silla calagurritana en dicho año de 1386, ó fines del anterior (Florez, *Esp. Sagrada*, t. XXVI, pág. 364 y siguientes): por manera que constando de la dedicatoria que «Pero Lopez de Ayala, su humil pariente et servidor» lo escribió «en la grand coyta et quexa» que tenia «en la prision do estaba (do estó, dice), no puede haber duda en que el *Libro de Cetreria* fué compuesto en los diez meses y medio de dicho año, que permaneció en el cautiverio de Aljubarrota.

2 Para prueba de que aprovechó Ayala las observaciones de don Juan Manuel, á quien conoció tal vez siendo muchacho, pues contaba cuando falleció aquel príncipe quince años (y no como dice Ticknor *cincuenta*, Trad. cast. t. I, pág. 187), citaremos los siguientes palabras: «Deçia don »Johan Manuel, fijo del Infante don Manuel et señor de Villena, que fué »muy grand señor et era muy caçador et muy sotil en esta sçiençia de las »aves, que grand differencia avia de querer caçar á ser sabidor dello en las »regir et façer los aves» (cap. I). Esta idea se halla en efecto en el *Libro de la Caça*, antes de ahora examinado.

Para componerla, consultó los escritos que «departian de las aves», y tomando de ellos lo que «más cierto falló» y concertando las «opiniones de los cazadores» con la experiençia que «deste fecho probó et vió et aprendió, así de los plumajes como »naturas et condiciones de las aves», dividió el *Libro de la Cetrería* en cuarenta y siete capítulos [1], en los cuales expuso las reglas que debian observarse, ya en la cría de azores, falcones, gavilanes, esmerejones y alcotanes, ya en la eleccion y enseñanza de los falcones, baharíes, tagarotes, gerifaltes, sacres, bornies y alfaneques, ya finalmente en el cuidado de sus enfermedades y de sus mudas.

Magnificencia de señores era el tener aves y cazar con ellas en el campo: este ejercicio desterraba el ocio y fortificaba el cuerpo, preparándolo para las fatigas de la guerra: apenas se contaba en Castilla y fuera de ella personage digno de respeto que no pudiera pasar por extremado en tal arte, complaciéndose

1 No todos los códices que hemos consultado, ofrecen la misma division, lo cual es sin duda efecto de la poca exactitud de los trasladadores. En la Biblioteca Nacional se custodian hasta tres MSS. de este precioso libro, señalados L. 149, L. 176 y L. 197, y todos tres difieren en este punto. El más completo es sin duda el L. 149, que sirvió tal vez á don Blás Nassarre (á quien perteneció el 197) para reponer algunas lagunas que en el mismo existian, segun declara en nota puesta en 1734. Al final de estos dos códices hay otro tratado, que es una especie de coleccion de aforismos ó máximas sobre *volateria* con este título: «Esto es lo que han menester »los falcones et las aues para ferlos al ayre, quando ome los ha bravos et »salvages.»—Los referidos MSS. están en papel y son copias muy posteriores á Ayala. No sabemos el paradero de los códices que Sanchez (*Poesías Castellanas*, t. I, pág. 107) vió en las librerias de Campo Alange y de Llaguno. La Academia de la Historia guarda un estimable ejemplar en su biblioteca: en la del Escorial hemos registrado el que lleva la marca U. ij. 19, que trata en seis libros de *Cetreria*, dando á conocer toda ralea de falcones, su cria, su enseñanza, alimento, suertes de caza en que se emplean, sus enfermedades y física (curacion) de los mismos. Es un tomo en fólio, escrito en papel çeptí, á dos columnas, de letra del siglo XV; pero muy distinto en su redaccion de los libros de don Juan Manuel y de Ayala, y no semejante al de Juan de Fagunt, falconero de don Juan II, que adelante reconoceremos.

el Gran Canciller en mencionar expresamente aquellos que lograban mayor fama de grandes cazadores: «Primeramente (de»cia haber conocido) en Francia á don Phelipe, fijo del Rey de »Francia, duque de Burguña et conde de Flandes et de Artoys, »et al conde de Franqueravilla; et en Aragon al vizconde de Illa »et á don Pedro Jordan de Urries, mayordomo mayor del rey »de Aragon, et á don Pedro Fernandez de Ixar, rico-ome. Et en »Castilla que dixo (de la caza) á don Juan, fijo del Infante don »Manuel, señor de Villena, et á don Gonzalo de Mena, obispo de »Búrgos et á don Enrique Enriquez, et á don Juan Alonso de »Guzman, et á Remir Lorenço, comendador de Calatrava, et á »Garcia Alonso de Vega, cauallero de Toledo, et á Johan Marti»nez de Villazan, alguacil mayor del rey, et á don Fernan Gomez »de Albornoz, comendador de Montalban; et lo que dixeron dos »falconeros, el uno del rey don Fernando de Portugal, que de»zian Pedro Miñino, et el otro Pedro Fernandez, falconero del »rey don Pedro», que los acreditaba asimismo de muy peritos en aquella arte [1].

Con la experiencia de todos estos insignes cazadores de aves y su propia experiencia, logró pues el prisionero Ayala escribir un libro, útil para aquellos de sus coetáneos que se egercitaban

1 Cap. I. Respecto de otros famosos cazadores y falcones son muy curiosas las noticias que nos ha conservado Ayala. Hablando de los tiempos de don Pedro de Castilla, decia: «Yo vi al rey don Pedro un falcon baharí »et mallorquí que le llamaban *Donzella*; et traíalo un su falconero quel lla»maban Alfonso Mendez... Et yo ví un baharí sardo del rey don Pedro, que »tenia Rúy Gonzalez de Illescas, comendador de Santiago, que era su fal»conero... et ví al rey don Pedro un targarote quel traia un falconero quel »dezian Juan Criado, et llamaban al falcon *Botafuègo* (cap. III). Yo vi al »rey don Pedro un *torçuelo* que fuera de Garcilaso de la Vega, et llamavan »al falcon *Pristalejo* (cap. VI). Ví en casa del rey don Pedro un alfaneque »torçuelo muy pequeño que llamaban *Picafigo*» (cap. VII). Para ponderar el valor de los falcones, observaba:—«A mi acaesció comprar dellos (de los »brabançones) en Paris, et los falconeros que me los vendieron, venirse »conmigo á Castilla con sus soldadas». Sólo se comprende esto, al saber que un *nebli pollo altanero* costaba cuarenta francos de oro, sesenta un *garçero* y hasta setenta y más los que habian *mudado* (cap. VIII).

en semejante recreacion y no menos provechoso para los que atiendan en nuestros dias al sabroso estudio de las costumbres de la edad-media. Por él se comprende fácil é íntegramente la alta significacion y valor que tuvieron entre nuestros padres todo linage de falcones, el casi fabuloso esmero con que los cuidaban, haciéndolos dormir en sus mismas cámaras y al lado de sus propios lechos, la singular atencion con que los educaban, la más eficaz aun con que acudian á prevenir ó á curar sus enfermedades. Parte esencialísima era para todo buen cazador el conocer perfectamente las señales que acreditaban la buena ralea de los falcones; y siguiendo en este punto el ejemplo de don Juan Manuel, ponia el Gran Canciller de Castilla no poco empeño en determinarlas, manifestando cuán holgadamente brotaban de su pluma tales descripciones. Hablando de los neblíes y baharíes, escribia:

«Solamente al neblí et al baharí llaman falcones et gentiles; ca han »las manos grandes et los dedos delgados, et en su talle son muy genti»les, que han cabeças más primas et las palmas en las puntas mejor sa»cadas et las colas más cortas et más derribadas en las espaldas, et más »apercibidos et más ardidos et de mayor esfuerzo. Et sus gobernamientos »son más delicados que los otros que dicho avemos, et quieren ser gober»nados de mejores viandas et ser siempre traydos muy bien en manos, »por el grande orgullo que han; et non sosiegan mucho en la alcándara »et son de muy grand coraçon. Et los gerifaltes et sacres et bornís et al»faneques son de otros talles et façtiones en los cuerpos; et las colas han »más luengas et la cabeças grandes et las manos más gruesas et los de»dos más anchos et más cortos: et sufren mejor, aunque les dén et gouier»nen de más gruesas uiandas; como quier que de qualquier plumaje que »sea el ave, si le dieredes buenas viandas et sea bien traydo, siempre lo »fallarás en el su volar et caçar et estar más sano.....

»Falcones neblís ây (prosigue) que an lo blanco mucho et muy blanco »et lo al grís; et son estos falcones blancos en Francia falcones de damas »(que quiere decir de dueñas); et son muy fermosos et muy dulçes de fa»zer et de muy buen talante. Et han el plumaje muy bueno et non tan »brozno como los otros plumajes, et han las colas más luengas, et sa»len buenos garçeros. Et atales falcones et atal plumaje suelen en Casti»lla llamarlos los falconeros et caçadores *donzellas* et en Francia llláman»los *blanchautes*. Otrossy falcones neblís hay que el su plumaje es ruvio »et la pinta gruesa, et son de grandes cuerpos, et salen muy buenos alta»neros et garçeros. Otros falcones ây que de su plumaje son como pardos

»et la cabeça pintada, et la pinta orlada de amarillo; et son falcones es»pesos et de buenas factiones et mucho esplumados et llámanlos en Cas»tilla atales como estos *coronados*.....

»Otros falcones ây que su plumaie es auer una pinta menuda et del»gada et mucha et como amarilla, et á estos llaman en Castilla *çorzaleros*, »et comunmente son falcones menudos: et estos son muy bolliçiosos et »uan siempre á las zalcas et á las palomas et son de poco sosiego. Atales »como estos cárganlos de cascabeles fasta que vayan asosegando, et destos »salen buenos altaneros. Otros falcones ây que han el plumaje como »prieto et son llamados *roqueçes*, et son duros de façer; pero dánse á bien »et salen muy buenos altaneros et garçeros et grueros» [1].

Igual frescura y exactitud comunicaba Pero Lopez de Ayala á todas las descripciones que encierra el *Libro de Cetrería*, ostentando aquella fuerza de observacion y aquella docta sencillez, que tanto brillan en sus obras históricas. De su estilo y lenguaje habrán juzgado ya los lectores por los pasages trascritos, notando que tiene siempre, cual prendas del mayor precio, la claridad y la concision, dotes en que no halla entre sus coetáneos verdaderos competidores. Verdad es que tampoco pueden reconocérsele rivales respecto de la doble representacion que alcanza en la historia de las letras españolas: ya le estudiemos como poeta, contemplándole adherido á la antigua escuela de los castellanos y empeñado en sostener el brillo de la *quaderna via* [2] y del arte

1 Capítulo II.

2 No es para olvidada en la historia de las letras españolas la circunstancia de ser Ayala el último de los poetas que emplea los versos octonarios y los pentámetros, combinados en la forma indicada. Tan en desuso habian ya caido en su tiempo que él mismo les da el nombre de *versetes de antiguo rrimar* cuando habla con los trovadores de la corte, segun manifestamos en *las Ilustraciones* de la I.ª Parte y se comprueba, al leer la composicion señalada con el núm. 518 en el *Cancionero de Baena*, fragmento que empieza en el *Rimado* con la copla 1291 y termina en la 1298. Esta observacion nos trae á la memoria la opinion que los traductores de Ticknor han manifestado (t. IV, pág 419) respecto de un punto que guarda grande analogía con el presente. Contradiciendo lo asentado por el mismo autor, aseguran que el *Poema de Josef* ó *Yusuf* fué escrito á mediados del siglo XVI, fundándose en que «un pueblo vencido y sujeto á otro más poderoso, conserva la lengua propia ó adoptiva fija y estacionaria, sin ade-

didáctico-simbólico; ya le consideremos como historiador, viéndole esforzarse en hacer conocido en el suelo de Castilla el arte narrativo de Tito Livio, que ensaya en sus *crónicas*,-siempre encontramos en él una verdadera entidad literaria, revelándose

lantar y conservando por mucho tiempo su tipo primitivo». Que hay en este aserto cierta verdad histórica, no lo negaremos nosotros; pero que pueda sacarse de él la consecuencia pretendida, lo tenemos por imposible y contrario á todas las leyes de sana crítica. Demos que el lenguaje hablado por los moriscos ó vasallos mudejares del siglo XVI fuese el mismo que en el XIII hablaron nuestros mayores (lo cual está contradicho, para todo el que lea, por las obras que dichos traductores publican). Y las máximas artísticas, en que la metrificacion y las formas literarias estriban, ¿por qué sendero llegaron á los moriscos?... Imitaron?... Nadie cultivaba en el siglo XVI el arte de Berceo. Inventaron?... Cuando metrificacion y forma literaria existen en nuestro parnaso por derecho propio desde principios de la XIII.ª centuria, seria absurdo el suponerlo simplemente. Conservaron la tradicion artística, recibida de antiguo?... Luego ya habian seguido las huellas de nuestros primitivos poetas, cultivando las mismas formas por ellos adoptadas. Acepten los traductores de Ticknor la consecuencia que más les plazca; y recuerden que otro pueblo supeditado al español por largos siglos, arrojado de la Península ciento diez y ocho años antes que el musulman, conserva en el destierro la lengua de Castilla y cultiva el arte de nuestros antepasados. Ni una composicion siquiera escribieron los poetas del proscripto pueblo hebreo, fuera de España, en versos de *quaderna via*: hiciéronlos de *arte mayor*, de *arte real*, de *once* y *siete sílabas*, adoptando la metrificacion toscana, que habia llegado á tomar carta de naturaleza en nuestro parnaso, y siguiendo así el movimiento y progreso del arte: *alejandrinos* rimados, al modo de Berceo, nunca los escribieron. Este aserto no tiene por base vagas conjeturas: es histórico. Ahora bien: ¿debe aplicarse al pueblo musulman diferente criterio que al judio?... Vuelvan los traductores á leer el poema de Muhamad Rabadan, que con título de *Discurso de luz*, etc., insertan desde la pág. 274 de dicho tomo; compárenlo con el citado de *Yusuf*, y notando que fué aquel escrito en 1603, segun Rabadan declara, advertirán fácilmente que ó la lengua y el arte habian hecho entre los vencidos mahometanos prodigiosos progresos en el breve trascurso de medio siglo, ó su teoría es de todo punto inadmisible. Lo mismo decimos respecto del poema en *Alabanza de Mahoma*, que dan á luz desde la pág. 327 á la 330 inclusive, aunque es visiblemente muy posterior al de *Yusuf*, que examinamos en el cap. VII de la II.ª Parte. Adelante volveremos á tocar este punto bajo otras relaciones.

en uno y otro concepto la elevacion de su carácter y la integridad de su conciencia y poniendo de relieve bajo una y otra relacion el estado moral y político de la sociedad en que florece.

El noble Canciller de Castilla no abruma, cual Boccacio á sus compatriotas bajo el peso del ridículo, ni se mofa de la corte romana, ni escarnece á los ministros de la religion, pintando con sarcástica ironía sus extravíos y debilidades: tampoco lanza desde el fondo de la prision, á que le reducen su lealtad y su heroismo, punzantes diatribas y maliciosas, bien que á veces delicadas, sátiras, como lo hace Cárlos de Orleans, que prisionero en la famosa batalla de Azincourt [1415], llora su cautividad en Inglaterra por el espacio de 25 años [1]. No es festivo, disfuso y

1 El tantas veces citado Mr. George Ticknor manifiesta que descubre cierta semejanza entre Ayala y el duque de Orleans, cuyo *talento poético era bastante parecido* (I.ª Epoca, cap. V del título I). A la verdad no podemos admitir aseveracion semejante, bajo ninguna de las relaciones en que dos poetas pueden ser comparados. Si se atiende al génio característico de cada cual, Ayala es grave, apasionado de la virtud, dado á las meditaciones morales y religiosas, todo lo cual desarrolla en él aquel sentido altamente didáctico, que anima sus versos: el mismo anhelo del bien le hace severo, exigente y nada tolerante con los vicios, que plagan la sociedad de sus dias: la idea elevada de la virtud y de la religion le infunde cierta noble osadía, que le lleva á desdeñar la humana grandeza, esgrimiendo su azote contra todas las gerarquías sociales del órden civil y del órden eclesiástico. El duque de Orleans es por el contrario ligero, alegre, malicioso y burlador hasta el extremo de emplear contra sí propio el aguijon de la sátira, no perdonando su *vis epigramática* ni aun al mundo de la caballería, á que por su educacion y sus inclinaciones pertenece: desde el fondo de su prision se rie de cuanto pasa fuera de ella; y ni los desastres y miserias de Francia arrancan de su lira acentos de profundo dolor ni ayes de ardiente patriotismo, ni le indigna la corrupcion de sus coetáneos, ni se juzga obligado á mostrarles el camino del bien con noble y desinteresada energía. Mientras Ayala invoca en su encierro la proteccion de la Vírgen, el duque de Orleans recuerda los felices dias de su juventud y el sol de la Francia, llegando entre tanto á olvidar la dureza de sus cadenas. —El uno es la expresion más adecuada del genio y carácter de la poesía castellana: el otro personifica grandemente la índole y carácter de la poesía francesa. Pero no es menor la diferencia respecto de la significacion artística de cada uno: el castellano, ya lo dejamos probado, es el último culti-

anecdótico á la manera de Froissart, ni se detiene, como Juan Villani, en instructivas investigaciones que alejan á veces al lector del cuadro que el historiador florentino se propone bosquejar, por grande que sea el anhelo de la verdad que le distingue.

Atento al fin trascendental del pensamiento que le anima, habla como poeta, el lenguaje de la verdad, sin que enmudezca su acento al temor de los peligros que puedan nacer de sus palabras, ni se entibie el celo de su virtud al dolor, que inspiren en su pecho los mismos cuadros por él trazados: semejante á don Juan Manuel, quiere Ayala producir el bien por el bien, y parte, aun más directamente que el nieto del Rey Sábio, á lograrlo. Por eso mientras el autor del *Libro de Patronio* prefiere la forma *simbólica*, se inclina Pero Lopez á la *didáctica*, sin que renuncie al uso del apólogo, como saben ya los lectores [1] : por eso, adoptado aquel punto de vista, ha menester ser grave, severo é inflexible con los vicios que infestan todas las clases de la sociedad, y su voz se alza en nombre de la moral y de la religion, para recordar á grandes y pequeños sus extravíos y sus deberes.

Fijas sus miradas, como historiador, en el fin trascendental de la historia que reconoce en las arengas y discursos pronun-

vador del arte *didáctico-simbólico* y revela en sus versos la protesta del sentimiento nacional contra la innovacion *alegórica*: el francés pertenece de lleno á la escuela que se inicia y triunfa en su parnaso con el *Roman de la Rose*, y que segun observa cuerdamente Villemain, dominaba en todas las literaturas meridionales durante la primera mitad del siglo XV. ¿Qué hay pues de comun entre uno y otro? El hecho de la prision. Mas con la diferencia de que Ayala sólo estuvo bajo poder del Príncipe Negro contados meses, cuando el duque de Orlenas pasó en Inglaterra gran parte de su vida. La crítica de Ticknor no fué esta vez tan afortunada como de contínuo aspira á serlo.

1 Es notable que, asi como otros historiadores de su tiempo, que daremos á conocer en breve, usó tambien Ayala del apólogo en sus *Crónicas*. Entre otros ejemplos mencionaremos la carta de Benahatin, en que ingiere el del *Pastor y su ganado*, donde conforme apunta Clarús, mostró acaso con mayor fijeza é intencionalidad que en el *Rimado* el espíritu didáctico que le animaba (*Crón.*, cap. XXII del año XVIII; Clarús t. I, pág. 447).

ciados por los personajes que en las cuatro crónicas figuran, si no le es dado reflejar de lleno el estado de la civilizacion castellana, ni alcanza á revelar el espíritu y las tendencias é intereses rivales y contradictorios, que se desarrollan y pugnan desesperadamente durante el reinado del rey don Pedro,—mostró al menos que no carecia de la cordura y penetrante sagacidad del verdadero repúblico, y que impasible ante los hechos que examina, ni le asustaba su magnitud, ni le extraviaba el peligro de su escándalo.

Tomando pues bajo uno y otro punto de vista el arte que cultiva, en sus más altas relaciones; revistiendo las ideas que le animan, de las formas más adecuadas, en su juicio, para obtener el fin por él apetecido, ganaba el Gran Canciller de Castilla elevada y propia representacion en la historia de las letras, personificando dignamente y de la suerte que dejamos comprobado, la protesta de las musas castellanas contra las extrañas influencias que dominaban plenamente en nuestro Parnaso. Pero ya tambien lo hemos advertido: el mismo poeta que obedeciendo al sentimiento patriótico, rechazaba formal y virtualmente toda innovacion artística, al escribir su *Rimado del Palacio*, cedia al cabo á las novedades introducidas en la poesía castellana durante su vida; y elegido por árbitro y juez de las controversias y certámenes poéticos de los trovadores cortesanos, pagaba el tributo de su aquiescencia y aun de su aprobacion al cambio, realizado á su vista por los partidarios de la *escuela alegórica*, á que servia de pauta y principal fundamento la imitacion de la *Divina Commedia* [1].

1 Deben tenerse presentes los números 305, 421, 422, 517, 518 y 525 del *Cancionero de Baena*, en que ya directa ya indirectamente se menciona á Pero Lopez de Ayala con el aditamento del *Viejo*, sin duda para distinguirlo de su segundo hijo, que llevaba el mismo nombre. En dichas composiciones aparece como juez entre varios trovadores de la corte de Enrique III, ó toma parte en aquella manera de pleitos poéticos, que tan del gusto de la corte llegaron á ser á fines del siglo XIV y primera mitad del XV. Siempre es respetado y considerado como más digno; y aunque en realidad no hay composicion alguna suya, en que sea parte principal la

Llegados á punto de tal importancia en la historia de la literatura española, suspendemos aquí nuestras no fáciles tareas para proseguirlas en el siguiente capítulo.

alegoría, adopta el lenguaje de los demás trovadores y se esmera en metrificar por el arte que ellos lo verifican. El docto y malogrado Puibusque, al considerar sin duda esta situacion de Ayala, manifiesta que no pudo dominar el movimiento literario de su época (*Hist..comp. des litters. espagn. et franç*, tomo I, pág. 115): pero el Canciller Mayor de Castilla, mas bien que á dominarlo, se dirigió á restituirlo á la primitiva senda, recorrida ya por la antigua musa castellana, por lo cual no obtuvo, no pudo obtener, artísticamente hablando, resultado alguno favorable del ejemplo dado en sus versos, y sobre todo en el *Rimado del Palacio*.

CAPITULO IV.

INTRODUCCION DE LA ALEGORÍA DANTESCA

EN LA POESÍA ESPAÑOLA.

Estado de la poesía en la segunda mitad del siglo XIV.—Olvido de los cantos históricos.—Desnaturalizacion del sentimiento poético entre los eruditos.—La imitacion.—Preferencia de la forma alegórica.—No era esta forma nueva ni peregrina en nuestro suelo.—Es cultivada en la literatura clásica.—Derívase á la cristiana.—Boecio.—Imitánle los ingenios españoles.—Isidoro de Sevilla;—Paulo Enmeritense;—Valerio;—Pedro Compostelano.—Refléjase en la poesía vulgar.—Berceo;—Juan Lorenzo;—Juan Ruiz, etc.—Acógenla los trovadores provenzales.—Cunde á las literaturas francesa é italiana.—Aparicion de la *Divina Commedia.* Su efecto é influjo en las naciones meridionales.—Es recibida en todas la *alegoría* como forma literaria.—Carácter de la musa castellana, al operarse esta innovacion.—Pero Ferrús;—Alfonso Alvarez Villasandino;—Perafan de Rivera;—El Arcediano de Toro;—Garci Fernandez de Gerena.—Éxito de la *Divina Commedia* en nuestro suelo.—Miçer Francisco Imperial.—Su patria y sus estudios.—Fija su residencia en Sevilla.—Sus obras.—Análisis de su *Dezir á las syete Virtudes.*—Doble imitacion del Dante.—Triunfo de la *escuela alegórica* entre los ingenios andaluces.—Ruy Paez de Rivera.—Exámen de sus principales poesías.—Efectos que produce en las mismas la imitacion dantesca.—Dotes peculiares de este y los demás ingenios andaluces.—Diferencia entre estos y los castellanos.—Propágase á los últimos la escuela alegórica.—Resúmen.

Si del largo estudio que llevamos hecho puede deducirse, cual ley constante de crítica literaria, la íntima relacion y perfecta armonía entre la sociedad y el arte que esta cultiva, nunca con más razon pudo confirmarse este principio que, al ser aplicado á la literatura castellana durante la segunda mitad del

siglo XIV. Y no porque la poesía que florece en dicha edad, represente de una manera activa y directa las creencias populares: no porque refleje viva y enérgicamente el pensamiento grande y trascendental, que habia guiado la civilizacion española desde el triunfo de Covadonga hasta la expugnacion de Algeciras; sino porque, á pesar de haberse roto, acaso para siempre, en las esferas de la erudicion los extrechos lazos que ligaron hasta entonces las producciones del arte con los sentimientos religiosos, políticos y guerreros, que daban vida y carácter á la nacionalidad castellana, revelaban las musas con entera fidelidad y propio colorido la actualidad moral y aun material de aquel pueblo, apartado de improviso de los altos fines á que lo encaminaba la ley superior de su peregrina cultura.

Espejo directo de la sociedad, regida por el débil cetro de Enrique II y de sus sucesores, era el *Rimado del Palacio*, fruto del buen sentido y de la granada experiencia del Canciller Mayor de Castilla: su estudio nos ha enseñado á discernir que lejos de proseguirse por la dinastía del bastardo de Trastamara la grande obra de la reconquista, pensamiento y necesidad suprema de las monarquías nacidas al grito de independencia y de religion,—olvidada la guerra santa, en que se purificaban de todas sus culpas grandes y pequeños, gozaban los moros granadinos de larga paz y de saludable holgura, vueltas las armas de los cristianos contra el seno de la patria, que despedazaban crudamente las discordias civiles [1].

Ahogada en el estruendo de luchas fratricidas la voz del deber; apagado el entusiasmo popular; perdido el ejemplo de

1 Tratando expresamente de este punto, escribia Lopez de Ayala en su *Rimado* respecto de los caballeros de su tiempo:

338 Olvidado han los moros | et les guerras faser,
Ca en otras tierras llanas, | assaz ay que comer:
Unos son ya capitanes | et otros se envian correr;
Sobre los pobres sin culpa | se acostumbran mantener.

339 Los xripstianos hàn guerras; | moros están folgados, etc.

las grandes empresas que hacian hidalgo al pechero y levantaban al hidalgo á la gerarquía de los próceres;—mientras pugnaban algunos discretos por contraponer á la gloria ficticia de los héroes caballerescos la gloria verdadera de los antiguos héroes nacionales [1], enmudecia del todo la musa heróico-erudita de los castellanos; y ni se repetian los *cantos históricos* del Salado y de Tarifa, ni se reproducian tampoco los primitivos *cantares de gesta* que tan alta celebridad habian dado á los paladines del cristianismo.

El influjo fatal de lo presente parecia tener encadenadas las esperanzas de lo porvenir, borrando de la memoria el noble y fecundo recuerdo de lo pasado. Nuevas ideas, nuevas aspiraciones habian nacido en el mundo de la caballería y de la nobleza, que para daño propio se mostraba por vez primera en cierto modo divorciada del pueblo, halagados á deshora los instintos feudales que habia rechazado constantemente el génio de nuestra cultura. Nuevas costumbres, nuevos sentimientos habian penetrado en el seno de aquella sociedad cortesana, que menospreciando el duradero brillo de las grandes proezas, llevadas á cabo por sus mayores, se iba trás las fantásticas ficciones creadas por extrañas literaturas, recojiendo al cabo en el desastre de Aljubarrota, vergonzoso borron de la honra castellana, el legítimo fruto de su desvanecimiento y de su molicie [2]. Nuevo

1 Véase lo que sobre esto decimos en el capítulo siguiente.

2 Entre los monumentos históricos que nos pintan cuán grande fué para Castilla la afrenta de esta batalla, merece muy preferente lugar un libro del todo desconocido de nuestros literatos, que con título de *Divina Retribucion sobre la caida de España*, etc., se guarda original en la Biblioteca Escurialense, marcado III. Y. 1. En esta crónica que abraza desde el desastre de Aljubarrota hasta el triunfo de Olmedo (Toro), se asegura que los caballeros de Castilla vistieron luto en todo aquel tiempo, en señal de duelo, y que sólo cuando el rey don Fernando, victorioso ya de los portugueses, entró en Toledo (1476), se «quitó destos rregnos el duelo et luyto de las »vestiduras, de que el rrey don Johan el primero et los del rregno se bestieron» (cap. XV). A tal punto habia llegado la decadencia castellana al final del siglo XIV.

gusto literario dominaba por último entre los que se preciaban de entendidos, como natural consecuencia de tantas alteraciones, que reflejadas á un tiempo en las obras del arte, descubrian por ellas la verdadera situacion de la corte de los Enriques y de los Juanes [1].

En aquel mundo artificial, cambiada la materia poética, y desnaturalizadas las fuentes de la inspiracion, no era posible que viviese la antigua musa de Castilla: faltos los ingenios de verdadera ocupacion patriótica, é inclinado por su propia naturaleza á ensanchar el límite de sus conquistas, volvióse el arte erudito á buscar nuevas preseas en agenos parnasos, no contentándole ya las galas del apólogo, que traidas á la literatura española por los esfuerzos del Rey Sábio, habian fecundado todas las meridionales. La imitacion fué, y no podia menos de ser, el único medio empleado por la poesía para lograr el fin á que forzadamente aspiraba: por ella se habia abierto á la contemplacion de los caballeros todo un mundo de ficciones, antes desconocido: por ella hallaron asilo entre los vates castellanos las reliquias de la fastuosa poética de los trovadores, cultivadas no sin esmero desde la época de Alfonso X, y reabilitadas, aun bajo el aspecto de la idea, desde el reinado del único don Pedro [2]. Con estas allegadizas medras se acaudalaba la musa de los doctos, ostentando en sus producciones el sello de aquella doble imitacion, cuando el ejemplo de otras literaturas vino á infundirle el deseo de poseer sus más preciadas joyas. Éralo á la sazon la *alegoría*, llevada al más alto desarrollo por el vate inmortal de Florencia; y la *alegoría* fué recibida con aplauso universal en el parnaso castellano.

Mas no se entienda que semejante forma era del todo pere-

1 Esta situacion se refleja más directamente sin duda en la poesía popular, que pierde en esta época su primitivo carácter, llegando á olvidar en parte los héroes nacionales, como observó nuestro docto amigo don Agustin Durán, y tendremos ocasion de notar oportunamente, al tratar de la referida poesía bajo todas sus fases y relaciones. Véanse al propósito el capítulo XXIII de la II.ª Parte ciclo I y el I de la presente.

2 Capítulo XXII de la II.ª Parte.

grina á las letras españolas, ni habia tampoco nacido en las literaturas de la edad-media. Prescindiendo de los pueblos indo-orientales, en que tiene reconocida existencia, fué tambien cultivada en la antigüedad clásica por griegos y latinos, cual figura de pensamiento, á que daba Quintiliano el nombre de ***Inversion***, porque mostraba una significacion en las palabras y otra en el sentido [1], y habia ya enriquecido con innumerables bellezas la gran literatura homérica, cuando destruido el poder romano, fué aquella arrastrada tambien en su espantosa ruina. Al consumarse tan dolorosa catástrofe, y señoreados en las provincias de Italia los ostrogodos de Teodorico, quien en el desvanecimiento de su no esperada fortuna, llegó á reputarse cual legítimo restaurador del Imperio, un cónsul romano que irrita con su noble ingenuidad la soberbia del bárbaro, escribe en los calabozos de Pavía un libro memorable, donde halla la *alegoría* nuevo y feliz desenvolvimiento.

Severino Boecio era cristiano, habia nacido poeta, y entre los hierros de su prision trazaba el peregrino poema ***De Consolatione***. Agobiado allí bajo el peso del infortunio, invoca el auxilio de las ***Musas***, quienes respondiendo á su demanda, le rodean en su triste cautividad, inspirándole cantos elegiacos. Una mujer de venerable continente, de penetrante mirada, lozana todavía, bien que marcada con el sello de larga edad, de vária estatura, pues que ora parecia hermanarse con la de los hombres, ora tocaba al cielo con su cabeza y ora en fin penetraba en el mismo cielo, se le aparece en aquel instante. Era la *Filosofía*. A su presencia se retiran las ***Musas***, más aptas para entristecer el alma que para fortificarla contra los golpes de la desgracia; y ocupando su lugar, restituye poco á poco al corazon del poeta, por medio de saludables discursos, la paz interior de que le habian despojado las sinrazones de los hombres. La *alegoría*, pues, animando la más bella é interesante produccion de Anicio Manlio Torcuato, se erigia en forma artística, destinada á vivir en la

1 «*Allegoria*..... dicitur Inversio, quum aliud verbis, aliud sensu ostenditur» (Calep. *Dic. Eptaling*, pág. 63).

literatura cristiana, cuyos más esclarecidos cultivadores reciben con hondo respeto la consoladora doctrina, rodeada de la sublime aureola del martirio [1].

Y no fueron por cierto los ingenios españoles los últimos en seguir las huellas de Boecio. El ilustre Isidoro de Sevilla, cuya grande influencia en la civilizacion de los tiempos medios hemos intentado quilatar antes de ahora, escribia bajo la misma páuta el notabilísimo diálogo que intitula *Synonima*, dando cuerpo por medio de la alegoría á la *Razon* humana, que alumbrada por la luz de la *Filosofía* y de la *Religion*, viene á sacar al *Hombre* del cieno inmundo de los vicios [2]. Atento á trazar la *Vida del niño Augusto*, introduce en ella Paulo Emeritense místicas visiones y personages alegóricos, que animan con extraordinaria fuerza de colorido los breves é interesantes cuadros debidos á su pintoresca pluma [3]. Arrebatado Valerio de ardiente fé y nutrido su espíritu con la lectura de los sagrados libros, se eleva en alas de su lozana fantasía á las regiones celestiales, ya conducido por blancas palomas, ya guiado por hermosísimos ángeles de cándidas y esplendentes vestiduras, descubriendo á la humanidad un mundo desconocido, que sólo podia ser revelado bajo formas alegóricas [4].

Algunos siglos adelante, cuando iba ya reponiéndose la nacion española de la gran quiebra del Guadalete y aspiraba la

1 La muerte de Anicio Manlio Severino Boecio es uno de los borrones que afean la figura de Teodorico y manifiestan el género de barbarie que habia caido sobre Europa. Despues de haberle mandado dar cordel en la frente hasta saltarle los ojos y de haberle casi despedazado con otros no menos terribles tormentos, fué azotado por mano del verdugo, expirando en tan espantoso suplicio (*Anonym. ad amic. Marcel.*, 1693). La memoria del martirio cundió con tal respeto á las edades siguientes que, segun hemos visto ya, Boecio fué constantemente designado con el título del *Santo Doctor*. No se olvide, para el estudio en que entramos, que su libro *De Consolatione* era traducido al castellano por el Canciller Ayala en la última parte del siglo XIV. Adelante mencionaremos otras versiones.

2 Véase el cap. X de la I.ª parte, pág. 443, etc. del t. I.

3 Cap. IX de la I.ª parte, pág. 410 del t. I.

4 T. I, cap. IX, pág. 414.

literatura latino-eclesiástica, á reconquistar sus perdidos fueros, ensayaba Pedro Compostelano aquella forma literaria en más ancha esfera, si bien recordando en la disposicion y aun en el título de su obra la tan aplaudida de Boecio. Su poema *De Consolatione Rationis*, personificando al *Mundo* y á la *Naturaleza*, á las *Artes Liberales* y á las *Virtudes*, á la *Carne*, á la *Lujuria* y á la *Avaricia* [1], mostraba claramente que, ya se fundára en la tradicion latina, ya se fecundase con el estudio de uno y otro *Testamento*, en que brillaban con vivo resplandor las terribles *Visiones de Ezequiel* y las maravillosas fantasías del *Apocalípsi*, ya en fin se desarrollára con el ejemplo de los árabes, como pretenden algunos modernos críticos [2], habia recibido aquella forma literaria en el suelo español no despreciable cultivo, no siendo por tanto maravilla que, formada la lengua vulgar, se reflejase tambien en las producciones del nuevo arte, á que esta sirvió de instrumento.

Contadas son, no obstante, las ocasiones en que se revistie-

1 T. II, cap. XIV, pág. 244.

2 Tal es la opinion del muy renombrado crítico Mr. de Villemain, quien en su *Cuadro de la literatura de la edad-media* llegó á sentar que los «españoles cristianos que no se habian convertido al Coram, se convirtieron á la ciencia y á la poesía oriental», etc., (Lecc. XV). No opina así Mr. Dozy en sus ya citadas *Investigaciones*, siendo muy probable que á tocar especialmente la cuestion de la *forma alegórica*, hubiera aparecido muy distante de Villemain. Que los árabes conocieron la *alegoría* no seremos nosotros quienes lo pongamos en duda; pero que la cultivaran como *forma literaria*, propiamente hablando, no podemos concederlo; y por tanto no es lícito asegurar que la transfiriese su imitacion á la literatura castellana, con la exageracion que Villemain manifiesta en cuanto se refiere á esta parte de sus estudios. Esta observacion nuestra es tanto más desinteresada cuanto que ya habrán podido apreciar los lectores, que si no atribuimos á la literatura árabe la injustificada influencia que se le ha concedido en los orígenes de la española, no le hemos negado el galardon de haberla enriquecido con las creaciones del arte didáctico-simbólico, merced á los ilustrados esfuerzos del Rey Sábio. Como respecto de la *alegoría*, considerada ya cual forma literaria, no hallamos monumento alguno que traiga su procedencia de los árabes, no podemos hacer igual afirmacion, sin tomar aquí plaza de ligeros.

ron las musas de Castilla de la forma *alegórica*. Rasgos brillantes, y aun cuadros descritos con notable originalidad y frescura, habia ofrecido Berceo en la *Vida de Santo Domingo*, en los *Milagros de Nuestra Señora* y en la *Vida de Santa Oria* [1]. Juan Lorenzo Segura habia manifestado, al pintar el *escudo de Aquiles* y la *tienda de Alejandro*, y al describir las mansiones infernales, que no le eran peregrinas sus galas [2]: ostentábalas tambien el autor del *Poema de Fernan Gonzalez*, al representar, bajo la figura de una sierpe de fuego, á *Luzbel*, terror de los cristianos [3]; y enriquecido ya el parnaso español con la imitacion de la poesía provenzal, conforme nos advirtieron oportunamente las producciones del Rey Sábio, y casi un siglo despues las del Archipreste de Hita, tomaban en el poema de Juan Ruiz mayor brillo y extension, constituyendo ya sabrosos y cumplidos epi-

1 Dignas son de tenerse presentes la *Vision de las tres coronas*, que dimos ya á conocer en el capítulo V de la II.ª Parte, pág. 260; la *Introduccion* tan celebrada de los *Milagros*, en que pinta un prado, poblado de flores bien olientes, frescos veneros y hermosas arboledas que representan á la Virgen, los Evangelios, las oraciones y los milagros que se propone referir; y las repetidas *Visiones de Santa Oria*, parte en que no parecia sino que estaba adivinando el arte de Alighieri. Véase el citado capítulo de la II.ª Parte.

2 La pintura del *Escudo* se contiene desde la copla 610 del *Poema de Alexandre*; la de la *Tienda* de este héroe desde la 2391, en que empieza la descripcion alegórica de los meses del año; la del infierno desde la 2170. En el infierno, tal como lo concibe Juan Lorenzo Segura, se ven personificadas y teniendo el dominio de una parte de la *ciudad de las eternas tinieblas* (Dante dijo despues la *ciudad del eterno dolor)*, bajo el imperio de la *Soberbia*, la *Avaricia*, la *Codicia*, la *Ambicion* (á quien sirven como ministros los *logros*, *furtos*, *rapiñas* y *engaños*), la *Envidia* (que reconoce por hijos las *maldiciones*, las *tristezas* y las *traiciones)*; la *Ira* (que alimenta sin cesar al *Ódio*), la *Lujuria* (servida de los *adulterios*, los *fornicios* y la *sodomia)*; la *Gula*, á quien tienen *glotoneria* y *beodez* por señora, y la *Pereza* (Acidia), fuente de no menos repugnantes vicios. Todas estas personificaciones muestran que no era peregrino á la musa de Juan Lorenzo el conocimiento de la *alegoría*, como forma literaria, capaz de ulterior desarrollo. Véase tambien lo que respecto de este punto decimos en el capítulo IV de la II.ª Parte.

3 Véase el cap. VII de la II.ª Parte, pág. 358.

sodios. Aventurado, y más que aventurado inexacto, sería el apuntar siquiera que fué la forma alegórica desconocida de los ingenios castellanos que florecen antes de la primera mitad del siglo XIV; pero si no es lícito olvidar los ejemplos, en que se acredita su cultivo y se vislumbra tal vez el desarrollo que debia alcanzar en breve, hasta constituir una verdadera escuela literaria, ilustrada por los más esclarecidos varones de nuestro suelo,—tampoco será prudente dejar de consignar en la historia del arte que este desarrollo se opera en extrañas literaturas, derivándose á la castellana, cuando podia ya fructificar, como tal escuela, en nuestra descaminada poesía.

Muy apegada se habia mostrado la provenzal desde su cuna á este género de ornatos, siendo familiares las ficciones, en que figuran bajo el traje alegórico la *Lealtad*, el *Amor*, el *Honor*, la *Franqueza*, etc., á casi todos los trovadores que logran en las Córtes ó tribunales de Amor verdadero aplauso y nombradía [1]. De la lemosina pasaba la misma ficcion á la literatura francesa y más tarde acaso á la italiana, si ya no es que nació en ambos pueblos de la imitacion de las letras clásicas; y mientras en el suelo destinado por la Providencia á dar vida á la obra del *Renacimiento*, primero los trovadores ítalo-provenzales, y más tarde los poetas sicilianos y del continente, ensayaban las

1 Tan general llega á hacerse la *alegoría*, que hasta en los *cuentos* ó *novellas* constituye con frecuencia la forma expositiva empleada por los trovadores. Pero Vidal por ejemplo nos ofrece entre otras una composicion de este género, en que supone que caminando seguido de sus caballeros y donceles, halla á un caballero de hermoso aspecto y gallardo continente, vigoroso, de prócer estatura y vestido con la mayor magnificencia, el cual lleva consigo una dama mil veces más bella, cabalgando ambos palafrenes ricamente enjaezados y de tan varios colores que no tenian dos miembros ó partes de su cuerpo de igual pelo ó matiz. Seguíanlos un escudero y una doncella, notables por su ornato y extremada belleza. El caballero principal representa al *Amor*, la dama á la *Merced*, la doncella al *Pudor* y el escudero á la *Lealtad*, que abandonan la corte del rey de Castilla, donde no reciben ya la honra que en otros dias. Se vé pues que la *alegoría* se amoldaba en la lira de los trovadores al ministerio de la sátira, lo cual prueba cuán familiar era entre ellos su cultivo.

formas *alegóricas*, connaturalizábanse estas entre los *truveras* hasta producir el famoso *Roman de la Rose*, código de aquella escuela artificiosa y sutil, llamada á tener el imperio de la poesía en las naciones meridionales por el espacio de dos siglos [1]. Apenas ofrece, en efecto, la historia de las letras italianas un nombre digno de estima, cuya musa no se inclinara á seguir los cánones de la expresada escuela desde que el renombrado Rambaldo de Vaqueiras transfiere al Monferrato el arte de los trovadores, ponderando la gallardía y donosura de su *Bel Cavalier* [2], hasta que Bruneto Latino presenta ya en su *Tessoreto* elevada la *alegoría* á extraordinario perfeccionamiento [3].

1 El *Roman de la Rose* fué comenzado en el siglo XIII por Guillermo Lorrís y terminado en el XIV por Juan de Meung. El sentido de este singular poema es esencialmente *satírico:* la forma que reviste, propiamente *alegórica*. En él aparecen personificados la *Hermosura*, el *Amor*, la *Piedad*, la *Franqueza*, La *Buena Acogida*, el *Peligro*, el *Falso-Semblante* (la falsía), la *Mala-boca* (maledicencia), etc., virtudes y vicios que tanta influencia tienen en la vida. Una y otra obra, esto es, el poema y su continuacion, fueron conocidos en Castilla, si no á fines del siglo XIV, al menos en la primera mitad del XV, pues que el Marqués de Santillana los cita en su *Carta al Condestable* y todavía se conservan los códices que poseyó de ambos libros en la Biblioteca del Duque de Osuna (Véase nuestra edicion de las *Obras del Marqués de Santillana*, págs. 620 y 624).

2 Entre otras composiciones de Rambaldo de Vaqueiras que pudiéramos citar al propósito, no es posible olvidar la que intitula *Lo Carròs*, en la cual recordando cierta manera de juego caballeresco, usual en el Monferrato, supone que las damas de Berceil, aquejadas por los *Celos*, asaltan el *carro* defendido por Beatriz, su *Bel Cavalier*, obteniendo esta cumplida victoria. Tratándose de Rambaldo de Vaqueiras y de su influencia en la poesía italiana, no parece impertinente el indicar que fué este el primer trovador que empleó la lengua vulgar de Italia, como se prueba con la *tenson* ó disputa que tiene con una genovesa (Millot, *Hist. des Trobads.; art.: Rambaud de Vaqueiras*). Rambaldo escribió esta poesía á fines del siglo XII.

3 La accion del *Tessoreto*, que más de un escritor ha juzgado equivocadamente como un compendio del libro del *Tesoro*, dado á conocer antes de ahora (II.ª parte, cap. XIII), es muy semejante, sobre todo en la introduccion, á la que desarrolló despues el inmortal discípulo de Bruneto. Volviendo este de Castilla, á donde habia pasado para solicitar el favor de Alfonso X contra los gibelinos, sabe al llegar á las faldas del Pirineo, que los

Acercábase el instante en que sublimada por el más alto y peregrino ingenio de la edad-media, iba á fecundar de nuevo aquella forma literaria todos los parnasos meridionales. La *Di-*

güelfos han sido vencidos y desterrados de Florencia. Agobiado por el dolor dice:

Pensando á capo chino
Perdí il gran camino,
Et tenní alla traversa
D'una selva diversa.

Tornado en sí, se encuentra al pié de una montaña, viendo al par multitud de animales de toda especie, flores, árboles, yerbas, frutos, metales, piedras preciosas, perlas y otros mil y mil objetos. Todos nacen, viven, mueren, se reproducen y multiplican á la voz de una matrona, que ya parece tocar al cielo con su cabeza, ya ensancha su seno en tal manera que puede extrechar al mundo entre sus brazos. Era la *Naturaleza*. Bruneto osa dirigirle algunas preguntas, á las cuales replica, manifestando que impera sobre todos los séres, obedeciendo á Dios que la há criado, cuyos preceptos trasmite y ejecuta. Prosiguiendo, le expone los misterios de la creacion y la reproduccion, le recuerda la caida del ángel y la del hombre, fuente de todos los males que afligen á la humanidad, deduciendo de estos hechos altas consideraciones y enseñanzas. Al cabo le muestra el camino que debe seguir en la selva y los que debe esquivar. Tres se ofrecerán á su vista: en el primero hallará á la *Filosofía* y á las *Virtudes*, sus hermanas; en el segundo á los *Vicios*, sus contrarios; en el tercero al *Dios de Amor*, con su corte y sus atributos. En este momento le abandona, y

Or vá maestro Brunetto
Por un santieri stretto,
Cercando di videre
Et toccare et sapere
Cio' che gli é destinato...

En efecto, halla cuanto le habia indicado la Naturaleza, deteniéndose en la descripcion de las *Virtudes* y los *Vicios*, conversando largamente con Ovidio, á quien pinta poniendo en verso los hechos de amor, y descubriendo por último á Tolomeo con *bianco viso* y *barba grande*, que le explica los fenómenos del cielo como *maestro di strolomia*, etc. La *alegoría* tomaba ya en el *Tesoretto* aquel sentido moral y aquella importancia científica, que ostentó más adelante al mayor grado de perfeccionamiento, comunicándose á todas las literaturas que, segun notaremos, recibieron la *escuela dantesca*.

vina Commedia aparece en el italiano: la luz de la *alegoría*, brillando con nunca vistos resplandores, se refleja al par en las mansiones del ETERNO DOLOR, en el albergue consolador de la esperanza, y en la morada de la beatitud eterna. Por ella se condensan los tiempos y se congregan en un mismo espacio los héroes de cien pueblos y generaciones: por ella reciben espantosos y perdurables castigos los más grandes criminales que han afrentado á la humanidad, sin que la gerarquía á que los ha levantado el mundo, ni la dignidad y consagracion de sus personas y de sus nombres templen un solo instante el rigor de la inflexible ley, á que sus vicios y sus pecados los sujetan.

Cuanto existe en la *ciudad doliente*, cuanto contempla el discípulo de Virgilio en la prodigiosa montaña del *Purgatorio*, todo se halla cubierto de aquel velo misterioso, que envolviendo las perenales amarguras de los hombres, oculta al par las más recónditas profundidades de la ciencia de Dios, revelando no obstante los inagotables tesoros de su misericordia y de su gracia. Al tocar el poeta con planta venturosa las vírgenes regiones del paraiso terrenal, transforma la *alegoría* á sus ojos todo lo creado: Beatriz, emblema de la ciencia divina y objeto constante de santo y puro amor, aparece en nube de flores, que derraman los ángeles sobre el carro místico de la Iglesia, donde, representada su doble naturaleza, se muestra el Hijo del Eterno, rodeado de los cuatro Evangelistas y de las sietes Virtudes [1]. Por oculto poder, que recibe de la Primera Esencia, conduce Beatriz al vate florentino de planeta en planeta, hasta llegar á la celestial Jerusalem, para ocupar la silla de luz que le está destinada, confiando la guia de su amado á un anciano venerable y radiante de gloria, durante el resto de su viage.

San Bernardo le enseña en efecto á admirar el triunfo de María, asentada en la cima del primer círculo de la rosa, que figura la inmortal Jerusalem, y obtiene de la madre del Verbo que le sea permitido contemplar la fuente de

1 Canto XXIX del *Purgatorio*. Esta vision alegórica es una de las más bellas de la *Divina Commedia*.

la eterna beatitud; pero deslumbrado el Dante á tan sublime é inefable espectáculo, sólo acierta á indicar que ha creido ver tres círculos de igual magnitud, bien que de diversos colores, en el segundo de los cuales ha pensado descubrir una figura humana. Ante este misterio que es sin duda el más alto que puede concebir la mente del poeta; ante esta maravillosa *alegoría*, la más elevada de cuantas era dado expresar al arte cristiano, inclina el amante de Beatriz la inspirada frente, poniendo término á su desusado canto y sometiendo su voluntad á la de aquel *Primer Amor*, á cuyo querer se mueven las estrellas y los astros.

Una forma literaria, á cuyo influjo giraba tan complicada y sublime máquina poética, encerrando en mil y mil cuadros de admirable estructura todas las galas de una fantasía verdaderamente creadora, no podia dejar de producir extraordinario entusiasmo entre los ingenios eruditos. La *Divina Commedia* avasalla al par todas las inteligencias y se ofrece á todos los cultivadores del arte en las regiones meridionales de Europa, como el más acabado modelo.—Florencia, Bolonia, Pisa, Venecia y Plasencia instituyen cátedras públicas para explicarla, cabiendo la honra de inaugurar aquella difícil tarea al celebrado autor de *Il Deccamerone* [1]: imítanla al propio tiempo Fazio degli Uberti en su *Dittamondo*, Frezzi da Foligno en su *Quadriregno*, Armenino Boloñés en su *Istoria Fiorita* [2]; y mientras el renom-

1 El decreto que instituyó en Florencia la referida cátedra, lleva la fecha de 9 de agosto de 1373;—en Bolonia comenzaron las explicaciones en 1375;—en Pisa en 1385;—en Plasencia en 1398, época en que Venecia tomaba igual acuerdo. Los primeros expositores que en estas ciudades tuvo la *Divina Commedia*, fueron en el órden indicado: Benvenutto de Rambaldi da Imola, que escribió un largo comentario; Fr. di Bartolo da Buti; Filippo da Reggio y Gabriel Squaro (Tiraboschi, t. V, pág. 398).

2 Los poemas de Uberti y Frezzi han sido una y otra vez examinados por los críticos: no así el de Armenino, apenas mencionado hasta ahora. Poseyólo el docto Marqués de Santillana en su selecta librería, que dimos á conocer en sus *Obras* (págs. 592 y siguientes), donde en el artículo oportuno hicimos un breve análisis del mismo (págs. 597 y 98). Para conoci-

brado cantor de Laura, que sólo llega á conocerla en los últimos años de su vida, se lisongeaba tal vez en sus *Triumphi* con la idea de emular sus aplaudidas bellezas, apresurábanse tambien á tomarla por norma y pauta de sus producciones los poetas castellanos que florecen en los reinados de Juan I y Enrique III, traida al suelo español por un ingenio que nacido en Italia, «meresció en estas partes del Occaso el premio de la »triunphal é laurea guirlanda», llevando por excelencia el título, no de trovador ó decidor, sino el más elevado de poeta [1]. Tal hizo el distinguido Miçer Francisco Imperial, cuyo nombre hemos consignado en igual sentido, al comenzar el presente volúmen [2].

Notable era en verdad el movimiento de las musas españolas, cuando se inicia y triunfa en nuestro parnaso la innovacion *alegórico-dantesca*. Pero ya lo dejamos repetidamente insinuado: mientras se iba de dia en dia ensanchando el círculo de la erudicion, reservada en siglos anteriores á las escuelas clericales; mientras cundia entre todas las clases de la sociedad aquel noble estímulo de ilustracion, que trastocando en cierta manera el ór-

miento de nuestros lectores no juzgamos fuera de propósito notar que el poeta se supone transportado á una selva, donde se le aparece una matrona, á quien dá el nombre de *Fiorita*, la cual le sirve de guía en la extraña peregrinacion que emprende por la *montaña de la historia*. A su vista, pasado un rio que dá vuelta á la montaña, se muestran los poetas y los héroes de la antigüedad, desde los tiempos más remotos, recorriendo asi todas las épocas y conmemorando todos los pueblos hasta trazar el cuadro de la grandeza romana. Este poema se terminó en 1329, como consta en el precioso códice que existe hoy en la biblioteca de Osuna, P. II, lit. M. número 8, antiguo. Como advertimos en las *Obras del Marqués de Santillana*, está escrito en prosa y verso.

1 Marqués de Santillana, *Carta al Condestable*, párrafo XVII.

2 Véase el cap. I. Ya antes habiamos dado á Imperial esta legítima representacion en la historia de la poesía española, al publicar la *Vida y Escritos del Marqués de Santillana,* con que ilustramos sus *Obras* (páginas CXV y CXVI de la misma). Los anotadores del *Cancionero de Baena* le negaron toda influencia en nuestro parnaso; pero despues veremos con cuán poco fundamento.

den de la educacion y de los estudios, despojaba á las enseñanzas de la filosofía y de la historia de la sobriedad conveniente para llegar á fructuosa madurez; y mientras arrojado de su verdadero cáuce, se desvanecia el sentimiento estético del pueblo castellano, ambicionando al par las galas y preseas debidas á extrañas literaturas,—mostrábanse los poetas de la España central inficionados de todos los vicios que traen consigo la pedantería y el anticipado refinamiento de una cultura imitadora.

Ni era ya para ellos el amor, fuente y vida de todo arte, aquella adhesion pura y agena de toda inverosímil hipérbole, que habia brillado con sin igual verdad y pureza en los primitivos *cantares* de la musa nacional; ni encerraban sus *canciones* y *dezires* los tesoros de fé y de piedad, que en no lejanos dias la habian engrandecido; ni reflejaban la llama del fuego pátrio, que habia iluminado las grandes figuras del héroe de Vivar y de Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez y de Alfonso XI.

Muestra de lo que iba siendo la musa erudita de los castellanos, inclinada cada vez más al cultivo de la poesía lírica, eran desde el reinado del Rey don Pedro las obras de don Pero Gonzalez de Mendoza, escritas en la juventud de este prócer, que sella en el desastre de Aljubarrota con su propia vida la acrisolada lealtad de sus abuelos, conforme en su lugar oportunamente consignamos [1]. Ganaban mayor lustre y se acaudalaban con nuevos primores las formas artísticas: cobraban tambien mayor flexibilidad y riqueza las formas de lenguaje, por más que sólo se haya reconocido hasta ahora este adelantamiento en los tiempos de don Juan II [2]; pero en cambio faltaban la sencillez y na-

1 Véase el capítulo XX de la II.ª Parte.

2 Este es el comun sentir de la crítica, sin exceptuar los escritores que han tratado con mayor detenimiento, en los últimos años, de literatura española. El exámen de los poetas que florecen en la segunda mitad del siglo XIV, justifica plenamente nuestra observacion, que autorizan además las doctas palabras del marqués de Santillana, relativas á la corte de don Enrique III, que expondremos oportunamente. Los que sin reparar en los

turalidad, la concision y brio de la expresion, caracterizando todas las producciones amatorias cierta galantería cortesana, que se extremaba con el inoportuno ejemplo de los héroes de la antigüedad y de los paladines de la caballería, y resaltando en las historias la lisonjera facilidad del poeta palaciego, cuya inspiracion, nacida en el favor de las antesalas de próceres ó reyes, ni estriba en las creencias populares, ni se alimenta del entusiasmo que engendran en grandes y pequeños las altas empresas, llevadas á feliz remate en nombre y para bien de la pátria.

Esta enseñanza debemos al estudio de las poesias de Pero Ferrús y de Alfonso Alvarez de Villasandino, de Perafan de Rivera y del Arcediano de Toro, de Garci Fernandez de Gerena y de otros diferentes ingenios de la corte de Enrique II y Juan I.

Es el más antiguo de todos, por confesion de Villasandino, el castellano Pero Ferrús, que hubo sin duda de florecer en parte del reinado de don Pedro [1], abrazando todo el de Enrique II, segun persuade la composicion escrita á la muerte de aquel príncipe. Breve es el número de las obras trasmitidas hasta nosotros [2]: cúmplense sin embargo en las que existen todas las observaciones que llevamos expuestas; y ya elogie la belleza de su *amiga*, confesándose más enamorado que Lisuarte y que Roldan, anteponiéndola, en pedantesco paralelo, á Vénus y Palas, á Políxena y Elena, á Briseyda y Dido, á Ginebra é Isolda, y dándo-

ingenios de esta época, supusieron que sólo ofrecia una gran laguna literaria, desconocieron de todo punto la historia del arte.

1 Esto se deduce de las palabras de Alfonso Alvarez de Villasandino, quien viviendo en la córte de Enrique II, decia á Alfonso Sanchez de Jaen, denostando sus versos:

Ya en su tiempo don Pero Ferrús
Fizo dezires mucho más polidos.
Que non estos vestros laydos é fallydos, etc.

(*Canc. de Baena*, núm. 124, pág. 124).

2 Tienen en el *Cancionero de Baena* los números 301, 302, 304 y 305.

le el nombre de ***Belaguisa***, á usanza de los trovadores [1]; ya se burle de los ritos y ceremonias de los Rabbíes de Alcalá, excitando la *vís poética* de los mismos, quienes le replican en igual género de metros, declarando que no aventajan los ruiseñores en el vergel los cánticos matinales, con que saludan á su Dios [2]; ya en fin celebre al bastardo de Trastamara, ponderando en él aquella largueza tan fatal para Castilla y le equipare á los grandes reyes pasados, exagerando sus dotes de gobierno y sus escasas virtudes bélicas hasta presentarle cual digno del renombre de *conqueridor*, que el universal aplauso de sus vasallos habia dado al debelador de Algeciras,—siempre aparece como partidario de la escuela provenzal, que habia logrado entre los cortesanos excesiva preponderancia. El amor por él pintado, lejos de revelar una pasion verdadera, se funda en una coleccion de términos artificiales, que ni determinan situacion alguna de la vida, ni reflejan ninguna de aquellas cualidades, bastantes á formar un carácter poético: el sentimiento pátrio que se traduce á sus versos, lejos de personificar el noble y generoso anhelo de la prosperidad pública, se encamina á prevenir con los no merecidos elo-

1 Los anotadores del *Cancionero de Baena* observaron que ***Belaguisa*** debia ser la heroina de algun libro de caballerías desconocido, ó tal vez palabra compuesta por el autor de *bella* y *guisa* (Notas, pág. 677, col. 1). Nosotros juzgamos lo último, y damos alguna importancia á este particular, porque como vá en el texto insinuado, determina al punto que llegaba la imitacion de los trovadores. Estos apellidaban á sus damas con frecuencia *Bel-vezer, Bel-donayre, Bel-cavallier, Bel-Semblant*, etc., como nos enseñan las obras de Bernardo de Ventadour, Rambaldo de Vaqueiras, y otros muchos de los más renombrados cultivadores de la poesía lemosina.

2 Los rabíes de Alcalá usan la lengua de Castilla con la misma soltura que Pero Ferrús, no desmereciendo tampoco los metros por ellos empleados de los de aquel afamado trovador. Téngase presente esta observacion para más adelante, en que examinando las poesías de otros judíos y sarracenos, mostraremos cómo se amoldan unos y otros á los progresos de metrificacion y lengua, contra lo que han asegurado los traductores de Ticknor, al pretender fijar la época de ciertos poemas aljamiados. Véase la nota de la página 154 del anterior capítulo.

gios del rey muerto el favor, que espera en la magnificencia del rey vivo [1].

Análogo juicio puede y debe formarse respecto de Alfonso Alvarez de Villasandino, apellidado tambien de Illescas y de Toledo [2]. Concedióle el docto marqués de Santillana título de *grand decidor*, añadiéndo que podia repetirse respecto de él «aquello que en loor de Ovidio un grand estoriador describe, con-

1 Esta misma intencion descubrimos en la composicion que dirige Ferrús á Pero Lopez de Ayala, señalada en el *Cancionero de Baena* con el número 305. Despues de elogiar sobre manera á los héroes de la antigüedad, comenzando por los fabulosos y siguiendo por los griegos, troyanos, cartagineses y hebreos, no sin mezclar los paladines caballerescos, menciona á los caudillos y reyes españoles que más se distinguieron por su valor en la obra de la reconquista, diciendo respecto del bastardo de Alfonso XI:

> Don Enrryque, rrey de España,
> Que por esfuerço et por sesso
> Todo el mundo tovo en peso, etc.

Sólo suponiendo que Ferrús habia recibido extremada proteccion de Enrique II, puede tener disculpa este adulatorio lenguaje, que por desgracia se hizo harto comun entre los trovadores que le suceden, como notaremos adelante.

2 Esta circunstancia hace creer que Alfonso Alvarez era natural de Villasandino, siendo heredado en Illescas y morando á menudo en Toledo. De lo primero persuade la seguridad con que alude á dicho pueblo, tratando de su naturaleza: de lo segundo nos convence su propia declaracion, contenida en estos versos, dirigidos á don Sancho de Rojas (Número 160 del *Cancionero de Baena*):

> Por non padescer á tuerto,
> Vendo todo, á fumo muerto,
> Quanto ove heredado
> En Illescas é aun comprado.—

De lo tercero deponen las frecuentes alusiones, que hace á su residencia en la imperial ciudad, debiendo advertirse que no otra es la denominacion que lleva en diversos *Cancioneros* del siglo XV, tales como el de Hijar, el de la Biblioteca patrimonial de S. M. que daremos á conocer en breve, y el de la Imperial de Paris, de que poseemos multitud de producciones inéditas.

»viene á saber: que todos sus motes é palabras eran metro»[1]. —«Esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas »é trovadores, maestro é patron del arte poética» le apellidaba repetidamente Juan Alfonso de Baena, al copiar sus numerosas composiciones en el famoso *Cancionero*, á que prestó nombre[2]. Tuviéronle en grande estima sus coetáneos, y solicitáronle, para que elogiase por ellos á sus damas y amigas, magnates tan esclarecidos como el conde de Buelna don Pero Niño, y el adelantado Pero Manrique[3]. Con cierta vanagloria llegaba él mismo á reputarse verdadero maestro y oráculo de toda poesía, escribiendo al par cantigas á la Vírgen, loores á los reyes, lisonjas á sus mancebas[4], y elogios á las damas más ilustres,

1 *Carta al Condestable*, núm. XVII. El Marqués le dió el apellido de *Illescas*.

2 Baena añade que Dios «puso en él gracia infusa», manifestando así hasta qué punto llegaban la fama de Alfonso Alvarez y la hipérbole de sus alabanzas (Véase el epígrafe de sus cantigas en dicho *Cancionero*).

3 Son las composiciones que llevan en el expresado *Cancionero* los números 8, 10 y 32 que empiezan, la que hizo para Manrique:

Señora, flor de azucena:

las que escribió por ruego del conde, para loor de doña Beatriz, su muger, y cuando el infante don Hernando la prendió:

1.ª La que siempre obedesçí.

2.ª Fasta aquí passé fortuna, etc.

4 Fueron estas doña Juana de Sossa y doña María de Cárcamo, obsequiadas ambas por el rey don Enrique, el Viejo (el II), quien ya que no pudo en otra cosa, imitó en esto, y no sin creces, á su padre don Alfonso. —Villasandino se mostró tan pródigo en las alabanzas de doña Juana que, al escribir la cantiga que empieza: *Acabada fermosura*, le dijo don Enrique que pues le habia dado aquel nombre «que ya non fallaria más loores que deçir della». En el *Cancionero de Baena* existen sin embargo hasta quince cantigas, demás de la indicada, algunas de las cuales fueron sin duda escritas despues, mostrando todas cuán versado estaba Alfonso Alvarez en el lenguaje de las lisonjas y cuán fácilmente se inspiraba por cuenta de

entre las cuales, haciendo oficio de galanteador, prefirió á la infanta dona Leonor de Castilla, reina de Navarra desde 1375 [1].

En su afan de requerir de amores á cuantas bellas contemplaba, iba hasta el punto de tomar por dama la que habia sido antes combleza de Enrique II, manifestándose á poco andar tan prendido en las redes de una beldad sarracena que no vacilaba en asegurarle que «pornía por ella en condicion su alma pecadora» [2]. Armado entre tanto caballero por el expresado príncipe,

otro. Tienen todas en el *Cancionero* los números 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 23, 43, 45, 48, 49, 50 y 51.—Doña María de Cárcamo, menos favorecida sin duda, aunque no menos halagada, pues que la apellida *luz de parayso* y *linda estrella*, manifestando que la serviria (don Enrique) como *rey, ora vena muerte ó vida*, sólo tiene una cantiga, designada con el número 24.

1 Se conservan en el *Cancionero* citado cuatro composiciones que se refieren á doña Leonor, designadas con los números 25, 26, 27, 41 y 46. La primera es un diálogo entre el *cuerpo* y el *corazon*, en que uno y otro se lamentan de los dolores que amor les causa; la segunda es la despedida de doña Leonor, á tiempo de partir á Navarra; la tercera es cierta manera de súplica que el poeta dirige á la Infanta para que le mande curar las llagas de amor; la cuarta tiene por objeto el celebrar la belleza de «unas lindas doncellas et damas que andavan con la reyna de Navarra», de una de las cuales se confiesa enamorado; la quinta es en fin un elogio directo de doña Leonor, ya reina. Estas cantigas, como las anteriores, están escritas, ya en gallego, ya en castellano.

2 Lo primero se deduce de algunas de las cantigas, citadas en la nota penúltima, tal como la que señalada en el *Cancionero* con el núm. 45, comienza:

De grant cuita sofridor
Foy é só, siempre séré, etc.

que segun se expresa en su epígrafe, fué escrita por «amor é loor de doña Juana de Sossa, por que le diera lugar é manera á que la pudiesse loar é amar é obedeçer é servir». De lo segundo nos da testimonio otra cantiga, que se ha impreso en el referido *Cancionero*, como prosecucion de la que lleva el núm. 31 (pág. 33) y tiene este estrivillo:

Quien de lynda se enamora,
Atender deve perdon,
En caso que sea mora.

colmado de bienes y mercedes, é investido con las ambicionadas insignias de la Vanda, que le ganó sin duda su pericia en las artes de la guerra [1], consignaba Villasandino en sus composiciones el fallecimiento del referido soberano, colmándole de elogios [1379], la muerte de la reina doña Juana [1381], la de doña Leonor [1382], el desastre de don Juan I, su esposo [1390], y más adelante lloraba con otros muchos poetas el temprano fin de Enrique III [1406].

En efecto, la belleza que en esta obra es aplaudida, viene *de lynage de Agar y de la lynia de Ismael*, dotada por Mahoma *de alvos pechos de cristal* y de tal *fermosura que la non podia decir* el poeta. Este motejaba despues, ó lo habia hecho ya, á Garci Fernandez de Gerena, por sus amores con una juglara mora, segun veremos en breve.

1 Quejándose al rey Enrique III del mal tratamiento que le daban otros poetas más jóvenes, refiérele su vida, manifestándole que obtuvo desde su juventud del rey su abuelo honras que mantenia y mantendria (que mantengo é manterné), añadiendo:

El qual por quien rogare
Quel quiera Dios perdonar,
Me dió su vanda et collar.

Y luego:

Por este señor cobré
Orden de caballería
E con grand franqueza un dia
Me casó con quien cassé.
Deste resçebi é tomé
Muchos bienes é merçedes;
Pues en su corte ya vedes
Si perdí ó si gané:
Sabe Dios commo é porqué.

Dios y todo el que lea las cantigas laudatorias de doña Juana de Sossa y doña María dé Cárcamo.—En cuanto á la pericia militar de Villasandino, parecen acreditarla los siguientes versos de Fr. Pedro de Colunga, al suplicarle que le declarase «algunas figuras oscuras del *Apocalipsi*»:

Señor Alfonso Álvarez, grant sábio perfeto
En todo fablar de lynda poetría;
Estrenuo en armas é en caballería,
En rregir compañas, sin algun defeto, etc.

Llegaba así á edad avanzada; y aunque gastada su salud y consumida su hacienda al vuelco de los dados, de que era muy devoto, no por eso le abandonó su genio poético, ya tomando parte y aun promoviendo aquellas lides artísticas que tan del gusto de la corte se habian hecho, al terminar el siglo XIV; ya lanzando picantes sátiras contra los contadores y oficiales reales que eran obstáculo al logro de las contínuas demandas pecuniarias, con que abrumaba á reyes, infantes y magnates; ya en fin halagando los encontrados intereses de los últimos, con burla, á veces poco decorosa, de sus elevados adversarios [1].

1 Entre las sátiras más ó menos embozadas que fulmina á veces Villasandino, deben recordarse las que dirije al Cardenal don Pedro de Frias, valiéndose de las profecías de Merlin, que tanta fama habian logrado entre los eruditos desde mediados del siglo. En ellas se levanta alguna vez á la verdadera region del sentimiento patriótico. En la que lleva por ejemplo el núm. 97 del *Cancionero de Baena*, leemos estos rasgos que pintan el estado de la corte de Castilla, bajo la privanza del Cardenal referido:

Non prescian al bueno | , sinon al malsyn;
Falla el leal | las puertas cerradas:
Las obras del cuerdo | son menospreçiadas
E tienen al loco | por grant palazin.
Non façen mençion | de Benamarin
Nin de las conquistas | del rey don Ferrando,
. . . .
E tienen los armas | guarnidas de oryn;
Prescíanse mucho | de rropas brosladas, etc.

Las composiciones señaladas con los números 115 y 116 son de tan intrincado sentido que sólo para los que vivieron en aquella edad y recibieron, como un hecho de feliz augurio, la caida del Cardenal, pudieran ser inteligibles. Otras sátiras escribió más adelante contra los palaciegos que eran obstáculo á la largueza del jóven Condestable don Alvaro de Luna ó de don Juan II, á quienes ya *viejo, cano, calvyllo, y lleno el rostro de arrugas y el cuerpo de bidmas de socrocio, demandaba vistuario* y dineros cada dia, cometiendo á veces censurables bajezas. Entre estas sátiras es notable la marcada con el núm. 202, no sólo por darnos á conocer que no falta á Villasandino cierto humor satírico en los últimos años de su vida [1424], sino porque nos descubre las vejaciones y desprecios de que fué víctima, doliéndose á menudo de que sus «*cantares no tenian ya dono ni sal*» (Núm. 200 del *Cancionero de Baena*).

Tal fué é hizo Villasandino. Por su educacion literaria, cuyos perfiles eruditos ostenta en frecuente y no oportuno alarde; por la escuela poética, en que desde luego se filia; por su humor y su carácter, fáciles á toda lisonja é inclinados á usar de la venganza; por su poca fijeza y fidelidad en el amor, intemperancia que tiene el merecido castigo en su segundo matrimonio [1]; y últimamente por la soltura y poco recato de sus costumbres, que alguna vez se transfiere á su lenguage [2], ofrece Alfonso Álvarez de Illescas en la historia de la literatura española la imágen de los antiguos trovadores provenzales, que hicieron, como él, oficio y ministerio de su vida el cultivo de la *gaya sciencia* [3].

1 La cantiga núm. 6 del *Cancionero* citado dá testimonio de que «la »postrimera esposa que ovo, que avia nombre doña Mayor,» no fué para Villasandino «fermosura tan syn errança» como cantó al celebrar sus bodas (núm. 5): «repisso del casamiento, más la quisiera tener por comadre que »por mujer, segund la mala vida que en uno avian, por çelos et vejez et »flaco garañon» (*Canc.*, pág. 16).

2 Véanse los *dezires* que van designados con los núms. 104 y 184 en dicho *Cancionero*.

3 Para que fuese más completa esta semejanza, el poeta que habia recibido honras y honores de los reyes de Castilla, preciándose de ser *quisto é amado* de ellos (núm. 184 del *Canc.*) y de ser hidalgo de *dos lanzas* (número 73), recibió hasta cuatro veces del cabildo de Sevilla la suma de cien doblas por otras tantas cantigas, escritas para ser cantadas por juglares el dia de Navidad. Todas son laudatorias de la capital de Andalucía, poniendo sus excelencias sobre las de cuantas ciudades tenian á la sazon merecida fama, en lo cual seguia la norma de los antiguos trovadores, para quienes era la hipérbole familiarísima. Esta manera de rebajar los ponderados frutos de su musa, que en tiempo del Rey Sábio le hubiera clasificado entre los que se envilecian por oficio, llegó en su vejez al extremo, dando á sus poesías el carácter de los cantares de ciegos y mendigos. El núm. 219 del *Cancionero* recuerda en efecto los que ya conocen los lectores debidos al Archipreste de Hita (II.ª Parte, cap. XXIII, pág. 533): tiene este estrivillo:

Señores, para el camino
Dat al de Villasandino.

No es tampoco para olvidada la circunstancia de haber sido dos veces

Sus numerosas poesías pueden contribuir á esclarecer con muy curiosos pormenores la historia anecdótica, ó como se dice en el lenguage culto de nuestros dias, la *crónica escandalosa* de la corte de Castilla, durante los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III, y parte del de Juan II: en ellas se aprende á conocer tambien el desarrollo que tienen las formas artísticas en la segunda mitad del siglo XIV, empleados por Villasandino cuantos metros lo habian sido antes y ensayando otros nuevos, que enriquecia con variadas y fastuosas combinaciones rímicas: en ellas pueden y deben apreciarse los notables progresos, que iba haciendo la lengua castellana, acaudalado el dialecto poético con frases, giros y maneras de decir antes desconocidas, y no olvidada tampoco la diccion que es generalmente esmerada [1].

Rrey de la faba, dignidad grotesca que solicitó por la tercera vez, diciendo (núm. 204):

Yo fuy rey, syn ser infante,
Dos vegadas en Castilla;
Mas mi coyta é mi manzilla
Es por non seer espetante
Para el año de adelante
D'aver la terçera silla.

El monje de Montaudon, famosísimo por su humor cáustico entre los trovadores, fué tambien rey del Puy (Millot., *Hist. des troubadours, art. Montaudon;* Fauriel, *Histoire de la Poés. provenç.* t. II, pág. 192).

1 De buen grado pondríamos aquí algunas muestras de las poesías de Villasandino: en la imposibilidad de hacerlo con la extension que deseáramos, citaremos la bella cantiga que ocupa en el *Cancionero* el núm. 44, notable por la soltura y gracia de la versificacion, no menos que por la frescura y correccion de la frase. Empieza:

Vysso enamoroso,
Duélete de mi,
Pues vivo pensoso,
Deseando á ty, etc.

En esta y otras varias poesías de Villasandino hallamos las mismas dotes, que hicieron despues célebre el nombre del marqués de Santillana, como autor de las tan aplaudidas *serranillas*.

Mas si le concedemos de buen grado este galardon respecto de las formas exteriores, justo es observar que no descubrimos en Alfonso Alvarez, fuera de la prodigiosa facilidad que el marqués de Santillana le concede, ninguna de aquellas dotes que constituyen al verdadero ingenio, dándole elevada y legítima representacion en la historia del arte. Su patriotismo se nutre, como el de Pero Ferrús, de esperanzas cortesanas: sólo se despierta en él ó cuando ha recibido alguna ofensa, ó cuando no halla la gracia que solicita, aquel sentido moral que daba tan alto precio á la musa de Pero Lopez de Ayala; y si alguna vez, dominado del sentimiento religioso, dirige sus cantigas á la Vírgen María, resalta en ellas lo humano sobre lo divino, por más que se vanagloriase de que alguna era bastante á libertarle de la condenacion eterna [1].

Ni ofrecen por cierto distintos carácteres Perafan de Ribera y el Arcediano de Toro. Si no es lícito despojar del título de poeta al noble adelantado de Andalucia, patriarca de aquella ilustre familia que se distingue por su amor á las letras y á sus cultivadores, tampoco merece alto galardon en nuestro parnaso. Una sola composicion, y esta adjudicada con ciertas dudas, conocemos de dicho ingenio, más propia para mostrar que no era amigo de dádivas excesivas que para hacer alarde de su talento poético. Rechazaba en ella la peticion de Alvarez de Illescas, que parecia tomarle por padrino de sus desdichadas bodas, y versificábala con notable soltura al uso de los que seguian la escuela de los trovadores [2]. Con mayor aplauso escribia el Ar-

1 La cantiga á que aludimos, es la segunda del *Cancionero de Baena* y tiene este estribote ó estribillo:

> Vírgen digna de alabança,
> En ti es mi esperança.

El mérito literario de esta cantiga está muy léjos de lo que juzgaba Villasandino.

2 Es el decir que lleva el núm. 113 en el tantas veces citado *Cancionero:* en su epígrafe se lee que «algunos decian que la fizo por rruego del dicho adelantado (Ribera) Ferran Perez Guzman».

cediano, que lograba despues ser conmemorado por el ilustre marqués de Santillana, citando expresamente las composiciones que le ganaron la estima de los eruditos [1]. De rendido y fiel enamorado, hasta morir al golpe de los desdenes de su dama, se preciaba en todas las poesías que han llegado á nuestras manos, escritas como otras muchas de Villasandino en el dialecto gallego, tan de moda entre los ingenios de la corte, como apuntamos en otro lugar y notó el celebrado autor de la famosa *Carta al Condestable* [2]. Mas no por confesarse tan apasionado, y retirarse del mundo, al ver malogrado su amor, y hacer testamento, al sentirse morir [3], respondió la musa del buen Arcediano á los

1 Cuando dimos á luz las *Obras del Marqués de Santillana*, abrigábamos la esperanza de averiguar el nombre de este famoso Arcediano: las personas, á quienes en Toro y Zamora teniamos dado dicho encargo, nada han podido adelantar en esta investigacion; y aunque no es imposible que algun dia se tropieze con los documentos inútilmente buscados hasta ahóra, cúmplenos decir que sólo sabemos de cierto lo que nos advirtió el expresado marqués en el núm. XVII de su *Carta al Condestable*. El Arcediano floreció en tiempo del rey don Johan I.—Véase no obstante el núm. CXIV de la *Biblioteca del Marqués* al final de sus citadas *Obras*.

2 Núm. XIV.

3 Esta composicion del *Testamento* no la citó el Marqués de Santillana. Tiene en el *Cancionero* el núm. 316, está en versos de maestría mayor, y comienza:

Poys que me veio á morte chegado, etc.

Entre los legados que vá haciendo, dice:

A miña loa arte de lindo trobar
Mando á Lope de Porto-Carreyro,

poeta coetáneo suyo, no mencionado por el Marqués, á quien debió tener en mucha estima, como tal trovador, pues que añade que le hace este legado de su arte,

Porque sabrá della muy ben usar.

Demás de las composiciones que citó don Iñigo Lopez de Mendoza, se leen

acentos del verdadero dolor, así como tampoco habia sentido el estímulo del amor verdadero. Primoroso en el arte de metrificar y de rimar, cual lo eran Villasandino y los demás trovadores, de quienes se despide en su fingida cuita [1], nada hallamos en sus obras que nos revele las altas aspiraciones de la civilizacion castellana, ni la originalidad de su carácter, avasallado por el espíritu de escuela, como el de sus más señalados coetáneos.

Más original que el Arcediano se mostró sin duda Garci Fernandez de Gerena, merced á muy especiales circunstancias de su vida. Honrado desde su juventud con cierta estimacion y privanza en el palacio de don Juan I, pedia al rey por muger, llevado de ciega codicia, «una juglara que avia sido mora, pensando que ella avia mucho tesoro». Otorgósela don Juan;

en el *Cancionero de Baena* (núms. 311, 312, 315) las cantigas que empiezan:

—Por Deus Mesura.
—En muy forte pensamento.
—Ora me conven este mundo lexar.—

La que empieza:

Crueldat et trocamento,

no aparece entre ellas, y sí adjudicada con el núm. 18 á Villasandino. Esta equivocacion de Juan Alfonso de Baena, prueba que siendo una la escuela poética del Arcediano y del caballero de la Vanda, se confundian ya al mediar el siglo XV, las composiciones gallegas de ambos.

1 Despidiéndose en la composicion *A Deus, Amor, á Deus, el rey*, de todos sus amigos, dice el Arcediano:

A Deus, amigos señores,
Que muyto amé;
A Deus, os trobadores,
Con quen trobé, etc.

Estas palabras no dejan duda alguna de que eran numerosos los trovadores de la corte de don Juan I, mostrando al par el género de poesías que cultivaban, *trobando juntos*, esto es: cantando de una misma suerte y por una misma arte.

pero apartándole desde aquel punto de su lado. Esta repulsa, el desengaño de la soñada riqueza y el general menosprecio que atrajo sobre su persona aquella desusada y desigual union, hubieron de moverle á prorumpir en estériles lamentos, que pensó tal vez hacer interesantes, mezclándolos al universal de Castilla «despues de la batalla de Aljubarrota».

La deshonra que juzgó cubrir con los tesoros de la juglaresa, le echó al cabo la corte y aun de la sociedad, retrayéndose con su mujer á una ermita, cercana á Gerena, donde pasó algun tiempo en simulada y al parecer fervorosa penitencia, ya componiendo devotas cantigas en alabanza de Dios, ya tomando á la Vírgen por su intercesora. Al fin le arrancaba su índole versatil de aquel retiro, y fingiendo «que iva en rromería á Ierusalem», embarcóse en Sevilla con la juglaresa, dirigiéndose á Málaga y pasando de allí á Granada, para renegar la fé de sus mayores y abrazar el mahometismo. Trece años vivió en tierra de moros, olvidado de su patria y encenagado en liviandades con una hermana de su mujer, hasta que cansado sin duda de andar errante, tornóse á Castilla [1401], más cargado de hijos de lo que su pobreza consentia, mendigando la caridad ó excitando la indignacion de sus antiguos amigos, que motejaban su vejez con el infamante dictado de apóstata [1].

Fácilmente se alcanza que las obras poéticas, fuente de semejantes noticias biográficas, debian tener alguna originalidad, aun cuando fuese esta nacida en parte de la misma extravagancia de la vida del poeta. Es Garci Fernandez uno de aquellos ingenios, á quienes concede el cielo imaginacion lozana y pintoresca: sus poesías que no carecen de pensamientos profundos y alguna vez elevados, muestran que le era familiar el conocimiento de las formas artísticas de la escuela provenzal y que

1 Villasandino, en la composicion que lleva el núm. 107 del *Cancionero,* le hace cierta especie de inventario de las cosas que habia ganado, al renegar la ley de Jesucristo. Es obra no sin gracejo, pero de poca autoridad en quien ponia en peligro su alma, por amor de una mora. Véase la nota de la pág. 180.

dominado por influjo más favorable á la nacionalidad castellana, hubiera podido levantarse á más alta esfera. Pero descaminado, como todos sus contemporáneos, y sujeto más que todos á los raros accidentes de una vida borrascosa, en que llegó naturalmente á embotarse el sentimiento patriótico, ni pensó siquiera en consagrar su musa á la gran causa de la civilizacion española, ni pudo hablar otro lenguaje que el ya convenido en el círculo artificial de los que se apellidaban trovadores, ni revelar tampoco otra individualidad poética que la reflejada exteriormente en sus propias vicisitudes. Garci Fernandez de Gerena, aunque no con la variedad de Villasandino, daba no obstante á conocer el progreso de las formas artísticas y de lenguaje, mereciendo en este concepto no despreciable lugar en la historia de la poesía castellana [1].

En igual sentido aparecian cuantos profesaron la *gaya sciencia* durante los reinados de Enrique II y Juan I, en cuya corte obtenian los juglares privilegios y exenciones únicamente concedidos, antes de aquel tiempo, á los primeros personajes de la república [2]. Privaba entre los eruditos aquel arte que dejó de existir un largo siglo habia en el suelo que le dió nombre; y

1 Entre las composiciones de Gerena es notable la cantiga «que fiso en loores de Santa Maria», la cual tiene este estrivillo:

Virgen flor, de espina,
Syempre te serví:
Sancta cosa e dina,
Rruega á Dios por mí.—

En ella, como en todas, resaltan las dotes que le dejamos reconocidas.

2 Concediendo el rey en privilegio de 9 de abril de 1398, dado en el monasterio de Pelayos, ciertas inmunidades y exencion de pechos y derramás á los oficiales reales, incluye entre ellos y como tales los considera «á sus falconeros et menestriles, et al su trompero et joglares et copero». La merced referida era *para siempre jamás*, imponiendo la pena de diez mil maravedís á todo el que fuese contra ella, y mandando que fuesen devueltos á todos los dichos oficiales los pechos y derramas que de ellos se hubiesen recibido.

mientras Alfonso Gonzalez de Castro [1] y otros muchos que se extremaron en su cultivo, pugnaban por trasmitirlo á la posteridad, comenzó á alborear en los horizontes del Parnaso castellano el astro de la *Divina Commedia* que habia eclipsado ya en el suelo de Italia la estrella de los trovadores.

No alcanza Miçer Francisco Imperial éxito tan cumplido como el cantor de Beatriz: que ni podia esto esperarse de quien imitaba, ni le habia dotado la Providencia de aquel talento prodigioso, ni de aquella maravillosa imaginacion, con que le plugo enriquecer al prófugo inmortal de Florencia. Su obra, mucho más modesta y de muy más reducidas proporciones respecto del arte, intrínsecamente considerado, no dejaba de ser trascendental en órden á la poesía castellana, que falta á la sazon de verdadero norte y de fin propio, acogia sin restriccion alguna y pretendia hacer suya la *alegoría dantesca*, al verla resplandecer en las producciones del ilustrado poeta que la transferia al suelo de España. Mas digno es de notarse, por su especial importancia en la historia de nuestras letras, que esta innovacion, destinada á triunfar así

1 Don Iñigo Lopez de Mendoza cita á este poeta antes que al Arcediano de Toro; pero segun notamos en las *Obras del Marqués (Biblioteca*, número XXII), es muy posible que viviese hasta entrado el siglo XV, á lo cual se inclina don Francisco de Torres en su *Historia de Guadalajara*, de donde era natural, manifestando que vivia en 1415. Rades de Andrada menciona en 1385 un frey Alonso Gonzalez de Castro, comendador de Calatrava (*Crón. de las tres Órdenes*, fól. 65), hecho que no debió ignorar don Iñigo Lopez, quien á haber sido dos diferentes personages, hubiera procurado distinguirlos de algun modo. Sea como quiera, al citarle en este lugar, le consideramos como discípulo de la escuela provenzal, fundándonos en una de las canciones que menciona el marqués y que Alfonso de Baena adjudicó equivocadamente á Macías. Esta cantiga que tiene el núm. 309 en el *Cancionero*, comienza:

> Con tan alto poderío,
> Amor nunca fué juntado, etc.,

y aparece animada de cierto sentido alegórico, bien que muy distante de la escuela dantesca.

en las comarcas donde se hablaba el idioma de Castilla como en las que conservaban todavía sus nativos dialectos, se inicia y echa vividoras raices en el suelo de Andalucía.

Oriundo Miçer Francisco Imperial de una ilustre familia de Génova, en la cual habia residido más de una vez la primera dignidad de aquella república, y natural de la misma ciudad, cuyo mayor poder consistia en la actividad y extension de su comercio, trájole sin duda á la Península Ibérica Jácome ó Jaime Imperial, su padre, famoso mercader de joyas que se avecindaba en Sevilla durante el reinado de don Pedro [1]. Hallábase entonces Miçer Francisco en su primera juventud: su amor á las letras, y sobre todo á la poesía, le habia hecho iniciarse en el conocimiento de los vates griegos y latinos, que más alto renombre habian logrado en la antigüedad clásica: Homero, Virgilio, Horacio, Lucano, cuantos poetas, merced á los esfuerzos de Petrarca y sus discípulos, comenzaban á ser estimados por sus producciones, cuyas bellezas habian sido antes más presentidas que justamente quilatadas, le eran familiares [2]. Su educacion literaria se habia formado no obstante en aquellos momentos en que la gloria de la *Divina Commedia* y el aplauso de su inspirado autor llenaban todos los ángulos de Italia: domi-

1 En el testamento del rey don Pedro, dado á luz al final de su *Crónica*, se cita en efecto á Jácome Imperial, como tal mercader de joyas. Hablando de las que legaba á su hija Constanza, decia el rey: «El otro alhaȝyate es el que compró Martin Yañez por mi mandado aqui en Sevilla, que »traxo de Granada Jaimes Emperial, en que ha cinco balaxes», etc. (página 562). Que Miçer Francisco nació en Génova consta del encabezamiento que llevan sus poesías (pág. 197 del *Cancionero*), siendo muy de notar la circunstancia de haber conservado toda su vida el título de *Miçer*, propio de la lengua italiana, bien que aplicado tambien de antiguo entre los catalanes y aragoneses, manifestando así la influencia que de la patria de Petrarca habian recibido.

2 Imperial daba razon de sus estudios clásicos, cuando decia:

En muchos libros ley
Homero, Virgilio, Dante,
Boecio, Lucan, des ý
En Ovidio *de Amante*, etc.

nado por aquella gran reputacion, seducido por la sublimidad y belleza de aquellos cantos que se repetian al par en los alcázares de los príncipes y en las tiendas de los mercaderes, en los talleres del artesano y en las plazas públicas [1], dábale la preferencia entre todos los grandes maestros del arte; y consagrado á su constante estudio, aspiraba á poseer los medios artísticos y literarios, á que el cantor de Beatriz habia dado tan desusada perfeccion, y se resolvia á ensayarlos en el habla castellana.

No era en verdad la empresa de Miçer Francisco Imperial una de aquellas, para cuyo logro basta sólo la voluntad de quien las acomete.—Aunque más trabajada de lo que vulgarmente se ha creido, contaba la lengua que ilustran Alfonso X y Sancho IV, escasas tentativas para dotar al Parnaso español de los metros endecasílabos: el mismo Rey Sábio en el dialecto gallego, en que escribe sus *Cantigas*, el Archipreste de Hita en alguno de sus *himnos á la Vírgen* y el príncipe don Juan Manuel en los dísticos [viessos] de los apólogos, que componen el *Conde Lucanor*, y tal vez en su *Libro de los Cantares*, desdichadamente perdido para la historia literaria, habian intentado aclimatarlos, tal vez á ejemplo de los trovadores; pero no seguido el suyo ó seguido con menos empeño y perseverancia de lo que se habian menester para lograr éxito cumplido, fueron de poco fruto sus esfuerzos, dejando esta gloria, si tal puede llamarse, á otros más afortunados.

Ni era tampoco fácil tarea la de amoldar á la referida metrificacion el dialecto poético del parnaso castellano, existente ya en aquella edad, por más que se haya dicho lo contrario, suponiendo que sólo llega á formarse en los tiempos de Juan de Mena [2]. Im-

1 Véase la nota 86 del capítulo XVIII de la II.ª Parte.

2 Esta opinion ha generalizado en nuestros dias la autoridad del docto don Alberto Lista y Aragon, en sus *Ensayos literarios y críticos* (t. II, *Del lenguaje poético*, art. II). Mas á pesar del gran respeto con que pronunciamos siempre el nombre de este varon esclarecido, debemos notar aquí que siendo desconocidos en su tiempo los poetas de que tratamos, no le fué

portantes modificaciones, hijas de la misma naturaleza de la innovacion, debia pues experimentar la diccion poética para ajustarse al estilo y metro que habia sublimado el Dante; y unidas una y otra dificultad á la no menos considerable de tomar por instrumento una lengua no aprendida en la cuna, hacíase altamente meritoria y no muy fácil y segura la empresa del poeta genovés, que intentaba dotar á la literatura castellana de las galas de la *alegoría dantesca*, mientras hallaba racional disculpa su poca fortuna, al dar cima á semejante empresa.

Desgraciadamente no poseemos hoy todas las poesías, escritas por Micer Francisco Imperial con el indicado propósito; mas entre las que han llegado á nuestros dias, cual muestra de su talento y para justificacion de las palabras del docto marqués de Santillana, se cuenta una composicion de tal entidad, así por su naturaleza como por sus formas, que nada nos deja que desear, respecto del fin á que aspiraba y de los medios empleados para alcanzarlo. Hablamos de la que en el *Cancionero de Baena* es designada, no con entera propiedad, con el titulo de *Desir á las syete Virtudes* [1]. Imperial, teniendo siempre delante de sí la simpática imágen del amante de Beatriz y no cayéndosele de las manos la *Divina Commedia*, no sólo se confiesa en la citada produccion su admirador y discípulo, sino que poniendo al Dante en el mismo lugar que este habia dado á Virgilio, se complace en recibir del gran poeta el nombre de *Hijo*, dándole el de *Maestro* y *Sumo Sabio*, y bebiendo en su inmortal epopeya inspiracion y doctrina.

Pero sobre ser el *Desir á las syete Virtudes* en su estructura general una imitacion tan palpable de la *Divina Com-*

posible formar cabal juicio respecto del dialecto poético empleado por los mismos. En cuanto á la diferencia que existia entre dicho lenguaje y el prosáico, no se olvide que aquel respetable maestro confesó ingenuamente que desconocia el *Conde Lucanor* (Id., id., pág. 206), y que por tanto no alcanzó á quilatar su mérito literario, así como tampoco pudo apreciar ninguna de las obras del siglo XIV que dejamos juzgadas.

1 Mejor seria *Vysion de las syete virtudes y de los syete viçios*. Tiene en dicho *Cancionero* el núm. 250.

media, apenas hay en él pasage alguno que no tenga su original en el *Purgatorio* ó en el *Paraiso*, partes á que por su misma índole principalmente se refiere. Micer Francisco Imperial, no llegado todavía á la cumbre de su vida [1], se dirige al despuntar la aurora á un verde prado, donde al lado de cristalina fuente contempla un florido rosal, sintiéndose, al aproximarse á él, poseido de grave sueño, que no embargaba no obstante su fantasía. Para decir á los hombres lo que en tal sueño se le representa, invoca el auxilio de Apolo, siendo esta la vez primera que en lengua castellana era solicitado el favor de aquella deidad gentílica. Imperial imitaba aquí y seguia con singular fidelidad la invocacion, que hace el Dante en el canto I del *Paraiso*: el vate florentino habia exclamado:

O buono Apollo, all' ultimo lavoro
Fammi del tuo valor si fatto vaso
Come dimandi á dar l'amato alloro.

. . . .

Entra nel petto mio, e spira tue,
Sí come quando Marsía traesti
Della vagina della membra sue.

O divina virtú, se mi ti presti
Tanto, che l'ombra del beato regno
Segnata nel mio capo io manifesti.

Su imitador decia:

Sumo Apolo, á tí me encomiendo:
Ayúdame tú con suma sapiençia
Que en este sueño que escrevir atiendo
Del ver non sea al desir defyrencia,

1 El poeta dice: *De la mi edat aun no en el ssomo*, imitacion palpable de: *Nel mezzo del cammin di nostra vita*, con que empieza la *Divina Commedia*. Observando que antes de 1394 escribió varias composiciones, ya algun tanto olvidado de la imitacion dantesca, tales como las que se dirijen á la manceba de don Alfonso de Guzman, muerto en dicho año (*Canc. de Baena*, núms. 238 y 239) es muy probable que compusiera este decir en la referida centuria, rayando ya en los cuarenta años. *Aun no en el ssomo de su edat*, como dice.

Entra en mis pechos; espira tu cienҫia,
Como en los pechos de Febo espiraste,
Cuando á Marsía sus miembros sacaste
De la su vayna por la tu exҫelenҫia.

¡O suma lus, que tanto te alҫaste
Del concepto mortal, á mi memoria
Represta un poco lo que me mostraste
E faz mi lengua tanto meritoria!... etc.

Terminaba la invocacion, en que manifiesta que así como á veces sigue á una breve centella inmenso fuego, así tambien puede seguir á su inspiracion otra que luzca en Castilla con más duraderos resplandores, entra pues en la descripcion del prado misterioso, donde dormia, trasunto del que pinta el amante de Beatriz en el VII canto del *Purgatorio*. A su vista aparecen aquellas estrellas *non viste mai*, que se mostraron á su maestro, al llegar á las regiones de la *Esperanza* [1]: siguiendo su luz, dá en un arroyo que le conduce á un hermoso jardin, defendido por un muro de esmeralda, coronado de olorosos jazmines y rodeado del mismo arroyo, cuyas cristalinas aguas producian, al formar dulce cascada, la más apacible música. Ninguna entrada habia descubierto, pareciéndole imposible penetrar en tal recinto, cuando divisó una puerta de rubí, la cual se bajaba para darle paso, como un puente levadizo. Al pisar aquella venturosa tierra, blanqueaban, como el armiño, sus vestiduras; y vuelto á la mano derecha creia ver sobre la yerba las huellas de humana planta, cuyo rastro le lleva hasta un rosal, trás el cual mira levantarse un hombre, que le saluda cortesmente. Hé aquí cómo le describe:

Era en [su] vista benigno é suave
E en color era la su vestidura
Cenisa ó tierra que seca se cave [2];
Barba é cabello alvo sin mesura.

1 Purgatorio, Canto I.

2 Estos dos versos son casi literal traduccion de los siguientes, en que describió Dante el trage que vestia el ángel que guarda la puerta del *Purgatorio* (cant. IX):

Cenere, o terra, che seca si cavi
D'un color fora col suo vestimento, etc.—.

Traya un libro de poca escriptura,
Escripto todo con oro muy fino,
E comenzava. *En medio del camino*,
E del laurel corona é çentura.

De grant abtoridad avia semblante,
De poeta de grant exçelençia,
Onde omilde encliné me delante,
Fasyéndole devida reverençia;
Et díxele con toda obediençia:
«Afectuosamente á vos me ofresco
Et magüer tanto de vos non meresco,
Ssea mi guya vuestra alta cyençia» 1.

El Dante, que no otro es el aparecido, se le ofrece en efecto por guía, llevándole de la mano hácia las estrellas misteriosas, mas no bien habian andado cien pasos, cuando resuenan en sus oidos «voces angelicales é mussycado canto», á que responden otras muchas con los himnos de *Manet in charitate*,—*Credo in Deum*,—*Spera in Deo*, percibiéndose entre los rosales más cercanos una dulce voz que decia:

....Qualquier que el mi nombre demanda,
Ssepa por çierto que me llamo Lya,
E cojo flores, por faser guirlanda,
Commo costumbro al alva del dia» 2.

1 En esta aparicion y pintura total del Dante hallamos notable semejanza con la de Caton de Útica, contenida en el citado canto del *Purgatorio*. Aunque Imperial recordó algunos rasgos del retrato, que hace Alighieri de su propia persona en varios pasajes de la *Divina Commedia*, no olvidando el trage que vestia en su fantástica peregrinacion, conservó algunas pinceladas de las que animan la fisonomía del Uticense. Dante escribia:

Vidi presso di me un veglio solo,
Degno di tanta reverenza in vista
Che più non dee á padre alcun figliuolo.
Lunga la barba é de pel bianco mista
Portava á suoi capegli simigliante.

2 Los anotadores del *Cancionero de Baena* dicen sobre este pasage: «Lia es el nombre de una hermana de Raquel que fué despues muger de

Absorto Imperial á tanta maravilla, sacábale el Dante de aquella suerte de arrobamiento, manifestándole que habian llegado ya al rosal que florece en medio del prado, desde el cual se contemplaban las siete estrellas. Formaban las tres primeras brillador *triángulo* y describian las segundas, que se parecian más lejanas, no menos esplendoroso *quadrángulo:* unas y otras tenian en el centro la imágen de hermosísimas matronas, cuyas sienes ceñian bellas coronas de oro, representándose en los rayos de todas gallardas doncellas, exornadas de vistosas guirnaldas. De color de llama viva eran las primeras, y más blancas que la blanca nieve las segundas, entonando unas y otras perenne cántico de alabanza á Dios con tal pureza y honestidad que no podian ser reveladas por el poeta. Descríbelas éste despues individualmente por boca del cantor de Beatriz, resultando ser las *Virtudes Teologales* y las *Cardinales*: de la Caridad nacian como otros tantos rayos, la Concordia, la Paz, la Piedad, la Compasion, la Misericordia, la Benignidad, la Templanza, la Libertad, la Mansedumbre y la Guerra: de la Fe, que se ostentaba abrazada á un árbol de doce ramas [1], la Mundicia (Pureza), la Castidad, la Reverencia, el Afecto, la Religion, la Firmeza, la Obediencia y la Herencia (Tradicion): de la Esperanza la *Fiuzia* (Con-

»Jacob; mas en este lugar parece aludirse á algun personage mitológico que »nos es desconocido» (Notas, pág. 670). Lástima fué que no reparasen en que Imperial iba siguiendo las huellas del Dante, para ver que los versos trasladados son traduccion casi literal de los que pone el cantor florentino en boca de Lia, al representar en ella la *vida activa*, ya en el paraiso terrenal. El discípulo de Virgilio habia manifestado que Lia; hermana de Raquel, en quien personifica la vida contemplativa, andaba cogiendo flores, y decia cantando:

Sappia qualunque 'l mio nome dimanda
Ch'io mi son Lia é vo movendo 'ntorno
Le belle mani á farmi una ghirlanda.

Hasta la rima copió aquí Imperial, no siendo por tanto ni *mitológico*, ni *desconocido* el personage, á que alude.

1 Bella representacion alegórica de Jesu-Cristo y los doce apóstoles.

fianza), el Apetito, el Amor, el Deseo, la Certidumbre y el Esperar. Tenia por hijas la JUSTICIA el Juicio, la Verdad, la Lealtad, la Correccion, la Persuasion, la Igualdad y la Ley: reconocíanse cual derivadas de la FORTALEZA la Magnanimidad, la Magnificencia, la Seguranza, la Paciencia, la Mansedumbre, la Grandeza y la Perseverancia: dependian de la PRUDENCIA la Providencia [1], el Comprender, el Enseñamiento, la Cautela, la Solicitud y el Acatamiento: y obedecian á la TEMPLANZA, como á madre, la Continencia, la Castidad, la Limpieza, la *Sobriedad*, la Vergüenza, el Templamiento, la Honestidad, y la *Humildad* que desprecia las grandezas del mundo. Dante declara á Imperial, terminada aquella descripcion, en que explica su propia vision de las virtudes [2], que de nada le aprovecharia la vista de las siete estrellas, sin conocer á la DISCRECION, madre de las mismas, mostrándosela al propio tiempo apartada de todas, cubierto el rostro de blanco velo, vestida de grís y entonando los mismos himnos que las demás cantaban:

Yo ende miro et vi dueña polida,
Só velo alvo et de gris vestida,
Tener del canto la tenor con ellas.

Perplejo y vencido de la novedad quedó Imperial, meditando en la vision que tenia delante, hasta que la voz del amante de Beatriz, cumpliendo el piadoso ministerio que esta habia desem-

1 La voz *providencia* está aquí usada en la acepcion que le dieron los latinos y el mismo Dante repetidas veces. Ciceron decia: «Ea virtus ingenii »ad bona diligenda, reiicienda contraria, ex providendo est apellata *provi*»*dencia*» (*De legibus lib. I.*). Imperial quiso pues representar con este nombre ese noble atributo de la *Prudencia*.

2 Es muy digna de notarse la conformidad de Imperial y de los primeros comentadores del Dante respecto de la representacion de las cuatro estrellas del paraiso. Esto nos induce á creer que si no le eran familiares los *comentarios* de Boccacio, Benvenutto de Imola, etc., que ven en ellas el emblema de las virtudes, interpretaba sin duda el sentimiento y creencia universal de cuantos saboreaban en Italia las bellezas de la *Divina Commedia*. De todos modos daba á conocer Miçer Francisco el grande estudio que tenia hecho de la misma.

peñado con él en su viaje al Empíreo, vino á desvanecer las dudas que le asaltaban. Dante le dice:

En un muy claro vidro [bien] plomado
Non se vería tan bien tu figura,
Commo en tu vista veo tu cuydado
Que te tien ocupado sin mesura 1.

El inspirado maestro le da á conocer la naturaleza de las *Virtudes* y la influencia que ejercen sobre los mortales; y advirtien-

1 Todo este pasage nos recuerda otros varios del *Paraiso*, en que Dante nos pinta igual situacion respecto de Beatriz, su guia: en el canto I leemos, manifestada la sorpresa que causa al poeta la presencia del sol:

Onde ella che, vedea me si com' io,
Ad acquietarmi l'animo commosso;
Pria ch' io à dimandar la bocca aprio, etc.

En el canto IV trazaba análoga situacion, diciendo despues de mostrar la perplejidad del poeta, en órden á la beatitud de las almas que moraban en la luna:

Io mi tacea; ma'l mio disir dipinto
M'era nel viso, e'l dimandar con ello
Piu caldo assai, che per parlar distinto.

. . . .

Beatriz dice:

...Io veggio ben come ti tira
Uno et altro dissio, si che tua cura
Se estessa lega di che fuor non spira, etc.

Imperial, mostrando nuevas dudas, segun nos dirá el análisis, añadia:

E yo que nueva sed me aquexava
En mí deçia, magüera callaua:
A mi conviene que desate un nudo:
¿Mas qué sserá, que fuertemente dubdo
Que mi pregunta á este sabio graua?.....
E quando el poeta bien entendïó
Mi tímido querer que non se abrió,
Tornando al su fablar, ardit me dió, etc.

La imitacion no puede ser más palpable.

do que Imperial revuelve en su mente el deseo de saber por qué no alumbra á Castilla la benéfica luz de tan prodigiosas estrellas, satisfácele con estas palabras:

... A esto respondo, mi fijo amigo,
Que esta lumbre vïedan las serpientes,
Las que vinieron, si bien hás en mientes,
Fasta el arroyo, muy juntas contigo.
Contigo estaban fasta aquella ora
Que viste el agua de la clara fuente, etc.

Eran las expresadas serpientes representacion de los vicios. Dante descubre á Imperial las propiedades de cada una, designándolas por sus propios nombres [1]; y terminada la descripcion, exclama:

El fedor dellas, fijo, ciertamente
El ayre turba tanto syn mesura
En nostro regno que la fermosura
De aquestas dueñas non vée la gente.

Pronunciadas estas palabras, aparece el cantor florentino animado de santa indignacion, dirigiendo enérgico apóstrofe contra la ciudad más noble y escogida del reino, la cual se habia convertido en guarida de todas las indicadas serpientes. ¿Qué ciudad era esta?... Imperial imita aquí y aun traduce en parte la sátira que lanza sobre Italia, y en especial contra Florencia, su respetado maestro, al contemplar en el VI Canto del *Purgatorio* la singular efusion, con que se abrazan Virgilio y Sordelo de Mántua, al reconocerse compatriotas [2]. ¿Era que, recordando la

1 Debemos notar que las cinco estancias en que se hace la pintura de los vicios, bajo la alegoría de las siete serpientes, se hallan en la edicion del *Cancionero de Baena* tan plagadas de errores que no es fácil seguir ni aun el sentido gramatical de la frase. Proviene esto sin duda de no haber podido consultar los editores sino un sólo MS., en que lució el pendolista su ignorancia más de lo que solian hacerlo los trasladadores de los siglos medios.

2 De buen grado copiaríamos aquí para que hicieran por sí la comparacion nuestros lectores, los pasages de la *Divina Commedia* y del *Decir á*

ojeriza que abrigó el Dante toda su vida contra su ingrata patria, procuró Micer Francisco transferir á sus versos este rasgo sobresaliente de su carácter, ó ya que pretendiese comparar á Sevilla, ciudad tan principal y tan elogiada en sus mismas producciones, con la desvanecida Florencia? A lo primero parece inclinarnos la circunstancia de ser maestro y discípulo italianos y usar de la expresion *nostro regno*, al referirse al efecto producido por los vicios: de lo segundo pudiera deponer la misma ilacion de las ideas y sobre todo la referencia, ya notada, á los males que aflijian á Castilla y la condicion de ser Imperial *estante et morador* en la capital de Andalucia.

Sea como quiera, el Dante pone fin á su razonamiento, anunciando severos castigos á la ciudad pecaminosa, con el futuro reinado de la Justicia; y vuelto de nuevo á Micer Francisco, advierte en su semblante que no habia quedado del todo satisfecho, animándole á que repita sus preguntas. El discípulo prorumpe:

. . . . —Declárame, lus mia,
Cómo esta lumbre viedan las serpientes,
Cómo con ellas, segunt fases mientes,
Vine al arroyo, ca yo non las vya.

las syete Virtudes, á que nos referimos. No omitiremos algunos rasgos. Dante pinta irónicamente la volubilidad de los florentinos, diciendo:

Atene et Lacedemonia, che fenno
Le antiche leggi, é furon si civili
Fecero al viver bene un picciol cenno.
Verso di te, che fai tanto sotili
Provedimente ch'à mezzo Novembre
Non giunge quel che tu d'Ottobre fili.

Imperial le imita de este modo:

. . . . Ciceron Fabricio
E los que en Roma fueron tan ceviles,
Al bien veuir non fecieron un quiçio
A par de tus oficiales gentiles
Que facen tan discretos é sotiles
Proveimientos que á medio Febrero
Non llegan sanos los del mes de Enero,
Tanto que alcançen altos sus cobiles.

Alighieri le manfiesta que no le habia sido dable el reconocerlas, por tener velada la *virtud visiva* hasta llegar á la cristalina fuente del vergel misterioso, asegurándole al par con nueva explicacion, que los vicios de los hombres tenian oscurecido en la tierra el brillo y resplandor de las *Virtudes* celestiales. Comprendida por Micer Francisco esta doctrina, resonaron en sus oidos dulcísimos cantos que se elevaban de las rosas del santo rosal, á cuyo lado estaba, percibiendo entre ellos los himnos *Gratia Maria, ave,—Ecce ancilla* y—*Salve Regina;* portento superior á su razon y cuya inteligencia solicita del amante de Beatriz, que le replica de este modo:

> . . . . Fijo, non tomes espanto;
> Ca están en estas rosas Serafines
> Dominaciones, Tronos, Cherubines:
> Mas non lo vedes, que te ocupa el manto [1].

Un viento semejante al que acaricia en mayo las flores, al quebrar el alba, se mueve al terminarse el cántico de alabanza á la Virgen María, despertando en aquel instante el poeta, que halla en sus manos la *Divina Commedia*, abierta por el capítulo VII del *Purgatorio* [2].

1 Conveniente juzgamos advertir que Imperial recordaba en este pasaje el canto XXVIII del *Paraiso*, donde en nueve círculos de luz contempló el Dante los coros de Ángeles, Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones etc.,—bien que colocándolos entre los rosales del *verde é fiorioto prato*, en que purgaban su pecado los que vivieron con el ánimo *ocupato in signorie é stati.*

2 Imperial dice:

> . . . Fallé en mis manos á Dante abierto,
> En el capítul que la Virgen salva.

Este capítulo es el mencionado en el texto. La *Salve* de la Virgen, á que se alude, el *Salve Regina* entonado por los príncipes y reyes, que moraban en el florido prado, mencionado arriba. Los versos á que especial-

Tal es el *Desir á las syete Virtudes*, composicion altamente *alegórica* y por extremo *dantesca*, que vino á mostrarse en el parnaso castellano como una doble innovacion relativa á la forma literaria y á las formas artísticas. Mostraba en ella Miçer Francisco Imperial que era la *Divina Commedia* fuente caudalosa de inspiraciones y dechado de bellezas, presentándola como tal á los que se preciaban de discretos y acreditando entre ellos, con sus frecuentes imitaciones, aquel gusto y especial estilo que tanto aplauso habian merecido en el suelo de Italia.

Casi todas las obras de Imperial reconocian en efecto la misma pauta: alegórico era al cantar sus amores, suponiéndose de contínuo trasportado por sobrehumana virtud á vistosas florestas, donde se le aparecian hermosas matronas y doncellas, que disparándole agudos dardos, le llevaban cautivo [1]; alegórico, al pintar los atributos de la *Castidad*, la *Humildad*, la *Paciencia* y la *Lealtad*, que eligen por juez á la *Filosofía* para quilatar sus excelencias [2]; y alegórico en fin, y devoto imitador del Dante, de quien toma imágenes, símiles y pensamientos, al celebrar el natalicio del Príncipe don Juan en su ingeniosa *Vision de los siete Planetas*, citada expresamente por el ilustre marqués de Santillana [3].

mente se refiere Micer Francisco en todo el final de su *Dezir*, son estos:

> Non avea pur natura ivi dipinto
> Ma di soavità di mille odori
> Vi facea un incognito indistinto.
> *Salve, Regina*, in sul verde, e'n su'fiori
> Quindi seder cantando anime vidi,
> Che per la valle non parean di fuori, etc.

1 Vease el *Decir*, publicado por los anotadores del *Cancionero de Baena*, pág. 666, tomándolo del MS. de la Biblioteca Patrimonial (fól. 155), cancionero que daremos á conocer en breve.

2 Véase el núm. 242 del *Cancionero de Baena*.

3 Núm. XVII de la *Carta al Condestable*. Las alusiones al Dante son en este *famoso decir* tan frecuentes como claras. Despues de invocar el auxilio de Apolo, para eclipsar la vision de los siete planetas, representados

No eran sin embargo las dotes de Francisco Imperial de tan levantado precio que bastasen á imponer por completo la innovacion por él acometida, viéndose al cabo forzado á recibir para sus propias obras la metrificacion de *arte mayor* y de *arte real*, tan ejercitadas por los ingenios españoles,—mientras parecia ir olvidando la que en su juventud habia aprendido, y ensayado

bajo la alegoría de Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Vénus, Mercurio y Luna, dice al pintar el efecto que produjo el cuento de Júpiter:

Non vido Aligher tan grant assosiego,
En el escuro limbo esperimentado,
En el gran colegio del maestro griego, etc.

Este colegio que preside Aristóteles, *il maestro di color che è sanno*, lo pone el Dante en el canto IV del *Infierno*, y en él brillan Demócrito, Diógenes, Anaxágoras, Thales, etc. En otro lugar añade:

Tanta alegria non mostró en el viso
Al poeta jurista, teólogo Dante
Beatris en el cielo, commo quando quiso
Rassonar el sol. —etc.—

Donde se refiere el canto XXXI del *Paraiso*, en que ocupando Beatriz la silla que goza en la inmortal Jerusalem, y brillando con nuevos resplandores, se vuelve á mirar á su amado, animada de celestial sonrisa. Pintando despues la *Fortuna*, tomaba los principales atributos del canto VII del *Infierno*, en que hace Alighieri la descripcion más bella y original de aquella deidad, sometida ya á la luz superior de *colui, lo cui saver tutto trasçende*. En la *Divina Commedia* dice Virgilio, por ejemplo, retratando á la *Fortuna*, que Dios la ordenó como

. . . . . . general ministra e duce
Che permutasse à tempo li ben vani
Di gente en gente e d'uno in altro sangue
Oltre la difension de senni umani.

Imperial ponia en boca de la misma *Fortuna* que todos los *bienes humanales* estaban sujetos á su influjo, añadiendo:

De unos en otros los vuelvo é traspasso,
De linage en linage, de gentes en gentes
En un solo puerto é muy passo á passo.

despues en el idioma de Castilla [1]. Mas, si por no encontrar imitadores ó por no contradecir obstinadamente los cánones de nuestro parnaso, intentó acomodarse el discípulo del Dante á la versificacion generalmente cultivada, no por eso dejaron de producir sus esfuerzos el fruto deseado respecto de la *escuela alegórica* y aun del gusto literario que representaba, señalándose entre los que abrazan una y otra los más floridos ingenios que honraban á la sazon el nombre de Sevilla.

Distinguíanse en el suelo de Andalucía, como apasionados de la musa erudita y partidarios de la escuela provenzal que imperaba entre los poetas de la corte, los jurados Diego Martinez de Medina y Alfonso Vidal, tenidos ambos por muy discretos y entendidos en letras [2]; y no gozaban de menor fama los religiosos Fray Pedro Imperial, hermano de Micer Francisco, Fray Alfonso de la Monja, Fray Lope del Monte, Fray Diego de Valencia y Fray Bartolomé García de Córdova [3], prometiendo sin duda más sazonados frutos otros más jóvenes ingenios, entre quienes lograban cierta nombradia el cordobés Gomez Perez Patiño [4], y los sevillanos Gonzalo Martinez de Medina, hermano de Diego, y Fernando Manuel de Lando, cuyas producciones examinaremos en lugar oportuno.

1 Es digno de notarse que así como en el *Dezyr á las syete Virtudes*, son contados los versos de doce sílabas, debidos acaso á la ignorancia del trasladador, abundan en las demás poesías de Imperial los de once, ya sáficos, ya propios, ya *more toscano*, prueba evidente de lo arraigada que estaba en él la educacion literaria recibida en Italia y del grande esfuerzo que hacia para adoptar el sistema dominante en Castilla. Fácil nos sería el copiar aquí versos felicísimos que hicieran palpable esta observacion; mas algo hemos de dejar á la curiosidad de nuestros lectores, á quienes remitimos á las *Ilustraciones* que dedicamos al referido *Decir de las Syete Virtudes*.

2 Pueden verse las poesías que poseemos de uno y otro en el *Cancionero de Baena*: las del primero en los números 233, 235, 323, 325 al 329: las del segundo en el 236.

3 Véanse en dicho *Cancionero* los números 246, 282, 117, 273, 324, 326, 328, 345 al 350;—35,—118, 473 al 528;—228—etc. En dichas composiciones se ofrecen algunos datos curiosos sobre la vida de estos poetas.

4 Núms. 351 á 356 del *Cancionero*.

Descubríanse en las obras de todos estos poetas, á pesar de su filiacion lemosina, dotes especiales que los separaban en cierto modo de los trovadores de Castilla: exornábanlas mayor pulcritud y regularidad en las formas artísticas; avalorábalas más escogido y pintoresco lenguage; dábanles mayor riqueza y gala ciertos accidentes descriptivos, que revelando ya una naturaleza lozana, varia y risueña, ponian al par de manifiesto que la literatura ennoblecida por el Rey Sábio no habia sido planta estéril en las fértiles comarcas arrancadas al poder sarraceno por la espada de San Fernando. Pero esta diferencia, perceptible sin duda á toda crítica ilustrada, iba á aparecer de mayor bulto, al arraigar en el suelo de Sevilla el *arte dantesco* entre los imitadores de Miçer Francisco Imperial. Ninguno habia ostentado hasta aquel momento más brillantes facultades poéticas que Ruy Paez de Ribera y ninguno llevó á más alto punto el entusiasmo que tan peregrina innovacion le inspira.

Vástago al parecer de la antiquísima é ilustre familia de Ribera, ya antes mencionada, hacíase estimar Ruy Paez entre los ingenios sevillanos por «ome muy sabio é entendido», no sin que su fama cundiese tambien á los de la corte, quienes recibian «todas las cosas que él ordenaba cual bien fechas é bien apuntadas» [1]. Deponian en efecto á su favor los discretos *dezires*,

1 Esto deducimos del encabezamiento de sus poesías en el citado *Cancionero* (núm. 288 del mismo). Por lo demás nada hemos podido averiguar de Ruy Paez, sino que floreció á fines del siglo XIV y principios del XV, en que brillaba por sus riquezas y su poder la familia de los *Riberas* en la capital de Andalucía. Los anotadores del *Cancionero de Baena*, indicaron que pudo ser hijo de Payo, quien lo era de Perafan; pero esto no concierta ni con la edad que suponen sus obras, ni con el lugar en que florece. De los epitafios que tiene en Sevilla aquella noble familia (trasladados de la Iglesia de Santa María de las Cuevas á la de la Universidad) nada resulta respecto de Ruy Paez; mas del modo en que una y otra vez habla de los Riberas en sus composiciones puede deducirse que se honraba de pertenecer á dicha familia. Salazar de Castro, que da noticia en varios pasages de sus entronques con la de Lara, nada dice tampoco de este poeta, cuya claridad de ingenio le hacia digno de ser más conocido.

dirijidos á Enrique III, presentándole como partidario de la escuela *pròvenzal* [1], cuando muerto este príncipe, al comenzar el siglo XV, daba á conocer que se habia filiado tambien en la *dantesca*, no siendo el *decir*, escrito con tal propósito, el primer ensayo debido al anhelo de contarse entre sus imitadores.

Antes sin duda de esta época era celebrada de los doctos la ingeniosa composicion, que bajo el título de ***Proceso que ovieron en uno la Dolencia é la Vejez é el Destiero é la Probesa***, insertó el judino Baena en su ya citado *Cancionero* [2]: en ella procuraba Ribera poner de relieve los males que traian á la humanidad, tanto las flaquezas inherentes á su perecedera constitucion como los que provienen de la sociedad y de las preocupaciones que la avasallan; y para alcanzar el efecto apetecido, no halló medio más eficaz que el de la forma *alegórica*, que el ejemplo de Imperial autorizaba. Ruy Paez se finge trasportado á un valle, asiento del terror, que describe con estas breves y enérgicas pinceladas:

En un espantable, | cruel, temeroso
Valle oscuro, muy fondo, aborrido,
Acerca de un lago | ferviente, espantoso,
Turbio, muy triste, | mortal, dolorido
Oy quatro dueñas, | fasiendo roydo,
Estar departiendo | á muy grant porfía,
Por cual d'ellas ante | el omme podía
Seer en el mundo | jamás destroydo.

Receloso de que pudiera serle imputado á vileza el no dar cabo á semejante aventura, penetra en el valle, llegando al lago no sin grave disgusto; y contemplando á su orilla las cuatro dueñas, en quienes se representaban la *Dolencia* y la *Vejez*, el *Destierro* y la *Pobreza*, las describe del siguiente modo:

Miré sus personas | qué gestos avian,
E vilas llorosas | é tan doloridas

1 Son los que tienen en el *Cancionero de Baena* los núms. 295 y 296.
2 Es el núm. 290.

Que ningun plazer | consigo tenian,
Vestidas de duelo, | las caras rompidas.
Coronas d'esparto, | é sogas ceñidas,
Descalças é rrotas | é descabelladas
E tristes amargas | é desconsoladas,
E huérfanas, solas, | cuytadas, perdidas.

Lleno de pavor á tal espectáculo, bien que deseoso de aliviar su duelo, pregúntales la causa, sabiendo por ellas que jamás tendría fin ni mejoría aquella tristeza y que empeñadas á la sazon en determinar cuál de las cuatro era más perjudicial al hombre, ninguna cedia á las otras, reclamando para sí la preferencia. Todas convienen sin embargo en tomarle por juez en semejante querella; y abierto el singular proceso, alega cada cual sus fatales merecimientos, dando principio la *Dolencia* á exposicion tan original y peregrina. Por ella pierde el hombre salud, hermosura, fortaleza, seso, donaire, ciencia y discrecion; por ella cambian las facciones del rostro, se muda el color, se truecan las inclinaciones, y los objetos antes apacibles y risueños producen en el ánimo devorador hastío:

Por mi todo cuerpo | es desnaturado,
Los ojos sumidos, | nariz afilada,
La barvilla aguda | é el cuello delgado,
Angostos los pechos, | la cara chupada,
El vientre finchado, | la pierna delgada,
Las rodillas gruesas, | los muslos delgados,
Los brazos muy luengos | é descoyuntados,
Costillas salidas, | oreja colgada, etc.

Ponderados los males que al hombre acarrea de contínuo, júzgase la *Dolencia* muy superior á sus tres émulas: la *Vejez*, primera que le replica, intenta sin embargo probar que no es menos dañosa al hombre, haciendo larga muestra de los achaques, sinsabores y angustias que le prodiga, siendo todos postreros y sin enmienda. El *Destierro* reclama tambien para sí aquella poco grata supremacía, mostrando que por él vive el hombre triste *con grant maldicion*, y desesperado, lejos de su patria y viendo siempre rostros desconocidos. Toca finalmente

su turno á la *Pobreza;* y el poeta que contemplaba cada dia el menosprecio y vilipendio que hallan en el mundo aquellos á quienes deja de su mano la instable fortuna, mirando á la contínua levantados á la cumbre del poder y colmados de honras mundanales á los que sin reparar en el camino, logran amontonar el oro [1],—infunde tal aliento y comunica tal colorido á sus palabras que llega á inclinar á su favor la balanza en tan raro y difícil proceso. La *Pobreza* es la última de las calamidades: trás humillar y envilecer al hombre, le abre con mano despiadada las puertas del crímen, poniéndole en contradiccion con la misma naturaleza:

Tan grande et esquiva | es mi fortaleza
Et muy cruel pena | é fiera dolor
Que yo prevalesco | á Naturaleza
E soy muy contraria | al grant Criador:
Ca lo que crió | el nostro Señor
Alegre, fermoso, | de gentil aseo,
Seyendo muy pobre, | lo fago yo feo,
Triste et amargo, | syn otra dulçor.

Oprimido bajo el peso de horrible maldicion, ni logra el pobre la justicia de ser oido, ni alcanza la dicha de la compasion, viviendo por tanto en odioso apartamiento del mundo y en desdeñoso olvido de Dios, desposeido de toda risueña y consoladora esperanza. En vida tal *muere muerte aborrida,* y su alma desesperada halla sólo perdurable condenacion, en pago á los dolores de que anduvo cargada en la tierra. Con títulos tan valederos no podia dejar la *Pobreza* de obtener la victoria en aquel *pleyto más negro que pez;* y Ruy Paez de Rivera, pues que de ella dependian *muerte, dolor, tormento é infierno,* pronuncia el fallo en su favor, fundándole en la amarga experiencia que le ofrecia la

1 Esta idea pareció preocuparle tanto que escribió además otro *dezir,* «recontando todos los trabajos é angustias é dolores», de que puede el hombre ser aflijido, en el cual declara que «non falló cosa alguna que se egua»lase con el dolor é quebranto de la mucha pobreza».—Es el señalado con el núm. 291 del *Cancionero.*

sociedad, en quien tenian puesta perpétua dominacion la rapacidad y la codicia.

No era sin embargo la doctrina aquí asentada tan religiosa como pedia el sentimiento cristiano que animaba á nuestros mayores, pudiendo conducir fácilmente al más desgarrador excepticismo; pero ni es lícito atribuir á Ruy Paez intencion semejante, ni debe causarnos maravilla su desconsoladora consideracion sobre la pobreza, cuando en los versos de tan eminente repúblico y tan piadoso caballero, como el Canciller Pero Lopez de Ayala, hemos visto reflejarse la misma creencia; acusacion que recae de lleno sobre la sociedad, presa á la sazon de una moral torcida, fuente de la prematura corrupcion que la contaminaba. La identidad de miras en uno y otro poeta prueba que el mal existia con desmedidas proporciones, no pudiendo menos de ser reflejado por el arte, cualquiera que fuese la forma literaria por él empleada: la *alegoría* se mostraba en Ruy Paez de Ribera fiel á sus conocidos é inmediatos orígenes: el Dante habia sido azote cruel y sangriento de cuantos vicios, errores, preocupaciones y tiranías avasallaban á la humanidad, al mostrarse en medio de la barbarie armado de la *Divina Commedia*.

De estos asuntos morales, tan hermanados con el arte *alegórico*, pasaba Ribera á la consideracion del estado político de Castilla, para consignar de una manera pública y solemne las dulces esperanzas que concibieron grandes y pequeños, al empuñar las riendas del gobierno, trás el prematuro fallecimiento de Enrique III, su generoso hermano, el infante don Fernando.—Anunciada esta esperanza (que templa en cierto modo el dolor de tan sensible pérdida) en el *dezir* ya mencionado, que animan tambien las ficciones de la *alegoría* [1], celebra el poeta el nuevo reinado

1 Es el núm. 289.—Ribera finge que es transportado á un valle *de olyoso é suave verdor*, donde junto á una clara fuente oye grandes clamores; siendo conducido despues por una hermosa doncella, *doneguil é garrida, cortés é graciosa* á un estenso prado, en cuyo centro se levantaban tres *caderas* (sillas) sobre rico estrado, cubiertas y coronadas de guirnaldas y paños de seda de varios colores. En la primera silla aparecia un tierno

de la templanza y la justicia, inaugurado por el noble Infante y por la reina doña Catalina, dando á luz su muy aplaudido *Proceso entre la Soberbia é la Mesura*. A diferencia de lo que hemos visto en la anteriormente examinada, dominan en esta composicion las imágenes apacibles y risueñas, que nacen de su misma idea generadora, revelándose desde los primeros versos:

En un deleytoso | vergel espaçiado,
Estando folgando | á muy grant sabor,
Vy dos donsellas | de muy grant valor
Estar departiendo | en un verde prado.
La una vestía | velut colorado;
De un robin fino | guirlanda traía
E en su diestra mano | espada tenía
Bien clara, lusiente, | el fierro delgado.

La otra vestia | una hopa landa
De un imple rico, | con su penna vera,
Broslada de plata | en alta manera;
E en su cabeça | traya guirlanda
De muy rico aljófar | é fina esmeranda, etc.

Ribera se acerca respetuosamente á las doncellas, y sabe por confesion de las mismas que es la primera representacion de la Soberbia, dependiendo de ella otras seis que personifican la *Luxuria*, la *Gula*, la *Envidia*, la *Codicia*, la *Vanagloria* y la *Acidia* (la *Pereza*), á cuyo cortejo pertenece tambien la *Avaricia*, última encarnacion de los pecados que dan muerte al alma. La

príncipe; en la segunda una dolorida matrona; en la tercera un gentil caballero. Al rededor de estas sillas y fija la vista en el guerrero, hay inmensa muchedumbre de nobles, que en medio de su dolor, le saludan cual nuncio de ventura y como restaurador de la nobleza. Ribera lleno de admiracion, pregunta á la doncella *si es sueño ó vision* lo que está viendo, y sabe de sus lábios, que la dueña dolorida es la reina doña Catalina, el príncipe niño don Juan y el guerrero, que tenia delante una *gran espada aguda de amas las partes*, don Fernando, el de Antequera. Así pues mezclaba Ruy Paez el dolor y la esperanza, al llorar la muerte de Enrique III.

humanidad entera es esclava de la SOBERBIA, cuya satánica arrogancia se pinta en este bello rasgo:

Por mí fué venido | el Angel de luz
A poblar el fondo | abismo infernal.

La segunda doncella es MESURA: con ella viven la *Paz*, la *Concordia*, la *Bondad*, el *Temor*, la *Misericordia*, el *Amor*, la *Paciencia* y la *Caridad*, deseosas del bien y abandonadas de los grandes señores de la tierra. Escarnecidas en las cortes de los reyes, buscan en ásperas montañas solitaria morada, durante el dia, partiendo del yermo con las sombras de la noche para tentar fortuna en nuevas ciudades, de donde los arroja, al amanecer, la vergonzosa corrupcion que en todas partes domina. En este momento se muestra á los ojos de Ribera otra doncella de grave aspecto y colosal estatura, armada su diestra de dos espadas y ostentando en la siniestra un peso. Al contemplarla, salúdala *Mesura*, con profunda humildad, mientras *Soberbia* se retira llena de sobresalto. Era la JUSTICIA: ante ella expone la MESURA, por sí y á nombre de sus hijas, cuantas injurias y desmanes habia recibido en el espacio de cuarenta años [1], de manos de la SOBERBIA y sus allegadas; replicando esta á semejante acusacion que habia prescrito el derecho de MESURA, pues que habian reinado principes de *gran natura* hasta aquel tiempo, sin que fuese inquietada en su absoluto imperio. Rebate la MESURA esta ilegítima disculpa, manifestando á la JUSTICIA que es llegado el dia en que

. . Pues que al señor | Dios plugo elegir
Al niño ynocente | por rrey de Castilla;
De todo el reynado | pecado é mansilla
Conviene, Señora, | á vos espelir.

1 Ribera escribe esta poesía en 1406, de modo que rebajando á esta fecha los cuarenta y seis años de que habla, resulta que desde 1366, en que empezaron las guerras fratricidas que tienen fin en el escándalo de Montiel, habia sido la *Mesura* víctima de la *Soberbia* en Castilla.

Amor, Temor y ***Buen Seso,*** deben en consecuencia desterrar á ***Codicia*** y ***Avaricia,*** que destruian y aniquilaban cruelmente los ***pueblos mesquinos,*** poniendo escándalo en todas las gentes: bajo la salvaguardia de la JUSTICIA debian prosperar la ***Paz*** y la ***Concordia,*** preparando risueño y venturoso porvenir al niño rey, á cuyo lado brillaban, como dos flores de singular fragancia, al Infante don Fernando y la reina doña Catalina. La SOBERBIA se confiesa vencida, y refrenado su orgullo, es condenada á perpétuo destierro, tomando la JUSTICIA en su proteccion y guarda á don Juan de Castilla y encomendando su crianza y educacion á todas las virtudes,

> Porque rresplandezca, | asy commo lumbre,
> El sol rresplandece | entre las estrellas.

No podia ser más claro y terminante el empeño de Ruy Paez de Ribéra, al seguir las huellas de Micer Francisco Imperial en la imitacion del *arte dantesco*. La índole y especial carácter de las visiones que finge su fantasía, la manera de disponer una y otra vez la escena, y hasta la filiacion que establece generalmente y con particularidad en esta composicion, respecto de las virtudes y los vicios, todo dá á conocer la identidad de las fuentes, en que ambos se inspiran, sin que pueda abrigarse duda de que tuvo Imperial el lauro de la iniciativa en este peregrino desarrollo de la poesía castellana.

Pruébalo así, demás de la aseveracion del docto marqués de Santillana que dió al ilustre genovés el titulo de maestro, al señalarle imitadores [1], la notabilísima circunstancia de reflejarse en las producciones de Imperial más directamente las ideas, los pensamientos, los símiles y aun las formas artísticas de la ***Divina Commedia,*** mostrándose en las de Ribera que, recibida ya la imitacion ***alegórica,*** propendia esta á vivir con la vida del arte español, que habia infundido su propio aliento á cuantas formas literarias fueron cultivadas por los ingenios de Castillla.

1 *Carta al Condestable,* núm, XIX, que tendremos adelante presente.

Ni es esta la única observacion importante que debemos á las poesías de aquel distinguido sevillano: el ejemplo del *estilo y uso moderno,* segun lo apellidaba el mismo Dante [1], no podia ser estéril en el suelo, donde tuvieron por admiradores y discípulos las musas clásicas á un Silio Itálico y un Columela; y ensayada la imitacion por Micer Francisco, así respecto de las formas literarias y artísticas como de las formas de lenguage, si no fué dado á Ribera segundar sus pasos en órden á los metros toscanos, abandonada la empresa por Imperial,—no por esto dejó de fructificar la imitacion tocante al estilo poético, acaudalándose notablemente el dialecto de las musas con voces, frases y maneras de decir, peregrinas antes en nuestro parnaso.

Justo parece consignar sin embargo que no cayó Ribera en los frecuentes *italianismos* cometidos por Imperial, resplandeciendo por el contrario en sus poesías ciertas dotes que si bien pueden perfeccionarse con el ejemplo de buenos maestros, jamás se conquistarán, imitando. En ninguno de los poetas sevillanos de fines del siglo XIV brillan tanto como en Ruy Paez aquellas galas naturales que habian comenzado á exornar las obras de los ingenios andaluces, dándonos cabal idea de la singular resurreccion del espíritu nacional, tal como se habia mostrado desde la antigüedad más remota, á medida que el suelo español se iba recobrando de la dominacion sarracena. No podia en efecto ser más eficaz la confirmacion de la doctrina que oportunamente asentamos, al estudiar las producciones de los escritores y esclarecidos vates que envia á Roma la Península Ibérica en los dias del Imperio: aquella notabilísima personificacion del ingenio español que hemos contemplado con iguales caractéres, ya en las creaciones de los Sénecas y Marciales, ya en las obras de los Prudencios y Draconcios, ya finalmente en las de los Ildefonsos y Julianes, de los Eulogios y los Álvaros [2], vuelve á tener realidad en las poe-

1 *Infierno*, cant. I; *Purgatorio*, cant. XXVI.

2 Primera parte, caps. I al IX inclusive.

sías de los trovadores entre quienes florece Ribera, revelando desde entonces la existencia histórica de las dos principales escuelas, en que se iba á dividir en siglos futuros el campo de las letras.

Era este hecho tanto más digno de maduro exámen, por más que no haya sido todavía reconocido por la crítica [1], cuanto

1 Es notable el desden con que han visto los críticos estos desarrollos de la poesía española en la edad-media: semejantes á los escritores de artes, para quienes sólo mereció el nombre de *gótico* cuanto se construyó desde la caida del Imperio romano hasta la época del *Renacimiento*, ninguna diferencia hallaron entre las producciones debidas á los ingenios castellanos del siglo XIV, que por otra parte condenaban á esterilidad tan repugnante como inverosímil.—Pero si la misma naturaleza de sus estudios no les consintió señalar los diferentes desarrollos del arte, es mucho más digno de repararse que historiadores extrangeros de nuestros dias, cuya severidad llega alguna vez hasta el punto de negar el sentido crítico á los escritores españoles, no hayan consignado la innovacion *alegórica*, como dejaron sin explicacion las transformaciones artísticas que la precedieron. Aludimos aquí muy principalmente el anglo-americano Ticknor, quien no sólo desconoció este desarrollo de la poesía castellana, pasando en silencio los primeros cultivadores de la alegoría, sino que llegó á cometer el inexplicable anacronismo de colocar á Micer Francisco Imperial entre los poetas de mediados del siglo XV, despues de Juan de Mena y del Marqués de Santillana, sin notar una sola de las relaciones que tienen sus poesías con el arte alegórico y sobre todo con la *Divina Commedia*. Verdad es que lo primero hizo tambien respecto de Villasandino y otros, probando una vez más que no era su cronología literaria la más ajustada á la verdad histórica (*Hist. de la liter. esp.*, I.ª época, cap. XX). Pero lo notable es que dominados tal vez por la autoridad de Ticknor, llegaron los anotadores del *Cancionero de Baena* á despojar á Imperial del legítimo galardon de haber introducido en el parnaso español el estilo (el *género* dicen con poca propiedad) italiano, oponiéndose á Mr. de Puibusque, único escritor que habia apuntado esta idea (*Hist. de la litter, compar.*, t. I, cap. II, pág. 95). Este error, que procuramos desvanecer, al trazar la *Vida del Marqués de Santillana*, á quien Ticknor atribuyó con no mayor fundamento dicha gloria, queda en plena evidencia con la exposicion histórica que llevamos hecha. La opinion de los referidos anotadores, contradictoria de la de Ticknor (en órden á la introduccion de la *alegoría*) no es más verdadera que la del indicado escritor respecto de la influencia de Micer Francisco Imperial y de su significacion, como discípulo del Dante, segun saben ya los lectores. La indicacion de Mr. Puibusque recibe de nuestro estudio la confirmacion más cumplida.

más cercana estaba, segun arriba insinuamos, la época de la conquista de Córdoba y Sevilla, poderosas ciudades destinadas á ejercer, por medio de sus hijos, alta y trascendental influencia en la suerte de las musas españolas. Pero lo que más debe sorprender á cuantos se precien de entendidos en nuestra historia literaria, es el considerar cómo una vez reconocido el hecho, no se interrumpe ya la tradicion de ambas escuelas, siendo tan constantes, cual diversos entre sí los caractéres que cada una ofrece al estudio de la filosofía [1]. Mientras los ingenios castellanos se muestran graves y severos, como el cielo que cobija sus valles y sus extendidas llanuras; mientras, á pesar de la postracion á que los conduce una política extraviada y débil, exhalan acaso melancólicos acentos ó prorumpen en himnos religiosos y alguna vez patrióticos,—exaltados los poetas andaluces al espectáculo sorprendente y magestuoso de aquella naturaleza, que poblaba los valles de verdes olivos y aromáticos naranjos y limoneros, y que perfumaba los prados con bosques de rosas y jazmines, convertíanse á todas partes para recoger inspiraciones; y guiados primero por la musa del cantor de Beatriz y conducidos más adelánte por el genio de la antigüedad clásica y el genio de la Biblia, logran transferir á sus cantos aquella misma pompa y riqueza, con que plugo al cielo dotar tan envidiadas regiones. No parecia sino que al ser estas recobradas por las armas cristianas del poder de la morisma, se restituia á su suelo el mismo espíritu que animó un dia á Séneca y Lucano, á Silio y Columela.

Tal enseñanza debemos al exámen de las poesías de Ruy Paez de Ribera, ora le consideremos como imitador del ilustre genovés que trajo á nuestra Península el *arte dantesco*, ora le estudiemos con relacion á los demás poetas castellanos que en su tiempo florecen. Abundante y rico más que ninguno otro en las descripciones, enaltece su inventiva con las galas de una ima-

1 En el núm. 1082 de la *España* (1851), dando á conocer el *Cancionero de Baena*, expusimos algunas observaciones sobre este importantísimo punto de la historia literaria: adelante iremos explanando y confirmando estas indicaciones en lugar oportuno.

ginacion lozana y risueña, por más que siga las huellas de la imitacion, mostrándose iniciado ya en el difícil arte de comunicar á la palabra la dulzura de las medias tintas que infunden inusitada armonía á todos sus cuadros: dueño del instrumento que emplea, su frase es limpia, flexible, decorosa y casi siempre poética, y no menos escojida su diccion, distando en tal manera de la diccion y de la frase usadas á la sazon por el Gran Canciller Ayala, que sólo constando de un modo irrefragable, puede admitirse la coexistencia de ambos escritores [1].

Segundando con semejantes dotes la empresa de Micer Francisco Imperial, era indudable que no podia ser esta estéril: la *alegoría dantesca*, desdeñada, ya que no contrariada, por el autor del *Rimado del Palacio*, llegaba á cobrar tanto aplauso entre los eruditos que no sólo los ingenios de Sevilla, tales como fray Diego de Valencia, Diego Martinez de Medina y Ferrant Manuel de Lando, sino tambien el famosísimo Alfonso Alvarez de Villasandino, de quien dijimos arriba que representaba en nuestra historia á los antiguos trovadores provenzales, se ensayó en su cultivo [2]. Que este se eleva á su mayor desarrollo durante el siglo XV, á cuyas puertas nos hallamos, lo habrá de probar con

1 Véase lo que dejamos dicho respecto del tiempo, en que fué escrita la última parte del *Rimado del Palacio*, pág. 131, en la nota que equivocadamente lleva el núm. 39 en vez de 1.

2 Es digno de citarse el *dezir*, que Villasandino compuso al fallecimiento de don Enrique III (1406), en que se valió en efecto de la *alegoría*, exponiendo una *vision que ovo en figura de revelacion*, esto es *more dantesco*. Tres dueñas doloridas y cubiertas de luto se le aparecen: *una traia corona de esparto*, como la *Pobreza* pintada por Ribera; otra una espada rota y *orinienta;* otra una cruz de palo. La primera representaba á la reina doña *Catalina;* la segunda á la *Justicia*; la tercera la Iglesia de Toledo, todas tres viudas de su *buen esposo*. El poeta las consuela, diciendo á doña *Catalina* que quedaba casada moralmente con su hijo don Juan, á la *Justicia* con el Infante don Fernando, y á la Iglesia que *loase al primero y tomase al segundo*. Este decir tiene el núm. 34 del *Cancionero*. Fray Diego de Valencia siguió tambien las huellas de Imperial tan estrictamente que no vaciló en tomar por modelo para el *dezir* que hizo al *Nacimiento de don Juan II*, el que escribió aquel con el mismo propósito, declarando «que en algunos lugares le *retrató*». Es el núm. 227 de dicho *Cancionero*.

toda evidencia el estudio de los poetas de la corte de don Juan II y aun el de los que en más cercanos dias se precian de hablar el lenguaje de las musas: el ilustre don Enrique de Aragon y el renombrado marqués de Santillana daban con el peso de su grande autoridad levantada estima á aquella maravillosa forma literaria, que producia en la lira de Juan de Mena las fantásticas visiones del *Labyrintho* y las más temerosas de *Los Doce triunfos de los apóstoles* en la del cartujano Juan Padilla que alcanza al siglo XVI, segun oportunamente mostraremos.

El triunfo de la *alegoría dantesca* no anulaba sin embargo á la escuela provenzal, así como las ficciones caballerescas que suceden á la manifestacion del arte *didáctico-simbólico*, no ahogan los gérmenes de vida que deposita este en nuestra literatura; gérmenes que debian fructificar aun en medio del conflicto de encontradas aspiraciones y tendencias. La escuela de los trovadores, prestándose á la artificial interpretacion de los fáciles y pasajeros amores de los cortesanos; haciendo alarde de un lenguaje convencional, aunque exteriormente apasionado; y sirviendo de instrumento, como en los primitivos Tribunales de Amor [1] á aquellas lides intelectuales que tan de moda estuvieron en los últimos dias del siglo XIV y en la primera mitad del XV, refiriéndose ya á la teología y á la moral, ya á la política y á la galantería, estaba llamada, como la *dantesca*, á tener su mayor desarrollo entre los ingenios de la corte de Juan II de Castilla.

Antes de que llegára á natural granazon aquella poesía, que desde los tiempos del Rey Sábio pugnaba por señorear nuestro parnaso, debia recibir no obstante nuevas modificaciones, cuyo orígen no radicaba ya en la *gaya sciencia*: mientras el arte de Alighieri era trasportado al suelo de Andalucía y acogido allí con general entusiasmo, iniciábase en las regiones orientales de nuestra Península la imitacion de otro gran poeta italiano, á quien el voto unánime de doctos é ignorantes daba el cetro de la poesía

1 Raynuoard, *Des troubadours et des Cours d'Amour*, pág. VII y siguientes.

lírica. Petrarca, que en sus dulces y melancólicas canciones y en sus bellísimos sonetos había inmortalizado el nombre de Laura, creando una poética, que distaba igualmente de la seguida por los vates latinos y por los trovadores, era considerado cual perfecto modelo por los ingenios catalanes, que se apartaban cada dia de la primitiva escuela provenzal, reflejando más de lleno el alto y trascendental sentimiento de la nacionalidad española.

Cómo esta influencia se inicia, y asociada á la *dantesca*, llega á producir las obras de Ausías March, Mossen Jorde de San Jordi y Mossen Febrer, y cómo se comunica á la España Central, formando singular maridaje con todos los elementos literarios, acaudalados ya por nuestros mayores, ó acojidos de nuevo...., materia es de no fácil exposicion y que demanda especial desenvolvimiento. Pero no sería posible comprender el mútuo enlace ni las particulares relaciones de las diversas ideas que van sucesivamente apareciendo en el estadío de las letras españolas, para exigir más ó menos legítima representacion, y faltariamos por otra parte á las leyes más fundamentales de la cronología, si no atendiésemos primero á estudiar el desarrollo que tienen, al declinar el siglo XIV, otras manifestaciones del arte, entre las cuales alcanzan preferente lugar la historia y la elocuencia.

Hé aquí, pues, la tarea, á que nos proponemos consagrar el siguiente capítulo.

CAPITULO V.

LA ELOCUENCIA Y LA HISTORIA Á FINES DEL SIGLO XIV.

Alto ministerio de la elocuencia sagrada.—CULTIVADORES CASTELLANOS.—Don Pedro Gomez de Albornoz, arzobispo de Sevilla.—Su *Libro de la Justicia de la Vida espiritual.*—Exámen del mismo.—Carácter de su elocuencia.—CULTIVADORES ARAGONESES.—Don Pedro de Luna.—Su libro de las *Consolaciones de la vida humana.*—Fin trascendental de la elocuencia sagrada.—La historia.—CRONISTAS ARAGONESES.—Don frey Johan Ferrandez de Heredia.—La *Grant Chrónica de Espanya.*—Crónica de *los Conquistadores.*—*Flor de las ystorias de Orient.*—Juicio de estas obras.—Elementos literarios que en ellas se reflejan.—El *Libro de Marco Polo.*—CRONISTAS NAVARROS.—Fray Garcia Eugui, obispo de Bayona.—La *Crónica de los fechos de España.*—Comparacion de esta y de las crónicas de Heredia: en los fines históricos—en el estilo y lenguaje.—CRONISTAS CASTELLANOS.—Johan de Alfaro.—Su *Crónica de don Juan I.*—Johan Rodriguez de Cuenca.—El *Sumario de los Reyes de España.*—Tradiciones que refleja el *Sumario.*—Pedro Corral.—La *Genealogía de los Godos ó Crónica del Rey don Rodrigo.*—Juicio de Perez Guzman sobre la misma.—Fuentes literarias en que Pedro Corral se inspira.—Representacion de su libro en el desarrollo de la literatura castellana.—*La Crónica de las façañas de los filósofos.*—Su importancia y utilidad en el progreso de los estudios históricos.—Ruy Gonzalez de Clavijo.—Su viaje.—Efectos morales del mismo.—Protexta del sentimiento nacional contra la apoteósis, concedida en la historia al elemento caballeresco.

A medida que adelantamos en la exposicion de la historia literaria, cautivan nuestra atencion nuevas manifestaciones del arte, ó vemos segundadas con notable esfuerzo las ya reconocidas, y cuyas condiciones de existencia no estaban expuestas á fáciles

cambios, ni podian ceder al primer impulso de extrañas literaturas. Cierto es que no eran ni podian ser numerosas estas manifestaciones, ensanchándose cada dia la esfera de la erudicion con nuevas conquistas, conforme á las leyes á que estaba sujeto desde su cuna el arte de los doctos. Mas por lo mismo que dando cuenta de los sacudimientos políticos y cediendo al inevitable influjo del comercio de otras naciones, se acaudalaba la patria literatura con extrañas formas y peregrinas ideas, es más interesante el estudio de aquellos monumentos, en que reflejándose ó acrisolándose los más altos sentimientos de la sociedad, parecia conservarse el depósito de las tradiciones y con mayor pureza el de las creencias religiosas, ya sirviendo de noble despertador al amortiguado patriotismo, ó ya de saludable antídoto á la corrupcion de las costumbres.

No se dudará que aludimos á las producciones de la historia y más principalmente á las de la elocuencia sagrada, único género de oratoria que podia tener vida propia en el siglo XIV, y cuyo noble ministerio era doblemente útil en aquellos dias. Penetrando la poesía en el corazon de la sociedad, habia mostrado, con mayor exactitud que la historia, las dolencias que la aflijian y aun el doloroso cáncer que la devoraba: trazado con vigoroso pincel el triste cuadro de aquella prematura corrupcion, llenaba la musa castellana los más elevados fines de su existencia, exponiéndolo á la execracion de las gentes. La elocuencia sagrada, recordando la doctrina evangélica y convidando á practicarla á cuantos tenian olvidados sus deberes, ofrecia á todos por el contrario el bálsamo consolador de la esperanza; y atenta á labrar de nuevo los despedazados vínculos de la fraternidad y del amor, enseñaba á perdonar las ofensas, borrando su memoria con el sello de los beneficios.

Confiados estaban pues estos sublimes intereses de la sociedad y de la religion á los generosos varones, que limpios de conciencia y superiores á las vanidades del mundo que señoreaban á la muchedumbre de clero y pueblo, llegaban á las purísimas fuentes de las sagradas escrituras, para templar en ellas el acero de su palabra y ofrecerse despues á la pelea con seguridad de la victoria.

Cumplido habia desde su cuna la elocuencia sagrada, que tiene por instrumento la lengua de Castilla, tan levantados fines: fray Pedro Pascual, aquel piadoso mártir de Cristo que en el primer dia del siglo XIV sella con su sangre en las mazmorras de Granada la sinceridad de su creencia, habla y difunde la doctrina del Salvador para fortalecer á los que yacen en cautiverio, mostrando á sus opresores la falsedad de su ley [1]: Alfonso de Valladolid, llamado á la luz del cristianismo desde la oscuridad judáica, convence á los rabinos del error en que viven, abriendo á su vista el camino de la verdad evangélica [2]: fray Jacobo de Benavente, hijo de aquella meritoria milicia que habia renovado en el siglo XIII los tiempos apostólicos, inculcando en todas las gerarquías sociales el santo temor de Dios y exponiendo los fundamentos de la doctrina cristiana, afea y reprende, cual otro San Bernardo, los extravios de monjes, sacerdotes y prelados, contra los cuales habia lanzado la sátira agudos y acerados tiros [3]. Para fortalecer y defender la grey católica, expuesta en el infortunio á las tentaciones y peligros de la apostasía; para quilatar la verdad y probar el cumplimiento de las divinas escrituras; para cimentar de nuevo las salutíferas enseñanzas del Evangelio, y limpiar de la cizaña de las mundanales pompas y vanidades la herencia del Salvador, habia pues hablado la elocuencia sagrada en la lengua del Rey Sábio. Consecuente con el principio que le dió vida, y fiel á la tradicion que la alimentaba, debia encaminar á igual meta todos sus pasos; conviccion que producen en nuestro ánimo cuantos monumentos han llegado á nuestros dias de la segunda mitad del siglo XIV.

Es sin duda uno de los varones más notables, que en esta edad cultivan tan elevada oratoria, don Pedro Gomez de Albornoz, segundo entre los arzobispos de Sevilla que se distinguen con aquel nombre. Hijo de Fernan Gomez de Albornoz, comendador de Montalvan, vió la luz primera en la ciudad de Cuen-

1 Véase II.ª Parte, cap. XIII. del primer Subciclo.
2 II.ª Parte, cap. XIV. de id.
3 Id., cap. XIX. de id.

ca por los años de 1330, criándose al cuidado y bajo los auspicios de su ilustre tio don Gil Alvarez de Albornoz, uno de los más esclarecidos prelados que honran la mitra de Toledo. Elevado el arzobispo al capelo en 1350, llevábale consigo, iniciado ya en el estudio de las disciplinas liberales; y encargado á poco de reducir la Italia á la obediencia de la Santa Sede, quiso tambien que le siguiera, deseoso de que en la celebrada Universidad de Bolonia se aplicase al conocimiento de los cánones. Lograba el generoso prelado, cuyo valor heróico habia resplandecido en el Salado y en Algeciras al lado de Alfonso XI, pacificar la revuelta Italia; y para dar prueba de su ilustracion, fundabá el año de 1364 en la Universidad mencionada el renombrado Colegio de los españoles, en el cual daba señalado lugar á su sobrino [1].

Desde 25 de setiembre de 1353 se habia contado sin embargo el futuro arzobispo de Sevilla entre los escolares de Bolonia, dando quince dias adelante principio al estudio de las decretales bajo la direccion del aplaudido Paulo de Lia, reputado á la sazon por una de las lumbreras del derecho canónico. Ocho años consumió don Pedro en aquellos estudios; y resuelto en 1361 á

1 La fundacion del Colegio español en Bolonia es sin duda uno de los hechos que más honran la memoria de don Gil de Albornoz, enlazando estrechamente la civilizacion española á la italiana, que tanta influencia habia comenzado á ejercer en el *Renacimiento* de las letras clásicas. Llamados á frecuentar las áulas, en que por vez primera se dieron á conocer en lengua vulgar los preceptos de la elocuencia latina, creció en los españoles el respeto y devocion á la antigüedad, no siendo maravilla que no olvidada, aun entre las mayores nieblas de la edad-media, la gran literatura representada por Ciceron y Virgilio, viniesen en breve á reflejarse con nuevo y mayor brillo en la castellana los vivos resplandores de sus admirables monumentos. Oportuno será tener presente que al establecer Albornoz el referido Colegio, habian florecido ya Petrarca y Boccacio, dejando en Juan de Rávena, y en otros ciento, dignos imitadores que trasmiten su amor á las letras clásicas á un Leonardo de Arezzo, un Poggio Fiorentino, un Lorenzo Valla, á quienes debe el *Renacimiento* grandes servicios y señalados triunfos. En breve tendremos ocasion de notar los efectos de este nuevo comercio literario bajo diversas relaciones, demás de las ya indicadas en anteriores capítulos.

abrazar la carrera eclesiástica, recibia en los idus de Abril de manos del Obispo de Segovia la órden, *corona y grados*, y en 28 de julio siguiente era laureado con los insignias de doctor; ceremonia que se verificaba en la iglesia de San Pedro de Bolonia, teniendo por compañero á Pedro de Toledo, obispo que fué despues en la de Osma. A 15 de Marzo de 1362 era Alvarez de Albornoz ordenado subdiácono en la capilla de Rocapapal por fray Juan, obispo de Ancona; y al comenzar el año académico de 1363 alcanzaba la honra no vulgar de ser designado para reemplazar en la cátedra de decretales á su antiguo maestro.

Con gloria suya y del nombre castellano leyó por el espacio de seis cursos en la Universidad, que habia creado, digámoslo así, aquella ciencia, y que se ufanaba con ser madre de tan señalados varones como un Eugenio IV y un Raymundo de Peñafort, insigne catalan digno de grande y duradero elogio. Cundia la reputacion de don Pedro hasta la corte pontificia; y ya fuera que Urbano V quisiese premiar en él los señalados servicios del Cardenal don Gil, muerto en 1367, ya que atendiera á sus propios merecimientos, elevábalo en 4 de junio de 1369 á la silla episcopal de Lisboa. No habia cantado misa Alvarez de Albornoz, juzgándose tal vez indigno de los últimos grados del sacerdocio; pero administrado aquel sacramento por su amigo don Pedro de Toledo, que ejercia ya la dignidad episcopal, era consagrado en los postreros dias de setiembre por el Cardenal Grimaldo, hermano del Pontífice y su legado en Italia.

Permanecia don Pedro en Bolonia, cuando muerto Urbano V, subia á la suprema cátedra de la Iglesia Gregorio XI, y deseando honrar su ciencia y su virtud, creábalo en 1371 Cardenal, con título de Santa Práxedes, encomendándole en 9 de julio el arzobispado de Sevilla [1]. Dos meses despues se restituia

1 Debemos estas noticias al curioso memorial que escribió el Arzobispo de su propia vida, y que utilizó ya en su *Teatro Eclesiástico* el diligente Gil Gonzalez Dávila, t. II, pág. 57. Guárdase este singular monumento en la biblioteca toletana, tantas veces citada por nosotros. Dávila no tuvo noticia del libro que dá al Arzobispo lugar no despreciable en la historia de la elocuencia española, como á continuacion verán los lectores.

á España el nuevo Cardenal-arzobispo, y tomada posesion de su silla, consagrábase de lleno al cuidado de sus ovejas, visitando detenidamente los pueblos de la diócesi y poniendo por su propia mano pronta y eficaz enmienda en aquellos males y arraigados abusos, que vivamente la estaban demandando. No eran todos los vicios que halló don Pedro, así en el clero como en sus feligreses, de tal naturaleza que cedieran fácilmente á la correccion del momento: habíalos en unos, nacidos de la relajacion universal de la disciplina; abundaban en otros, como hijos de la ignorancia; y para restablecer en los primeros el espíritu evangélico, en que debia estribar la pureza de las costumbres y desterrar de los segundos los errores y supersticiones que afeaban y corrompian la creencia, juzgó el celoso y docto arzobispo que no habia remedio más eficaz que la misma doctrina dolorosamente olvidada. Exponerla pues en tal forma que llegase á brillar con igual fuerza y esplendor en todas las inteligencias, siendo para unas salutífera triaca y sirviendo á otras de guía y norte seguro, obra era altamente meritoria, verdaderamente apostólica y digna en sumo grado de quien habia coronado sus sienes con el lauro de la ciencia, ganando título de maestro en la primera Universidad del cristianismo.

A este fin se encaminaba don Pedro, al escribir su *Libro de la justiçia de la vida espiritual et perfecçion de la Eglesia militante* [1]. Semejantes los prelados á los ángeles superiores «que

1 Este raro monumento se custodia en la Biblioteca Escurialense con título de: *Confesionario* y la marca a. iiij. 11. Es un volúmen, en 4.°, escrito en papel, de letra de la segunda mitad del siglo XV. En la biblioteca Nacional existe asimismo, signado BB. 136 é intitulado: *Tratado Espiritual*, bien que alternando con otros libros morales (aunque no todos de igual naturaleza), que debieron formar coleccion con él, en el órden siguiente, segun se deduce del fólio 1.°: *Libro del Arçobispo de Sevilla,—El libro del Vergel de Consolaçion,—El libro de Sant-Bernaldo,—El libro de Bartolo,—El libro del Cauallero Afar..?—El libro de Calila et Digna,—El libro que fizo Maestro Juan contra los Judíos,—El libro de los sermones de fray Vicente.* Terminado el libro del arzobispo don Pedro II, con la exposicion de los *pecados mortales*, se ponen en este códice algunas advertencias para el

»dan lumbre á los inferiores, porque han más complida et per»fecta la notiçia de las cosas divinales, deuen enformar et nu»drir los pueblos á su regimiento sometidos; et por que los la»bios del sacerdote guardan la çiençia (añadia), por esto yo don »Pedro, segundo arçobispo deste nombre de la santa eglesia de »la muy noble çibdat de Seuilla, como quier que indigno et in»suficiente et de poco saber, pero por que ssó puesto á enformar »et gouernar de çibo spiritual los pueblos á mí encomendados, »fiando et aviendo esperança en aquel que de pescadores et de »ediotas fiso sabidores et lumbre para alumbrar todo el mundo, »—en nombre et á onrra de la santa Trenidat et salud et pro»vecho de las ánimas de los ynórantes et simples omes que »me son súbditos et inferiores, de los quales yo deuo dar cuenta »á Dios el dia del juysio, penssé breue et claramente poner en es»te volúmen, primero: Los mandamientos de la ley, con alguna »instruçion de algunas cosas que son contra ellos: Segundo: Los »dose ó segund otros catorce (que todo es uno) artículos de la »fé. Tercio: Los siete sacramentos de la Iglesia. Quarto: Las siete »obras de misericordia corporales et otras siete espirituales. Et »á postre porné los siete pecados mortales con algunas de sus »espeçies» [1]. Limitábase el intento del virtuoso arzobispo á ex-

buen confesor, y más adelante un elogio no completo de la vida monástica. Antes de comenzar el referido tratado, se lee una *epístola* dirigida por el abad Juan de Rache á San Juan Climaco, y en las últimas fojas la declaracion que hizo don Juan, obispo de Búrgos, de los dias festivos del año. En la postrera foja se halla un índice incompleto de varios *enxiemplos* milagrosos, que debieron entrar en esta compilacion, ahora desmembrada y falta de tan preciosas joyas literarias, como van notadas. De todo se saca en claro, tenidos además en cuenta los caracteres paleográficos de este MS., que hubo de ser formado en la segunda mitad del siglo XV.

1 Fol. 1.º v. y fól. 2.º.— El epígrafe general del libro anuncia ya el mismo propósito por estas palabras: «*En el nombre de Dios*. Aquí se co»mienҫa un libro notable et Santíssimo tractado, compuesto et ordenado por »el muy deuoto pastor en la eglesia de Dios, don Pedro Segundo deste »nombre, arzobispo de la muy noble cibdat de Seuilla; el qual partió en »çinco espeçias, en que se contiene toda la *Justiçia de la vida spiritual* de »todos los omes et la *perfection de la eglesia militante* et la onestad de la

poner la doctrina cristiana á la contemplacion de sus descarriadas ovejas, convencido de que bastaba la aplicacion de sus preceptos á cortar el cáncer de la corrupcion, desvaneciendo al propio tiempo las nieblas de la supersticion y de la ignorancia.

No habia menester en tal concepto de esfuerzo alguno para dar forma á su libro. De la explicacion recta é ilustrada de los *mandamientos de la ley de Dios*, surgía naturalmente la condenacion de todos los errores, vicios y preocupaciones que infestaban la sociedad, naciendo con igual virtud el antídoto: los *artículos de la fé,* doctamente comentados, fijaban y reducian á sus verdaderos límites los fundamentos de la creencia: señalaban los *sacramentos de la iglesia* las mútuas relaciones de sacerdotes y fieles, mostrando á unos y otros la parte á que debia contribuir para la obra de perfeccion á que estaban llamados: enseñaban las *obras de misericordia* á reconocer los lazos de fraternidad y de amor que unen en una familia y con un fin único á cuantos profesan la fé de Cristo; y descubriendo por último á los ojos de todos los precipicios y abismos, en que tropezaba y caía la vana soberbia de los hombres, retrataban los *pecados mortales* toda su criminosa deformidad, trazando la senda que puede conducir al no frecuentado albergue de la felicidad terrena, y preservarnos de una eternidad de dolores.

Legítima era la correspondencia que existia entre el pensamiento que dió vida al libro del piadoso Cardenal y su forma expositiva; pero al afamado profesor de Bolonia, al docto maestro de la ciencia canónica no le fué dado, al exponer la doctrina cristiana, reducirse á la esfera de los conocimientos y de la ilustracion de su clero y pueblo; y haciendo alarde de la grande erudicion por él atesorada, no acertó á comunicar á su obra aquella sencillez propia de la palabra evangélica, plagándola por el contrario de embarazosas citas, que si bien podian contestar á los eruditos, cuyo paladar estaba hecho á este género de manjares, nada ó muy poco añadian á la conviccion producida en el ánimo

»vida corporal para guarda de non pecar. La primera es de los mandamien»tos de Dios,» etc., etc.

de la muchedumbre por la fuerza misma de la doctrina. Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y Expositores, los decretalistas y glosadores de más alta reputacion eran en sumo grado familiares á don Pedro: acostumbrado á valerse de su autoridad en la cátedra y cediendo al propio tiempo á la comun corriente de los estudios, ocultaba trás ella muy á menudo su propia personalidad y desvirtuaba sus importantes lecciones, desposeyéndolas del interés directo é inmediato, á que principalmente aspiraba su libro [1].

Mas no por esto olvidaba el arzobispo de Sevilla el blanco, donde tenia puestas sus miradas: antes bien con celo y amor verdaderos, con ilustracion y energía desacostumbradas penetraba en el intricado laberinto de los errores, vicios, agüeros, supersticiones y extravíos, de que adolecian sus coetáneos, llegando al punto de señalar y perseguir no pocos de los que pintando las costumbres de sus feligreses, eran únicamente peculiares al suelo de Andalucía y determinaban el roce y comercio de aquellos moradores con los sarracenos [2]. Bajo esta relacion histórica, íntimamente hermanada con el fin moral y religioso de la elocuencia sagrada, es el *Libro de la justiçia de la vida espiritual* de singular precio é importancia. Arsenal abundantísimo de curiosas y peregrinas noticias, relativas á todas las clases y

1 De notar es la preferencia que dá don Pedro en este sentido á los moralistas y más aun á los decretalistas italianos, haciendo sus nombres familiares á los lectores españoles. Entre todos cita con suma frecuencia á Pedro Lombardo, designado en toda la edad-media con el nombre de *Maestro de las sentencias.*

2 Condenando en la exposicion del primer *Mandamiento* las supersticiones idolátricas, decia: «Algunas se guardan en Seuilla asy como los que »echan ascuas en el mortero ó los que escantan los ojos con granos de tri»go et otras semejantes cosas» (fol. VI, v.). Y antes habia escrito: «Es otra »espeçia de ydolatria de algunos que acomiendan las bestias perdidas (de »los quales avemos muchos fallado en este arçobispado) con palabras vanas »et de escarnio».—Refiriéndose en otro lugar al pecado de la gula, daba esta curiosas noticias locales: «Solias faser mucho por uino de Asnalcaçar »et de Trigueros....? Conténtate agora de lo de la Renconada,» etc. (fólio lxxxiij).

gerarquías de la sociedad como á todas las dolencias y achaques que la afligen, traza en él felicísimos cuadros ó ya salpica la exposicion de rasgos vigorosos y característicos, esgrimiendo el azote de su reprobacion sobre cuantos en cualquier concepto ofenden la ley de Dios y producen criminales escándalos. Desde fines del siglo anterior habian sido ya reprobadas las falsas creencias de *fados et ventura* por la piadosa elocuencia de Fray Pedro Pascual [1]: don Pedro Gomez de Albornoz exclama contra esta gentílica pestilencia:

«Especie de ydolatria [es] la de algunos que por astrología quieren »adevinar de las cosas futuras et disen que las planetas et cuerpos celes»tiales han nesçesaria influencia en los cuerpos inferiores que son en la »tierra, et asy judgan que el que nasce en una costellaçion averá bien et »sy en otra, mal. Et estos pecan gravemente, por que subtraen et tiran »nuestras obras de magnificençia et de serviçio de Dios. Ca ssy esto »fuesse verdat que los que nasçen só diverssas costellaçiones de neçesidat »ayan de faser buenas obras ó malas, como ellos disen, non avriamos »libre arbitrio para obrar bien ó mal, et nuestras obras serian fechas »por violençia et fuerça et non serian dignas de premio nin de pena, asy »como non lo son las obras de las animalias brutas; lo cual es falso et »contra la ffé. Esto prueba Sant Agustin en el *Libro de la doctrina »cristiana*, disiendo que tanto mal incurre et gana quien demanda conse»jo á los astrólogos sobre lo que há de faser ó ha de venir que vá libre »et torna sieruo, porque ellos le disen que es sieruo de Mercurio ó de »Júpiter ó de otra planeta, só la influençia de la qual disen que nasçió »et segund su señorio de aquella planeta, deue aver bien ó mal. Et es »falso lo que disen, porque Jacob et Esau fueron en uno en el vientre de »su madre et nasçieron só una costellaçion, mas como dise la Escriptura, »á Jacob vinieron las cosas bien et prósperas et á Esau mal et diver»sas» [2].

Conveniente juzgamos recordar que mientras en tal manera reprobaba el arzobispo de Sevilla esta gentílica supersticion, proseguia egerciendo poderoso influjo en los más ilustrados varones de Francia y de Italia [3]. Del mismo celo se mostraba ani-

1 Véase el cap. XIV de la II.ª Parte, pág. 78 del t. III.

2 Primer Mandamiento, fol. V.

3 Es censurada con razon cierta manera de frenesí astrológico que inva-

mado don Pedro Gomez de Albornoz contra los que caian en el pecado de idolatría, creyendo en sueños, estornudos, suertes, encantamientos, maleficios y conjuros satánicos; y lamentándose una y otra vez del excesivo fáusto que ambicionaban los sacerdotes y prelados, «espendiendo en malos usos el patrimonio del Cruçifixo», con oficio y nombre de «robadores de los pobres »que morian de frio et de fambre», echaba en cara á los grandes de la tierra el menosprecio y desamparo en que tenian á los desvalidos. A llegar á este punto, exclamaba:

«Dise el Evangelio: Quando fases conbites, llama á los pobres é á los »flacos é á los çiegos et á los coxos et serás beato: aunque ellos non te lo »pueden remunerar, Dios te remunerará en la resurrecçion de los justos. »Esto fase contra los rricos, que fasen con grandes thesoros et despensas »muchos combites á loor et vanagloria del mundo, et non han piedat de »los pobres; ca les pareșçe que lo que diesen á los pobres les menguaría, »et non es verdat. Ca aquello es lo que los faría ricos en este mundo et »en el otro, do reçibirán por uno çiento. Et sy bien considerares, con lo »que dan á comer á dos caualleros, fartarian á veynte pobres. Quisiesse »Dios que tales como aquestos touiessen que les conteșçiera lo que con»tesçió á aquel rrico goloso, de quien Dios fabla en el *Evangelio:* que »comia espléndidamente et en abundancia et dexaba estar al pobre Láza»ro á la puerta, muriendo de fambre; mas muertos amos, el rrico et el

dió la Corte de Cárlos V de Francia, llamando á París los más afamados soñadores italianos. Entre estos logró grande reputacion Tomás de Pisa, émulo del muy celebrado Andalone del Nero, y levantado por aquel rey, á quien sus compatriotas dan título de Sábio, á las mayores honras del Estado. Otros muchos astrólogos italianos pasaron á Francia, llamados de este mismo cebo y reclamo (Tiraboschi, t. V. lib. II), dando lastimoso testimonio de que, cuando un príncipe recompensa la locura, aumenta el número de los locos (Ginguené, t. III, cap. XVII). Digno era pues de toda alabanza el ilustre prelado español que tan enérgicamente rechazaba la influencia astrológica, de que no llegaron despues á verse libres tan claros talentos como un Marsilio Ficino, etc.—Pero bien será notar que la credulidad de otros prelados, no agenos por cierto al desarrollo de las ciencias en nuestro suelo, dió aliento casi un siglo despues á estas vanidades astrológicas, apareciendo en 1463 el *Defensorio de la astrologia á los príncipes é caualleros, fijosdalgo é nobles destinado*, libro en que se intentaba canonizar aquellos y otros delirios no menos reprensibles.

»pobre, al pobresciello Lázaro leuaron los ángeles á parayso et al rrico »los diablos al infierno» 1.

Reparando despues en los estragos que causaba en el mundo la soberbia, prorumpia:

«Esta soberuia es asy mala bestia que echó á los malos ángeles del »çielo, et de ángeles fiso diablos. Esta echó á Adan, nuestro padre, del »parayso. Esta trasmudó al rey Nabucodonosor en bestia. Esta mala »bestia non perdona á ninguno: á los perlados fiere; á los rricos fase »túmidos, á los religiosos engaña; á los omes çiega, que se non co»noscan lo que son. Esta es aquella olla fierviente que vido Geremías, »en la qual se coçien los príncipes et los pastores de las tiniebras, que »seguien los bienes temporales et eran caçadores de las riqueças: los »quales cobdiçian las primeras cáthedras, los primeros asentamientos en »las signagogas et ser saludados en el mercado et llamados maestros. »Esta olla açiende el diablo, quando fincha et pone viento en los coraço»nes de los omes á querer las cosas altas ó atribuyendo á sy lo que non »áy en ellos» 2.

Con dolor grande contempla los demás pecados, subiendo de punto su indignacion, al considerar cuánta era en clérigos y seglares la falta de castidad y de pureza:

»¡Mal pecado!... (decia de los primeros) algunos quiera Dios que non »sean muchos, non se guardan.... Torpe cosa es desirlo; mas muy más »torpe faserlo... et como quier que non se deua faser, pues que se fase, »dígase: que es que el saçerdote, que es dicho ángel et puede, lo que non »puede el ángel, faser del pan et del uino carne et sangre del nuestro Se»ñor Ihu. Xpo., tiene de noche en la cama la mala muger et de dia ofres»çe en el altar al fijo de la Vírgen!!. Son algunos que me dirán:—Peca»dores somos, mas como quier que tengamos mugeres en casa et çerca de »casa, tenémoslas para serviçio, mas non para pecado». Yo te digo que »puede esto ser verdad; mas tus vesinos nin yo non lo creemos, por que »San Gerónimo dise asy:—Estar con muger et non conoscer muger, ma»yor miraglo es que rresuçitar un muerto. Et tú non puedes rresucitar »un muerto que es menos ¿et quieres que te crea lo que es más?... Cada

1 Exposicion de las *Obras de Misericordia corporales*, fol. xliiij.

2 *Siete Pecados mortales*, pecado de la soberbia, fól. xlvii, v. y xlviii, r.

»dia está el costado della con el tuyo en la mesa, et su cama et la tuya »en la cámara; tus ojos á los ojos della en la fabla; tus manos con las »suyas en la obra... ¿et dísesme que non pecas? Puesto que á Dios seas »continente, yo hé grand sospecha de ty: palabras son de San Gerónimo. «Por ende sigamos al apóstol, etc. [1].

No de otra manera, ni con fin menos alto y trascendental condenaba don Pedro Gomez de Albornoz todos los vicios de su época, cualquiera que fuese el lugar y la clase en que se albergaran [2]. Superior á cuanto le rodea, al egercer el santo ministerio del episcopado; sincero en sus nobles aspiraciones, al emplear la palabra apostólica, manifiesta no poca amargura, al fijar sus miradas en el espectáculo que le ofrece la sociedad, siendo en consecuencia tanto más digno de elogio cuanto es mayor su energía en la abominacion de los crímenes.

No es sin embargo su elocuencia tan arrebatada y fogosa como la del dominicano fray Jacobo de Benavente, ni tan incisiva como la del ignorado autor del *Espéculo de los legos:* de más dulce carácter, de más templada austeridad, efecto sin duda del paternal egercicio de la enseñanza, atiende á curar las llagas del mal, sin añadir á su propio dolor nuevos dolores, bien que jamás le abandona el generoso celo de la verdad, anhelando, con entera fé en la doctrina, limpiar de toda maleza y cizaña el campo encomendado á su cultivo. Lástima fué para Sevilla que la misma claridad de su nombre no le dejára gozar largamente de tan ilustre prelado: llamado á la corte romana por la solicitud del Pontífice, pasaba á Aviñon en los primeros

1 *Del pecado de luxuria*, fól. lxiiij, r. y v.

2 La integridad de don Pedro de Albornoz y la sinceridad de su noble intento resplandecen sobre todo, al referirse al clero, cuya corrupcion le duele más que otra alguna. Hablando de la obstinacion en el pecado, exclama: «En este pecado fallé yo muchos clérigos, uisitando, que me de»sien:—¿Cómo dexaré esta muger, en que tengo tantos fijos? Et otros de»sien:—Siruióme veynte et çinco ó treynta annos ¿cómo la dexaré....? Non »la puedo dexar».—Et atales como estos están ansy ostinados et endures»çidos en su malicia que non curan de Dios nin de las penas del infierno, »las quales non escaparán, sean ciertos....!» (fól. lxxxv, r.)

meses de 1374, y de esta vida el dia 2 de julio. La Iglesia lloró en él la pérdida de uno de sus más sábios doctores y maestros; España uno de sus mejores hijos; la elocuencia sagrada, que tiene por instrumento el habla de Castilla, uno de sus más notables propagadores.

Distinguíase á la sazon, como tal, otro varon respetable, que dado primero á los estudios del derecho civil, se consagraba despues á la carrera eclesiástica, ganando reputacion de docto en teología y decretales.—En Montpeller se ejercitaba durante algunos años, leyendo derecho con honra suya y de su pátria; y siendo elevado sucesivamente á las dignidades de arcediano de Zaragoza, paborde de Valencia y cardenal de la Santa Iglesia romana [1375], cundian tanto su autoridad y buena fama que muerto Clemente VII, le ponian en la silla pontificia el 28 de setiembre de 1394. Nadie podrá desconocer en estos breves rasgos á don Pedro de Luna, designado entre los sucesores del pescador con nombre de Benedicto XIII y apellidado en la historia con título de *antipapa*. Enlazada su vida por más de un concepto á los principales acontecimientos de la segunda mitad del siglo XIV y primera del siguiente, lograba tambien este esclarecido aragonés lugar señalado en la república de las letras: contábanse entre las muestras de su erudicion, como canonista, varios tratados latinos, escritos antes de ceñir la tiara [1]; pero si le hacian estimable de los doctos, ni tenian la importancia, ni ofrecian el interés que su libro intitulado *Consolaçiones de la vida humana*, obra compuesta antes de recibir el capelo, la cual basta sin duda para concederle no exíguo galardon, como cultivador de la elocuencia sagrada [2].

1 Los más notables son: *Petri de Suma tractatus adversus Concilium Pisanum* (Bib. Escur. II, L. 17).—*De horis canonicis dicendis* (Bib. Nac. A. 103).—*Constitutiones Archiep. Tarrac.* (C. 73 de id., editae 1391).—*De potestate Summi Pontificis et Concilii.* Don Nicolás Antonio y en tiempos más recientes el obispo Amat, que coloca á don Pedro de Luna, no sabemos por qué razon, en las *Memorias* para el *Diccionario crítico de escritores catalanes* (pág. 348), citan alguna otra obra del mismo carácter.

2 El códice que encierra este apreciable libro se guarda en la Biblioteca

Una observacion de conocida trascendencia ocurrirá sin duda á nuestros lectores, al llegar á este punto. ¿Cómo (dirán acaso) siendo aragonés, pudo señalarse don Pedro de Luna entre los escritores castellanos?... Esta pregunta que nos han dirijido con frecuencia hombres no ayunos por cierto en el estudio de nuestra historia literaria, queda en verdad plenamente satisfecha, al recordar cuanto llevamos dicho sobre los orígenes de los romances hablados en la Península Ibérica, y sobre la diferente localidad representada por los primeros monumentos de la poesía escrita, que adoptan por instrumento plástico la lengua formada y desarrollada en la España Central [1]. Aragon, lo mismo que la mayor parte de Navarra, habla esta lengua; y cuando el ejemplo y la fama de los ingenios, nacidos en Castilla, estimulan á sus hijos para aspirar al lauro de las letras, no puede maravillarnos que en una y otra comarca aparezcan oradores, historiadores y poetas que enlazando sus propios timbres con los de los poetas, historiadores y oradores castellanos, contribuyan á enriquecer

del Escorial, III y 7: es un volúmen cuarto mayor, escrito en papel y letra de la primera mitad del siglo XV. Empieza con el siguiente epígrafe: «Aquí »comiença el prólogo en el libro de las *Consolaciones de la Vida Humana*, »el qual compuso el muy Santo in Xpo. Padre señor, el Papa Benedicto trese- »no, ques llamado don Pedro de Luna, antes del sumo Pontificado: el qual »libro contiene consolaciones et remedios convenientes para contra quales- »quier tribulaçiones et tristesas, angustias et aduersidades que á los onbres »por qualquier causa ó rrason puedan venir en tanto que moren en este mi- »serable ualle de miserias et trabajos».—Al fólio 58 vuelto termina el libro, expresándose las mismas circunstancias y dándose á entender que esta copia se sacó, viviendo aún don Alvaro de Luna, á quien se intitula «muy »magnífico virtuoso et noble señor, cauallero muy prouado et uertuoso en »las armas, muy fiel et esforçado condestable de Castilla et maestre de San- »tiago».—En el fol. 59 comiença otro tratado místico, que se intitula: *Divina consolacion de las ánimas* y se dice «fecho por un glorioso doctor.» Alcanza al fol. 84 vuelto, en que da fin el MS. El tratado que analizamos, ha sido mucho tiempo despues de escritos estos capítulos, incluido en el tomo de *Prosistas anteriores al siglo XV*, por la diligencia de don Pascual Gayangos, uno de los más constantes colaboradores de la *Biblioteca de autores españoles*.

1 Segunda Parte, caps. VII, pág. 387 del t. III.

la literatura llamada á representar la gran nacionalidad española, anticipándose en esta forma y preparando en cierto modo las trasformaciones de la política.

Dejaremos en breve ámpliamente confirmado este aserto en órden á la poesía, demostrando su exactitud en este mismo capítulo respecto de la historia; y por lo que atañe al libro de las *Consolaçiones de la vida humana*, que ahora consideramos cual brillante muestra de la elocuencia, cultivada en la edad que examinamos por los prelados aragoneses, bien será consignar que favorecieron á su autor notables circunstancias para dar á la lengua empleada en dicho libro mayor perfeccion que la alcanzada á la sazon por sus compatriotas [1]. Desde su primera juventud habia tenido trato y comunicacion con los principales magnates de Castilla; y cuando su hermano mayor, don Juan Martinez de Luna, recibia en su castilio de Illueca á don Enrique de Trastamara, vencido en Nájera, no solamente se complacia don Pedro en favorecer sus pretensiones, sino que á punto de «partir para el estudio, todo el dinero que tenia para la su partida, »diólo al rey don Enrique, entendiendo que non podia ser despendido en mejor estudio que en reparar á tan grand rey é señor, que con tanta fortuna et nesçesidad á su casa avia aportado» [2]. El futuro Pontífice parecia preludiar en tal manera la proteccion y amparo que hallaba años adelante en los descendientes de don Enrique, y daba al propio tiempo claro testimonio de aquella singular aficion, que hacia á su familia tomar carta de naturaleza en el suelo de Castilla [3].

1 Debemos advertir aquí que esta duda de los modernos eruditos no ocurrió á don Nicolás Antonio, quien aun sin examinar las *Consolaçiones* en romance, decia: «Potuit ergo liber ab eo [Petro de Luna] scriptus vernaculâ forsan linguâ, transferri, vel ab eo, vel ab alio in Latinam (*Bibliotheca Vetus.*, lib. X, cap. III). Obsérvese que la lengua vernácula, á que se alude, es la castellana.

2 *Crónica de don Alvaro* de Luna, tit. II, pág. 8.

3 Véase el título I.º de la citada *Crònica de don Alvaro*, en que se mencionan todos los personajes que en tiempo del Maestre habian llegado, así en lo eclesiástico como en lo civil, á los más altos cargos de la monar-

No se nos haga pues extraño el que don Pedro de Luna, bajo cuyos auspicios florecen otros escritores dignos de aplauso, cultivase la lengua del Rey Sábio, cual instrumento propio y apto para el egercicio de la elocuencia sagrada. Su libro de las *Consolaçiones de la Vida Humana* era en gran manera notable bajo el triple aspecto de la idea, de la forma literaria y del lenguaje. Como expresaba ya desde las primeras líneas, «consideradas las tribulaciones deste mundo et las muchas causas et »ocasiones de las turbaçiones, pensó de infinitas consolaciones, »contenidas encubiertamente en las escripturas, algunas dellas »recoger en escriptos en qualquier obra que estuviesen»; y así como Boecio hizo su *Consolaçion de la Philosophia* entre cadenas, así tambien escribia don Pedro de Luna «en cierta seme»janza de destierro de los que impugnauan la justiçia et esso »mismo la obediençia de la romana santa Eglesia».

Intentaba por tanto restablecer en el ánimo de grandes y pequeños el principio de autoridad, dolorosamente rebajado en medio del cisma que escandalizaba al cristianismo, llevando al propio tiempo la paz á todas las conciencias; y esta generosa idea, que le ponia en las sienes el birrete cardenalicio, levantándole por último á la silla pontificia, daba á su libro señalado ascendiente y prestigio, obligándole á fijar sus miradas en todas las gerarquías sociales. En quince *partidas* distribuia «los remedios »convenibles de las consolaciones contra las cosas que conturban »á los onbres»; y deteniéndose á considerar individualmente los estados del mundo, aplicaba á todas y á cada una de las situaciones de la vida la doctrina de los antiguos filósofos y de los Santos Padres, mostrando, al hacer semejante alarde de erudicion, cierta sobriedad y cordura, si bien deslustraba alguna vez las excelentes dotes oratorias que en todo el libro resplandecen, entrecortando con las frecuentes citas, sus más vivos y pintorescos pasages. Del mérito de don Pedro de Luna, como escritor sagrado, no podria formarse cabal juicio, sin conocer alguna muestra de las

quia castellana. Entre ellos llegaron á distinguirse hasta cinco arzobispos, un copero mayor del rey y un prior de la Orden de San Juan.

Consolaciones. Pintando la tribulacion por sus efectos, dice:

«Ciertamente la tribulaçion engrandesçe el coraçon del onbre, para »resçebir grandes dones de Dios: ca ansy commo el martiello del platero »fase estender la plata debaxo de su mano, de la cual entiende la su copa »obrar, ansy çiertamente el platero fabricador de toda criatura entiende »estender tu coraçon por las tribulaciones, por que pueda él poner muchos »dones et bienes spirituales, por que el coraçon tuyo sea copa preciosa »de muy preciosas et muy sanctas rreliquias de Iho. Xpo. á solás et demos»tracion de los que quedan en este mundo. La tribulacion á manera de »agua tempra el vino del alegría temporal, por que non enpesca á la cabe»ça flaca, esto es al ánima del onbre spiritual, por mengua de entendi»miento ó por otro algund deffeto. Et aun la tribulacion á manera de »agua, affoga los enemigos spirituales, esto es : á los pecados» 1.

Encareciendo la piedad y la mansedumbre, exclama:

»Bendicha es aquella ánima, la humildat de la qual confonde la sober»bia del otro; la paçiençia de la qual apaga la yra del otro; la obidiençia »de la qual maltrahe ocultamente la peresa del otro; el fervor de la qual »despierta la cobardía del otro; la graçia de la consolacion et yluminaçion »de la qual alumbra el ojo del coraçon del próximo, turbado con grant »yra. Et mejor es que non aquel que al su hermano triste et turbado non »tan solamiente non le consuela para le leuantar, mas aun le ayuda pa»ra derrocar, ansy como aquel que vee la paret enclinante para caer non »la enderesça para leuantar, mas tuerçela más para derrocar. Et ansy »fasen algunos, disiendo dan dottrina: á los que andan derecho, por fal»sos conseios conseian, por que fagan torçer, et esfuerçan, por traherlos á »muerte» 2.

Atento al fin principal de su libro, recuerda don Pedro de Luna á cada cual de los estados de los hombres sus deberes morales y religiosos: veamos cómo, valiéndose de la doctrina y autoridad de los Padres, hace gala de su erudicion, al tratar de las obligaciones de los prelados:

»Si entendieses los dichos de los santos doctores, non te dolerías de la »priuaçion de la perlasía. Et non es marauilla; ca muchas veces sentençias

1 Lib. II, cap. I.°, fól. 9.
2 Lib. IV, cap. 4.°

»terribles son leydas contra los perlados et presidentes. Onde dise Grisós»tomo:– Los perlados, por la altesa de la dignidat, en un mesmo peccado »más gravemente peccan que los súbditos suyos. Et dise Sant Hierónimo: »Más gravemente peccan los perlados que los pueblos, et por ende son más »cruamente atormentados. Onde dise Sant Grigorio: Los perlados deuen sa»ber que sy cometen peccados, tantas muertes han á padesçer quantos en»xiemplos dieron de perdiçion á los sus súbditos. Et dise Sant Bernaldo: A »más graue et más peligrosa debda son obligados los que an á dar rason et »cuenta de muchas ánimas. Onbre ¿por qué cobdiçias aquello, lo qual avi»do, muy muchas veses vernás en confussion et pessamiento? Ciertamiente »las malas costumbres de los servidores muy mucho fasen desuiar á los »senyores. Onde dise Sant Grisóstomo: Ansy como quando vees el árbol »que tiene las fojas secas, entiendes que algun defetto está en sus rayçes, »ansy quando vieres el pueblo mal acostumbrado, entiende quel saçer»doçio non está sano. Onde dise Sant Ambrosio: En el effeto de la correp»tion conosçerás el deffetto del corregidor. Et dise: Para qué vos tengo de »castigar?... Cómmo uos podedes á mí por mal palabra reprehender?... Nin »aun por aquesto el Obispo non es escusado de corregir al pueblo; ca se»gund dise Beda, Djos demandará al pastor los peccados de las sus »oveias» 1.

En tal forma empleaba el futuro Benedicto XIII la erudicion eclesiástica y no de otra suerte contribuia al esclarecimiento de la elocuencia sagrada, que tenia por intérprete la lengua vulgar, un siglo despues designada con el nombre de española. Fiel depositaria de la doctrina evangélica, sobre cuyo principal fundamento descansaba á la sazon la sociedad, representaba la elocuencia los intereses más altos y transcendentales de la misma y aunque viviendo en la religion una vida comun al mundo cristiano, reflejaba en la condenacion de las supersticiones y extravíos del pueblo y de sus pastores la manera de ser interior y particular de nuestros abuelos, bosquejando, con más exacto y vário pincel que la historia, sus multiplicadas costumbres. Y no sea esto decir que no estuviera tambien confiado á la historia el interés constante y duradero de la sociedad, cual maestra y espejo de la vida; mas por la misma pendiente que traia de antiguo la erudicion histórica, pendiente que aumentaba desde la mitad del siglo,

1 Lib. V.

ensanchando el campo de las especulaciones con la nocion de la antigüedad, bien que todavía vaga é imperfecta [1], si conservaba en las crónicas de los reyes y aun de los magnates parte de su primitivo candor nacional, pugnaba por señorear el mundo antiguo, que iba siendo de dia en dia más conocido de los pueblos meridionales, ó ya se acostaba á las maravillosas ficciones de la caballería, abusando ciegamente de la credulidad excesiva de la indocta muchedumbre.

Tiene en uno y otro concepto egemplos no para olvidados, si bien todavía no bien reconocidos, la historia literaria de la segunda mitad del siglo XIV; y es en verdad digno de notarse que no se limita ya, segun arriba insinuamos, al suelo castellano, hecho característico que demuestra la natural é inevitable influencia ejercida por la España Central en las comarcas, que de antiguo hablaban con leves modificaciones, el mismo idioma [2]. Lugar distinguido lograba entre los ingenios aragoneses don frey Juan Fernandez de Heredia, ilustre vástago de una de las más poderosas familias de aquel reino, la cuál, no cuenta este solo hijo entre los cultivadores de las letras. Inscrito Heredia en la Órden Hospitalaria de San Juan de Jerusalem, habia ganado desde su juventud reputacion de entendido y gallardo caballero, subiendo

1 Téngase muy en cuenta la progresion que hemos ido señalando en este linage de tareas desde los tiempos de don Alfonso X, que fué el primero á empezar en el siglo XIII la meritoria obra de descorrer el velo que envolvia en oscuras tinieblas el mundo antiguo: no llamada nuestra literatura á dar cima á esta empresa, reservada principalmente á la italiana, justo es observar que ni le era dado caminar con planta segura por una senda desconocida, ni pudo evitar los extravíos á que su inexperiencia habia de exponerla, extravíos de que no se vió tampoco libre la historia cultivada por los Compagni y los Villani. El sazonado y recto conocimiento de la antigüedad clásica sólo podia alcanzarse despues de grandes esfuerzos y afortunados descubrimientos, debidos á la filologia y á la arqueologia: el anhelo de conocerla vive siempre en todos los pueblos, que derivan de ella su cultura. Adelante veremos cómo llegan á disiparse las tinieblas, que en el siglo, á cuyo fin tocamos, aumentaron considerablemente en las esferas de la historia las ficciones de la caballería.

2 Véase el Apéndice núm. III de la I.ª Parte.

con general aplauso á los primeros oficios de la expresada milicia. Gran prior de Aragon, Castellano de Amposta, Gobernador de Aviñon y del condado Venaissin, Gran prior de Castilla y de San Gil, tales eran los cargos á que le elevaron sus prendas y en que se habia acrisolado su fama de sábio y justiciero, cuando en 1380 le ponia el voto universal de sus hermanos en la primera silla de aquella ínclita Órden. Gobernábala, con honra suya y lustre de sus caballeros, por el espacio de diez y nueve años y ocho meses, pasando de esta vida en 1399, ya en muy avanzada edad, no sin llevar trás sí el llanto y las bendiciones de sus vasallos y de sus mílites [1].

Mas la justa nombradía del caballero crecia en gran manera con el merecido lauro del cultivador de las letras. Acatando la gloria de los héroes, que habian dado fama imperecedera al nombre español, quiere Heredia quilatar sus hazañas, y acopia con diligente solicitud cuanto se habia escrito sobre la Península Ibérica, así en la antigüedad como en los tiempos medios: allegados aquellos tesoros, excita su entusiasmo el noble ejemplo del Rey Sábio, convidándole con análoga empresa á la realizada respecto de la historia nacional por el preclaro monarca de Castilla; y nace en su mente el pensamiento de la *Grant Chrónica*, *ó Istoria de Espanya*. Pero no se limitan sus deseos al horizonte de la historia patria: gastadas su juventud y aun su virilidad en largos viages, que habian despertado en su pecho el anhelo de conocer los grandes acaecimientos de apartadas edades y regiones, dirije tambien sus miradas á los héroes extraños de más alto renombre y concibe la idea de la *Crónica de los Conquistadores*, completando el cuadro que iba á ofrecer en ella á la contemplacion de sus compatriotas con la *Flor de las Istorias de Oriente*.

Contribuia de tal suerte el Gran Maestre de San Juan al

1 *Histoire des Cheval. Hosp. de Saint Jean de Jerusalem*, por Verdot, tomo II, lib. V;—Véase tambien el núm. XXXVII de la *Biblioteca del marqués de Santillana* en la edicion que hicimos de sus *Obras*, página 607 (1852).

desarrollo de la historia en el doble sentido en que se habia manifestado esta desde la mitad del siglo; y ya respondiendo hidalgamente al llamamiento, hecho por el Rey don Alfonso al espíritu de nacionalidad en su *Estoria de Espanna*, llamamiento que parecia preludiar la futura unidad de la monarquía, ya obedeciendo la ley universal que habia empezado á dirigir todos los estudios de los doctos hácia las vias del *Renacimiento*; ya en fin cediendo al incentivo de peregrinas novedades, que abrian á la imaginacion de grandes y pequeños un mundo enteramente desconocido, mostrábase asociado al progresivo movimiento de la civilizacion, revelando al par altas dotes personales que tienen contados, bien que insignes ejemplos, en la historia de la cultura española.

No andaban sin embargo acordes los deseos y el sentido crítico de don Frey Juan Ferrandez de Heredia. Si era su intento, al compilar «la *Grant Chrónica de los Reyes et príncipes de Spanya*, que las sus virtudes et caballerías non fuessen olvidadas, mas retenidas et nombradas et otrosí loadas en los juicios et lenguas de los hombres por siempre jamás» [1]; si tuvo presentes, con-

1 La *Grant Chrónica* ó *Istoria de Espanya*, se custodia, entre los libros que fueron del docto Marqués de Santillana, en la selecta librería del duque de Osuna, conforme dijimos en el lugar citado de las *Obras* del referido Marqués (pág. 606).—Compónese de tres partes, contenida cada cual en un grueso volúmen de hermosa vitela, escritos todos á dos columnas, de hermosa letra, y exornados de iniciales de colores. Al frente de cada volúmen se vé el retrato del Gran Maestre, prolijamente miniado, circunstancia que se repite en las demás obras que llevan el nombre de Heredia, siendo prueba fehaciente de su autenticidad. En la primera foja del tomo primero leemos: »Esta es la grant et verdadera *Istoria de Espanya;* segun se tro»ba en las ystorias de Claudio Tolomeo et segunt se troba en los VII li»bros de la *General Istoria* (no la de España) que el rey don Alfonso de »Castiella, que fué esleydo emperador de Roma, compiló» etc.—Al final dice: «Aquí feneçe la primera partida de la *Grant Crónica de Espanya*, com»pilada de diversos libros et ystorias por el muyt reverent en *Xpo*. Padre et »Senyor don Johan Ferrandez de Eredia, por la graçia de Dios de la santa »casa del Espital de Sant Johan de Jhrlm., maestro humil, et guardador de »los pobres de *Xpo*. La qual crónica de mandado de dicho senyor yo Ál»var Perez de Sevilla, canónigo en la cathedral iglesia de Jahen escrebí

forme queda indicado, los historiadores conocidos en su tiempo, que ya directa ya indirectamente habian tratado de las cosas de España [1],— no alcanzo á trazar un plan razonado, ni menos á separar lo fabuloso de lo cierto, cayendo en los extravios, de que tampoco se habia visto libre el Rey Sabio respecto de los tiempos primitivos [2].

Con la venida y dominacion de los *appellinos*, á quienes arroja Hércules del territorio peninsular, asentando en él su imperio, comienza la primera de las tres partes que componen la *Grant Chrónica*: prosiguiendo con las *gestas* de Ulises y de Bruto, hijo de Silvio, llega en el cuarto de sus catorce libros á los «fechos del grant et invencible Anibal»; y deteniéndose en las guerras de los tres Escipiones más de lo que podia convenir á

»de mi propia mano. Et fué acabada en Avinyon á XIII diàs del mes de »Jenero el anyo del nascimiento de nuestro senyor M.CCC et LXXXV».

1 Demás de las obras ya indicadas, cita Heredia las «ystorias de Ércules et de Ispan et de Pirous», manifestando que eran libros especiales, y más determinadamente á Tito Livio, Lelio Ennio, Lelio Marcio, Claudio, Valerio, Orosio, Eutropio, Salustio, Plutarco, Lucano, César, Petreyo, Afranio, Sileno (griego), Justino, Isidoro, Sulpicio, el Pacense (Isidoro menor), Juan de Verona, Paulo Diácono, Turpin, Guillermo de Ausserre, Belvais (Vicente Beauvais), Hugo de Floriach, don Lúcas de Tuy y el arzobispo don Rodrigo, «que fué çaguero en escrebir las ystorias» latinas.— Todo este aparato histórico nos dá á conocer el empeño, con que Heredia acometió la árdua empresa de su *Grant Crónica*.

2 Cúmplenos advertir sin embargo que los descubrimientos arqueológicos hechos en nuestros dias imprimen cierto carácter de autenticidad á las maravillosas y desautorizadas leyendas, relativas á los primeros pobladores de la Península Pirenáica, llamando sobre ellas la atencion de los doctos. El sepulcro hallado en los últimos años en Tarragona, que ha ejercitado por mucho tiempo la erudicion de los arqueólogos nacionales y extranjeros, teniéndole unos por auténtico, declarándole otros apócrifo, es sin duda uno de los monumentos que abren de nuevo la tela histórica á las investigaciones relativas á tan lejanos tiempos, siendo acaso posible que llegue dia en que figuren, no como patrañas ridículas, y sí como hechos más que probables, la venida de los *appellinos*, *almunices* ú otras gentes, cuyos nombres provocan hoy la desdeñosa sonrisa de los eruditos. De la arqueologia, la filología y la etnografía debe esperarse mucho respecto de los tiempos primitivos de la historia de España.

una historia general [1], ingiere en ella la yugurtina, tal como la refiere Salustio, y narradas las hazañas de Quinto Sertorio y los memorables triunfos de César, salta al «nacimiento de los godos et videgodos», apunta las expediciones de los partos y longobardos, y reparando por último en el reinado «del glorioso rey Bamba de los videgodos», lamenta «la destruycion de Espanya», punto en que termina la primera parte de su *Istoria* [2].

No se ha trasmitido hasta nosotros la segunda, cuyo interés debió ser grande respecto de la corona de Aragon, declarando Heredia que se habia servido para escribirla de los libros de los «abades de San Johan de la Penya, en que se contenian los fechos» de aquel reino y aun los relativos al de Navarra [3]. Probable es que entre estos monumentos contara el Maestre de San Juan la *Crónica de los Reyes de Aragon*, escrita en latin por Fray Pedro Marsilio ó Marfilo, monge de aquella casa, y puesta ya en lengua vulgar, cuando se compilaba la *Grant Chrónica*. La de *los Reyes de Aragon*, da sumo interes por lo peregrino de las noticias que encierra y más todavía por lo característico del lenguage, muestra de los varios matices con que aparece el hablado en aquel reino, hubo sin duda de ser grandemente útil al diligente escritor que aspira-

1 Conságrales los libros V, VI y VII.

2 La *Lamentaçion fecha por la Destruyçion de Espanya et perdiçion del grant et noble linage de los videgodos* ocupa el final del libro XIV y último de la primera parte de la *Grant Chrónica*, compuesta en su totalidad de más de setecientos capítulos, en la forma siguiente: Lib. I. Desde Tubal á la espulsion de los *apellinos*, 5; libro II, desde la venida de Hércules á su muerte, 41; libro III, las gestas y viajes de Ulises, con la estoria de Bruto, 13; lib. IV Gestas del grant et invencible Anibal, 35; lib. V Gestas de Publio Cornelio Scipion 10; lib. VI Gestas del grant Scipion Africano, 49; lib. VII Gestas de Pub. Scipion, Segundo Africano, 36; lib. VIII Gestas de Yugurta, 91; lib. IX Fechos de Q. Sertorio, 10; lib. X Gestas et memorables fechos de Julio César, 90; lib. XI. Del nascimiento de los godos et videgodos, 185; lib. XII Gestas de los partos; lib. XIII Gestas de los longobardos (subdivididas en 6 partidas), 94; lib. XIV Gestas et memorables fechos del glorioso rey Wamba de los videgodos, 43. La expresada *lamentacion* es casi traslado de la del Rey Sábio, ya conocida de nuestros lectores (II.ª Parte, cap. XI).

3 Prólogo de la *Grant Istoria*, ya citado.

ba á teger la historia de su patria con la historia de Castilla [1]. Ceñida exclusivamente á la de Alfonso XI la tercera parte de su *Chrónica*, dábale fin con el famoso asedio y toma de Algeciras, lo cual nos lleva á sospechar que abarcando la segunda hasta la muerte de Fernando IV, comprendia tambien el reinado de don Jaime II de Aragon, segun manifestamos antes de ahora [2].

1 Asi lo persuade la terminante declaracion de Heredia. En cuanto á la version de la *Chrónica* de Marsilio conviene advertir que no debe esta obra confundirse con las memorias latinas que durante el reinado de don Jaime II escribió Fray Pedro Marsilio, dominicano catalan, ya mencionado por nosotros (II.ª Parte, cap. XV) y muy elogiado de Amat en su *Diccionario*, pág. 378.—El fray Pedro Marsilio ó Marfilo, á quien ahora aludimos, fué monge de San Juan de la Peña, y escribió la historia de los reyes de Aragon, tomándola *ab ovo*, pues que empieza con la noticia de Túbal, como todos los que escribian á la sazon historias generales. De su version hemos examinado dos códices, uno en el Escorial y otro en Madrid.—La Real Academia de la Historia posee tambien copia de ella.

2 *Obras del Marqués de Santillana*, Biblioteca, n.º XXXVII. Toda esta tercera parte de la *Grant Crónica* es un estracto de la de *Alfonso XI*, á la cual se refiere con mucha frecuencia, diciendo al mencionar al rey: «*Segunt su ystoria lo conta; seguht se troba en su ystoria, etc.*—Consta de doscientos ochenta y tres capítulos, teniendo la impresa trescientos cuarenta y dos. Como se vé, sólo existen ya el primero y el último volúmen de la *Grant Historia*, siendo por tanto muy notable el error en que cayó el entendido don Pedro José Pidal, cuando aseguró en su *Discurso preliminar al Cancionero de Baena* (p. LXXXIV) que se guardaban en la Biblioteca de Osuna seis tomos de la misma *Crhónica*, poniendo en uno de ellos el texto árabe con caractéres comunes de la *Elegia á la pérdida de Valencia asediada por el Cid*, cuya version castellana insertó el Rey Sábio en su *Estoria* (Véase II.ª Parte, cap. II). El volúmen en que la indicada elegia se contiene, ofrece la marca P. I., lit. M., n.º 7, y fué escrito por mandado de don Iñigo Lopez de Mendoza, ya Marqués de Santillana, y lo acredita el tener sus armas y empresas: tal como *lo fizo* despues de 1445, en la primera foja, de igual manera que todos los códices que se escribieron desde entonces bajo sus auspicios; de modo que ni formó nunca parte de la *Ystoria* de Heredia ni es tan antiguo como supusieron los traductores de Ticknor, al afirmar, con más acierto, que era un *códice de la Crónica General*, á que realmente pertenece (t. I, pág. 515). Esto debió notar el docto Señor Pidal con sólo haber leido algunas cláusulas, comparando el lenguaje con el empleado por Heredia. El error fue tan adelante que tuvo tambien

No era pues dudoso el propósito de don Frey Juan Ferrandez de Heredia, pareciéndonos digno de notarse que al seguir las huellas del Rey Sabio, ora porque á ello le indujera la imitacion literaria, ora porque obrase en él espontáneamente el convencimiento de que estaba Castilla llamada á ser representante y lazo comun de la nacionalidad española, fijára en ella más principalmente sus miradas, olvidando al cabo el reino de Aragon en la última parte de su obra. Pero si por una ú otra consideracion cedia en la *Grant Chrónica* el interés de la localidad al sentimiento patriótico, que buscaba más ancha esfera en los horizontes de la Península, no por esto decae el precio extraordinario, que recibe de la misma localidad y que basta á infundirle propio y determinado carácter. Bien se entenderá que hablamos del estilo y más especialmente del lenguaje empleado por el Maestre, lenguaje más aragonés que el usado en las *Consolaçiones de la Vida Humana*, sembrado, como el de la traduccion de Marsilio, de voces de conocida procedencia catalana y aun provenzal, y algo diverso en consecuencia de la lengua literaria de los castellanos. Estas condiciones, típicas de la *Grant Chrónica* ó *Istoria de Espanya*, no pueden sin embargo ser convenientemente apreciadas, sin algun egemplo. Veamos la descripcion que hace de la tercer batalla «que huvo Sçipion con los de Luçena» (Numancia), pasage que nos consentirá al propio tiempo reconocer la escuela histórica, en que Heredia militaba:

«Quando uino otro dia en la manyana, los caualleros et los peyones »de Luçena se armaron et sallieron de lur ciudat et pasaron lures licas »(fosos) et fueron en el campo de la batalla delant las tiendas de los roma»nos, bien amonestados et bien exortados por lures mayores á faser todo »bien, et todos de una uolontat hó por vençer, hó por morir con grant »esperança de hauer vittoria. Et quando uino que los romanos vidieron »los de Luçena en el campo, armáronse todos apresuradamente, caualle»ros et peyones, et uinieron al campo con ellos muyt cruelmente, los unos

el Señor Pidal por *Crhónica* del Maestre un traslado de las *Tres de Tobar*, hecho sin duda para su servicio, y acaso los dos volúmenes de la *Crónica de los Conquistadores*, que en breve examinaremos.

»et los otros con grant esperança de aver vittoria. Et quando vino á ora »de terçia, los de Luçena començaron á ferir en los romanos tan uigorosa»ment que les fiçieron voluer las espaldas et los fazien tornar fuyendo »contra lures tiendas: et la ora los romanos, mucho espauodornidos, ya non »esperauan hauer uittoria en aquella batalla, et fué entre ellos grant do»lor por el grant dapno et por la grant deshonor que reçebian.

Mas del todo habrien estados uencidos por los de Luçena, sy non por el »consul Sçipion que les uino al delant, el qual los reffrenó de lur fuyda et »diziéndoles muchas paraulas de reprehension, diziéndoles:—¡O caualle»ros!... ¿Por qué fuyedes?... Et non sabedes que en Luçena son muertos, »todos los buenos caualleros et los fuertes onbres que solien seyer en las »batallas passadas, et aquellas reliquias que son romanidas son muertas de »fambre et lures braços non han ninguna fuerça, et son más sombras de »onbres que non onbres?... ¿Qué uos dirán en Roma los otros caualleros »quando tornedes?... Que sodes estados vençidos por sombras de onbres, »ansy como los canes que sespantan por la sombra. Et dirán que sodes »dichos caualleros temerosos et fugitivos, et non ardidos caualleros ro»manos!!.. Yo yré et metermehé entra la furor de la fortaleça de los ene»migos... Guardat que onor será á uosotros que fuyedes!..—Et con aques»tas paraulas et con que tomaua algunos de las cabeças et giráuales las »caras contra los enemigos et diziales:—Aquesta es la uia de la victoria »et non de fuyr entra las tiendas»; et con todas aquestas paraulas et con »la grant uergüenza que hubieron, tornaron con Sçipion en la batalla et »firieron aspramente en los de Luçena; et por la grant virtut de Sçipion »los romanos ouieron lo millor de la batalla» 1.

1 Lib. VII—(carece de número de capítulos y fólios).—Para que los lectores formen juicio comparativo del lenguaje de Heredia y el de la version de Marsilio, trascribiremos aquí algunas líneas de la última.—Contada la ruina de España, dice: «Feyta la dita persecution ó conquista, los chris»tianos que de la batalla ó persecucion podieron escapar, se derramaron et »fuyeron enta las montaynas de Sobrarve et de Rivagorza de Aragon, de »Lerroca, de Artide, de Ordoya, de Vizcaya, de Alava, de Astúrias, do fe»zieron muytos castillos é otras muytas fuerzas, do se pudieren receptar et »deffender de los moros. Et todas aquestas tierras fincaron en poder de chris»tianos que ningun tiempo las pudieron posedir. Et los que finaron en Astu»rias fecieron Rey á Pelayo, segunt en las Corónicas de Castilla es conteni»do, por que aquí solament de los reyes de Aragon et de Navarra enten»demos tractar, por que muy tiempos fueron unos, segunt veredes,» etc.—En el lenguage de Heredia descubrimos ciertos elementos extraños, que dan á conocer la influencia del suelo, donde se escribe su *Grant Ystoria de Espanya*: este de la version ofrece en cambio rasgos de mayor antigüedad, y uno y otro caracterizan al romance aragonés, hablado en el siglo XIV.

Dicho se está que las demás producciones de Ferrandez de Heredia ofrecen los mismos caractéres en órden al estilo y lenguaje. La *Crónica de los Conquistadores* consta de dos partes, contenida cada cual en un grueso volúmen [1]. «Los emperadores, »reyes, monarchas príncipes et illustres uarones... más famosos »et uirtuosos, que se troba que ayan senoreyado et conquerido »reynos, tierras et prouinçias por diversas partidas del mundo», ministran con sus vidas abundante materia de estudio y de aplauso al respetable Maestre, «que siempre lohó et alabó los fechos »de los grandes conqueridores et príncipes»; y dedicada la primera á los que habian florecido en las regiones orientales, entre quienes dá la preferencia á los emperadores bizantinos, consagra la segunda parte á los que tienen por teatro de sus hazañas el mundo occidental, poniéndole digna corona con las prodigiosas conquistas de Fernando III y Jaime I, levantados ya por el respeto y gratitud de Aragon y Castilla á la apoteósis de los héroes.

César, Antonio, Octaviano, Tiberio, Trajano, Alejandro, Severo, Constantino, Teodosio, Atila, Teodorico, Alboyno, Cárlos Martel, Cárlo-Magno, Tariq y Muza son los principales caudillos que despiertan su admiracion [2] y que mayor interes podian inspirar á los pueblos meridionales en el siglo XIV. Mas si los juzga He-

1 Se custodian en la Biblioteca del duque de Osuna P. I. lit. M. n.º 5 y 6, como restos de la del Marqués de Santillana (Véanse sus *Obras*, Biblioteca, n.º XXXVII, pág. 606):—están escritos en rica vitela, ostentando en la primera foja el retrato del Maestre, pero son de menor tamaño que los dos códices de la *Grant Chrónica*, por lo cual debió advertir el señor Pidal, ya que no se detuviese á examinarlos, que formaban obra distinta, no siendo verosímil que quien tanta magnificencia desplegaba, al disponer dichos MSS, consintiera esta irregularidad de tamaños en los volúmenes de una misma obra.

2 Oportuno juzgamos notar que el Maestre de San Juan colocaba al lado de don Jaime I.º y de San Fernando al famoso Genghiskan (Cangiscan), reconociendo en él uno de los primeros conquistadores de la edad-media. La primera noticia de este capitan debió sin duda tomarla del *Libro de Marco Polo* (cap. V), quien en 1271 (cuarenta años antes de la muerte de Genghiskan) visitaba su imperio y narraba sus grandes victorias. Adelante volveremos á tocar lo relativo á este importante libro, en el juicio literario del Gran Maestre.

redia merecedores de alabanza por su valor y sus virtudes, no por esto renuncia á señalar y á vituperar cuerdamente los vicios y aun los crímenes que empañaron su gloria, valiéndose al propósito de aquellos medios que el arte le presentaba para hacer más perceptible su juicio. Al narrar por ejemplo la muerte de Teodorico, príncipe amado primero, merced á su generosidad y tolerancia, y aborrecido en los últimos dias de su vida por su crueldad sanguinaria, condenaba enérgicamente su tiranía, comparándola con la feroz rapacidad del leon, elegido rey de las cuadrúpedos. Esta doctrina ponia el Maestre de resalto, ingiriendo la siguiente *Faula ó exiemplo del cieruo*, que nos recuerda uno de los más donosos apólogos del Archipreste de Hita:

«Aprés que las bestias huuieron esleydo al leon por lur rey et senyor, »coronáronlo, et fecho aquello, uinieron todos delant dél por saluarlo et »por fazerle reverençia et homenatge; et mucho sesforçó cadascuna por »todo su poder de seruirlo et de fazerle onor ansy como á lur senyor. »Entre las otras uino el çieruo con sus grandes banyas qui le estauan muy »bien: et era muyt bello et era muyt grosso et de grand facçion, et agi»noyóllose devant del rey por fazerle reuerençia, como fazian todas las »otras. El leon auia grand fambre, et quando lo uido tan bello et tan »grosso, vínole en voluntat que lo comiesse. Ansy que estando el cieruo »aginyollado delant del leon, alargó las arpas de delant et prísolo por los »cuernos, por comerlo allí et por fartarse en él. Mas el çieruo, uidiendo »aquello, tiróse muyt reçiament atrás quanto pudo, assy que sacó sus »cuernos dentre las manos del leon; et luego como le fué escapado, fuyó »cuanto más pudo á los montes grandes et largos questauan en torno de »allí. Quando el çieruo se ende fué foydo, el leon sabet que ende ouo »grant despecho et fincó muyt sanyoso et pleno de grant yra, et tal sem»blant fazia que todas las bestias que le estauan deuant, auien grant »pauor. Assy que se planyó muyt malament á las otras bestias del cier»uo, et menaçólo muy fuertement et mandó á las otras bestias que lo »çercassen en todas maneras et feziessen que gelo adugiessen delant.»

Las bestias tienen por justa la demanda del leon y tomado su acuerdo, envian el raposo para que persuada al ciervo su vuelta á la corte: hállale en una *selva* espesa, y despues de saludarle afable y cortesmente, le dice:

«En uerdat, amigo, mucho me desplace de uuestro mal et de uuestro »enoyo: que bien só cierto que non auedes tan grant culpa como se dize

»de uos en la cort; mas bien só despagado porque aun uos venistes; que »todo onbre piensa que qualquiera mala cosa tenedes pensada de fazer, »et por uentura uos nunqua lo pensastes. El cieruo aquella uegada res»puso que nunqua auia él pensado nengun mal nin danyo del rey, nin »de su cort: antes dixo él:—Yo me deuo planyr de la grant crueldat et »uillania que el leon me quiso fazer, yo seyendo sin culpa de nenguna »cosa que fuesse contra él; car aginyollándome devant dél, por fazerle »reuerençia, me ensayó de prender et retenerme por los cuernos por co»merme: por çierto grant crueldat et mala cosa ensayó de fazer, peor que »nunqua nengun prínces nin nengun senyor del mundo á nengun uasa»llo suyo.—Et, amigo, dixo el raposo, á aquella ora non pensedes uos »que el leon lo fiziesse por aquesso que uos dezides: daquesto seyet bien »çierto. Antes lo fazía por fazeruos onor, como adaquel qui amaua, car »quando uos aginyollastes devant dél que dezides que uos priso por uues»tros cuernos, non lo fizo synon que uos querria dar paz et besarvos en »la boca en senyal de grant amor que uos auia».

El ciervo engañado por las palabras del raposo, vuelve á la córte y al arrodillarse ante el leon, le echa este las zarpas al cuello, dándole muerte con sus *unglas*. Al repartirlo entre las fieras, echa de menos el corazon que habia robado el raposo, el cual preso y puesto á cuestion de tormento, exclama:

«¡Ay, cuytado de mí!... como só, tengo grant pena et grant dolor á tuer»to manifiesto, et non só oydo! ¡A nuestro senyor Dios!.. Et ¿por qué me »demandan que diga lo que non sey, aquello onde non só culpable...? »Car razon natural demuestra manifiestamente que él cieruo non auia »corazon nenguno; car cierto es que si él ouiesse ovido corazon, non auria »tornado aqui, nin auría uenido otra uegada á las manos del leon. Mem»brarle deuie cómo auie estado preso la otra uegada primera por los »cuernos de su cabeza, et cómo por foyr auia escapado de la muerte; pe»ro si ouiesse coraçon, cierto es que auria dubdado de retornarse á meter »otra uegada á periglo de muerte. Pues que una uegada era ende esca»pado, deuiera de auer guardado que non ý ouiesse venido por cosa del »mundo» 1.

1 II.ª Parte, fól. 144 al 148.—Los capítulos carecen de numeracion, por lo cual preferimos el fólio. El apólogo del Archipreste de Hita, que es virtualmente el mismo, se contiene desde las coplas 866 á la 877 inclusive de su *Poema* bajo el título: «*Del castigo que el arçipreste dá á las dueñas*, etc.»—Comienza con estos versos:

Autorizaba asi la narracion el apólogo, que tan cumplido desarrollo habia tenido en la España Central, no sin que de igual suerte contribuyeran á fecundar la doctrina que el Gran Maestre de San Juan se proponia deducir de la *Crónica de los Conquistadores*, las demás formas literarias, cultivadas á la sazon por los eruditos. Pero si no olvidaba en tan notable libro el fin y ministerio de la historia, atendia sin duda á hermanarlos con los de la religion en la *Flor de las Ystorias de Oriente*, manifestando que era debida á las escrituras la perpetuidad de la memoria de las cosas pasadas, con el «conosçimiento et discreçion en las esdeuenideras», y declarando al par que las contenidas en esta obra «podrian con el favor de Dios redundar en muyt grant provecho et ensalçamiento de la fé católica» [1]. En dos partes principales dividia Heredia la *Flor de las Ystorias*. La primera que lleva más especialmente dicho título, trataba de los reinos y tierras del Oriente, dando razon de su respectiva situacion geográ-

Dueñas, avet orelas | oit buena liçion;
Entendet bien las fablas, | et guardaruos del varon,
Guardatvos non vos contesca | como con el leon
Al asno sin orelas, é sin su coraçon, etc.

En vez del *asno* puso Heredia el *ciervo*, suprimiendo el accidente de las orejas, que no juzgó necesario para obtener el mismo efecto.

1 El códice de la *Flor de las Ystorias de Oriente* existe en la Biblioteca del Escorial, marcado Z. j. 2.—Consta de 312 fóls.; está escrito en vitela á dos columnas de clara y hermosa letra, igual á los códices anteriormente citados. Contiene demás de los tratados que en el texto mencionamos, 1.º: *Monestaçion de los ricos-onbres et monestaçion de los onbres pobres* (fól. 105); 2.º El Libro *De Secreto Secretorum*, el qual compuso el grant Aristóteles (fól. 254).— El primero de estos tratados es cierta manera de catecismo moral para la vida, ya en próspera ya en adversa fortuna: acabado se lee: «Ferdinandus Metinensis vocatur qui escripsit, benedicatur».—Este Fernando de Medina copió tambien la *Crónica de los Conquistadores*, compitiendo con Álvar Perez de Sevilla, que puso en limpio la *Grant Ystoria*. En la *Flor de las de Oriente* se halla el retrato de Heredia, miniado de la misma mano que pintó los de los otros códices; expresándose que es obra suya con estas palabras: «El reverent en Xpo. Padre et senyor »don Fray Jhoan Deredia, maestro de la Órden de Sant Iohan de Herusalen... »mandó screvir aquesti present libro, etc.»

fica, de las gentes que en ellos habitaban y de sus costumbres, ritos y ceremonias, no sin exponer la sucesion de los emperadores, reyes y príncipes que los habian señoreado y «los mudamientos y guerras que entre ellos eran esdeuenidos».

Referíase la segunda á la Tierra Santa, teniendo por base y fundamento la *Grant conquista de Ultramar* [1], y encerrando uno de los monumentos más preciosos que en este linage de obras produjo la edad media. Tal era en efecto el *Libro de Marco Polo, ciudadano de Venecia* [2], cuyas portentosas narraciones que emulaban las maravillas del mundo caballeresco, alentando el espíritu aventurero de nuestros mayores, prepararon los dos más grandes descubrimientos geográficos que ilustran la historia de la Península Ibérica en los tiempos modernos. Tarea por demás interesante seria la de poner en claro si debieron Vasco de Gama y Cristóbal Colon la primera idea de sus expediciones á la version del *Libro de Marco Polo*, hecha por Heredia; y si por ventura diese resultado afirmativo, no dejaría de causarnos admiracion el valor profético de las palabras del ilustrado maestre: ningun suceso más provechoso ni de mayor ensalzamiento para la fé católica que los descubrimientos del Cabo de Buena-Esperanza y del Nuevo-Mundo.

Dos redacciones, ambas originales, bien que de mérito diverso, pudieron servir de texto para esta version del *Libro de Marco Polo* [3]; mas sea cual fuere su procedencia, bien será advertir

1 Heredia dice con frecuencia, refiriendo los hechos de las cruzadas y toma de Jerusalen: «Asy como se cuenta en el *libro de las Ystorias de la Conquista de la tierra sancta,*» etc.; *Tróbase en la Ystoria de la Conquista de Ultramar*, etc.» El famoso libro traido á nuestra lengua por mandado de Sancho IV, dió algunos materiales para componer el que lleva por título *Libro Ultramarino,* de que hablaremos despues.

2 Este precioso monumento se contiene desde el fól. 58 al 104 inclusive.

3 La primera fué escrita por Rusticiano de Pisa, famoso ya por haber compilado algunos libros de caballerías del ciclo breton, entre los cuales se contaba el *Lanzarote del Lago*, cuya seductora lectura produjo el crímen de *Francesca de Rímini*, pintado por el Dante (*Inf. cant. V*). Rusticiano, prisionero de los venecianos en 1298 con Marco Polo, oyó de boca de este sus extraordinarios viages y los quiso legar á la posteridad, escribiéndolos.

que hubo su egemplo de producir cierto efecto saludable en la república de nuestras letras, pues que no fué la única relacion de largos y sabrosos viages hecha por aquellos dias, segun en breve notaremos. Descritas aquellas fértiles regiones no solamente con la novedad que tenia de suyo lo peregrino de sus costumbres, ritos y ceremonias, sino tambien con la gala y frescura de una imaginacion rica y juvenil, consérvase en la traduccion de Heredia el rudo y primitivo encanto del original, llamando al propio tiempo la atencion de la crítica el colorido especial que recibe del dialecto [castellano-aragonés], en que se halla escrita.

Védanos el temor de ser difusos al trascribir aquí algunos pasages, conocida ya, por los arriba copiados, la índole característica del lenguaje empleado por el docto Maestre de San Juan en todas las obras que llevan su nombre. El *Libro de Marco Polo* forma sin embargo la parte principal de la *Flor de las Ystorias de Oriente* y dando levantada idea del noble anhelo, que animaba al autor de la *Grant Chrónica* y de la *Crónica de los Conquistadores* en el cultivo de la historia, á que se inclinan con preferencia los espíritus elevados, completa dignamente el cuadro de sus meritorias producciones. Lástima es que ignorado absolutamente de los eruditos, duerma todavía en el polvo de nuestras bibliotecas un libro, que tanta honra puede conquistar al nombre español, con verdadera gloria de don Frey Juan Ferrandez de Heredia [1].

La segunda redaccion fué debida á Tibaldo de Cepoy, quien pasando á Italia en 1307, por mandato de Cárlos de Valois, para adquirir noticias sobre el Oriente, rectificaba el libro de Rusticiano á presencia de Marco Polo y lo reducia á más castigado y correcto lenguaje. Una y otra redaccion están en lengua francesa, siendo hoy muy difícil resolver, por la libertad con que se hacian á la sazon todo linaje de versiones, cuál pudo ser preferida por el Maestre de San Juan.

1 Lástima es en verdad que un libro que tanta influencia pudo tener en los dos grandes acontecimientos que dejamos citados arriba, permanezca de todo punto ignorado, habiéndose dado á luz otras versiones latinas, venecianas ó toscanas, mucho más modernas é incompletas. Gran servicio se prestaria á la historia de los descubrimientos marítimos, publicando, comentando é ilustrando el *Libro de Marco Polo;* y ya que nosotros no po-

No ha logrado figurar tampoco en las obras críticas que tratan de nuestra literatura, otro prelado, merecedor de señalado lugar en su historia, aun cuando sea únicamente bajo el aspecto del lenguaje. Citóle ya no obstante con elogio, bien que muy de pasada, Gerónimo de Zurita, como cultivador de la historia patria en *las cosas de Navarra* [1]; y por fortuna se ha trasmitido á nuestros dias su *Crónica de los fechos subçedidos en España dende sus primeros señores fasta el rey Alfonso XI*, á que aludia el historiador aragonés, para ministrarnos cabal idea de la lengua hablada y escrita en dicha comarca y de la parte que tomaron los ingenios navarros en el desarrollo de la cultura nacional en la segunda mitad del siglo XIV.—Fray García de Euguí, obispo de Bayona, que no otro es el referido personaje, autorizado por su saber y sus virtudes en la corte de Cárlos el Noble, cuyo confesor era, acometia pues la empresa de trazar una historia general de España, «segunt se trueba por scripto en diversos libros antigos», si bien reduciéndola á breve compendio [2]. Habian los sabios dividido «todos los tiempos pasados, despues que Dios formó á Adam, en VI hedades»; y deseando el obispo ga-

demos consagrarnos á estas tareas, ni contamos con medios para dar á la estampa esta y otras mil joyas de nuestra literatura, no será mal que excitemos aquí el celo de la Direccion de Hidrografía, á quien realmente cumple el llevar á cabo este linage de publicaciones. Véanse las *Ilustraciones* de este volúmen.

1 *Enmiendas á las Crónicas* de Ayala, prólogo.: *Crón. del Rey don Pedro*, ed. de Llaguno, pág. XVIII. Es de notar que sólo hay en el libro del autor citado, como despues veremos, un catálogo de los reyes navarros: lo principal de su historia se refiere á la España Central, por lo cual no fué tan exacta, cual de costumbre, la cita de Zurita.

2 Dos códices hemos examinado de esta *Crónica*. El primero existe en la Biblioteca Nacional, signado F. 113 y fué propiedad de Zurita: el segundo en la del Escorial con la marca: X ij 22. Este perteneee al siglo XV: aquel al XVI: ambos tienen el siguiente encabezamiento: «Estas Crónicas »(*Canónicas* dice en el MS. del Escorial) fizo escribir el reverent en Jhu. »Xpo. padre don Fray Garçía de Euguí, obispo de Bayona, de los fechos que »fueron fechos antiguamente en Spanya, segunt se trueba por scripto en di»uersos libros antigos, etc. etc.—Cita uno y otro MS. Perez Bayer en sus Notas á la *Biblioth. Vet.*, lib. IX, cap. VII.

nar reputacion de entendido, ajustábase á esta division, que explica en el prólogo, dando principio á su crónica con la poblacion del mundo por los hijos de Noé, pauta generalmente seguida de los historiógrafos escolásticos en todas las naciones meridionales.

Con las fábulas y vulgares tradiciones sobre la fundacion de Toledo, coetánea de Abraham y asiento de Hércules, cuyas victorias encomia, empieza la narracion que constituye en las tres primeras edades la más peregrina urdimbre de anacronismos, mezclando multitud de hechos y noticias inconexas é impertinentes hasta llegar á las guerras púnicas, época á que pone fin la destruccion de Cartago y la muerte de Escipion, el Africano. No guarda Fray García mayor órden, al referir los sucesos comprendidos en la cuarta y quinta edad, observando el extraño método de retrotraer la relacion á los tiempos primitivos, lo cual la hace por demás difícil y penosa [1]. Alguna mayor regularidad cobra, al tocar la dominacion romana; pero pasa por ella tan de ligero que apenas deja espacio para recordar las altas proezas del heroismo español, ni menos para comprender la grandeza del pueblo-rey, ora bajo los estandartes de la República, ora bajo las águilas del Imperio. Cierto es que no llaman más largamente su atencion las invasiones de los bárbaros, ni menos la historia de los reyes visigodos, ni de los Concilios toledanos, deteniéndose únicamente, al mencionar á Wamba, príncipe que goza en la edad media de extraordinario crédito, merced sin duda á la historia de San Julian, ó tal vez á la famosa division eclesiástica que se le atribuye.

El obispo de Bayona, contada la muerte de Egica, pone cinco reyes, cuyos nombres suenan por vez primera en la cronología de los visigodos, mostrando que era llegado el instante de crear á placer personages históricos, así como nacian en la

1 Narrada la fundacion de Cartagena por Elisa Dido, expone los *fechos de Span:* acabada la tercera edad con la muerte de Scipion Afriano, empieza la cuarta con la historia de David; la quinta da principio con la transmigracion de Babilonia, etc.—Semejante procedimiento no puede ser más contrario á la natural ilacion de los sucesos históricos.

imaginacion los héroes caballerescos: *Çindos*, *Çandos*, *Nundos*, *Redros y Fredros*, monarcas eran soberbios y crueles que habian usurpado la corona, preparando el calamitoso reinado de Wtiza (Obtiçia) y el más desastroso de don Rodrigo, al cual no falta ninguna de las fantásticas invenciones del palacio y cueva encantada, que tomaban casi al mismo tiempo en la España Central colosales dimensiones [1].

Al desastre de Guadalete sigue la conocida lamentacion de España, repetida desde los tiempos del arzobispo don Rodrigo por todos los historiadores y cronistas. El noble alzamiento de don Pelayo encabeza el breve epítome de los reyes cristianos de la monarquía asturiana y leonesa; y explicado el nacimiento del condado de Castilla, continua la exposicion de los sucesos más notables que van dando fuerza al espíritu nacional, teniendo por guia la *Estoria de Espanna* del Rey Sábio [2]. Al reinado de Fernando III, viene por último el obispo de Bayona, no sin elogiar sobre manera la buena memoria de doña Berenguela (Belenguera): las grandes conquistas del Rey Santo excitan por breves momentos su entusiasmo patriótico; pero dejado al fallecimiento de aquel héroe el faro historial que le ilumina, entra en el reinado de Alfonso X, plagando la narracion de incoherentes patrañas, nacidas en la malquerencia y la admiracion, que engendran la sabiduría de aquel príncipe y la ignorancia de sus coetáneos. Más seguras son las noticias de Fray García de Euguí respecto de don Sancho IV y de su hijo, ofreciendo verdadero interes las relativas al reinado de Alfonso XI, cuyas últimas victorias aplaude, insertando cierta manera de catálogo de los reyes, señores y capitanes extrangeros que le ayudan en la inmortal empresa

1 Véase el exámen que á continuacion hacemos de la *Crónica del Rey don Rodrigo*.

2 Esta influencia no puede desconocerse sobre todo desde el reinado de Alfonso VI en adelante. El obispo decia sin embargo, al narrar los últimos años de Fernando III: «Fasta aquí escribió el arzobispo don Rodrigo en »el anyo que andaua la Era en mil dosçientos et ochenta et uno, á los »veynte et cinco anyos que reinaua el rey don Ferrando et á los treynta et »tres anyos quél fuera arzobispo», etc. etc. (fól. 168 del cód. de Madrid).—

de Algeciras. Una *genealogía* de los reyes de Navarra desde Iñigo Arista hasta don Cárlos, «fijo de la reina doña Johana», cierra la *Crónica de los fechos de Espanna*, que termina en la Era de 1427 [1389] [1].

Notable es en verdad la doble circunstancia que la asemeja á la *Ystoria* del Maestre de San Juan, manifestando que uno y otro se habian valido, ya de las *Crónicas* de Tovar, ya de la *General de Castilla*, para escribir el reinado del último Alfonso [2], y que en ambos dominaba el mismo presentimiento histórico de la supremacía, que iba á ostentar en breve la España Central sobre todos los extremos de la Península, fundando la unidad nacional por tantos siglos codiciada. Pero si Fray García de Euguí cede, tal vez á pesar suyo, al influjo de esta idea trascendental, no por eso descubre un criterio, á cuya luz se desvanezcan los errores que plagan su libro, subiendo de punto su credulidad en cuanto atañe á las maravillosas consejas abrigadas por la muchedumbre y no reparando en contribuir á viciar el sentido histórico respecto de épocas y personages harto cercanos á la edad en que escribe. Un siglo solo se contaba desde el fallecimiento del Rey Sábio, viviendo el fruto de su doctrina y el respeto de su nombre en la mente, en el corazon y en la enseñanza de los doctos, cuando el obispo de Bayona que le debia los aciertos de su *Crónica*, le pintaba del siguiente modo:

«Auino assi queste rey don Alfonso cuydaua saber mucho et un dia »dixo en público que ssi él ouiesse estado con Dios, quando formó el mun»do que mellor sería hordenado que non es. Et esto pessó mucho á nues»tro Senyor Dios et sinon que la Vírgen Sancta Maria rogaua á »Dios por él, luego auria estado perdido. Et cuentan algunas ysto»rias que hun santo home veno en aquel tiempo al Infant don Manuel,

1 Podemos fijar la época en que Euguí escribe teniendo presente que hablando de don Enrique II y de su esposa doña Juana, observa que «estos »ovieron un fijo que ovo nombre don Johan et una fija que le dezian doña »Leonor, reyna de Navarra que oy es»—(fól. 129 del Cód. Escur.).

2 De Heredia lo sabemos por declaracion propia: de Euguí puede afirmarse, considerando la procedencia y exactitud de las noticias que en esta parte extracta.

»hermano del dicho rey, et díxole que su hermano el rey don Alfonso avia »pecado contra Dios: que si non por la deuocion que auia en la Vírgen »Santa María et quella rogaua á Dios por él, luego seria perdido, et que »si s'arrepentiesse, Dios auerle hía merçed. Et luego este infant don Ma- »nuel fuesse para Sebilia, do era este rey don Alfonso, et fabló con él »muy largamente deste fecho et el dicho rey don Alfonso repusole que »non se repentia de lo que dicho auia et que aun la hora lo dizia. Et »nuestro Senyor Dios la hora dióle cierta maldiçion, que turasse, segunt »algunas, scripturas dizen fasta el séptimo genollo suyo, et que dalli »ante más non eredase los reynos, mas que los ouiese uno que uernia de »la parte de Oriente; que en su uida sería desposedido él de los reynos. »et assí fué» 1.

No hay para qué detenernos ahora á refutar estas invenciones, cuyo orígen y repugnante inverosimilitud quedan en lugar propio reconocidos 2. Demás de caracterizar la crítica histórica del confesor de Cárlos, el Noble, sirve no obstante este peregrino pasage para apreciar hasta qué punto era natural en Navarra la lengua de Castilla y cómo al declinar el siglo XIV, obedeciendo la ley comun que preside al desarrollo de la cultura española, la emplean los ingenios navarros cual digno y propio instrumento literario. Curioso es tambien comparar el estilo de Fray García de Euguí con el de don Frey Juan Ferrandez de Heredia: mientras aparece el primero más conforme con el de los escritores castellanos, así como el lenguage menos cargado de voces extrañas, hay en la frase del Maestre más variedad y riqueza de colorido, si bien la misma libertad en distribuir las tintas y lo nativo de los colores hacen el cuadro con sobrada frecuencia en demasía abigarrado.

Verdad es que esta diferencia nace, fuera de los accidentes locales y de las dotes personales del escritor, de la naturaleza especial de la materia por ambos tratada; y aunque el obispo de

1 Fól. 128, v.—Eugui conocia sin duda la *Crónica* de don Pedro IV de Aragon, en que segun notamos al tratar del Rey Sábio (IIª Parte, capítulo IX, pág. 449) se recogió por vez primera esta calumnia histórica, muy repetida en todo el siglo XV.

2 Véase el cap. IX de esta II.ª Parte, Primer Subciclo, t. III, págs. 448 y siguientes.

Bayona, con más credulidad de rápsoda que juicio de historiador, teje una larga série de cuentos, llévale el Maestre inmensa ventaja al recojer, principalmente en la *Crónica de los Conquistadores* y en la *Flor de las Ystorias de Orient*, las bizarras narraciones de aquellas ignoradas edades y comarcas, valiéndose, como vá probado, de diversas formas literarias y acercándose cada vez más á las fantásticas creaciones del mundo caballeresco.

Y no dejaban de inclinarse al mismo sendero los trabajos históricos, hechos en la España Central á fines de la centuria XIV.ª y en los primeros dias de la siguiente. Por más que el celebrado Canciller Lopez de Ayala intentara infundir á la historia nacional cierta severa rigidez y noble imparcialidad, templadas por la imitacion artística de los escritores clásicos, y en particular de Tito Livio, su incansable afan de enriquecer la literatura patria, habia contribuido á impulsar, con la version de la *Crónica Troyana,* la creciente aficion á lo extraordinario y maravilloso, produciendo su ejemplo en este punto análogo resultado al que daba su protesta contra el arte alegórico en las esferas del patrio parnaso.

Tuvo sin embargo el interés de actualidad, ya que no el particular de los reyes, celosos intérpretes, que procurasen fijar los hechos coetáneos: para que quedasen «en la membranza » comun et fuesen enxiemplo de obras buenas», escribia Johan de Alfaro, hidalgo de la corte de don Juan I, «las notables fazañas de este magnífico et muy virtuoso et bien aventurado rey», mostrándose una y otra vez cual testigo presencial de los sucesos que narra, y comunicando por tanto á su *Crónica* singular interés y verdadero colorido [1]. No abarcó Alfaro todo

1 Dieron á conocer esta *Crónica de don Juan I* los traductores de Boutterwek, de quienes el aleman Clarús tomó las noticias que pone en su *Cuadro de la literatura española de la edad media*, (t. II, página 461 y siguientes).—Lástima fué que los referidos traductores, que tanto empeño mostraron en los extractos de otras producciones, sólo copiaran de este libro algunas líneas (pág. 258). Las que insertan, si no ofrecen entera idea de la *Crónica,* bastan sin embargo para quilatar su estilo y lenguage.

el reinado de aquel príncipe, suspendiendo su relacion en el desastre de Àljubarrota, que llenó de amargo luto á Castilla, lo cual nos induce á creer que se apartó de su primer intento en el mismo año de 1385, si ya no es que le sorprendió la muerte en aquella meritoria tarea [1]. Más cuidadoso del estilo y lenguaje que el comun de los escritores de su tiempo, manifiéstanos Johan de Alfaro que no careció de buen gusto, hijo sin duda de no despreciable educacion literaria; y aunque no tiene la enérgica severidad de Ayala ni la variedad pintoresca de otros cronistas posteriores, es merecedor de estima aun bajo el simple aspecto de las formas. Veamos, para formar concepto de su estilo, cómo expone los precedentes de la desastrosa jornada de Aljubarrota.

»Abastarle debiera á la gente del rey el vencimiento, segund que fué »ganada la vuelta de la cibdad. Mas como el rey ovo auisaçion que el de »Portogal avía ánimo de tornarse, et por bien claras palabras assí lo »avía mostrado, por ende tovo por mengua non fazer el conseio de los »caualleros mançebos que con él eran et muchos otros que avían el auan«guarda, magüer que el maestre et Alfon de Villagarçia et Diago Gomez »et Pero Pereyra et Rodrigo Chacon, el viejo, et el señor de Castro-Xeriz, »et el adelantado Manrique et Joan Duarte et Juan de Robledo et Pedro »de Sant Llorente et Joan de Ric, el de Francia, fablaron ende con el »rey et dixéronle que Su Merçed ordenasse de non combatir los de Por»togal; ca la gente del rey et las mesnadas dellos avían grand lassitud et »sería grant daño, si se retrayessen. Et el rey non gelo coibdando, arre»metió el cauallo et siguiéronle todos en aquel fecho» etc. etc.

Pocos ayudadores tuvo sin embargo en tan útil y modesta

1 La *Crónica* abrazaba en consecuencia el período de seis años [1279 á 1385]: es un volúmen de setenta y dos fojas, escrito en pergamino con mucho lujo paleográfico, en cuya primera página se lee: «Aquí comiença »la estoria que escribió Johan de Alfaro.—Porque los fechos de los omes »queden en la membrança comun et sean enxienplo de buenas obras etc. etc. »—intenté escrebir las notables fazañas del nuestro magnífico et muy vir»tuoso et bien aventurado rey don Johan, segund sus fechos et acaesçimientos, etc.».

empresa. Los que aspiraban á consignar los hechos presentes, dominados al par del anhelo de aparecer doctos y del espíritu romancesco que habia invadido la sociedad de la suerte que dejamos notado, ó ya obedeciendo aquel secreto y misterioso impulso que mueve las plumas de Ferrandez de Heredia y de Eguí á trazar la historia general de España, tomando por base la de Castilla, tienen por objeto de sus tareas la referida historia, ya desde los tiempos más remotos, ya desde el reinado de don Pelayo [1]. Cuéntase entre estos cultivadores, cuyos esfuerzos veremos repetidos en varios conceptos durante el siglo XV, Juan Rodriguez de Cuenca, despensero mayor de la reina doña Leonor, esposa de don Juan I [2]. De su mano es el compendio

1 El entendido Llaguno en la advertencia á su edicion del *Sumario de los Reyes de España* atribuyó la redaccion de este y los demás compendios históricos qué ofrece en aquel tiempo la literatura española, á la dificultad de adquirir y conservar las obras completas, y al deseo de instruirse en la historia de los reinados anteriores, formando resúmenes que sirviesen de auxilio á la memoria. Esta idea acepta y aun da como suya el ya referido Clarús (loco citato, pág. 459), sin advertir que tiene aquel hecho un orígen y una explicacion más filosófica en el desarrollo de los estudios históricos, cualquiera que sea su carácter en la expresada época. ¿Como explicará sino la aparicion del *Mar de Historias, de la Atalaya de Crónicas, del Valerio de las Historias, la Suma de Crónicas, el Anacephaleosis, el Paralipomenon Hispaniae* y tantos otros libros de igual naturaleza debidos á varones muy doctos y que por tanto no podian pasar plaza (sobre todo escribiendo en latin) de simples abreviadores?.. ¿Qué significacion tendrian los poemas históricos de igual índole, y en especial *Las Edades del Mundo*, escritas por el sábio don Pablo de Santa María?.. Los compendios á que nos referimos, siguen la misma ley de las obras de mayor extension, tales como las *Chrónicas* de Heredia, y reflejan vivamente el comun deseo de contemplar en un solo cuadro la historia universal y muy especialmente la de toda la Península, obedeciendo así á otra necesidad más alta y trascendental de la civilizacion española, á que iba á servir en breve de lazo y centro comun la nacionalidad de Castilla.

2 El oficio consta por declaracion del mismo autor en el cap. XLII del *Sumario:* la averiguacion del nombre fué debida al docto marqués de Mondejar en su *Corrupcion de Crónicas* (v. 9,181 de la Bibl. Nac.) y en sus *Memorias de don Alonso el Sábio*, pág. 90, de donde lo tomaron Llaguno y cuantos han hablado despues del *Sumario* referido. Conveniente nos pa-

que intitula *Sumario de los Reyes de España*, el cual empieza con el héroe de Covadonga y termina en vida de don Enrique III, de quien sólo hace un breve elogio, declarando que habia «puesto sus regnos en temor de justiçia, qual nunca en ningun tiempo de los reyes de Castilla et de Leon; por lo qual »(observa) es muy amado é muy loado de todos los pueblos »de los sus regnos et tambien de los regnos comarcanos» [1].

Ligeras son asimismo las noticias que ofrece de los demas reyes en todo el *Sumario*, si bien se detiene algun tanto en los que son para él de mayor estima, tales como don Fruela, don Alfonso el Casto y Ramiro I en la primitiva monarquía asturiana, y don Fernando el Mayor, Sancho el Fuerte, Alfonso VII el Emperador, y Fernando III, el Santo, en la castellana, despojando en su relacion de la importancia que tienen realmente á un don Alfonso X, don Sancho IV y don Alfonso XI, sin duda porque en sus *Corónicas* especiales estaban «contados por menudo los grandes fechos é cosas quellos feçieron» [2]. No hace Rodriguez de Cuenca la misma prevencion respecto de los reyes don Pedro, don Enrique II y don Juan I, y sin embargo se limita á condenar simplemente el reinado del primogénito del último Alfonso, narrando la anécdota del judio Aben Zarzal, que recuerda las cartas del Benahatin insertas por el Canciller Ayala en su *Crónica* [3], y á elogiar á los

rece advertir que el diligente Llaguno limpió el texto del *Sumario* de los aditamentos que al mediar el siglo XV, hubo de ponerle algun curioso, por lo cual es su edicion de sumo precio (Madrid 1781). Los referidos aditamentos aparecen al pié del texto por via de notas bibliográficas. No terminaremos esta, sin apuntar que en algunas memorias del reinado de don Enrique III se menciona como su «capellan é cronista» un Fernan Nuñez de Cuenca, hijo de Alvar Nuñez, «criado de la casa del rey»; pero si escribió parte de su historia, no ha llegado á nuestras manos, ni dá muestra ni noticia de ella escritor alguno, que sepamos.

1 Cap. XLIII.

2 Caps. XXXVI, XXXVII, XXXVIII y XXXIX. Las cláusulas á que aludimos, no pueden ser más terminantes ni repetidas.

3 Véanse el cap. XXII del año XVIII y el III del XX. La anécdota de Aben Zarzal, de cuya certeza atestigua Rodriguez de Cuenca con don Moseh Aben Zarzal, físico de Enrique III, cuando escribe, disculpa ingeniosamente la vanidad de los juicios astrológicos.

dos segundos, de quienes se muestra particularmente obligado.

No carece el *Sumario*, á pesar de su mortificante brevedad, de algunas anécdotas y tradiciones, no recogidas antes en otras historias, las cuales contribuyen á darle cierta novedad é interés, mostrando el propósito que tuvo el *Despensero de doña Leonor*, al escribirlo. «Cosas especiales de las que en tiempo de »los quarenta reyes comprendidos en el *Sumario* acaesçieron», eran á juicio de Juan Rodriguez el razonamiento que hizo Ramiro I en la última hora á su hijo Ordoño I, pasage en que brilla grandemente el espíritu didáctico que animaba á las letras castellanas [1]; la querella de Fernando el Mayor contra el Pontífice y el Emperador, que intentaba someter á tributo el nuevo reino de Castilla, punto en que se reflejan con notable energía las creencias populares y las tradiciones consignadas en los poemas ó cantares del Cid [2]; la particion del reino por el mismo soberano, hecha á instancias y por mandato de San Isidoro, que le aparece en sueños [3]; el asesinato de don Sancho ante los muros de Zamora, pintado ya con el colorido de los romances [4]; el juicio, fallo y escarmiento hecho por Alfonso VII en la persona de un infanzon gallego, que habia vejado á un labrador, rasgo característico del poder de los monarcas de Castilla en toda la edad media [5]; y otros acaecimientos de igual naturaleza, más ó menos confirmados por los cronistas é historiadores. Estas circuns-

1 Cap. X. La lectura de este razonamiento trae á la memoria el *Libro de los Consejos et Castigos* de don Sancho IV, como recuerda el de los *Conseios et consejeros* de don Pedro Barroso, y el de los *Castigos et conseios* de don Juan Manuel, en sus lugares propios examinados.

2 Cap. XXIV. Todo lo relativo á este punto está visiblemente tomado de la llamada *Crónica rimada* ó *Leyenda de las Moçedades del Cid*, siendo esta una prueba más del poco acierto, con que imaginó Ticknor que dicha leyenda habia nacido en el siglo XV.

3 Cap. XXIV al final.

4 Cap. XXV.

5 Cap. XXVIII. El deseo de no ser difusos nos veda el trasladar aquí este peregrino juicio, en que resplandece la justicia de los reyes, amparando á los pecheros y menesterosos contra la rapacidad desapoderada de los fuertes.

tancias que dán indudablemente cierto precio al *Sumario de los Reyes de España*, no siempre se hallan realzadas por las cualidades del estilo: la narracion corre á menudo con facilidad y soltura; el lenguage es generalmente sencillo; pero aun cuando despojado de ociosos adornos, ni tiene el nervio y brillo que caracterizan á la mayor parte de los cronistas de reinados particulares, ni la severidad que imprime su coetáneo Ayala á la narracion, inclinándose con harta frecuencia más al panegírico que al juicio histórico.

De esta vaguedad de estilo, llevada no obstante al mismo extremo de incertidumbre en que se muestra la narracion, adolecia otro linage de crónicas de las cuales puede señalarse como tipo y modelo la que lleva por título en los códices del tiempo: *Genealogia de los Godos con la destruycion de España* y fué impresa, en su mayor parte, con el de: *Crónica del Rey don Rodrigo* etc [1]. Era su autor Pedro del Corral, quien pareció darle nombre de *Crónica Sarracina*, despertando á tal punto, con sus fabulosas narraciones, la indignacion de los hombres de gravedad y juicio que hizo prorumpir á Fernan Perez de Guzman en estas notabilísimas palabras: «Algunos (escribia) que se entremeten de es»crevir et notar las antigüedades, son onbres de poca vergüenza, »et más les plaçe relatar cosas estrañas et maravillosas que uer»daderas et çiertas, creyendo que non será avida por notable la »ystoria que non contare cosas muy grandes et graves de creer, »ansi que sean más dignas de marauilla que de fée, como en

1 Así apareció en 1511, contándose otras muchas ediciones en todo el siglo XVI y parte del siguiente. Nosotros hemos examinado diferentes códices, y entre ellos el signado en la Biblioteca Nacional con la marca F. 89, que consta de 505 fólios mayores, y el que en la del Escorial se registra X. I. 12, escrito asimismo en fólio y muy digno de estima por las razones que veremos. El códice de Madrid tiene este epígrafe, demas del título citado en el texto: «Este libro es la ystoria del rrey don Rodrigo con »la genealogía de los rreyes godos et de su comienço, de dónde vinieron et »assy mesmo desdel comienço de la primera poblaçion d'España, segunt lo »cuenta el arzobispo don Rrodrigo desde la edificacion de la torre de Babi»lonia fasta dar en la Corónica del rrey don Rodrigo. Et aqui se cuentan en »el principio parte de los trabajos de Ercoles et de cómo ueno en Es»paña.

»nuestros tiempos [1] fizo un liviano et presunptuoso onbre, lla»mado Pedro Corral en una que llamó *Corónica Sarracina*, que »más propiamente se puede llamar trufa ó mentira paladina. »Por lo qual si al presente tiempo se practicasse en Castilla aquel »muy notable et útil offiçio que en el tiempo antiguo que Roma »usaba de grant poliçia et civilidat, el qual se llamava *Censoría*, »que avia poder de examinar et corregir las costumbres de los »cibdadanos, él fuera bien digno de áspero castigo: ca si por »falsar un contrato de pequeña contía de moneda, meresçe el es»criuano grant pena ¿quánto más el coronista que falsifica los »notables et memorables fechos, dando fama et renombre á los »que non lo meresçieron et tirándolo á los que con grandes pe»ligros de sus personas et expensas de sus façiendas, en defen»sion de su ley et seruiçio de su rey et utilidad de su república »et onor de su linage, fiçieron notables actos»?... [2]. Fallo es este que, honrando sobre manera el talento de Fernan Perez y descubriendo un sentido histórico de alta trascendencia, logra entera confirmacion respecto de la *Crónica del Rey don Rodrigo* ó *Genealogía de los Reyes godos, con la destruycion de España.*

1 En el códice del Escorial dice: *otros tiempos.*

2 *Mar de Historias*, prólogo de la III.ª Parte, intitulada: *Generaciones et semblanzas*. Galindez Carvajal en sus *Adiciones Genealógicas*, añadió al citar la *Crónica Sarracina*: «Otros la llaman del rey don Rodrigo». El juicio del señor de Batres lo confirmó el sabio Ambrosio de Morales, diciendo: «La corónica qué vulgarmente anda con título de *La Destruyçion de* »*España* ó del *Rey don Rodrigo*, se tiene entre todos los que algo entien»den por cosa fingida y fabulosa, teniéndose por cierto ser esta obra aque»lla, de quien Fernan Perez de Guzman (dando las causas porque muchas »veces les falta el crédito á las historias) dize estas palabras: *Algunos que* »*se entremeten*, etc., etc. y copia hasta *trufa ó mentira paladina* (*Chróni*»*ca general*, lib. XII, cap. LXIV).—De notar es que otro escritor no des»preciable, copiando un largo fragmento de la *Genealogia de los Godos* ó »*Crónica del rey don Rodrigo*, observa: «Esto es lo que dize aquella Coró»nica, cuyo autor fué Pedro del Corral; y aunque algunos no la tienen por »verdadera, en muchas cosas lo es» (Bernabé Moreno de Vargas, *Historia de Mérida*, lib. I, pág. 13). En efecto, la crónica MS.ª es verdadera en lo que toma del arzobispo Ximenez de Rada, relativo á la cronología de los reyes godos, y en lo que se refiere á la historia de la reconquista hasta el reinado de don Enrique III, segun abajo notamos. Posible es que Moreno de Vargas aludiese á una ú otra parte.

Limitándose la primera parte á exponer la sucesion de los príncipes visigodos, conforme la cuenta del arzobispo don Rodrigo, llegábase á la eleccion del último de aquellos moñarcas, punto en que empieza realmente el verdadero asunto de la *Crónica*. Los grandes y prelados exigen al rey don Rodrigo juramento de que ha de gobernar sus pueblos con justicia, diciéndole: «Et sy contra algunas cosas destas pasaredes, Dios vos sea »en contrario en todas las cosas que començaredes et touierdes »en coraçon de faser, et fallescanuos las manos et el coraçon et »las armas et las fuerças en las batallas que fueredes, et vuestra »gente sea vençida et muerta de muchos á pocos et todas vues»tras tierras vengan en señorio de uuestros enemigos, sy esto »non conplieredes, et desid:—Amen».—Este juramento, cuyas fatídicas palabras han de resonar continuamente en los oidos del desapoderado príncipe que lleva al despeñadero la monarquía visigoda, constituye pues el lazo de la singular y fantástica série de ficciones que forman la *Crónica Sarracina*. La corte del rey don Rodrigo, vencedor de Sancho y Elier, hijos de Acosta que aspiraban al cetro, es el reflejo de las cortes caballerescas de Artús y Lisuarte: celebradas sus bodas con la princesa Eliata, hija del rey moro de África, en la ciudad de *Paliosa*, teatro por largos dias de fiestas y torneos, trasládase á Toledo, para echar un candado á la famosa Cueva de Hércules, cuyos prodigios hacen públicos su curiosidad é intemperancia, mientras prepara su coronacion con desusadas ceremonias.

A la fama de tal magnificencia acuden los más celebrados príncipes y caballeros: don Beliarte de Francia, varios príncipes de Alemania y con ellos un rey y cuatro duques de Polonia, dos marqueses de Lombardía, tres alcaldes de Roma, un hermano del Emperador de Constantinopla, acompañado de tres condes, muchos caballeros de la Turquía y de la Setia, y finalmente un hijo del rey de Inglaterra, á quien sirven numerosos hidalgos,—llegan á tomar parte en los regocijos, en que hacen gala de su hermosura y valor las más apuestas damas y gallardos paladines[1].

1 Debemos advertir que en todo lo concerniente á las justas y torneos, celebrados en la corte de don Rodrigo, se atuvo Corral á las descripciones

La noticia de la muerte del rey de África, acaecida al venir á las fiestas de Toledo, turba de repente la alegría general; y mientras Eliata se retira á llorar la desdicha de su padre, se presenta en la corte Lembrot, hermano del duque de Lorena difunto, demandando á la viuda el ducado que no puede poseer, por no haber guardado castidad en el término de dos años: la duquesa comparece, y abierto juicio, ofrécesele por campeon Sacarus, uno de los principales magnates de don Rodrigo, y con él Almerique y Agreses, quienes acuden al emplazamiento de Lembrot, en defensa de la calumniada dueña.

A semejante exposicion meramente romancesca, se enlazan tal multitud de episodios de igual naturaleza que enmarañan grandemente la narracion, en que aparece de todo punto ahogado el interés histórico. Mientras don Rodrigo se desvanece en los saraos y banquetes, donde logra reunir «la flor de la caballería é la fermosura»; mientras nacen y se desarrollan en su corte raros y extremados amoríos, tales como los del duque de Orliens y Medea, y los del marqués de Lombardia Miçer Tristane y Belinda; mientras Sacarus y sus compañeros dan muerte en el juicio del hierro á Lembrot y sus valedores, de-

de los libros caballerescos, cuya influencia se hace sensible en las costumbres de la nobleza castellana en toda la primera mitad del siglo XV. Las cuadrillas de los justadores tenian unas por capitanes á Sacarus, Arasus, Abertus, Accasus y Yuapo, y otras á Arditus, Garnido, Galastras, Polus y Magués.—Los caballeros más notables, que aspiran á la joya ofrecida por la reina al mejor justador, son: Polus, Orpas, Brelisanus, Abrin, Agreses, Elistranus, Abrestes, Frisol, Gudian, Leno y otros. Como se advierte, estos nombres, por su formacion y naturaleza, están revelando el mismo orígen, debiendo notarse que algunos suenan ya en la *Crónica Troyana*. Lo mismo decimos respecto de las damas: *Elacilda*, hermana del rey Rodrigo; *Belinda*, su sobrina; *Cava*, hija de don Julian; *Lixbraynda*, hermana de Sacarus; *Sevilla*, hija de Polus; *Medea*, hija del rey Acosta; *Tarsiana*, hija de Tomedo; *Lucena*, hija del rey Antator; *Gracinda*, *Dol* y otras muchas que lucen su hermosura y gallardía en torneos y saraos, nos tráen á la memoria las heroinas de las ficciones bretonas y carlovingias, y aun las de otros poemas famosos en nuestro parnaso, y ya estudiados por nosotros. Todo prueba que Pedro del Corral tenia gran lectura en estos libros, tan de moda ya en aquel tiempo.

fendiendo despues en el castillo de Algarete el *paso del vado*, á estilo de Lorena, pelea el conde don Julian contra los moros de África, alcanzando cumplida victoria, que dá nuevo pábulo á las alegrias de la corte, y desahogo á Pedro del Corral para tejer más peregrinas aventuras, las cuales ofrecen por resultado la muerte alevosa de Sacarus, Melcar, Almerique, Agreses y otros muchos caballeros, dechado de la caballería toledana.

La fatal tentacion de don Rodrigo, al ver á la Cava desnuda en su jardin con otras doncellas de Eliata, y la facilidad de la hija del conde don Julian, «que si ella quisiera dar voces bien fuera oyda de la reyna», truecan del todo el aspecto de las cosas, comenzando á cumplirse la prediccion de la Cueva de Hércules y el fatídico juramento hecho por el último rey godo. El enojo de don Julian trae á la Península las falanges de Tariq y de Muza, no sin haber burlado antes la credulidad de don Rodrigo, haciéndole quemar todas las armas que habia en el reino, y autorizarle para dar muerte á cuantos tuviese por sospechosos. El resultado de su traicion es el mismo que ya conocemos por todas las crónicas: Corral, dando aquí como en todo el libro, suelta á su fantasía, ingiere sin embargo sueños y visiones que hacen más terrible la catástrofe de Guadalete [1], de donde saca á don Rodrigo la voz de un ermitaño, quien acompañándole en los últimos instantes de su vida, trasmite á la posteridad su memoria [2].

1 Trabada la lid, que se parte hasta siete veces, tiene el rey don Rodrigo una terrible vision alegórica. Aparécesele primero un *hermitaño* y despues un *caballero*, un *monge negro* y una *donzella*: el ermitaño personifica la *Codicia*, el caballero, la *Soberbia*, el monge, la *Avaricia*, la doncella, la *Luxuria*, pecados todos que habian perseguido al rey, y que ahora vienen á desengañarle, prediciéndole su afrenta y su ruina. Antes se habia presentado ya al infante don Sancho, hijo de Witiza, un horrible vestiglo, para anunciarle el fúnesto fin de los visigodos y de su rey don Rodrigo (Capit. 299 del cód. de Madrid). En todas estas visiones se reconoce palpablemente el influjo del *arte alegórico*, que iba logrando extremada fortuna entre los eruditos.

2 El autor supone que el ermitaño, á quien es dado contemplar la penitencia de don Rodrigo, refiere á *Eleastres* ó *Alastras* todo lo que ha visto, mandándole que lo callase hasta su muerte: «el qual secreto (dice) en

Trás el llanto de Eliata, á que se mezclan fatídicos sueños sobre la cautividad que la amenaza, siguiendo las huellas del moro Ar-Razi, ya conocido desde principios del siglo [1], pinta Corral los estragos producidos por los ejércitos sarracenos, reparando por último en don Pelayo, á quien pone en Leon, echando los fundamentos de la reconquista. Breve como el de Juan Rodriguez de Cuenca, es el epítome en que esta se comprende, si bien alcanza hasta los tiempos de don Enrique III y señala el autor con título de *Corónicas* cada uno de los capítulos en que se narra un reinado, de la misma suerte que lo hace con la genealogía de los reyes visigodos. Aunque no carecen de alguna utilidad las *Corónicas* de don Juan I y de don Enrique, su hijo, vivo aun cuando la obra de Corral se termina [2], no se han menester grandes esfuerzos para advertir que

»quanto bivió fue goardado et esso mismo el libro desta estoria de la guisa »que oydo lo avedes, que grand tiempo passó de la grand destroyçion, et »*en breve tiempo de nosotros paresció este libro* (Cap. 312 del cód. de Madrid).—A semejanza de la *Crónica Troyana*, fingió tambien otro autor, llamado *Carestes*, que supuso proseguir la historia en tiempo de Alfonso el Católico, y de allí en adelante siguió al arzobispo y al Rey Sábio, no sin dar rienda á su fantasía en más de un pasage.—Este artificio se hizo comun á los libros de caballerias y sus imitaciones.

1 Véase el cap. XX de la II.ª Parte, tomo IV.

2 El referido códice del Escorial, señalado X. I. 12, que es el más antiguo de la *Crónica del rey don Rodrigo* y casi contemporáneo de su autor, hace mencion de don Fernando, como infante de Castilla, de don Enrique, como de persona viva, y lo mismo del almirante don Diego Hurtado de Mendoza, padre del marqués de Santillana. Constando que este magnate fallece en julio de 1404, es indudable que Pedro del Corral tenia ya terminada en aquel año su *Crónica*, siendo muy verosímil que la empezara algunos antes, atendidas su estension y la lectura que requerian sus ficciones.—Esto explica perfectamente la declaracion de Fernan Perez de Guzman, quien en el juicio arriba trasladado, habla de la *Crónica* como de cosa muy conocida; convenciéndonos del error en que cayó Ticknor (*Hist. de la liter. esp.*, I.ª ép., cap. X) al suponer que «fué la última escrita en el siglo XV». Bien se advierte que no tuvo noticia este autor de ninguno de los MSS. citados, pues que el epígrafe del Escurialense bastaba á fijar de otro modo la época en que Corral escribe. Hablando de don Rodrigo, se añadia en el expresado epígrafe: «Despues dél se recuentan en esta corónica todos

todo lo sacrificó á la historia del rey don Rodrigo, inspirada por el afan de «relatar cosas extrañas é maravillosas», pagando así excesivo tributo al inconsiderado espíritu de novedades que dominaba en su tiempo, y que invadiendo el campo de la historia, debia producir tanto mayores extravíos cuanto fuese menor la ilustracion y juicio de los que siguieran aquel movimiento.

La *Crónica Sarracina* ó del *Rey don Rodrigo*, en cuanto concierne al reinado de este desventurado monarca, es un libro de caballerías, que por el carácter y forma de las aventuras que encierra, por el enlace de los episodios que parecen exornarlo, y por la naturaleza misma de la narracion, manifiesta palpablemente que Pedro del Corral escribia bajo la impresion de la lectura de los libros de caballerías y muy en especial de las ficciones del ciclo breton, en que se habia formado tambien el gusto del autor de *Amadís de Gaula*. Natural era que no poseyendo Corral las estimables dotes que enaltecen tan singular monumento, tampoco acertará á dar á su estilo y lenguaje el precio que en este punto avalora el *Libro de Amadís*, quedando sólo como distintivo de la *Crónica Sarracina*, el desconcierto é ignorancia de sus narraciones, las cuales señalan y determinan el torcido sesgo que, por las causas ya indicadas, habian llegado á tomar los estudios históricos.

No es en verdad indiferente bajo este concepto otro libro, aun no tenido en cuenta por los críticos, y que así como la *Crónica* de Corral, puede ser considerado cual modelo entre los de su género. Tal es la obra titulada: *Vidas é dichos de los philósophos antiguos* ó *Corónica de las façañas de los filósofos*, cuya influencia no sólo alcanzó en el sentido de la doctrina á los más distinguidos ingenios de la primera mitad del siglo XV, entre los cuales tuvo señalado lugar el docto marqués de Santillana [1],

»los otros reyes, que ovo en Castilla desde el rrey don Pelayo fasta el rrey »don Enrique, el terçero, fijo del rrey don Johan, que murió en Alcalá la »Real, ansi cómo regnaron unos en pos de otros».

1 *Obras del Marqués de Santillana*;—su *Vida*, pág. CXIX; su *Biblioteca*, núm. XLIV.

sino que trascendió tambien, con provecho de las letras, al campo de la historia, en el concepto de la forma.

Era la *Crónica de las façañas de los filósofos* copiosísima coleccion de biógrafías de los oradores, historiadores, filósofos y poetas de la antigüedad [1], donde se habian recogido todas las tradicciones y consejas de la edad media que daban á muchos de los referidos personajes cierto valor é interés, ya presentándolos cual sábios nigromantes, ya como extremados encantadores, á costa de la verdad histórica. Mas á pesar de que preponderen en este peregrino libro las ficciones, nacidas en la oscuridad de los siglos medios, cumple observar que debieron ser de no escasa importancia su aparicion y su estudio en una época en que todas las miradas se volvian al antiguo mundo, consignándose en él con cierto respeto los nombres de los más celebrados varones de la antigüedad griega y latina, y exponiéndose con singular veneracion sus dichos y sentencias, con lo cual debia crecer naturalmente el anhelo que empezaba á mostrar ya la erudicion de poseer y quilatar sus propias producciones.

Difícil es hoy discernir con todo acierto si merece el compilador de la *Corónica de las façañas de los filósofos* título de autor, ó sólo le corresponde el simple lauro de haberla traido al castellano. Pudieran tal vez persuadirnos de lo primero las palabras, con que la encabeza. «La uida é las costumbres de los »vieios filósofos queriendo tractar (dice), trabajé por recollegir »muchas cosas daquellas que yo fallé escriptas de los antiguos »autores é en libros diuersos esparçidas; et en este pequeño »libro enxerí las respuestas notables é dichos elegantes daque»llos filósofos; las quales podrán aprouechar á consolaçion de los »leyentes é informaçion de las costumbres». Conocido era no obstante en la república de las letras el libro *De vita et moribus philosophorum et poëtarum*, escrito sin duda con presencia del

1 El cód. que hemos examinado y se custodia en la Biblioteca Escurialense, h. iij-1, contiene hasta ciento veinte biografías: Floranes dice haber visto otro, de que faltaban cuatro. El códice referido es el mismo que encierra el libro intitulado: *Poridat de Poridades*, de que hablamos al tratar del Rey Sábio.

tratado *De Rerum natura*, del inglés Alejandro Nekan; y aun cuando la *Corónica de las fazañas* no guarda el órden de los capítulos, ni conserva todas las biografías del libro latino [1], justo nos parece reconocer que hubo de tenerlo por dechado el escritor que á fines del siglo XIV enriquecia con aquella singular produccion la literatura castellana.

De cualquier modo no rebajaria esta derivacion la importancia de la *Corónica*, en su relacion literaria: ninguna obra histórica, fuera de las vidas de los santos que habian empezado á la sazon á escribirse en lengua vulgar [2], ostentaba la forma biográfica; y pues que se muestra por vez primera en las *Vidas de los philósophos*, y tiene muy luego tan afortunados cultivadores, como el autor de las *Generaciones y Semblanzas*, bien asentará decir que no fué su aparicion insignificante ni estéril su ejemplo en el desenvolvimiento de los estudios históricos. Mas para que se comprenda con mayor exactitud cómo pudo esto realizarse, trasladaremos aquí alguna de las pinturas que se hacen de los personages comprendidos en la *Corónica*. Oigamos la que se dedica al debelador de Cartago.

«Aqueste (Cipion) en tanto grado fué ornado de buenas costumbres »que se lee aver seydo piadoso contra su madre et liberal contra sus »hermanas, et bueno contra los suyos et justo contra todos. Cuenta dél »Valerio que despues de la vitoria, auida en España que commo Cipion »fuese de ueynte é syete annos que fue por prínçipe del pueblo romano »en África, á donde tomó á Cartago et ouo grant uitoria de los africanos »et entre los otros catiuos que uenieron á su poderio, los quales tenia »encerrados en la cibdat de Cartago, tenia una moça rica et fermosa, la »qual era desposada con un mançebo generoso daquella çibdat: la qual »Cipion dió á sus parientes et á su esposo guardada et sin corrompi»miento et tornó el oro que le auían dado por rredençion de la moça á »vueltas de grant dote, que le dió para su cassamiento. Por la qual

1 En efecto, este acaba con la biografía de *Séneca*, y en el códice castellano leemos despues las de *Quintiliano, Plutarco, Plinio, Tholomeo, Trogo Pompeo y Porphirio*.

2 Son notables demás de las *Vidas* de santos que encierra el códice h. j. 13, entre las cuales se cuentan las historias de la *Reina Sevilla* y del *Emperador Ottas*, antes examinadas, las que se contienen en el MS.

»continençia et manificençia de Cipion toda la gente daquella tierra que »por ventura en otra manera se detouiera et rebellara, toda se dió al »pueblo romano».

El anhelo de conocer la antigüedad clásica, cuyos famosos historiadores y poetas iban ya siendo transferidos á la lengua del Rey Sabio [1], y la no despreciable sobriedad con què en esta y otras muchas biografías se apuntaban los más brillantes rasgos de heroicidad y de virtud, contrastan sin embargo con las extrañas descripciones y retratos de otros personages, entre quienes merece especial mencion el autor de las *Geórgicas* y de la *Eneida* [2]. Virgilio, iniciado desde la juventud en la quiromancia y consumado nigromante, ya en edad madura libertaba á Nápoles de horrible plaga de moscas y sanguijuelas, fabricando el *musceeneas* y una sanguijuela de oro encantada, «fasia un huerto que nunca en él llovia», y edificaba una carnicería de tal virtud que «nunca en ella carne se podía podrir», con otras maravillosas artes é invenciones de tan singulares y no vistos efectos que no sin razon el vulgo de los lectores debia considerarle como el primero de los magos del mundo pagano. La credulidad, que alteraba y corrompia las fuentes históricas del modo que dejamos notado, dando entrada á todo linage de prodigios y encantamientos y desechando en parte los héroes reales, para prohijar los paladines de la caballería, no podia en manera alguna rechazar estas extraviadas ficciones; y la *Crónica de las Fasañas de los filosofos*, á la cual no es líci-

designado en la *Biblioteca* del Marqués de Santillana con el núm. L. Este códice es de letra del siglo XV ad finem y se compone de cuarenta biografías. En el Escorial hemos examinado otro MS. (h. ij. 14), «fecho y aca»bado en el año del Señor de mil e quatrocientos e veynte et syete años» que en 322 fólios á dos columnas guarda asimismo número considerable, empezando con *San Andrés* y terminando con *San Hilario*. Se vé pues que iniciado este linage de obras históricas, tuvo su natural desarrollo, cuya confirmacion ofreceremos en lugar oportuno.

1 Véase en este punto lo que decimos en el cap. III del II subciclo de esta II.ª Parte, y lo que añadimos en el VII, al tocar de nuevo esta materia.

2 Narrada la vida fabulosa de Virgilio, tal como indicamos á continuacion, se lee: «Este escreuió los libros de las *Giórgicas* et las *Eneydas* et biuió çincuenta et tres años».

to negar cierta saludable influencia en el sentido que va indicado, venia en esta relacion á imprimir nuevo impulso al pernicioso desarrollo de los estudios históricos, pagados cada vez más de «lo más digno de maravilla que de fée», segun la exacta expresion del docto señor de Batres.

Un libro, cuyo valor es hoy debidamente quilatado y cuyas peregrinas narraciones fueron puestas largo tiempo en duda [1], venia al comenzar del siglo XV á exaltar la imaginacion de grandes y pequeños, haciendo en cierto modo realizables los sueños de la caballería. El celoso Maestre de San Juan daba á conocer en la penúltima decena de la centuria anterior el portentoso *Libro de Marco Polo* [2]. Sus admirables relaciones de las cosas de Oriente, habian recibido extraordinario valor con las inauditas hazañas, á que estaba dando cima el renombrado y magnífico Timur-Bec (Tamorlan), el más intrépido y afortunado de los conquistadores de la edad-media. Dominado Enrique III del mismo espíritu aventurero que tan general influencia tenia en su edad y pagado de las altas proezas de aquel guerrero que, trocando el cayado por la espada, habia llegado á oscurecer la gloria de los más grandes capitanes, enviábale en 1402 cortés embajada, para felicitarle por sus triunfos. Recibidos con benevolencia, presenciaban Payo Gomez y Hernan Sanchez en las llanuras de Angury el gran desastre de Bayaceto, que enaltecia sobre todos sus enemigos el poderío de Timur; y agasajados por

1 Mariana, *Hist. gen. de Esp.*, lib. XIX, cap. 11.

2 Grande aplauso debia alcanzar tambien entre los entendidos otro libro, ya arriba citado que tenia por objeto la geografía de la Tierra Santa y narraba brevemente lo más sustancial de su historia desde la época de la primera cruzada hasta el año de 1360, fecha que cita el autor como inmediata á la en que escribe. Llamábase el *Libro Ultramarino* y pudo tener acaso por modelo el *Itinerarium Syriacum* de Petrarca, si bien, como indicamos, desde el libro V en adelante trata de la historia de aquellas regiones, dando á conocer las instituciones que allí llevaron las Cruzadas: de las Órdenes del Hospital, Temple y Teutónica da el dicho libro V muy curiosas noticias (fóls. 223,—227,—232).—El *Libro Ultramarino* se custodia en la Biblioteca Nacional J. 70: es un vol. f. m., escrito en papel, á una columna y de letra de principios del siglo XV: compónese de 294 fólios.

éste, volvian á Castilla, trayendo en presente á don Enrique, entre otras joyas de sumo precio, dos hermosas doncellas aprisionadas en dicha batalla [1].

No quiso el rey de Castilla ser vencido en cortesía por el bárbaro; y en 22 de mayo de 1403 salian del Puerto de Santa María nuevos mensajeros, para darle mayores muestras de amistad, contándose entre los elegidos Ruy Gonzalez de Clavijo, caballero madrileño, camarero del mismo rey, á cuya corte se restituia en 24 de marzo de 1406, trayéndole el más estimable presente de cuantos podia á la sazon solicitar el deseo respecto de tan apartadas regiones. Tal era en verdad el *Itinerario* de aquel extraordinario viaje, dado casi dos siglos adelante á luz bajo el no muy adecuado título de *Vida y hazañas del gran Tamorlan, con la descripcion de las tierras de su imperio y señorio* [2].

Parte no pequeña de estas regiones y muchas otras del Oriente, no visitadas por Clavijo, eran ya conocidas por el *Libro de Marco Polo*. El camarero de Enrique III, con espíritu más culto que el ciudadano de Venecia, con instinto más delicado, y fijas constantemente sus miradas en el decoro de su nacion y de su rey, no daba sin embargo menos interés á su *viaje*, excediendo en mucho su pintoresca narracion á la del afamado *Micer*

1 Fueron doña Angelina de Grecia, celebrada por Imperial en aquella composicion que empieza:

> Gran sosiego et mansedumbre,
> Fermosura et dulce ayre,—

y doña Maria Gomez, su hermana, y muger que fué de Payo Gomez, uno de los embajadores que las trageron á España.—Doña Angelina casó con el segoviano Diego Gonzalez de Contreras.

2 Publicólo así por vez primera Argote de Molina en 1582, con un breve discurro preliminar: en 1782 lo reimprimió Llaguno con el mismo título; pero aunque dá á conocer alguna parte de las hazañas de Timur-Bec, no olvida lo relativo á los reyes y príncipes de las regiones que visita, pudiendo en consecuencia tomar título, con igual razon, de cualquiera de ellos. Clavijo hizo en realidad un *Itinerario*, como verán nuestros lectores.

Milione [1]. Dando la vuelta á la España oriental, dirijíase Clavijo á las Islas del archipiélago helénico, saludando al pasar las ruinas venerables de la renombrada Troya, y penetrando en Constantinopla. El espectáculo de los monumentos que guardaba todavía en su seno la capital de aquel decadente imperio, excita la atencion de Clavijo, llevándole á consignar en su libro muy curiosas noticias para la historia de las artes [2].

Dejada la ciudad de Constantíno, no sin trabajo y frecuente riesgo de la vída, llegaban los embajadores castellanos á la famosa *Trapisonda*, cuyo emperador, tributario de Timur-Bec, los acogia benévolamente. De allí pasaban, por tierra, adelante, y con hartas vejaciones y peligros lograban ponerse en la rica y populosa ciudad de *Soltania*, donde los estaba esperando Miaxa Mirassá, primogénito de Timur, quedando atrás las no menos celebradas *Arsinga*, cuyos muros riega el Eufrates; *Calmarin*, poblada por Noé despues del diluvio; *Hoy*, envidiada por sus huertas y jardines, y *Turis*, competidora de *Soltania* en su contratacion y comercio. Atravesando la Persia, la Media y la Orazania, largo trayecto en que admiraban las ciudades de *Teheran*, *Damogan*, *Vascal*, *Iágaro*, *Nixaor*, *Hassegur*, *Maxaque*, *Ancoy*, *Vacq* y otras no menos famosas, hallaban los embajadores al temido y anciano Timur-Bec en la riquísima de Samarcante, (Samarcanda), cabeza de aquel dilatado imperio, siendo agasajados por el emperador y los suyos á la usanza y con la rara magnificencia de tan apartadas regiones.

1 Este nombre dieron sus compatriotas á Marco Polo, porque contaba siempre á *millonadas* (Paulino Paris, *Nouvelles Recherches sur Marco Polo*, pág. 8).

2 Las iglesias de San Juan de la Piedra, de Santa Maria de Perebelino, de la Cherna y de la Dissetria, y sobre todas la basílica de Santa Sofía, que revela hoy á la contemplacion de los arqueólogos toda la riqueza del arte bizantino, despertaron en el viajero español elevados y generosos pensamientos que exaltó más y más el exámen de las reliquias, guardadas en todos estos templos por la piedad cristiana. Las obras de mosáico [musáyca], tan características del referido arte, llamaron grandemente su atencion, siendo por esta causa su viaje un documento de sumo precio en la historia de la arquitectura.

La inesperada muerte de Timur dejó á Clavijo y sus compañeros sin la respuesta que esperaban para su rey, forzándolos, mal su grado, á tomar arrebatadamente la vuelta de Turis, donde habian de ser despachados por Homar Mirassá, teniendo allí el fatal privilegio de presenciar los primeros síntomas de la destruccion del imperio más grande que habia existido desde los tiempos de Alexandro. No sin vejaciones, robos y amenazas, de que fueron tambien víctimas otros embajadores de Babilonia y de Turquía, pudieron los castellanos restituirse á Trebisonda, donde ganaron acaso una nave de genoveses que los condujo á Pera; y tocando en *Galípoli*, *Xio*, *Venecia y Mesina*, túvolos el mar por algun tiempo encerrados en Gaeta, hasta que abonanzado el tiempo, pasaron á Génova y Saona, y de allí con grandes y peligrosas tormentas se dirigieron á Sanlúcar de Barrameda, saltando en tierra y encaminándose á Alcalá de Henares, donde tenia la corte el rey don Enrique [1].

Largo, difícil y angustioso habia sido el viaje: animada su relacion con frecuentes anécdotas históricas de no escaso interés y salpicada de cuadros de costumbres, en que brillaba el sello de la verdad, descubriendo, con maravilla de los lectores, la vida de aquellos imperios hasta entonces desconocidos, lograba Clavijo atraer sobre su libro la admiracion de los hidalgos castellanos. Su estilo, aunque llano é ingénuo, no carecia de atractivos: su lenguaje, aunque natural, era noble y urbano: sus pinturas, especialmente las relativas á los monumentos artísticos, ofrecian cierta gracia y originalidad, siendo este el primer mo-

1 Baena, en sus *Hijos ilustres de Madrid*, t. IV.°, pág. 302, dice que Clavijo volvió *solo* de la embajada; pero con error, porque únicamente murió en el viage Gomez de Salazar, tornando con Ruy Gonzalez fray Alonso Paez de Sancta María, que era el tercero de los embajadores.—Baena perdió de vista que el mismo Clavijo terminó su *Itinerario* con estas palabras: «Et lúnes veinte é quatro dias del mes de marzo del año del Señor de 1406 años *los dichos señores embajadores* llegaron al dicho rey de Castilla, é falláronlo en Alcalá de Henares».—Clavijo vivió hasta 1412 y fué sepultado en San Francisco de Madrid; pero no halló despues de muerto la gratitud que merecian sus buenas obras, y los frailes le derribaron el sepulcro, sin que se sepa hoy el paradero de sus huesos.

delo que presentaba la literatura española en tal linaje de producciones.

Bajo todos aspectos era pues notable el presente que Ruy Gonzalez de Clavijo hacia al rey don Enrique III: lo peregrino de sus relatos, aunque ajustado honradamente á la verdad, vino sin embargo á encender más y más el espíritu aventurero, á que habian dado extraviado impulso, respecto de los estudios históricos, las ficciones de la caballería, llamando al cabo la atencion de los hombres de verdadera ilustracion, á quienes repugnaban tan fabulosas invenciones. Cierto es que mientras en esta forma perdia su cáuce natural el sentimiento histórico, no habia faltado quien animado de leal patriotismo, procurase despertar en la imaginacion de los que se preciaban de entendidos la memoria de los antiguos héroes de Castilla. La *Crónica de Fernan Gonzalez*, sacada de la *Estoria de Espanna* del Rey Sábio; la de los *Siete Infantes de Lara*, que reconoce el mismo orígen; la de *Los fechos del Cid Ruy Diez*, epítome deducido sin duda de la *Crónica General de Castilla*, bien que acaudalado al par con varias tradicciones, consignadas ya en los cantos populares; la *Vida* ó historia de *Fernando III*, calcada asimismo sobre la narracion de Alfonso X, tantas veces abreviada [1], obras eran

1 Son varios los códices de principios y mediados del siglo XV, que hemos tenido ocasion de examinar, en que se contienen ya por separado la mayor parte de estas crónicas, que fueron despues impresas á fines del mismo siglo ó principios del XVI; la de *Fernan Gonzalez* que se dice sacada de un MS. antiguo de Arlanza, y de que hizo ya mencion como de historia especial el docto autor de las *Generaciones y semblanzas*, capítulo XII), tiene en la Bibl. Escurial. varios ejemplares, y en especial el signado V. ij. 8—y fué impresa en dicho siglo:—la de los *Infantes de Lara* tuvo tal popularidad que llegó á correr en manos de todos dentro de aquella misma centuria:—la de los *Fechos del Cid* fué dada á luz en 1498: *la de San Fernando*, tenida por algunos doctos como anterior á la *Crónica General* ó *Estoria de Espanna* de su hijo, se publicó enmendada por Diego Lopez Santaella en 1551 (Sevilla por Robertis) y se reimprimió diez y seis años despues (Medina del Campo, por Francisco del Canto). Todos estos libros merecen pues llamar la atencion de la crítica; porque no sólo en los últimos dias del siglo XIV y en todo el XV, sino tambien durante el XVI disputaron á los libros de caballerías el predominio del aura popular, no de-

todas que refrescaban el recuerdo de los grandes hechos de la reconquista.

Contraponiendo la idealidad de los héroes nacionales á la idealidad de los paladines de ambos ciclos caballerescos, daban en verdad cumplido testimonio de que si estaba algun tanto adormecido, no habia muerto por ventura aquel generoso espíritu que se levantaba, al mediar del siglo, en brazos de la poesía y de la historia, para solemnizar los triunfos del Salado y de Algeciras. Mas esta evocacion de los antiguos héroes castellanos no era bastante á imprimir nuevo y más severo carácter á los estudios históricos, por lo mismo que estaba reducida, literariamente hablando, á la simple desmembracion de las referidas crónicas generales, habiéndose menester de nuevos esfuerzos para proseguir la obra de Pero Lopez de Ayala que sólo podia realizarse en el sentido de actualidad, reservada á más granados tiempos la rectificacion de los hechos adulterados por el interés, tergiversados por la credulidad, ó abultados por el crédulo entusiasmo patriótico.

Debian pues tener los estudios históricos cierto correctivo; y lo hallaron realmente en la primera mitad del siglo XV, volviendo á reflejar el interés y la vida de la nacion; ministerio que siguen ejerciendo, como en tiempos anteriores y con fidelidad extremada, las producciones de la elocuencia. Cultivada esta exclusivamente por el sacerdocio, puede tal vez extraviarse en las no frecuentadas regiones de la erudicion; pero fijas sus miradas en la moral, intérprete constante de la doctrina cristiana, no le es dado fantasear un mundo distinto del que está llamada á moderar con sus lecciones, revelando por tanto con suma verdad y propio colorido todas las dolencias que aflijen á la sociedad, y aplicándoles saludable triaca.

jando que se amortiguara el sentimiento patriótico. Justo es declarar que sólo en este sentido tienen precio en la historia de nuestra cultura; pues aunque en alguna, como sucede en la de los *Fechos del Cid*, penetran nuevos elementos populares, traidos de las primeras fuentes de nuestra nacionalidad (Véase en el cap. II de la II.ª Parte, t. III, la nota 1.ª de la pág. 71), todavía debe consignarse, cual lo hacemos en el texto, que no tienen real influencia, formal y literariamente hablando, en los estudios históricos.

Esta enseñanza veremos en breve comprobada de nuevo, demostrando al par que hermanadas elocuencia y poesía, son ambas claro espejo de la vida interior del pueblo castellano, pintadas por ellas con igual exactitud sus costumbres. Considerados ya los caractéres de elocuencia é historia en los últimos dias del siglo XIV,—detengámonos entre tanto á estudiar por algunos instantes el triple movimiento que á la sazon llevaba la poesía, para comprender debidamente cómo se comunica á la época de don Juan II, logrando en su corte cumplido y sorprendente desarrollo.

CAPITULO VI.

LA POESÍA ERUDITA Á FINES DEL SIGLO XIV

Y PRINCIPIOS DEL XV.

Triple desarrollo de la misma.—Influencia del pueblo hebreo.—Ilustres conversos de esta época.—Carácter de sus estudios respecto de la poesía. —ESCUELA CORTESANA ó PROVENZAL —Proteccion de los magnates á los trovadores.—Cultivan asimismo la *gaya sçiençia*.—Don Diego Furtado de Mendoza.—Sus poesías.—Don Alfonso Enriquez.—Sus *canciones* y *deçires*.—Don Pedro Velez de Guevara.—Sus *cantigas* y *decires*.—El duque don Fadrique.—Alguna muestra de sus poesías.—Caractéres de estos poetas.—ESCUELA ALEGÓRICA.—Trascendencia moral de la misma.—Imitadores de Imperial y Payo de Ribera.—La vision de un ermitaño.—Pedro Patiño y el sevillano Diego de Medina.—Gonzalo Martinez de Medina.—Indole especial de este poeta.—La *escuela alegórica* en la corte de Castilla.—El sevillano Ferran Manuel de Lando.—Contradícenle Villasandino y el converso Juan Alfonso de Baena.—Carácter particular de sus *decires*.—Efecto que produce la dantesca respecto de la escuela *provenzal-cortesana*.— Ferrant Sanchez Talavera.—Sus obras.—Elegia á la muerte del Almirante Ruy Diaz de Mendoza.—ESCUELA DIDÁCTICA. —Condiciones con que aparece.—Pablo de Santa María.—Las *Edades trovadas:* fin, carácter y mérito de este poema.—La forma didáctica como intérprete de las ciencias.—El Maestre Diego de Cobos.—Su *Cirugia Rimada*.—Naturaleza y forma de este libro.—Otros poetas de esta edad.— Resúmen.

«Desde el tiempo del rey don Enrique, de gloriosa memoria, »padre del rey nuestro señor, é fasta estos nuestros tiempos, »se començó á elevar más esta sçiençia [de la poesía] é con ma- »yor elegançia». Estas palabras del tantas veces aplaudido mar-

qués de Santillana [1], aunque no bien quilatadas por la crítica, sirven no solamente de comprobacion al estudio que llevamos hecho, mostrando que no fueron desconocidas al docto magnate las novedades que trajo Imperial al parnaso castellano, sino que abren camino á nuevas investigaciones, imponiendo al historiador el indeclinable deber de señalar los pasos dados por la poesía de los eruditos, antes de florecer en la corte de don Juan II.

La *alegoría dantesca*, acogida por los trovadores de Sevilla, comparte desde esta época el dominio del arte y sostiene ventajosa rivalidad con la escuela *didáctica* y la escuela *provenzal*, abanderadas, al caer del siglo XIV, en Pero Lopez de Ayala y Alfonso Alvarez de Villansandino. Tres eran por tanto, si cabe decirlo así, las sectas poéticas que aparecian en la república literaria, durante el reinado de don Enrique y la tutoría de doña Catalina, quien no acoje en verdad con menos distincion que su esposo y su cuñado, el infante de Antequera, á los cultivadores de las ciencias y de las letras.

Mas no eran estos elementos, cuyo individual desarrollo hemos procurado explicar, considerándolos como natural y sucesiva herencia de unas y otras edades, los únicos que á fines del siglo XIV y á principios del XV debian reflejar la poesía y la cultura de los castellanos. Una raza, tan activa é inteligente como odiada y perseguida; la raza hebrea que en medio de sus tribulaciones y desastres habia pagado constantemente á la civilizacion española el tributo de sus ciencias y de sus letras [2], venia tambien á contribuir á tan extraordinario movimiento; preludio del que ofrece la corte de don Juan II y llega á su colmo bajo el cetro de los Reyes Católicos. Doloroso era en verdad que no se lograra esta singular conquista sin que el hierro y el fuego, movidos por el ciego impulso del fanatismo, aniquiláran las más

1 Obras del Marqués de Santillana, *Carta al Condestable de Portugal*, número XVII.

2 Véanse con este propósito los seis primeros capítulos del Ensayo II de nuestros *Estudios sobre los Judios* y en la presente obra el IX, XII, XIV y XXII del primer Subciclo de esta II.ª Parte, sin olvidar el XIV de la I.ª, en que tratamos del celebrado converso, Pedro Alfonso.

poderosas *aljamas*, ensangrentando las más ricas y populosas ciudades de toda la Península Ibérica.

Al repetido clamoreo de Hernan Martinez, arcediano de Ecija, que produce ya víctimas numerosas desde 1388, se agita en junio de 1391 la ciudad de Sevilla, siendo ineficaces para contener el furor de la muchedumbre amenazas y castigos: asaltada la judería, caen al golpe exterminador ancianos, niños y mujeres, sin que halle piedad la inocencia, ni alcance el dolor misericordia. Cundia en breve el fuego de la persecucion á la vecina Córdoba, y propagado con prodigiosa rapidez á Toledo y Búrgos, saltaba á los reinos de Aragon y Navarra, donde Valencia y Barcelona, Tudela y Pamplona eran miserable teatro de aquella universal matanza, que hollando todos los derechos, escarnecia la doctrina del Salvador, con verdadera afrenta del cristianismo [1].

En valde el Consejo de Gobierno, estatuido por don Juan I para protejer la minoridad de su hijo don Enrique, atiende á sofocar aquella rebelion, condenada por las leyes de Castilla: en valde don Juan, el *Amador de toda gentileza*, aplica con mano severa el castigo de la horca y del tajo á los que habian quebrantado los fueros de Aragon, al consumar tan repugnantes crímenes; y en valde acude por último Cárlos el Noble, á reprimir la furia de los navarros, vengando á la humanidad ofendida. La industria, el comercio, la agricultura, todas las artes que recibian impulso de la inteligente actividad de los hebreos, vienen en un solo dia á espantosa decadencia; y desiertas las *alcanas*, donde se hacinaban los productos del Oriente y del Occidente, donde competian las sedas de Persia y Damasco, las pieles de Tafilete y las joyerías de los árabes, tenian enorme quiebra las rentas reales y las rentas del clero y de la nobleza, produciéndose una verdadera conturbacion en el Estado [2].

De este gran desastre de la raza hebrea, cuyos estragos alcanzaban tambien al pueblo cristiano,—por uno de esos inexplicables misterios de la Providencia, iba á obtener la cultura de

1 Puede consultarse para mayor conocimiento el cap. IV del primer Ensayo de nuestros *Estudios sobre los Judíos*, ya citados.

2 Id., id., id.

nuestros padres no poca utilidad y gloria. Ya fuese que el temor de nuevas y más sangrientas catástrofes venciera la repugnancia á recibir el bautismo; ya que la inspirada voz de un nuevo apóstol, que se levanta en medio de tantos horrores para suspender la ira de los cristianos y escudar á la desdichada grey, alumbrara sus mentes con la luz del Evangelio [1], es lo cierto que los más ilustrados rabinos de Aragon y de Castilla abrazan en aquel angustioso momento la religion del Crucificado, pugnando tambien por traer al gremio de la Iglesia á la raza descreida.

Mientras Fray Vicente Ferrer,—aquel infatigable cogedor de mies divina, apellidado por grandes y pequeños *Angel de la Apocalipsi,* y saludado por los judios como salvador,—recorre las principales ciudades de España [1391 á 1407], y llevando la fé en el corazon y la persuasion en los labios, con elocuencia ardiente, vigorosa é inflexible, como la doctrina que predicaba y defendia, arrancaba al judaismo prodigioso número de conversos [2],—deseosos de contribuir á obra tan alta y meritoria, esforzábanse los más doctos neófitos en llevar la conviccion al ánimo de los que entre sus antiguos correligionarios se preciaban de *sabidores*, ostentando, como acontece de contínuo en casos análogos, excesivo celo para acreditar la sinceridad de su conversion y la lealtad de sus palabras [3].

1 Id. id. id.—San Vicente Ferrer inauguró su mision, verdaderamente apostólica, el dia 8 de junio de 1391, en medio de los horrores que presenció Valencia, incendiadas las tiendas del *alcana*, saqueadas las casas y degollados en todas partes los míseros judíos. Su voz refrenó las iras del populacho, y abrió las puertas del bautismo á los afligidos hebreos (*Breviario de Valencia*, año citado, ed. de 1533).

2 El judío Rabbí Isahak Cardoso en sus *Excelencias de los Hebreos* confiesa que el número de los conversos משומדים (maschumedim) excedió en Aragon, Valencia, Cataluña y Mallorca de quince mil almas, siendo muy probable que aun fuese mayor en las provincias de Castilla: en Toledo sólo, donde todavía se conserva en *Santiago del Arrabal* el púlpito, desde el cual dirigió su palabra á la muchedumbre, convirtió en un dia más de cuatro mil, quedando reducida al cristianismo la principal sinagoga de aquella metrópoli (*Toledo Pintoresca*, pág. 276).

3 Algunos fueron hasta el extremo de canonizar las matanzas ejecutadas en sus compatriotas, buscándoles disculpa en sus excesos; y el celebra-

Numerosa es la pléyada de varones respetables que vienen por aquel poco frecuentado camino á enriquecer con los tesoros de su ingenio y de su ciencia la creciente civilizacion española. Dos que alcanzaban en Aragon y Castilla grande autoridad entre los más señalados rabinos, siendo de los primeros á renunciar la ley mosáica, estaban sin embargo llamados á ejercer extraordinaria influencia respecto de sus compatriotas, mereciendo el aplauso y consideracion de los cristianos. *Jehosuah Halorqui*, que recibe en el bautismo el nombre de Gerónimo de Santa Fé, y *Selemoh Halevi*, que toma el de Pablo de Santa María. Ora entrando con denodado pecho en el terreno de la controversia; ora empleando solícitos el ruego y la persuasion, y ora en fin descubriendo á vista de los contumaces todos los errores y contradicciones de la doctrina talmúdica, segundaban estos preclaros varones la obra de Fray Vicente y ganaban para sí el título de defensores de la ley de Cristo, mientras los señalaban los incrédulos con nombre de *blasfemadores* [1].

Hallaba el primero proteccion en la corte aragonesa y más principalmente en la de Benedicto XIII, quien satisfecho de su sabiduría y de su prudencia, no solamente le confiaba la salud de su cuerpo, sino que convocaba en Tortosa, ya entrado el siglo XV, el renombrado concilio á que asistian los rabinos de las aljamas de Aragon y Cataluña, cabiendo al pontífice la fortuna de ver reducidos al cristianismo la mayor parte de aquellos celebrados doctores [2]. Tenia el segundo no menos favorable aco-

do Pablo Burgense, de quien hablamos á continuacion, no vaciló en dar á Hernan Martinez, fanático promovedor de estas persecuciones, el título de *Santo*. La Iglesia no lo ha calificado de igual suerte (*Estud. hists. polits. y literar. sobre los judíos de España*, Ensayo I, cap. IV.º).

1 Id., id., id.

2 Doce fueron los rabinos que abjuraron el judaismo en el concilio de Tortosa, abrazando por convencimiento propio la religion cristiana. Tales fueron: R. Abuganda, R. Aoun, R. Benastruc Abenabed, R. Astruch el Levita, Rabbí Josué Messíc, R. Mathatías, R. Vidael Benveniste, R. Todros, R. Gerona, R. Saul Mime, R. Salomon Isahak, y Mosseh Zarachias Levita. De los catorce que el mismo Gerónimo de Santa Fé menciona, sólo R. Joseph Albo y R. Ferrer se negaron á todo convencimiento. No así los judíos de las

gida en la corte de Enrique III: frisando ya con los cuarenta años [1390], cuando se apartó de su raza, pasaba á París, en cuya escuela recibia el grado de doctor en sagrada Teología, y abrazando la carrera eclesiástica, obtenia primero el arcedianato de Treviño con un pingüe canonicato en Sevilla [1399], y electo despues obispo de Cartagena [1402], subia por último á la silla de Búrgos [1414]. Dábale don Enrique lugar señalado en su Consejo, y poniendo á su cuidado, ya en los últimos dias de su vida, la educacion del príncipe don Juan, designábale como sucesor de Pero Lopez de Ayala en la alta dignidad de Canciller Mayor de Castilla [1].

Al ejemplo y á la autoridad de uno y otro converso, se unió la incontrastable fuerza de la doctrina: don Pablo de Santa María escribió con título de *Scrutinium Scripturarum* un insigne libro, constantemente aplaudido de los doctos, para convencer á sus compatriotas de que se habian cumplido las santas profecías, «provando por fuertes et vivas razones ser venido el Mexias é »aquel ser Dios y Hombre» [2]: Gerónimo de Santa Fé, cosechado por su elocuencia en el Concilio de Tortosa el abundante fruto

aljamas de Calatayud, Daroca, Fraga, Barbastro, Alcañiz, Caspe, Morella, Lérida, Alcolea, Gerona y Tamarite, que en su mayor parte recibieron las aguas del bautismo *con puro corazon*, pasando de cinco mil los convertidos; *ultra quinque milla*, escribe el referido Santa Fé (*Estudios* citados, Ensayo I, cap. V, y Ensayo II, cap. VII).

1 Don Pablo de Santa María fué investido en vida de Ayala con el título de Canciller del Príncipe don Juan, su discípulo. El Rey don Enrique III le instituyó testamentario, diciendo en este documento, otorgado en 24 de diciembre de 1406, respecto de la Cancillería mayor del reino: «E por »quanto yo fice mercet del officio de la chancellería mayor del Príncipe á »don Pablo, obispo de Cartagena, é segunt esta ordenança lo deue ser Pe»ro Lopez de Ayala, que agora es mi Chanciller Mayor, mando que el officio »de Chanciller mayor, que lo aya Pero Lopez de Ayala; pero vacando el »otro offiçio, quiero y es mi voluntad que aya el dicho officio el dicho obispo». etc. Ayala murió, como sabemos, pocos meses despues que el rey: de modo que don Pablo no esperó largo tiempo la efectividad de tan elevado cargo.

2 Fernan Perez de Guzman, *Mar de Historias*.—Generaciones é semblanças, cap. XXVI.

de la conversion de numerosos rabinos y *aljamas* enteras, ponia en la lengua de la muchedumbre sus oraciones, á fin de que fuese más general y duradero el efecto de aquel señalado triunfo [1]. Síguenlos en breve muy distinguidos varones: trás don Pablo, á quien la pública fama designa con nombre del *Burgense*, vienen al gremio de la Iglesia, Álvar Garcia, su hermano, y sus hijos Gonzalo, Alfonso y Pedro, contándose al par entre los neófitos Maestre Juan de Toledo, el Viejo, Garci Alvarez de Alarcon, Andrés Beltrán, Alfonso de Espina y otros muchos quienes como estos, debian ilustrar, ya cual oradores y controversistas, ya cual historiadores y poetas, el largo reinado de don Juan II.

Acaudalándose pues en esta forma la civilizacion española á fines del siglo XIV y principios del siglo XV con nuevos tesoros de las letras hebráicas, grandemente cultivadas por todos estos escritores, imposible era que dejara de reflejarse su influjo en el parnaso castellano. Cierto parece que sometidos los conversos, entonces como siempre, á la ley superior que dá vida á la nacionalidad que los absorbe, hubieron de seguir el mismo impulso que llevaban la poesía y literatura en el suelo de Castilla; mas el espíritu tradicional que anima en todas edades las letras rabínicas, y lo que es no menos importante, la especial situacion en que los colocaba el estado religioso que casi todos abrazaron, debia conservar alguna parte del genio oriental; y no borrados del todo sus propios sentimientos, que excitaba la habitual lectura de los libros sagrados, natural era que genio y sentimientos brilláran tambien en sus nuevas producciones. Así pues, aquel elemento bíblico, recibido en la elocuencia y en la poesía cristiana desde los primeros tiempos de la Iglesia, y una y otra vez refrescado en el conflicto de las agitaciones y trastornos de la edad media, venia á comunicar á las obras de los oradores y poetas que hablaban la lengua de la España Central, cierto sabor

1 Adelante volveremos á hablar de este tratado. Santa Fé, demás de escribir en latin un libro sobre el concilio de Tortosa, compuso otros dos contra el talmud, y sus aberraciones. El más notable es el que lleva por título *Hebreo-maxtis* (azote de los hebreos) (*Estudios sobre los Judíos*), Ensayo II, cap. VII).

extraordinario, si bien no era á la sazon bastante á crear, en cuanto á poesía, ninguna forma literaria, ni á infundir siquiera nueva fisonomía á las existentes.

Devotos los ingenios de Castilla, ya de una, ya de otra de las tres escuelas arriba mencionadas, mientras se filiaban los conversos en la puramente *didáctica*, más conforme con sus antiguos hábitos y sus recientes deberes, proseguian imitando las visiones del Dante, ó ya recordaban el ejemplo de los que habian tomado por modelos las poesías eróticas de los trovadores. Á este linage de producciones daban la preferencia los vates de la corte, que hallaban notable proteccion en príncipes, prelados y magnates. Fama de liceos y perpétuas academias gozaban en verdad las casas y palacios de un don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo [1]; un Ruy Lopez Dávalos, condestable de Castila [2]; un don Alfonso Enriquez, adelantado mayor de Leon y tio del rey; un don Diego Furtado de Mendoza, almirante mayor de la Mar [3],

1 El citado Ferrnan Perez de Guzman, decia de don Pedro Tenorio, que »traía grande compaña de letrados cerca de sí, de cuya sçiençia él se apro»vechaba mucho en los grandes fechos. Entre los otros (añadia) eran don »Gonzalo, obispo de Segovia, que fizo la *Pelegrina*, et don Vicente Arias »obispo de Palencia (glosador del Fuero), é don Juan de Illescas é su her»mano que fué obispo de Búrgos, é Juan Alonso de Madrit, que fué un »grande é famoso doctor *in utroque*» (cap. XIII de las *Generaciones*). Gonzalo Fernandez de Oviedo consagra á Tenorio señalado lugar en sus *Quinquagenas*, por la ilustrada proteccion que concede á las letras, la cual es tambien extensiva á las artes.

2 Como dejamos notado, el buen Condestable de quien dijo Perez de Guzman «que todos los fechos del reino eran en su mano» (*Gener*, capítulo V), no solamente protegió á los que cultivaban las letras, dándoles lugar y honra en la corte, sino que procurando traer al habla de Castilla los más célebres autores latinos, hizo traducir los libros de Boecio (cap. III del presente volúmen) y llevó siempre consigo en los tiempos de su privanza muy discretos varones y atildados ingenios. Pagóse de conocer perfectamente el árabe, haciendo alarde de no necesitar lengua para su ejército: así, narrando un cronista coetáneo la campaña de Setenil, en que mostró su grande esfuerzo, decia: «Et el Condestable fabló arábigo et llamó al Cadí etc. (*Crónica de don Pero Niño*, lib. II, cap. XLII del impreso, LVI del MS.).

3 Don Diego, sobre conservar y trasmitir muy aumentados á su hijo el

y un don Fadrique de Castro, duque de Arjona [1]. En ellas hacian gala de discrecion los más aplaudidos cantores de aquellos dias, no sin que algunos de tan entendidos Mecenas ambicionaran tambien el lauro de la *gaya sçiençia.* Atencion muy especial merecen entre todos los ya citados don Alfonso, don Diego y don Fadrique, no siendo para olvidados don Pedro Velez de Guevara, don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo [2]; y los celebrados Mariscales Iñigo de Estúñiga y Pero Garcia de Ferrera [3], á quienes igualan en poética nombradía otros muy ilustres caballeros.

marqués de Santillana, los preciosos libros que habian logrado reunir su padre Pero Gonzalez y su suegro, Garcilaso de la Vega, se pagó mucho de honrar á los doctos é ingeniosos, y como dice Hernan Perez de Guzman, «tenia gran casa de caballeros é de escuderos» (*Gener.* cap IX). Hasta su médico (físico), que era de raza sarracena, se esmeró en el cultivo de la poesía, segun luego notaremos.

1 *Obras del Marqués de Santillana*, Carta al Condestable, n.º XIX.

2 El aragonés don Pedro de Luna, tio del Condestable don Alvaro, y su primer protector, tiene en el *Cancionero de Baena* una composicion, núm. 1540, en que replica á Alfonso Alvarez de Villasandino, quien como de costumbre, le pide, no dineros ni oficio;

Mas de trigo y de cebada (*dice*)
Señor noble, vos demando;
Sy me dades vino blando,
La merçet será doblada.

El arzobispo, despues de manifestarle que no busque *trujaman* para hablarle, porque le era muy honroso recibir sus cartas y versos [vestro refran], le dá lo que demanda y añade que lo hace,

Por ser don Pedro de Luna
E por la alta tribuna,
En que el mundo nos otea.

Don Pedro se muestra versificador entendido, si en realidad es suya esta obra.

3 Aunque los *Mariscales* suenan principalmente durante el reinado de don Juan II, figuran ya en los primeros veinte años del siglo, tomándolos Villasandino por jueces en sus querellas poéticas.—Esto vemos en los números 200 y 203 del *Cancionero de Baena*, que empiezan:

1.ª Alto rey, al Mariscal
2.ª Algunos profaçarán.

No era don Diego Furtado de Mendoza el primer ingenio que honraba á su familia: ya antes de ahora hemos recordado las breves cláusulas que el marqués de Santillana, su hijo, consagró á la buena memoria de Pero Gonzalez, padre del Almirante y examinado tambien algunas de las poesías que terminantemente le adjudica [1]. Escritas en su primera juventud, pudimos réconocer por ellas que no carecia de sentimiento poético el noble alavés, que daba en Aljubarrota su propia vida por salvar la de su rey, y que filiado en la escuela provenzal, notablemente autorizada con las imitaciones del Archipreste de Hita, era uno de los primeros trovadores, á quienes iba á cuadrar el título de *cortesano*. El mismo carácter ofrecen pues las producciones del Almirante, contrastando grandemente con las dotes personales que le atribuyen sus coetáneos, y no pareciendo sino que al solicitar Pero Gonzalez en aquel momento supremo la proteccion de don Juan I para su hijo *Diagote* [2], le imponia la obligacion de seguir sus huellas, como alumno de las musas. «Fué »este Almirante (escribia Fernan Perez de Guzman, su primo) »pequeño de cuerpo y descolorido del rostro: la nariz un poco »roma; pero de bueno é gracioso semblante, é segund el cuerpo »assaz de buena fuerça. Ombre de muy sótil engenio, bien ra»çonado, muy gracioso en su deçir, osado et atrevido en su fa»blar tanto que el rey don Enrique, el tercero, se quexava de la »su soltura et atreuimiento» [3].

Tambien Juan Alfonso de Baena hace mencion de los *Mariscales* y traba con ellos reñida contienda poética, al presentarse en la corte, tomando por juez á Pero Lopez de Ayala: de modo que si fuera este el Canciller y no su hijo, del mismo nombre, alcalde mayor de Toledo desde 1402, habría razon para suponer que antes de 1407 gozaban aquellos no escasa reputaçion de trovadores. En el expresado *Cancionero* tienen, Estúñiga los números 418 y 576: García 423 y 577: todas estas composiciones son *reqüestas*, y las últimas de uno y otro contra Fernan Perez de Guzman.

1 Véase el cap. XXII de la II.ª Parte.

2 Al morir su padre, contaba don Diego veintiun años, habiendo nacido en 1364: en el famoso *romance*, en que se narra este memorable sacrificio de la leal castellana, le dá el nombre de *Diagote*, diciendo al rey:

A Diagote os encomiendo, etc.

3 Fernan Perez de Guzman, *Generaçiones é Semblanzas*, cap. IX.

Natural parecia que personaje de tales prendas se inclinara á los asuntos graves, propios del alto ministerio que ejercia en la gobernacion del Estado, ó ya á la moral filosofía más fácilmente que á las inspiraciones breves y pasajeras del amor, sin pagarse de atildado galanteador y refinado poeta erótico; mas «pluguiéronle mucho las mugeres» y su «muy sotíl engenio» y su «muy gracioso decir», sirviéronle, al pulsar el laud de los trovadores, para grangearse más bien el aplauso y cariño de las damas que la admiracion de los eruditos ó el respeto de los repúblicos.

Corto número de las producciones del Almirante don Diego Furtado de Mendoza ha llegado á nuestros dias, siendo muy digno de repararse el que no hiciera de ellas mencion alguna su hijo [1]. Las que nosotros conocemos, testifican no obstante que se ejercitó con fortuna en los diferentes géneros de composiciones que constituian á la sazon la poesía lírico-erótica, ensayando ciertas combinaciones métricas, de que no hallamos ejemplos anteriores en nuestro parnaso, y aun dando cierto desahogo á

1 El silencio del marqués, personaje tan dado á los estudios graves, como despues advertiremos, pudo sin duda provenir de la misma naturaleza de las obras poéticas del Almirante: quien sólo por obedecer al ruego del Condestable de Portugal, recogia de los *Cancioneros agenos* las obras amorosas escritas en su juventud, no juzgándolas «dignas de memorable »registro (*Obras del marqués de Santillana*, Carta al *Cond.*, n.º I), natural era que tuviese reparo en presentar á su padre, cuyo nombre pronuncia siempre con gran respeto, como un almivarado poeta que sólo sabia decir aquellas cosas que ya no «debian placerle», cuando escribe la expresada carta. Las poesías del Almirante, que hoy poseemos, se conservan en un precioso MS., custodiado en la Biblioteca Patrimonial de S. M., signado A. VII. 3, del cual nos valimos al dar á luz las *Obras* de su hijo don Iñigo Lopez de Mendoza (Apénd. IV, pág. CLXIV). Este códice (decíamos) debió formarse á mediados del siglo XV y acaso antes de 1445, pues que no se halla nombrado todavía don Iñigo con el título de marqués, que obtuvo en dicho año, siendo probable que fuese uno de los libros, donde «fizo buscar las canciones ó deçires, compuestos en su juventud, para remitirlos al Condestable de Portugal», ya citado. Consta de 178 fojas útiles, papel, y aunque de bella escritura, no es de gran lujo. Fue traido del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, al extinguirse los *Mayores*.

su musa con algunos ingeniosos desenfados, que lograron adelante exagerada estimacion entre los discretos [1]. Para conocer y apreciar debidamente al Almirante de Castilla, dentro de la escuela poética en que aparece filiado, lícito juzgamos exponer algunas muestras de las referidas producciones. Veamos cómo se lamenta de la inconstancia de su dama, en esta cancion:

Fuerza hé de contemplar
é cuydar con grant dolor
por qué puse mio amor
en quien me quiere oluidar.
Mi cuydado es maginar
é pensar en lo passado,
como triste namorado
que me quise namorar.
Si me façe desdonar
placer m'á ser desdonado
et jamás non ser ganado,
si me non quiere ganar.
Dubdança.
Si amor es el que se parte
con desvio,
desafio
qu'en mí non aurá mas parte [2].

Adicto á aquella suerte de composiciones, apellidadas por los provenzales *pastorelas* ó *vaqueiras*, designadas por el Archipreste de Hita con título de *cánticas de serrana* y denominadas por su padre, Pero Gonzalez, simplemente *serranas*, y por su hijo, Iñigo Lopez, *serranillas*, hacía don Diego algunos ensa-

1 La primera composicion, que vemos en el expresado MS., es una especie de interrogatorio, semejante á los aplaudidos *Perqués* que hallamos en tiempos más cercanos. Citóla don Pedro Pidal (*Discur. prelim. al Canc. de Baena*), y empieza así (fol. 1.º del cód):

Pues non quiero andar en corte,
Nin lo tengo por desseo,
Quiero fer un devaneo,
Con que aya algun deporte, etc.

2 Fólio 140.

yos en su cultivo, de que puede ser ejemplo la siguiente, que encierra un pensamiento epigramático:

Un dia desta semana,
partiendo de mi ostal,
vi pasar gentil serrana,
que en mi vida non ví tal.
Preguntéle do venía
ó á qué tierras passaua:
díxome que caminaua
al Prior de Rascafría,
á facer donde solia
penitencia en la solana,
por dexar uida mundana
é tod' pecado mortal [1].

Más delicado, más *gracioso en el decir*, para valernos de la ya repetida frase de Fernan Perez, es sin duda en otro linaje de obras poéticas, que animadas de extraordinario movimiento, acompañaron al baile en todo el siglo XV, haciendo en cierta manera el oficio de las baladas italianas, en los salones de los magnates [2]. Tales eran los *cossantes*, de que por su misma naturaleza y por el objeto á que se destinaban, se han trasmitido á nuestros dias contadísimos modelos. El que dedica el Almirante á simbolizar el árbol del amor, siendo muy del gusto de aquellos dias, merece por su idea y por su formas artísticas, ser conocido de los lectores. Hélo aquí:

A aquel árbol, que mueve la foxa,
algo se le antoxa.

1 Fólio 7.

2 Entre otros testimonios que pudiéramos citar, parécenos de importancia la *Crónica del Condestable Miguel Lúcas de Iranzu*, en la cual refiriéndose las excesivas y fastuosas fiestas, con que divertia su pequeñez la corte de Enrique IV, se dice á menudo que «hubo muchas danzas, bayles *é cossantes*», en que se oian las más delicadas voces. Esto prueba que se cantaban en coro con música y con baile.—Sobre el nombre sólo puede conjeturarse que acaso se deriva de la voz *coso* (plaza), viniendo esta com posicion de la poesía popular.

Aquel árbol del bel mirar
façe de manyera flores quiere dar:
algo se le antoxa.
Aquel árbol del bel veyer
façe de manyera quiere florecer:
algo se le antoxa.
Façe de manyera flores quiere dar:
ya se demuestra; salidlas mirar:
algo se le antoxa.
Façe de manyera quiere florecer:
ya se demuestra; salidlas á ver:
algo se le antoxa.
Ya se demuestra; salidlas mirar:
Vengan las damas las fructas cortar:
algo se le antoxa [1].

Preciábase pues el Almirante de Castilla de cultivar la poesía, tal como la habian recibido los partidarios de la escuela provenzal, bien que enriqueciéndola con nuevos primores.—No bajo otra forma la conocieron los trovadores de su casa, entre quienes se distinguian su hermano Iñigo Lopez, señor de Rello; García de Pedraza, hijo-dalgo y escudero muy bien recibido en la corte, y el maestro Mahomad-el-Xartosse, su físico, que gozaba reputacion de gran letrado. Breves cláusulas amatorias han llegado á nosotros del señor de Rello, á quien vemos figurar despues en las disensiones promovidas contra doña Leonor de la Vega y su hijo, muerto ya el Almirante [2]: más numerosas son las poesías de Pedraza, apareciendo algunas dirijidas al mismo don Diego Furtado, aplaudido por él como conservador

1 Fólio 6, vuelto.

2 Iñigo Lopez se apoderó en efecto de los palacios de Guadalajara el año de 1405; pero dos adelante le obligaba doña Leonor á reconocer el derecho y propiedad de su hijo, confesando el atropello anteriormente cometido (*Vida del marqués de Santillana*, pág. XV de sus Obras). En el referido *Cancionero* MS. tiene una cancion, que comienza:

Mis oxos fueron á ver
Fermosura tan estranya,

y parte de una serranilla, compuesta por diferentes trovadores.

de la paz, mientras alternan otras con las del señor de Rello, ó ya se intitulan á otros personajes que florecen despues en la corte de don Juan II [1]: sólo poseemos una composicion del maestro Mahomad; pero por alternar con las de otros trovadores de muy ilustre prosápia y nombradía, así como por revelarnos la parte que la raza mudejar tomaba en el cultivo de la lengua y poesía castellanas, es este documento de no poco precio, mereciendo especial mencion en la historia de las letras [2].

1 El indicado decir empieza (al fol. 15 del cód. descrito arriba):

Buen Senyor, Diego Furtado,
de la paz conservador, etc.

Pedraza tiene en el expresado MS. hasta doce *canciones y decires*, demás del ya citado, reconociéndose por ellos que alcanzó buena parte del reinado de don Juan II. Algunas canciones, como por ejemplo la que comienza:

Fernando, senyor sabet, etc.

están dedicadas á Fernando de Sandoval, que casó en 1427 con doña Juana Manrique, hija del Adelantado Pero, y vivia aun en 1457. Todas son amorosas y las que á él se refieren escritas durante la juventud de aquel prócer.—Al fól. 12 leemos la serranilla citada en la nota anterior, cuyo primer verso dice:

De Lozoya á Navafria, etc.

Dudamos si el Iñigo Lopez que aquí figura con Pedraza, es el Señor de Rello ó su sobrino.

2 No solamente la metrificacion, la rima y la lengua siguen en esta produccion de Mahomad las leyes generales de la poesía erudita, sino que la idea y el asunto de ella son enteramente característicos y propios del movimiento que iba aquella tomando, segun despues explicaremos. Mahomah se mezcla en la cuestion teológica sobre *precitos y predestinados*, que promueve Ferrant Sanchez Talavera, y ventilan tan señalados poetas como el Canciller Ayala, Imperial y Ferrant Manuel de Lando, cuya significacion determinaremos en breve. La obra á que aludimos, lleva en el *Cancionero de Baena* el n.º 522, declarando el colector que «es muy ssotil e bien letradamente fundada, non embargante que non vá guardada el arte »de trobar—»(pág. 564). Empieza del siguiente modo:

Preguntador de cara pregunta,
Conviene vos seer muy bien dispuesto, etc.

De cualquier modo, asociados estos y otros ingenios bajo los auspicios del Almirante, que «tenia grande casa de caballeros y escuderos», segun nos declara su docto primo, era aquel digno del doble lauro, que ganan despues sus nobles sucesores, á quienes deja con su heredada ilustracion el más floreciente estado de cuantos existian á la sazon en Castilla. Lástima fué en verdad que la muerte le sorprendiera, cuando rayaba apenas en los cuarenta años [1].

De más larga edad pasó de esta vida el egrégio don Alfonso Enriquez, hijo del maestre don Fadrique y marido de doña Juana de Mendoza, la *Rica Hembra*, y como tal cuñado de don Diego. Nacido en 1354, llegaba á conocer cinco reyes de Castilla, hasta el año de 1429 en que fallece, gozando con los tres últimos de grande autoridad, la cual empleaba en favorecer y ayudar á los que «eran del linaje real é non tenian tanto estado». Era don Alfonso «hombre de mediana altura, blanco é rojo, espe»so en el cuerpo: la razon breve é corta; pero discreto é atentado; »asaz gracioso en su deçir: entendia más que decia. Tenia hon»rada casa; ponia buena mesa» [2], y se pagaba en extremo de ser reputado por buen galanteador, achaque de que no tuvo cura ni aun en la vejez, siendo objeto de sarcásticos epígramas [3].

Su estudio convence del error en que han caido los traductores de Ticknor, afirmando que no siguió entre los mudejares su curso natural el desenvolvimiento de la lengua y de las formas poéticas (Véase el capítulo III del presente volúmen).

1 *Obras del marqués de Santillana*, Vida, pág. XI.

2 Perez de Guzman, *Generaciones é Semblanzas*, cap. VI.

3 Entre las trovas publicadas al final del *Centon Epistolario*, leemos ciertos versos dirigidos al Almirante, en que se hace burla de sus excesos, aludiéndose á la predicacion de fray Pedro de Villacreces, hermano del obispo don Juan y que ganó fama de docto á fines del siglo XIV y principios del XV. Los versos empiezan:

El viejo que quiere mozo
é sobrado con mujeres
pareçer,
El goço le cae en pozo,
ca más duelos que plaçeres
vá á tener,—etc.

Alcanzó en su juventud fama de esmerado trovador, cultivando la poesía á la manera de los imitadores de la *escuela provenzal*, y valiéndose de sus versos para lamentar las esquiveces de doña Juana su muger, vencidas sólo de un accidente que no tiene otro ejemplo en la historia de Castilla [1]. Don Alfonso, ufano de haber puesto su amor en tal *Hembra*, le dirijia una y otra *cancion*, haciendo gala de constancia y aun declarando que no perdia la esperanza de ser por ella amado. En una de estas composiciones le decia:

> Dicen que fago follía,
> Mi senyora, en vos servir;
> Pues la peor parte es mia,
> Deuénmelo consentir.
> Bien veio que es [grant] locura
> Amar é non ser amadó;
> Mas, segund Dios é ventura,
> Nasçe tod'ombre fadado.
> Si de mi es ordenado
> Que yo sierua por tal uía,
> Al menos puedo dezir
> Sieruo gentil senyoría.

Y prosiguiendo la misma idea, añadia despues en otra cancion, á que pone título de *Defeita*:

> A quien plaze que uos sierua
> Seré, senyora, obligado;
> A los otros do mal grado.

1 Cuéntase por Galindez Carbajal, en su *Addicion á las Generaçiones é Semblanzas*, que desesperado don Alonso de luchar en vano con la esquivez de doña Juana, ó movido de simulada cólera, puso airado su mano en el rostro de la dama; y aquella varonil matrona que no habia cedido á los ruegos de don Juan I, ni á las importunaciones de su amante, fiel á la memoria de su primer esposo don Diego Gomez Manrique, porque no se dijera que hombre que no fuese su marido habia tenido tal osadía, se redujo luego al matrimonio (Salazar, *Hist. de la casa de Lara*, lib. VIII). En los últimos años los renombrados don Aureliano Fernandez-Guerra y don Manuel Tamayo dieron al teatro con este argumento un interesante drama, muy aplaudido del público.

Quiero ver quien cansará,
Maldezir ó *Bienservir:*
Maldezir sabrá dezir;
Bienservir porfiará.
Siempre se me membrará
Este enxemplo quanto uiua;
Porfia mata uenado,
Que non montero cansado 1.

Sin duda en esta época hizo tambien don Alfonso el *Testamento* y la *Crida de Amor*, composiciones ambas en que se muestra tan aprisionado en sus cadenas como enojado contra los falsos amadores; temas que debian ser una y otra vez glosados por los poetas de Castilla [2]. Hay en todas estas *canciones y decires*, aunque resalta en ellos aquella exagerada expresion del sentimiento que llega por último á pervertirlo, cierta ingenuidad que nace de la misma situacion del trovador, cuyos cantos no hallaban la ambicionada recompensa. Pero alcanzada la mano de la desdeñosa Rica-Hembra, y no extinguido en el Adelantado mayor de Leon el juvenil afan de los galanteos, ya sea que fiel á la ilustre dama que le dió tanta y tan esclarecida descendencia [3], procurase consignar en sus versos aquella felicidad, ya que dirijiese sus cantos á otras más fáciles bellezas,—es digno de advertirse que su exageracion sube de punto, manifestando

1 *Cancionero* VII, A. 3. de la Bibl. Patrim. de S. M., fól. 34 vuelto.

2 La *Crida* que empieza: «Esta es la justicia—que el amor manda façer» etc, se lee al fól. 141 vuelto del expresado *Cancionero*: el *Testamento* al fól. 147 id.—Sospechamos que la última composicion se ha atribuido equivocadamente á don Alfonso, pues que se inserta en ella la estrofilla 1.ª de la cancion de Macías, que empieza: *Amor cruel et brioso* etc.; y aunque el Almirante alcanzó la trágica muerte de este enamorado, fijada por Sarmiento algunos años antes que la de don Enrique de Aragon, cuyo doncel era, todavía debería suponerse que la escribió en avanzada edad, bien que esto no se opone á su carácter poético, segun dejamos advertido.

3 Tuvo en ella doce hijos, tres varones y nueve hembras: don Fadrique el mayor fué abuelo de don Fernando el Católico; y de su descendencia vienen los duques de Toscana y la casa de Saboya, etc.—(Salazar, *Casa de Lara*, lib. VIII).

que no eran fruto de la verdadera inspiracion aquellos atildados cantares.

Llámanos entre todos la atencion, probando que la *alegoría dantesca* y la erudicion clásica, que traia esta consigo, iban ganando terreno en la estimacion de los partidarios de la *escuela provenzal*, el *Razonamiento que fizo consigo mesmo* y que con mayor propiedad pudiéramos apellidar *Vergel del pensamiento*.— El poeta finje que se ve trasportado á un hermoso jardin, donde árboles, flores y fruto eran símbolo de amor y tenian morada los que le abrigaban sin tiento ni medida. Comenzaba del sigüiente modo:

Por la muy áspera uía
De passiones caminando,
En un vergel reposando
Me fallé estar en un dia.

. . . .

El vergel del pensamiento
Es este vergel llamado;
El qual fué hedificado
Para quien ama sin tiento.
Sus árboles son porfía
Et las flores esperança;
El fructo grant alegría;
El ortelano es andanza [1].

Conociendo por medio de una inscripcion grabada *por sotil arte* en una piedra, el lugar donde se halla, y juzgándose digno de *aver cavida* en el vergel, laméntase largamente de su mal pagado amor en ingenioso y alambicado monólogo [razonamiento] hasta que se le aparecen Palas, Vénus y Cupido; deidades, cuya proteccion solicita, obteniendo el perdon de las dos primeras, si bien no puede recabar gracia del dios de Amor, que le impone

1 Fól. 72 v. del códice arriba citado. En el señalado con el n.º 7819 de la Biblioteca Imperial de Paris se atribuye á un Alfonso Rodriguez; pero parece error del copiante.

la merecida penitencia [1].—Cosa es fácil de notar que si hay en esta y las demas composiciones de don Alfonso Enriquez alguna verdad de situacion, respecto á sus amores con doña Juana de Mendoza, no solamente se hallan á inmensa distancia de la expontánea expresion del sentimiento, característica de la poesía erótica, sino que en valde buscaríamos en ellas al poderoso magnate, nieto de reyes, que investido con la dignidad de Almirante mayor de la Mar, trás la muerte de don Ruy Diaz de Mendoza, tuvo antes y despues extraordinaria influencia en los destinos de Castilla. Únicamente ha llegado á nuestros dias una produccion, bien que dudosamente adjudicada á don Alfonso, en la cual brilla un sentido moral más elevado [2]: todas le presentan, sin embargo, como un poeta de corte, que habla ya aquel lenguaje artificial, llevado en breve al más alto punto de refinamiento.

En otra esfera contemplamos á don Pero Velez de Guevara, tio del marqués de Santillana, «gracioso y noble caballero que »escribió gentiles decires é canciones» [3]. Hijo de don Beltran

1 Termina asi:

Et la muy grant exçelençia
De los dos me perdonó:
El terçer me dixo; Nó
Passarás sin penitençia.

2 Hablamos del *dezir*, que empieza:

¿Qué se fiso lo passado?
¡Válme Dios, qué falso mundo! etc.

En el *Cancionero VII*. A. 3, de la Biblioteca Patrimonial de S. M. se halla al fólio 144 atribuido á Alfonso Alvarez de Villasandino, y con este nombre lo insertaron en sus notas (pág. 642) los publicadores del *Cancionero de Baena*. En el códice 7824 de la Biblioteca Impérial de París, fólio 94 v.° existe, segun copia que debemos á la inteligente solicitud del claro historiador Conde de Circourt, como obra de don *Alonso Enriquez*, no cabiendo duda, por el lenguaje, las ideas y alusiones al estado de las costumbres, de que fué escrito en el primer tercio del siglo XV, cosa confesada por los compiladores de ambos *Cancioneros*, cualquiera que sea el autor entre los dos ingenios mencionados.

3 Obras, *Carta al Condestable*, n.° XVIII.

de Guevara, señor de Oñate, y de doña Mencía de Ayala, contábase entre la primera nobleza de Castilla, emparentando con la familia real, al contraer matrimonio con doña Isabel, hija del conde don Tello, que lo era del rey don Alfonso XI. Obligado así con nuevos deberes, esmerábase en el servicio de la corona, concurriendo con sus vasallos á la desdichada guerra de Portugal, que tenia fin en el desastre de Aljubarrota, peleando como bueno y esforzado en tan sangrienta jornada. Su lealtad le ganaba en Sevilla algunos oficios de importancia; pero malquistado en la corte con algunos palaciegos y no bien amistado con el regimiento de la capital de Andalucía, vióse desposeido de dichos oficios y *perseguido y acosado ante* el rey por sus enemigos, desamparándole «todos los señores é amigos que él tenia» en palacio; acontecimientos que lamentaba en sus versos, no sin ostentar cierta resignacion que honra sobremanera su carácter [1]. Muerto en los postreros dias de 1406 el rey don Enrique, á cuyos favoritos parecia referirse en los indicados *decires*, hacia no obstante coro con los poetas de la corte, doliéndose de la pérdida por demás temprana del monarca, y sacando de ella fructuosos avisos [2]. Su devocion á la Vírgen, tan característica de los ingenios españoles, le inclinaba entre tanto á consagrarle diferentes *cantigas*, en que la elije por abogada y protectora en medio de sus tribulaciones, confiando en que no habia de faltarle su amparo á la hora de la muerte [3].

Obsérvase pues al reparar en todas estas circunstancias, deducidas de las mismas obras poéticas de Velez de Guevara, que aparece éste animado de más graves sentimientos que sus ya mencionados deudos, habiendo mayor consonancia entre sus producciones y los accidentes particulares de su vida. Impetrando la gracia de la Madre de Dios, exclamaba:

Syempre fué la tu costumbre
Rresponder á quien te llama,

1 *Cancionero de Baena*, nums. 320 y 321.
2 Id., id., núm. 36.
3 Id., id., núms. 317 y 318.

Et catar á quien te ama,
Con ojos de mansedumbre:
¡O más clara que la lumbre,
Lus et puerta de perdon,
Santa sobre quantas sson,
Sey conmigo toda vya!...

Y refiriéndose más particularmente á las persecuciones, de que era víctima, decia en otra de las citadas *cantigas:*

Estrella de alegría,
Corona de parayso,
Vuelve tu fermoso vyso
Contra mi, Señora mia;
Ca sobejo cada día
Sufro cuytas et pauor
Con espanto é grant temor
Deste mundo rrefertero.

Elevando sus miradas al Hacedor Supremo en la hora de su tribulacion, prorumpia en estas palabras:

Señor, oluidando | tu nombre benditto,
Puse mi fiança | en quien non deuia:
Por malos amigos | pensé de ser quito
De muchos cuydados, | en que yo bivía.
He vysto et prouado | la su compañía,
Et quanto me monta | todo lo servido:
Entyendo de todos | que hé rreçibido
Las graçyas é onrras | que yo auer deuía!!...

Al dolerse de la muerte del rey don Enrique, pintaba así el efecto general que aquella produce, y el particular estado de su ánimo:

Él fuése su uya, | dexónos con duelo,
Con mucha mansylla | todos denegridos:
De lágrimas bivas | cobrimos el suelo!..
A Dios enojauan | nostros alaridos!...
. . . .
Qué le aprouechan | bozes nin roydos?..
Estó conturbado | mucho más que suelo,
Quando tales cosas oyen mis oydos...

Mas no por esto deja de pertenecer Velez de Guevara á la misma *escuela* que don Diego Hurtado y don Alfonso Enriquez. Cita el marqués de Santillana como uno de sus más celebrados *decires* el que supone comenzar, diciendo *Jullio Çesar el afortunado* [1]; y esta composicion, que en realidad dedica á ponderar la *fermosura de Madama Juana de Nauarra* [2], presenta á Guevara, haciendo uso de aquel lenguaje por extremo hiperbólico y gala de aquella indigesta y pedantesca erudicion, ostentadas por Villasandino y sus discípulos, y exageradas al más alto punto en todo el siglo XV. Rasgos epigramáticos de la misma índole que los de otros poetas cortesanos hallamos tambien en el *deçir* escrito contra Sancha Carrillo, dueña noble la más vieja, fea y pobre del palacio del Infante don Fernando [3]: por manera que si en las poesías que tienen directa relacion con la vida de don Pero, se aparta éste en la intencion moral algun tanto de los meros cultivadores de la *gaya sçiençia* [4], luego que trata aná-

1 Obras, *Carta al Condestable,* núm. XVIII de nuestra edicion, pues no existe en la de Sanchez. Debemos notar que este verso es el primero de la 2.ª estrofa del *dezir* que á continuacion citamos y no completo, pues dice:

Pero Jullo Çésar, el afortunado.

Esto nos persuade de que aquí, como en otros pasages, citó de memoria el docto Marqués de Santillana.

2 *Cancionero de Baena,* n.º 319. El dezir comienza:

Conviene que diga | de la buena vista
Que en Roncesvalles | vy estar un dya etc.

3 Id., id., núm, 322. Empieza:

Sancha Carrillo, | si voso talante, etc.

y está escrita en dialecto gallego, empleado alguna vez por los trovadores cortesanos, conforme saben ya los lectores.

4 Comenzamos á emplear esta denominacion en la época en que los trovadores de Castilla la admiten, evitando así el anacronismo, en que generalmente se ha caido, aplicándola á los primitivos trovadores provenzales. Las *Cortes ó Tribunales de Amor,* la *Gaya sçiençia* y los *Juegos florales* determinan tres distintas y lejanas épocas, que no pueden confundirse,

logos asuntos, no puede desconocerse la semejanza. La forma literaria sobre todo ofrece los mismos caractéres, si bien se dejan ya entrever como en los versos de don Alfonso Enriquez, algunos matices de la escuela dantesca [1].

No sucede así en las composiciones que poseemos del magnífico duque don Fadrique, calificadas por el docto marqués de Santillana con nombre de «*assaz gentiles cançiones é deçires*» [2]. Enamorado á la manera del Almirante, su suegro, y del Adelantado mayor de Leon, «plógole mucho la sçiençia» del trovar que le facilitaba la estima y los favores de las damas; y la cultivó tal como aquellos esclarecidos magnates. Sus canciones, escritas sin duda en la juventud, no dan en modo alguno á conocer al prócer ambicioso y arrogante que llevó los títulos de conde de Trastamara y duque de Arjona y obtuvo en Castilla, durante el reinado de Enrique III y la minoridad de don Juan II, tan alto poderío que encargado éste de la gobernacion, no sólo hubo de ponerle á raya sino que terminó por encerrarle en el castillo de Peñafiel, donde pasó al cabo de esta vida [3]. Todas las producciones que

sin manifiesta ignorancia de la historia. Notaremos en breve la significacion de la *gaya sçiençia* ó *gay saber* en la de nuestras letras.

1 Principalmente en el sentido moral que esta escuela comunica á la poesía lírica de los castellanos, segun abajo expondremos.

2 Obras, *Carta al Condestable*, n.º XIX.

3 De la fidelidad de don Fadrique parece ser mal testigo aquel romance viejo, que empieza.

De vos, el duque de Arjona,
grandes querellas me dan, etc.

Fué preso en 1429, como consta en la *Crónica de don Juan II*, y murió en el siguiente. Tuvo con doña Leonor de la Vega y despues con su hijo, el marqués de Santillana, muchas diputas y altercaciones, segun manifestamos en la *Vida*, que precede á las *Obras* del último. Era nieto del maestre don Fadrique é hijo de don Pedro conde de Trastamara, Condestable de Castilla; casó con doña Aldonza de Mendoza, hija del primer matrimonio del Almirante don Diego, por lo cual le dió el citado marqués el nombre de *hermano*. La *Crónica de don Juan* dice que este sintió mucho su muerte (cap. XIII de dicho año), «por el debdo que con él habia», pues era dos veces sobrino suyo; pero esto no impidió que diese al saberla, los pueblos de Arjona y Arjonilla á don Fadrique de Luna, hijo del rey don Martin de Sicilia, con perjuicio de doña Aldonza.

hoy conocemos de don Fadrique son simplemente eróticas, y á leerlas sin nombre de autor, nadie se atrevería á adjudicársela, por más que aparezcan sometidas á las condiciones comunes á las poesías de los imitadores de la escuela provenzal á fines del siglo XIV. Para muestra de todas y para que sea dable á nuestros lectores confirmar el juicio que dejamos expuesto, copiaremos aquí una de estas «gentiles canciones»,—en la cual se descubre cierto desenfado, que puede servir de barómetro al sentimiento amoroso del buen duque:

Non sé por qué me corredes:
Mal façedes.
Vuestro es mi coraçon,
Puesto en la vestra presion;
Et non sé por quál raçon
M'aborresçedes.
Siempre uos serví leal,
Non catando bien, nin mal:
Si uos querés facer ál,
Non me catedes 1.

Tenia don Fadrique «en su casa grandes trovadores, especialmente Fernan Rodriguez Puerto Carrero, Juan de Gayoso y

1 Códice de la Biblioteca Patrimonial, VII, A. 3, fól. 8, vto. Demas de esta composicion hay otras dos de igual carácter, fóls. 79 y 85 vueltos, que empiezan:

1ª. Quien, por servir, vos enoxa, etc.
2.ª Tanto só enoxoso, etc.

En la segunda hace gala del mismo desenfado que hallamos en la trascrita, diciendo de su persona:

Só muy desdonado
Feo é porfiado
Para enamorado:
Vet quién me querrá!..
Tengo muy mal gesto:
De lo ál non só presto,etc.

En unas y otras usó el colector los títulos de *conde* y *duque*, para designar á don Fadrique.

Alfonso de Morana» [1], los cuales, atentos á lisonjear sus aficiones, hubieron de seguir sus huellas, filiándose en la escuela de los trovadores, como persuaden las poesías que de los mismos guardan algunos *Cancioneros* [2]. Con ellos alternaban, señalados por jueces en las contiendas poéticas y tenidos en buen predicamento, los mariscales Estúñiga y Ferrera, ya citados, y otros muchos ingenios que eran más adelante ornamento de la corte de don Juan II, bien que no faltaron en ella trovadores que los motejáran de viejos y les echasen en cara el haber ya olvidado los primores del arte de la *poetría* [3], que tienen en

1 *Obras del Marqués de Santillana*, Carta al Condestable, n.º XIX.

2 En el de *Baena* tiene Morana el núm. 270 que da principio:

En la muy alta cadera, etc.

y Sanchez puso en sus Notas, pág. 214, otra composicion que tiene este bordon ó estrivillo:

A la una, á las dos:
Alaylan, á quien da más.
Mi moté vendo por Dios,
Rematarle hé oy ó crás
Alaylan, á quien dá más.

De Juan de Gayoso hace mencion el tantas veces citado Alfonso Alvarez de Villasandino, quien siendo maltratado de los palaciegos, dirigió al rey un *dezir*, quejándose de ellos (núm. 202 del *Cancionero de Baena*), y para defensa del mismo escribió otro por vía de *desfecha* (núm. 203), en que asegura que no se contarian entre sus detractores, con el *begue de Baena*:

. . . . Juan de Gayos
Nin Morana, fio en Dios:
Que juntos aquestos dos
Lo bien fecho loarán.

Se vé pues que uno y otro gozaban crédito de entendidos y de imparciales en los primeros años del siglo XV. De Portoearrero sólo tenemos vagas noticias.

3 El número de los trovadores que en 1435 calificaba de viejos Juan de Valladolid, apellidado tambien Juan Poeta, de quien adelante hablaremos, asciende á veintiocho y son los siguientes:—Casales, Juan García de Soria; don Pedro Ponce de Leon; el conde de Medellin; el obispo de Palencia [don

verdad muy pocos aumentos en todo el siglo, conforme despues advertiremos. Ajustábanse todos estos metrificadores á las leyes del *gay saber*, que habia acreditado y seguia autorizando con su ejemplo Alfonso Alvarez de Villasandino; y señoreada la *escuela provenzal* del parnaso cortesano, no tenian en él precio alguno las bellezas que nacian de otro sistema artístico, siendo al par menospreciados cuantos osaban separarse de aquella senda.

Explica esta observacion la poco favorable acogida que en su primera juventud hallaba en la corte Juan Alfonso de Baena, á quien el noble Diego de Estúñiga denostaba con excesiva dureza, por haberse atrevido á contender con los Mariscales, manifestándole que era tenido en poco entre los ingenios palaciegos, por no usarse en su tierra el trovar, pues que «non era todo parlar como en Macarena» [1]. Pero ya conocen nuestros lectores la innovacion

Gutierre Gomez de Toledo]; el arzobispo de Sevilla, don Diego de Anaya; don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago; don Rodrigo de Luna, prior de San Juan; el maestre de Calatrava [don Luis Gonzalez de Guzman]; Garcí Sanchez de Alvarado; el Alcayde Viejo (de los donceles?.. era Diego Fernardez de Córdova que murió de ochenta años); el conde Pero Niño; Pero Carrillo, copero del rey; Gomez García de Hoyos; el obispo de Calahorra [don Diego Lopez de Zúñiga]; Pero Lopez de Padilla; don Lope Barrientos, obispo de Cuenca; Pero Lopez de Ayala [el mozo]; el Rey de Armas de Castilla [Portugal?]; Pero Carrillo, falconero mayor del Rey; el Padre del mismo Davihuelo [á quien satiriza Villasandino]; Mosen Miró [Catalan]; Pero Ruyz de la Carrera; Gil Gonzalez [Dávila?..]; Pero Manuel [conde de Montealegre?..]; Soto, maestre-sala del rey; Ferran Cordiller [catalan]; Alfon Ferrandez de Mesa, registrador del Rey; y Juan Alfonso de Baena.—Hemos fijado el año de 1435, porque investido en él don Rodrigo de Luna con la dignidad de Prior de San Juan, con que el de Valladolid le intitula, y muerto don Diego de Anaya en el arzobispado de Sevilla el de 1437, no puede salirse de estos dos años (*Hist. del Colegio de San Bartolomé de Salamanca*, pág. 75; Zúñiga, *Anales de Sevilla*, páginas 323 y 324; *Chrónica de don Juan II*, año 1437). De algunos de estos poetas daremos más circunstanciadas noticias en sus propios lugares.

1 *Cancionero de Baena*, n.º 424. Dudamos si este Estúñiga ó Zúñiga, que sale en defensa de los Mariscales, es el Justicia Mayor de Castilla, «ome de buen seso, que en pocas palabras façia grandes conclusiones» y que se distinguia como «buen amigo á sus amigos» (*Generaçiones é Semblanzas*, cap. VIII). Sin embargo, las cualidades que le atribuye Fernan Pe-

literaria que habia introducido entre los poetas andaluces Micer Francisco Imperial, logrando tan felices imitadores como un Ruy Paez de Ribera, un fray Diego de Valencia, un Diego Martinez de Medina y otros, mientras no desdeñaban del todo sus novedades ciertos poetas jóvenes de la corte, llamados á ejercer grande influencia en el parnaso castellano en toda la primera mitad del siglo XV [1].

Micer Francisco Imperial no habia traido solamente á la poesía andaluza la *alegoría dantesca*: con ella penetraba tambien en nuestro suelo aquel anhelo de verdadera ciencia que brillaba en las páginas inmortales de la *Divina Commedia* y aquel generoso deseo del bien y noble celo de la justicia que elevaban el alma del Dante sobre las miserias del mundo, encendiendo con frecuencia su indignacion contra sus envilecidos compatriotas. Este doble sentido moral, alcanzado en parte, aunque en diverso concepto, por la musa *didáctica* de Ayala, no podia ser reflejado por la escuela simplemente *erótica* de los trovadores. Discutia esta alguna vez, siguiendo su primitivo impulso, sobre las excelencias metafísicas del amor; pero no habia tenido aliento para remontarse á las esferas de la moral, ni menos para elevarse á las dificiles regiones de la teología.

Abre Imperial este camino, tomando por guia á su ilustrado maestro; y en tanto que los teólogos, dejada la austeridad del cláustro, no reparan en hacer á las musas intérpretes de la ciencia de Dios, velada hasta entonces á las miradas profanas, cultivan los menos sabios la moral filosofía, consignando en sus versos el

rez, la época en que se escribe la precitada composicion y la circunstancia de no ser ya nombrado entre los poetas viejos de la corte por Juan de Valladolid, cuando sabemos que fallece en 1417, nos mueven á sospechar que puede ser en efecto el Diego Lopez de Stúñiga, «acepto é allegado» á los reyes de Castilla, que florecen en su tiempo. La expresada requesta empieza:

Sy vos fallastes la vena, etc.

1 Aludimos principalmente á Fernan Perez de Guzman, cuya reputacion se iguala á la de los más esclarecidos ingenios de Castilla en la primera mitad del siglo XV (Véase en el tomo siguiente el cap. VIII).

menosprecio de las mentidas grandezas de la tierra y condenando la corrupcion de las costumbres con la hidalga y meritoria franqueza, bien que no con el encono que descubrimos en las bellísimas sátiras de Alighieri. La imitacion de este gran poeta, iniciada por aquel ilustre genovés y segundada por los ingenios andaluces, no sólo dotaba pues á la literatura española de la forma alegórica, sublimada en la *Divina Commedia*, sino que le infundia tambien nuevo espíritu, encaminándola á más levantados fines, cuyo logro estaba reservado á los más señalados poetas del siglo XV.

Antes de que esto pudiera suceder, debia la imitacion producir no despreciables frutos, en el doble concepto ya indicado, extendiendo su influjo á todo el parnaso castellano y venciendo por tanto las contradicciones que se oponian á su adopcion, como escuela poética. Los ya citados Diego Martinez de Medina y fray Diego de Valencia, el cordobés Pero Gonzalez de Uceda, fray Alfonso de la Monja, fray Lope del Monte, y sobre todos Gonzalo Martinez de Medina, veinticuatro de Sevilla, hermano de Diego y «omme muy sotil é intrincado en muchas cosas é buscador de muy sotiles invenciones» [1], eran llamados á contribuir con sus esfuerzos intelectuales á obra tan plausible, bajo su aspecto mo-

1 Ortiz de Zúñiga dá en sus *Anales* repetidas noticias de la antigua y nobilísima familia de los Martinez de Medina, enlazada con las principales casas de Andalucía. Diego y Gonzalo eran hijos de Nicolás Martinez, tesorero mayor de Andalucía, y de doña Beatriz Lopez de Roelas: el primero, que se distinguió entre los jurados de Sevilla, disgustado de las vanidades del mundo, tomó el hábito de San Gerónimo en Guadalupe, á fines del XIV ó principios del siglo XV, y se contó en 1413 entre los fundadores del monasterio de Buena-Vista, cuyo edificio es hoy uno de los más nobles ornamentos de la capital de Andalucía.—Respecto del segundo son muy escasas las noticias biográficas, sabiéndose sólo lo que nos dice *Baena* en su *Cancionero* y deducimos de algunas composiciones del mismo Gonzalo y de otros paisanos suyos. Ferran Manuel de Lando le llama *escudero y gentil sevillano*, y añadiendo que no entiende sus *dezires*, si bien llevaba ya hechos más de cincuenta, le invita á que vaya á dar puja á alguna renta, dejando el *pleyto* de la poesía (*Cancionero*, n.º 280), en lo cual alude sin duda al oficio de su padre. Los lectores verán cuán injusto y contrario á sus propios intereses de escuela fué, al hablar así, Manuel de Lando.

ral, siguiendo las huellas de Imperial y Paez de Ribera, bien que no abrazando con tanto calor, como ellos, la *alegoría dantesca*. Aplauso singular gozaba entre los doctos la *Vision de un ermitaño*, escrita en 1382 y sometida ya á esta forma literaria [1]: en ella contendian el *Alma* y el *Cuerpo* hasta quedar triunfante la primera con el auxilio de un ángel, enviado por Dios para salvarla [2]. Al verse libre de la eterna condenacion, prorumpe en duros reproches contra las males artes y vanidades del mundo, contra la inconstancia de sus favores y grandezas y contra la ignorancia y desvanecimiento de los que fian vanamente en sus falsos halagos:

que puesto que sean | assaz abastantes
de mucha rriqueza | é grant sennorío,
todo es niebla, | viento é roçío
que passa et corre | por sus temperantes [3].

De ello ofrecian en verdad elocuentes ejemplos los últimos

1 Observamos que en las poesías escritas en siglos anteriores sobre este tema (Véase el cap. I de la II.ª Parte) no se adopta, como aquí, la forma alegórica: el poeta duerme y se vé trasportado á un valle fondo, escuro; el alma venturosa que contiende con el cuerpo, está simbolizada en un ave *blanca*, como anuncio de su futura felicidad, mientras las almas hundidas ya en el vicio, se ven personificadas en *cuervos, milanos y mochuelos*, manifestándose que las nobles y generosas son *gerifaltes, neblíes* etc.—Que fué escrita esta obra en 1382 lo prueban los cuatro primeros versos:

Despues de la prima | la ora passada,
En el mes de Enero | la noche primera,
En CCCC e veynte | durante la Era,
Estando acostado | allá en mi posada, etc.

No hay duda en que no se escribió despues, porque en 1383 se cambió el *cuento de la Era* en las Córtes de Segovia.

2 Es notable la relacion que hay entre este accidente de la *Vision de un Ermitaño* y el bello episodio que Dante pone en uno de los cantos del *Paraiso*, narrando la salvacion de Bounaccorso de Montefeltro, muerto en la batalla de Campaldino. Allí, como aquí, acude un ángel en socorro del alma que se vé casi en las garras de Luzbel, y allí, como aquí, mira éste frustradas sus esperanzas por la infinita misericordia del Altísimo, que se apiada de un momento de fé y de arrepentimiento. La imitacion parece manifiesta, bien que el imitador quede á larga distancia de lo imitado.

3 Estrofa XVII. Toda la *Vision* fué impresa años atrás por el erudito

dias del siglo XIV, elevados á la cumbre del poder y de la fortuna y derrocados con general escándalo personajes que tenian por seguro haber fijado su clavo. El desvanecimiento y liviandad de los que no conocian «á sí nin á su estado», condenaba Gomez Perez Patiño, declarando que

Tiempo viene de reyr,
Tiempo viene de llorar;
Otro viene para dar
Et otro para pedir 1.

y manifestando con igual oportunidad que

Quien es todo suyo, | et quiere catar
Maneras atales | por que se enajene,
Es grand derecho | que muera et que pene 2.

Por sentencias oscuras y sutiles habia revelado el franciscano fray Lope del Monte la instabilidad de los favores de los cortesanos, fijando sus miradas en uno de los más notables acaecimientos de la historia contemporánea [3]; y sin duda á vista de semejantes lecciones el noble jurado de Sevilla Diego Martinez de

don Juan Barthe, individuo de la Academia de la Historia; pero con notables defectos, sin duda por no haber conocido más que el MS. del Escorial. Demás de este hemos examinado, y el señor Ochoa menciona en su *Catálogo* (*pág*. 479), el señalado en la Biblioteca Imperial de París con el número 7225, en cuyo fólio 176 empieza la indicada poesía; pero sólo contiene diez y seis coplas de las veinte y cinco, de que toda la *Vision* se compone.

1 Esta composicion fué dirigida á doña Leonor Lopez de Córdoba, hija de Martin Lopez, Maestre de Calatrava, degollado en Sevilla, cuando esta dama que todo lo podia en la privanza de la reina doña Catalina, fué echada de la corte [1411]. Tiene en el *Cancionero de Baena* el núm. 352: la antecedente es al mismo asunto. Perez Patiño fué criado del obispo de Búrgos, don Juan de Villacreces, muerto en 1403 (*Esp.ª Sagrada*, XXVI, cap. 4), y era tenido por «buen gramático é lógico é buen filósofo é theológico é mecánico en las otras artes».

2 *Cancionero de Baena*, núm. 355.

3 Aludimos *al dezir* que hizo «quando el Rey don Enrique apartó de su »corte al Condestable viejo é llegó á su privança el Cardenal de España, »el qual dezir es muy fondo é muy escuro de entender». Lleva el núm. 348 del *Cancionero*, y fué escrito de 1396 á 1403.

Medina, que «era un ome muy onrado et muy discrepto é bien »entendido, asi en letras é todas çiençias como en estilo é prác»tica del mundo» y que acababa por tomar la cogulla de San Gerónimo, desdeñando honras y riquezas, apostrofaba al *amor mundanal*, diciendo:

> . . . Non fallará | en ty otro prouecho
> Qualquier que te sigue | nin otro plaser,
> Synoñ andar siempre | cuytado, mal trecho,
> Perdiendo su ffama, | su sseso et aver [1].

Con más aliento que todos dirijíase Gonzalo Martinez de Medina, arrostrando el peligro de ser tenido «por muy ardiente é suelto de lengua», contra la creciente corrupcion de Castilla, exclamando con denodado y aun profético espíritu:

> ¡Ah, guay de la tierra, | do lo tal contesçe,
> Que bien es posible | de ser destroyda!!
> . . . .
> Que non será villa, | nin cibdat, nin casa,
> A donde non aya | Güelfos, Gebelinos!...
> . . . .
> Non avrá quien ose | seguir el arado:
> Que todo será en flamas ardientes!!... [2].

El miserable espectáculo que tiene delante de sus ojos, le conmueve hasta el punto de levantar á Dios sus ardientes plegarias, prorumpiendo en esta forma:

> ¡Oh Incomparable!... | la tu deïdat
> ¿Cómmo consiente | tanta corrupçion.

1 Es el núm. 331 del citado *Cancionero*. Baena lo repitió despues, trastrocando las coplas, diciendo que era un *dezir* contra el *amor* y atribuyéndolo á Ferran Sanchez Talavera, en el núm. 533. Diego de Medina escribió varias poesías en este mismo sentido y en el religioso, haciendo al citado Fray Lopez del Monte, Fraile de san Pablo de Sevilla, varias preguntas teológicas, que muestran la disposicion que tenia para abrazar la vida monástica. Véase el dicho *Cancionero* desde la pág. 355 á la 369 y la nota de la pág. 309 de este capítulo.

2 *Cancionero de Baena*, núm. 333.

Atantos delitos, | yerros et maldat,
Engaños, sofysmas, | mentiras, trayçion,
Cruesas, cobdiçias | et fornicaçion,
Artes et laços | et endusimientos,
Quebrantos de fé | é de juramentos,
Et males estraños | syn comparaçion?...

Ni el santo respeto de las leyes divinas, ni el material temor de las humanas sirven de freno á la soltura y general licencia, triunfantes la soberbia, la mentira, la maldad, la vanagloria y la avaricia, y pospuestas y olvidadas la justicia, la verdad, la bondad, la caridad y la castidad, con visible adulteracion de todas las virtudes. La voz del Omnipotente resuena en los oidos del poeta, para revelarle que la infinita bondad á todos cobija igualmente, porque dice el Eterno:

Yo envié mi Fijo | con grand piedat,
Que del humanal | fuesse rredençion...
. . . .
Yo espero á todos | fasta la su fin,
Por que conozcan | mi grant señorío:
Et assy al flaco | commo al palaçin
Dí para salvarse | egual alvedrío... [1].

El anhelo del bien le lleva á considerar cuán desordenada y arbitraria anda la justicia en la corte de los reyes cristianos, cargada de alcaldes, notarios y oidores que dan tormento á las leyes, mientras en tierra de moros libra un solo juez lo civil y lo criminal, sin más glosadores ni intérpretes que «discrecion é buena doctrina». Un solo rasgo, en que Gonzalo de Medina nos da á conocer el efecto de tan viciosa administracion de justicia, basta para pintar aquella corte, bosquejada tambien de mano maestra por la musa de Ayala [2].

Qualquiera oueia | que vien deserrada,
Aquí la acometen | por diversas partes

1 Id; id, núm. 335. Obsérvase cuán lejano estaba Gonzalo de Medina de la absurda preocupacion del hado, hora y ventura, reflejando en estos versos la doctrina, defendida por nuestros oradores sagrados y enderezada contra las extravagancias astrológicas.

2 Véase el cap. III del presente volúmen.

Cient mill engaños, | maliçias é artes,
Fasta que la fasen | yr bien trasquilada.

Comparando esta rapiña y orgullosa venalidad con la flaqueza y frajilidad de los bienes mundanales, añadia:

Non es segurança | en cosa que sea!...
Que todo es ensueño | è flor que peresçe:
El rico, el pobre, | quando bien se otea,
Conosçe que es viento | é pura sandeçe..

El viento de la codicia trastorna sin embargo el juicio de la razon, y agitado por el espíritu de Luzbel, arrastra y precipita en profunda sima á los mortales, sin respetar calidad, órden ni estado.

Papas, cardenales, obispos, perlados
. . . .
. . . . . ya de Dios | non han remembrança!...
Et de luxuria, | soberbia, cobdiçia,
Engaños, sofismas, | mentiras, maliçia,
Abonda el mundo, | por su mala usança 1.
Et de vestiduras | muy enperiales
Arrean sus cuerpos | con grand uanagloria;
Et sus paramentos, | baxillas rreales
Bien se podrían | poner en estoria,
E seguir los rreyes | en toda su gloria;
Mas las ovejas | que han á gobernar
Del todo las dexan | al lobo levar
E non fasen dellas | ninguna memoria.
Ya por dineros | uenden los perdones,
Que deuían ser dados | por mérito puro;
Nin han dignidades | los sanctos uarones
Por sus elecçiones | [aquesto vos juro],
Salvo al que lieva | el florin maduro, etc.

1 Debemos notar, y sin duda lo habrán ya advertido los lectores, que este poeta y todos los que imitan en uno ú otro sentido á Micer Francisco Imperial ingieren en sus composiciones muchos versos endecasílabos, en los cuales aparecen acentuadas generalmente las sílabas cuarta y octava, constituyendo verdaderos sáficos. Los endecasílabos de Imperial reconocen la misma ley, como puede comprobar su exámen.

Guardaban el mismo compás los oficios y dignidades temporales, andando «ciego tras ciego y loco tras loco», hasta dar en el abismo de la muerte, que iguala «los que visten oro é visten camuña», ministrando al par la elocuente y aterradora leccion, con frecuencia olvidada por los hombres de que

> . . . este mundo, | mesquino, cuitado,
> Es menos que fumo, | é polvo d'arista [1].

Con la misma enérgica franqueza insiste Medina en condenar las *glorias mundanas*, ora apelando á la historia y á la fábula, al modo que lo habia hecho el Dante, para hacer más certeros sus tiros contra el orgullo y la tiranía [2]; ora aprovechando los sucesos desastrosos y la muerte de los magnates más encumbrados, para reprender la soberbia de los vivos, ante cuyos ojos pone la severidad de la divina justicia [3]; ora dando, una y otra vez, saludables é ingénuos consejos á los que no escarmentados por las agenas desdichas, escalaban el poder, suponiéndolo durade-

1 *Cancionero de Baena*, núm. 340. Este interesante *dezir* lo recogió despues en su *Cancionero*, sin nombre de autor, y con dos coplas de menos (XXVI; son XXVIII) Fernan Martinez de Búrgos [1465]. El erudito Floranes no supo tampoco á quién atribuírle (*Mem. de Alfonso VIII*, apéndice XVI), al describir dicho *Cancionero*. Los publicadores del *de Baena*, perdiendo de vista el carácter de esta composicion, le añadieron hasta siete estrofas más, que en realidad constituyen la *pregunta* relativa al *dezir* que sigue, como demuestran la materia, el tono y hasta la identidad de los consonantes y número de coplas. Lástima es que no sea este solo el error de igual naturaleza que tiene la edicion del *Cancionero*. En las poesías de Gonzalo de Medina hay algunas estrofas trastrocadas, lo cual destruye lastimosamente el sentido é ilacion de las ideas en ciertos pasajes.

2 *Id., id.*, núm. 337. Este *dezir* fué escrito en 1418, antes de morir doña Catalina.

3 Id., id., núm. 338 en que pinta la muerte de Diego Lopez de Estúñiga y Juan de Velasco (1417 y 1418), exclamando, al recordar sus desafueros:

> ¿Qué pró les touo | la grand tiranía
> Nin los tesoros | tan mal allegados,
> Mentiras é artes, | engaños, falsías
> Et los otros abtos | tan desordenados?...

ro [1]. El hidalgo poeta sevillano, para quien tan poco valia el lisonjero halago de las riquezas y para quien sólo era respetable el austero acento de la verdad, augurando ya en sus *decires* la profunda y melancólica inspiracion de Rioja [2], apostrofaba con frecuencia á sus coetáneos, diciendo:

Catad que ante Dios | non aý poderoso!...
Que todo se juzga | por alta potencia!...
. . . .

1 Id., id., núm. 339. Fué este *dezir* compuesto al subir á la privanza Juan Furtado, el mozo, esto es; de 1412, en que sustituyó al infante don Juan en la Mayordonia mayor del rey jóven, hasta 1419, en que le vemos en la cumbre del favor con el referido monarca (*Cronica*, año XII, capítulo XXIII y año XIX, cap. X).

2 Nos referimos principalmente á la *Epístola Moral á Fabio:* medidas la distancia de dos siglos y la alta y profunda inspiracion del cantor de las flores, no habrá en efecto quien no le recuerde, al leer en Gonzalo Martinez de Medina, demas de los pensamientos ya citados, estos y otros semejantes. Dirigiéndose á Dios:

Es la soberbia | en grand abundancia,
E tu justicia | del todo cayda!...

Pintando la gracia divina y el orgullo de los hombres:

Al viejo dá vida, | muerte al niño en cuna...
. . . .
A los soberbios | priva su potencia.—

Ponderando la brevedad de nuestro vivir y los peligros que nos rodean:

Non más que rocío | procede la vida.—
. . . .
Todo lo passado | non paresçe nada,
Salvo lo presente | en que nos fallamos;
Cada dia passa | una grand jornada
De la nuestra vida | que tanto buscamos.
. . . .
De laso en laso é de foya en foya
Imos corriendo fasta la grand sima.
. . . .
Ciego tras ciego é loco tras loco
Así andamos, corriendo fortuna, etc.

Nótese de paso que casi todos estos versos son sáficos, como los de Imperial.

Abrid bien las puertas | de vuestra conçiençia!...
Amat la justiçia, | verdad et derecho...
Desde Luçifer | fasta el Papa Juan
Podedes leer | estrannas caydas,
Segund las estorias | vos lo contarán,
Et por Juan Boccaçio | vos son repetidas!... 1.

Y en otro lugar añadia:

Quita delante | tus ojos el velo
De la vanidat | que así te engaña!...
Junta con Dios | tu amor et tu celo
Et faz de virtudes | segura cabaña! 2.

Un rayo de esperanza divisa Gonzalo Martinez, al empuñar don Juan II, tras larga minoridad, el cetro de los Alfonsos (1419). Su musa prorumpe en cierta manera de himno, en que convida á España entera á gozar de la alegría, que inunda su pecho, manifestando que *Justiçia*, *Prudençia*, *Seso* y *Templanza* le escudan y hacen morada con el nuevo soberano, y prediciéndole inauditos triunfos. Exaltado noblemente el sentimiento patriótico del poeta, veia ya segura la ruina de los sarracenos y volar los pendones de Castilla por apartados mares y regiones: dirigiendo su voz á pueblos, magnates y caballeros, decia:

Gozen e tomen | las altas conquistas;
Apuren los mares, | los moros vençiendo:
A todas las tierras | que dellos son vystas
Ellos le sigan, | assaz conqueriendo.
En Jerusalem | su silla poniendo,
Resçiba corona | de alto Enperador;

1 Cancionero de Baena, núm. 338. Los IX libros *De Cassibus Virorum et foeminarum illustrium* habian sido ya puestos en su mayor parte en castellano por Ayala, segun dejamos con oportunidad advertido. Don Alonso de Cartagena romanzó en 1422, durante su embajada en Portugal, parte del penúltimo y todo el último libro; por manera que escrito este dezir, «quando murieron Diego Lopez é Juan de Velasco» (1417 y 1418), es indudable que Gonzalo de Medina se refería aquí al original latino de Boccacio.

2 Id., id., núm. 337.

E allí se goze | con nuestro Señor,
A las sus manos | el alma rrindiendo [1].

Mientras en tal manera brillaba entre los poetas sevillanos el alto sentido moral de la *escuela dantesca*, hacía ostentacion de sus primores en la corte de Enrique III y de doña Catalina un «*noble caballero, polido en trovar*», designado por el ilustre marqués de Santillana como el más devoto imitador de Micer Francisco Imperial, su maestro [2]. Era este Ferran Manuel de Lando, hijo de Juan Manuel, hidalgo de Sevilla, quien ganoso de labrar su fortuna, le enviaba muy jóven á la corte, donde era bien recibido de la nobleza, logrando plaza de doncel del niño rey don Juan y con el tiempo la estima de la reina tutora [3]. Llamado el Infante de Antequera al trono de Aragon por el compromiso de Caspe, designábale doña Catalina, con otro caballero, para llevar al nuevo rey, que era jurado en Zaragoza, la diadema ceñida por su padre don Juan I, al coronarse rey de Castilla [4].

Acudia á tan grande solemnidad la flor de la nobleza castellana, y contábase entre los trovadores atraidos por la magnificencia de don Fernando, el anciano Alfonso Alvarez de Villasandino, quien no olvidada la costumbre de pedir, demandaba al rey en albricias una *hopa*, como *dulce soldada*, para *contar la estoria* de la coronacion, *fiesta de tan alto estado* que *non se fallaba en escrip-*

1 Id., id., núm. 335.—Este notable dezir empieza:

Alégrate agora, | la muy noble España,
E mira tu rey | tan muy deseado, etc.

2 *Carta al Condestable de Portugal*, núm. XIX. «Imitó (dice) más que ninguno otro á Miçer Francisco Imperial».

3 Debe notarse aquí que ya desde antes de 1407, figura Ferran Manuel entre los trovadores de la corte, tomando parte en las cuestiones ó lides poéticas de más dificultad é importancia, y hombreándose con Lopez de Ayala, el Viejo, y aun con su propio maestro Imperial. Esto se prueba, al leer la repuesta dada á Fernan Sanchez Talavera sobre la disputa de los *predestinados* y *precitos*, que adelante mencionaremos; y si, como parece racional, gozaba al componerla de cierta reputacion en la corte, es evidente que alcanzó en ella buena parte del reinado de don Enrique.

4 *Crónica de don Juan II*, año 1414, cap. XI.

tura [1]: Manuel Ferran, cobrando allí tambien fama de gentil trovador, intercedia por Villasandino, haciendo que el rey añadiera á la *hopa* una *mula muy fermosa é muy garrida*, é invitando al anciano poeta á que celebrára en sus versos tan alta ceremonia [2]. Pero si generosa era en sí esta conducta del mensajero de doña Catalina, más lo parecerá conociendo el antagonismo y guerra poética, que habian existido y aun existieron adelante entre ambos.

Era el jóven sevillano hombre de gentil continente, de noble semblante, discreto en el decir y tan pronto como agudo en sus réplicas. Uníanse á estas dotes naturales, que le ganaban desde luego admiradores y envidiosos, la reputacion que traia de atildado trovador y *alto poeta*, docto en la lengua latina y sobre todo iniciado en aquella escuela que desechando ó teniendo en poco las leyes de la provenzal, habia reconocido en Sevilla por maestro á Micer Francisco Imperial y por fuente de inspiraciones la *Divina Commedia*. Tal vez, pagado con exceso de esta novedad y más confiado en su ingenio de lo que debiera, achaque sin duda de sus cortos años, hizo Ferran Manuel inmoderada ostentacion de sus versos, menospreciando á los poetas de la corte, entre quienes tenia gran crédito, cual oportunamente indicamos, el precitado Alfonso Alvarez de Villasandino. Picado este de la jactancia del doncel y deseoso de salir á la defensa del arte, en que tantas invenciones *graciosas y dulces de oir* habia hecho, hubo de tildarle de simple é ignorante, acusacion á que replicó muy luego Mañuel de Lando, manifestándole que los *rudos corazones* eclipsaban á veces á los más *sanctos doctores*, y que acaso sabian más que él los que reputaba por simples, pues que Dios habia puesto en todos los hombres sus *gracias* y *mercedes* [3].

1 *Cancionero de Baena*, núm. 66.
2 Id., id., n.º 67.—Comienza esta composicion:

> Lyndo poeta onorable,
> Esperad con grant firmeza, etc.

3 Id., id., n.º 253.

Varias respuestas dió Villasandino á esta composicion [*reqüesta*], considerada como formal provocacion poética, trabándose una lucha, por demás larga y enojosa, en que ni tuvo Alvarez la emplanza y circunspeccion que pedian sus canas, ni guardó Manuel á estas el respeto debido. El *antiguo y siempre honrado sabidor* declaraba que lo tendrian por mendigo, si cerraba su casa por un *nuevo trovador*, cuyas obras desconocia, esperando del *novel cavallero* cada dia alguna cuestion *fermosa ó fea*, si bien como discípulo de Francisco Imperial, sospechaba á qué escuela debian pertenecer sus producciones [1]. Vista ya alguna de ellas, no solamente le echaba en cara el que pretendiese en edad tan temprana *subir tan alto*, teniéndose por muy *sabidor*, sino que le denostaba tambien por haberse atrevido á cultivar la poesía, ignorando el arte que enseñaba las reglas del *lay* y el *deslay*, del *cor* y el *discor*, del *mansobre* doble y sencillo, del *encadenado* y el *lexaprende*, de la maestría mayor de *bervo partido* y de la maestría de *macho* y *fembra*. Hasta el punto de acusarle de que habia osado reprender al mismo Dante, á quien Ferrant Manuel miraba en realidad con religioso respeto, llegaba la ojeriza del viejo Villasandino [2]; calificaciones todas nada benévolas,

1 Id., id , núm 253.—La declaracion de Villasandino no puede ser más terminante, respecto de la escuela de Ferran Manuel, diciéndole al poner fin á una de las *respuestas*, de que hablamos :

> Pues çeñides la correa
> De Françisco Imperial,
> *Vestra arte* tal ó qual,
> Ya sé de que pié coxquea.

Estas palabras concuerdan perfectamente con las citadas arriba del marqués de Santillana (nota 2 de la página 318); y si, como persuaden, fué esta composicion escrita á poco de presentarse Lando en la corte, dándose á conocer como poeta, parece demostrado que precedió en algunos años al de 1407, habida consideracion á lo observado en la nota 3 de dicha página.

2 Id., id., núm. 255.—Textualmente dice Villasandino:

> A Dante el poeta | grant componedor
> Me disen, amigo, | que reprehendistes:
> Sy esto es verdat, | en poco tovistes
> Lo que el mundo tiene | por de grant valor, etc.

que recaian principalmente sobre la escuela de Imperial y eran algun tiempo adelante terminantemente desaprobadas por el marqués de Santillana [1].

El ejemplo dado por el patriarca de la escuela provenzal, tuvo imitador en el converso Juan Alfonso de Baena, quien si bien no gozaba en la corte la reputacion alcanzada por Alfonso Alvarez, iba á vincular su nombre en la historia de las letras, compilando algunos años despues su *Cancionero*. Para que se publicára su *ciencia de grant maravilla* en la corte castellana [2], y ya cargándole de elogios, en que se trasluce alguna parte de ironía [3], ya motejándole de haber leido poetas en *luna menguante* y dándole el ofensivo y malicioso consejo de que se *avise* y guie por los *aforismos* del cantor de Beatriz [4], empeñaba Baena con Ferran

Se advierte que cuando Villasandino escribia estas palabras, era todavía Lando muy poco conocido en la corte como poeta, y que no alcanzaba con él la familiaridad que indican otros *decires*, tales como el escrito en 1414, ya citado.

1 El marqués observa: «Fizo asy mesmo algunas invectivas contra Alon»so Alvares, de diversas maneras é *bien ordenadas*» (núm. XIX de la *Carta al Condestable.*

2 *Cancionero de Baena*, núm. 359.—Las palabras del converso dicen:

Fferrand Manuel, | porque se publique
La vuestra sçiencia | de grant maravilla
En esta grant corte | del Rrey de Castilla,
Conviene forçado | que alguno vos pique, etc.

3 Véanse en prueba de ello estos versos, con que empieza el núm. 369 del *Cancionero*:

Al muy ilustrado, | sotyl, dominante
Que saca las cosas, | ffondo del abismo;
Al rrymico, pronto | muy más que gracismo;
En todas las artes | maestro bastante, etc.

4 Sin abandonar la misma controversia le decia en efecto en la *replicacion*, que tiene el núm. 371 en el *Cancionero*:

Lyndo fidalgo, | en luna menguante
Leystes poetas, | segunt que sofismo:
Por ende avisatvos | por el inforismo
Del alto poeta, | rectórico Dante, etc.

Es en verdad curioso el ver cómo Villasandino y Baena acusan á Ma-

Manuel cierta manera de lid poética, discreta y llena de ingenio unas veces, ocasionada otras á insultos y groseros dicterios, y útil solo para reconocer y apreciar hoy la doble contradiccion que experimenta Lando, al mostrarse entre los trovadores de Castilla. Mientras el mordaz converso, exagerando las acusaciones de Villasandino, no repara en escribir que era el arte del sevillano Manuel *borruna*, *desdonada*, *muy salobre*, *pobre*, y *de madera flaca*, siéndole desconocida la *maestría de mansobre*, y los demás primores de la *escuela provenzal*, replicábale este, ostentándose personalmente modesto y comedido y tomando para sí el nombre de *simple discípulo*, si bien un tanto arrogante y grandemente pagado respecto de la escuela por él representada [1].

No se mostraba con todos ni en toda ocasion tan moderado, viniendo alguna vez á las manos para enseñar cortesanía á sus adversarios [2]: á estos y á todos los poetas seglares y religiosos de *grant discreçion* invitaba sin embárgo á entrar en la que se

nuel, ya de erigirse en corrector, ya de haber olvidado las reglas del arte del inmortal florentino, á quien miraba cual supremo maestro. El tiro es en uno y otro caso intencionado, pero injusto.

1 Los versos á que aludimos, dicen (núm. 372 del *Cancionero*):

De todas sçiençias | seyendo distante,
. . . .
Deciplo so synple, | pessado, ygnorante;
Mas porque mi obra | triunfe adelante,
Catat que si abro, | *mi rica maleta*
Por arte profunda | *sotyl é muy rreta*,
A vuestro argumento | seré reprobante.

2 En la edicion del *Cancionero de Baena*, hecha por el Sr. Ochoa, se anota como falta en el Códice de dicha coleccion la poesía que debió ocupar el núm. 271; pero se conserva el epígrafe, del cual resulta que Ferran Manuel *llegó á los cabezones* con Alfonso de Morana por *desmesura de un moro*, criado ó cautivo del referido Morana. Contrasta este hecho con la templanza y moderacion que guarda Manuel, al contender sobre varios puntos morales y teológicos con sus paisanos fray Lope del Monte, que le da los títulos de *noble cauallero y diestro trovador*, y fray Alfonso de la Monja, que le apellida *caballero honrado de alto saber:* á uno y otro habla con el mayor respeto, confesándose *simple* é *ignorante* y manifestando que *sabia mucho menos de quanto demostraba* (núms. 272, 274, 281, 283).

tenia á la sazon por digna liza del ingenio, proponiéndoles al par diversas é intrincadas cuestiones, que declaraban desde luego su filiacion poética. Con tal propósito interrogaba:

¿Dónde pronunçian | los sanctos juglares
Loores divinos | de consolaçion,
Al muy alto Rrey | sin comparaçion,
A quien establecen | tan dulçes cantares?...
Pregunto otrosi | ¿en quáles lugares
Está la Fortuna, | e faze mansion
E què qualidat | ha su complysion,
. . . .
O qué forma tiene | su symple vysion?... 1.

Estas preguntas, hechas con cierta jactancia y que sólo podian satisfacer, en el sentido que solicitaba Lando, los que estuviéran ejercitados en el estudio de la *Divina Commedia*, quedaron sin contestacion, dando sin duda motivo á que disgustado de aquel silencio, manifestára á fray Lope del Monte, su antiguo y muy respetado amigo, con quien dilucida árduas cuestiones teológicas y de filosofía moral, que

Muchos letrados | é frayles faldudos
Metrifican prossas | de ynota color;
Mas non tienen graçia, | que es uertut mayor,
E fablan syn órden, | commo tartamudos 2.

Desentendiéndose al cabo de semejantes querellas, tan del gusto de la época como ineficaces para revelar las verdaderas dotes del ingenio, llamábanle la atencion, como á su compatriota Gonzalo de Medina, los desórdenes y catástrofes, las vanidades y desengaños de que era teatro la corte de Castilla; y fijando sus miradas en aquel noble é inspirado apóstol, que amparando bajo su manto á la grey judáica, enseñaba á los cristianos á menospreciar el poder y las riquezas, consagrábale los acentos de su musa, porque segun el efecto maravilloso de su palabra,

Vivia alunbrado | de graçia divina.

1 *Cancionero*, núm. 268.
2 Id., id., núm. 274.

Dominada de la soberbia y del orgullo, esclava de la malicia, olvidada de su Dios y presa de menguadas supersticiones, aparecia la grey cristiana, cuando se oyó en Castilla la voz consoladora de fray Vicente Ferrer, que desvaneciendo las dudas y oscuridades de la ignorancia, mostraba á todos el camino de la perfeccion, reanudando los lazos de amor que habian roto odios y venganzas. Su elocuencia, decia Manuel de Lando refiriéndose á las preocupaciones del vulgo,

Condena é destruye | las artes dañosas
De los adevinos | é falsos profetas,
Mostrando que synos, | cursos é planetas
A Dios obedesçen | en todas las cosas.

Hermanado con su evangélica doctrina el eficacísimo ejemplo de su virtud, que no carecia sin embargo de incrédulos [1], no vacilaba por último el jóven poeta sevillano en adjudicarle la doble palma de la santidad y de la ciencia, exclamando:

Tan bien de letrado | commo de astinente
católico, lynpio | é sancta persona
Mi synple juysio | le dá la corona, etc [2].

Lástima que no disipáran aquellas enseñanzas las tormentas que levantaba la ambicion, consejera en todo el siglo XV de grandes crímenes!! Ferran Manuel de Lando, á quien tal vez favorecia la privanza de su prima, Inés de Torres, sucesora de Leonor Lopez de Córdoba y como ella odiada grandemente por la nobleza

1 Son notables estas palabras de Ferran Manuel, al propósito:

Nos me quieran mal | algunos señores,
Letrados é sabios | que son en Castilla...
. . . .
Antes revoquen | sus viles errores
Los que contra él | fueren retratantes, etc.

2 *Cancionero de Baena*, núm. 287. Si como parece probable, este dezir *sábiamente ordenado* fué escrito durante la permanencia de San Vicente en Castilla, puede fijarse tal vez en el año de 1407

de Castilla, veia con sorpresa su caida y reclusion, así como el destierro de Juan Alvarez de Osorio, aliado de aquella dama; y lleno de enojo contra las inconstancias de la *Fortuna*, la apostrofaba una y otra vez, brillando no obstante en sus versos el noble sentimiento de la justicia.

Çessa, Fortuna, | çessa la tu rueda;
Cessa tu obra | cruel et dañable...
. . . .
El mundo se pierde | por ty cada dia
É van ya las cosas | en declinaçion:
Padesçen los lyndos | fydalgos que son,
E biven los vyles | en grant alegría...

Y añadia con escéptico desconsuelo:

Jamás non podemos | vençer tu porfía
Por vías, engenios, | maneras, nin artes;
Ca tienes tu trono | en todas las partes,
E faces tus fechos | con grant ossadía 1.

No estaba por cierto fundada esta doctrina en la del *libre albedrío* enseñada por el cristianismo: Ferran Manuel recordaba aquí la pintura de la *Fortuna*, hecha por el Dante; pero contradiciéndose y exagerando su aplicacion, peligro que habian sabido evitar Gonzalo de Medina y Micer Francisco Imperial, y del cual no se vieron exentos los poetas más renombrados de la corte de don Juan II 2. Su celebrado doncel recomendaba, á pesar de todo

1 Id., id., núms. 277 y 278. La Crónica de don Juan II pone la caida de Inés de Torres y Juan Alvarez de Osorio en 1416 (cap. X); por manera que ambos *dezires* hubieron de escribirse en dicho año.

2 De Imperial hemos visto oportunamente cómo se ajustaba á la pintura de la *Fortuna* hecha por el *Dante*: Gonzalo de Medina abrigaba la misma idea, diciendo de los hombres:

Segunt que los traxo | la alta Fortuna
De baxo sobieron | é d'alto cayeron,
Por se mostrar | non ser siempre una.
Mas sobre todos | la graçia divina
Façe et desfaçe, | trasmuda potençias
Muestra sus obras | é magnificençias, etc.

la sobriedad y la templanza, reconociendo que no estaba cifrada la felicidad humana en el ciego voltear de la *Fortuna*. En este sentido decia:

. . Al que la graçia | divina lo llama,
Viua en el medio | lugar de prudençia,
Ca segunt que vemos | por esperyençia,
De más alto cae | quien más s'encarama.

Tales son los principales caractéres de las obras poéticas de Ferran Manuel, llegadas á nuestros dias. En ninguna aparece el *arte alegórico*, tal como lo habian ensayado su maestro Imperial y Paez de Ribera, por carecer sin duda de aquella poderosa y rica fantasía que daba sensible representacion á los objetos morales, prestándoles vida en bellas creaciones, donde campeaban las galas de la poesía descriptiva, sublimada por la musa del Dante. Mas ya fuese que la expresada forma animára sus primeras composiciones escritas en la corte, ya que el mismo sentido moral que en la mayor parte de las conservadas resplandece y el menosprecio de las reglas de la poética provenzal le pusieran en contradiccion con los trovadores de Castilla,—es lo cierto que Ferran Manuel fué, conforme vá advertido, grandemente hostilizado por los de mayor autoridad, pareciendo preludiar semejante lucha la que en tiempos más cercanos provoca la aparicion de don Luis de Góngora y don Juan de Jáuregui en el parnaso de la España Central, cual representantes del genio andaluz y de la escuela sevillana [1]. Así como Góngora, contradicho y aun escarnecido primero, lograba al cabo imponer las novedades culteranas á los poetas de Castilla, y así como Jáuregui, abandona-

En otro lugar tocaremos de nuevo este punto, tomada en cuenta la influencia clásica.

1 La contraposicion de las dos escuelas sevillana y castellana se consigna en dos opúsculos que caracterizan la época de Herrera y de Jáuregui. Las notas de Prete Jacopin contra las *Anotaciones de Garcilaso* y el *Contra-Jáuregui*, opúsculos no publicados todavía y el segundo tan desconocido como advertimos en la *Introduccion* general. De ellos haremos mencion oportunamente.

da al postre la imitacion de Herrera, seguia los extravíos por el combatidos,—recibieron los primeros impugnadores de Lando la influencia *dantesca*, cual nos enseña claramente el estudio de Alvarez de Villasandino [1]; y mientras perdia el contrariado doncel alguna parte de su primitivo entusiasmo por la *forma alegórica*, extendia esta su imperio entre los trovadores cortesanos, destinada á recibir de ellos en no lejanos dias su más completo desarrollo.

Uno de los primeros á seguir esta senda fué sin duda el hidalgo Ferran Sanchez Talavera, esmerado trovador de la corte de Enrique III, que abandonando los vanos amoríos y devaneos del mundo, vestia el hábito de Calatrava, obteniendo al cabo la dignidad de Comendador, con que le cita el marqués de Santillana, al afirmar que «compuso assaz buenos decires» [2]. En él hallamos, si cabe decirlo así, dos diferentes poetas: el cantor amoroso de la escuela provenzal, que celebra la belleza de su dama y se duele de sus desdenes en rebuscados *dezires* é ingeniosos diálogos, escritos en verdad con cierta gracia y donosura, y el meditador grave y circunspecto que ora contempla la pequeñez y decrepitud de los bienes terrenos, viendo pasar cual leve sombra la vida de los poderosos, ora vuelve sus miradas á los misterios de la religion, procurando desatar, con la ayuda de los doctos, las dudas que le asaltan. Lícito juzgamos citar, para comprobacion de lo primero, el fresco, suelto y gracioso diálogo, hecho *por contemplacion de su linda enamorada*, en que leemos:

El—. . . . Dios vos mantenga
Ella— . . . . Muy bien venga
El que non venir deuía
El—Véovos estar ufana,
Pues que ansy vos rasonades—
Ella—A la fé, bien lo creades:

1 Véase lo dicho en el cap. IV del presente volúmen.

2 *Carta del Condestable*, núm. XVIII. Hemos escrito aquí, como allí, *Talavera* en vez de *Calavera*, segun algunos hicieron, porque no sólo lo hallamos así en códices y primitivas ediciones, sino porque reputamos grosero error paleográfico el haber confundido la C con la T, por mucha que sea su semejanza en la escritura de las siglos XIV y XV.

Que de vuestro mal soy sana.
El—E pues al que bien afana,
¿Qué galardon le daredes?
Ella—Yt, amigo: que tenedes
La cabeça muy liviana...
. . . .
El—Mucho vos veo ser flaca.
Ella—Non curedes de la vaca,
Que no avedes de comer.
El—Sería ledo en vos ver
Bien alegre et plasentera—
Ella—Yt: que non só la primera
Que fué loca en vos creer—[1].

Prueba de los segundos son los *decires* en que Sanchez Talavera promueve difíciles cuestiones teológicas, llamándonos la atencion el dirigido á Pero Lopez de Ayala, el Viejo, y encaminado á dilucidar la doctrina recibida por la Iglesia sobre *predestinados y precitos* [2]. Ayala, Fray Diego de Valencia, Fray Alfonso de Medina, bachiller en teología y monje de Guadalupe [3], Micer Francisco Imperial, que toma siempre por guia á Dante y á Beatriz; Mahomad-el-Kartossí, ya ántes mencionado; Garcí Alvarez de Alarcon, escribano del rey, y uno de los más distinguidos conversos del judaismo [4]; y Ferran Manuel de Lando, que recuerda algunos rasgos de la *Divina Commedia*, todos replican á Ferran Sanchez, haciendo gala de erudion y de

1 Núm. 537 del *Cancionero de Baena*. Es tambien notable el siguiente número, en que se contiene otro diálogo en versos de arte mayor, de igual carácter, escrito sin duda antes de *dexar el palacio é el venir de la corte é tomar el ábito*. El núm. 534 es un dezir contra el *Amor*, que se ajusta á la mismas leyes de la poética provenzal.

2 *Cancionero*, núm. 517.

3 Núm. 520. ¿Seria este Medina pariente de Diego Martinez, profeso en el mismo monasterio de Guadalupe?...

4 Núm. 523. Alarcon aparece como escribano (secretario-amanuense) del rey: segun Zurita, tuvo activa y eficacísima parte, con Andrés Beltran y Gerónimo de Santa Fé, en la conversion de las aljamas de Tortosa, Daroca, etc., en 1412, ejerciendo grande influencia en los rabinos del Concilio de Tortosa (*Estudios sobre los Judíos*, Ensayo I, cap. V).

ingenio, si bien no deja de aconsejarle el más autorizado, como teólogo, que se aparte de contender sobre esta ciencia:

> Ca es muy más fonda | que la poetría,
> E cáos es su nombre | é lago profundo 1.

Ni merecen olvidarse tampoco, por igual razon, los *decires*, en que trata de las *vanas maneras del mundo,* bien condenando la insaciable ambicion é injusticia de los hombres, bien doliéndose de la mala suerte, que le cobija, la cual compara con la de otros muchos menos dignos y afortunados, prorumpiendo en esta dolorosa y epigramática sentencia:

> Açores grajean | et los cuervos caçan!..

Ferrant Sanchez supone en una de estas composiciones que, hundido en su dolor y despecho, oye una voz dulce y sabrosa, que le asegura haber llegado al cielo su querella y que en nombre de Dios le persuade á desdeñar honras, poderes y riquezas, amando sólo la virtud y abrazándose de la pobreza, que habia tenido al Hijo de Dios por compañero treinta y dos años.

> Pobresa es folgura, | lus é claridat,
> Señora esenta | et puerto seguro:
> Riquesa es sierva | et valle escuro,
> Trabajo, tórmento | de grant ceguedat,
> Sobervia é ira, | sañoso leon,
> Cobdiçia, avariçia, | fambriento dragon,
> Desden, vanagloria, | orgullo, baldon
> Engaño, mentira, | cruel falsedat, 2.

Semejante doctrina, que santifica el dolor, aliviando los sinsabores de la vida y dando rumbo y norte seguro á la esperanza, mitiga la afliccion de su ánimo, llevándole á comtemplar la infinita grandeza y sabiduría del Criador, cuyas obras son incomprensibles para la flaca razon humana. La temprana muerte de Ruy Diaz de Mendoza, Almirante Mayor de la mar, hijo de Juan Fur-

1 Núm. 528 del *Cancionero de Baena.*
2 Núm. 529 dc id.

tado, el Viejo, le mueve asimismo á considerar la frágil pequeñez del mundanal orgulló y de sus mentidos placeres, invitando á los poderosos á despojarse de las *honras del cuerpo* y á guarecerse en la virtud; porque tal era la conturbacion y tantos los pecados de los hombres que habia sin duda llegado el momento de cumplirse las profecías del hijo de Amós y del lastimoso Jeremías. Anticipándose al simpático Jorge Manrique, al llorar sobre la tumba del jóven prócer, cuya

. . . grant fama | fasta en Leuante
Sonaua en proesa | é en toda verdat,

miraba desvanecerse á su vista todas las pompas de la tierra, exclamando:

Pues ¿dó los imperios | é dó los poderes,
E rreinos é rrentas, | é los señoríos?..
¿A dó los orgullos, | las famas é bríos,
A dó las empresas | á dó los traheres?
¿A dó las sçiençias, | á dó los saberes...
A dó los maestros | de la poetría?..
¿A dó los rrymares | de grant maestría,
A dó los cantares, | á dó los tañeres?..
¿A dó los thesoros | vasallos, seruientes?..
A dó los firmalles | é piedras preçiosas?
A dó el aljófar, | possadas costosas,
A dó el algalia | é aguas olientes?..
¿A dó paños de oro, | cadenas lusientes,
A dó los collares | é las jarreteras,
A dó penas grisses, | á do penas veras,
A dó las ssonajas | que van retinentes?.. etc. 1.

1 Núm. 530 de id.—Fué escrita en 1406, si bien el erudito Floranes pone la muerte de Rui Diaz en 1408. Los anotadores del *Cancionero de Baena* suponen que este *dezir* no pudo ser escrito por Talavera, por entender que el Rui Diaz expresado es el mismo que en 1440 mantuvo en Valladolid una justa de hierro, viviendo aun en 1453, cuando fué preso don Álvaro de Luna (pág. 699).—Todo el error consiste en haber equivocado á Juan Hurtado de Mendoza, el *Viejo*, ayo del rey Enrique III, con Juan Furtado, el *Mozo*, Mayordomo Mayor de don Juan II (de 1412 á 1426), desconociendo que el Ruy Diaz llorado por Talavera era primogénito del *Viejo* y por tanto

Claro, visible era pues el camino que tomaba la poesía erudita de Castilla, al recibir en su seno durante los primeros dias del siglo XV los gérmenes de vida fecundados por la *Divina Commedia*. Dos hechos memorables, el nacimiento del príncipe don Juan y la muerte del Rey don Enrique, habian despertado el sentimiento patriótico de los poetas cortesanos, embebecidos á la sazon en amorosas é insustanciables querellas, contribuyendo á generalizar aquel generoso espíritu, aquel alto sentido moral que aparecia íntimamente ligado con la *forma alegórica*, trasportada á Castilla por el sevillano Ferran Manuel de Lando. Fray Diego de Valencia, cuyos aplaudidos *decires*, merecen hoy la especial estimacion de la crítica [1]; el geronimitano Fray

tio del Ruy Diaz de la justa. El primero pasó de esta vida *de su dolencia antes que su padre*, con sentimiento universal de los castellanos, porque «era ome mucho fazedor de todas cosas»: tan bien quisto fué del rey don Enrique III que «le fizo almirante, por fallesçimiento del almirante don Diego Furtado de Mendoza» (Lopez García Salazar, lib. XIX, cap. 42): sustituyóle en el cargo don Alfonso Enriquez, segun demostramos en otra ocasion (*Obras del Marqués de Santillana*, Vida, pág. XXXIII). No hay pues razon para quitar á Sanchez Talavera esta poesía, que se halla tambien con su nombre en el *Cancionero de Martinez de Burgos (Mem. de Alfonso VIII*, Apéndice XVI, pág. CXXXVI).

1 Gozó tambien en su tiempo de gran crédito, porque «era muy grant »letrado et grant maestro en todas las artes liberales é otrosí era muy grant »físico, estrólogo et mecánico tanto é tan mucho que non se falló otro tan »fundado en todas sçiencias» (pág. 509 del *Cancionero*). Se distinguió como uno de los primeros en seguir las huellas de Imperial, y tiene no pocos *dezires* escritos con gracia y soltura. Dudamos cuál fué su patria; pero no falta razon para creer que fué Valencia de don Juan en la Extremadura, y sabemos por sus obras que pasó alguna parte de su vida en Sevilla y despues en Leon, cuyas tierras y moradores no le agradaron mucho, como expresa en una bella letrilla á sus *montañas*, en que leemos estrofas como estas:

Leche e manteca
Es el tu gobierno:
Carne de sal seca;
Navos en yvierno,
Mucho frio é tierno,
Poco pan é duro;
De vino maduro
Eres deseosa.
. . . .

Migir, el converso Juan Alfonso de Baena; el ya citado don Pedro Velez de Guevara; Fray Bartolomé García de Córdoba; don Mosseh Aben Zarzal, físico del Rey don Enrique, ya siguiendo las huellas de Alvarez de Villasandino, ya imitando las imitaciones de Imperial, respondian todos á aquella suerte de llamamiento, manifestando, al consignar su dolor y al dar rienda suelta á su esperanza, que si yacia decaido en medio de la inaccion y del refinamiento cortesano el noble espíritu de la nacionalidad española, no se habian apagado del todo sus cenizas.—Hasta el judío don Mosseh hacía votos por la futura grandeza del príncipe de Castilla, augurándole inusitados triunfos que rindieran á sus plantas el último baluarte de los sarracenos, y le hicieran respetado y temido en lejanas regiones [1].

Pero aquel alto sentimiento histórico que sólo anima los cantos de las musas, cuando excitado el entusiasmo de grandes y pequeños á vista de ínclitas proezas, domina un pensamiento único y vive un solo deseo en el ánimo de la muchedumbre, no podia brillar en las obras de los eruditos, cualquiera que fuese la escuela en que estuviesen filiados. Y sin embargo, en medio del choque y pugna de la escuela *provenzal* y de la *alegórica*, arriba bosquejados, aspiraba la *didáctica* á deducir de la historia

En las tus cocinas
Há pocos adobos;
Más comes çesinas
Que ovejas é lobos.
En fuerças é robos
Mucho bien avienes;
En todos los bienes
Lassa, pereçosa, etc.

Muchas de sus cantigas, escritas sin duda antes de tomar el hábito, son amorosas: en ellas observamos igual espíritu que en las de Sanchez Talavera, del mismo género.

1 Es el núm. 230. Dice al terminar:

Navarra con la Gascueña
Tremerán con grant vergüeña;
El reyno de Portogal
Et Granada otro que tal,
Fasta allende la Cerdeña.

sus advertencias y lecciones. Militaban por su carácter, en este campo los conversos hebreos, y distinguíase entre todos el renombrado Pablo de Santa María, elegido por Enrique III y por la reina doña Catalina para dirijir la educacion y enseñanza del futuro soberano [1].

Fructuosos catecismos políticos y morales, fecundados por la forma *simbólica*, habian sido escritos hasta entonces para crianza de los príncipes: siendo ahora el más alto deleite de magnates y caballeros la lectura «de las crónicas de los fechos pasados»; dominando universalmente aquel anhelo de conocer la antigüedad que impulsaba los estudios por la doble senda que dejamos reconocida, natural era que el docto obispo de Búrgos, al paso que le iniciaba en el conocimiento de las artes liberales [2], intentase tambien poner delante de los ojos del príncipe don Juan los ejemplos de la historia, á fin de prepararle más dignamente á la gobernacion del Estado. Con este propósito escribe pues y presenta á la reina doña Catalina las *Edades trovadas*, poema una y otra vez atribuido sin fundamento alguno al marqués de Santillana [3], y que abrazando *todas cosas que ovo et acaescieron desde que Adam foé formado* hasta el nacimiento de don Juan II, encerraba la historia entera de la humanidad en breve compendio, el cual se componia sin embargo de trescientas treinta y ocho octávas de arte mayor, segun testifican los más autorizados códices [4].

1 *Crónica de don Juan II*, año 1420, cap. 43.—*España Sagrada*; t. XXVI, p. 377.

2 Don Alfonso de Cartagena, *Cinco Libros de Séneca*, edic. de Sevilla, 1491, cap. I.

3 Sanchez, *Notas á la Carta del Condestable*, p. XLIV y siguientes; Bouterweck, *Trad., cast., pág.* 181; Ochoa, *Rimas Inéditas*, pág. 105.—La autenticidad de las *Edades trovadas*, como obra de Pablo de Santa María, fué demostrada por nosotros en los *Estudios sobre los Judíos de España*, Ensayo II, cap. 7, y más ámpliamente en el apéndice V á la *Vida del Marqués de Santillana*, que precede á nuestra edicion de sus *Obras* (página CLXXII y siguientes).

4 Trescientas veinte y dos contenia sólo el MS., de que se valió el Señor Ochoa y trescientas treinta y tres el conocido por Sanchez: por manera que ni uno ni otro lograron un códice completo. Seis diferentes hemos exa-

Manifestábase Pablo de Santa María en las *Edades trovadas* dotado de no vulgares conocimientos históricos; y aunque no le era dado, al exponer los hechos con un fin meramente *didáctico*, emplear las galas propias de otro linaje de producciones; aunque ceñido estrictamente á la verdad histórica, distinta en gran manera de la verdad poética, no pudo dar á su obra la textura y forma de un verdadero poema, mostró que no se habia apagado aun en él aquella imaginacion oriental, patrimonio del pueblo hebreo que tanto enriquecia y animaba las producciones del arte. No es sin embargo el obispo de Búrgos tan atildado y *gracioso en el decir* como los partidarios de la escuela *provenzal*, ni tan rico en imágenes y colores como los sectarios de la *alegórica*. Formado su gusto en el siglo XIV; devoto de la tradicion literaria que habia personificado Pero Lopez de Ayala, y atento á lograr el fruto de la enseñanza á que aspiraba, limitábase á exponer con órden y claridad los acontecimientos más notables, despojándolos, por la misma variedad y extension del cuadro por él trazado, de aquellos accidentes extraordinarios que podian contribuir á realzar la ficcion poética.

Causa ha sido esto de que algun escritor de nuestros dias haya negado á las *Edades trovadas* aun aquellas dotes que principalmente las caracterizan, asegurando que son «árida reseña »de los hechos pertenecientes á los tiempos bíblicos, sacados »puntualmente de la *Vulgata* y seguida de una relacion crono»lógica de los reyes de España», donde no se descubre erudi-

minado nosotros, de cuyo cotejo se deduce el número de estrofas indicado en el texto:—1.° Los señalados en la Biblioteca Escurialense con las marcas h. ij. 22 y X. ij. 17: aquel tiene por título *Las siete edades del mundo é los príncipes que en ellas han gobernado:* este *Las siete edades del mundo*, y está intitulado, con una larga é impertinente glosa, al rey don Enrique IV. —2.° El de la Biblioteca Complutense E. I. caj. 2, núm. 17, ant.—3.° Los de la Biblioteca Nacional, signados G. 151 y M.—Y 4.° La copia sacada del códice de San Juan de la Peña por el Académico don Joaquin Traggia.—Los MSS. h. ij 22 y Complutense son coetáneos y están escritos, el primero en papel y vitela, y el segundo, que fué del Cardenal Cisneros, en grueso papel.—Véase la descripcion de los restantes en el apéndice á la *Vida del Marqués de Santillana*, citado arriba (pág. CLXXV).

cion ni fantasía [1]. Pero á pesar de las circunstancias y condiciones especiales que en don Pablo de Santa María concurren; á pesar de las razones que le aconsejan toda sobriedad y templanza, al escribir como poeta didáctico,—no solamente nos parece injusto el despojarle del lauro ganado por su erudicion, sino que tenemos por infundado el negarle toda virtud y lumbre poética.

Como observamos antes de ahora, el docto Canciller de Castilla, versado más que otro alguno de los prelados de su tiempo en el estudio de la biblia hebrea, pudo interpretar en las *Edades trovadas*, é interpretó en efecto, muchos pasages de la historia sagrada con arreglo al texto original [2], y enlazó cuerda y oportunamente la misma historia con la de los pueblos del antiguo mundo, no olvidando la parte que en ella tuvieron los imperios de Grecia y Roma. Las maravillosas conquistas del último, en cuyos más prósperos dias nace el Hijo del Eterno; su decadencia, precipitada por la irrupcion espantosa de los bárbaros, que someten á su coyunda y envuelven en sangre y fuego la Península Ibérica; la fundacion de la monarquía visigoda, durante la cual *florescen en altas sçiençias* muy doctos varones; la aparicion de Mahoma, *profeta de las morerías*, cuyos sectarios destruyen en España el poderío de los godos; el levantamiento de Astúrias y la prosecucion de la reconquista, obra no terminada aun, al escribirse las *Edades trovadas*,—todos estos grandes sucesos son tomados en cuenta por el obispo de Búrgos y exornados con tal copia de noticias, peregrinas al comenzar el siglo XV, que no sin notoria injusticia podrá disputársele el merecido galardon de erudito en la ciencia histórica, así como ocupaba á la sazon el primer lugar de los moralistas y teólogos. De su mérito como versificador y aun poeta, será bien que juzguen los lectores: narrada la creacion y hecho el primer hombre á la *semblan-*

1 Ochoa, *Revista Hispano-Americana*.

2 Por ejemplo el יחי האור ויהי האור, *sea luz et fué luz* que pone en el prólogo.—Hay además muy peregrinas noticias, relativas al pueblo hebreo y á los libros sagrados, que sólo podia conocerlas, al comenzar el siglo XV, quien estuviera iniciado en la ciencia de los *tradicioneros* y talmudistas.

za divina, para que todas las cosas le acatasen como rey, añadia don Pablo:

Criado fué el ome, | por que non pecasse,
Del limo de tierra, | como el Sennor quiso;
Et púsole luego | dentro el parayso,
Para lo labrar | et que lo guardasse.
Et dióle de fructas, | assaz que tomasse,
Si non d'aquel árbol | de sabiduría,
Del qual, si comiesse, | luego en esse dia
Juró que de muerte | jamás escapasse.
En tanto que assy | constante estuviera
En él non morava | enganno, nin dolo,
Et dixo:—«No es bien | que el ome esté solo,
Mas que le fagamos | una compannera».
Et luego el Sennor | grant suenno pussiera
En Adám el ome | primero engendrado,
Et tomó costiella | del un su costado,
De la qual formó | la mugier primera.—

Eva, tentada por Luzbel, induce al primer padre á quebrantar el mandamiento de Dios; y llamado Adam por la voz del Altísimo, huye á esconder su vergüenza, desnudo ya de la gracia:

¿Que fué, dixo Dios, | por que tú temiesses
De estar en logar | que yo te mandé?..
¿Qué despues, al tiempo | que yo te llamé,
Buscastes, corriendo, | donde te escondiesses?..
¿Quién te dixo que | desnudo stuviesses,
O quién te mostró | estar despojado,
Sinon que comistes | del fructo vedado,
Del qual yo mandé | que nunca comiesses?—1.

«Versificacion un tanto armoniosa y fácil, soltura y natura»lidad á veces en la narracion, verdad no pocas en el colorido y »en las imágenes, fuerza en la diccion que es con frecuencia sen»cilla... estas son (deciamos hace algunos años) las prendas que »hallarán los inteligentes en las *Edades trovadas*, si bien ofre-

1 Véase el cap. VII del Ensayo II de nuestros *Estudios sobre los Judíos*, donde nos fué posible dar mayor extension á estas citas.

»cen con frecuencia palabras y frases demasiado triviales y ras-»treras» [1]; achaque padecido á la sazon aun por los más atildados poetas cortesanos y prueba evidente de que no se habia formado todavía aquel gusto, que sabe discernir entre el dialecto poético y el lenguage comun, señalando las diferencias que los separan. Cierto es tambien que no todo el poema de Pablo, el Burgense, ostenta las mismas dotes artísticas, notándose no poca desigualdad, respecto de la metrificacion, lo cual era sin duda hijo de la extension de la obra y de la necesidad de amoldar á la narracion nombres y sucesos que no todos obedecian á las leyes prosódicas, si bien eran de todo punto indispensables al fin didáctico de las *Edades trovadas* [2]. Justo será repetir que, á ser otro el propósito, no hubiera dejado el Canciller de lograr mayor perfeccion artística, así como la exposicion y enlace de los hechos muestran que su erudicion histórica reconocia por norte único la enseñanza, sometida al general impulso que habian recibido aquellos estudios, al terminar el siglo XIV.

Y no era sólo esta manifestacion de la *forma didáctica* la que debia registrar la historia de las letras castellanas, al comenzar la XV.ª centuria. Vinculada ya en ellas, tràs los repetidos ensayos que bajo la relacion moral y política hemos examinado, al trazar el desarrollo del *arte simbólico*, llegaba el instante en que los hombres consagrados al cultivo de las ciencias, aspirasen á hacer conocidas y populares sus conquistas, empleando al efecto aquella forma de exposicion poética. Como el primero que en este sentido se vale de tan eficaz medio, debemos citar á Maestre Diego de Cobos, médico y cirujano de gran nombradía y

1 Id., id., pág. 346.

2 No se olvide que este poema fué presentado á la reina doña Catalina: el prólogo comienza en el MS. del Escorial h. ij, 22 del modo siguiente: «Entre otras obras que á vuestra Magestad, muy poderosa princesa é »ilustrísima Reyna é Sennora, avian seydo presentadas, so breve compen-»dio de escriptura una copilacion, cassi repertorio de algunas estorias á »Vuestra Alteza pensé dirigir». Es pues evidente que el intento de don Pablo era el de la enseñanza de la historia universal, cediendo al impulso que traian ya estos estudios. El suyo fué llevado á cabo antes de 1418, en que pasó de esta vida la reina gobernadora de Castilla.

autor de varios tratados quirúrgicos, que componian todos una obra principal con título de *Cirugía Rimada*. No se ha conservado, ó al menos no hemos podido nosotros haber á las manos íntegra, produccion tan interesante en los anales de la medicina española: tenemos sin embargo á la vista el segundo tratado, primero de la cirugía, «el qual es de las apostemas, segund universal et particular fablamiento», y fué terminado en 20 de mayo de 1412 [1].

Divídelo el Maestre Cobos en veinte y siete capítulos; en que va proponiendo las diferentes especies de enfermedades designadas bajo aquel nombre y los particulares tratamientos de cada una; y atento á producir el fin didáctico por él deseado y recordando sin duda la famosa *Medicina Salernitana*, aplaudida y seguida por los escolásticos, escribia su libro en versos pareados que formaban cierta manera de dísticos, fáciles de conservar en la memoria. No lo es tanto el de reducirlos á una ley constante de metrificacion, lo cual manifiesta que si concibió Cobos el útil pensamiento de generalizar sus observaciones médicas y quirúrgicas en bien de la muchedumbre, no poseia los medios del arte para realizar esta idea con verdadera honra literaria. Sus versos, que tienden á sujetarse á las cuatro ca-

1 Biblioteca Nacional, L. 119. Es un volúmen fólio menor, papel, escrito en 1493 por un Juanico de Arruçuriaga, y que se ha conservado con el título de *El Cántico de Cobos*. Tiene por epígrafe: «Aquí comienza el segundo trabtado que se sigue al [el] primero en la *Çirugía Rimada* que compuso Maestre Diego de Covo, médico et çirugiano,» etc.—Empieza el prólogo:

Despues del loor | de Dios por loamiento
Por mi fecho sin número | é sin acabamiento
Aquí comiença | en las apostemas tratar
En quanto pudiera | la mi fuerça bastar, etc.

Al final leemos:

A veynte dias de mayo | fue el fenescimiento,
Año de mil é quatrocientos | é doce del nascimiento
Del nuestro Salvador Ihu Xpo. é Señor del mundo
Para alcançar este presente é el segundo
Regnante la muy católica criatura
Don Johan que Dios cunpla de gracia é de buena ventura.

dencias de la *maestría mayor*, adolecen á menudo de falta y sobra de sílabas, contándose muchos de once y de trece; desigualdad que hace hoy desagradable la lectura, induciéndonos á creer que más que á seguir el Maestre Diego las huellas de los eruditos, se dirigió en su *Cirugía Rimada* á imitar el popular y didáctico artificio de los *refranes*, adoptando su espontánea y genial estructura [1].

Sea como quiera, digna juzgamos de ser notada esta inclinacion de la ciencia á revestirse de las formas poéticas, porque su exámen contribuye necesariamente á completar el cuadro que ofrece el arte á nuestros miradas en los momentos de tomar don Juan II las riendas del Estado [1419]. Con propio colorido y no dudosos caractéres habian aparecido en efecto, al expirar el siglo XIV, las tres escuelas artísticas que pugnan por señorear el parnaso castellano y comienzan muy luego á trocar entre sí galas y preseas, cediendo á la *alegórica* la *provenzal* y la *didáctica* la mayor parte de su imperio. Más adecuada al estado de la cultura española, más rica y fastuosa en sus maravillosas ficciones, y grandemente autorizada por la universal reputacion del Dante, habíanse filiado bajo sus banderas, desde el punto en que son aquellas conocidas, los más granados ingenios que florecen en Castilla, apareciendo ya evidente que no estaba lejano el dia en que llegara á su más cabal desarrollo. No otra cosa nos enseña en verdad el estudio del reinado de don Juan II, que personifican y caracterizan, bajo esta importante faz de las letras, tan esclarecidos varones como un don Enrique de Aragon y un Fernan Perez de Guzman, un Juan de Mena y un marqués de Santillana. Tarea más fácil y cumplidera será para nosotros el expresado estudio, reconocidos ya los antecedentes históricos de aquella época, que han intentado bosquejar algunos críticos, sin la preparacion conveniente [2]. Ninguna duda nos será lícito abrigar,

1 Recuérdese lo observado en la *Ilustracion* de la I.ª Parte, t. II, página 319.—De la estructura métrica de la *Cirugía Rimada*, aunque plagada de errores por el copiante Arruçuriaga, puede juzgarse por la cita de la nota anterior, aun en el sentido aquí indicado.

2 Contamos entre estos al anglo-americano Ticknor y al aleman Lem-

recordando cuanto llevamos expuesto, ni sobre las formas literarias, ni sobre las formas artísticas, acaudaladas antes de terminar el segundo lustro del siglo XV con todos los tildes y primores que se han considerado hasta ahora como nacidos en la córte del precitado monarca [1].

Mas no cumple sólo á la historia de la literatura formar el numerosísimo catálogo de los trovadores que ilustran aquel largo

cke. El primero trata de alguno de los poetas incluidos en este capítulo, despues de mediado el siglo y de hablar de Mena, Santillana, etc.:—el segundo, aunque con más luz, supone que es Iñigo Lopez el primero que sigue el movimiento *alegórico,* error en que no hubiera caido con leer detenidamente la última parte de la *Vida del Marqués,* que precede á nuestra edicion de sus *Obras.*

1 Como han tenido ocasion de notar los lectores, no solamente conocian y aplicaban á sus obras los trovadores de fines del siglo XIV y principios del XV las leyes de la *maestría mayor* y *menor,* de los *encadenados,* del *dexa-prende* y del *mansobre,* de que nos habla el Marqués de Santillana (*Carta al Condestable,* núm. XIV), sino que les eran tambien familiares las reglas del *lay* y el *deslay,* del *cor* y el *discor,* de la maestría de *macho* y *fembra* y del *mansobre doble* y *sencillo,* diferenciándose grandemente todos estos primores del arte *comuna* ó libre de todo artificio de aquel género. Algunas de estas galas artísticas, como la del *dexa-prende,* por ejemplo, habian sido ya ensayadas desde la época del Archipreste de Hita. La maestría mayor cómo dijimos antes de ahora (I.ª Parte, *Ilustracion* III.ª, pág. 444)—abrazaba los versos largos; la menor ó real, los cortos; el *dexaprende,* consistia en repetir en el primer verso de cada estrofa el último de la anterior; el *encadenado* en trabar las rimas finales de manera que alternasen en toda la composicion con la misma regularidad y órden; el *mansobre* en repetir en los hemistiquios y finales de cada verso la rima, perfil que se aumentaba aun fuera del hemistiquio, siendo entonces *doble;* el arte de *macho* y *fembra* determinaba la condicion de los consonantes por medio de las vocales: *amigo, amiga, castigo, castiga, abrigo, abriga, digo, diga,* etc., eran rimas de *macho é fembra* (*Cancionero de Baena,* núm. 143). La maestría de *verbo partido,* recuerdo del *jeu parti* de los trovadores, ofrecia no despreciables ensayos del diálogo: era *mayor* y *menor,* conforme la naturaleza del metro empleado al efecto. Hallándose pues ejercitados todos estos primores por los poetas de Castilla en la época que historiamos, ¿cómo hemos de atribuir su aclimatacion en nuestro parnaso á la época de don Juan II?.. Otros timbres y merecimientos tiene dicho reinado y dicho rey para figurar en la historia de las letras españolas, y á reconocerlos nos dirijiremos en el tomo siguiente.

reinado, tan combatido de civiles discordias como enriquecido de fiestas cortesanas y caballerescos simulacros. Durante aquel laborioso período, perdido casi enteramente para la grande obra de la reconquista, se congregan, acopian y asimilan en el suelo castellano y se propagan á toda España muchos y muy preciosos elementos, que preparando otras épocas literarias, iban á tener notable influencia en la civilizacion ulterior de la Península, comunicando no pequeña parte de su vitalidad á las mismas obras de los ingenios, que exornan la corte del hijo de doña Catalina. Determinar cómo y en qué momentos van apareciendo; fijar sus relaciones y caractéres; adjudicar á cada uno la parte que real y legítimamente le corresponde para producir sus naturales frutos, trabajo es en verdad tanto más difícil cuanto que no ha llegado todavía á intentarse. Pero no por lo difícil nos será lícito renunciar á su realizacion, empeñados en dar cima á la grande empresa que hemos echado sobre nuestros hombros.

Á semejante fin aspiraremos por tanto en el tomo y capítulos siguientes.

ILUSTRACIONES.

I.ª

SOBRE LOS PRIMEROS MONUMENTOS CASTELLANOS DE LA LITERATURA CABALLERESCA.

Hemos ofrecido en el capítulo II del presente volúmen dar á conocer los preciosos *cuentos*, que ya proviniendo de las narraciones caballerescas del ciclo carlowingio, ya enlazándose en algun modo con las crónicas bretonas, llegan á tomar plaza en la literatura española durante la segunda mitad del siglo XIV. El estudio, que en su lugar expusimos, tanto respecto de la representacion y valor de estas singulares producciones, como de sus formas literarias, nos excusa ahora de todo comentario. Ni hemos tampoco menester dar aquí menuda cuenta del códice, en que á dicha se conservan, cuando en las páginas 53 y 54 queda ya descrito con toda exactitud, y como cumplia á nuestro principal intento.

Bástenos ahora indicar que, al dar á luz por vez primera estas preciosas joyas de nuestra edad-media, sobre responder á una necesidad literaria, de todo el mundo reconocida, procuramos tambien satisfacer los deseos de muy doctos críticos nacionales y extrangeros, quienes no contentos con haberlos consignado una y otra vez en sus obras, nos han suplicado tambien repetidamen-

te que los incluyésemos en nuestras *Ilustraciones*. Tal vez no podríamos satisfacer este generoso anhelo, si la misma naturaleza de la materia histórica y la más propia division de las épocas literarias que vamos estudiando, no lo consintiera. Por dicha, el período comprendido en el presente volúmen, que es sin duda uno de los más interesantes de nuestra historia, por los diferentes elementos y transformaciones que ofrece, no se prestaba á largos desarrollos; y esta circunstancia, favorable al intento de ampliar las *Ilustraciones*, nos brindaba la ocasion de sacar á luz tan peregrinos cuentos.

Aprovechámosla pues gustosos, en la conviccion de que lejos de merecer la desaprobacion de los hombres doctos, ganaremos su indulgente benevolencia.

I.

Aqui comiença vn noble cuento del enperador Cárlos Maynes, de Rroma, é de la buena enperatriz Seuilla, su muger.

(Fólio 124.)

I. Señores, agora ascuchat é oyredes un cuento marauilloso, que deue ser oydo asy como fallamos en la estoria, para tomar ende ome fazaña de non creer tan ayna las cosas que oyer, fasta que sepa ende la verdat, é para non dexar nunca alto omme nin alta dueña sin guarda. Vn dia aueno quel grant enperador Carlos Maynes fazia su grant fiesta en el monesterio real de Sant Donís de Francia, é dó seya en su palacio é muchos altos omes con él. E la enperatriz Seuilla, su muger, seya cabo él que mucho era buena dueña cortés, é enseñada, é de marauillosa beldat. Entonçe llegó vn enano en un mulo mucho andador, é deció, é entró por el palacio, é fué ante el rey; el enano era tal que de mas laida catadura non saberia ome fablar. Él era gordo, é negro, e beçudo, é auia la catadura muy mala, é los ojos pequennos, é encouados, é la cabeça muy grande, é las narizes llanas, é las ventanas dellas muy anchas, é las orejas pequennas, é los cabellos erizados, é los braços é las manos vellosas, como osso, é canos; las piernas tuertas, los piés galindos, é resquebrados. Atal era el enano como oydes; e començó á dar grandes bozes en su lenguaje, é á dezir:—Dios salve el rey Cárlos, é la reyna, é todos sus priuados.—Amigo, dixo el rey, bien seades venido; mucho me plaze con vusco é fazer vos he mucho bien, ssy conmigo quisierdes fincar, ca semejades,

muy estraño ome.—Señor, dixo él, grandes merçedes, é yo seruirvos he á toda vuestra voluntat. Entonçe se asentó antel el rey; mas Dios lo confonda. Por él fueron despues muchos cabellos mesados, é muchas palmas batidas, é muchos escudos quebrados, é muchos caualleros muertos é tollidos, é la reyna fué juzgada á muerte, é Francia destruida grant parte; asi como oiredes por aquel enano traydor, que Dios confonda. Toda aquella noche fezieron grant fiesta é grant alegría fasta otro dia á la mañana: espediéronse los altos ommes del rey, é los caballeros, é fuéronse á sus logares, cada uno do auia de yr, é el enperador se tornó á la ciudat de Paris, que es de alli una grant legua, é luengament estouo alli con su muger que amaua mucho.

II. Un dia se leuantó el rey de su lecho grant mañana é enbió por sus monteros, é díxoles que se guisasen de yr á caçar, ca ya queria yr á montería por auer sabor de ssy; é ellos fezieron ssu mandado é desque metieron los canes en las traillas é ovieron todo guisado, el rey caualgó, é fuese á la floresta, é leuantaron un çieruo, é ssoltáronle los canes, é el rey cogió en pos dél, é corrió conél todo aquel dia por montes é por riberas. Agora dexa el cuento de fablar del rey, é de su caça é torna á la reyna.

III. Desque sse el rey salió de la cámara, fincó la reyna en ssu lecho é adormeçióse, é dormia tan fieramente que semejaua que en toda la noche cosa non dormiera. E las donzellas é las couigeras se salieron é dexáronla sola, é fincó la puerta abierta, é fuéronse á una fuent muy buena que naçia en la huerta á lauar sus manos é sus rostros; é desque lauaron ssus manos é sus rostros, é folgaron por ese vergel, començaron de coger flores é rrosas para ssus guyrlandas, segunt costunbre de aquella tierra; é do la reyna dormia asy sin guarda, ahé aquel enano que entró é non vió ninguno en la casa, é cató de una parte é de otra, é non vió sy non la Reina que yacia dormiendo en el lecho, que bien paresçia la mas bella cosa del mundo; é el enano se llegó á ella, é començó de le parar mientes: desque la cató grant pieça, dixo que en buena ora nasçiera quien della pudiese auer su plazer, é llegóse mas al lecho é pensó que aunque cuidase ser muerto ó desmembrado, que la besaria. Entonçe sse fué contra ella; mas aquella ora despertó la reyna, que auia dormido assaz, et començó de alimpiar sus ojos et cató á derredor de ssy por la cama, et non uió omme nin muger, sy non al enano que vió junto al lecho, et dixole:—Enano ¿qué demandas tú ó quién te mandó aquí entrar? mucho eres osado.—Señora, dixo el enano, por Dios aved merçet de mí. Ca sy vuestro amor non hé, muerto só et prendavos de mí piadat, et yo faré quanto vos quisierdes. La Reyna lo ascuchó bien, pero que toda la ssangre sse le voluió en el cuerpo, et cerró el puño, et apretólo bien, é dióle tal puñada en los dientes que le quebró ende tres, asy que gelos fizo caer en la boca: de sy púxolo et dió con él en tierra, et saltóle sobre el vientre asy que lo quebró todo. Et el enano le començó á pedyr mer-

çet, et quando le pudo escapar, començó de yr fuyendo, et fuesse por la puerta, su mano en su boca por los dientes que avia quebrados, jurando et deziendo contra ssy: que en mal punto la reyna aquello feziera, ssy él pudiese, que ella lo compraria caramente. Contra ora de viespras sse tornó el rey de caça con sus monteros et troxieron un grant çieruo. Et desque sse asentó á la mesa, preguntó por su enano que se feziera dél que non venia antél, asi como solía. Entonçe lo fueron buscar, et desque lo troxieron, ssentose delant el rey, ssu mano en las quixadas et la cabeça baxa.—Dime, dixo el rey, qué ouiste, ó quién te paro tal? Non sse quien te ferió, mas mal te jogó; dime quién te lo fizo, et yo te daré buen derecho. Señor, dixo el enano, si Dios me ayude, cay en un andamio, de guissa que me fery mal en el rostro et me quebró un diente, de que me pesa mucho; et el Rey le dixo:—Certas enano, et á mí faz.

IV. Desque el Rey comió et las mesas fueron alçadas, quando la noche veno, el rey se fué á su cámara, et echóse con la reyna; mas agora ascuchat que fué á pensar el traydor del enano que Dios destruya, que nunca otra tal traycion basteció vn solo omme, como él basteció á la reyna. Tanto que la noche llegó, entró ascusadamente en la cámara et fuese meter tras la cortina et ascondiose y et yogó guardado; de guisa, que nunca ende ninguno sopo parte: despues que se el rey echó con su muger, saliéronse aquellas que la cámara avian de guardar et cerraron bien las puertas, et el rey adormeçió como estaua cansado de la caça; et quando tanieron á los matines, despertó et pensó que yria oyr las oras á la eglesia de Sancta María, et fizo llamar diez caualleros que fuesen con él. Agora ascuchat del enano, que Dios maldiga, lo que fizo: despues que él vió que el rey era ydo á la eglesia, ssalió detras la cortina muy paso, et fuese derechamente al lecho de la reyna, et pensó que antes querria prender muerte que la non escarneçiese, et alçó el cobertor et metióse entre el lecho; mas aueno que la reyna yazia tornada de la otra parte; pero non la osaua tañer, et començó de pensar cómo faria della ssu talante, et en este pensar duró mucho et dormióse fasta que el rey tornó de la eglesia con sus caualleros; et era ya el ssol salido, é desque entró en el palacio, fuese derechamente á la cámara solo, muy paso. Et desque fué antel lecho de la reina, que yua ver muy de buenamente, erguyó el cobertor de que yazia cobierta, et vió el enano yazer cabo ella. Quando esto vió el enperador, todo el coraçon le estremeçió, et ouo tan grant pesar que non poderia omme con verdat dubdar que mucho estaua de mal talant.—Ay mesquino, dixo él ¿cómo me este corasçon non quiebra?... Señor Dios, quien sse enfuzia jamás en muger, et por el amor de la mia jamás nunca otro creeré. Entonçe sse salió de la cámara, et llamó su conpañía á grant priesa; ellos uenieron muy corriendo.—Vasallos, dixo el enperador: ved que grant onta, quién cuydara que nunca mi muger esto pensaria que amase tal figura, que nunca tan laida catadura nació de madre? Maldita sea la ora en que ella nació. Entonçe sse fué al le-

cho, et ceñió ssu espada que y tenia, et dixo á sus ommes que sse llegasen, et desque fueron llegados, díxoles él: Juzgádmela desta grant onta que me fezo, como aya ende ssu gualardon. Entonçe estauan y los traidores del linage de Galalon, Aloris et Foucans, Goubaus de Piedralada, et Sanson, et Amaguins, et Macaire, el traydor de la dulce palabra et de los fechos amargos. Estos andauan siempre contra él rey, asechando cómo bastirian encobiertament su mal é su onta; et Macaire el traydor adelantóse ante los otros, et erguyó el cobertor, et quando aquello vió, signóse de la marauilla que ende ouo, et començó á llorar muy fierament, que entendiese el rey que le pesaua mucho: et quando vió al rey tan brauo, et con talant de fazer matar la reyna, dió muy grandes bozes al rey, et dixo que la reyna devia ser quemada, como muger que era prouada en tal traiçion.

V. Desque los traydores juzgaron que la reyna fuese luego quemada, el rey mandó fazer luego muy grant fuego en el campo de París, et desque fué fecho de leña et de espinas et de cardos et de huesos, Macaire et aquellos á quien fué mandado, tomaron la reyna et el enano, et sacáronlos de la villa, et leuaronlos allá, mas la reyna yva con tal coita et con tal pesar qual podedes entender. Entonçe los traydores començaron de açender el fuego, et llegaron y la enperatriz Seuilla, é desnudáronla de un brial de paño de oro, que fuera fecho en Ultramar. Ella ouo muy grant espanto del fuego que vió fuerte, et do vió el rey, comenzóle á dar muy grandes voces.—Señor, mercet por aquel Dios que se dexó prender muerte en la veracruz por su pueblo saluar; yo ssó preñada de uos: esto non puede ser negado. Por el amor de Dios, señor, facetme guardar fasta que sea libre; despues mandatme echar en un grant fuego, ó desmenbrar toda. Et asi como Dios sabe que yo nunca fize este fecho, de que me uos fazedes retar, asi me libre ende él del peligro en que ssó.

VI. Despues que esto ouo dicho, tornóse contra Oriente, et dió muy grandes vozes et dixo:—Ay rica ciudat de Constantinopla!... en uos fuy criada á muy grant viçio: ay mi padre et mi madre!... non sabedes vos oy nada desta mi grant coita. Gloriosa Sancta María, et qué será desta mesquina que á tal tuerto ha de ser destroida et quemada?... Et como quier que de mí sea, aved merçet desta criatura que en mí trayo que sse non pierda. Entonçe el rey mandó tender vn tapete antel fuego, et mandó leuar y la reyna, et que la assentasen y et la desnudasen del todo sy non de la camisa, et luego fué fecho. Agora la guarde aquel Señor que naçió de la Virgen Sancta María, que non sea destruida nin dañada. Et do sseya asi en el tapete la mas bella rosa que podia ser, porque seya amarilla por el grant miedo que auia, et ya cató la muy grant gente que vió á derredor de ssy, de la otra parte el fuego fiero et muy espantoso, et dixo:—Señores, yo veo aquí mi muerte: ruego uos por aquel Señor que todo el mundo tiene en poder, sy vos erré en alguna cosa de que mi alma sea en culpa, que me perdonedes: que nuestro Señor en el

dia del juiçio vos dé ende buen galardon. Los ricos ommes et el pueblo oyeron asy fablar la enperatriz, comenzaron á facer por ella muy grant duelo, et tirar cabellos, et batir palmas, et dar muy grandes bozes, et llorar muy fieramente dueñas et donzellas et toda la otra gente; mas tanto dubdauan al rey, que ssolamente no le osauan fablar, nin mercet pedir. Et el rey dixo á las guardas:—Ora tomad esta dueña, ca tal coita hé en el coraçon, que aun non la puedo catar; et ellos trauaron de ella, et erguyeronla por los braços et liáronle las manos tan toste, et pusiéronle vn paño ante los ojos; et ella quando esto vió, començó á llamar á muy grandes bozes:—Sancta María, Vírgen gloriosa et Madre, que en ty troxiste tu fijo et tu padre, quando veno el mundo saluar: Señora, catadme de vuestros piadosos ojos, et saluad mi alma, ca el cuerpo en grant peligro está. A aquella ora llegó el duque Almerique et Guyllemer de Escoçia, et Gaufer de Ultramar, Almerique de Narbona, et el muy buen don Aymes, et deçieron á pié et echáronse en inojos ante el enperador, et pediéronle merçet et dixieron:—Señor, derecho enperador, fazet agora asi como vos consejaremos; fazetla echar de la tierra, ca ella es preñada de uos, et cerca de su término. Ca ssi la criatura peresçiese, todo el oro del mundo non nos guardaria que non dixiessen que nos diéramos falso juyzio.—Certas, dixo el enperador, non ssé que y faga; mas fazet venir el enano, é fablaré con él ante vos, et saberedes la cosa, como fué dicha et fecha.

VII. Entonçe fueron por el enano, et traxiéronlo una cuerda á la garganta et las manos atadas, et los traydores se llegaron á él á la oreja, allá do fueron por él, et consejáronle que todauia feziese la reyna quemar, et que ellos lo guardarian, et lo farian rico de oro et de plata. Et el enano les otorgó que faria toda su voluntad; et quando llegó ante el Rey, fué muy hardido et muy esforçado.—Enano, dixo el rey, guárdate que me non niegues nada; dime como te osaste echar con la reina.—Señor, dixo el enano, por el cuerpo de Sant Donís, yo non uos mentiria, por cuydar ser por ende desmenbrado, et ella me fizo venir anoche et entrar en la cámara, et yazer y, et tanto que uos fuestes á la eglesia, mandóme venir para ssy, et çertas pesóme ende, mas non osé ál facer.—Oid que maravilla!... dixo el enperador, et de pesar non lo pudo mas oyr, et mandó dar con él en el fuego, que la carne fuese quemada, et la alma leuasen los diablos.—Amigos, dixo el rey á don Aymes é á los otros ommes buenos que por ella rogaron, fazer quiero lo que me rogastes: yd, desatar la reyna, é vestidla de sus ricos paños, ca non querria que fuesse vergoñosament. Quando esto oyeron, todos ouieron grant plazer et gradeçiérongelo mucho.

VIII. Dueña, dixo el Rey, para aquel Señor que en ssy es Trinidat ¿por qué me avedes escarnecido? Sy aun ovieredes muerto mi padre et todo mi linage, non uos faria mal, tal voluntad me veno, mas agora luego vos salid de mi tierra. Ca si de mañana vos aqui fallo, para aquella

xhristiandad que tengo, yo vos faré destruyr, que vos non guardaran ende quantos en el mundo biuen.—Señor, dixo la reyna, por Dios merçet, et ¿dó yrá esta catiua, quando se de uos partier, que yo non sé camino ni sendero? Et que seria de mi cuerpo catiuo et de la criatura que traygo en mi? Dueña, dixo el rey, yo non sé qué será; mas salir vos convien de toda mi tierra, é Dios vos guiará et guardará, segunt como vos merecistes. El enperador cató en derredor de ssy, et vió vn cauallero en quien se fiava mucho que llamauan Aubery de Mondisder, que era muy buen cauallero de armas et muy leal, et de muy buenas mañas.—Aubery, dixo el rey, llegat vos acá, ca yr vos convien con esta dueña. Et guardatla fasta fuera de la grant floresta, et desque salier della, coger se ha por el grant camino, et yrse ha derechament al Apostóligo et manefestarle há sus pecados, et fará dellos penitençia, ca mucho fué ciega et astrosa, quando echó el enano consigo.—Señor, dixo Aubery, yo faré vuestro mandado. Entonçe pusieron la reyna sobre una mula mucho andador, ensellada et enfrenada de muy rico guarnimento, et Aubery de Mondisder caualgó en su cauallo, et leuó consigo un galgo grande, et muy bien fecho que cariciaua de pequenno, et que amaua mucho, et nunca lo dél podian partir; et non seria tan grande la priesa, quando caualgaua ó andaua á monte, que lo siempre non aguardase. Entónçe fué Aubery á la dueña, et díxole:—Señora andat, pues que lo el rey manda, et guyar vos he, et ella dixo, llorando mucho de los ojos et del corasçon: Fazer melo convien queriendo ó non. Et el rey quando la vió ir, començó á llorar de piadat, mas ella quando le paró mientes, á pocas non cayó de la mula en tierra.

IX. Asy se yua la reyna et Aubery con ella que non leuaua sy non su espada çinta, et su galgo, et andaron beinte é cuatro leguas. Entonces fallaron una muy fermosa fuente en vn muy buen prado entre unos árboles, et muchas yeruas á derredor: así que el logar era muy sabroso, et Aubery deçio allí la dueña, por folgar et por bever del agua, et él que la vió llorar mucho, díxole:—Dueña, por Dios confortad uos, ca nuestro Señor uos puede bien ayudar. Et quien en él ha fiança, su vida será salua. Ay coitada, dixo ella, ¿et qué será agora de mí, quando uos de mi partieredes, ó para do yre? Ca yo non sé para do vaya. Et así se yvan fablando, ante la fuent, et Aubery de Mondisder auia della grant duelo et gran piadat; mas agora vos dexaremos de fablar de la dueña, et de Aubery de Mondisder, et tornar uos he á fablar del Enperador Cárlos.

X. Grant pesar ovo él de su muger que fizo echar de la tierra, et otrosi fezieron por ella muy grant duelo en la çiudat; mas por se confortar, mandó poner la mesa ençima del campo, por comer con sus caualleros et con su compaña; et desque el rey se asentó á comer, Macaire el traydor de linage de los traydores que esto estaua aguardando, quando aquello vió, defurtóse et salió del palacio, et fuesse á su posada, et armóse, et mandó ensellar su cauallo, et cavalgó muy toste, et fué su carrera, en

pos la Enperatriz, et juró que si le estorbasse Aubery de Mondisder, que la quisiese toller, que le cortaria la cabeza, et que faria della su voluntad. Assi se fue el traydor, á furto como ladron, quanto mas podia yr, et desque andó cuanta pieça, vió yr ante ssy la reyna et Aubery, que caualgaran ya et yuan su carrera; et tauto que los vió, luego los conosçió, et desque los fue alcanzando, dióles bozes, et dixo:—Estad quedos. Et Aubery quando aquello vió, cuydó que venia con algunt mandado del Enperador, et paróse só un árbol por oyr lo que queria dezir, et Macaire el traydor, pensó que meteria espanto á Aubery, et que le averia de dexar la dueña, et dixo de tanto que á él llegó:—Aubery, para aquel Dios que priso muerte en çruz, ssy me esta dueña non dexas, et te non vas tu carrera, que tú prenderás aquí muerte á mis manos; ca toda esta lança meteré por ty: mas déxamela, et baratarás bien, et yo faré della mi plazer. Quando esto oyó Aubery, toda la sangre se le boluió en el cuerpo et dixo: Nuestro Señor guarde ende la reyna por la su grant piadat, et la ponga en saluo. Macaire, dixo él, ssy Dios vos vala, qué es lo qué dezides ó qué pensades?... fariades vos onta al rey de su muger, aunque pudiesedes?... Et él respondió:—Luego lo veredes, et por ende vos digo que me dexedes la reyna, ca mas non la levaredes, et que yo faré della lo que me quisiere; et si la dexar non queredes, vos lo conpraredes bien. Aubery, dixo la reyna, por Dios avet de mi piadat et defendetme deste traydor, et por buena fe ante lo yo querria ver rrastrar á cola de cauallo que mi Señor el rey nunca por él prender vergüeña. Quando esto oyó Macaire á pocas non ensandeçió, et firió el cauallo de las espuelas, et blandió la lança que tenia del fierro muy agudo, et dexóse ir á Aubery, por lo ferir con ella. Quando lo Aubery vió venir con tal guisa, ssacó la espada de la bayna, et desvióse, et dióle tal espadada en la lança que le fizo della dos partes. Et Macaire dexó caer lo que le fincó de la lança en tierra, et sacó la espada de la bayna: él estaba bien armado, mas Aubery non auia ninguna armadura; pero por esto non se dexó de defender quanto pudo. Et Macaire le dió un golpe tal en la espalda seniestra, que gela derribó, et del golpe deçio el braço, et cortóle los nervios et las venas. Et quando se Aubery sentió tan mal ferido, dixo á Dios:—Señor, aved merçet de mí: Santa María Señora, açorredme que non pierda mi alma, et salvat á esta dueña que non sea escarnida, nin el rey desonrado.

XI. Mucho fue coitado con grant pesar Aubery, quando se sentió llagado, ca la sangre se le yua tan fierament que todo ende era sangriento et goteaua en tierra. Quando aquello vió la reyna, dió vn grito con pauor et dixo:—Santa María, Señora acorredme; et dió de las correas á la mula et metióse por el monte, et començó de fuyr quanto la mula podia andar. Entre tanto acá los caualleros conbatíanse á las espadas, ca Aubery non se quiso dexar vençer al otro fasta la muerte: ante se defendió tanto que bien averia la dueña andadas quatro millas, al andar que yua. Tanto se conbatieron anbos los caualleros que Macaire le dió vn golpe desgre-

mir por la anca que gela cortó toda con la pierna. Quando Aubery se sentió tan mal llagado, dió un baladro de muy grant dolor: quando lo el su galgo oyó, erguyo la cabeça; et fue en grant coita, quandó vió á su Señor tan mal trecho, et de que se le yua la sangre tan fierament, et dexóse yr muy sañudo á Macaire, et lanzóse á él, et travóle en el vientre de la pierna con los dientes que avía mucho agudos que le non valió y la brafonera que le non pusiese bien los dientes por la pierna, que la sangre cayó ende la yerua, et de como era grande et menbrudo, de pocas ouiera de dar con él en tierra. Et Macaire cuydó le dar con la espada; mas el can con miedo dél abrió la boca, et començó de fuyr, et Macaire en pos él, et el galgo con coita metióse en el monte. Gran pesar ouo el traydor, porque non matara el galgo; et Macaire tornó á ferir á Aubery de tal golpe de la espada por çima de la cabeça, que lo llagó á muerte, et dexóle caer en tierra. Dios aya merçet de su alma; et allí do yazia dixo á Macaire así como pudo.—Ay traydor, maldita sea tu alma, ca á grant tuerto me as muerto. Dios prenda ende uengança. Et dixo mas: Ay Señor, Dios padre poderoso, pido vos por merçet que ayades piadat de mi alma; et luego se partió el alma dél, et el traydor de Macaire fuéle al cauallo et matólo, et eso mesmo feçiera al galgo, ssy pudiera, mas fuyóle al monte, por tanto le escapó. Desque Macaire ouo fecho todo esto, non quiso mas tardar, et fue buscar la reyna, et pensó que faria en ella toda su uoluntad, et despues que le cortaria la cabeça con su espada; mas Dios non touo por bien que la él fallase, ca mucho se alongára de alli en quanto se combatieran; mucho la buscó el traydor de una parte et de otra; mas quando vió que la non podia fallar, tal pesar ende ouo que á pocas non raviaua. Et desque vió que non podia della saber parte, pugnó de se tornar á la ciudat et llegó y grant noche andada, et fuése á su posada, et fizose desarmar, mas nunca descobrió á ninguno cosa de lo que fiziera. Mas Aubery que yacia muerto cabo de la fuente, oyd del su can lo que fizo. Quando vió su Señor muerto, comenzó de ladrar et de aullar, et de facer la mayor coita por él que nunca fizo can por Señor; et començó á cabar con las vñas, et á facer cueva en que lo metiese; et lamíale las llagas muy piadosamente et tal manera fazia que non ha en el mundo omme que lo viese á quien se ende grant duelo, et grant piadat non tomase. Asi lo guardaua todo el dia de las aves, et toda la noche de las bestias del monte, donde auia y muchas que gelo non comiesen, nin tañiesen: asi guardó el can su señor toda la noche, que nunca bestia se llegó á él, nin aue; et quando veno la mañana, ovo muy grant fambre, mas por amor de su señor non quiso yr buscar cosa que comiese. Agora vos dexaré de fablar de Aubery et de su buen galgo, et tornaruos he á fablar de la reyna.

XII. Toda la noche caualgó la mesquina por la floresta, que nunca quedó que andar, et tan grant pauor auia de Macaire que nunca le veno sueño al ojo; et yua dando á la mula quanto podia, ca siempre cuydaua del

traydor que corria en pos ella. Aquesto era en el tienpo de pascua de Resureçion; et quando veno la mañana, salió fuera del mont, et desque se vió en el llano, començó á llorar mucho de los ojos é del coraçon, et dixo con muy grant coita:—¡Ay Dios Señor, et para do yré! En esto que se ella estaua asi coitando, cató, et vió venir un grant villano fiero contra ssy por un camino que yua por y, et su saya corta et mal fecha de vn burel, et la cabeça por lauar, et los cabellos enrriçados, et el vn ojo avia mas verde que vn azzor pollo, et el otro mas negro que la pez; las sobreçejas auia muy luengas, de los dientes non es de fablar, ca non eran sinon como de puerco montés; los braços et las piernas avia muy luengas, et un pié leuaua calçado et otro descalço, por yr mas ligero, et ssy le diesen á comer quanto él quesiese non averia mas fuert omme en toda la tierra, ni mas arreziado: et ante ssi traya vn asno cargado de leña, et él leuaua su aguijon en la mano con que lo tañía; et quando cató et vió la reyna, començó de menear la cabeça, et dió tan grant boz que toda la floresta ende retenió, et dixo:—Venid adelant, Dios que buen encontrado fallé para mi cuerpo solazar!... Quando esto oyó la reyna, toda la color perdió; pero esforçóse et llamólo, et dixole muy omildosament:—Buen amigo, Dios vos ssalue: ¿poderme ya en vos fiar? Ora me decit, amigo, ¿á qué parte ydes?—Dueña, dixo él, et vos qué avedes y de adobar? mas quáles diablos vos fezieron leuantar tan de mañana? Bien semejades mujer de dinero é de meaja, quando asi ydes sola sin omme del mundo pequenno nin grande, et certas seméjame grant daño, ca de mas fermosa dueña qué vos non oy fablar, nin avn de la reina Seuilla, que era tan fermosa dueña que el rey fizo quemar anoche en el llano de Salomon mártir: mucho fizo y mal fecho; Dios lo maldiga, ca mayor follonía non poderia fazer. Quando le esto oyó la reyna, començó de llorar muy fieramente. Dueña, dixo el villano, para el cuerpo de Dios, mucho fué y villano el rey Cárlos que tan buena reina quemó, é tan sabidor, que fasta çima de Oriente non avia otra tal á mi cuydar; et sy vos troxiesedes con vusco caualleros et conpaña et non andasedes asi llorosa et mal trecha, vos la semejaríades muy bien por buena fé.—Amigo, dixo la reyna, desto non dubdedes, ca yo sso esa de que vos fablades; et verdat fué eso de que vos dezides; ca el rey mandó fazer grant fuego, en que me quemasen, et leuantóme tal blasmo de que yo non avia culpa, et quemada me ouiera por el consejo de Macaire, que Dios destruya, et de otros; mas Dios me guardó ende por la su sancta piadat, que sabia que non avia y culpa, et púsole en voluntad que lo non feziese, et mandó que me saliese de su tierra, por tal condiçion que ssi me despues y nunca fallase, que me feziese matar, que ál y non oviese: de si fízome guardar por la floresta á un su cauallero bueno, et que me guiase, que auia nonbre Aubery de Mondisder, et que él amaua mucho. Et Macaire el traydor veno en pos nos, armado de todas armas en ssu cauallo, et quesiérame escarnir; mas Aubery pugnó de me defender, mas á la çima matólo Macaire.

Et quando yo vi quel pleito yua assy, metyme por este mont, et començé de fuyr quanto pude, et non sé para do vaya; et so muy coitada, ca ando preñada; et por Dios, omme bueno, consejadme oy si uos plaze, et tomad estos mis paños et mi mula, et fazet dello vuestra propiedat. Quando esto oyó el villano, alçó la cabeça, et feria los dientes vnos con otros, et començó de ferir de un puño en otro, et despues dió de las manos en su cabeça et tiró sus cabellos, et dixo:—Dueña, non temades; ca para aquel Dios que nació en Betlem de la Vírgen Sancta María por su plazer, que ya non yredes sin mí una legua de tierra, que yo nonvaya con vusco á toda vuestra voluntat: et de aquí uos juro que non vaya mas en pos este asno, nin torne veer á mi muger nin á mis fijos; et leuar uos he derechamente á la rica ciudat de Constantinopla al enperador Richarte, vuestro padre, que quando sopier las nuevas de uos, et de vuestro mal, sé que enbiará en Francia ssus gentes et su hueste; et si Cárlos non quisier fazer su voluntad de uos rescebir por muger, asi como antes érades, ssé que será grant destroimiento en Francia. ¡Ay Dios, dixo la reyna, que formaste Adan et Eua, onde todos deçendemos, Sseñor, acórreme et échame desta tormenta et liéuame á logar, do sea en saluo!

XIII. Asi dixo la reyna, como vos oydes, et el villano le dixo:—Dueña, non vos desmayedes: yo he mi muger é mis fijos en una çiudat, donde so natural et guarecia por esto que vos vedes, é desto gouernaua mi conpanna; mas por vos quiero desamparar la muger é los fijos, por yr con vusco et vos seruir, et á vos conuerná de yr por extrañas tierras fasta que seades libre de la criatura que en vos traedes, et darlo hemos y á criar, et quando fuer grande yr se ha á Constantinopla, et nos yrnos hemos luego al enperador, vuestro padre, á Grecia donde es Señor; et quando sopier vuestra facienda, sé que auerá ende muy grant pesar; et desque el niño fuer de edat, ssy fuere de buen coraçon, darle ha su poder et por auentura aun será rey de Francia, sy á Dios plaze. Et la reyna dixo que Dios le diese ende buen grado de lo que le prometia: Agora me deçit amigo, dixo ella ¿cómo avedes vos nombre? Et él respondió:—A mí dizen Barroquer. Certas dixo la reyna, el nombre es muy estraño; mas vos me semejades omme bueno, et asi lo seredes, si Dios quisiere que me vos tengades fé et lealtad: et como yo cuido en buena ora vos fuestes nado, ca yo vos faré muy rico et muy bien andante. Dueña, dixo Barroquer, grandes merçedes agora me deçides. Amigo, dixo ella, sabedes cerca de aquí villa ó castiello do pudiesemos fallar que comiésemos?... ca yo he muy grant fanbre, que ya dos dias ha que non comy; et daredes este mi manto por dineros, et venderedes la mula que ayamos que despender por do fueremos, ssy lo asi touieredes por bien. Dueña, dixo Barroquer, aqui ante nos hay un burguete muy bueno, que llaman Leyn: vayamos allá derechament et y comeredes que uos abonde. Buena ventura vos de Dios, dixo la reyna. Asy se fué la reyna, et Barroquer con ella; et la bestia de Barroquer se tornó para la posada, asi como yua

cargada de leña; mas cuando la su mugier vió fue mucho espantada, ca ouo pauor que alguno matara á Barroquer, ssu marido, en el monte, ó que lo prendiera el que guardaua el monte, et començó á dar grandes baladros con su fijo, et á llorar mucho, mas la reyna et Barroquer llegaron á Beyn despues del medio dia, et entrando en la villa fallaron muchos burgueses que preguntaron á Barroquer dónde andauan; mas el abaxaua la cabeça et pasaua por ellos et la dueña en pos él, et tales y auia que le dezian:—Villano, non lo niegues ¿dónde fallaste tan fermosa dueña ó dó la tomaste? Et la dueña les dezia:—Señores, por Dios non digades villanía, ca él es mi marido: vome con él. Por buena fe, dezian ellos, asi fezo grant diablura, quien á tal villano dió tan fermosa muger. Mas Barroquer non dezia nada, synon baxaua la cabeça et dexaba á cada uno dezir su villanía; et fuéronse á una posada de cabo de la calçada, et Barroquer rogó mucho á un burgués que y falló que los albergase aquella noche, et faria grant cortesía, et el burgués respondió et dixo á la dueña: —Amiga yo non sé quién vos sodes ni de quál linage; mas he de vos grant piadat en mi coraçon, et por ende aueredes la posada á vuestra voluntad, que vos non costara una meaja. Quando Barroquer esto oyó, gradeçiógelo mucho, et entonçe deçendieron, et el huesped que era sabidor et cortés, guysóles muy bien de comer; et desque comieron quanto quisieron, el huesped que era omme bueno et de buena parte, llamó á Barroquer et preguntóle en poridat, et dixole:—Amigo, por la fé que deues á Dios ¿es esta dueña tu muger?... Señor, dixo Barroquer, yo no vos negaré la verdat por aquel Dios que el mundo fizo, porque vos tengo por omme bueno et leal. Ella non es mi mujer, bien vos lo juro: ante es una dueña de luenga tierra, et yo sso su omme. Et ymos nos á Roma; mas ymos muy pobres de despensa.—Amigo, dixo el huesped, non vos desmayedes, ca Dios vos dará consejo. Et fezieron echar la dueña en una cama en un lecho muy bueno, do dormió aquella noche muy bien fasta en la mañana. Entonçe llamó Barroquer á la puerta et despertóla.

XIV. Desque la reyna despertó et se bestió é aparejó et abrió la puerta, llamó á Barroquer, et díxole:—Yo he grant pauor del rey, et ssy el sopiere que yo aqui sso, facer me ha matar por su bravura.—Dueña, dixo Barroquer, non temades, ca si Carlos agora aqui llegase, ante me yo dexaria matar que vos dexar mal traer, aunque cuydase y ser todo desfecho; mas aved en Dios buena esperança, ca de mañana moueremos de aqui sin mas tardar.—Barroquer, dixo la dueña, agora me entendet; yo sso preñada para çedo, commo yo cuydo, et por Dios fazet en manera que nos vamos et dat esta mi mula con su guarnimento por dineros, que despendamos por las tierras por do fuerémos, et compradme un palafren rafez, en que yo vaya.—Señora, dixo Barroquer, como vos mandardes; et vendió luego la mula con aquella rica silla que traya et dieron el manto de la reyna por un palafren, en que ella fuese; et conpróle un tabardo,

et espediéronse del huesped que los comendó á Dios, et caualgó con ellos una pieça: et desy, et espedióse dellos. Ora los guye Nuestro Sennor.

XV. Agora se va Barroquer et la reyna con él, que Dios guarde de mal; mas de las jornadas que fezieron yo non vos las sé contar, mas pasaron por Vere et desy por la Abadía, et fuéronse albergar al castiello de Terrui, et otro dia grant mañana caualgaron et fuéronse á la noble çiudat de Renis: desy pasaron Campaña, et pasaron á Musa en una barca, despues en Ardaña et á ora de cunpletas llegaron á Bullon, et pasaron la puent et fuéronse albergar á la abadía de Sanct Romacle; otro dia grant mañana saliéronse dende, et tomaron su camino et pasaron el mont et la tierra gasca et fueron remanescer á Ays de la Capilla, et de alli se fueron á la buena ciudat de Colonia, et estudieron y tres dias: desy pasaron el rio que llaman Rin en una galea, et preguntaron por el camino de Ungria, et enseñárongelo et fuéronse por él. Agora vos dexaremos de fablar de la reyna et de Barroquer, et fablar vos hemos de Cárlos, que fincara en Paris triste et coitado él et toda su compaña, por razon de la reyna.

XVI. El rey que era en Paris et muy grant conpaña de altos ommes con él, cató un dia por el palacio, et non vió á Aubery de Mondisder, et dixo: —Por Dios ¿qué se fizo de Aubèry que non veno? De grado lo querria veer, por saber nuevas de la reyna ó para do fué. Ella mereçió de yr en tal priesa: mas quesiera auer perdida esta ciudat para siempre que ella ouiese errado tan mal contra nos; mas sofrir nos conviene, pues que asi aveno: mas llamad á Aubery et saberé la verdat de la reyna qué fizo. Quando Macaire esto entendió, toda la sangre se le boluió en el cuerpo, et despues veno antel rey, et díxole:—Señor, á mí dixieron que Aubery estouo mal contra uos, ca se salió con la reyna por fazer della su voluntad, assi la leuaua como vna soldadera. Quando el enperador esto oyó, ouo ende grant pesar.—Macaire, dixo el enperador ¿dizes me tú ende verdat que Aubery me desonró asy?—Señor, dixo él, jamás nunca lo veredes en toda vuestra vida par mi fé: et Señor, sabed que él no ha talant de tornar nunca á Paris.

XVII. Desto que dixo Macaire al enperador ouo él tan grant pesar et juró para Dios que le feziera á su imágen, que si Aubery cogiese en la mano que lo faria morir de muerte desonrrada, ca bien entendia que le feziera Aubery muy grant onta, segunt como dezia Maçaire, el follon; mas el otro yazia muerto cabo de la fuente, que este traydor matara que lo mezclaua et el su galgo antél, que lo aguardaua de las aues et de las bestias que lo non comiesen; mas comia el cauallo que yazia y muerto. Quatro dias et quatro noches guardó el can su señor, que non comió nin beuió, et era ya tan laso que marauilla; et leuantóse á grant pena de cabo su señor, et arrencó de la yerua con sus manos et con los dientes, et cobriólo con ella, et tanto lo coitó la fambre que se fué contra París por el camino derechamente, et llegó y á ora de medio dia; et fuése al palacio

derechament. Et avenó asi que el rey sseya yantando, et muchos ommes buenos con él, et Macáire acostárase çerca del rey, et decíale que muy mal le avia errado Aubery, que se fuera con la reyna por estrañas tierras.—Macaire, dixo el rey, mucho he dello grant pesar; mas para aquel Señor que priso muerte en cruz, yo faré buscar por cada lugar do sopiere que se fueron, et si á Dios plugier que lo fallen et lo trayan á mi poder, todo el oro del mundo non lo guarirá que non sea arrastrado ó quemado, que lo non dexaria por cosa del mundo. A aquella ora entró el galgo en el palacio, et las gentes lo començaron á catar; mas el galgo tanto que vió á Macaire, dexóse correr á él, et trauóle por detrás en la espalda seniestra et puso bien los dientes por él, et rroyólo muy mal; et Macaire dió muy grant baladro, quando se sentió llagado, et el enperador et los caualleros fueron desto muy marauillados, et erguyéronse algunos et dixieron:—Matad aquel can; et començaron de le lançar palos et de lo ferir muy mal; et él dexó á Macaire et començó á fuyr quanto pudo por el palacio, et al salir echó la boca en un pan de la mesa et fuese con él contra la floresta por do veniera, á aquella parte do su señor dexara yazer muerto, con su pan en la boca, et echóse cabo él, et començó á comer su pan, que se le fizo muy poco, ca mucho avia grant fambre. Mas mal coitado fincó Macaire de la mordedura del can, cá mucho lo royó mal; et el enperador, que fué ende marauillado, dixo contra los caualleros:—Amigos, ¿vistes nunca tal maraviella? Este era el buen galgo que Aubery de aquí leuó consigo: yo non sé donde se veno, nin á quél logar se vá; mas dél querria yo saber dó es.—Non vos coitedes, señor, dixo el duque don Aymes, ca non tardará mucho que lo non sepamos por este can mesmo, que se non puede encobrir; mas curen entretanto de Macaire, ca mal lo royó aquel can.

XVIII. Agora oyd del galgo, qûe yazia cabo su señor, lo que fizo otro dia de mañana. Quando lo coitó la fambre, erguyóse, et fuése contra Paris; et desque pasó la puente et entró por la villa, los burgueses lo començaron á catar que lo conoscian, et dixieron:—¿Por Dios dónde viene este can, ca este es el galgo de Aubery?.. Et quisieron lo tomar, mas non podieron, ca el galgo començó de correr, et fuese contra el palacio, et desque entró dentro vió ser el rey et Macaire fablando en poridat; mas quando Macaire vió el galgo, ouo dél muy grant miedo, et levántose, et començó de fuyr. Quando quatro de sus parientes que y estauan vieron esto, dexáronse yr al can con palos et con piedras; mas don Aymes que esto vió, dióles bozes, et díxoles:—Dexaldo, dexaldo!... yo vos digo de parte del rey que le non fagades mal. Quando ellos esto oyeron, fueron muy sañudos, et dixieron:—Señor, dexadnos este can que veedes llagó á Macaire muy mal en la espalda:—Amigos, dixo el Duque, non lo culpedes; bien sabe el can donde viene este desamor, ó de viejo ó de nuevo. Et el conde don Aymes de Bayuera que era muy preciado, et mucho entendido, tomó el galgo por el cuello, et diólo á Gaufredo que era padre d'Ougel, que lo

guardase, et el can estouo con él de buena mente. Quando Macaire esto vió, ouo muy grant pesar, et y estauan con él entonçe sus parientes que Dios maldiga mal; Ingres et Erui, et Baton, et Berenguer, et Focaire, et Aloris, et Beari, et Brecher, et Grifez de Altafolla, et Alait de Monpanter, que quisieran matar al can de grado y. Quando el buen duque don Aymes esto vió, començó á dar baladros et metió bozes á Rrechart de Normandía, et á Jufre, et á Ougel, et á Terrilar de Nois, et á Beraje de Mondisder, et al viejo Simon de Pulla et á Galfer Despoliça.—Barones, dixo el duque, ruegovos por Dios que nos ayudedes á guardar este galgo; et ellos respondieron que de todo en todo lo farian. Entonçe trauaron del can et leuáronlo ante el enperador, et fincaron los inojos ante él, et el duque don Aymes lo tenia por el cuello et fabló primero, et dixo:—Señor emperador, mucho me marauillo de las grandes bondades que en vos soliades aver: vos me soliades amar et llamar á vuestros grandes consejos et á los grandes pleitos, et en las vuestras guerras yo solia ser el primero: agora veo que me non amades nin preciades; yo non vos lo quiero mas encobrir; mas guardat vos de traydores que assaz menester es.—Don Aymes, dixo el emperador, yo non me puedo ende guardar, si me Dios non guarda, que ha ende el poder.—Yo le pido por merçet, dixo don Aymes, que uos guarde de todo mal; mas Señor, agora me entendet, sy vos plaze por el amor de Dios: aquí non ha cauallero nin escudero nin clérigo nin seruiente, á quien este galgo mal quiera fazer, sy non á Macaire, este vuestro privado; et sé que Aubery, su señor, á quien vos mandastes guiar la reyna, quando fue echada de vuestra tierra, que este can fué con él, que tanto mas ha de un año siempre andaua con él que lo non podian dél quitar; et Señor, por vuestra merçet façet agora una cosa: que caualguedes en un buen cauallo, et saldremos con vusco fasta cient caualleros, et iremos en pos el galgo, et veremos do nos leuará; et así me ayude Dios, que todo el mundo tiene en poder, como yo cuydo que Macaire ha muerto á Aubery de Mondisder, el vuestro leal cauallero, tan preciado et tan bueno. Quando esto oyó Macaire, fué muy sañudo.

Mucho pesó á Macaire quando esto ouo dicho el duque don Aymes, et díxole:—Mejor lo diriades, Señor, si vos quisieredes; et sy vos non fuesedes de tan gran linaje, como sodes, yo daria luego agora mis galas contra uos que nunca fiz esto que me vos aponedes nin sol non me veno á coraçon. Don Aymes dexó entonçe el galgo et el can se fue luego para el rey, et asentóse antél, et començó de aullar et de se coitar, así que bien entendian que se querellava, et travó con los dientes en el manto del rey que tenia cobierto, et tiraua por él et fazia semblant que lo queria leuar contra la floresta á aquella parte, do su señor yazia muerto. Quando el rey esto vió, tomóse á llorar de piadat et demandó luego su cauallo et troxiérongelo y, et el enperador caualgó que non tardó mas, et el duque don Aymes con él, et Ougel el Senescal, et muchos ommes buenos; mas Macaire el traydor non quiso yr allá: ante fincó en la ciudat

sañudo et con grant pesar, amenazando mucho al duque don Aymes él et todo su linaje; mas el duque non daría por ende dos nuezes.

XX. En tal guisa se fué el enperador, et sus ommes buenos con él, et caualgaron fasta en la floresta, et galgo yua delant que fazia muy fiero senblante de los guyar, et de los leuar á la floresta que nunca se detouo, et fuese por el camino que sabia que yua derecho á la fuent, dó su señor yazia muerto. Et todos iban en pos él, et desque llegó á su señor descobriólo de la yerua que sobre él echára. Quando esto vió el enperador et los que con él andauan, fueron esmarridos, et él deçió primero, et quando conosçió que aquel era Aubery de Mondisder, començó á llorar, et á facer el mayor duelo del mundo:—Amigos, dixo el enperador, esto non puede ser negado: vedes aquí Aubery do yaze muerto, á qui yo mandé que guardase la reyna et la guiase. Yo non ssé della do se fué; mas dixiéronme que Macaire fuera en pos ellos, solo sin compaña muy ascusament. Et yo cuydo que este lo ha muerto; mas para aquel Señor que todo el mundo fizo, que esta traycion non sea tan encobierta que la yo non faga descobrir; et si sse Macayre ende non se puede saluar, non escapará que por ende non sea enforcado. Entonçe començaron á facer tan grande duelo por Aubery que marauilla; ca mucho lo preçiauan todos de sseso, et de lealtad, et de cortesía.

XXI. Et desque fizieron por el muy grant duelo quanto pieça, fezieron fazer unas andas que echaron á dos cauallos, et pusieron y Aubery, et leváronle á la ciudat. Et quando entraron con él en la villa, veriades tan grant duelo de dueñas et de burguesas, et de otras gentes, que non ha en el mundo omme de tan duro corasçon que por él no llorase. Asy lo levaron á la iglesia de Sancta María, et desque le dexieron la misa et el cuerpo fue enterrado, el rey tomó el galgo et leuólo consigo et fízolo muy bien guardar, et mandóle dar muy bien de comer; mas el can sienpre aullaua et facia duelo, et el rey fizo prender á Macaire entre tanto. Et otro dia mandó llamar sus ommes et fue con ellos oyr misa á la eglesia de Sancta María; et desque tornó á su palacio, asentóse triste con muy grant pesar, et dixo á sus priuados:—Varones, por Dios vos ruego que me judguedes que deuo fazer en pleito de Aubery de Mondisder, á quien yo dí la reyna que era mi muger, que la guardase fasta que fuese en saluo, et ninguno non sabe della nueuas dó es yda. Et yo mandé prender á Macaire por pleito del galgo que sse non dexó yr á otro en todo el palaçio, de tantos como estauan, sy á él solo non. Et por ende me semeja que alguna culpa y ha, que el can no quier á otro roer, si aquel non.—Señor, dixo el duque don Aymes, yo uos consejaré lo que y fagades.—Para Dios, dixo el emperador, mucho me plaz. Entonçe se erguyó el duque don Aymes, et llamó los doze Pares ssó un árbol. Richarte de Normandía, et Jufre, et Ougel, et Terrin Lardenois, et Berart de Mondisder, et Simon el Viejo de Pulla, et Gaufer Despoliça, et Salomon de Bretaña, et muchos otros ommes buenos; et desque fueron á parte, Galalon de Belcai-

re fabló primero, que era pariente de Macaire, et auia grant sabor de lo ayudar.—Señores, dixo él, mucho nos debe pesar, que el rey quiera fazer jugdar de crímen de muerte á Macaire, ca diz que él mató á Aubery de Mondisder, mas por Dios ¿cómo puede él esto saber? Mas bien cuydo que non há en esta corte cauallero, nin escudero, nin otro omme bueno, que contra Macaire desto osase dar su gaje, por se conbatir con él. Ssy el can quiere roer á Macaire, non es marauilla, ca lo ferió él muy mal, et por ende se querria el can vengar; mas ssy me quisierdes creer, nos yremos al rey, et dezirle hemos que dexe á Macaire estar en paz que fizo prender, et que le non faga mal nin onta, cá él es de alto linaje, et de muy buenos caualleros, et muy fiero, et mucho orgulloso; et si le tuerto feziese, grant mal ende poderia venir; mas quítelo de todo, et finque en paz: este es el mejor consejo que el omme poderia dar.

XXII. Quando los ricos ommes oyeron asi fablar á Galalon, non osaron y ál dezir, porque era de muy alto linaje, et muy poderoso; mas el duque don Aymes sse erguyó entonces, et dió bozes, et dixo:—Varones, oydme lo que uos quiero dezir: Galalon saberá muy bien un buen consejo dar; mas pero otro consejo auemos aqui menester de auer, de guisa que non cayamos en vergüenza del rey: vos bien sabedes que quando el rey echó su muger de su tierra, que la dió á Aubery de Mondisder que la guardase: onde aquel que lo mató ha fecha grant onta al rey, et grant yerro. Et quando él mouió de aqui con la reyna, leuó consigo este galgo, porque lo amaua mucho. Mucho leal es el amor del can, esto oy prouar: ninguno non puede falsar lo que ende dixo Merlin: ante es grant verdat lo que ende profetizó. Onde aveno asi que César el enperador de Roma lo tenia en prision; et este fué aquel que fizo las carreras por el monte Paués. Un dia fizo venir ante ssy á Merlin por lo prouar de su sseso, et díxole: —Merlin, yo te mando assi como amas tu cuerpo, que tu trayas ante mi corte tu joglar, et tu sieruo, et tu amigo, et tu enemigo.—Señor, dixo Merlin, yo vos los traeré delante, sy los yo puedo fallar. Señores, dixo el duque don Aymes, verdat fué que el enperador tiró de presion á Merlin, et él fuese á su casa, et tomó su muger, et su fijo, et su asno, et su can, et tróxolos á la corte ante el enperador, et dixole:—Señor vedes aqui lo que me demandastes: catad, esta es mi muger que tanto es fermosa, et de que me viene mi alegria, et mi solaz, et á quien digo mis poridades; mas pero si me viene alguna enfermedat, ya por ella non seré confortado; et si acaesçiese asi que yo oviese muerto dos ommes, porque debiese ser enforcado, et ninguno non lo sopiese fueras ella solamente, si con ella oviese alguna saña, et la feriese mal, luego me descobriria; et por esto digo que este es mi enemigo, ca tal manera ha la muger; asi diz la otoridat.—Señor, vedes aqui mi fijo: este es toda mi vida, et mi alegria et mi salut. Quando el niño es pequeño, tanto lo ama el padre, et tanto se paga de lo que diz que non ha cosa de que se tanto pague, ni de que tal alegria aya, et por ende le faz quanto él quiere; mas despues que es

ya grande, non da por el padre nada, et ante querria que fuese muerto que biuo, en tal que le fincase todo su auer: tal costunbre ha el niño. Señor, vedes aqui mi asno que es todo dessouado: çertas aqueste es mi sieruo, cá tomo el palo et la vara, et dóle grandes feridas et quanto le mas dó tanto es mas obediente; desí echo la carga encima dél, et liéuala por ende mejor; tal costunbre ha el asno; esta es la verdat.—Señor, vedes aqui mi can, este es mi amigo que non he otro que me tanto ame; ca ssi lo fiero mucho, aunque lo dexe por muerto, tanto que lo llame, luego se viene para mi muy ledo, et afalágame et esle ende bien: tal manera es la del can.—Ora sé verdaderamente, dixo César, que sabedes mucho, et por ende quiero seades quito de la presion, et que vayades á buena ventura, cá bien lo meresçedes; et Merlin gelo gradesció mucho et fué su via para su tierra.—Señores, dixo el duque don Aymes, por esto podedes entender que grant amor há el can á su señor verdaderament, et por ende deue ser Macaire rebtado de traycion, et enforcado, si le prouado fuer. Asi fabló el duque don Aymes, como vos conté.—Varones, dixo él, ora oyd lo que quiero dezir, porque de parte de Aubery non há omme de su linaje nin estraño que contra Macaire osase entrar en canpo, porque veo que el su galgo asi muere por se lançar en él, yo diré aqui lo dexásemos con él, en tal manera que Macaire esté á pié en un llano con él, et tenga un escudo redondo en el braço, et en la mano vn palo de un codo de luengo, et conbátase con él lo mejor que pudier; et si lo venciere, por ende veremos que non ha y culpa, et sea quito; et si lo vencier el can, yo digo çiertament que él mató á Aubery. Este es el mejor consejo que yo ssé dar, que no ssé otro; porque se tanbien pueda prouar. Et si Macaire fuer vençido, aya ende tal gualardon como mereció de tal fecho que lo faga el rey justiçiar, como deue. Quando esto entendieron los ricos-ommes, erguyéronse, et llegáronse á él, et gradesciérongelo, et dixieron que dixiera bien, et que Dios le diese buena andança por quanto dezia, et que así fuese como él deuisaua. Entonce se fueron todos ante el rey, et don Aymes le contó todo quanto dixieran de cómmo se avian de conbatir el can et Macaire en canpo, et el rey lo otorgó de grado. Desque este pleito fué deuisado, el rey fizo tirar de presion á Macaire, et traerlo ante ssí et deuisole el juizio que dieran los ommes buenos de su corte con don Aymes. Quando esto Macaire oyó, fué ende muy ledo, et gradeciólo mucho al rey, ca touo que por alli seria libre; mas Dios que es conplido de verdat que nunca mentió nin mentirá, et que dá á cada uno commo merece, ó muerte ó vida, non se le oluida cosa.

XXIII. Otro dia de mañana tanto que se el sol levantó, levantóse Macaire, et fuese con pieça de caualleros et de conpaña para el rey, et tanto que lo el rey vió, díxole:—Macaire, vos bien sabedes que sienpre vos amé mucho por vos, et por vuestro linaje bueno, onde venides. Et dixiéronme que judgara mi corte vn jvizio que yo non puedo esquivar: que porque Aubery non ha cauallero, nin otro omme que se con vusco osase conba-

tir en canpo, que uos conviene conbatir con aquel su galgo por tal condicion, que vos tengades un escudo redondo et un baston de un cobdo, et si vos vencierędes el can, fincaredes quito de aquella traicion que vos ponen de Aubery de Mondisder, que yo tanto amaua, et de que tan grant pesar he de su muerte; mas si vos sodes vençido, sabet verdaderamente que yo faré de vos justicia, quál deue ser fecha de quien tal fecho faz.—Señor, dice Macaire, Dios lo sabe que Aubery nunca me erró, nin me mató hermano, nin pariente, por qué desamor con él oviese; et desta batalla vos dó ende grandes mercedes; mas de sse conbatir con un can vn cauallero muy valiente, non semeja guisado; et agora me deçit por Dios, señor, ¿non semeja grant onta et grant villania de me conbatir con vn can en canpo?—Non, dixo el enperador, pues que assy es judgado de los que han de judgar la corte et el reyno; mas yd vos guisar.—Quando Macaire esto entendió, todo el coraçon le tremió, et quisiera ser de grado allen mar, ssi quier en el reyno de Ssuria; et tanto gana quien faz follia contra Dios, et contra derecho. Entonces se partió de alli Macaire con su conpaña, et fuése armar, asi como fué deuisado, de un baston de vn cobdo, et de un escudo redondo muy fuerte et muy bien fecho; et sus parientes le dixieron que se non espantase de cosa, nin dubdase al can quanto una paja.—Ssy se dexare correr á vos, datle tal ferida en la oreja que dedes con él muerto en tierra, et si vos por aventura troxier mal, luego vos acorrerán de la parte de Galalon, vuestro tio.—Bien dezides, dixo Macaire.

XXIV. Macaire fizo y venir los de su parte, todos muy bien guisados, para lo acorrer, ssi le menester fuese, et andaua y vn traydor de muy grande nonbradía, Gonbaut avia nombre de Piedralada: aquel llamó á Macaire, et díxole en poridat:—Amigo Macaire, aquesto es bien sabida cosa, que aquel galgo non poderá durar contra vos, et desque lo vos matardes, averemos todos grande alegria, et ayuntarnos hemos entonce todos á desora, et matemos á Cárlos que tantas viltanças nos há fechas por toda su tierra, et séale bien arrepentida la muerte de Galalon, que era nuestro pariente, que se me nunca oluidará; et la reyna de Francia su muger preñada la echó él de su tierra, que jamas el fijo y nunca tornará, et sy y entra perderia la cabeça: et vos seredes señor de toda la tierra, que pese á quien pesar, ó que le plega.—Gonbaut, dixo Macaire, aquí ha buena raçon, et si yo biuo luengamente, en buen punto lo cuydastes; mas ál taja Dios en el cielo. Entonce salió el rey de su palaçio, et mandó que la batalla fuese luego guysada; et fizo y meter á Macaire, et el galgo.—Macaire, dixo el rey, peños há menester que me dedes.—Señor, dixo él, esto non puedo esquivar; et el traydor se tornó, et llamó á Berenguer, et Oriebaut Dorion, et Foraut, et Roger Sanson, et Amagin Aston, et Berenguer, que eran parientes de Galalon.—Amigos, dixo Macaire, entrat en peños por mí: este rey vos quier, et yo vos ruego ende: yo só vuestro pariente, et deuedes me ayudar, que me non deuedes fa-

lleçer fasta la muerte. Et ellos dixieron que asy lo farian. Entonçe fueron al rey, et dixiéronle:—Señor, bien queremos entrar por él en fiadoria de los cuerpos et de los averes. Et el rey dixo que asi los recibiria. Entonçe fizo traer el galgo á Ougél, que lo tenia por el cuello: desy mandó el rey dar pregon que non oviese y tan ardido que sol nin palabra dixiesse, por cosa que oyese, só pena de perder uno de los mienbros; mas bien poderia omme creer, que á dur fincó en Paris omme nin muger, clérigo, nin lego, nin religioso, que al canpo non saliese uer la batalla. Et el rey mandó en la plaça estender un tapete, et fizo y poner la arca de las reliquias de San Esteuan.—Macaire, dixo el obispo, id besar aquellas santas reliquias, et asi seredes mas seguro de vuestro fecho acabar.—Señor, dixo Macaire, por buena fé non y besaria, nin ruego á Dios que contra vn can me ayude. Asi dixo el malandante; mas no ouo omme en el canpo que lo oyese que se non santiguase, et que non dixese que malandante fuese et malapreso encontra el galgo, asy commo le tenia tuerto. Entonçe fezieron leuar las reliquias á la eglesia, pues vieron que Macaire non se les quisiera omillar, nin llegarse á ellas; mas él metió bozes á los guardias que le feziesen venir el can al canpo, et si lo non matase del primer golpe que se non preçiaria un dinero; et Gaufre le dixo:—Vos lo averedes tan toste. Entonce dexó yr el galgo, et començóle de gritar, et dixo:—Ora te vee, et Dios que sofrió en su cuerpo la lançada et ser puesto en cruz, asi como te tú conbates por tu señor derechamente que te tanto amaua, asi te dexe él matar á Macaire, et vengar tu señor.

XXV. Assi fabló Gaufre, como vos oydes; mas mucho fué ledo el can, quando lo soltaron, et sacudióse tres vezes: desy dexóse yr al canpo á vista de toda la gente, et do vió á Macaire que lo conosçió bien, fuése á él, lo mas rezio que pudo yr. Et antes que el traydor se oviesse aparejado nin se cobriese del escudo, nin alçase el palo contra suso, le trauó el galgo en el vientre con los dientes, que auia mucho agudos, et mordiólo mal. Quando esto vió el traydor, á pocas no fué sandio, et alçó su baston, que era fuerte, et quadrado, et dió tal ferida al galgo entre la fruente et las narizes que dió con él tendido en el prado, asi que la sangre salió dél. Quando el galgo se sentió tan mal ferido, erguyóse toste, et fué muy sañudo. Mucho fué catada la batalla del galgo et de Macaire de las gentes todas de la plaça, et de los muros que eran cobiertos; et todos rogauan á Dios que el mundo formara, que ayudase al galgo, si derecho tenia, et que el traydor fuese enforcado por la garganta. Et Macaire se dexó correr al galgo, ca ferir lo cuydara del baston; mas el galgo le trauó en la garganta de tal guisa que dió con él en tierra, et la tarja le cayó de la mano. Quando esto vieron las gentes que á derredor estauan, loaron mucho á Dios, ca asy cayó Macaire en tierra; mas ssy toste él non se leuantara, pudiera ser mal erroso. Et el galgo se asañó de que se vió ferido, et cató al traydor, et arremetióse á él, et travóle en el rostro asi que las narizes le leuó, et lo paró mal. Quando es-

to sentió el traydor, á pocas non fué sandio, et con desesperamiento dió bozes á sus parientes que lo acorriesen, ca sy non luego seria comido. Desque ellos esto oyeron, dexáronse correr con sus espadas; mas el rey se leuantó et dióles bozes et dixo que se non meçiesen, ca para aquel Señor que muerte prendiera en la vera cruz, que el primero que diese al galgo, que seria rastrado. Quando aquello oyeron los traydores, tornáronse; mas grandes baladros daua Macaire, ca mucho era mal tresnado en el rostro, asy que toda la boca tenia llena de sangre, de guisa que non podia resollar; pero dexóse correr al galgo con coita, mas el galgo se desuió de la otra parte, et trauóle en el puño, et apretógelo tan de rezio con los dientes que le fizo caer el baston de la mano.

XXVI. Mucho fué el traydor coitado, quando se sentió tan maltrecho de la mano, onde le corria la sangre, pero despues tomó el palo, et dió al can grandes feridas con él, mas mucho estaua maltrecho de la sangre, que perdia mucha. Mas grant duelo fazian por él los traydores de sus parientes, et Galeran de Belcaire, un traydor malo, llamó de los otros do avia çiento, ó mas, et díxoles:—Varones, grant pesar hé de nuestro pariente Macaire que veo tan malandante, et vos asy deviades fazer, et si él fuer vencido por un can, todo nuestro linage ende será desonrado; ¿más sabedes lo que pensé?... Yo me armaré toste, et subiré en mi cauallo, et leuaré mi lança en la mano, et yré acorrer á Macaire; ca yo mataré el galgo que nos há escarnidos; mas si me el rey pudier prender, prometedle por mí mill marcos, et muchos paños de seda, et él tomarlos há de buena mente; et asi será Macaire acorrido, et redimirse há, et el galgo será muerto.—Et todos dixieron que decia bien, et gradeciérongelo mucho, ca mucho se dolian de Macaire en quán mal estaua su pleito, et dezian que en buen punto él fuera nado, si lo librase. Entonçe se tornó Galeran, et fizose bien armar, et caualgó en su cauallo, et aguyjó sin detenencia, et pasó por la priesa de la gente que falló delante, et faziánle carrera, et dexóse correr al can, et dióle una lançada que le pasó la lança por ambas las piernas de guisa que la lança ferió en tierra, et quebró en dos partes, onde pesó mucho á él, et tiró la espada de la bayna por matar el can; mas el galgo tomóse á fuyr, et metióse por entre la gente, por guarecer. Quando Cárlos vió esto, fué muy sañudo, et metió bozes á las guardas que si aquel dexasen yr, que los non fallase en toda su tierra, ca ssi los y podiese fallar, que los mandaria meter en presion, donde jamas non salirian, et qualquier que lo tomase, et gelo metiese en la mano, que le daria cient libras. Quién viese aquella ora burgueses deçer de los muros, et la mesnada del rey cogerse á los cauallos, et salir escuderos, et servientes con armas, et con porras, et con visarmas, et otrosi los ribaldos lançar palos et piedras, bien entenderia que querrian ganar los dineros que el rey prometiera, á quien lo tomase. Mas el traydor pugnó de aguyjar, et de sse salir quanto lo podia leuar el cauallo; mas tantos corrian en pos él, et asi lo enbargaron, et lo encerraron

entre sy, que lo presieron. Et á tanto aqui viene un villano grande, et fiero que traya en la mano una grant piedra, et dexóse yr á él, et dióle tal ferida con ella en los costados de trauieso que dió con él del cauallo en tierra, et matáralo, ssi gelo non tollieran. Et á tanto llegó el rey ante que lo levantasen de tierra, et fizo luego dar el aver al villano, de que despues fué rico, et bien andante. Et otro ssi llegaron y luego los del linage de Macaire que dixieron al rey:—Señor, bien sabet que nos nunca sopimos parte de Galeran, quando se armó para acorrer á Macaire que uos tenedes preso: ssi él fizo follia, Señor, fazer uos vuestra merçet; prendet aver por él, et rienda se uos. Et el emperador les defendió que nunca y fablasen jamás: que para aquel Señor que muerte priso en cruz, dixo él, que non prenderia por él el mayor aver del mundo: que ante non fuese rastrado, et despues enforcado por la garganta, commo ladron, et traydor. Entonçe mandó que lo guardasen bien; desy tornose al canpo.

XXVII. Mucho fué el traidor coitado á desmesura por el conde Galeran que era preso, que era su tio; et todos ssus parientes, los grandes et los pequeños, estauan en el canpo, et las guardas estauan otrossi armadas; et el duque don Aymes tenia el galgo por el cuello, et las guardas le dezian que lo ssoltase. Entónçe soltó el duque el galgo, et díxole: —Vete; á Dios te acomiendo que faga que te uengues de aquel que te tu sseñor mató, et que muestre y su miraglo por la su sancta merçet. Et el galgo sse dexó correr á Macaire muy sañudo, ca mucho lo desamaua. Quando Macaire vió venir el can, tomó su baston, et cuydólo ferir; mas el galgo se desuió, et salió en trauieso, et non lo pudo ferir, et dió tal ferida del baston en tierra que mas de un palmo lo puso por ella; et el galgo andóle á derredor, et asechó de quál parte lo poderia coger. Et Nuestro Señor, por mostrar y su miraglo, lo quiso ayudar que prendiese vengança de Aubery de Mondisder, su señor, que le él matára á traycion en el monte; et tanto andó assechando que le fué trauar en la garganta, ante que le uviese á dar con el baston, et tóuolo quedo, como un pueco, que se non pudo librar dél, cá non era derecho, cá se non oluidó á Nuestro Señor la traycion que él feziera; mas quando vió el traydor que lo non podia mas durar, començó de llamar á las guardas, et pedir merçet al rey.

XXVIII. A tanto ahé el rey do viene; et Guyllemer d'Escoçia, et Ougel, et Lardenois, et Goufre d'Ultramar, et Almerique de Narbona, et el bueno de don Aymes, et Bernalt de Brunbant, et todos los doze Pares fueron al galgo por gelo quitar, mas á muy grant pena la podian partir dél:—Señores, dixo Macaire, por Dios, fazetme oyr; yo bien veo que so muerto, do ál non há; mas si me quisiese el enperador perdonar este yerro, yo le diria toda la verdat, pues que non puedo guarir.—Certas, dixo el Enperador, non lo faria por tu peso de oro que te non faga arrastrar. —Señor, dixo el traydor, bien veo que so muerto, et que non puedo escapar, et quiero vos manefestar la verdat. Quando vos diestes á Aubery

de Mondisder la reyna á guardar, et que la guyase, yo fuí en pos ellos por tomar la reyna, mas Aubery me la defendió, et llaguélo muy mal, ca él era desarmado, con mi espada en la espalda. Quando lo vió la reyna todo ssangriento, començó de sse yr fuyendo por guarir por la floresta, así que la nunca despues pude veer por quanto la pude buscar. Así me ayude aquel Señor que el mundo tiene en poder, que nunca y mas ouo. Et fállome mal de lo que fize á Aubery, et non es marauiella de lo comprender. Señor, agora facet de mi lo que vos quisierdes.—Certas, dixo el enperador, non ssé lo que diga; mas bien sé que de trayçion non se puede omme guardar. Grant pesar ouo el enperador, quando le esto oyó contar, et el duque don Aymes dixo á muy grandes bozes á guisa de bueno:—¿Oystes deste malo cómo se sopo encobrir?... Certas, pues que él mató á Aubery de Mondisder, bien meresçe pena de traydor:—Ay! buen fidalgo, dixo el enperador ¿por quál vos prouastes? Ora se puede entender que de grant traycion vos acusaua este can.—Entonçe mandó echar á Macaire una cuerda á la garganta, et á Galeran, ssu tio, otrossy, et liarlos á dos cauallos, et fízolos rastrar por toda la ciudat, ca tal gualardon meresçen los traydores. Desy el emperador mandó muy bien guardar el galgo por amor de Aubery que él amaua mucho; mas el galgo se fué al monimento do lo viera enterrar, et echóse sobre él et dexóse morrer de duelo, et de pesar. Allí veriades llorar mucha gente de piadat, et el rey que fuera en pos él, et muchos ommes buenos con él, et començáronlo á catar, et ovieron ende todos grant pesar: dessy mandólo el rey enbolver en un paño de seda muy bueno, et fízolo soterrar en cabo del çemiterio de aquella parte do yazia su señor. Ora vos dexaremos de fablar del enperador et del galgo, et fablar vos hemos de la reyna, que Dios ayude, que sse yua derechamente á Constantinopla, et Barroquer con ella, sin mas de conpaña.

XXIX. Desque pasaron el rio de Ryn et fueron de la otra parte, entraron en Ungria et fuéronse derechamente á Urmesa, una muy buena ciudat, et posaron en casa de un rico burgués que avia su muger muy buena et de buena vida, que fezieron muy bien seruir la reyna. Mas quando veno á la media noche, llególe el tienpo de parir, et ella començó de baladrar et de llamar Señora Santa Maria que la acorriese. Tanto baladró la reyna que la dueña se espertó et fuése para ella et leuó consigo tres mugeres que la ayudasen á su parto, et tanto trabajó la dueña fasta que Dios quiso que ouo un niño, muy bella criatura, que fué despues rey de Francia, asy como cuenta la estoria. Et desque la reyna fué libre del niño, las dueñas lo enbolvieron en un paño de seda muy bien, et leuáronlo luego á Barroquer; et tanto que lo él vió, tomólo luego entre sus brazos, et comenzó mucho á llorar, et desenbolviólo et fallóle una cruz en las espaldas mas vermeja que rosa de prado.—Ay Dios, dixo Barroquer, por la tú bondat tú da proeza á este niño que tanto es pequenna criatura, porque aun sea señor de Francia que es su reyno.

Quando el dia apareció bel et claro, el burgués que era ome bueno, veno ver la reyna et saluóla muy omildosamente et díxole:—Dueña, conuiene que lieuen este niño á la eglesia et que sea baptizado.—Señor, dixo la reyna, sea como vos mandardes et Dios vos agradesca el bien et la onra que me vos feziestes. Et Barroquer tomó el niño en los braços, et leuólo á la eglesia, et el huéspet et su muger con él. Mas agora oyt la ventura que le Dios fué dar. El rey de Ungria que avia tienpo que moraua en aquella ciudat, leuantárase de mañana por yr á caça con su conpaña, et caualgó et topó en la rua con la huéspeda que preciaua mucho, et díxole:—¿Qué es eso que y leuades?—Señor, dixo ella, un niño que ha poco que naçió, que es fijo de una dueña de muy luenga tierra, et ayer á la noche la albergamos por el amor de Dios; et demandamos padrinos que lo tornen xristiano. Et el rey dixo:—Non yredes mas por esto, ca yo quiero ser su padrino, et criarlo hé.—Señor, dixo la huéspeda, Dios vos dé ende buen gualardon. Entonçe se fueron á la eglesia, et paráronse á derredor de la pila, et el rey tomó el niño en las manos, et católo, et quando le vió la cruz en las espaldas, omillóse contra la tierra.—Ay Señor Dios, dixo el rey, bien veo que de alto logar es este niño, et fijo es de algun buen rey coronado. Entonçe llamó el rey el burgués, á quien dezian Joserant, et díxole:—Guardat bien este niño, ca por ventura aun por él seredes ensalçados.—Señor, dixo el clérigo: ¿cómo auerá nombre?—Lois, dixo el rey, le llamen: bien sé que fijo es de rey; et por ende quiero que aya nombre, como yo, por tal pleito que Dios le dé onra et bondat.

XXX. Despues que el niño fué baptizado, el rey le mandó dar çient libras, et dixo al huésped que quando el niño fuese tamaño que podiese andar, que lo leuase á la corte, et que lo faria tener onradamente, et darle ýa quanto oviese menester, paños, et dineros, et palafrenes. Desy espedióse de aquella compaña, et el huéspede se tornó á su casa, et Barroquer contó á su señora la reyna, cómmo el rey era padrino de su fijo, et que él lo tomará con sus manos en la pila. Quando esto la dueña entendió, sospiró mucho et tomóse á llorar, et dixo:—Ay Señor Dios, á quán magno tuerto me echó mi señor, el rey de Françia, por el enano traydor que me cuydára escarnir. Mucho feziera nuestro Señor bien, que es ssin pecado, que feziese saber al rey et á los ommes buenos cómo me trayó aquel falso; mas despues que ovier mucho mal endurado, ssi plazer de Dios fuer, él me vengará, ssi lo por bien ouier: en él he yo mi esperança, et darme ha despues onra, si le ploguyer, ca fol es quien se desespera por coita que aya. Tal es rico á la mañana que á las viespras non há nada, et tal es pobre que sol non ha nada ni vn pan que coma, á qui da Dios mas que há menester: assí vá de ventura. Mucho avia la reyna grant pesar de que era echada en estraña tierra, do no veya amigo nin pariente, et ementaua á Cárlos, et su franqueza.—Mesquina, dixo la reyna; cómmo só echada en grant pobreza! Ssi yo de buena ventura fuese, en

Paris deuia yo agora yazer en la mia muy rica cámara, bien encortinada et en el mio muy rico lecho, et ser aguardada, et aconpañada de dueñas et de donzellas, et auer caualleros, et seruientes que me seruiesen. Marauillome cómmo Dios non há de mí piadat; mas él faga de mí todo su plazer, et á él me acomiendo de todo mi coraçon, et ruégole que aya de mí merçet, ca mucho só mal doliente. Et de aquel parto que ally ouo, priso una tal enfermedat que le duró diez años que se nunca leuantó del lecho: mucha sofria de coita, et de trabajo, et el huesped, et su muger sse entremetian de le fazer quanto podian fazer; et Barroquer pugnaua en seruir al burgués á su voluntad en sus cauallos, et en las çosas de su casa. En grant dolor et en grant coita yogó la reyna Seuilla todo aquel pleito, et el niño creçió en aquel tiempo tanto que fué muy fermoso donzel; et Barroquer le dixo:—Fijo, ¿sabedes lo que vos digo?.. El rey que es de esta tierra, es vuestro padrino, ca él vos sacó de fuente, et quando esto fué, díxonos que quando fuesedes tal que pudiesedes caualgar, que vos leuásemos á su corte.—Padre, dixo el donzel, á mi plaze mucho, si mi madre quisier, que es doliente; mas ya me semeja, padre, que guareçe, loado á Dios. Desy fuéronlo dezir á la reyna, et quando lo ella oyó, ouo ende grant plazer, et llamó á Joserant, su huésped, et díxole:—Buen amigo, yo vos ruego que me presentedes mi fijo al rey, et vaya con vusco Barroquer que uos lo lieue.—Dueña, dixo el huésped, yo faré vuestro mandado de buena mente. Entonçe leuaron el niño á la corte, et desque fueron antel rey, omilláronsele mucho, et dixieron:—Señor rey, aquel Dios que vos fizo, vos dé vida, et salut. El rey los resçibió muy bien, et preguntóles á que venian, et dixo á Joserant:—¿Há vos ese niño alguna cosa? Sí, dixo él, es mi afijado, et vuestro otrosi, et vedes aquí Barroquer, su padre, así commo yo creo, et commo él diz. Et el rey cató á Barroquer, ensonrreyéndose, por que le vió feo, et de fuerte catadura, et que lo non semejaua el moço en alguna cosa.—Joserant, dixo el rey, grandes graçias de mi afijado que me á vend, tan luengamente et tan bien, et vos aueredes ende buen galardon, si yo biuo. Et el rey llamó entonçe un su omme mucho onrado que auia nombre Elynant et dixole:—Mandamos vos que ayades este donzel en guarda, et que lo enseñedes á buenas maneras, et á todas aquellas cosas que á cauallero conviene saber, et axedrez, et tablas. Et él dixo que lo faria de grado, et así lo fiço despues: cá mas sopo ende que otro que sopiesen en su tienpo; et el niño finçó con él, et yua á menudo ver á su madre, et el burgués et su muger guardauan et seruian la dueña mucho onradamente, et fazíanle quanto ella queria. El burgués auia dos fijas niñas et fermosas, et la mayor auia nombre Elifante, que era mas bella, et ésta amaua mucho al donzel, et deziale á menudo en poridat:—Buen donzel, nos vos criamos muy bien, et muy viçiosamente, et vos bien sabedes que vuestro padre Barroquer traxo aquí á vuestra madre muy pobremente, et vos sodes, muy pobre conpaña, et si quisierdes ser sabidor, non yredes de aquí adelante; mas tomadme por muger, et seredes rico

para sienpre que vos non falleçerá cosa; ca bien sabedes que non há cosa en el mundo que tanto ame commo á vos.—Dueña, dixo Loys, vos sodes muy fermosa á marauilla, et muy rica, et yo muy pobre que non he ninguna cosa, nin mi madre otrossí que non ha ningunt consejo, si non mi padre Barroquer que la sirue; et vuestro padre me crió muy bien por su mesura, que nunca por mi ouo nada; mas sy me Dios llegase ende á tienpo, yo le daria ende buen gualardon; mas guardat uos, amiga, que tal cosa non me digades nin vos lo entienda ninguno. Quando esto oyó la donzella, mucho fué desmayada, et perdió la color, et fué mucho coitada de amor del donzel; mas el donzel que desto non auia cura, yuase para el rey, et seruia antél, et dáuale Dios tal donayre contra él, et contra todos que lo amauan mucho, et salió tan bofordador, et tan conpañero, et tan cortés que todos lo preçiauan mucho. Et desque Barroquer vió la dueña guarida, fué á ella, et díxole llorando:—Señora, nos auemos aquí mucho morado: por Dios, pues que sodes guarida á la merçet de Dios, et vuestro fijo es ya grande, et fermoso, pensemos de nos yr de aquí, et sea bien, et llegaremos á Constantinopla al enperador vuestro padre; et quiero fazer saber á vuestro fijo, si lo por bien touierdes, que es fijo de Cárlos, rey de Françia, et ssé que auerá grant pesar de la villania que el rey contra vos fizo, que vos echó de su tierra á tan grant tuerto, por mezcla de los traydores que Dios maldiga. Et la dueña respondió:—Barroquer, yo faré lo que me vos loades. Entonçe llamó la dueña á su fijo Loys, et díxole:—Amigo fijo, ssy vos quisiésedes, yo me querria yr de aqui para Constantinopla, do mora mi padre et mi madre et mi linage que son muy ricos, et muy onrados.—Señora, dixo el donzel, yo presto só para fazer lo que vos mandardes: ya agora querria que fuésemos fuera de aqui.

XXXI. Entonçe fezieron saber al huespet, et á la huéspeda que sse querian yr, et la huéspeda le dixo:—Dueña, vedes aqui vuestro fijo que es fermoso et bueno: çertas que yo lo amo mucho que es mi afijado, et bien cuydo, et assi me lo diz el coraçon, que aun dende me verná bien. Pues que asi es que vos yr queredes, tomad de mis dineros quantos menester ayades.—Dueña, dixo Barroquer, grandes merçedes, ssy yo biuo luengamente, quanto bien vos feziestes, todo vos será bien gualardonado, sy Dios quisier. Entonçe troxieron á la dueña vna muleta; et el donzel se fué al rey et espedióse dél: desy tornóse, et fuése con su madre; et Barroquer yua delante, su sonbrero en la cabeça, et su bordon grande et bien ferrado fieramente: mucho era grande el villano á desmesura, et mucho arreziado; et de commo era grande, et fuerte, et feo, Loys que lo cató, tomóse á reyr. Desta guisa entraron en su camino, et andaron tanto fasta que llegaron á vn monte que auia siete leguas de ancho et otro tanto de luengo, do non auia villa nin poblado, mas de vna ermita, mucho metida en el monte; et en el monte andauan doze ladrones que fazian grant mal, et grant muerte en

los que pasauan por el camino; et Barroquer, que vió el monte verde; et las aues cantar por los ramos á grant sabor de ssy, por sabor del buen tienpo et por alegrar á su señora, començó de yr cantando á muy grant voz, asi que el monte ende reteñia muy lueñe. Quando los ladrones lo oyeron, llegáronse al camino, et el mayoral dellos que auia nonbre Purçenait llamó sus conpañeros, et díxoles:—Amigos, yo non sé quien es aquel que canta; mas grant follia me semeja que ha fecha, quando tan çerca de nos se tomó á cantar, ca le non guarirá todo el oro de Françia que non prenda agora muerte. Entonçe se guisaron todos, et sacaron las espadas de las baynas, que trayan sobarcadas, et estouieron asechando: atanto vieron á Barroquer et á la reyna et su fijo Loys; mas quando el cabdillo de los ladrones vió la dueña tan fermosa, cobdiçióla mucho, ca bien le semejó la mas fermosa dueña que nunca viera; et dixo passo á sus conpañeros:—Por Dios mucho nos aueno bien, ca aquella aueré yo, et despues darla hé á todos, et el donzel et el villano matémoslos. Entonçe dieron todos bozes:—¡Ay don viejo! que en mal punto uos tomastes á cantar, ca perderedes por ende la cabeça, et nos faremos de la dueña nuestro plazer.—Tanto que Loys esto entendió, tiró luego la espada de la bayna, et Barroquer que esto vió, díxole:—Fijo, non vos desmayades: çertas yo non los preçio vna nuez, ca non son cosa; et tomó el bordon con anbas las manos, et alçólo, et dió tal ferida con él al primero que ante ssy cogió en la tiesta que le fizo salir los ojos de la cabeça; desy ferió luego á otro, que lo metió muerto en tierra, que nunca mas fabló, et dió muy grandes bozes et dixo:—Ladrones, traidores, non leuaredes la dueña; et Loys que lo cataua, et tenia la espada sacada, dió tal ferida á vn ladron que lo fendió fasta los ojos.

XXXII. Muçho fué el donzel despresto et ardit, et Barroquer estaua cabo él, et preciaua de lo ayudar et de matar los ladrones; muchos caualleros los lançaron, et la dueña daua grandes baladros, et dezia:—Ay Dios! Señor verdadero, ayudatnos: gloriosa Sancta Maria, acórrenos á esta coita. Et el mayoral de los ladrones tenia vn cochiello que era muy tajador, et dió con el tal ferida á Barroquer que le cortó la saya et la camisa, et llagólo; mas Barroquer que era mucho esforçado, alçó el bordon et dió tal golpe á Purçenait en la cabeça que le fizo salir los meollos, et dió con él en tierra. Desy y díxole:—Ya y yazeredes, ladron traydor. Ay Dios, dixo la reyna, ayudat á Barroquer et á mi fijo Loys, que estos ladrones non les puedan nozir. Quando los ladrones otros vieron su Señor muerto, començaron de fuyr; mas don Barroquer con su bordon non les dió vagar et mató ende los seys, et Loys los çinco con su espada, et el dózeno fincó biuo, que pedió merçet á Loys á manos juntas en inojos que lo non matasse, et díxole:—Ay buen donzel, por Dios vos pido merçet que ayades de mí piadat, et que me non matedes; et sy me dexardes viuir, grant pró por ende vos verná, et dezir vos hé como non ha en el mundo thesoro tan ascondido nin tan guardado en torre nin en

çillero que uos lo yo non dé todo, nin cauallo, nin palafren, nin mula non será tan encerrada que uos la yo dende non saque et vos la non dé, ssy me con vusco leuardes. Atanto aqui viene Barroquer corriendo, do fuera en pos los que matara, et dió grandes bozes, et dixo:—Et qué es esto, Loys?... Señor, por Dios et qué estades faziendo que non matades ese ladron?—Non lo faré, padre, dixo él, si fezier lo que me promete: diz que non averá tan grant thesoro en ninguna parte nin tan guardado que si él quisier que lo non saque et me lo non dé, et otrosy cauallos, et mulas, et palafrenes.—Buen fijo, diz Barroquer, nunca te fies en ladron, ca aquel que lo quita de la forca, á ese furta él mas toste, et ese se falla dél peor.—Non, dixo Loys; mas veamos lo que nos dende verná; mas aun creo que nos ayudemos dél, si lo bien quisier fazer. Entonçe dixo Barroquer al ladron:—¿Cómo has tú nonbre? non me lo niegues.—Señor, dixo él, nin faré; yo he nonbre Griomoart.—Ay Dios, dixo Loys, qué estraño nonbre!...

XXXIII. Griomoart, dixo Loys, ssy Dios me vala, tú as nonbre de ladron; mas ssy andas bien contra mi, tú farás tu pró.—Señor, dixo Griomoart, asy me salue Dios que me non saberedes cosa deuisar, que yo por uos non faga, que non dexaria de lo fazer por cuydar y prender muerte.—Amigo, dixo el infant, mucho te lo grãdesco; mas agora me dy, amigo, ¿somos çerca de alguna villa, do podamos albergar? Ca mi madre va muy lassa, et ésle muy menester de folgar, ca ya es muy tarde.—Señor, dixo el ladron, esta floresta dura mucho, que más auedes aun de andar ante que la pasedes de quatro leguas, que non fallaredes villa nin poblado; mas á çerca de aqui ha una hermita, do poderedes yr por un sendero do uos yo saberé guiar; et y mora vn santo hermitaño que es muy buen clérigo: muchas vezes fuémos á él por lo ferir ó matar; mas asi lo guardaua Dios de mal, que siempre nos fazia tornar atras, que nunca podiamos açercar en la hermita. Et este es hermano del enperador de Constantinopla que ha nonbre Ricardo, que ha dos fijos los más fermosos del mundo: el el uno es cauallero atan bueno que le non fallan par; el otro es una fija que es la mas fermosa dueña que pueden saber, et tiénela casada con el rey de Francia, á que dizen Cárlos. Quando Barroquer oyó fablar del hermitaño et del rey Cárlos, cató á la reyna et vióla llorar muy fieramente et díxole:—Por Dios, señora, non lloredes: ssi quier por amor de Loys vuestro fijo vos conviene de lo encobrir; mas pensemos de andar et llegaremos á vuestro tio et veerlo hedes. Entonçe non sse detouieron mas et fuéronse por aquel ssendero que el ladron sabia, et Barroquer yua siempre delante la Reyna; et andaron tanto que llegaron á la hermita, et vieron la morada del hermitaño que avia la puerta muy pequeña, et en la entrada estaua vna canpana colgada entre vna feniestra; et Barroquer fué á ella et tañióla, et el hermitaño que yazia ante el altar en oraçion, tanto que oyó el sson, leuantóse et salió fuera de la eglesia; et quando cató et vió la dueña, et el

donzel, et Barroquer, et el ladron maravillóse mucho et díxoles:—Por Dios ¿qué gente sodes, ó qué demandades?... Ca vos non leuaredes de lo mio valia de vn dinero; ante seredes todos muertos, como yo cuydo, ca aquí çerca andan ladrones que tienen las carreras que les non puede escapar grande nin pequeño.—Señor, dixo Loys, non dubdedes, ca ya nos desos fezimos justiçia acá donde venimos.—Et el hermitaño respondió: —Vos feziestes y muy grant limosna; mas de vna cosa me marauillo mucho, que bien ha treynta años pasados, segunt yo cuydo, que non vy omme nin muger por aqui pasar fuera á vos solamente; mas ¿quién es aquella dueña que tan fermoso fijo tien que bien deuia ser señor de vn reino? Et seméjame de la dueña que va despagada.—Señor, dixo Loys, la dueña es mi madre non y dubdedes, et este es mi padre que ha nombre Barroquer, muy buen omme; este otro es nuestro seruiente, et aluergadnos et faredes grant merçet, et grant limosna.—Señor, dixo el hermitaño, para el cuerpo de Dios que yo non hé feno nin auena, nin pan nin çeuada nin otra cosa; et pésame ende, sy non vn pan de ordio solamente muy mal fecho, nin ropa, nin cámara, do uos yo pueda albergar. —Señor, dixo Loys, aquel que lo dió á Moisen en el desierto, nos dará del ssu bien, si en él ouiermos nuestra esperança. Et el ermitaño respondió:—Pues venit adelante et tomad todo quanto yo tengo.

XXXIV. Desque entraron en la casa, el omme bueno que era de buen seso et de alto linage, llamó á Loys á parte, et dixole:—Buen donzel, et qué comeredes de tal bien, como yo daré á uos, et á vuestra conpañа?—Señor, dixo Loys, grandes merçedes. Entonçe entró el ermitaño en su çelda, et ssacó dende vn pan de ordio et de auena et non lo quiso tajar con cochillo, mas partiólo con las manos en quatro partes, et dió á cada vno su quarto. Et desque comieron, Sseuilla la reyna sse llegó al hermitaño et començó de fablar con él et díxole:—Señor, por Dios consejatme, ca mucho me faz menester. Et el hermitaño le respondió muy sabrosamente:—Dueña, dezitme dónde sodes ó de qual tierra andades.—Señor, dixo ella, yo non vos lo encobriré; yo sso natural de Constantinopla, et sso fija del enperador et de su muger Ledima, et el enperador de Francia Cárlos me demandó á mi padre por muger, et mi padre me le enbió muy ricamente, et muchos ommes buenos venieron entonçe conmigo, et leuáronme á Paris; et alli casó conmigo, et tóuome vn año consigo. Non vos negaré nada; et echóme de su tierra por mezcla falsa de traydores, por los parientes de Galalon. Señor, dixo la dueña, asi me salue Dios que todo esto fué verdat, que me oydes contar; que me basteçieron aquellos traydores que mal apresos sean, et Cárlos me dió entonçe á vn su cauallero que me guyase que llamauan Aubery de Mondisder, muy leal et muy cortés, et Macaire el traydor veno en pos de nos por me escarnir si pudiese; mas Aubery pugnó de me defender dél con su espada; mas el otro que andaua armado, lo llagó muy mal. Et quando yo esto ví, metíme por el monte, et comencé a fuyr, et asy an-

dé fuyendo toda la noche fasta el alua del dia que fallé aquel omme bueno que alli vedes, et contéle toda mi coita; et quando lo él oyó, tomóse á llorar con duelo de mi, et desanparó su muger et ssus fijos et quanto auia, et vénose conmigo por me guardar et me seruir. Non vos ssé contar todas nuestras jornadas; mas venimos nos á Urmesa, et posamos en casa de un buen omme, á quien Dios dé buena ventura; et ally pary en su casa á Loys que vos vedes que es fijo del enperador Cárlos, que es señor de Françia, et nieto del enperador de Constantinopla. Quando el ermitaño oyó asy fablar la dueña, començó de ssospirar muy de coraçon et á llorar mucho de los ojos.—Dueña, dixo el ermitaño, vos sodes mi sobrina, non dubdedes y, et dezir vos hé qué faredes: aqui uos conviene de folgar, et yo yré al Apostóligo fazerle desto querella, et contarle he vuestra fazienda, et echará escomunion sobre Cárlos, ssy vos non quisier resçebir: despues yrme he á Constantinopla á vuestro padre, et dezirle hé todo esto, et fazerle he ayuntar sus huestes, et y vernan grifones et pulleses et lonbardos por guerrear á Françia. Et ssy Cárlos vos non quisier resçebir, non puede falleçer de la guerra en guisa que yo lo cuydo echar de la tierra á ssu desonrra, et quiérome partir desta ermita, que mas y non moraré, et tornaré al sieglo á traer armas, et la lazeria que fasta aquí sofrí por Dios, quiérola toda oluidar et puñar de comer bien, et de beuer bien, et de me tener viçioso. Assy dixo el hermitaño que Dios ssalue, et llamó á Barroquer, et díxole.—Amigo, conviene que vayades á vn castiello que es aquí çerca por comprar que comamos.—Señor, dixo Barroquer, yo yré y muy toste. Quando la dueña oyó asy fablar el hermitaño, començó á llorar de alegría que ende ouo.

XXXV. Entonçe se guisó Barroquer de yr, que ende auia grant sabor, et Griomoart sse adelantó et dixo:—Señor, que yo uos faré ricos et bien andantes para en todos vuestros dias.—Señora, dixo Barroquer, grandes merçedes. Entonçe se guisó Barroquer á guysa de penitençial, et tomó una grant esclauina, et una esportilla, et bordon en la mano, et un capirote, et sonbrero grande que todo el rostro le cobria; mas con todo esto non oluidó el auer et los paños. Desy espidióse et fué su carrera et fué de allí mañero á Proyns; otro dia de mañana se salió de alli et fué mañero á Emaus á la noche, et desque entró por la villa, començó de yr fincando su bordon, et fuése derechamente á su casa, et llegó á la puerta, et vió sseer á su muger muy pobremente vestida, et muy lazrada, et dezia al mayor de sus fijos:—Fijo, ¿et por qué beuimos tanto, pues perdimos á Barroquer, tu padre, que nos mantenia, et pensaua de nos? Ya non auemos qué comer nin de qué beuir. ¡Ay mesquina catiua! qué grant pesar dél hé, et qué grant mengua me faz! Assy dezia la dueña muy doloridamente, su mano en su faz, et llorando mucho. Quando esto vió Barroquer, començó á llorar de piadat, et llegóse mas á la puerta, et díxole:—Dueña, por Dios albergatme ya oy, et faredes grant limos-

na, et la muger que seya triste, quisiérase dende escusar á todo su grado, et díxole.—Id á Dios, amigo, ca non es guisado de albergar á vos, nin á otro, ca non tengo en que, Dios lo sabe et pésame ende; mas yd á Dios, que vos guye. Asy fabló la dueña que seya muy desconfortada por su marido que le tardaua tanto.—Dueña, dixo Barroquer, que Dios vos salue, albergatme, ca non sé para do vaya. Et la dueña ouo dél piadat, et otorgólo, et dixo:—Venit adelant; et començó mucho á llorar, et díxole:—Vos seredes aquí albergado; mas ruego vos que roguedes á Dios que el mundo fizo et formó, que él me dexe avn ver mi marido Barroquer que me tanto sabia amar, que ya tan grant tiempo há que sse de mi partió, et nunca lo despues mas vy, et por ende cuydo que es muerto, ca él desamparó ssu asno, por qué guareçiamos, que sse veno para mi casa, cargado de leña, que oy mañana leuó mi fijo por nos ganar que comiésemos muy catiuamente, de que me pesa mucho, ca non hé que uos dar. Quando Barroquer oyó asi fablar á su muger, ouo ende tal piadat que sse tomó á llorar ssó su capirote, assy que todas las baruas et las fazes ende eran mojadas, et díxole:—Dueña, por Dios, ¿cómo auedes nombre?—Señor, dixo ella, á mi dizen Maria et fincaron me dos fijos de mi marido: el mayor es ydo al monte por traer de la leña que carga en el asno que su padre dexó; el otro anda pediendo las limosnas por la villa. Entre tanto entró el moço que fuera demandar las limosnas ssu pan en ssu saquete que ganara. Quando lo Barroquer vió, todo el coraçon le tremió, et metió mano á su bolsa et sacó dineros, et dixo al moço:—Fijo, ¿saberás tú conprar pan et vino et carne que comamos?—Ssy, dixo él. Entónçe le dió los dineros; et desque los el moço tomó, fuése á la villa, et conpró todo quanto su padre le mandó, et tróxolo, et candelas otrosy. Entre tanto Barroquer fendió leña et fizo fuego, et en quanto se guisauan de comer, llegó el otro fijo su asno ante ssy, cargado de leña. Tanto que lo vió Barroquer, luego conosçió que era su fijo, et el coraçon le saltó de alegria que ende ouo, et dixo á muy alta voz:—La bestia fará contra su señor lo que non fizieron sus fijos.—Tanto que el asno oyó fablar á Barroquer, començó á rrebuznar de tal guisa que bien entenderia quien quier que lo conosçia, et fuése para él que lo non podian dél quitar. Quando esto vieron los fijos, marauilláronse ende mucho, porque el asno fazia esto contra su huésped. Dessy tomáronlo et fuéronlo prender en su peseure; dessy posáronse á la mesa, et Barroquer comió con su huéspeda et los fijos anbos de consuno; et desque comieron bien et á su vagar quanto menester ouieron, Barroquer que metia en ellos mientes, era ende muy ledo en su voluntad:—Ay Dios, dixo el fijo mayor, cómo somos guaridos: buen padre auemos fallado; bendito sea quien lo crió, ca bien nos auondó de comer.—Ssé palmero, dixo él.—Por Dios palmero, non vos vayades para ninguna parte et fincat con nusco. Et Barroquer quando esto oyó, tomóse á llorar, et la dueña se marauilló ende.

XXXVI. Despues de comer, leuantáronse anbos los mancebos, et alçaron las mesas; desy pusieron de la leña en el fuego por amor del buen huésped, et desque anocheçió, Barroquer llamó su huéspeda, et díxole:—Dueña, ¿do fogaré esta noche?—Palmero, dixo ella, yo uos lo diré. Vos fogaredes çerca el fuego et ternedes un saco fondon de uos, ca yo non he chumaço que vos dar.—Dueña, dixo Barroquer, non sea assy; mas durmamos de consuno, ca yo non he muger, nin uos marido, et quiero uos dar por ende cient sueldos. Quando aquesto oyó la muger, tornó tal como caruon et cató á Barroquer muy sañuda et de tal talant, et díxole á muy grandes bozes:—Garzon lixoso, fi de puta, salid de mi casa, ca sy ay mas estades, tantas palancadas uos faré dar en los costados que todos uos los quebrantarán; ca llamaré agora á todos mis vezinos que uos apalanquen. Barroquer quando vió su muger tan sañuda, et porque la auia tan bien prouada, non se quiso mas encobrir contra ella. Entonçe desnudó su esclauina que traya vestida, et finco en saya el muy buen vejaz, et fué abraçar á su mugier; et ella lo cató et començóse á marauillar, et desque lo cató, díxole:—¿Quién sodes uos, buen señor? non me lo neguedes.—Dueña, dixo él, yo ssó Barroquer vuestro marido, que uos tanto soliades amar: vos non me conosçiades ante, quando aqui llegué á la viespra; mas conosçióme el mi asno, que tanto que me oyó luego se tomó á cantar. Quando la muger lo entendió, toda la color se le mudó, et conosçiólo luego, et fuélo abraçar, et besar muy de corasçon, et Barroquer otrosy á ella; et non sse podian abondar uno de otro. Despues desto Barroquer fué abraçar et besar á sus fijos, et començaron todos á llorar de alegria, et los fijos dixieron á Barroquer:—Señor, bien seades venido. Barroquer se asentó con su muger á fablar et díxole:—Amiga, de oy más ssed alegre, ca yó ssó muy rico; ca yo he ganado tal auer et tal thesoro, por que seremos ricos, et bien andantes para sienpre. Entonçe le contó cómo fallara la reyna de Françia desanparada et cómo se fuera con ella, et la guardara, et díxole:—Tomad este don que uos enbia ella, et confortad uos bien, ca á mi conuiene de me partir crás de mañana, et yrme he derechamente á Paris por veer los traydores que á mi señora la reyna fizieron mezclar, donde el enperador Cárlos fué mal aconsejado.—Señor, dixo la muger, Dios uos guie et uos guarde de mal, et guardat uos de entrar en poder de aquellos.—Ssy faré, dijo él, non y dubdedes. Entonçe sse fueron echar á grant plazer de ssy. Otro dia mañana se leuantó Barroquer que auia muy á coraçon su carrera, et bestió su esclauina, et tomó su bordon, et su esportilla, et espidióse de su muger que lo amaua tan mucho que non cuidauá ver la ora en que tornase á Emaus; et partióse de su casa, por yr á Paris.

XXXVII. Agora se vá Barroquer, que Dios guarde de mal, su esclauina vestida, et su bordon en la mano. Et començó á trotar, et llegó á Paris á ora de yantar, et entró por la villa et vió las gentes ayuntar por

la çiudat, et vió fincar tiendas fuera de la villa por los campos. Quando esto vió Barroquer, començó mucho á llorar, et dixo:—Ay Señor, Ihu. Xpo, que en la vera cruz te dexaste prender muerte por los pecadores saluar, tú faz á Cárlos que sse acuerde et que resçiba la reyna su muger derechamente como deue. Et desque comió en casa de un omme, do posó, salióse fuera de la çiudat, et fuése por ribera del rio de Ssena, donde posauan muchos altos ommes et poderosos, et y eran dé los traydores. Mas tanto sabet todos que non ouo rey en Françia del tiempo de Merlin fasta entonçe que non ouiese traydores que le feçiesen muy grant daño; mas non tanto como á este. Desy fuese contra la tienda del rey, et viólo seer muy triste, et con él seya don Aymes que era muy buen omme. Don Aymes, dijo el enperador, aconsejarme deuedes: yo ayunté aquí mis gentes, así como vos vedes, por defender mi tierra, ¿qué vos pareçe y?—Señor, dijo el duque don Aymes, yo uos daré buen consejo si me vos creer quisierdes; yo oy dezir, et así es verdad, que Loys vuestro fijo, es entrado en Chanpayna, et con él el enperador Ricaldo, su abuelo, señor de Greçia: et ya son con vuestro fijo acordado, Almerique de Narbona et sus fijos, que son tan poderosos, et tan buenos caualleros, et çertas mucho faria contra razon quien contra él fuese, et seria muy grant daño de uuestros ommes; mas, Señor, resçebit vuestra muger, que es tan buena dueña, et Dios et el mundo vos lo terná á bien.—Señor, dixo Mançiones, un gran traydor, aquel dia que la vos tomardes, sea yo escarnido: muger que así andó abaldonada á quantos la querian por la tierra, que non ouo garçon que non feziese en ella su voluntad. Quando esto oyó Barroquer que y paraua mientes, á pocas non fué sandío, et non se pudo tener que non dixiese:—Çertas, greton ligoso, mentides: et si non fuese porque estades ante el enperador, tal palancada vos daria deste bordon, que la sentiriades para siempre. Quando aquesto el enperador oyó, tomóse á reyr; et Ougel otrossy et los otros ommes buenos, que y sseyan, et dixieron entre ssy que sandío era el palmero. Dixo el rey:—¿Dónde venides?—Señor, dijo él, yo uos lo diré: yo vengo de Jerusalen do Dios fué muerto et biuo, et pasé por Bregoña, et y fué robado de vna gente mala que y fallé, et era tan grant caualleria que despues que el mundo fué fecho no fué ayuntada tan grande, et son ya en tierra; et esto faz el enperador Ricardo que trae y su fija et su nieto, que es ya bueno et arreziado, et todos dizen del niño que es vuestro fijo; et que por fuerça sea rey de Françia, et que porná á vos fuera de la tierra. Et por el consejo vos non los atenderiades, cá el infante muy fuerte es, et muy dultadorio; et diz que [illegible] derecho de heredar á Françia, et que se quiere entregar de la tierra, á quien quier que pese ó ploga, et que sea rey coronado; et yo le oy jurar por todos los santos de Dios, que ssy pudiese coger en la mano los traydores que con vusco son, que su madre trayeron, et la fezieron echar tan viltadamente de la tierra que los non guariria todo el oro del mundo que los non feziese quemar. Et vos mes-

mo podedes y prender gran vergüeña, así como él dezia. Por lo qual vos yo loaria que vos fuésedes de aquí, ante que fuésedes preso ni mal trechos. Quando esto oyó el enperador, fué muy sañudo et ouo ende grant pesar; mas Barroquer non semejaua omme que pauor oviese, ante dixo al rey muchas cosas del infante Loys de menazas, et el emperador lo llamó, et díxole:—Palmero, ¿qué dicen aquellas gentes? ¿Vernán mas adelante, ó qué cuydan de fazer?—Señor, dijo Barroquer, asi aya Dios parte en la mi alma, que ellos amenazan fieramente los traydores de Francia, que ssy los cogen en poder que los non guarirá cosa que non sean destruidos ó trenados.—Señor, dixo Mançiones, yo vos digo bien que este palmero es escucha; mandat le sacar los ojos; dessy enforcadlo.—Non lo faré, dixo el rey; ante quiero fablar con él et oyr de sus nueuas.—Palmero, dixo el rey, ¿ssabes algunt menester?—Si, señor, dixo él, sso tal manescal de conoscer buen cauallo, ó buen palafren, que en el mundo non ha mejor, nin que lo mejor sepa guarescer de su enfermedat, nin mejor afeitar.—Certas, palmero, dixo el rey, tú deues ser muy onrrado, sy verdat es lo que dizes; et quiero que finques conmigo et fazer te he algo, ca yo hé un cauallo ruçio muy preciado; tan fuerte et tan fiero que ninguno non se osa llegar á él, ssynon yo et los ommes que lo guardan. Et Barroquer dixo:—Veamoslo: quiça yo vos daré y recabdo.—De grado, dixo el rey. Entonçe enbió por el cauallo; mas quatro mançebos que lo auian de guardar fueron á él et enfrenáronlo, et tiráronle las cadenas et las presiones otrosy, et leuáronlo todos quatro al rey, et descobriéronlo de una púrpura de que estaua cobierto; et el cauallo alçó la cabeça, et tomóse á relinchar muy fieramente et á soplar mucho. Era el cauallo bel de guisa que le non sabian par, nin auia omme que sse enfadase delo ver, et dezian todos et jurauan que nunca tan fermoso cauallo vieran. Et Barroquer, que lo cataua, començó á pensar, et dixo en su coraçon:—¡Ay Dios, Señor! dame Señor, si te plaz, que yo pueda leuar este cauallo á mi señor; mas si en él caualgase sin siella, cuydo que caería muy toste, ca non ssó acostunbrado de caualgar en cauallo en hueso. Et do el rey estaua assy en riba de Ssena et catando su cauallo, de que se pagaua mucho, dixo contra don Aymes:—Duque, ¿vistes desque naçistes tal cauallo como este? Et él dixo que non; et Barroquer se adelantó et dixo:—Señor, si el cauallo fuese ensellado, por la virtud de Dios, yo cuydaria prouar su bondat.—Quando esto oyó el rey, mandólo ensellar toste, et desque lo troxieron, Barroquer quitó de ssy su esclauina, et puso el pié en la estriuera, et caualgó muy ayna; et el cauallo començó á tomar con él muy esquiuos saltos, et de esgremirse, en manera que á pocas non dió con él en tierra, et Barroquer echó mano á las crines, et los caualleros que lo vieron, dixieron:—Agora veredes el gritar fiero et el ruido, quando el palmero cayer. Et Barroquer que lo oyó, non daua por ende nada; mas dezia entre sus dientes que no seria, sy á Dios ploguyese: ante se tenia bien en la siella, et él metió el bordon só el braço derecho,

et con los grandes çapatos que tenia aguyjó el cauallo et soltóle la rienda, et el cauallo començó de correr tan fieramente que semejaua que bolaua. Assy lo arremetió por el prado: dessy vénose contra el enperador, et díxole á muy alta boz:—Rey, yó ssó Barroquer de la barua cana: ssy yo vine á uos por esculca, agora me tornaré á Loys, vuestro fijo, el muy preçiado, et á vuestra muger la reyna Seuilla, que yo por mi cuerpo guardé de mal, et guyé, et seruí á mal grado de los traydores que la fezieron desterrar á tuerto. Et si vuestra muger non resçibierdes, sabet que Françia será por y destruida; mas como quier que avenga, este buen cauallo leuaré yo, et finque uos la mi esclauina, ca bien la avedes conprada. Entonçe ferió el cauallo de las espuelas, et fué su carrera et el enperador metió grandes bozes:—Varones, ydme en pos él, por el amor de Dios, ca si assí pierdo mi cauallo, jamás non averé alegría: et quien me pudier prender el palmero, çient marcos de plata le daré en albriçias. Entonçe caualgaron caualleros et escuderos, et siruientes et priuados et vnos et otros; et y fué el duque don Aymes et Ougel et Galter de Corauina, et los parientes de Galafon, que Dios maldiga. ¿Qué uos diré?... Quien quier que buen cauallo tenia, caualgó en él ssyn detenençia, et el enperador mesmo y fué. Assy fueron todos en pos él; mas Barroquer que yua delante en el buen cauallo, rogaua yendo mucho á Dios que lo guardase de caer, et así corrió fasta Ormel que se nunca detouo. Entonçe cató en pos sy, et vió muy grant gente venir en pos él, por lo prender: entonçe aguijó mas el muy buen cauallo et fuése á Gornay; et pasó por y que non se detouo cosa, et llegó á Leni; mas non quiso y fincar, et yua tan reçio por medio la plaça, que semejaua tenpestad de guisa que non auia y tan ardido, que se le osase parar delante nin preguntar.

XXXVIII. Assi se pasó Barroquer por Leni en el buen cauallo; et desque fué fuera de la villa, cogióse por el camino de Proyns, et fuese quanto el cauallo lo podia leuar, asi que poco daua por los del rey Cárlos que en pos él corrian. Entre tanto llegó el duque don Aymes et Aleni et Ougel, et con ellos bien quatro mill franceses, et fueron preguntando ssy vieran por y pasar vn villano en vn buen cauallo muy corredor. —Ssy, dixieron los burgeses, que mal apreso vaya él allá do vá, por aquí pasó, tal como el viento. A tanto llegó el rey que venia metiendo bozes:—Varones agora por Dios, yd en pos él, ca ssy me escapa, jamas otro tal cauallo no averé á mi cuydar. Entonçe caualgaron todos los de la villa, burgeses et caualleros, et seruientes, et fueron en pos él; mas Barroquer que yua adelante alongado dellos, llegó á vn monte á ora de viespras, que era çerca de Emaus, et falló á su fijo en la carrera que leuaua su asno cargado de leña, et conosçiólo luego, et díxole:—Fijo, saludame á tu madre, ca yó non hé vagar de fablar mas contigo; ca vien en pos de mí el rey Cárlos con muy grant conpaña: agora te vé á Dios, ca non hé poder de mas contigo estar. Tanto estouo ally él fablando con su fijo fasta que vió el rey Cárlos, et de tan lueñe que lo vió, metióle bo-

zes:—Ay fí de puta, non me escaparedes que non seades enforcado. Et Barroquer que lo oyó, le respondió:—Non será asy, si á Dios plaz. Et començóle de gritar. Entonçe aguyjó el cauallo que se non detouo mas; et mas toste se alongó dellos ques marauilla, et fuese por Colomer su uia; et la luna era muy clara, et llegó á ora de matines á Proyns, et pasó por y sin enbargo ninguno, et el rey Cárlos llegó y al alua del dia, et Ougel et el duque don Aymes, et con ellos bien trezientos á cauallo, et fueron preguntando á los de la villa:—Vistes por aquí pasar vn villano ençima de vn buen cauallo?—Et ellos dixieron que non sabian dél parte. Et Barroquer que iba en el buen cauallo fuçio, tanto andó de dia et de noche que llegó á tierra do fué muy bien reçebido; mas tanto cuytó el cauallo que era todo trassuado; et así fué ante el infante Loys, et presentógelo et díxole:—Tomad este cauallo, señor infante, que es el mas marauilloso que nunca omme vió, que fué del rey Cárlos, vuestro padre. Entonçe le contó cómo Cárlos feziera ayuntar su hueste en Paris, muy grande, et que yazia en ribera del rio; et quando el rey me vió leuar su cauallo, mandó venir su hueste en pos de mí, et él venia delante mas brauo que vn leon: et poder los hedes fallar á siete leguas de aquí muy pequeñas.—Por Dios, dixo el infante: ¿assy vien en pos de vos mi padre por su cauallo?—Certas ssy, dijo Barroquer.—Barroquer, dixo el infante, ¿qué gente anda con él? Non me lo niegues.—Señor, dixo él, bien son treynta mill; los vnos vienen delante, et los otros detrás; así como les aturan los cauallos, mas bien los podedes todos prender, si quisierdes.—Quando esto Loys oyó, començo á dezir:—Armas, armas, cauallos!... ca yo prenderia de grado á mi padre, en tal que lo feziese otorgar con mi madre.—Entonçe veriades griegos, así los altos como los baxos, correr á armarse, que non fué y tal que se dende escusar quisiese, et el enperador Ricardo fué armado en los primeros muy ricamente, et subió en su cauallo, et don Almerique de Narbona, et Guyllemér, el guerreador, et todos los otros de su conpaña, et assy se ayuntaron en vn punto bien treynta mill; et Barroquer dezia:—Todos los poderedes prender, si quisierdes. Quando esto vió Loys, començó á dar bozes que mouiesen. Entonçe fueron su carrera, aguyjando quanto podian contra los franceses, et yendo asy, dixo el infante:—Ay Dios, Señor, que el mundo formaste por tu grant poder et quisiste que fuese poblado de gente, dá al rey mi padre coraçon que resçiba á mi madre por muger, asy como deue. Assy se fué la hueste de los griegos muy esforçadamente, assy que de los piés de los cauallos salia tan grant poluo, que muy de luene paresçia. Quando esto vió el enperador Cárlos, fué mucho esmayado, et el duque don Aymes le dixo:—Señor, en barata somos; mucho corrimos me semeja en pos el penitençial. Ahé aquí los griegos vienen de rrandon con Loys, vuestro fijo, que es muy sañudo de su madre que echastes de vuestra tierra; et con él vienen Almerique de Narbona et sus fijos, et mucha otra caualleria, et el enperador Ricardo de Constantinopla que vos desama mortalmente, por su

fija que ayedes dexada, onde entonçe creyestes los traydores que Dios maldiga. Ora es por eso vuestra tierra metida en duelo et en tormenta; et nos por ende seremos todos presos ante del sol puesto; et seria muy grant derecho para la fé que deuo á Dios, desy que todos somos desarmados, si non de nuestras espadas, si nos non uviamos acoger á algun castiello; nunca tal perdida perdimos desque perdimos Oliuer et Roldan, como esto será; nunca desde entonçe acá oue tan grant pauor, como agora hé: Dios nos acorra.

XXXIX. Don Aymes, dixo el enperador, por buena fé non sé lo que y podamos fazer: bien sé que el enperador de Constantinopla me desama mortalmente et há razon por qué; ca eché su fija de mi tierra muy malamente, et nos non auemos castiello, á que nos acojamos.—Señor, dixo Salamon, aquí non avemos que tardar, ca el proueruio diz que *mejor es buen foyr que mal tornar*. Entonçe se asonbraron los franceses ante el rey Cárlos, mas non auia y tan bueno que pauor non ouiese; ca mucho dubdauan los griegos que venian de rrendon.—Señor, dixo el duque don Aymes, entendet lo que uos quiero dezir: á ssiete leguas de aqui há un castiello en una montaña, á que dizen Altafoja: ya lo uos touiestes çercado, quando yazia dentro Grifonet que fizo la trayçion, quando vendió Roldan al rey Marssil, et non uos pudo escapar, ante ouo su gualardon de la traycion que feziera, ca fué quemado. Pues vayamos á Altafoja, et sy nos y çercaren, muy bien nos defenderemos, si Dios quisier; et mal aya el que non se defendiere fasta su muerte. Et Cárlos dixo:—Agora fagamos esa via de parte de Dios. Estonçe mouieron de rendon contra Altafoja, et el enperador cató la grant gente de los griegos que en pos ellos yuan quanto mas podian: assy que ante que fuesen ençima de la montaña, los alcançaron los griegos. Ally podriades ver mucho golpe de espada et de lança et de porra; mas los franceses puñaron de se acoger á la rocha, ca bien veyan que los non podia durar, et desque fueron en el castiello, cerraron muy bien las puertas. Assy fueron los franceses encerrados onde sse desmayaron mucho, et los griegos los çercaron á derredor, et mandaron tender tiendas et tendejones en que posasen, et fezieron choças de ramas; mas pero ante que los franceses se acogiesen, prendieron dellos los griegos veynte et çinco. Et destos eran dos de los traydores que Dios maldiga: el uno dellos era Mançion, et el otro Justort de Claurent, et por estos dos fuera la reyna traida et echada á dolor et á desonrra de ssy. Et leuáronlos al infante Loys, á qui plogo con ellos, et díxoles:—¿Quién sodes? non me lo neguedes. Et ellos respondieron:—Señor, nos ssomos de Françia, et esto sabredes por verdat, et somos vuestros presos: agora fazet de nos lo que uos plogier. Et entretanto llegó Barroquer ssañudo et de mal talante, et cató los traydores muy sañudamente, et dixo á muy alta boz:—Yo non seria tan ledo, sy me diesen doscientos marauedís de plata, como ssó con estos dos falsos que aquí veo presos, que non ssé peores en toda la tierra. Señor, dixo él al in-

fante, estos malos son de contar por culpantes: este vno há por nonbre Mançion, et el otro Justort de Monteclaro; estos dezian al rey que me mandase sacar los ojos; mas agora los mandat uos por eso rastrar ó enforcar por las gargantas.—Yo lo otorgo, dixo el infante. Entonçe fezieron traer dos roçines, et atáronlos á ellos, et rastráronlos á vista del rey, que estaua encima del muro d'Altafoja.—Ay Dios, dixo el rey, ¿cómo non ensandezco de pesar? Por que así veo arrastrar mis ommes, et los non puedo acorrer, el coraçon me deuia por ende quebrar. Grant pesar auia por ellos el rey Cárlos; et despues que fueron arrastrados, mandaron erguyr forcas, et pusiéronlos y, et assy ouieron los traydores lo que mereçian de la buena dueña que trayeron, et fezieron desterrar á tuerto. Et el infante Loys que era de prestar, fizo traer ante ssy todos los otros presos, et dixoles su raçon tal:—Señores, dixo él, ¿sabedes lo que uos demando? Quiero que uos vayades quitos para el rey Cárlos, et saludat me primeramente á mi padre, et desy á don Aymes, et á Ougel; estos dos nunca yo ví, mas oylos preçiar; et deziles que si yo pudiese que de grado me aconpañaria á ellos, et por Dios deziles de mi parte que rueguen al rey que resçiba á mi madre por muger, et que fará muy grant limosna. Et los presos respondieron que su mandado farian de buenamente, et diéronle graçias et merçedes de que los quitaua, et comendáronlo á Dios, et espediéronsse, et partiéronse dél, et fuéronse á Altafoja; et desque fueron ante el rey, saluaron á él, et á toda su conpaña, et otrosi saluaron á don Aymes et á Ougel de parte del infante, et dixiéronles su mandado.—Señor, dixieron ellos al rey, el buen Loys, vuestro fijo, nos quitó et enbia uos dezir por nos que resçibades á su madre, et que faredes y muy grant bien et muy grant limosna; et el Apostóligo, que es señor de la ley, verná á vos á pié por este pleito et esta avenençia traer, si uos quisierdes, et don Almerique de Narbona con todos sus amigos; et sabet que Mançion es enforcado et Justort, su cormano; ca el palmero que uos sabedes, los fizo enforcar, et dize que otro tal fará de los otros traydores que buscaron mal á la reyna, bien ante vos que los non poderedés ende guardar.—Ay Dios!... dixo el rey, ¡quántas ontas me ha fechas aquel maldito de palmero. Non folgaré si dél non fuesse vengado. Grant pesar ouo el rey, quando oyó menazar sus ommes. Entonçe llamó á don Aymes et Lardenois et Ougel:—Amigos, dixo el rey, consejatme: ¿qué faré sobre esto?—Señor, dixo don Aymes, yo vos lo diré: quando anocheçier, nos saliremos fuera et iremos contra la hueste, et ellos non se guardarán de nos, et feriremos en ellos ssin sospecha, et mataremos et prenderemos dellos muchos.—Yo lo otorgo, dixo el rey, ssy quier que non prendiesedes otro ssy non el palmero que lleuó el mi cauallo; et pues esto dexistes ponello por obra. Entonçe se partieron de allí et fuéronse guysar, et armáronse de las armas de los burgueses de la villa lo mejor que podián; et desque fueron armados et la noche veno, salieron fuera del castiello, et fuéronse deçiendo por la montaña, asi que llegaron al llano, dó yazia la hueste

de los griegos, asi fueron ascusamente que los griegos nunca dellos fueron apercibidos, fasta que ferieron en ellos ssin sospecha; et començaron á ementar á altas bozes: *¡Monjoya! ¡Monjoya!* la seña del rey Cárlos.— Et los griegos que seyan comiendo muy seguradamente, salieron toste, que non cataron por pan, ni por vino, nin por carne; mas los franceses los cometieron muy fieramente. El roydo fué muy grande por la hueste et fueron armados mas de veynte mill, et dexaron sse correr á los franceses, mas los franceses quando esto entendieron, començáronse de allegar contra el castiello, ca bien vieron que ssu fuerça non los valdria nada; et do se yban acogiendo fallaron á Barroquer, que andaua en un buen cauallo de Alemaña que le diera el infante, et saliera contra el enperador; mas aveno assy que se espardiera dellos, et cogióse por otra carrera. Pero tanto que Barroquer á Ougel vió, alçó su bordon por lo ferir; mas Ougel le desuió el golpe ca ouo del miedo, et echóle mano et trauóle en la barua, que tenia grande como griego, et cogiólo só el braço, et començólo de apretar, assy que lo desapoderó; et Barroquer començó á dezir:—¡Ay Sancta María, válme! ca ssy me lieua al castiello, yó muerto ssó. Et el infante Loys que ende la boz oyó, començó de correr contra aquella parte; mas non lo pudieron acorrer, ca Ougel que non avia sabor de lo dexar, lo tenia todavia, et lo leuaua suso contra el castiello. Et el infante desque vió que lo non podia aver, tornóse á la hueste, mas mucho fazia gran duelo por Barroquer, ca muy grant miedo avia que lo matasen.

XL. El enperador que seya en Altafoja atendiendo, llegó Ougel á la puerta et llamó, et abriéronle, et desque entró, lleuó á Barroquer antél, et diógelo, et los franceses se ayuntaron y et dixieron:—Buen vejaz es este. Entonçe se leuantó en pié un traydor, Aloris, cormano de Galalon, et dixo al rey:—Señor enperador, para el apóstol San Pedro vos juro que este es el palmero que vos fuyó con el vuestro buen cauallo del campo de París: fazet le agora por ende tirar los ojos de la cabeça; desy enfórquenlo. Quando le esto oyó Barroquer, començólo de catar tan fieramente que marauilla, et erguyó la tiesta et apretó los dientes, et alçó el puño, et fuése á él, et dióle tal puñada en los dientes que le quebró los beços, et le fizo saltar los dientes, et dió con él en tierra á piés del rey Cárlos.—Tírate de aquí, dijo él, lixoso, malo, traydor, que por ty et por tu linage fué echada la reyna Seuilla, mi señora, muger del rey Cárlos, en desterramiento; mas si vos coge en la mano su fijo, non vos puede guarir cosa que vos á todos non enforque ó non queme. Quando esto vió el enperador, como sseya de mal talant, metió vozes:—Prendetlo, prendetlo, et ydlo luego enforcar. Entonçe fué preso Barroquer, et atáronle las manos, et pusiéronle el paño ante los ojos. Agora le vala Dios, ssynon agora lo enforcan.

XLI. Entonçe presieron á Barroquer aquellos á quien el rey mandó et fezieron erguyr la forca ençima de la rocha, al pie del castiello, asy

que bien lo poderian de alli ver los griegos.—Agora, dixo el rey, guardatlo que se non vaya; ca para aquel Dios que veno en la vera cruz, non ha cosa que me lo quitase de manos que lo non enforcase; et en mal punto para ssy me leuó el mi buen cauallo. Desque las forcas fueron alçadas, los traidores fezieron allá leuar á Barroquer. Desque se él vió en tal peligro, començó mucho á plañer et dixo:—¡Ay Dios Señor, que muerte pendieste en la vera cruz por los pecadores saluar, aué merçet de mi alma, ca el cuerpo llegado es á su fin. Ay! infante Loys, Dios te guarde de mal; ca yo jamás nunca te veré. Dios ponga paz entre ty et tu padre, et que uos acordedes de consuno. En todo esto los traydores fezieron erguyr una escalera, porque lo sobiesen suso; entonçe le echaron una soga á la garganta.—Ay vejancon, dixo Aloris, venida es vuestra fin. Assy que Dios, nin omme, nin muger non uos pueden guardar que non seades colgado. Quando esto Barroquer oyó, tomóse mucho á llorar; desy comenzó á rrogar aquel Señor que ende há el poder que le guardase el alma que non fuese perdida; et desque le ataron la cuerda á la garganta, aquellos que Dios confonda, le echaron el paño ante los ojos. Atanto llegó y el duque don Aymes et Ougel con él et toda su conpaña; et desque y fueron, el duque dixo:—Palmero, mucho feziestes grant follia, quando uos leuastes el muy buen cauallo del rey; ora seredes por ende enforcado á vista de todos los de la hueste.—Señor, dixo Barroquer, por Dios, fî de Santa Maria, auet merçet de mi, que me non enforquen et yo uos diré verdat: yo hé nombre Barroquer, et ssó natural de Emaus, et por guardar la reyna, quando fué echada á tuerto, dexé mi muger é mis fijos: tanto oue della grant duelo, quando la fallé sola en el monte, muy triste et muy esmayada, aquel tienpo que Macaire fizo la grant trayçion, quando mató á Auberi de Mondisder, que la andaua buscando por la escarneçer; mas á Dios non plogo que la él fallase, mas yo la fallé en aquella ora muy grant mañana, en saliendo de un monte; desy guyéla et fuyme con ella, et andamos tanto que llegamos á una villa que dizen Urmesa, et y encaeçió de un fijo que es muy buen infante, á quien puso nombre el rey de Ungría Loys, quando lo sacó de fuentes, et yo lo crié sienpre, et agora he por ende tal gualardon de su padre que prenderé por ende muerte. ¡Ay enperador de Françia!... Dios te lo demande; ca tú echaste de tierra la buena reyna tu muger... et Dios no haya parte en la tu alma, sy la non resçibieres; et estás por ende en ora de perder la vida! Quando esto oyó don Aymes, fué ende muy ledo, et llamó á Ougel et díxole:—Agora non ha cosa en el mundo porque dexase de ser vengado de los traydores que á tan grant tuerto fezieron echar la reyna: desy dixo al palmero:—Amigo, dime verdat et non me niegues cosa. ¿El infant que tú dizes, es acá yuso en aquella hueste et su madre la reina Seuilla, mugier del rey. Cárlos? Ssy fué verdat, asi como tú dizes, que la guareçiste, çertas que tú deues por ende auer muy grant honra, et por buena fé que la yria ver de buena mente, et que todo quanto

ouiesse, pusiesse en su seruicio et en su ayuda.—Señor, dixo Barroquer, bien vos lo juro para la fé que deuo á Dios que yo la guardé siempre, et que y es. Quando esto oyó el duque don Aymes, ssacó su espada de la bayna, et dixo á aquellos que lo tenian que dexassen, ssy non que les tajaria las cabeças. Entonçe lo fizo desliar et quitarle el paño delante los ojos. Et los traydores sse fueron quexar al enperádor del duque don Aymes, et del bueno de don Ougel, et de Lardenoys, que les quitaran el palmero; et el enperador enbió por ellos, et ellos venieron.—Don Aymes, dixo el enperador, por Dios, ¿por qué non dexastes enforcar aquel ladron?—Señor, dixo don Aymes, yo vos lo diré.—Non vos lo quiero oyr mas, dixo el enperador; oy esté ya asy; mas de mañana non me puede escapar. Entonçe llamó á Focart et Gonbaut, et Guynemer (estos eran de los traydores), et fízogelo dar et díxoles que lo guardassen que se les non fuesse, ssynon que los enforcaria, por ende, que por ál non pasarian; et ellos dixieron que bien lo sabrian guardar. Et los de la hueste sse asentaron á comer: mas el infante Loys non comia, ante començó á fazer el mayor duelo del mundo por Barroquer, et á llorar; et el enperador su avuelo, que lo sopo, et el Apostóligo lo fueron confortar, et dixiéronle:—Amigo infante, agora dexat vuestro duelo, ca Dios lo puede muy bien guardar.

XLII. Señores, dixo él, ssy lo mi padre mata, yo jamás non aueré alegría en quanto viua. Atanto aquí viene Griomoart ante él, et quando lo cató cómo lloraua, ouo ende muy grant pesar, et díxole á muy altas bozes:—¿Et qué auedes, muy buen señor? Non me lo neguedes; ca so el çielo non ha cosa que uos querades, que uos lo yo non vaya demandar, et uos lo traya.—Amigo, dixo el infante, yo uos amo mucho, et por ende uos lo diré: Barroquer, que uos sabedes, leuáronlo preso al castiello, de que me pesa tanto que uos lo non sé dezir; et bien cuydo que non ha cosa que lo guarezca, que mi padre non lo faga enforcar.—Señor, dize Griomoart, non uos desmayedes, ca yo uos lo cuydo dar ante del medio dia, sano et saluo, ca yo sé un tal encantamento, por que lo quitaré dende et uos lo traeré sin ningunt dapno.—Amigo, dixo el infant, ssy uos esto fazedes, non ha cosa que me demandedes que uos lo yo non dé. Entonçe fazia un poco oscuro, et Griomoart se aparejó et començó á dezir sus conjuraçiones et á fazer sus caráctulas que sabia muy bien fazer. Entonçe se començó á cambiar en colores de muchas guisas, indio et jalde et barnizado; et los ommes buenos que lo catauan, se marauillaron ende mucho.—Señores, dixo Griomoart, non vos desmayedes, ca ante que yo torne, aueré muertos dellos bien catorze.—Amigo, dixo el Apostóligo, non fagas, ca tal omme y poderia morrer, que tú non conosçerias, de que seria grant daño, et naçeria ende grant guerra; mas piensa de nos traer á Barroquer ayna; et sy fezieres alguna cosa, de que ayas pecado, perdonado te sea de Dios et de mí. Entonçe se salió Griomoart de la tienda et fué su carrera contra la montaña, et tanto andó que llegó á la puerta del grant alcáçar, et ençima del muro estaua vn velador que tañia su cuerno, et

quando vió á Griomoart, dió muy grandes bozes et dixo:—¿Quién anda y? ¿Quién anda y? ¡eua piedra, vay?. Quando esto oyó Griomoart, ouo pauor, et començó luego á fazer su encantamento et á dezir sus conjuraçiones, en tal guisa que el velador adormeçió; et Griomoart se fué á la puerta et metió mano á su bolsa et tyró vn poco de engrudo que avia tan grant fuerça que tanto que tañió con él las çerraduras, luego cayeron en tierra. Et desque entró, fuése al palaçio, et sol que puso la mano en la puerta, començó á dezir sus conjuraçiones et el portal que era alto et lunbroso fué luego escuro, et Griomoart entró muy seguramente et á la puerta del palaçio falló diez ommes armados que tenian sus espadas muy buenas, et Griomoart que lo entendió, fizo su encantamento, et adormeçiéronse luego de tal guisa que se dexaron caer estendidos vnos cabo otros, á tales como muertos. Quando esto vió Griomoart, entró luego en el palaçio et fallólos todos dormiendo, et pasó por ellos, todavia echando su encantamento, et tanto que fué fecho assy, adormeçieron todos los caualleros, et vnos et otros que les tajaria las cabeças, et non acordarian. Et Barroquer mesmo que allá dentro yazia preso en la cámara, adormeçiera tan fieramente que marauilla: et bien otrosy el enperador Cárlos et don Aymes, et Ougel, et los otros altos ommes yazian asy dormiendo que nunca pudieron acordar. Et en el palaçio ardian quatro çirios que dauan muy grant lumbre; et Griomoart que dentro estaua, en su mano vn baston, cataua á cada parte, si veria á Barroquer, et dixo:—¡Ay Dios Señor! ¿Et á qual parte yaz Barroquer?... yo juro á Dios que si lo fallar non puedo, que yo porné fuego al palaçio et á todo el alcáçar Et començó de andar, buscando de cámara en cámara assy que lo falló preso á vna estaca, et vnos fierros en los piés, dormiendo muy fieramente. Et Griomoart lo despertó, et soltóle los fierros et las liaduras por su encantamento, et Barroquer fué muy espantado, quando vió á Griomoart.—Via suso, dixo Griomoart, muy toste; ca tú eres libre, si á Dios plaz.—Señor, dixo él; fablat mas paso que se non espierten estos que me guardan; ca nos matarian toste, que cosa non nos guarirá. Barroquer, dixo el ladron, en mal punto te espantáras, ca sse non despertarán fasta la luz. Entonçe se començaron de salir, et Barroquer yua adelante et dixo al ladron:—Amigo, vayamos nos toste, ca el coraçon me trieme, de guisa que á pocas non muero de miedo.—Barroquer, dixo él, ¿por qué te espantas tú? Yo sseñero entré aquí; mas vayamos ver á Cárlos cómo le vá.—Cállate, dixo Barroquer, grant follia dizes. Por Sant Donís, dixo él, yo non yré á él por lo ver, ca mucho es fuerte omme; mas vayamos nuestra carrera; á diablos lo encomiendo. Et Griomoart non demoró más, et dexó á Barroquer estar cabo de vn pilar et fuése contra el lecho de Cárlos et descobrióle el rostro, por lo ver mejor et desque lo cató, dixo:—¡Ay Dios cómo es dultadorio el rey Cárlos!... mal venga á quien le fizo que echase su muger. Esto fezieron los traydores, que Dios confonda: non puede ser si se junta la hueste de los griegos et la deste que y non aya muy

grant daño de anbas las partes; ca este non se querria dexar vencer. Nunca tan fuerte rostro vi de omne. Entonçe llamó á Barroquer por le mostrar él rey Cárlos; mas el otro non fuera allá por cosa del mundo. Despues desto Griomoart començó de catar de vna parte et de otra, et vió estar á la cabesçera del enperador la su buena espada que llamauan *joliosa* á quien non sabian par, sy non era durandarte, et tomóla luego, et dixo que la leuaria al infante Loys. Atanto se tornó, et falló á Barroquer estar trás el pilar muy callado, que rogaua mucho á Dios que se non despertasen los de adentro nin lo fallasen ssuso. Compañero, dixo él, ora pensar de andar; bien me semeja que si me alguno quisiese mal fazer, que me non acorreriades. Non me semejades mucho ardido: nunca peor compañero vi para escodruñar castiello:—Por Dios, dixo Barroquer, dexat estar, et vayamos toste, et pensemos nos de acoger. Entonçe se fueron á la puerta del castiello et salieron fuera, et fuéronse quanto mas podian yr contra la hueste. Et aueno que aquella noche rondaua el buen enperador de Greçia, et el infante Loys su nieto con él, et quando los vió venir, aguyjó el cauallo contra ellos; mas quando conosçió á Barroquer abraçólo mas de çient vezes, et besóle los ojos et las façes, et fizo con ellos anbos la mayor alegria del mundo, et el ladron presentó la buena espada al infante et díxole:—Tomad, señor, la espada de vuestro padre que llaman *joliosa* que es preçiada tan mucho; et él la tomó, et fué el mas ledo del mundo con ella, et díxole:—Amigo, non ha en el mundo dos cosas, de que tan ledo pudiese ser como de Barroquer et de esta buena espada; et de la vna et de la otra auredes ende buen gualardon, si Dios quisier.

XLII. Entonçe los leuó el infante á la hueste, et fezieron por ende todos muy grant alegria; mas la alegria de la reyna esta non auia par, quando vió á Barroquer. Mas del enperador Cárlos vos fablaré, et de su compaña. El velador adormeció que nunca despertó fasta la mañana, et quando acordó, dixo que le dolia mal la cabeça, et cató á derredor de ssy et vió la puerta abierta del castiello, et fuéle mal, et metió bozes: ¡Ora suso!... varones, traydos somos!... A estas bozes acordó el enperador et todos sus altos omnes que albergauan en el palaçio con él que cuydauan auer perdido quanto auian. Mas quando el enperador cuydó tomar su espada que cuydaua que tenia cabo ssy, et la non falló, á pocas non perdió el seso, et do vió á don Aymes et don Ougel cabo ssy, llamólos et díxoles:—Varones, ¿qué se fizo de mi espada *joliosa*?... Non me lo neguedes, si sabedes do es.—Señor, diz el duque don Aymes, non sabemos ende mas que uos.—Par Dios, dixo el enperador, asaz la busqué do la tenia á la cabeçera, et nunca la pude fallar; mas bien fué que es furtada, et que yo ssó encantado; et ssy esto fizo el palmero, sea luego enforcado. Entonçe fueron buscar á Barroquer aquellos que lo auian de guardar, et quando lo non fallaron, començaron á llorar porque les fuyera. Entonçe se tornaron al rey, et dixiéronle:—Señor, Barroquer nos

escapó et fuése á la hueste; asy nos encantó á todos que non dió por nos cosá; mas si lo otra vez pudiermos coger en la mano, luego sea enforcado: non aya y ál.—Traydores, dixo el réy, et qué es lo que dezides?... Despues que el cauallo es perdido, çerrades bien la establia; mas en mal punto vos fuyó, ca vos lo compraredes bien.

LXIII. Grant pesar ouo el enperador, quando le mostraron los fierros et las cadenas que tenia Barroquer que allí fincaran.—Por Dios, diz el enperador ¿asy vos escapó aquel que tanto mal me ha fecho?... ¡Ay!... et cómo me ha traydo aquel viejo malo, que la mi buena espada me tomó por la leuar al infante Loys! Nunca desque naçí, fuy asi dormiente como esta noche; mas para la fé que deuo á Dios, lixosos malos, en mal punto dexastes yr á Barroquer, aquel ladron malo. Entonçe llamó á don Aymes et á Ougel de las Marchas, et díxoles:—Prendetme aquellos dos falsos malos, que auian de guardar el palmero.—Señor, dixieron ellos, fecho sea. Por estos dos fueron presos aquellos traydores et enforcados: que los non detouieron mas. Et el enperador dixo entonçe:—¡Ay Dios! ¿et quál cauallero será agora, que me leuará my mandado á Paris que me acorran, cá mucho grant menester me faz! Entonçe se leuantó luego Ougel et fuése luego armar. Et desque caualgó en su buen cauallo *Bryefort*, veno antel enperador, et díxole:—¿Señor cómo mandades?...—Yd uos, dixo él, quanto pudierdes et dezit que me acorran. Entonçe sse fué él deçiendo por la montaña, et desque llegó al llano, comenzó de aguyjar; mas grifones que lo vieron, corrieron en pos él á poder de cauallos, baladrando et gritando:—Preso sodes; non vos yredes. Mas el bueno de don Ougel non respondió á cosa que ellos dixiesen; mas quando vió logar et tienpo, enbraçó el escudo et tornó la cabeça del cauallo, et metió la lança só el braço et fué ferir aquel que lo mas alcançaua de tal lançada que lo metió muerto en tierra del cauallo: de sy boluióse et començó de yr quanto pudo, ca muy çerca venian dél bien quatroçientos griegos que lo alcançauan fieramente; mas él que vió esto, cogióse á vn monte, et fuése por él quanto pudo et allí lo perdieron. Et desque lo non pudieron fallar, tornáronse; mas Ougel se fué quanto se pudo yr, et de las jornadas que fizo nin por do fué non uos sé contar; mas llegó á Paris vn dia martes, et desque entró por la villa, fué metiendo por la plaça muy grandes boçes:—Agora, via todos, varones, pequeños et grandes al rey Cárlos, que es çercado en Altafoja, dó lo çercaron griegos, et moros, et xptianos, et si lo non acorredes toste, puede ser perdido.

LXIV. Assy llegó don Ougel á Paris á vna alua de dia, et fizo á grant priesa ayuntar las gentes por la villa; assy que en otro dia auian de mouer por acorrer á su Señor; mas don Ougel les dixo:—Amigos, non uos cuytedes, et dexat yr á my á Normandia por traer ende el duque con todo su poder. Et ellos respondieron que bien lo farian; despues desto fuése él sin detenençia la via de Ruen, et falló y á Rechart, el buen duque, que lo resçebió muy bien, et preguntóle á qué veniera; et él le

contó de cómo el enperador de Greçia tenia çercado al rey Cárlos en Alta foja con muy grant gente á marauilla, et conviene que los aguysedes de lo acorrer. Quando el duque esto oyó, començó mucho á llorar, et despues díxole:—Don Ougel, mucho es en este fecho culpado el rey Cárlos, porque asi echó la reina de su tierra, et dixiéronme que auia della vn muy buen fijo, á qui dizen Loys; mas ¿quién cuydades que se querrá yr matar con su fijo?... Por Dios dezitme lo que vedes y, ca yo non ayuntaré mi gente contra él: ante le quiero yr pedir merçet, et non me mandará ya cosa, que yo por él non faga, ca es mi señor natural.—Señor, dixo Ougel, por cosa del mundo uos non dexedes de acorrer á vuestro Señor et de lo ayudar en toda guisa. Et desque á él llegardes, tanto le rogaremos que resçiba su muger que lo fará.—Don Ougel, dixo el duque, al infante non lo falleçeré toda via en quanto biuier. Entonçe enbió por toda Normandía et fizo ayuntar sus caualleros que fueron bien catorze mill de muy buenos. Entonçe se partieron de Ruen, et andaron tánto por sus jornadas que llegaron á Paris. Entonçe se yuntaron todos los de Paris et Normandia, et mouieron de y por yr á Altafoja; et desque y llegaron, pasaron dende vna legua, et feziéronlo saber á ssu señor el rey Cárlos. Quando él ende oyó las nueuas, fué muy ledo á marauilla, et salió del castiello et fué los ver; mas quando ellos vieron al rey sano et ledo, ouieron ende gran plazer. Entonçe llegó mandado á la hueste de los griegos cómo venia el poder muy grande del rey Cárlos. Quando esto entendió el infante Loys, començó á meter bozes:—Armas, armas!... Agora vayamos contra el rey Cárlos. Et el roydo fué muy grande por la hueste et fueron todos armados muy ayna, et mouieron contra el rey Cárlos, et asy fezieron los otros contra estos. Et al juntar fueron los baladros muy grandes et el son de las armas, et de los golpes que se ferian, et ouo mucha gente muerta de vna et de otra parte, et si mucho en esto demorara, ouiera y muy grant dapno fiero; mas llególes la noche que los fizo partir, et el Apostóligo veno y, que les ssermonó que dexassen la batalla fasta otro dia; et fueron dadas treguas de la vna parte y de la otra fasta la mañana á tienpo de misas dichas.

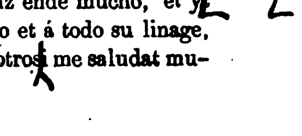
XLV. Entonçe se partieron, et el enperador Cárlos se fué posar á ssus tiendas; mas Barroquer que lo vió yr et lo conosçió, mostrólo al infante Loys, et díxole:—Señor, vedes alli do vá el bueno de vuestro padre, que tanto es de preçiar, que fizo á vuestra madre echar de la tierra. Quando esto oyó el infante, aguyjó toste contento allá, et deçió, et fué fincar los inojos antél, pediéndole merçet.—Señor enperador, dixo él, por amor de aquel Señor que fizo el çielo et la tierra, resçebit á mi madre por muger, asi como deuedes, sy quier non há tan buena dueña, nin tan bella en ninguna tierra. Quando el rey vió ante ssy su fijo estar en inojos et pedirle merçet de piadat, tomóse á llorar de guysa que le non pudo fablar nin peruo; desy fuese á su tienda para su mesnada,

et el infante Loys fuese á su hueste. Aquella noche yoguyeron anbas las huestes muy quedas et en paz. Otro dia muy grant mañana sse leuantó el Apostóligo, et desque cantó la missa en su tienda con su clerezia, fizo llamar al enperador et la reina Seuilla, et el infante Loys, et desque fueron ayuntados, el Apostóligo les comenzó á dezir:—Amigos, el enperador Cárlos es muy buen omme et que há grant señorio: por el amor de Dios et de Sancta Maria su madre, que fagamos agora una cosa que nos non sea villanía, mas omildat, et seso, et cortesía. Vayamos todos á él por ante todos sus ommes, que non finque ninguno de nuestra compaña, nin dueña, nin donzella, et los ommes vayan todos desnudos en paños menores, et las mugeres desnudas fasta las çintas: assy yredes ante el rey, et quando viere que le assy pedides merçet, mucho avrá el coraçon duro, ssy le non amollantar. Quando los altos ommes esto oyeron, touiéronlo por bien, et otorgáronlo. Entonçe dixo el Apostóligo al infante Loys que feziese dar pregon por la hueste que non fincase omme nin muger que todos non fuessen pedir merçet al rey Cárlos en tal guysa como era dezido. Mas quién viera á Barroquer mesar la barua et sus cabellos canos de la cabeça, quando vió desnudar á su señora la reyna fasta la çinta, piedat ende avería, et dezian:—¡Ay Dios, qué buen vejaz et qué leal!.... Los ricos ommes et los caualleros todos fueron en pañicos desnudos, como bestias; asi yvan unos ante otros por pedir merçet, mas quando los asi vió venir el rey marauillóse, et dixo:—¡Ay Dios, et qué piensa aquella que veo venir en tal manera!—Señor, dixo el duque don Aymes, derecho avedes de los amar, ca me semeja que viene y el infante Loys vuestro fijo, por uos pedir merçet, et el enperador de Greçia et el Apostóligo, que son tan altas dos personas. Et desque fueron antél, dixieron todos á una boz.—Señor, derecho enperador, pedimos vos merçet por Dios, que resçibades la reyna Seuilla, vuestra muger, que es la más fermosa dueña del mundo, et la mejor. Quando esto entendió el rey Cárlos, començó á pensar; de sy tomó el rico manto que cobria de paño de seda, et cobrióla dél, et erguyóla de inojos en que estaua antél, et comenzóla de besar los ojos et las façes. Quando esto los ommes buenos vieron, dieron ende graçias á nuestro Señor, et despues que el rey Cárlos besó su muger et la resçibió á grant plazer, llamó á Loys su fijo et abrazólo, et besólo; despues cató et vió á Barroquer ante ssy estar, et llamó á su fijo, Loys, et díxole ssonrreyéndose:—Fijo amigo, por Dios que me digades quién es aquel viejo malo cano que me tanto pesar ha fecho?—Señor, dixo el infante, asi me vala Dios que este es el que falló mi madre en el monte, quando fué echada tan mesquinamente, et seruióla sienpre muy bien, et crió á mí desde pequeño; nunca en su dolençia ouo otro maestro. Este nos buscaua qué comiésemos et qué beuiésemos; assy que ssy por él non fuera, á mi cuydar, muertos fuéramos de fanbre et de lazeria. Quando entendió el rey Cárlos erguyóse corriendo et fué á Barroquer, et abraçólo, et besólo, et perdonóle todo su mal talante.—Señor, dixo Barroquer,

çient mill graçias. Entonçe llamó el rey á Ougel, et á don Aymes de Bayuera, et Galter de Tolosa.—Ora yd todos corriendo, dixo él, et prendet los traydores parientes de Galalon, que toda esta onta buscaron, et fazetlos treynar á colas de cauallos; et ellos dixieron que todo su mandado farian. Entonçe se fueron; mas non fallaron ende mas de çinco, que prendieron, ça todos los otros fuyeran ya. Et fué luego dellos fecha justiçia qual el rey mandó. Despues desto fué el pleito bien allanado et fezieron muy grant alegría. Assy ouo resçebida su muger Cárlos como oydes. Entonçe caualgaron todos los griegos, et el Apostóligo, et el rey Cárlos, et los franceses, et todos los altos ommes faziendo grant fiesta, et grant alegria, et fuéronse contra Paris, et llegaron y un martes á ora de viespras. Et quando los de la villa sopieron que venian, encortinaron todas las casas de muy ricos paños de seda, et echaron juncos por las calles, et saliéronlos á resçebir grandes et pequeños, con muy grant fiesta; et resçebieron la reyna con muy grant alegria á ella et á su fijo, et al buen enperador, señor de Greçia, ca assy lo auia mandado el rey Cárlos; et non fincó obispo nin abat bendito nin clérigo, que allá non saliesen con muy grant proçesion, et con las arcas de las relicas, et con todas las cruzes de la çiudat: muchos ricos dones presentaron aquel dia al infante Loys, et á la reina su madre otrosí.

XLVI. Mucho fué grande la corte que el rey Cárlos fizo en Paris en aquel tiempo. Allí fueron ayuntados todos los ricos-ommes que dél tenian tierras; y fué Salamon de Bretaña, et el duque de Longres, et don Almerique de Narbona, et el duque don Aymes, et Crancrer, et el muy bueno Buemont, et el conde don Mourant, et Guyllen d'Ourenga, et los buenos dos marqueses, el el uno avia nombre Bernalt, et el otro Ougel de Buenamarcha; allí fué fecho el casamiento del infante Loys et de la fija de don Almerique de Narbona, á quien dezian Blanchaflor, donde enbiaron luego por ella; et allí en aquella çiudat fueron fechas las bodas ricas et buenas. Aquel dia tomó Loys á Barroquer por la mano, et fuélo á presentar ante el enperador su padre.—Señor, yo uos dó este omme por tal pleito que uos le dedes en uuestra casa tal cosa que uos gradesçamos; ca mucho nos siruió bien en estrañas tierras, que asy bien meresçia por ende ducado, ó condado por tierra.—Buen fijo, dixo el rey, yo faré lo que uos quisierdes: dóle el mayordomadgo de mi corte, et el castiello de Meulent por heredat, et entregógello luego. Et Barroquer fué besar las manos al rey, et díxole:—Señor, grandes merçedes agora me auedes fecho, de pobre rico para sienpre jamas á mí et á mis fijos: ya nunca tornaré á andar en pos el asno. Entretanto llegó el buen enperador Ricardo, et díxole por buen talante:—Rey Cárlos enperador, si uos quisierdes, yo faré cauallero á Barroquer.—Bien, dixo el rey Cárlos, como touieredes por bien. Entonçe mandó llamar el enperador su mayordomo, et mandóle que guysassen muy ricamente á Barroquer de paños, et de cauallo, et de armas, et de todo quanto menester ouiese, et así fué

todo fecho. Otro dia fizo el enperador cauallero á Barroquer, et púsole çinqüenta mill marauedís de renta, et luego que le dió ende grandes graçias, desy fízole enbiar por su muger, et por sus fijos que veniesen, con ella á Paris. Et desque y fueron, resçebiólos muy bien, et fízoles mucha onrra; et desde allí adelante non ouieron mengua de auer nin de paños, nin de donas. Assy faze nuestro señor á quien quier: de pobre faze rico et abondado, et el que á él tiene, jamas non será pobre. Despues desto llamó el infante Loys á Griomoart, et díxole:—Amigo, tú me seruiste muy bien et quiérote por ende que seas mi copero mayor. Et casólo muy bien en la çiudad de Paris et por esto es verdat lo que dizen: *quien á buen señor sirue, non pierde su tienpo*: que asi fué á Barroquer et Griomoart, que ouieron buen gualardon de sus seruiçios et de la reyna ouieron assy grant bien. Assy faze Dios á quien se paga, donde fué por ende fecha muy grant alegría. Et la reyna, á quien sse non olvidará el mucho bien que le fiziera el su huéspet et la su huéspeda de Ormesa, enbióles luego un mandadero con su carta, et el mandadero se fué quanto se pudo yr, et de las jornadas que fizo non uos sé contar; mas tanto andó que llegó á Ormesa et preguntó por la casa del omne bueno Joçeran, et mostráron-gela, et desque entró, saluó el huésped et la huéspeda de parte de la dueña et de su fijo que fueran tan luengo tiempo en su casa. El huésped fué marauillado de quien fablaua, et el mandadero que era ensseñado, les dixo:—Vuestro afijado vos envia mucho saludar, aquel á qui pusistes nonbre Loys, que era fijo del enperador Cárlos, et agora es ya resçebido por rey de Françia, et la dueña que vistes su madre, era reyna de Francia, que aqui touistes en vuestra casa tan luengo tiempo et que andaua tan pobremente. Et Barroquer que andaua con ella, que la seruia et la guardaua, vos saluda mucho, et envia vos estas letras la reyna. Et el huésped recibiólas con muy grant alegría et abriólas, et falló y que la reyna le enuiaua dezir que él, et su muger con toda su conpaña se fuesen á Françia, derechamente á la çiudat de Paris, et que verian y á aquel que criaran por amor de Dios, Loys el infante, que era ya resçebido por rey de Francia, et que auerian grandes riquezas et grandes aueres á sus boluntades. Quando esto oyeron el burgués y su muger, començaron de llorar de alegría que ende ouieron; et fezieron mucha onrra al demandadero et pusiéronle la mesa, et diéronle muy bien de comer, et mandaron pensar muy bien su cauallo. Entonçe el burgués fué ver el rey que era en la villa, et díxole las saludes de su afijado Loys, que era ya resçebido por rey de Françia, aquel que él sacára de fuentes et que le mandára que lo criasse. Quando el rey estó entendió, tomóse á llorar de plazer que ende ouo: despues desto el burgués dixo al rey:—Señor, vuestro afijado me envió dezir que fuese á él á Françia, et yo yria allá de grado, ssi á uos ploguyese.—Joçeran, dixo el rey, á mí plaz ende mucho, et yd á la graçia de Dios et saludatme mucho á mi afijado et á todo su linage, et dezit al infante que Dios le dé la mi bendiçion: otrosí me saludat mu-



cho á mi comadre et á Barroquer, el vejancon.—Señor, dixo Joferan, todo faré quanto vos mandardes. Entonçe le besó el pié, et espidióse dél, et tornóse á su posada et aguysó su fazienda; assy que otro dia de mañana se metieron al camino, sin mas tardar, et leuó consigo su muger et sus dos fijas, et sus ommes que le seruiesen en la carrera. Et tanto andaron que llegaron á la ciudat de Paris, et fueron posar çerca del palaçio; et desque deçieron, el burgués se vestió y se guisó muy bien, et fuése con su mensagero al palaçio; et quando lo sopo el infante, sallió á él, et resçebiólo muy bien et á grant alegría. Et desque lo abraçó mucho por muy grant amistad, díxole:—Padrino, por Dios, ¿dezitme cómo uos vá?—Çertas, afijado, dixo él, muy bien, pues que uos veo á la merçet de Dios. Entonçe lo tomó por la mano et fuése con él, et leuólo ante el rey, et contóle cómo lo criara, et cómo touiera á él et á su madre en su casa grant tiempo.—Otrossy lo mostró á la reyna que fué muy leda con él á marauilla. Despues Loys mostrólo á los altos ommes, et díxoles cómo lo criara, et cómo mantouiera á él et á ssu madre en su proueza, et cómo yoguyera la reyna doliente en su casa bien diez años. Et quando los ricos ommes oyan commo lo él contaua, llorauan fieramente de piedat que ende auian.—Fijo, dixo el enperador, él auerá ende buen gualardon, et fágolo por ende mi repostero, et póngole çient marcos de renta en esta çiudad para él et para quantos dél venieren. Et Joferán gelo agradeçió mucho, et fué luego entregado del reposte et del heredamiento, et la reyna casó muy bien las fijas, et muy altamente. Despues que todo esto fué fecho et acabado, partióse la corte, et los ricos-ommes sse espidieron, et fuéronse á sus tierras; et el enperador Ricardo sse espidió del enperador Cárlos, et besó á su fija et á ssu nieto muy amorosamente, et comendólos todos á Dios. Otrossy el apostóligo de Roma sse espedió de Carlos et encomendó á él et su enperio á Dios et á Santa María, et él partió.

II.

Aquí comiença el cuento muy fermoso del enperador Ottas de Roma, et de la infante Florençia su fija, et del buen cauallero Esmere.

I. Bien oystes en cuentos et en romançes que de todas las çibdades del mundo Troya fué ende la mayor, et despues fué destroida et quemada, asy que el fuego andó en ella siete años. Et de aquellos que ende escaparon que eran sabidores et hardidos et de grant proeza, esparziéronse por las tierras cada uno á su parte, et puñaron de guarir, et poblaron villas, et castiellos et fortalezas. Ende dize el cuento que Antiocho, el Grande, pobló primeramente Antiochia: el rey Babilono, aquel que fué muy poderoso, pobló de cabo Babilonia de buena gente; otrossy Africa pobló la çibdat de Cartagena, que llaman Túnez. Et Rómulo pobló

Roma, asy commo paresçe avn agora, en que fué esparzida mucha sangre de mártires por que todo el mundo obedesçe á Roma. Mas por un rey Garsir que fué fuerte et fiero et orgulloso et muy conquistador de tierras, priso grant daño el señorío, asy como agora oyredes.

II. La verdadera estoria diz que vn enperador fué en Roma aquella sazon que ouo nombre Ottas, muy poderoso, et muy buen xristiano á marauiella. Et auia una fija á que dezian Florençia, que fué á marauiella de quantas fueron en su tienpo de bondat et de paresçer: por aquesta donzella veno despues atan grant guerra que nunca y tan grande ouo, desque Dios veno en tierra.

III. Ora, sy uos ployer este cuento, vos diré de muy grant nobleza que fué de tienpo antiguo que non aveno mas noble en la xristiandat. Aqueste Ottas, enperador de Roma, quando veno á vejez, que avia ya la cabeça acorvada, tenia esta su fija consigo Florencia, de que vos fablé, que era muy noble, et muy fermosa á marauiella, et por esto la amaua mucho su padre, et la tenia ençerrada. Quando esta Florençia naçió, asy plogo á Dios que la guardó viua, et su madre fué luego muerta; et aquel dia aueno tan grant marauilla en su naçençia que llouió sangre, onde la gente fué muy espantada. Et otrosy se conbatieron aquel dia todas las bestias que en aquel regno eran, et las aues en el ayre, asy que todas se pelaron. Et esto dió á entender que era significança de la mortandat que auia de venir por ella que fué tan grande, así commo dizen las estorias, que mas de cient mill ommes perdieron las vidas; mas esta Florençia, de quien uos fablo, de muy grant bondat, quando llegó á hedat de quinze años, fué tan bella et tan cortés, et tan bien enseñada, que en todo el mundo non le sabian par, ya de las escrituras nin de las estorias ninguno non sabia mas; de la harpa et de viola, et de los otros estromentos ninguno non fué mas maestre. Et con todo esto le diera Dios tal donayre que non se abondauan las gentes de oyr su palabra; onde ella era mucho abondada et mucho conplida. Et el su paresçer et el su donayre en el mundo non le fallauan par. Assy que dezian aquellos que la mas afemençiauan, que desque Dios formára Adan et Eua, que tan bella criatura non naçiera, sy non vna que nunca ouo par, ni auerá.

IV. En este tienpo que me oydes auia un enperador en Costantinopla, á que llamauan Garsir, muy noble, et de fiero poder á marauiella, asy que bien auia en su señorío ochenta çibdades con muchos castillos et con otras grandes tierras. Et con todo esto auia tan grant thesoro que en el mundo non le sabian par; et porque era tan fuerte, et tan rico, et tan poderoso, et tan desmesurado, era dultado por todo el mundo, mas de quantos sabian; pero con todo esto era ya cano et viejo, et flaco, et vsado; et non era marauilla que bien pasaua ya de çiento años, asy que los cabellos de la cabeça et de la barua eran ya mas blancos que la nieve. Et traya los cabellos tranzados con filos de oro muy noblemente, et magüer era de tal hedat, nunca quiso tomar muger. Desy era señor de la

mejor caualleria que en aquel tiempo en el mundo auia; et enbió por toda su tierra que veniesen á su corte todos sus grandes ommes et sus gentes; et desque todos fueron ayuntados, él leuantóse en piés assy commo pudo. Asy commo tan noble señor, era bestido de vna aljuba de paño de oro listada á muy ricas piedras preçiosas de muchas naturas, cá ya quanto lo enbargaua el manto, et teniendo en su mano vn baston de oro á que se acostaua, con muchas piedras de muy grant valor, et dixo:—Vasallos et amigos, ruego uos que me oyades. Et desque esto dixo, asy se callaron que non ouo y tal que cosa fablase.—Amigos, dixo él, de una cosa só mucho agrauiado que uos quiero dezir: yo nunca quise tomar muger, de que me arrepiento mucho; mas enpero agora la quiero auer, si uos quisierdes. Et los ommes buenos respondieron et dixieron:—Señor ¿qué es lo que nos dezides? faced nos lo entender. Et el enperador les dixo:—Yo vos lo diré: asy es que Ottas el enperador de Roma há vna fija, la mejor et más fermosa, et la mejor enseñada et de mejor donayre, que nunca ojos de omme vieron: ruego uos que me la vades demandar, ca me es muy menester. ¿Védes por qué?... Yo só viejo, et flaco, et cano et baruudo, et so enojado ya de torneos, et de batallas, et muy laso; asy que tanta pena y leué que ya me trieme el cuerpo et el corasçon, de guisa que me quiero ende dexar. Et por ende uos ruego que me vayades demandar á Florençia. Et si me la troxierdes, quiero con ella folgar en paz et en alegría, et dexarme de otra mala ventura. Sus ommes quando aquesto oyeron, dixieron:—Señor, nos uos la yremos demandar, pues á uos plaze, ca otrosy dizen que en todo et mundo non ha tan bella cosa, et esto es verdat; et quando á uos ploguier, nos moueremos de aquí.—Amigos, dize el enperador, vos bien sabedes que el enperio de Costantinopla há muy grant señorío de muchas rricas villas, et de muy buena tierra, et muy rrica, et bien sabedes de mí commo la mantoue fasta aquí que non fué tal, que se conmigo osar tomase. Por ende tengo por bien que vayan allá luego quales yo diré. Entonçe llamó un grifon que llamauan Acaria, mucho onrrado omme et de grant linage, que era natural de Catenalie, et díxole:—Vos yredes á Roma et leuaredes quarenta caualleros muy bien guisados et bestidos muy rricamente en vuestra conpaña, et averedes auer para vuestra despensa quanto querades, et leuarme hedes para el enperador Ottas veynte camellos cargados de oro, et buenos cauallos, et palafrenes, et mulas los mejores que podamos fallar, et muchos ricos paños de seda; et saludarme hedes á él, et á toda su conpaña; et dezirle hedes que me dé á ssu fija Florençia por muger et por amiga; et sy me la dier, que baratará bien, et si me la dar non quisier, juro por Dios, fijo de Santa Maria, que le non fincará cosa de aquí fasta los puercos de las Alpas, que yo todo non conquiera. Desque el enperador escogió aquellos que auian de yr, díxoles que cosa non fincase que todo non lo dixiesen á el enperador Ottas, asy como les él mandaua. Desy fezo afleitar una naue de todas aquellas cosas que le menester serian; desy

metiéronse en ella con todo quanto leuauan. El tiempo fazia muy bueno que era en estío; los marineros erguieron las velas et començaron de xinglar. Et avénoles asy que pusieron un mes en aquel viaje et aportaron á Otreeunta derechamente. De sy echaron sus áncoras, et fezieron erguyr por la nave muchas ricas señas, et fezieron saber por la tierra que eran del enperador de Costantinopla, que enbiaua ssu mensage al enperador de Roma. Desy fezieron sacar de la naue sus cauallos et sus armas, et todo su guisamiento, et los camellos, et los palafrenes et todo aquello que leuauan en presente al enperador. Et desque todo lo pusieron fuera, fezieron cargar los camellos et los *soumeres.* Desy acogiéronse por su camino, et començaron de andar, asy que atrauesaron Pulla, et pasaron Benauente et toda la montaña et andaron tanto que llegaron á Roma; et quando entraron por la çibdad, los burgueses et las gentes todos salian á las puertas et á las feniestras por ver aquella conpaña que yua tan rricamente guarnida, que era grant marauiella de ver; ca todos los quarenta caualleros yuan vestidos de paños rricos de seda, et leuauan cauallos et armas frescas que reluzian al sol; et leuauan treinta cauallos al enperador cubiertos de paños de seda, et palafrenes, et mulas otrossy; et yuan muy apuestamente, los caualleros de dos en dos á par. Et assy fueron fasta que llegaron al palaçio del enperador. Allí desçendieron de los palafrenes, et de las mulas, et subieron por las gradas, et fueron ante el enperador, que seya en su alto asentamiento, et ante él muchos condes et ommes de gran guisa; et allí seya su fija la muy fermosa Florençia, que todo su logar resplandeçia de la claridat della. Et desque se le omillaron, asy como era costumbre, Acaria fabló et dixo su raçon en tal guisa asy como aquel que sabia el lenguaje:—Dios salue el enperador Oltas et su fija, et todos aquellos et aquellas que los bien quieren.—Amigos, dixo el enperador, bien venidos seades, ¿cúyos sodes ó de quál tierra venides?—Señor, dice Acaria, nos somos mensageros del enperador Garsyr de Costantinopla, que venimos á uos con su mandado, et con su presente. Traemos vos aquí veynte camellos, cargados de oro et de plata, et treynta cauallos de preçio, todos de una color, et muchos rricos paños de oro et de seda. El enperador nuestro señor, pero que es ya en tal hedat, non quiso nunca tomar muger; mas agora por quanto bien oyó dezir de la muy fermosa Florençia, vuestra fija, enbia vos la pedir, et ruega vos que gela dedes por muger. Et ssy gela dierdes, que baratаredes; ssy non, manda uos dezir assy que él verná sobre vuestra tierra con quanto poder él há, et que la conquerirá de uos. Et él enperador le respondió muy mansamente:—Ora uos yd folgar, et yo fablaré entretanto con mis ommes, et aueré mi consejo sobre esto, et despues responder uos hé de lo que ovier fazer. Mas en quanto seyan ante el enperador, pararon mientes en su fija que seya mas ricamente guarnida que ser podia, vestida de vn rrico ciclaton listado de oro, et orlado á piedras preciosas con osteses; mas del paresçer della fueron todos marauillados, asy que dezian que nunca le

vieron par de fermosura; et con todo esto, tan sinple et tan cortés, et de tan buen donayre que era la mayor marauiella del mundo. Et de la su clara faz, et de las piedras preçiosas, onde avia mucho abondadamiento por los paños, et de muchas naturas, esmeraldas et estopaças, et rrobís, salia una tan grant claridat que todo el logar en derredor era alunbrado. Et en la cabesça tenia una guirlanda de oro, do eran engastonados muchos robís, et muchas çafiras de muy grant valor que paresçia bien; mas pero bien dezian los griegos que la catauan que todo non era nada contra el paresçer della: de manera que bien se otorgauan que era la mas bella cosa del mundo. Assy que dezian que Dios se la fiziera con sus manos por su grant poder, et bien cuydauan que sy la pudiesen leuar á su señor, que buen gualardon averian dél.

V. Mas pero los griegos eran de grant nonbreza, non osaron cosa dezir, sy non Acaria que sabia bien el lenguaje de la tierra, et dixo:—Enperador de Roma, oyd lo que uos quiero dezir, et esto me mandó el enperador Garsyr que uos dixiese, que vos façia çierto de su amor que omme deste mundo non amaua tanto, et que por esto queria tomar vuestra fija por muger por uos la onrrar et guardar. Pues enbiadgela por nos luego; et bien uos digo que sy esto non queredes fazer, que partido es el vuestro amor et el suyo, asy que él uos uerná ver á vuestra tierra, de guisa que á uos non plazerá; que uos non dexará un palmo de tierra. Assy lo juró ante nos sobre toda su creencia, que jamás non folgaria nin quitaria de uos guerrear fasta que ouiese Florençia en su poder.

VI. El enperador de Roma, como era omme de buen seso, quando aquellos mensageros vió fablar tan atreuidament, non quiso catar aquello. Mas fué muy mesurado et muy sofrido, et mandó al su mayor Senescal que les fuése dar posadas muy buenas et quanto les fuese menester, et que los touiese muy viçiosos et á plazer de ssy. Entre tanto enbió el enperador por los mayores ommes de su consejo et fabló con ellos, et con su fija:—Amigos, dixo él, bien oystes lo que me dixieron estos mandaderos del enperador Garsyr: ora catad lo que me consejaredes, et lo que y fuer mas mia pró et vuestra.—Señor, dixieron ellos, bien podedes en vuestro corasçon entender que por esto que uos enbia dezir el enperador de Costantinopla que pues por fuerça quiere auer á vuestra fija, que es achaque de uos fazer guerra et de uos deseredar.—Certas, dixo el enperador, sy asi es, tuerto me faz; et bien me semeja que me demanda soberuia, ca sy esto fuese assy que gela non quisiese dar, él non deuia querrer, seyendo tan viejo commo es et tan flaco et tan desapoderado, que sól non puede sobir en bestia. Señor, por Dios merçet: mejor es tajar la garganta, ca este casamiento es muy descomunal; la niña con viejo et la vieja con el niño, esto es cosa porque anbos pueden parar mientes á mal.

VII. El enperador Ottas ouo consejo con sus altos ommes buenos et de

buen recabdo sobre aquello. Dessy partiéronse dende et mucho bien fizo pensar de los mensageros. Otro dia enbió el enperador por ellos; et desque fueron antél, díxoles:—Mensageros, non tengo por bueno el mensage que me uos troxiestes de vuestro señor; ante me semeja fuerça, et orgullo, et soberbia; et por esto de quanto me él enbia dezir non faré nada; mas ssy el quissier entrar en mi tierra, por me fazer mal, yo gela defenderé á todo mi poder, si Dios quisier, de guysa que nunca falló quien le tanto diese á fazer, et si me él vençier en batalla, luego me le quiero rendir.—Enperador de Roma, dixieron ellos, çertas vos auedes fuerte corasçon, quando uos tal guerra queredes començar; ca bien sabedes que non ha agora omme en el mundo tan poderoso como el enperador Garsyr; et tal cuyda estar bien, que estará çedo mal. Quando vierdes vuestra tierra destroir, et matar et despedaçar vuestros ommes, et destruyr et rrobar esta vuestra çibdat de Roma, nos uos auerá menester vuestro repentimiento; et de aquí uos dezimos que nuestro señor uos desafía: non uos lo queremos mas encobrir, pues que le non queredes dar vuestra fija. Bien uos fazemos saber que en este primero estio que vien, lo veredes aqui con mas de trezientas vezes mil ommes de armas para sojornar en vuestra tierra, á quien quier que plega ó pese.—Ora, dixo el enperador Ottas, amigo pensad de amenaçar, ca Dios nos puede bien ayudar sy quier: yo bien sé que el enperador Garsyr es muy preçiado, et non digo yo que en mi tierra non poderán entrar et fazer daño; mas bien cuydo que él perderá dos amigos que ama; et yo non lo aseguro sy él y entra.—Señor, dixo Acaria, yo non uos quiero losenjar nin traer; mas quiero uos desengañar: fazet á vuestros ommes derribar las puentes, ca nuestro señor non demorará mucho que luego aqui será et non uos dexará un palmo de tierra. Et desque los mandaderos desafiaron al enperador de parte de su señor, saliéronse luego de palaçio et desçendiéronse por los andamios, et todo su aver que troxieran les fué dado, et los camellos et las bestias, que cosa ninguna non menguó. Desy saliéronse de la villa, que non quissieron y mas estar, et fuéronse su carrera; et el enperador como era omme bueno, mandó por toda su tierra que non fuese tal que les feziese enojo nin pesar nin destoruo ninguno, sy non que lo mandaria enforcar, sy muy alto omme non fuese, porque todo mensagero deue andar en saluo por do quier que andudiere.

VIII. Despues desto el enperador Ottas mandó llamar sus caualleros et díxoles:—Amigos, bien oystes la soberuia que me enbió dezir el enperador de Costantinopla por sus mandaderos que si le non diese mi fija á su voluntad que me tolleria mi tierra, et todo quanto en el mundo auia, et que destroyria Roma, esta noble ciudad; mas fio en Dios, et en uos, et en el derecho que tengo que non poderá: demas que los griegos non son tan osados darmas commo uos, ni saben tanto de guerra. Loados Dios, grande tierra auemos et buena, et él es omme que se tiene mucho en su palabra et dize que será conusco á este estio próximo

que viene; et bien sé que lo non dexará por ninguna cosa del mundo que y non venga, pues que lo ha jurado; mas yo enbiaré por toda mi gente et faré la yuntar, et juntarme hé con él en medio del canpo; et á quien Dios quisier dar la onrra, liéuela. Mucho fué sañudo el enperador de Roma del desafiamiento del enperador de Costantinopla, Garsyr; et Agrauayn, et un su hermano Sanson le respondieron asy:—Señor enperador, ¿por qué auedes uos saña? Ca uos bien sabedes que los griegos sson la peor gente del mundo: nuestro Señor uos los traya acá por su merçet. ¿Cuydades uos que ha en el mundo poder contra el vuestro?... Ya acá tantos non vernán que non mueran: enbiad vuestros mensageros con vuestras cartas por toda vuestra tierra que vengan, et non auerá y tal que ose fincar, quando vuestras cartas vieren.—Agrauayn, dixo el enperador, vos sodes buen vasallo et leal, et á vos dexo yo esto que lo fagades. Desque el enperador mandó fazer las cartas, fizo dar pregon por toda su tierra de los montes de Mongen fasta Brandiz que non y fincase omme darmas, por los ojos de la cabeça, que á Roma non veniese.

IX. Los mandaderos del enperador andudieron tanto por sus jornadas que llegaron á Costantinopla, et quando le contaron el recabdo que fallaron en el enperador de Roma, ouo ende grant pesar, et mucho les preguntó que les dixiesen qué cosa era Roma, et el estado della, et lo que les semejaua del poder de Ottas. Et Acaria le dixo:—Señor, bien oystes dezir muchas vegadas que só la capa del çielo non auia tan buena çibdat, como Roma, et asy es verdat: esta es la villa de la mayor nobleza que há en el mundo. De quán manna es, non uos lo poderia omme deuisar; mas bien me semejó que ha en ella vn grant dia de andadura de buen palafren. Et en la villa ay lx duques muy poderosos que son á mandamiento del enperador, et ay bien quatro mill caualleros que an de yr bofordar cada dia antel palaçio del enperador: de costumbre y ha siete mil turcos contados, et otra gente que non ha cuento. Mas del palaçio del enperador Ottas uos poderia omme contar marauiellas, assy que todos los pilares son de oro et de cristal, et Dios non fizo en el mundo cosa que omme ally non pueda ver, assy de bestias como de aues, como de todas las estorias que nunca fueron; assy que cuydo que en vn año non lo poderia omme bien saber. Et corre por el palaçio una muy grant agua muy clara et buena, et quien aquel palaçio cató, bien se puede nonbrar que nunca otro tal vió. El enperador es muy granado á marauilla; mucho se trabaja de onrrar sus omes, et de les fazer con que les plega assy que los puede aver para su servicio cada que quisier. Los juizios que se en Roma dan y, estos non puede ninguno falsar, por aver que por ende diese, nin losenjero nin mal omme con Ottas non poderia guarir: Assy que de todas buenas cosas á ende él grant parte. Por la çibdat de Roma va vn rrio, á que llaman Tibre, por do entran naues con muchas merchandias et nauios que es grant pró para la villa, et en que ha pescados de muchas naturas, porque es tan abondada que en el mundo non

le sabe omme par. Mas que quier que uos omme ende cuente, todo non es nada contra la marauiella de la infanta Florençia; ca á la su beldat, nin al ssu paresçer nunca omme vió par: ¿quién uos poderia dezir de su apostura nin del buen donayre suyo nin quán conplida es de buena palabra et de mesura, et de todo bien que Dios puso en muger?... Et bien creo que en el mundo otra tal non poderia fallar; et quando yo vy que su padre non uos la querria dar, desafiélo de vuestra parte.—Certas dixo Garsyr, ante que pasen quatro meses, yo yré sobre él, por mar ó por tierra con quanto poder hé, de guisa que quando él uier mis gentes, para estos mis grañones blancos que le pesará conmigo. Et para aquella cruz, en que Dios prendió muerte, que dél nin de sus ommes ninguna merçet non averé.

X. Grande fué la buelta por el palaçio, quando el enperador esto juró; et él como era omme fuerte et de fiera catadura, et avía la barua blanca que deçia fasta la cinta, et estaua bestido de una púrpura con muchas esmeraldas asy que los paños eran muy rricos á marauilla; et de como era tan grande et tan baliente, llamó sus ommes et juró por Dios del çielo et por su fijo Ihu. Xsto. que él faria tan grant pesar al enperador de Roma que yria sobre él et que le tolleria la tierra et todo quanto auia; que cosa ninguna non cataria fasta que dél su fija non oviese; ca por ál non daria nada.

XI. Despues que el enperador tal jura fezo, las cartas et los mandaderos fueron por toda su tierra et por muchas otras tierras, que todos veniesen quantos armas pudiesen tomar, ca el enperador auia jurada aquella guerra, et que luego moueria con su hueste, et por esto tanta gente fué ayuntada que del tiempo de Alexandre que fué de tan grant poder que conquistó Babiloña la grande et toda aquella tierra d'Oriente fasta la mar salada, nunca tan grant hueste fué ayuntada. Ally fueron cient mill caualleros griegos; mas de las naues et de los nauíos que y fueron ayuntados non uos poderia omme dezir el cuento; et desque los nauios fueron basteados de quanto auian menester, de viandas et de cauallos et de armas, el enperador se metió dentro con toda su hueste sin tardança: de sy mandaron alçar las velas por una grant mañana; el dia fazia muy claro et el viento muy rrezio que daua en las velas por una grant tormenta.

XII. Grande fué la hueste de los Griegos marauillosamente assy que bien pensaron que auia y cuatro çientas vezes mill ommes de armas: assy corrieron la mar, mas en la nave del enperador yua ençima del mástel una carbuncla que luzia tan mucho que toda la hueste alumbraua por la muy escura noche; assy que todas las naues se veyan tan bien como si fuese dia; otrossy se podian guardar de las rocas et del peligro de la tierra. Mucho yuan fieros et orgullosos et á grant baldon, et amenazando mucho al rey Ottas et á su gente et que destruyrian la ciudat de Roma, et jurauan que sy lo pudiesen coger á la mano que le cortarian la cabeça, et que por onrra de su señor el enperador Garsyr que la leuarian á Cos-

tantinopla, et que enchirian toda la tierra et traerian ende la muy fermosa Florençia su fija, assy como ellos dezian. Esto era en el mes de mayo, quando el envierno era salido et faz el tiempo muy bueno et muy sabroso; et dexaron al diestro la ciudat de Salerna que era una de las mas abondadas et de las mas deleytosas del mundo, de aguas et de molinos et de montes et de riberas, et de todo otro viçio: assy se yuan el enperador Garsyr con tan grant hueste, como oydes, et yendo assy por la mar, veno á ellos una tormenta de trauieso, tan fuerte que los mástes fueron quebrados et las velas despedaçadas: de los cauallos que en las naues yuan, et de las otras bestias morieron muchos, et otros fueron mal feridos; mucho fué Garsyr desmayado, quando aquesto vió, et desque assy andaron grant pieça en tal tormenta dixo:—Ay Dios, ¿dó ssomos ó en quál tierra?.. Señor Ihu. Xsto. que de la sancta cruz feziestes vuestro escudo quando quebrastes los infiernos por fuerça de la vuestra virtud, guyadme, Señor, á puerto de salut.—Señor, dize Sinagons, vos non fuestes bien aconsejado nin á plazer de Dios non sacastes vuestra grant hueste nin á su seruicio; mas ¿qué uos quitó á uos el enperador de Roma? Tal cuyda conquerir á otro que queda conquisto et que pierde y el cuerpo.—Sinagons, dixo el enperador, bien uos entendy: uos bien sabedes cómmo el rey Ottas me desdeñó tan mal; mas dexadme, ca sy yo puedo uenir á puerto salvamente, mucho me aveno bien; çertas, él non me temia por viejo nin por rrecaido que ante non aya cient castiellos derribados, et veinte mill romanos, no sean despedaçados ó yo terné Florençia cabo mi. Assy fueron en aquel peligro asta que la tormenta quedó. Entonçe fueron muy ledos, quanto vieron la mar amenaçada, et erguieron sus velas et xinglaron todas en vno mucho á sabor desy, et fuéronse contra tierra de Roma derechamente, et fueron por cabo de una villa que avia nonbre Gaïta, et fueron portar á una villa, á que dezian Olifante, que non era de Roma mas de sseys leguas. Ally salieron los griegos de sus naues et pusieron los cauallos et las armas et la vianda fuera; et tan grant gente eran que los montes et los valles cobrian. Ally tendieron la grant tienda del rey Garsyr en la ribera de una grant agua que por y corria en un buen prado: la tienda era de ricos paños de seda á bandas, en que eran figurados quince paños de oro, et en la puerta avia una carbuncla que de noche daua muy grant lunbre; las cuerdas eran de buena seda; en ella auia tantas figuras que nunca Dios fizo bestia, nin aue, nin pescado que alli non ouiese, nin çibdat, nin castiello, nin manera de gente que y non fuése fegurado todo á oro, et á plata. La tienda estaua armada en un cabeço alto, por que auia muy buena vista á todas partes. Ally oyriades cauallos relinchar; et tañir cuernos et vozinas; et armas rreluzir al sol, et tal buelta que semejaua que todo el mundo era y ayuntado, de guisa que non oyria y omme turbon.

XIII. Quando las nueuas llegaron á Roma de aquella grant hueste de los griegos que aportaran en su tierra, dixo el enperador:—Ay Dios, que de

la Vírgen Santa María naçiste en Bethllem, bendito seas tú, ca agora verán romanos lo que tanto deseauan. Yo hé muy grant thesoro et darlo hé muy granadamente á mi gente, ca por astroso tengo el que non despiende el su bien, quando le es mucho menester. Asy que los vasallos et los sirvientes seyàn ende muy pagados. Mas ora vos dexaré el cuento á fablar de esto, et tornar hase á fablar del rey d'Ongría. Un rey ouo en Ongría que fué de grant poder; mas á morir le conveno que por ál non pudo pasar; onde dos fijos que auia, lo fazian bien guardar, que eran muy fermosos donzeles; mas la reyna que oyera ya dende fablar, non los amaua por ende, et esposóse con vn rey que moria por matar los moços; mas ellos tenian un buen ayo que fuyó con ellos de noche, et fuése á estrañas tierras, et enseñóles buenas maneras, et fízoles aprender tablas et axedrez et á bofordar; et fízoles usar las armas, et á justar uno por otro; asy que en aquella tierra non avia dos tan preçiados. El menor ouo nonbre Esmere, que mucho era grande et fermoso, et bien enseñado, et quanto creçia tanto se trabajaua mas de valer algo: al mayor dezian Miles; mas este fué malo, et falso, et de mal pensar; et quando deuiera parar mientes á bien, detóuolo la follonia; mucho fué escarnido, et baratador, et sabidor de mal, ca otrosy auia muy malas fechuras. Quando el rey Filipo fué muerto, señor d'Ongría, la reyna se desposó con un rey de Suria á mal grado de sus vasallos; mas los fijos saliéronse de la tierra, et fuéronse al rey d'Esclauonia, que los guysó muy ricamente, et los fezo caualleros á una fiesta de Ramos, que aquel rey touo su alta corte: asy que los infantes bofordaron y aquel dia en un prado; et vno de ellos traya el escudo pintado de marauillosa pintura: el canpo de oro, et un palonbo blanco; et este era Esmere, et esto daua á entender que seria cortés et omildoso contra sus amigos; et Miles traya un leon, que daua á entender que seria buen cauallero darmas. Et atanto que veno un palmero, natural de Ongría, que uenia de Sant Pedro de Roma; et quando vió los infantes, començólos de llamar á altas bozes, et díxoles:—¿Et qué fazedes aquí, gente esbafarida? Et quando lo asy oyeron fablar, paráronse á derredor dél, por oyr las nueuas que contaua:—Señores, dijo el palmero, assy me vala Dios, como yo vengo de Roma, et non dexaré que uos non diga. Una fija há el enperador Ottas que nunca tan bella cosa vy en toda mi vida: agora demandágela Garsyr, el de la barua blanca, et quiere leuar dél la tierra de Lonbardía, onde sabed quel enperador ha menester grant ayuda; et bien sé que sy uos allá fuésedes, que uos daria grant aver á marauiella, et quanto quisiésedes. Quando esto entendió Esmere, llamó su hermano, et rogóle, que fuessen allá con tanta conpaña como tenian.—Certas, dixo Miles, yo non dexaria de yr, por me dar todo el oro de Taberia. Despues de esto tornáronse los infantes á la çiudat, et fueron al rey, et dixiéronle que se querian yr. Mucho pesó ende al rey; pero otorgóles ayuda, et dióles grant auer. Desy espediéronse, et leuaron ende veynte caualleros, et treynta escuderos guysados, et andaron tanto por

sus jornadas que llegaron á la mar, et fallaron una naue presta, et entraron en ella, et ouieron tan buen tiempo, que fueron toste de la otra parte. Et desque salieron de la naue, cogiéronse á su camino, et andaron tanto que llegaron á la çiudat de Roma, et desuiáronse de la hueste et pasaron por un prado, et entraron en la villa et fueron posar á casa de un burgués rrico et abonado. Et despues que comieron, començáronse á alegrar, et Esmere llamó el burgués et díxole:—Buen huéspet, dezitme por vuestra cortesía del rey Ottas cómmo se mantiene: ¿quiere dar soldadas á caualléros ó há en sy esfuerço para se defender? Ca nos por esto venimos á él y: non uos lo quiero encobrir. Çertas, sy nos con él fincamos, ante de un mes le daré yo algunos griegos presos ó muertos.—Para mi fé, dijo el huéspet, uos avedes bien dicho; ante uos digo que plazerá mucho con vusco al enperador; ca él há una fija la mas fermosa criatura de toda la cristiandat, á quien dizen Florençia, et quiérela auer dél por fuerça Garsyr, et veno aquí con tamaña hueste que bien troxo quatrocientas vezes mill ommes darmas. Pues uos yd á él, et dezitle vuestra fazienda, et bien ssé que él uos dará auer quanto vos sea menester: si quier veredes la beldat de la donzella que uos digo.—Non lo hé yo por su auer, dixo él, que asaz avemos, merçet á Dios, que para estos siete años tenemos abondamiento por que mantegamos nuestra conpaña.—Con auer, dixo el huésped, uos poderé yo bien acorrer, sy conmigo posardes á vuestra voluntad: de batalla uos aveno bien, que oy anda el pregon por toda la çiudat que de mañana sean todos los caualleros armados et las gentes, ca el enperador ha jurado que les dé batalla. Assy folgaron ya aquella noche; et de mañana tanto que amaneçió, fueron armados los de Costantinopla et llegaron á las puertas de la çiudad bien diez mill de los mucho ardidos. Aquestas nueuas sopieron Miles et Esmere, et el mayor dixo:—Hermano, mucho nos aveno bien: armemos nos todos, et salgamos fuera, et fagamos de tal guysa que todos ende fablen. Et armáronse luego ellos et los veynte caualleros, et salieron de la villa por un postigo. Et todos leuauan armas frescas, en que daua el sol, et fazíalas reluzir que semejaua que echauan llamas. El enperador seya entonçe á unas feniestras del su grant palaçio et su fija cabo él, et cató contra arriba del rio Tibre, et vió venir los infantes por medio del campo. Quando los vieron los griegos, movieron luego contra ellos bien quarenta, mucho orgullosos que justaron con ellos; mas los griegos que non eran tan vsados en armas, non ouo y tal que en siella fincase. Quando esto vió el enperador, tomóse mucho á reyr, et despues dixo:—Ay Señor Dios, ¿et quién conosçe aquellos caualleros? ¡Dios, cómo agora fueron buenos, et que bien guysados andan!... Entonçe enbió allá vn donzel et díxole:—Sabe quién es aquel cauallero que trae aquel escudo del canpo dorado et el palonbo blanco, ca me semeja que nunca tan bien armado omme vy.

XIV. Assy como oydes, justaron Miles et Esmere con los griegos, et

derribaron quarenta, pero non eran ellos mas de veynte, de lo qual fueron los griegos muy desmayados. Entonçe mouieron de la hueste mas de trezientos que se dexaron correr quanto los cauallos los pudieron leuar. Et desque quebraron las lanças, metieron mano á las espadas et començáronse á dar muy grandes golpes, por do se alcançauan. Mas Miles et Esmere juntaron á sy su conpaña et rregiéronse bien, ca sy en otra guysa lo feziesen, non los pudieran durar; mas Esmere puso las espuelas al cauallo et apretó su espada muy tajador en la mano, et fué ferir á vno de ellos por cima del yelmo que lo fendió todo fasta la çinta: asy que tajó el erzon de la siella, et el cauallo fué á tierra. Quando esto vieron los griegos ouieron tal pauor dél que lo non atenderian por ningunt auer del mundo. Et el enperador de Roma que seya á las feniestras de su palaçio, lo vió bien; et su fija Florençia que seya con él, díxole:—Por Dios, Señor, mandátlos acorrer et sy quier sabremos quien es aquel cauallero que tan grant golpe dió á aquel grifon.—Fija, dixo el rey, yo vy bien que fué aquel cauallero que trae en el escudo un palonbo blanco.

XV. Entonçe llamó el rey á Agrauayn, et á Sanson que eran hermanos, et los mas dos priuados de su casa.—Amigos, dixo el enperador, ora me entendet: tomad toste quatroçientos caualleros et acorred ayna aquellos que los non perdamos; ca donde quier que sean, ssé que son de nuestra parte.—Ellos dixieron que de grado lo farian, et salieron luego con ellos tales sieteçientos caualleros que non auia mejores en la çiudat; et fuéronse á poder de cauallos; aquella ora arrencaron los griegos. Quando esto vió Esmere, puso las espuelas al cauallo et salió ante todos. Ally fué tal ferir et tal golpear, et atropellar, et el marauillar de las espadas et el quebrar de las lanças que las çentellas yuan al çielo. De aquella fueron derribados mas de mill griegos, que jamás por clérigo nunca tomáran confesion. Et los otros començaron á fuyr, syn tornar, que non quedaron fasta las tiendas; assy quel enperador Garsyr los vió bien, et meçió la cabeça et fué muy sañudo, et juró para el cuerpo de Sant Lázaro que él meteria la cibdat de Roma á fuego et á llama, que ante non se partiria dende. Despues que los griegos asy dexaron el canpo et los otros y fyncaron muertos, cogiéronse los infantes á la çiudat, et sus escuderos salieron contra ellos, et cada vno leuó de ganançia vn buen cauallo. Desy los otros fuéronse á sus posadas desarmar; mas el huésped veno ante los infantes por les dezir palabras de solaz et de alegría, et ellos le dixieron: —Amigo, nos salimos fuera por ganar, ca mucho nos es menester, commo ommes deseredados; mas por el buen acogimiento que nos anoche feziestes, tomad los mejores dos cauallos destos que y ganamos, et aun mas averedes, sy Dios quisier. Et el huéspet gelo gradesçió mucho, et ellos dixieron á su huéspet que querian yr ver al enperador por fablar con él. Entonçe caualgaron los infantes con ssus veynte caualleros, et fezieron leuar cauallos et sus armas, asy como era de costumbre de soldaderos,

et asy se fueron al palaçio. Mas agora dexaremos de fablar de ellos por fablar de la hueste.

XVI. Mucho fueron grandes las huestes que el enperador fizo juntar á Rroma, et los cauallos et las armas. Quién viese tanto buen cauallo et tanta buena loriga, tanta lança, tanta espada, tantas sseñas desplegar al viento!... Asy que la vuelta et el roydo era y tan grande que toda la tierra semejaua que tronaua, asy que se marauillaria quien lo viese. Mas en el palaçio del enperador auia buena costunbre: que quando él fablaua, non avia ninguno que osase nada fablar, por que le cortasen los mienbros.— Amigos, dixo el enperador, bien sabedes como Garssyr veno á my tierra et cuydanos destruyr todos et toller á mí la tierra; mas vos pensad de la defender, ca yo uos daré auer quanto menester ayades. Mucho sodes buenos caualleros de armas et que uos combatiestes sienpre muy bien: ora pues los griegos sson entrados en mi tierra por nos fazer mal, bien hé fiuza en Dios que se non poderán dende partir tan ligeramente como cuydan, que ante y dapno non predan. Pensad de ser buenos, et no temades cosa; yo faré tirar la mi grant seña et quarenta mill caualleros armados muy bien por nos conbatir con ellos, et non sea y tal que fuya, ca sy alguno fuyer, çierto sea que perderá la cabeça. Mucho fué grande por Rroma la buelta et el roydo, et el son de los cuernos et de los cascaueles; de sy fezieron tañer vn grant cuerno como era de costumbre en el grant palaçio. Esto fué á una fiesta de Pascua que los condes et los ricosommes, et los de gran guysa comieron con el enperador. Ally veriades tanto príncipe, et tanto infançon, tantos señores de castiellos et de fortalezas. Et el enperador se asentó á ssu muy alta mesa, et los otros quiso que se asentasen cada vno do auia de ser. El palaçio fué cobierto de rrosas et de flores, et de muchas buenas yeruas, que dauan buen olor. En todo esto ahé aquí do vienen los infantes d'Ongría con sus veynte caualleros, que entraron por el palaçio muy ricamente uestidos et adouados: los cauallos et las armas fincaron afuera. Ellos eran vestidos de un rrico paño de Cisimo: nunca omme vió mejor. Anbos eran de vna hedat, et de vna longura, de guysa que de mejor fechos dos caualleros non vos poderia omme fablar; assy se pararon ante el enperador. Entonçe Miles que era mayor de dias, fabló primeramente, et dixo:—Señor, nos somos anbos hermanos, et oymos fablar de vuestra guerra, et venimos á uos, por vos ayudar et vos seruir.—Et el enperador les preguntó por ssus nonbres et ónde eran.—Señor, dixo Miles, á mí dizen Miles, et á mi hermano Esmere: fijos somos del rey Filipo, que fué señor d'Ongría; mas aveno asy que él morió grant tienpo há, et nuestra madre que nos amaua poco ó nada, enbió luego por Justamonte de Suria et casóse con él, et nos que éramos moços pequeños, echónos de la tierra, et quisiéranos matar; mas nuestro ayo fuyó con nusco de noche, et por esto guarimos. Desy este otro dia fézonos caualleros el rey d'Esclauonia por su merçet, et entonçe oymos fablar de vuestra guerra, et por ende venimos para uos

et queremos fincar con vusco. En qüanto él esto dezia todos los ommes que y seyan, se callaron et los catauan á marauiella, et desque ençemó su rrazon, el enperador le rrespuso que mucho le plazia con ellos. Entonçe, veno el mayordomo et fezóles dar agua á las manos, et el enperador fizo ser á Miles, que era mayor, cabo sy, et á Esmere sentaron cabo Florençia, que lo resçebió muy bien; et en quanto seyan comiendo, paró mientes Florençia á Esmere, et vióle tan bello et tan bien fecho, asy como se lo Dios feziera, et comia tan esforçadamente que dixo en su voluntat que ualiente deuia ser omme que asy comia, et asy lo fué despues, ca de mejor cauallero darmas non uos sabria omme contar.

XVII. Assy seya catando la donzella el donzel. El era grande et nonbrado, et muy bien tajado, et cataua muy fermoso; et era blanco, como flor de lis, et tan bien colorado que era marauiella: los ojos avia verdes, las sobreçejas bien puestas; cabellos de color de oro; ancho era despaldas, et delgado en la cinta. Et tanto se pagó Florencia dél, que dixo:—Señor Ihu. Xpo. que fuestes puesto en cruz por nuestro saluamiento, sy este donzel ouiese en sy tanta de bondat como yo veo en él de beldat et de paresçer, sy conmigo casase, él libraria esta tierra ante de un año, en guisa que el viejo Garsyr perderia y la cabeza. Mas ya tanto era enamorada de Esmere que tenia que non avia mejor que él en el sieglo, et mucho fué bueno. Et su hermano Miles mucho fué buen caballero, si en sí ouiese fé et lealtad; mas mucho fué falso. Desque todos comieron á su plazer en el palacio principal et las mesas fueron alzadas, griegos et armeños pararon sus azes es contra la morisma, por esos prados por mandado del enperador Garsyr, ca él queria saber del enperador Ottas por qué le non quisiera dar su fija, et por qué despreçiara su mandado. Entonçe le dixo un rey de Grecia:—Por Dios, señor, el enperador Ottas es de muy alto linage ¿et por qué le querédes destruir su tierra et matar su gente fasta que fabledes con él? Et enbiatle dezir que venga fablar con vusco; et sy quisier fazer vuestra voluntat, sy non entonçe fazet lo que por bien touierdes. Et Garsyr dixo:—Esto non faré, et pues me él portó mala fé, yo destruyré toda su nobleza. ¡Ora, via! dixo Garsyr, todos armauos contra la çiudat de Roma, ca me la non puede defender Ottas. Ellos dixieron que farian su mandado: y estaua entonçe vn omme, natural de Rroma que andó por esculta, que era vestido como griego, et andaua de aquella manera et aprendiera bien el griego; et partióse de la hueste et metióse en la çiudat, et fuése corriendo al palaçio del enperador, et díxole:—Señor, mucho estades seguro: el enperador Garsyr es muy desmesurado et agora, estando ante él un rrico rey de Greçia que es muy su priuado, le dixo, oyéndolo yo, que uos enbiase su mandado et que por qué mataria vuestros ommes ni destruyria vuestra tierra, si queriades fazer su voluntad: et él dixo que ya ninguna auenençia y non aueria, ante destruyria toda vuestra nobleza; mas marauíllome dó pudo ayuntar tanta gente que mas de cient vezes mill ommes armados vy

agora estar ante él. Quando esto oyó Miles que estaua ante el enperador, dixo:—Sseñor, vn poco me ascuchat: por la fé que deuedes á Dios, fazet armar vuestra gente et suban en los muros et en las torres, et defendet vuestra çiudat et guardatla.—Señor, por Dios merçet, dixo Esmere, pero só tan mancebo vn poco me ascuchat: mio hermano es muy buen cauallero; mas si uos plaz, nunca tal consejo tomedes, cá ayna seriades por ây vergonzoso, et escarnido. Sabed que sy los uos asy acá dentro atendedes, yaziendo encerrados, que esto non seria ley de cauallero: á un pobre infançon estaria mal; mas salgamos fuera sy lo uos mandardes, et conbatamos nos con ellos; ca el derecho es vuestro, et el tuerto suyo. Esto sabemos bien; et si Dios quisier, vençerlos hemos: vos sodes mucho amado de vuestras gentes, et todos yrán de buen corasçon, et ayudar uos án quanto mas pudieren. De ssy grifones son muy cobardes; yo los probé bien, et en poco de tienpo los veredes fuyr, como puercos ante canes. Allí fué el infante muy catado de todos, et començaron á dezir ante él et detras de él:—Por buena fé, sin engaño, buen omme fieramente es Esmere: mejor consejo que este nunca omme podria dar; et dixieron al enperador:—Por Dios, Señor, non uos fagades desto afuera.—Yo lo otorgo, dixo el enperador, pues que á uos plaz; tiren fuera las señas, et salgamos á ellos. Florençia, la fermosa fija del enperador, era muy niña et fué mucho espantada, quando salió á las feniestras del palaçio que vió tan grant gente armada que todos los campos ende eran llenos; et quando vió yelmos lozir et armas sonar, et tantas señas et tanta gente, ouo ende grant pesar, et dixo:—Señor Ihu. Xto., et ¿dó pudo tanta gente ser ayuntada como yo aquí veo, nin tan grant cauallería?... Entonçe fué al enperador, et díxole:—Padre, Señor, fazetme dar ante al enperador, que non auer con él batalla; ca si fuer, non puede ser syn grant peligro et syn grant pérdida: yo non só mas de una muger et vos sodes mas de quinientas vezes mill ommes; yo non querria que por mí se començase batalla, en que poderian morir mas de cient vezes mill ommes á martirio et á dolor.—Fija, dixo él, ¿de qué uos quexades?... dexatuos desto; ca despues que yo fuer armado ençima del mi buen cauallo *Bondifer*, et touier la mi muy preçiada espada en la mano, veredes que dapno los yo faré que mas de quarenta y farán ende mal vaylidos.

XVIII. Señores, dixo el enperador Ottas, oy mas non tardedes: pensemos de salir fuera, et trabajat uos de dar de vuestras donas á los griegos quales las ellos meresçen, et aquel que lo y bien feziere, quando acá tornar, yo le daré tanto de auer et gelo gualardonaré tan bien, que él et su linage sea ende tan rrico et ensalçado por sienpre. Et por ende rroguemos aquel Señor que por nos priso muerte en la vera cruz, que él me dé ende la onrra por la su sancta piadat. Miles fué desto muy ledo, et Esmere mucho alegre; de ssy salieron los infantes del palaçio, et los pregones fueron dados por la villa que todos saliesen, et que aquel que fincase, que fuese çierto que seria escarnido de uno de los mienbros. El

enperador Ottas non quiso tardar mas, et demandó luego sus armas et diérongelas; et Florençia, su fija, lo seruia et lo ayudaua á armar. Et vestiéronle una loriga muy fuerte et muy bien guarnida, et diéronle un yelmo muy rrico, en que avia muchas piedras preciosas de grant valor, et ceñiéronle una espada que de mejor non sabia omme par: et despues que fué guarnido de todas armas, sobió en el su buen cauallo *Bondifer*, que ya estaua muy bien armado. Este cauallo fuera natural de África, et troxiéronlo al enperador en presente: este era el mas corredor et mejor adereçado que otro cauallo, et mas valiente. El enperador caualgó en su cauallo; et commo quier que era cano, non dexaua por eso de ser sano et arreziado, et yua muy corajoso á la batalla. Desque el enperador fué ençima de su cauallo, bien semejó varon et esforçado. Entretanto abé aquí á Esmere et Miles con sus veinte compañeros, que non avia y tal que no troxiese pendon en la lança, ó trenças; mas Esmere era muy leal et syn follonía, et sy en Miles non ouiese orgullo niñ trayçion, non demandaria omme por mejor caballero que él; et ambos yuan armados de armas de sus señales, et sus coberturas tendidas muy apuestamente. Et quando llegaron antel enperador, pagóse mucho et díxoles:—Semejades ángeles que vienen del cielo por me ayudar.—Señor, dixo vn su duque que llamauan Sanson, que era el mejor cauallero de su casa: aqueste es Esmere, et su hermano, et estos otros sson sus compañones.—Oh! bien, dixo el enperador, veo que están bien guisados de batalla.—Señor, dixo Esmere, entendet mi razon: por vuestra grant mercet un don me otorgat. —Oh! bien, dixo el rey, de grado.—Esmere, dixo el enperador, tú me demandaste un don, mas non ssé que se es.—Señor, dixo Esmere, yo uos lo diré; este es la primera justa; si me la lança nón quebrar, uos veredes fierro et fuste pasar de la otra parte, ét veredes que ante de medio dia serán desbaratados, en guisa que verá Garsyr tanta de mortandat de su gente, que le non seria menester por la cibdat de Frisa, nin por tierra de Françia. Vedes nos dó estamos aparejados, yo et mi hermano, para vuestro seruiçio. Mas la muy fermosa Florençia, por la muy buena palabra que dixo Esmere, tomóse á reyr, et dixo entre ssus dientes muy paso:—De uos so pagada.

XIX. Mucho se començó la guerra grande et fuerte, assy que se non acordaron y de paz nin de tregua. Quando el enperador salió de la cibdat, leuó fermosa conpaña et mucho esforçada. Veinte mill soldaderos aguardauan el oro-et-flama, la ssu seña cabdal; et yuan todos corajosos. Esmere el donzel, á quien fué otorgada la primera justa, fezo á guisa de buen cauallero, et tan bien enplegó su golpe, et tan bien lo fyzo aquel dia que la corona de Rroma fué por ende ensalçada; et Miles se fué en pos él con ssu conpaña por el grant sabor que auian de fazer mal á griegos. Despues destos salieron los lonbardos, et de Milan, et de Plazençia et d'Aluersa, et de Pauia; mas bien uos fago saber que aquel tienpo non podrian fallar mejor cauallero que Esmere d'Ongria. Esforçadamente

començaron su batalla aquel dia, et eran treynta mill de muy buenos caualleros: grande fué la buelta et el quebrar de las lanças en los prados; et esto fué de aquella gente, en que se el rey mas fiaua. De la otra parte estaua Garsyr, el de la barua alua, que non avia mas sabidor omme en la tierra; mas esto non era seso, commo quier que en boda cate omme de cient años demandar amiga. Certas ante semeja grant sandeçe; pero muchas vezes esto aveno que vn sabidor omme comiença á las vezes grant follia por su orgullo et muy sin razon, fiándose en su seso; mas sy á Dios plaz, que todas las cosas tienen en poder, assy fará á este. Despues desto salieron pesulanos et genoueses et los d'Ancona, et los de las galeas d'Ossine, et los de Luca et toscanos, et pulleses, de que fueron mas de tres azes. Estos non venian armados á guisa de burgueses; et los d'Almaria que grant sabor auian de destruyr grifones, noblemente venian armados á marauiella, et muy bien rregidos, los cauallos d'España cubiertos de sus coberturas: assy pararon sus azes muy bien rregidas por ese canpo de contra la marina. Un rey salió de Rroma que llamauan Bruybente, que era señor de Veneçia, con todas sus pertenençias, pero que era moro él et toda su gente; mas tenia del rey Ottas su tierra et dábale de parias cada año veynte mill marcos de plata, et oyera fablar de aquella guerra et veniera en ayuda al enperador, et traya y bien quatro mill ommes darmas. Este paró su az muy buena en ribera del rio, et muy bien regida. Despues que estos salieron, salieron los naturales de Rroma en su az, esta fué la postremera: por ende venieron tan tarde, et Agrauayn et Berart venian por cabdiellos de la az, et Clamador et Gaudins et Genois de Pusarte que otrosy guyauan quarenta mill de muy buenos caualleros, que rrogauan á Dios muy de coraçon et á los santos que assy como ellos tenian derecho que assy los ayudase et destroyese los que contra ellos venian á tuerto. Estos eran aquellos caualleros, que aguardauan et guyauan la grant seña cabdal, que llaman estandarte, que trayan sobre un carro et por arte; mas non creades que fué de madera de bosco nin de otra madera, ante fué de buen oro et de marfil, et de argen; et y era una carbuncla que daua tan grant lunbre que semejaua que ardia.

XX. Agora uos fablaré de la grant seña del rey, et del carro, et de ssus fechuras. El carro era marfil, muy grande, et los exes de plata et las ruedas eran de oro que eran quatro con muchas piedras preçiosas por ellas, vérides, et de muchas naturas. Et tirauanlo treynta cauallos mucho arreziados; los cauallos leuauan los collares muy fuertes, cobiertos de palio, et las cuerdas eran de seda fina et las clauijas de oro, et los que lo trayan et guyauan non eran bauiecas, ni venian guisados commo rrapazes; ca non auia y tal que non andase vestido de peliçon darmiños ó de briales de seda ó de rrico çiclaton, et cada uno leuaua en su mano una verga de oro. Sobre el carro yua un árbol de tal fechura que era todo de oro et de plata muy fermoso et muy alto et ençima una asta

assy que de cuatro leguas poderia omme ver el dragon que era figurado en la seña; et esto demostraua la fiereza del enperador Ottas. A derredor de la seña yuan los nobles caualleros mas de quarenta mill, todos escogidos que non avia y tal que non pensase de facer lo mejor, que ya non fuyria por pauor de los griegos. Del estandarte era tal razon, que todos se acogian á él, assy que non guariria todo el oro del mundo que non perdiese la cabeça á qualquier que fuyese. De la otra parte, eso mesmo mouió el enperador Garsyr, de los grañones blancos, con su muy grande hueste á marauiella, de tal manera que se venian por grant fiereza, et por grant baldon; et assy como fallamos escripto desde que Dios veno en tierra prender carne de la Vírgen Sancta María por la salut del ángel, nunca por una muger fué tan grant destruymento cómmo fué por Florençia, la fija del rey Ottas. Señores, aquesta estoria non es de oy nin de ayer: ante es de tienpo antiguo. El enperador Garsyr era muy preçiado, et era muy buen guerrero, segunt cuenta la escriptura, de guisa que á su tienpo non fué ninguno tan fuerte ni tan fiero assy que se non tomó con tal que lo non metiese só su poder: et él era destruydor de sus enemigos, et ensalçador de sus amigos: mucho fué buen cauallero darmas en su tienpo. Enpero entonçe vistía una muy buena loriga doblada, et el yelmo que leuaua era de muy buen azero, et por él muchas ricas piedras preçiosas, et la su barua blanca le yua so los braços blanqueando, assy que paresçia sobre el cauallo de una parte et de otra: en tal manera se yua contra la ciudat de Rroma, mas desta guerra se deuia omme marauillar, ca los grifones eran mas de çient et çinqüenta mill ommes darmas. Assy que caualgaua Garsyr mucho apoderadamente, en tal manera que duraua su hueste bien dos leguas en luengo: et ya avia nueuas ciertas de auer su batalla con los rromanos, ca ya echaran su estandarte fuera de Rroma; mas Garsyr, non preçiaua esto solamente un dinero, ca por su grant hueste cuydaua destruyr toda la tierra, et por esto cuydaua ser seguro.

XXI. El enperador de Rroma llamó á Esmere et Miles et Leonme et Clamador, el Fyero, et Agrauayn, et Sanson, et el preçiado Josué, et de los mas altos ommes de la tierra et de mayor linage.—Amigos, dixo él, menbrat uos de cómmo sodes de alto linage et muy buenos caualleros: punat de auer muy buenos coraçones, et prometo uos que aquel que lo mejor fezier oy en este campo que él ganará preçio para siempre, de guisa que él sea rico et onrrado en toda su vida; ca yo le daré á Florençia, mi fija, que es de tan grant beldat, assy que él sea señor de Rroma et de quanto yo hé, despues de mi muerte. Quando esto oyeron los altos ommes esforçáronse muy fieramente de guisa que el mas couarde sería ardido por aquella buena promesa.—Ay Dios, dixo Esmere, Rey de magestad que en la cruz muerte prendieste de vuestro grado por nuestro saluamiento, çertas mucho sería de mal coraçon et de catíuo de tantos ommes buenos que yo aquí veo, que bien ay mas de cient mill, el que

se ende non entremetiese; mas grant bien fará Dios á aquel que el prez ende leuará. Quando esto entendieron los romanos, catáronse unos á otros. Entre tanto se juntaron las azes que no ouo y otra falla; et metieron las lanças só los braços, et fuéronse ferir. Mas Esmere yva delante que lo mucho deseaua, el escudo enbraçado et la lança só el braço; et de la otra parte venieron las azes de los grifones; et vn turco y venia contra ssu faz que era tan duldado, que non fallaua omme que se con él osasse tomar, et tenia la tierra de Moralla et de Suria, et non sabian tan buen cauallero en toda la tierra, de guisa que dos caualleros non sse atreuian á él; et ueniera á su sueldo del enperador Garsyr et el enperador le dió tanto de su auer que fincó con él. Este mouió contra Esmere, et era grande et fuerte et valiente; mas por esto non lo dubdó Esmere, et dióle por el escudo redondo que traya, et falsóle la loriga, et metióle la lança por los pechos que pasó de la otra parte; et dió con él en tierra del cauallo, de guisa que sse non pudo leuantar. Et quando aquesto ouo fecho Esmere, dió bozes et dixo:—Señores, meted este en cuenta. A estos pleitos, mouiéronse para correr de vna parte et de otra, asy que fué el torneo mezclado. Desta parte mouieron pulleses et los de Seenegaylla por acorrer á Esmere et á los suyos, et los griegos de la otra parte; despues desto fué ferir Esmere al Rrey *(hay un claro)* et quebró en él su lança; desy metió mano á la espada et començó de dar con ella muy grandes golpes á diestro et á siniestro, de guisa que contra su golpe non podian durar. Asy se cometieron las azes en aquel canpo, et Agrauayn aguyjó su cauallo, et Clamador et Berart caue él, et Sanson et Mandoy. Atanto ahé aquí do vien Eleame sobre su cauallo morzillo, et Gaudioso otrosy, et el duque d'Agenes et Brunbans de Veneçia, et Brandinsor Bayarte et Kener-Soy-Batel et Galeran et Iohan Tracel et Saul de Viterna, et el duque d'Atrierna, Sorcaus Peñavera et el conde d'Arrondel, et Guy de la Montaña, et Sadoynes Garruel de Sorpinel, et el conde Joste de Pisa et Reyner Antigant, et Rayer de Castilblanco et Farramus Bauçet, et Angier Corberel, et Iohan Pié-de-Cobre, et Felipe Sauuel, et Adans Estelic, et Guillen Clauel. Et Esmere de Ongría aguyjó ante todos, su escudo al cuello, en que era pintado un palomo blanco, et muchas rricas piedras preçiosas por él et por el yelmo, que bien valian un grant auer; el escudo enbraçado, et la lança en el puño: et con él venian tales quatrocientos caualleros, que todos eran fijos de príncipes et de altos ommes et muy bien guisados, que leuauan pendones en las lanças. Et fueron ferir en la priesa tan fieramente que cada uno derribó el suyo; assy que veriades muchos cauallos ser syn señores por ese canpo. Et desque quebraron las lanças, metieron mano á las espadas, et començaron á dar muy grandes golpes, assy que rrios de sangre fazian ende salir. De la otra parte lançauan saetas tan espesamente et dardos que esto era grant marauiella; de la otra parte y eran tales treynta mill, que muchos eran preçiados. Desque las azes fueron mezcladas, veriades la tier-

ra cobierta de gente, et los golpes que se dauan de las espadas sobre yelmos et sobre escudos eran tan grandes et tan espesos que non oyria y omme trueno, por rezio que fuese. Et el enperador Garsyr era de gran poder, et ordenó sus azes por tal guisa que çinqüenta mill caualleros y metió, et él fué por medio de las azes, aguyjando fieramente su cauallo et llamando á grandes vozes:—¿Dó es el rey Ottas; dó es?... non te conviene asconderte; bien puedes venir á mí, si quisieres; et esto sea cortesía, ca yo so el enperador, et tú mucho as grant señorío. Et sy eres cano, yo hé, otrosy la barua blanca: ora rrenouemos nuestra cauallería. Enpero mas viejo só que tú bien qüarenta años, non dexàré que conmigo non justes.—Çertas, dixo el rey Ottas, desto plaz á mí mucho. Entonçe aguyjó el su buen cauallo Bondifer, et Garsyr el suyo, que mucho era fuerte el corredor; et fuéronse ferir quanto los cauallos los pudieron leuar, et Garsyr dió á Ottas tal lançada sobre el escudo, que era pintado á flores, quel falsó; et la lança se detouo en la loriga que mucho era fuerte.—Et Ottas ferió otrossy á Garsyr en tal guisa que anbos cayeron de los cauallos; et Garsyr se erguyó primero, et metió mano á ssu espada et ferió á Ottas sobre el yelmo, que traya de Pauia: et ouiéralo mal llagado, mas la espada boluió al seniestro, et díxole:—Ay rey, lleno de grant locura!... con esta espada vos tolleré Rroma et Rromania, et faré de la muy fermosa Florencia mi amiga, et tenerla hé en quanto me pagar, despues darla hé al mi camarero Josías.—Por Dios, diz Ottas, ya yo muchas cosas oy, et creo que Sant Pedro de Rroma non sofriria esto, sy quier aun non espartida la batalla de nos anbos: antél uos convienen á fazer mas que cuydades. Et sacó luego su espada, et fuéle dar un golpe sobre el yelmo tal que le derribó ende las flores, et las piedras preçiosas, et atordeçió de guisa que dió con él en tierra. Yo cuydo que la batalla de anbos fuera fecha ; mas acorrieron los griegos á Garsyr, et Ottas que tenia su espada en la mano, daua con ella muy grandes golpes por saluar su vida, ca mucho le era menester ayuda. A atanto llegó y el buen varon Esmere, que Dios bendiga: grande fué allí la batalla, et el acapellar, et el ferir de las espadas.—El enperador Ottas tenia su buena espada, et firió en la priesa quanto mas pudo; et muerto lo ouieran los griegos que lo encerraron entre ssy, si no fuese y Esmere que los abaldonó á librarlo. Et fué ferir vn duque, fijo de una griega, de una lança que tenia, de tal golpe que escudo nin loriga non le prestó, que lança et pendon non fué de la otra parte; et dió con él muerto del cauallo en tierra tan grant cayda, que la tierra ende sonó. Desy fué tomar el buen cauallo Bondifer del enperador por la rienda, et fuégelo dar, et díxole omildosamente:—Señor, caualgat. Et el enperador caualgó luego, et gradeçiógelo mucho. Et dexóse yr á los griegos et Esmere con él, que lo ouo muy menester. En todo esto ahé aqui Miles en medio de la priesa, et fué ferir vn buen cauallero que dió con él del cauallo en tierra; mas tales dos mill lo vieron á que pesó mucho que punaron luego de lo calonnar, ca se dexaron

correr á él mas de quarenta que lo ferieron por medio del escudo, en tal manerá que dieron con él del cauallo en el prado, et muerto lo ouieran. Mas Esmere que lo vió, aguyjó entre unos árboles quanto mas pudo, et dixo, quando lo vió yazer en tierra:—Señor Dios, que en la Santa Cruz muerte prendiste, dame mi hermano; ca yo non quiero daqui leuar cauallo nin palafren. Despues que Miles fué á tierra, erguyóse lo mas toste que pudo, et puso en su coraçon de se defender et sacó su espada, et comenzó á dar della muy grandes golpes; mas los griegos lo cometian de todas partes. Quando aquello vió Esmere, pesóle de coraçon et á vno que lo mas coitaua, aguyjó á él de mal talante, et baxó la lança et fuélo ferir que lo non probó nada, et alcançólo por só la broca del escudo, et falsógelo, et la loriga otrosy, de guisa que la tela del figado et del coraçon le fendió, et dió con él muerto en tierra, et asi pasó por él. Et este era omme de tan alto linage que muy grant duelo fizo por él Garsyr. Despues Esmere metió mano á su espada, et metióse en la priesa et començó á dar golpes tan grandes que á qui él alcançaua, fecha era la suya; assy que mas de treynta grifones y prendieron muerte; et tanto fizo que libró á su hermano et púsolo á cauallo. Mas los griegos se dexaron correr á él, et firiéronlo de todas partes.—Ay Dios!... acórrelo, que muy menester le faz!... Ally le mataron el cauallo et dieron con él en tierra; pero toste se leuantó; mas si de allí podiere escapar, mucho bien le fará Dios. Quando Miles su hermano lo vió en tan grant peligro, plogóle dende, et dixo:—Esmere, ya vos y yazedes, donde cuydo que nunca saldredes: ora veo lo que mucho desseé; mucho érades ssesudo et fuerte et sabidor, asy que el mi sesso non se podia ygualar al vuestro. Dios confonda mucho á quien vos acorrier. Dessy tornó las riendas al cauallo et començóse de yr á grant galope, et fuése encobriendo de vnos árboles; et asy enfurtado, se topó con Ottas, el enperador, que venia aguardado muy bien de diez mil caualleros de sus naturales, en que se él mucho fiaua; et quando vió á Miles, llamóle et preguntóle por su hermano Esmere, et díxole:—¿Dó es aquel que mi cuerpo et mi vida saluó á mercet de Dios?... Jamás non se me oluidará la grant proeza que contra mi fezo, en cómmo me acorrió.—Señor, diz Miles, una cosa non quiero yo encobrir: çertas el rey Garssyr me enbió agora ssu mandado, que me fuesse para él et que me daria muy grant auer; et yo non uos quise dexar; mas Esmere allá es ydo: en mal punto él nasçió que jamás nunca él bien fará. Pues que tal trayçion fizo, yo cuydo bien que nunca él fué fijo de mi padre; mas que algun falso lisonjero se llegó á mi madre, et lo fizo en ella. Quando esto el enperador oyó, cató contra su conpaña et marauillóse mas que de cosa que nunca oyese.

XXII. Mucho fué Miles lleno de gran falsidat, quando él asy erraua á su hermano; mas Esmere era leal et cortés et ardido, asy que mejor cauallero non ouo que él aquel tiempo en la cristiandat; et sy bueno era á cauallo, fuerte et fiero fué quando se vió á pié; et despues tiró su espada,

et enbraçó ssu escudo, et començó á dar della muy grandes golpes á diestro et á siniestro et á defenderse muy fieramente. Et estando en tal priesa, fué ferir del espada un grifon al traués por la cinta, et cortólo todo, que fizo dél dos pieças. Quando aquello vieron los grifones, fieramente fueron espantados, et tiráronse afuera dél, maravillándose del golpe; et de allá le lançaban sus espadas. Asy que mas de treynta golpes le dieron en el escudo, de tal guisa que le ronpieron la loriga en muchos logares; pero mal non lo llagaron. Et asy estando, ahe aquí ó viene el enperador Ottas sobre el su buen cauallo Bondifer, muy bien armado, et con él bien veynte mil caualleros; et firieron por las azes et rronpieron apriesa, asy que las pasaron de la otra parte, et cataron et vieron el infante Esmere cómo se estaua conbatiendo, et conosçiéronlo luego por el escudo dorado et un palomo blanco en él.—Por buena fé, dixo el rey Ottas, veo yo acullá estar Esmere, conbatiéndose á pié: perdido há el cauallo. Ora ssé bien non dixo verdat su hermano. ¡Ay! por Dios, caualleros, acorredlo. Entonçe mouieron gran pieça de caualleros, et fueron ferir aquellos que lo tenian entre sy, de guisa que mas de mill derribaron ende por los prados. Ally fueron griegos fechos afuera. Et el enperador puso espuelas á su cauallo et metió la lança só el braço et fué ferir un grifon, sobre un escudo quadrado que traya, que lo puso de la otra parte; et metióle la lança por el cuerpo assy que fierro y fuste pasó del otro cabo que el puño ouo ende sangriento, et dió con él en tierra. Desy tomó el cauallo por la rienda que era muy bueno; et fuélo dar á Esmere; et Esmere caualgó luego et tóuogelo en muy grant merçet, et aguyjó por ese canpo. Grant pauor ouieron griegos, quando lo vieron á cauallo; et él tiró entonçe la espada, de que se bien sabia ayudar. Quien le entonçe viese griegos matar, et espedaçar, bien ternia que le deuian doler los braços de los muchos et grandes golpes que daua.—Dios! dezian los de la su parte, este nuestro conpañon non ha ganas d'amenazar; ante pugna de ensalçar nuestro prez: bien deuia de ser nuestro Senescal mayor, que ouiese de aguardar la seña.

XXIII. El dia fazia bueno et claro sin viento et sin poluo, et la batalla faziendo sse por aquellos prados. A tanto que ueno Garsyr de la cara ardida, et quarenta mill aguardauan su seña. Et fuéronse ferir con sus enemigos, en tal manera que quebraron las lanças; assy que las rrachas yuan ende al cielo, á diestro et á siniestro, de guisa que una grant legua duraua el canpo que non veria omme á todas partes, sy non lid et torneos, que nunca ommes mas fuertes vió. Las sseñas estauan en medio del canpo: et tanto duró la batalla et tantos yazian ya muertos por los prados que todo el canpo ende era sangriento; mas los rromanos fueron fechos á fuera mas de un trecho de arco, asy que se pararon á só la torre do seya la muy fermosa Florençia, fija del enperador Ottas, á sus feniestras, et con ella sus donzellas, Audegons, et Gondree, et Aglantina, et Frandina, et la bella Salatree, Blanchaflor et Malienza, et Gaudina la

Mansa, et la bella Marimonda que fué de Piedralada: non auia y tal que non fuese de tan alto linage et tan fermosa que non deuiese ser reyna coronada. Et vieron la batalla quando se ayuntaran, et veyan entonçe cómo se conbatian al pié de la torre muy fieramente. Et Florencia dixo: —Señor Dios, que me feziestes naçer por la vuestra piadat, fazet oy yr Garsyr de aquí malandante, et que se vaya luego para su tierra, que nunca aquí mas venga. Entonçe cató contra los de su parte et vió entre ellos á Esmere, que lo fazia mejor de quantos y eran et daua tan fuertes golpes de la espada que traya en la mano, que era grant marauiella, asy que toda ende era sangrienta. Entonçe llamó á Audegons et díxole:—Ves tú aquel cauallero del escudo dorado et del palomo blanco? Contra la parte do él torna, non le dura ninguno: semeja me que mucho duldan su espada.—Señora, diz la donzella, aquel es Esmere.—Par Dios, diz Florençia, por su cauallería le otorgo yo mio amor.—Señora, diz Audegons, bien dezides, ca tanto es bel et cortés, que nunca ende seredes blasmada. Mucho fué grande la batalla ante la grant torre principal. Garsyr auia grant poder, et la batalla non era en egual; allí non tenian lanças, que ya las quebraron en sy, mas conbatíanse á las espadas. Esmere aguyjó delante, su buena espada apretada en la mano, et fué ferir vn duque de tal golpe que le fezo bolar la cabesça de entre los onbros que dió con ella en un canto de la torre; et Florençia le dixo entonçe á muy alta boz:—Sy me ayude Dios, amigo, vos sodes buen cauallero et leal. Entonçe cató Esmere contra suso á las ventanas, et vió estar Florençia mas blanca que un cristal, et díxole:—Señora, non me lo tengades á mal: aqueste es nuestro menester: yo non hé ál por que guaresca; mas vos me semejades tal como una estrella matinal.—Et vos á mí, dixo Florençia, el mejor cauallero que nunca troxo armas, ni sobió en cauallo, et la vuestra grant proeza me metió tal amor en el coraçon que sienpre uos querré bien. Et aun si Dios quisier, corona enperial ternedes en cabeça.—Señora, dixo Esmere, ora libraré esta plaça por vuestro amor, como veredes.

XXIV. Quando ouo entendido lo que le la muy fermosa Florençia dezia, mucho le cresció mas por ende su coraçon et su ardimento. Et fué ferir en la mayor priesa; asy que en poca de ora ouo y de muertos et derribados grant pieça. Entonçe dixo Florençia:—Santa María ¿qué se fizo de Esmere que en tan poca de ora lo perdimos?—Señora, dize Audegons, muy fuerte et rrezio es á marauiella, et de buen coraçon; nunca omme de mejor vió.—Por buena fé, dixo Florençia, mas querria solamente la palabra de Esmere que el viejo de Garsyr con cuanta riqueza él há. Mas d'Esmere uos digo que tanto entró en la priesa de los griegos que fué esperdido; mas tales diez mill y aguyjaron de los rromanos, porque fué bien acorrido; et ayudáronlo los suyos, porque ouieron lo mejor. Ottas, el enperador de Rroma, fizo ayuntar su gente á su sseña de una parte et de otra; et quando pararon mientes en Esmere cómo lo fazia tan bien, derramaron á acorrerlo, et fueron ferirlos en la priesa. Allí fué la mortandat de los griegos et

de los armeños tan grande et de los derribados et presos, que bien duró ende el alcanço una legua. Et yendo asy aveno que el enperador Ottas fué tan coitado de grant calura que fazia que se tiró á una parte por le dar el viento, et desarmóse de la cofia et del yelmo, et dó fueran ya de aquella los griegos muertos et perdidos fasta en la mar, la ventura, de que se ninguno non puede guardar, quyso que vn ballestero fué por allí et lançó vna saeta, et ¿dó yria la ocasion et la mala ventura?... sy no que fué dar al enperador Ottas en la cabeça que avia desarmada, asy como vos dixe, que toda la saeta le metió por ella. Asy que luego Ottas se dexó caer sobre el cuello de su cauallo Bondifer, et perdió la vista de los ojos. Quando esto vieren los ommes buenos que y con él estauan, corrieron á él et tomáronlo por los braços, et touiéronlo que non cayese: despues deçiéronlo paso del cauallo, et echarónlo en tierra: ¿Qué uos diré mas? En tal guisa fué ferido que á morrer le conveno. Quando estos sus ommes lo vieron ferido á muerte, començaron por él á fazer el mayor duelo del mundo. Quando los rromanos vieron el duelo et las vozes tan grandes, todos corrierron contra allá, et yuanse marauillando et dezian unos á otros:—Santa María val!... Esto ¿qué puede ser? Ora ya teniamos el viejo de Garsyr vençido et toda su gente presa. ¿Dónde nos veno tan mala ventura que tal dapno prendimos? Et desque llegaron á su señor, començaron á plañer et á llorar, et fazer el mayor duelo del mundo, et dezian:—¡Ay corona de Rroma, como sodes derribada! Jamás en esta tierra non será justiçia mantenida. Et el enperador yazia esmoreçido, et ya auia la catadura turbada, de guisa que con la grant coita de la muerte, el cuerpo le trasuaua. Et grant pieça yogó asy el enperador que non fabló, et ante que muriese dixo una palabra que fué de grant buena ventura: que mandó que diesen á Florencia su fija por mujer á Esmere, et puede ser, dixo él, la tierra defendida por él, et la ciudat de Rroma, ca ssi non en otra guisa toda seria perdida. Quando esto entendió Miles á pocas se non afogó, et dixo una palabra, pero que gela non entendieron, que ante él querria auer la garganta tajada, ca ssu hermano cobrar ende tan grant sseñorio: mucho por eso ouo grant pesar. Et otrossy fazian los ommes buenos grant duelo por el enperador et mientra fazian aquel grant duelo, Esmere aguyjó por el torneo et traya en su conpaña bien cuatro mill de cauallo que cada uno le prometia de le non falleçer á su grado; por que lo veyan tan bueno darmas, et dezian entre sy que bien deuia ser él Grant Senescal de Rroma, maestre de toda la cauallería. ¡Ay Dios! que entonçe ellos non sopieron la ocasion del enperador Ottas, ca se tornaran, mas non quiso Dios que lo sopiesen; et él los asy aguyjando, fallaronse con un grifon, á que dezian Synagog, mucho orgulloso que era pariente de Garsyr, et mucho su amigo, que traya en su conpaña ciento vezes mill grifones, que se juntaron con quinze mill de los rromanos. Ally veriades el torneo mezclado et renouado; ally veriades tanta blanca loriga desmallada et falsada en muchos logares; ally dauan tales golpes et tan-

tos de espada sobre yelmos et sobre escudos, que el rretenir ende oyria mas de una grant legua; ally aguyjó Esmere, et fué ferir un grifon, por el escudo dorado que traya de guisa que el fierro de la lança le pasó por las espaldas, et metiélo muerto en tierra del cauallo. Quando esto vieron los griegos, dexáronse correr á él tales treynta que punaron de lo agrauiar; et feriéronlo cada uno por do pudo, et diéronle tales feridas sobre el yelmo de espadas et de porras que le quebraron el yelmo en quatro partes, de guisa que dieron con él en tierra; pero erguyóse toste, commo aquel que era de grant bondat de armas. Et enbraçó el escudo et sacó su buena espada, el començó á dar della muy grandes golpes á ssus enemigos á diestro et á siniestro, et estóuose asy defendiendo grant pieça que nunca se mejor defendia cauallero; mas la fuerça de los griegos era tan grande sobre él que lo cercaron á todas partes et lo apretaron en tal guisa que dieron con él en tierra, et muerto lo ouieran, sy non porque llegó y Sinagog que les dió bozes que lo non matasen.—Et leuarlo hemos, dixo él, biuo al enperador Garsyr, á su tienda. Et por tanto escapó de muerte, et posiéronlo en un palafren, et asy lo leuaron entre sy, muy bien guardado, et los quinze mill que se ante tenian muy juntos et bien regidos por Esmere, tanto que lo prendieron, luego fueron desbaratados et fuyeron. De oy mas mantenga Dios Rroma por su piadat, et á la muy fermosa Florençia, ca ssu padre le mataron griegos, et leuaron preso el buen donzel Esmere. Mas Audegons, que era sabidora de las estrellas, echára sus suertes por saber quién seria casado con Florençia, et á quien fincase el enperio de Rroma.

XXV. Mucho fué grande el duelo que fazian por el enperador Ottas, et enbiaron por el Apostóligo Symeon, que salió allá muy corriendo, et aveno tan bien al enperador que rescibió por él confesion et comunion, et fué luego muerto. ¡Dios le aya mercet del alma! Ally fueron grandes las bozes et el duelo marauilloso, assy como era guysado; mas el fijo del rey d'Ongria, el mayor, á qui dezian Miles, hermano de Esmere, estaua armado, et tenia el tranço de su lança en la mano, et mucho era buen cauallero, et bien fecho; et tenia su escudo que asy era ferido et tajado que sol non deuisauan en él el leon que y fuera pintado: et desque se asentó, dixo su rrazon tal, que todos cuydaron que era verdat, et que lo dezia lealmente que non sabian lo que él tenia en su coraçon, ca de tal non cuyda omme que mucho mal yaz so su capirote. Miles era grande et fermoso, et muy bien fecho; mas en el sieglo non auia tan follon. Et adelante oyredes la traycion que fizo á su hermano que nunca tan estraña oystes en fabla nin en retraer, et díxoles:—Señores, por Dios ¿qué faremos? ca sy Garsyr sabe la grant pérdida que prendimos, verná en pos nos en el alcanço, et Dios non fizo huestes, desque el señor ân perdido, que valan cosa, nin se defiendan. Façet, façet ayna vnas andas en que lo echen, et leuémoslo á la çiudat muy toste, et pensemos de nos acoger y todos ante que la priesa de los griegos sea conusco.

Aqueste consejo touieron por bueno.—Señores, dixo Miles, por el amor de Dios non fagades tan grant duelo, ca non ha aquí qui se tanto deuiese coitar, como yo, que perdy mi hermano Esmere. Pensemos de nos acoger, dixo Guylemi, ca de fazer nos es este buen consejo, ca la su gente es mayor que la nuestra, et de mañana salgamos todos nuestras azes paradas. Et si Dios et Sancta María me deparasse ende Garsyr, yo cuydaria leuar dél la cabeça. De sy fezieron luego tajar dos palos, et fezieron las andas et echaron y al enperador, et sobre él un xamete muy rico, et leuáronlo con grant dolor et con grant llanto á la ciudat. Et fezieron tornar el estandarte, et veriades gentes acogerse á Rroma. Quando Florençia vió las andas et el grant duelo que venian faziendo con ellas contra la villa, signóse et dixo como espantada:—Algunt omme bueno traen ally muerto, que tan grant duelo vienen faziendo con él, que non y ay tal que se non coyte: omme es de alta guisa. Entonçe llamó Audegons, que era muy sesuda, et díxole:—Esta noche soñaua un sueño marauilloso et fiero, et queria que uos me consejásedes. Veya venir un rrayo de alto, et fería en aquesta grant torre, et daua con ella en tierra, et menuzábala toda, en guisa que salia ende muy grant polvo. Desy veya leuantar un grant fumo, et baxábase sobre Roma, en guisa que toda la cibdat se açendia et se quemaua; et veya al enperador, mi padre, yazer flaco et amariello, et non daua por ende nada; et quando cataua, veyalo estar en un rroçin por so un palio yndio, et echáuase et adormecia, de guisa que nunca lo despues podia espertar. Desy partíame de aquel sueño, et á cabo de un poco començé á soñar, et semejáuame que veya en vision que andaua á caça, et fazia leuar ante mí el mejor gauilan que yo avia, et caualgaua por riba deste rio de Tibre, et mandáualo echar, et venian todas las aves á él, et feríanlo et desplumáuanlo; et quando esto yo veya, marauilláuame mucho, et él alçáuase, et posaua en el mas alto ramo que fallaua, et por la elada que era grande, apertauase mucho en guisa que nunca lo ende podia auer. Entonçe me tornaua, et entraua en la çiudat, et veníame para el palaçio, et oya vn tal duelo que á pocas non moria de pesar. Et este sueño me semeja que es de grant peligro, et só ende fieramente espantada. Et ella esto deziendo, cató et vió venir por ante sy el mortal duelo con las andas, et veya á los grandes ommes de la tierra carpir sus fazes, et mesar sus baruas, et ante las andas trayan el buen cauallo Bondifer. Entonçe entendió el su mortal dapno, et el su pesar; et dexóse venir por los andamios corriendo, como muger coitada et sandía, por llegar á las andas; mas ante que y llegase la mesquina, cayó esmorecida. Ally non valia ya conforto.

XXVI. Con tal pesar et con tal duelo entraron en la çibdat, et fuéronse al grant palaçio, et deçieron y las andas: ally renouaron los duelos todos los de la çibdat. Entonçe Clamador, natural de Tudela, puso su mano en su faz et començó á ementar el enperador Ottas et á sus grandes noblezas, et las muchas bondades que en él auia, et su lealtad et su buena

cauallería, que por todo el mundo era nombrada. Et asy faziendo su duelo, ahé que viene Florençia, la muy fermosa donzella, toda carpida et cuytada, et mesquina de duelo et de pesar; et desque llegó, començó á ementar su padre, et dezia:—¡Padre, señor, fablatme vos que me tanto amáuades! Oy uos partistes de mí, et dexásteme desanparada, ¿et quién se dolerá de mí?... Ally era tan grande el duelo que se non sabian consejo; despues ella començaua su duelo et dezia:—Padre, pues uos sodes muerto, oy mas nos estruyrá Garsyr; et grifones et armeños serán entregados de nuestra tierra, et nos seremos dende echados et desterrados, et los que y fincaren, fincarán en seruidumbre. Mas, Señora Santa María, madre de Ihu. Xpo., dame ante la muerte que yo tan grant pesar non vea, nin llegue aquel dia. Entonçe trauó en su cabeçon de una piel armiña, et rompióse toda, et tiró por sus cabellos, et firió de los puños en sus pechos; et tanto fué grande el su duelo que fizo llorar á muchos. Grant duelo fué fecho en el palaçio de una parte por el enperador, de la otra parte por su fija, que veyan esmoreçer á menudo, et su color tal como muerta, yaziendo en tierra. Et dezian en el palaçio:—Si en mucho dexan mantener este duelo, non ay al syno muerte. Et cuenta la escriptura que la leuaron dende esmoreçida et fuéronla echar en una su cámara muy rica, en que auia muy ricas piedras preçiosas que dauan muy gran claridat (avn y van agora demandar los de Rroma las buenas çafiras et las otras buenas piedras, et fallan y dellas, et fallarán fasta la fin del mundo): la cámara fuera fecha por tan grant sotileza et de tal fechura, que en el mundo non auia omme que por muy sañudo que y fuese ó cuytado, que luego non perdiese pesar et duelo. Ally echaron á la infante en un lecho de marfil, et dexáronla y, et fuéronse ally do tenian el cuerpo del enperador, et feziéronlo guisar et balsamar muy marauillosamente. Desy metiéronlo en su sepultura et comendáronlo á Dios, et ally fizo Dios por él muchos fermosos miraglos; mas esto non se pudo encobrir luengamente que Garsyr non lo sopiese. Ca le contaron quel enperador que tanto fuera conqueridor de tierras et tan buen cauallero darmas, aquella ocasion era muerto, et que agora poderia fazer de Rroma et de Florençia su voluntat. Mucho fué ledo el vejaz con tales nueuas, et de plazer començó á trebejar et deuanear con la cabeça; et la barua traya tan luenga que le daua por la çinta, asy que le deçia al cuello del cauallo: mucho era de grant bondat de armas, et yua se meneando sus grañones. Desy, dixo á sus ommes:—Caualguemos tan fieramente que nos metamos por la villa todos: et catad que omme non uos escape de muerte, ca par esta mi barua cana, non aueré merçet dellos en toda mi vida; et non será tal que me por ende ruegue, á qui yo la cabeza non le taje con mi espada. Et yo cuydo fazer tanto de Rroma como fizo Menalao de Troya que la quemó toda. Quando entendió Garsyr que muerto era Ottas, enperador de Rroma, ssy él pensaba follonia, dixo á guisa de cortés:—Por mi fé, diz, enperador, encortadas son tus chufas; mas çertas mucho es grant dapno, ca

muchos çauallos et muchas armas aviades dadas, et mucho bien avedes fecho, et bien defenderiades vuestro cuerpo sseñeramente á tres caualleros, mas grant peso tomastes, quando conmigo tomastes, guerra que non preçiastes nada mi mandado. Entonçe llamó Sinagot et díxole:—Vasallo, yo me vos quito de la tierra d'Ancona et vos dó toda la Lonbardía. Quando esto oyó Sinagot, aguyjó vn buen cauallo morzillo en que estaua, et desenuoluió la seña que tenia en la mano que era de diaspré, en que era figurado Sant Jorge, et las cuerdas eran de orofreses; et á aquella seña se tenian los grifones et armeños. Quando los vieron los rromanos, fueron muy espantados, et pugnaron de defender su çibdat, lançando saetas, et dardos, et piedras; así se defendieron bien un mes; fieramente los conbatian cada dia. Quando vieron los romanos que los tanto cuytauan, fueron en grant coita ca mucho eran lasos et trabajados. Entonçe mandó parar Garsyr ssu cerco derredor de la çibdat, et á cada puerta mandó parar tres mill caualleros armados. Quando esto vieron los de dentro quisieron salir á ellos; mas los ommes sesudos non los dexaron. Asy duró el çerco grant pieça, et los de fuera gastauan toda la tierra et non era maraviella de aver fanbre dentro, ca el pan que ante valia vn dinero, valia despues un marco de plata. Grant fanbre avian en la villa; mas de aver avian assaz; mas la muy fermosa Florençia que seya en su cámara muy triste et muy coytada, llamó Audegons, et díxole:—Amiga, consejatme por Dios: aquel que mató mi padre et me destroyó mi tierra, me quier auer por fuerça. Et de la muerte de mi padre he yo mayor pesar que de todas las otras cosas del mundo: de la otra parte los desta villa son muy yrados contra mí. ¿Non oystes nunca fablar de tal maldat? Et grifones nos tienen çercados, et trauados de todas partes et los pasages nos an quitados, que non aueremos ya pan, nin vino nin vianda de ninguna parte. Yo pensé asy, que ssy un cauallero de grant guisa ouiese en esta tierra, que conveniese para rey que fuesse tan bueno et tan sesudo que nos defendiese de Garsyr, yo lo tomaria por marido.—Señora, dixo Audegons, yo oue echadas mis suertes sobre vuestro casamiento, segunt el curso de la luna et de las estrellas, et fallé que con vno destos aviades de ser casada: non sé con quál dellos. Bien sabemos que son fijos de grant rey, et desta guerra ellos leuaron ende mejor prez; mas bien vos digo que Esmere es más fermoso et de mayor proeza, et mas cortés.—Verdat es, dixo Florençia; mas dixiéronme que el otro dia quando mataron á mi padre, que llagaron á él de muerte.—Señora, diz Audegons, vos tomad el mayor, ca mucho es buen cauallero, et envialde luego vuestro mensage; mas guardat que esto ande en grant secreto, ca sy lo sopiesen los príncipes, et los ricos ommes, non plazeria á algunos, et así non poderíades fazer vuestra voluntad.—Amiga, diz Florençia, bien avedes dicho; á este consejo me atengo.

XXVII. Del rey Garsyr uos digo que fizo armar la su grant tienda en ribera de Tibre en muy buen lugar de que podian auer la agua et abe-

urar las bestias, et auer el pescado del rio á su guisa. Vn dia aveno que seyendo Garsyr á la mesa, ahé aquí dó viene Sinagot su conestable. Et tróxole á Esmere, el buen cauallero, que era grande, et muy bien fecho, et quando lo vió Garsyr, díxole:—Amigo, ¿dónde eres tú? dyme verdat; non me mientas.—Señor, diz Esmere, yo sso natural d'Ongría, et fuy fijo del rey Filipo, que era tan preçiado como podedes saber; mas grifones que son ricos et poderosos et fuertes, leuaron de mí el cauallo, finqué á pié, et prendiéronme.—Quando esto oyó Garsyr fué marauillado, et díxole:—Por Dios, amigo, ¿es verdat que fueste fijo del rey Filipo d'Ongría?—Ssy, dixo él, sin falla, et hé vn hermano que es muy buen cauallero, et deseredónos Justamonte de Suria, et venimos á esta guerra, ca non avemos de nuestro en qué guaresçer, ni sol valia de vn dinero, sy lo non ganáremos por nuestras armas.—A esto respondió Sinagot et dixo:—Señor, quitadlo, et faredes grant cortesía.—Sinagot, diz Garsyr, para esta mi barua, que quando yo toue las mis parias d'Orcania, mucho me valió y su padre et me ayudó: que ssy por él non fuesse, yo perdiera y la vida; et por amor de su padre quito á él et su conpaña, et váyanse con todo lo suyo á buena ventura; et catad que les non mengüe ende cosa.—Señor, diz Esmere, yo non uos querria engañar: despues que yo fuer en Rroma, saliré fuera et sy ganar cauallos ó bestias ó alguna cosa, non vos pese ende. Et el enperador le respondió:—Follia dizes; vete, et faz todo tu poder, ca ya por ty non será mi hueste destoruada, nin á ty nin á los de Rroma non preçio yo una meaja; ca se non cunplirá una semana que uos prenderé por fuerça, et faré quemar la villa toda. Mucho era Garsyr atreuido, et veya estar ante sy aquel que era tan preçiado; mas tanto era desmesurado que lo non preciaua cosa. Ante le otorgó que lo feziese, mas no tardó mucho que se le tornó en pesar. A Esmere troxieron el su buen cauallo et la su buena espada, que le auian tomada, et todas las armas; et desque fué armado caualgó, et fué su carrera para la villa con su conpaña; mas agora vos contaré cómo aveno á Florençia con Miles por qui enbiara.

XXVIII. Assy como consejó Audegons á la infante Florençia asi lo fizo ella, que lo non quiso detardar, et él tanto que oyó su mandado caualgó con ssus dos conpañeros, et fuése. Et quando llegaron al palaçio, deçieron et subieron por los andamios muy toste, et entraron en el palaçio, et fueron do seya la infante, et fincaron los inojos ante ella. Et Florençia tomó por la mano á Miles, et dixo:—Vos seredes cabo mí: grant onrra vos está aparejada, sy la osardes tomar: bien sabedes como los grifones me an muerto mi padre et nos gastaron toda la tierra, et tiénennos çercados et afanbrados. Ssy vos sentides en vuestro coraçon tanta proeza que uos atreuades á ser enperador de Rroma, que podades defender la tierra, et mantenerla, yo vos resçibiré por marido, et fazer vos hé señor de todo; mas catad, sy non cuydades ser bueno et esforçado, que me non tomedes: bien vos guardat ende, ca sy en vos non oviesse grant bondat,

et grant franqueza, grant enbargo tomariades para vos.—Dueña, dixo Miles, datme agora plazo de aquí en la mañana et consejatme hé.—¿Cómo? dixo Florençia: ¿plazo me demandades, como pleito de otra merchandía? Dios me confonda, ssy me vos nunca ya auedes. Quando Miles esto entendió, á pocas non fué sandío de pesar, et por todo el oro del mundo non quisiera auer dicha aquella palabra. Desy erguyóse de ally, et vénose por el palaçio ssañudo et de tan mal talante que por marauiella. Entre tanto llegó Esmere á Rroma armado en su cauallo.

XXIX. El dia fazia bueno et claro, et el tienpo sabroso, ca era en el mes de junio, quando los prados son verdes et cantan las paxarillas por los áruoles, quando él llegó á la çibdat muy ledo, et muy loçano, et juró para el cuerpo de Sant Geruás que aynda él faria á griegos grant pesar. Mas quando dél sonaran las nueuas por la villa, mucho ouieron ende todos grant plazer, et Florençia metióse en su cámara con grant pesar de Miles que tenia por vil et por malo.—Señora, diz Audegons, él ama mucho la paz, et por ende se non quiere encargar de tan grant cargo. Mucho fué grande la alegría que ouieron con Esmere, el buen figaldo, asy que las nueuas llegaron ende á Florençia.—Señora, dixo Audegons, yo vos dixe á uos ayer lo que me las suertes dezian que me non mentirian por cosa: venido es el bueno et el preçiado Esmere, et an ende todos grant plazer, caualleros et los ommes darmas; et fazen grant derecho, ca es muy bueno, et muy esforçado en batalla, asy que lo an fecho por ende alferez sobre todos los otros et maestre. Señora, fazet agora bien, et enbiadlo saludar, et enbiadle dezir que uos venga ver, et fablar con vusco.—Yo lo otorgo, dixo la infante. Entonçe llamó un su priuado, á qui dezian Beringuel, et díxole:—Ydme á Esmere et saludátmelo, et dezilde que le ruego que venga fablar conmigo.—Señora, diz él, bien faré vuestro mandado. Entonçe se fué el mandadero toste á Esmere que lo falló fuera de la villa, que saliera fuera armado por fazer alguna justa et avia derribado un cauallero, et ganara dél el cauallo, et trayalo por las riendas. Quando lo vió el mensagero fué á él derechamente et tirólo á una parte, et díxole á la oreja:—Señor, mucho uos deuedes de preçiar que la más alta donzella del mundo, et la mejor, uos enbia dezir por mí, et rogar que vayades fablar con ella, et esta es la infante Florençia: ora pensat de yr allá. Quando Esmere aquesto oyó, no se detouo cosa, et dió el cauallo luego que ganara al mensagero. Desy deçió, et llamó á Sanson et Agrauayn, que eran muy buenos dos caualleros, et fuéronse al palaçio, et non quiso yr por Miles, su hermano, de que fué mas sabidor. Desy sobieron por los andamios et fuéronse á la muy rica cámara, do seya la infante, que cobria vn manto entonçe de un rico cendal. Entre tanto entró Esmere que aynda no sabia el coraçon de la infante. Ora lo defienda Dios de fablar folliamente, et podrá ser enperador, sy lo non refusar.

XXX. Mucho fué buen cauallero Esmere de buen contenente et de

muy buenas maneras, et muy sabidor, et desque entró en la cámara, et los dos ricos ommes con él, fuéronse á la infanta que seya en el lecho que era de marfil muy bien obrado, et sobre él yazia una colcha tendida de un pálio, muy rica. Et quando Esmere vió la infanta tan fermosa criatura, omildóse mucho contra ella, et dixo:—Nuestro Señor Dios, rey de magestad, salue la muy fermosa Florençia.—Señor, dize la infanta, Dios acresciente en vuestra onrra. Entonçe se asentaron todos tres en un estrado, et la infanta començó á catar á Esmere et parar en él bien mientes; et viólo tan bel, et tan bien fecho et tan bien tajado que se pagó del mucho, et lo amó en su coraçon; et desque lo afemençió grant pieza, erguyóse et fuélo tomar por la mano, et sobió suso con él á una cámara, et asentólo cabo ssy, et mouióle su razon en esta guisa:—Por buena fé, donzel, mucho vos fizo Dios fermoso et bien fecho: desy dióuos tan grant bondat de cauallería, segunt me contaron, asy que bien deuiades á sser señor de un grant reyno. Esmere erguyó entonçe la cabeça et dixo:—Por Dios, señora, sy me lo Dios diese, yo puñaria de lo mantener.—Bien respondistes, dixo Florencia: agora uos diré todo el myo pensar. Et Esmere, dixo Florençia, mucho hé el coraçon quebrantado por la muerte de mio padre que me tanto amaua; desy griegos me quitan la tierra et la rroban, et porque vos sodes tan buen cauallero, bien cuydo que la corona de Rroma sea en vos bien enpleada, ca non conviene sy non para muy buen omme et muy complido de todas bondades. Ssy vos sodes de tan buen coraçon que uos atreuades á mantener nuestra tierra, et defender nuestro derecho, et destruir aquellos que contra nos vienen, et nos tan grant dapno han fecho, yo uos juro que yo casaré con vusco.—Señora, dixo Esmere, muy de grado luego sea fecho, et non seria bueno et leal el que á uos rrefusase por cosa del mundo, et uos, Señora, fazedes á mi en esto grant bien et grant onrra, et grandes merçedes, et Dios uos lo gradesca por mí. Mas guardat uos, señora, que esto non lo sepa ninguno, ca se deue fazer muy encobiertamente, et nos ssomos aquí tres caualleros, yo, et Clamador et Eleaume, et quiérolos y meter, et quiero que sean primeramente mis vasallos, ca son muy leales, et quiérenme bien. Desy enbiaremos por los otros, et cómo llegaren, assy les faremos luego jurar el omenage; despues tres á tres: et desque los altos ommes me ovieren fecho omenage, la otra gente, bien farán lo que le mandardes, et sy ouier y tal que el omenage non quiera fazer por vuestro mandado, amenazarlo hé con esta mi espada, et con pauor averlo á de fazer; ca ssy enbiásedes por ellos todos de consuno, los mas ende non lo querrian otorgar. Esmere, dixo Florençia, nunca mejor cauallero vy que uos, et sy para esto armas avedes menester, yo uos las daré quales quisierdes; que ally sson en aquella cámara lorigas, et espadas, et yelmos, et uos vestid una buena loriga doblada, et ençima una piel, et yo enbiaré luego por mis ommes, por Jufreu de Pisa, et Galter Despoliça, et sy quisieren fazer omenage, sy non mueran, ca yo non quiero amar ninguno que contra

uos venga. Entonçe mandó á Agrauayn que entrase en aquella cámara, et sacó della muy buenas tres espadas, et una dió á Esmere, et otra á Sanson, et otra tomó para sy; et ellos anbos metiéronse tras la cortina, et mandaron á Clamador et á Eleaume que desque entrasen dentro aquellos dos príncipes, que cerrasen las puertas bien. En tanto les dixo Florençia:—Amigos, entendetme lo que uos diré: vos sabedes cómmo los griegos me an muerto mi padre, et nos an las tierras astragadas et destruidas et tienen nos assy çercados commo vedes: vedes aquí un infante que naçió en buen punto, á quien mandó mi padre quando fué llagado á muerte, que me le diesen por muger et que fuese señor de la tierra. Ora uos ruego que le fagades omenage, et que uos tornedes sus vasallos.—Dios!... dixo Agrauayn, buen grado ende ayas tú; ça este es el omme deste mundo que nos mas deseamos. Enperatriz de Rroma ¿por qué encobrides esto? Por buena fé, sy lo agora sopiesen por la çibdat, farian todos comunalmente la mayor alegría del mundo.—Ay Dios, dixo Florençia, bendito sea el tu nombre!... Assy le fezieron todos omenage toste et de grado. En esta guisa fué señor de todos ellos tres á tres, et quatro á quatro de los más altos ommes Venieron fazer la jura desy los otros, assy que en poca de ora veriades el palaçio lleno de gente: la alegria fué muy grande por el infante et por el casamiento, et con tal alegría lo leuaron los altos ommes al monasterio de Sant Pedro. Ally lo asentaron en la silla de oro, et ally fué bendito et sagrado, et pusiéronle una corona de oro, con muchas ricas piedras preçiosas en la cabeça, mas quando esto sopo Miles á pocas non rauiaua de coyta, et de pesar, et dixo entre sus dientes:—El traydor de Esmere, non se me puede guardar que lo yo non mate con vn cochiello.

XXXI. Mucho fué grande el alegria et la fiesta, quando Esmere fué esleido: desy fué luego esposado con la muy fermosa Florençia que era tan bella cosa que non há omme por sesudo que fuesse que pudiese pensar la su beldat, et el su guarnimiento. Esmere eso mesmo era tan bel cauallero et tan bien fecho que bien semejauan anbos para en vno; mas Miles que esto veya, era todo tollido et esmarrido de pesar, et dezia paso entre ssus dientes:—Escarnido me ha el traidor conoscido; él non me precia nada, mas en mal punto fué esto bastido para él, sy yo puedo; ca yo lo escarniré. Quando Esmere fué coronado et sagrado, todos los príncipes de la tierra fueron sus ommes: desy fuése al grant palaçio, mas mucho eran pagados todos de su beldat et de su apostura, asi que dezian que Dios gelo feziera en el su santo paraiso. Entonçe le dixo Florençia:—Señor, desde agora en adelante seredes en alto prez: pensat de mantener bien vuestras tierras, et de ayudar vuestros amigos: vos vedes commo griegos nos tienen cercados por su soberuia, et sabedes cómo mataron el enperador mi padre: catad que muy cuerdamente salgades á ellos, et digo uos que conmigo non uos juntaredes fasta que aquel viejo de Garsyr ayades desbaratado.—Dueña, dixo él, bien sé que el enperador Garsyr vos cuyda

desonrrar, et que uos querria leuar de buenamente á Costantinopla; mas loado Dios, ya yo tengo conmigo la flor con que él cuydaua gozar, mas yo saliré á él al canpo, asy que él se verá muy ayna conmigo. Entonce se asentaron á las tablas; et en quanto sseyan comiendo, llegó un mandadero á Garsyr, que le dixo que Esmere d'Ongria que él dexara yr, que era coronado por enperador de Rroma, et esposado con la muy fermosa Florençia. Quando esto oyó Garsyr, toda la color mudó, et dixo:—Par esta mi barua florida, ora puede el escarnir de mí: ssy yo esto sopiera, quando Sinagot me lo troxo delante, mandárale yo ante cortar la cabeça que lo quitar; mas çertas sy lo puedo jamás coger en la mano, que lo faré enforcar muy alto. Mas Garsyr se podia auantajar de follia ¿qué uos diré mas? Despues que Esmere ouo yantado, et las mesas fueron alçadas, llamó sus ommes, et díxoles:—Amigos, á mi non me fezieron rey por me dar á folgura; ora uos id todos armar et den á mí luego mis armas, et ármenme el buen cauallo Bondifer. De sy fizo dar pregon que todos saliesen fuera quantos armas podiesen tomar. La gente fué muy grande que alli fué armada, et mucho fablauan los altos ommes dél, et dezian que avian muy buen señor. Entonçe les dixo Esmere:—Señores, ¿sabedes que nos conviene de facer? Es nos menester que salgamos ssyn sospecha, et sin grant buelta, et yremos ferir en ellos, et fallarlos hemos solazando, et yo et mi hermano yremos ferir en la tienda de Garsyr; mas sy menester ovieremos ayuda, acorretnos. Et ellos dixieron que muy bien lo acorrerian, sy menester le fuesse et ante y todos prenderian muerte que lo dexar. Mucho eran ante los rromanos desmayados et tristes; mas agora eran por Esmere esforçados et hardidos; et desque el buen rey Esmere fué bien armado, la reyna Florençia le presentó la muy buena espada, et díxole:—Señor, tomad esta, en tal ora que nuestro Señor por su grant piadat vos dé fuerça, et poder sobre vuestros enemigos, et que non seades peor del que fasta aqui fuestes. Et despues que touo la espada çinta et le Florençia paró mientes, non se pudo tener que non sospirase, et lloró mucho de los ojos; et Esmere que la cató, et la vió llorar, fué la abraçar mucho et besóla. De sy espedióse della, et al par díxole:—Dueña, sabet que yo nunca folgaré fasta que yo aya preso ó vencido, quien vos tanta soberuia há fecha. Entonçe le dieron el buen cauallo Bondifer, et desque caualgó, Agrauain le leuó una espada muy buena et Sanson una muy preciada lança. Asy se salieron de la cibdat; mas non fincó en la villa omme que y non saliese, sy non fué fraire ó clérigo. Et desque salieron por la puerta tantos que bien eran cient mill á cauallo, dexáronse correr de rendon á la hueste que non ouo y rienda tenida. Ally veriades derribar tiendas et tendejones, tantos que fué grant marauiella, et matar grifones, et llagar et espedaçar; et el roydo era tan grande de las feridas que dauan et el sson que semejaua quel cielo se quebrantaua, et la tierra se desfondaua. Mucho lo averia por grant marauiella quien lo viese. Ally fué la mortandat tan grande que nunca omme vió mayor en vn dia: Gar-

syr que desto ouo espanto, cogióse luego á cauallo et començó á fazer muy bien darmas, ca mucho era buen cauallero á marauiella; mas ¿qué uos diré de Esmere? El falsaua escudos et derribaua caualleros et mataua, assy que el que él alcançaua á derecho golpe, fecha era la suya. Et los griegos que sse marauillauan por él, dezian que era sandío.—Non es, dezian otros; ante es el preçiado Esmere que por su proeza fué oy coronado en Rroma del enperio, et al que su golpe alcança, librado es.

XXXII. Fuerte fué la batalla por aquellos prados: allí ouo tanta lança quebrada, et tanto escudo despedaçado et fendido, tanta loriga falsada èt rrota que todo el canpo yazia lleno. Et atanto ahé aquí Agrauayn et Clamador, et Sanson, et Gaudin de Valle, et Oprol, et Esmere, et su hermano Miles con él, et cada vno tenia buena lança, et fueron ferir; mas Esmere fué ferir un grifon por la tarja dorada tan fieramente que gela pasó, et dió con él del cauallo en tierra, et cada uno de los otros derribó el suyo. Quando esto vió Esmere, mucho le plogo dende, et dixo entonçe una muy buena palabra:—Ssy Dios quisier, çedò será esta tierra libre de los griegos. Mucho lo fezo allí bien Miles, que en todos ellos non ouo mejor cauallero darmas, fueras ende Esmere solamente, de que pesaua mucho á Miles. Atanto ahé aquí Sinagot que encontró Esmere, et conosçiólo luego, ca este era el que lo prendiera et lo leuara ante Garsyr, que lo ouiera muerto; mas este Sinagot rrogara por él tanto que lo quitó el enperador Garsyr et mandóle dar su cauallo et ssus armas et todo lo ssuyo. Miles fué ferir aquel sobre vn escudo bermejo que traya, de guisa que gelo falsó, et Sinagot firió á él de coraçon; mas Sinagot fué á tierra. Miles tiró la espada et quisiérale dar por la cabeça, mas Esmere que lo vió aguyjó toste et partiólos et dixo á Sinagot:—Amigo, bien uos aveno, non há en el mundo omme, á qui mas de grado yo feziese onrra, et plazer que á uos. Et dió á Sinagot el su buen cauallo, de que fuera derribado, et díxole:—Yo uos tengo por amigo: dezit á vuestro señor don Garsyr que la muy fermosa lo enbia saludar por mí.—Señor, diz Sinagot, por nuestro Señor Ihu. Xpo., en mal punto vimos el orgullo de aquel vejaz desconocido, ca por él ssomos vençidos en esta batalla. Grande fué la batalla canpal ante la çibdat; mas los griegos fueron vencidos, et començaron á foyr, et rromanos fueron en pos ellos, et al pasar de vn grant rio fué la mortandat tan grande, que todo el rio fué ensangriento; et de aquella fuyeron los que escaparon que non tornaron mas.—Quando aquello sopo Garsyr que se salió por un ualle, bien con treynta mill, topó con los rromanos dél, alcançó á un passo de una agua, et ally ouo tantos muertos que todo el canpo yazia cobierto unos sobre otros. Quando el enperador Garsyr vió tornar el dapno tan mortal sobre los suyos, ouo ende grant pesar, et echó el escudo en tierra, et començóse á yr et bien mill de los suyos con él. Et asy fuyendo, llegaron al puerto do arribaron.—Amigos, dixo Garsyr á su gente, mal nos aveno, ca todos mis ommes son muertos et destruydos: por el consejo de Sinagot sso yo asy

Et desque fué atar ssu cauallo, dixo ella:—Dios que guardastes á Daniel de los Leones et Elias el profeta leuastes, quando echó á su disçípulo su manto, et que guardastes á David del jayan Goliaz, assy como vuestra madre naçió en Nazareht, et que por vuestro mandado fué dada á Iosep que la guardase, asy me guardat uos deste traydor falso que non aya en mi parte, ca ante me mataria con vn cochiello. Asy començó la mesquina de fazer su duelo, et dixo:—Ay, ¡Señor Dios, en mala ora fuy yo naçida! Dios padre poderoso ¡cómmo me auedes oluidada!.... Señora santa María, vos me sed oy defendedor. Et el traydor trauó della muy fieramente, et queria la forçar; mas ella menbróse de los nonbres de Nuestro Señor et començólos á nonbrar de los mas altos, ca bien los aprendiera. Et Nuestro Señor mostró y su virtud. Et otrossy le valió y mucho una piedra preçiosa que traya en la broncha entre la otras que y eran engastonadas, que auia tal virtud que mientras la touiese, en ninguna guisa non poderia perder su virginidat. Agora oyd cómmo fizo la piedra su virtud por la misericordia de Dios: que do Miles cuydó fazer della su voluntad, perdió todo el poder del cuerpo, et de los mienbros et ssentióse asy tollido en el canpo. Et despues que ouo poder de ssy et de fablar, llamó á Florençia et díxole:—Puta, ¿cómmo sodes encantador? carántulas me avedes fechas: esto non sse puede encobrir; mas para aquel señor que el mundo fizo, sy las non desfezierdes, yo uos tajaré la cabeça. —Traydor, diz Florençia, dizes muy grant mentira; mas la virtud de Dios me guardó de ty.—Certas, diz Miles, de follia pensades: todas vuestras carántulas et vuestras melezinas cuydo yo toller. Et sacó luego la espada de la bayna, et fué á vn ramo et tajólo, que era despino que tenia mucho agudos espinos, et tornó á Florençia et diólę vn costral en tierra, et firióla con él por los piés et por las piernas, et por los costados que toda la ensangrentó, et le rompió la rica púrpura, de que era vestida.—Traydor, diz Florençia ¿et por qué me matas?.... Dios nunca te lo perdonará:—Certas, dixo él, mucho sodes parlera, ca yo faré de uos todo mio plazer. Desfazet ayna las carántulas.—Traydor, diz ella, esto es grant sandez: ante yo querria ser toda desmenbrada. Quando oyó Miles que asy le respondia, tan grant pesar ouo ende, que á poco non rrauiaua, et erguyóse, et fué la tomar por los cabellos et púsola encima de un árbol, et colgóla por ellos: despues atóle las manos atras muy reziamente, et metióle por entre los braços un ramo, et dexóla asy estar que sus piés non tañian á tierra.—Para mi cabeça, dixo Miles, mal vos vay; quanto vos dezides non vos valdrá cosa, sy non desfezieredes las carántulas.—Traydor, diz Florençia, esto non se aya. Quando lo Miles entendió, á pocas non ensandeçió de pesar, et con la grant saña fué tomar un ramo, et firió la tanto et tan mal, que toda la ensangrentó, de guisa que le rronpió la carne en muchos logares que el sangre corria della en la yerua. Et la mezquina començó á baladrar et dezia:—Ay, Santa María, valedme que á uos me encomendé, et á uos me do, Señor,

non ssufrades que la mi alma sea perdida.—Par mi cabeça, diz Miles, venida es vuestra fin, ssy las carántulas non desfacedes. Certas ya por mí non seredes descolgada.—Traydor, diz Florençia, grant follia te coita, ca jamás la tu carne non se juntará con la mia; mas Dios te dé ende tal gualardon qual yo querria, ca ssy él quisier, él me acorrerá tan toste.

XLII. En tal guisa estaua colgada del árbol que non llegauan sus piés á tierra, et el traydor Miles la leuaua en escarnio. Mas agora oyd cómmo la libró Nuestro Señor, et por qual auentura. En aquella floresta avia un buen castiello cercado de buen muro et buena caua, do morauan mucha gente: al castiello dezian *Castiello perdido*, et era señor dél Terryn, que tenia y ssus casas muy buenas, et ssu muger et ssu fija muy fermosa donzella, á qui dezian Beatriz, et mas de diez donzellas con ella. Aquel cauallero era muy bueno, et aquel dia fuera á caça et falló un çieruo et corria en pos él con sus caualleros et con ssu conpaña, que bien eran veynte et çinco, et los canes que yuan con aquel çieruo latiendo delante, et fueron por aquel logar, por do estaua Florençia en tal guisa como oystes. Quando los Miles oyó, caualgó en su cauallo muy toste, ca ouo muy grant miedo, et fuése fuyendo, ca se temió que venian en pos él, et metióse por la floresta. Et el çieruo se pasó por aquel logar corriendo, et la conpaña que lo seguian, pasauan por ssó el áruol; et quando cataron, vieron á Florençia colgada, et la claridat que dauan las piedras de ssu broncha; et dexaron de yr en pos el çieruo, et paráronse et llamaron ssu señor, et amostráronle la mula, tan ricamente guarnida, et Florençia que estaua colgada, et dixieron:—¿Quién vió nunca tan rico guarnimiento de dueña? Ca los arzones eran d'alifant et cubierta de un rrico baldoque et las camas del mueso et el muesy, et la plegadura de buen oro fino. Et entonçe fué Terryn contra Florençia que vió plañer et baladrar, et bien le ssemejó la mas fermosa cosa que nunca viera.—Dueña, dixo él, ¿cuya sodes, ó dónde venides?... Non me lo neguedes. Ssy cosa buena ssodes, dezitmelo luego; et ella respondió, assy como pudo, ssollozando mucho:—¡Ay Señor, merçet por aquel Dios, quel mundo redemió! Yo ssó esta mesquina que vedes que estó en esta penna et en esta tormenta. Non vos puedo ende mas dezir: tanto sso coitada; ca nunca fuy fuera de pennas et de martirios, non uos puedo ende mas dezir tanto sso mal trecha. Non poderiades en poco tiempo ssaber toda mi mal andança. Et quando Terryn lo oyó, deçió de ssu cauallo et fué á ella, et deslióla et tomóla en sus braços et asentóla en el prado, et ouo della muy grant duelo, ca la vió tan sangrienta, et tan mal ferida de las feridas que le feziera Miles, que la su faz tornara tal como de muerta, et su brial rroto en muchos logares. Et todos avian della grant duelo et grant pesar, et desy llamó sus ommes et díxoles:—Non fagades grant rroydo, mas fablat paso, ca alguno fué aquí que non traxo esta dueña á su voluntat, asy como paresçe; mas fazetme toste unas andas en que la leuemos á *Castiello perdido*, et bien cuydo que non tardará mucho que nos saberemos dónde es esta dueña, ó de quál

lynage, et quién la traxo acá, et la ferió tan mal, et la dexó asy colgada en este monte. Et ellos fezieron luego su mandado, et fueron luego tajar ramos, et fezieron las andas. Desy metieron la su mula delante et un palafren detrás, et leuauan las andas et echaron y á Florençia, et acogieron sus canes, et metiéronse á la carrera et leuáronla al castiello. Et desque la Terrin fizo meter en su palaçio, llamó á su muger á qui deçian Angletina, et á su fija Beatriz, que era muy fermosa á marauiella, et díxoles:—Yo non querria por muy grant cosa de auer non ser oy ydo á caça, et dezir uos hé cómmo oy de mañana quando salimos, cogimos en pos de un çieruo, et yendo asy corriendo por la montaña, fallamos colgada de un árbol una mesquina. Non sé sy es condesa ó duquesa, ó de grant guisa; mas nunca tan bella cosa vy, ni tan bien fecha. De su guarnimento vos digo que seria caro de conprar. Ora fazet de ella pensar et faredes grant limosna, segunt cuydo, et fazetle fazer alguna melecina, ca mucho es mal ferida; et metedla en baño et dénle á comer de una gallina, et non le demande ninguno de su fazienda, fasta que sea tornada bien en acuerdo. Et la dueña quando le esto dixo su marido, quitó luego de sy su manto armiñado et fuése con su fija Beatriz á las andas que entraron ya en el corral, et metiéronla en el palaçio muy mansamente.

XLIII. Asy fué la reyna Florençia en *Castiello perdido*, que era señora de Rroma. Et aveno la bien, ca Terryn, el señor del castiello, commo era omme noble et de buen talante, mandó á su muger que la feziese muy bien seruir, et guardar á su voluntat, et ella que era muy buena dueña, dixo que lo farian quanto ella menester ouiese. Et fízola meter en su cámara, et ella et su fija Beatriz la desnuaron, primeramente el brial que fuera de fino oro, mas era ya rroto et mal trecho: desy la camisa, que era de seda muy blanca, mas teníala pegada á las cuestas, et á las yjadas en muchos logares, de la sangre que le saliera mucha de las feridas muchas que le diera aquel traydor. Et la dueña et su fija quando esto vieron, ovieron della grant duelo et grant manziella, et de piadat tomáronse á llorar. Et desque la desnuaron, echáronla en un buen lecho muy mansamente, et cobriéronla muy bien; desy feziéronle un caldo, et echárongelo con una cuchar de oro por la garganta, et yogó asy. Despues tomó la buena dueña su ungüento muy preçiado, et untóla con él muy sabrosamente, et su fija. Esto era en el tienpo del estío: desy destenpró de una yerua de grant virtud, et diógela á beuer; despues que acordó diéronle gallina, et lo que entendieron que le aueria pró.

XLIV. Mucho fué bien seruida la reyna Florençia en aquella cámara, et bañada, et guardada. Asy que fué guarida, la fija de Terryn, que era muy fermosa et mucho enseñada, se trabajaua de le fazer todo plazer, et yazian anbas en otra cámara, allende de la de Terryn, et ardia y una lámpara toda la noche. Los caualleros de Terryn et su conpaña yazian en el palaçio: las donzellas yogauan et solazauan de dia, et por catar á Florençia que era blanca como nieue, et su faz tan clara que dezian los que

la yuan ver, que nunca tan bella criatura vieran; et por ende la catauan muy de grado, et rrogáuanla de amor, et de tales pleitos; et ella se libraua dellos sin villanía que se rreyan ende; mas quanto ellos demandauan, todo lo tenia ella por follia; et todavía pensaua en Esmere que nunca se le oluidaua, et enmentáualo, et llamaua á Dios, et á Sancta María, et dezia:—Ay Miles, traydor, Dios te maldiga, que asy me partieste de tan buen donzel. Mas Terryn, que bendito sea, la confortaua mucho, et la fazia muy bien servir et guardar, et rrogaua á su muger que asy lo feziesse; mas nunca fizo serviçio que le tan bien saliese, ca despues le dió ella por ende á Plazençia et Lõnbardía. Vn dia fué Terryn á la montaña por auer alguna caça con que feziese plazer á Florençia, et desque fizo meter los canes en las trayllas et aguisar sus monteros, salióse de grant mañana; et desque entraron por el monte, fallaron un puerco et soltáronle los canes et corrieron con él et alcançáronlo, et tuuiéronlo quedo. Et Terryn que era muy montero, metió toda la espada por él, ca asy lo matan en aquella tierra; et el puerco cayó luego que se non pudo erguyr, et Terryn deçió del cauallo, et abrió el puerco et çeuó los canes, et fizo leuar el venado para su casa. Et desto fizo commo cortés, que mandó presentar á Florençia la cabeça dél; et digo vos que á mas alta donzella non la podiera presentar. Desy demandó agua, et asentóse á la mesa, et fizo asentar cabo sy á la reyna Florençia; et de la otra parte se asentó su muger et su fija. Mucha le fazia de onrra et de bien, et de algo: Terryn fazia muy buen contenente, et seya muy ledo; et desque comieron, entró en su cámara con su muger et con su fija, et con Florençia, et vióla tan blanca como nieve et tan bien colorada que era grant marauiella, et dexieron entre sy que nunca tan bella criatura vieran. Et Terryn que la mucho siempre onrraua, díxole:—Señora buena, yo vos mandé muy bien guardar et fize de uos pensar muy bien, asy que me semeja, loado sea Dios, que sodes bien guarida, et non uos lo digo por ningunt arrepentimiento: ora querria saber, sy á vos proguiese, quién sodes, et dónde, et sy sodes duquesa, ó reyna, ó quién vos ató á aquel árbol, dó uos yo fallé tan mal meneada.—Señor, dixo Florençia, esto es bien sabido que me feziestes mucha onrra et mucho bien, que vos yo agradesco mucho, et veredes que en buen punto ues levantastes aquel dia que me fallastes, ca mucho bien vos verná dende. Mas, señor, asy es que vos lo non puedo dezir que non falsase mi lealdat; mas yo non cuydo que ante pase esta semana, vos lo sabredes, ca se non puede encobrir. Ca bien sabed que en aquel tienpo era la fé tan bien guardada, que só el çielo non avia tal despues que la jurase que ante non quisiese aver la cabeça tajada que la falsar; mas agora de otra guysa se faze, ca mucho es avillanada et abaxada, ca muchos se perjuran, et á menudo. Verdat es que quando Miles se partió de Florençia que yua con grant pesar; et fuése dende á Guillem de Duel, que avia muy grant guerra, et Milon que era muy buen cauallero darmas, lo ayudó muy bien; ca mucho era sabidor de guerra, et

muy esforçado. Et don Guillem lo amó mucho, et fué dél muy priuado, ca mucho era sabidor en armas. Mucho era en grant cuydado, et triste por la traycion que avia fecha, et dezia muchas vezes entre sy, quando se le menbraua:—Ay Señor Dios, en mal punto fuy nasçido, que trayçion fize á mi hermano que era rey sagrado et coronado, que era menor que yo, et mejor. Verdaderamente el diablo entró en mí; ca fize commo traydor prouado, et seré por ende escarnido do quier que me fallen. Milon avia desto tan grant pesar que por poco se maldexiera. De la otra parte Florençia era asy, como ya oyestes, en *Castiello perdido*, que nunca Terryn sopo quién era ni de quál linage. Un cauallero avia en su casa que avia nonbre Macayre, nuestro Señor lo confonda, ca nunca peor traydor fué naçido; pero que era ardido et mucho atreuido. Aquel amaua tanto á Florençia, que á pocas era sandío por ella, et prometíala oro et plata, et piedras preçiosas, et donas á saber: peñas veras, et armiños et paños de seda; mas ella dezia que los non queria, ca le non era menester. Mas él era tan tollido por ella que dezia que ante queria ser desmenbrado que la non ouiese á su voluntade. Vn dia veno de una alta fiesta, que deuian guardar; et Terryn fué con su muger et con su fija Beatriz á vn monesterio de dueñas, que avia y cerca á oyr su misa, et Florençia que se dultaua mucho por que fincaua sola, tomó un libro de la dueña et asentóse cabo de un pilar, et començó á rrezar por él, et dezir sus oraçiones. Et siendo asy, menbróle de su madre et tomóse á llorar; et ella llorando asy, ahe aquí á Macayre, lleno de mal pensar. Quando Florençia lo vió, ouo dél miedo, et erguyóse toste.—Señor, diz la donzella, dexatme estar en paz; ydvos vuestra carrera de aquí, ca me non pago de vuestra conpaña: vos non sabedes quien me só, et demandádesme grant follia, lo que non podredes acabar sy me Dios de mal guardar quisier, por todo el oro del sieglo. Ydvos luego de aqui, sy non yo me quexaré dende á Terryn, tanto que venga del monesterio donde fué.—Certas, dixo Macayre, vos me fazedes ensandesçer, yo non puedo mas esta vida endurar. Estonçe quiso trauar en ella, por la echar en un lecho; mas Florençia lo puxó de guysa que á poco lo derribó, et tomó una piedra, et commo él quiso trauar de ella, dióle con la piedra en el rrostro tal ferida que le quebró dos dientes de la boca delanteros; et cayéronle luego, et fué lleno de sangre.—Tirat vos de mí, dixo la donzella, ca mal vos verná dende, ca non ssó yo para vos, nin vos para mí.—Quando aquesto entendió Macayre, á pocas non fué ssandío, et non pudo fablar por una grant pieça, et tanto auia miedo de Terryn que non osó y mas fincar, et cobrió la cabeça del manto et fuése parar á la puerta, et llamó sus dos escuderos et mandóles ensillar su cauallo; et desque fué ensellado, caualgó, et mandó leuar su escudo et su lança, asy como ssy quisiese yr algunt torneo. Et pensó que al quarto dia tornaria que no tardaria mas et diria que fuera ferido en el torneo de una justa en los dientes. Asy que se fué, que non osó catar á ninguno. Grant pesar ouo Macayre en su

çorasçon de la ferida de los dientes que le diera la donzella, por que era mellado; mas juraua que ella lo conpraria caramente, sy él podiese. Et desque Terryn veno del monesterio, ssentóse á la mesa et fizo asentar á Florençia á ssu seniestra parte, et á su muger et á su fija á su diestra parte; et ssus caualleros et ssu conpaña ante él, et comieron muy bien et muy abondadamente. Aquel dia que llegó Macayre, asentóse á la mesa con los otros caualleros et desque comieron, católo Terryn, et començó á burlar, et díxole desta guisa:—Por mi cabeça, vasallo, mucho andastes: el que assy justó con vusco, mal uos jogó: non uos amaua mucho; cuydo yo que mejor uos fuera de folgar aquí connusco, et comer desta caça et beuer de buen vino.—Par Dios, diz Macayre, verdat dezides: desque vedes que non puede ya ál ser, tomastes vos á escarnir de mí. Et dixo en su corasçon, que como quier que alguyen pesase, que ella lo conpraria caramente. Agora oyd del greton falso en quál guisa obró: fizo fazer un cochiello mayor de dos palmos et mandólo bien amolar; veredes el endiablado cómo lo tomó el diablo. Metióse en la cámara á la noche, et ascondióse tras la cortina; et Terryn et su muger echáronse en un lecho, et Florençia et Beatriz çerraron bien la puerta por dentro: desy fuéronse echar en su lecho; mas non adormeçieron tan ayna, ca esto es verdat, que quando alguna ocasion ha de venir á omme ó á muger, non puede dormir tan bien. Et el traydor non quiso salir detrás la cortina, en quanto las oyó tosser et bollir, et quando entendió ya que dormian muy fieramente, ssalió dó yazia, por fazer matar á Florençia et escarnir; et fuése muy quedo al lecho de las donzellas, et la lunbre era grande en la cámara de las lánpadas et de las candelas, de guisa que bien conosçió á Florençia, et metió la mano por ssó el cobertor, et alçólo es contra Beatriz, et metióle el cochillo por só la teta seniestra, que le dió en el corasçon que nunca tañó de pié nin de mano, ni fabló cosa, ca luego enproviso le salió la alma del cuerpo. Et touo el cochiello en ella grant pieça, et desque lo tiró, metiólo así sangriento á Florençia en la mano que dormia, así que la sangre le corrió por la mano que era muy blanca. Desy partióse dende. Et Terryn començó á soñar entonçe cómmo caya vn rayo del çielo con fuego ardiente, et yua á dar á Beatriz, et que la echaua muerta, et el fumo del rayo daua ende á Florençia de Rroma, et afumábala toda. Mucho fué espantado el omme bueno de aquel sueño, et con pauor despertó, et erguyó la cabeça en alto; et porque non avia otro fijo, amáuala mucho, et non se pudo sofrir que la non fuése catar. Et tanto ouo ende de grant coita que se erguyó del lecho, cómmo adormido, et cobrióse de un manto de xamete et fuése toste al lecho de las donzellas, et leuó en ssu mano una candela, et vió á Beatriz su fija salir la sangre por el costado, et correr por todo el cuerpo, et ella yacer muerta, et amariella; et cató á Florençia, et vióle tener el cochiello en la mano sangriento, et que dormia muy fieramente, et él que vió su fija asy yazer muerta et sangrienta, nunca tamaño pesar ouo. Mas agora oyd

qué fezo el omme bueno. Quando cató á Florençia de una parte et de otra, pensó que yria catar la cámara, sy fallaria alguno que aquello feziera, et fué á la puerta, et falló la muy bien çerrada, et cató ssó el lecho et ssó la rropa et cada logar, et no pudo cosa fallar; mas non cató tras el su lecho ca y lo fallara, mas non plogó á Dios. Et quando non falló ninguno, cuydó verdaderamente que Florençia le feziera aquel mal, et fué á su lecho, et llamó á su muger et díxole muy paso:—Dueña, por Dios uos ruego que estedes que non aya agora aquí roydo nin grant duelo. Sabedes!... aquella que fallamos colgada del áruol, agora puede aver un mes, et la troxiemos aquí, mató á Beatriz, mi fija, con un cochiello mucho agudo. Quando esto entendió la dueña, ouo muy grant coita et vestió toste una piel armiña, et leuantóse de su lecho, et fuese al lecho de las donzellas, et cató et vió aquella mala vision: desy fué abrir la cámara, et tomóse á baladrar, et á carpir et á llamar los ommes de su casa; et ellos sse leuantaron toste, et fueron allá corriendo, asy que la casa fué luego llena. Et Terryn les mostró su fija Beatriz que yazia, et todos fezieron por ella grant duelo, asy que los mas esmoreçian ende. Macayre, el traydor, que todo lo ascuchaua, ssalió de allí, dó estaua escondido, et fuése á la priesa et al duelo, et solamente no fablaua cosa.

XLV. Mucho fueron en el castiello espantados et esmaidos de aquel fecho; mas Florençia yazia tan dormiente que nunca abrió mano del cochiello, et ssoñaua que estaua en el monte mucho espeso, ally do Miles caualgara, et que sse fuera fuyendo por miedo de Terryn, et que treynta canes lo cometian que venian corriendo de rrendon.—Mas Milon los cometia muy fieramente et ellos tan grant miedo avian dél que todos fuyan: et del pauor que la donzella avia, espertaua. Entonçe abrió la mano et dexó caer el cochiello.—Certas, diz Terryn, mal me avedes escarnido: yo cuydo que asy feciestes á otros muchos. Mas Florençia, quando abrió los ojos, fué espantada, et quando oyó el duelo, dixo:—Ay Dios ¿qué es lo que dizen? Nunca tal cosa oy. A tanto ahé aquí Macayre, et bien quinze con él. Et cada uno traya en su mano su espada muy linpia, et mucho aguda, et venian mucho auiuados por matar á Florençia, et muerta la ovieran; mas Terryn los dixo:—Estad quedos, ca para aquel Señor que nunca mentió, en mal punto será aquel que solamente sse aballar, por le fazer mal. Ca yo non quiero que muera, sy non por juyzio; et faremos della tal justicia commo mereçió. Grande era el duelo por el castiello que por Beatriz fazian. Cerca d'aquel castiello avia una abadia de dueñas, et tañieron las canpanas, et la tesorera fizo tomar las cruzes, et fueron las monjas á casa de Terryn, et mucha otra gente de la villa, et desque entraron en la villa et fueron á la cámara, et Florençia vió el duelo tan grande, fué marauillada; mas quando cató, et vió á Beatriz muerta et sangrienta cabo sí, era muy espantada, et dezia:—Sancta Maria, valme. Et abaxaua la cabeça, et non sabia qué fazer. ¿Qué uos diré? Mas non le valia y jurar nin saluarsse. Entonçe se llamaua ¡mesquina! ¡mes-

quina! ¡catiua!.... Et Terryn le dixo:—Por Dios, donzella, ssy yo esto cuydára, quando uos fallé en el monte, non uos troxiera para mi casa por todo el oro del mundo. Entonçe dixo contra los caualleros:—Por Dios, sseñores, á dur lo cuydaria, sy lo yo non ssoñara; et desque lo ssoñé, fuí entonçe catar la cámara, et falléle que tenia el cochiello en la mano ssangriento; mas ssy omme fuesse, yo lo mataria luego en este punto. Agora, señores, fablat vos ende, et dat ende juizio. Et ellos sse fablaron, et fallaron por derecho que la mandassen quemar, pues que lo assy fallaran en el fecho. Grant duelo et grant llanto fazia Terryn por su fija, et otrossy fazian todos, et todas por el castiello, como por fija de ssu señor, que non avia otra. ¡Ay, mesquina de Florençia! no le valia saluarse ni jurar, por el cochiello que le falláran en el puño. Et desque la noche fue salida, et la mañana veno, tomaron el cuerpo et aguisáronlo bien en paños de sseda, et leuáronlo á la abadia, et y lo ssoterraron onrradamente. Et desque lo enterraron, troxieron mucha leña, et muchas espinas, et fezieron muy grant fuego fuera del muro en un canpo; et despues fueron por Florencia, enperatriz de Rroma, et troxiéronla ssyn manto en su brial; et quando fué antel fuego, con miedo et con tremor que avia, dixo por Dios que la dexasen fazer orazion; et ellos gelo otorgaron, et ella fincó los inojos en tierra et començó á dezir:—Nuestro Señor Ihu. Xpto., quien en uos cree firmemente, como dize la Escriptura, no puede ser perdido. ¡Ay, Señor! cómmo vos fuestes traydo de los judíos descreidos, et ferido, et mal menado, et en la vera cruz plegado, et escopido, et prendiestes muerte por los pecadores, et al terçer dia resuçitastes, asy Señor, commo esto fué verdat, asy vos prenda piadat desta mesquina pecador. ¡Ay, desuenturada! por mí fué el Rey Ottas, mi padre, guerreado et muerto en la grant batalla, et la reina mi madre murió de parto, quando me parió. Grant peccado criminal fizo quien me esto basteció, porque aun muchos llorarán et farán duelo; mas aquel me perdone, que sobre todas las cosas ha poder, et haya merçet de mi alma; ca el cuerpo en mal peligro se vé. Mucho era Florençia en grant miedo, quando veya el fuego tan fuerte et tan açeso, et comenzóse á coytar entre ssus enemigos:—Ay, catiua, dixo ella; ¿quién me buscó este mal? Bien sabe nuestro Señor que nunca fuy en muerte de omme nin de muger; mas por mí fueron muchos caualleros en batalla muertos. El peccado de mi padre me comprende: me semeja que resçibiré aquí martirio, pues y ál non puede sser, et nunca meresçy por qué; mas ruego aquel Señor que fué puesto en cruz, que aya merçet de mi alma, et la meta en el ssu santo paraiso. Luengamente sse coitó la mesquina; et estaua mas blanca que flor de lis, et la boca pequeña, et la nariz bien puesta, et assy luzia ssu faz como brasas biuas. Et ella asy estando, llegó Terryn á pié, et bien ssesenta caualleros con él; et mucho era fermoso marqués, et noble.—Et cató á Florençia que vió llorar et plañer, et tan fermosa criatura, et ouo de ella duelo et piadat, et mandóla alongar un poco del fuego, et díxole:

—Par Dios, donzella, grant dapno me avedes fecho, lo que non devia un enemigo fazer á otro; mas por Dios tanto me deçit dónde oviestes aquel cochiello, con que matastes mi fija, ca marauillado ssó ende, ¿ó por qué la matastes?—Ay, buen señor, merçet, dixo la reyna: çertas nunca la yo maté; ante hé ende muy grant coyta, et muy grant pesar en mi corasçon de su muerte. ¡Ay, mesquina! non ssé qué diga; ca me veo syn pariente, syn amigo: alguien fué que troxo aquel cochiello, que esto fizo por mal de mí, ca yo resçibiré por ende muerte, que nunca fize por qué; mas mi alma sea salua, pues gelo non meresçy.

XLVI. Esto fué un dia sábado de grant mañana, et todos los del castiello se salieron por los prados, asy que todo el pueblo de la villa y era ayuntado, para ver aquella justiçia de la reina Florencia, et clérigos, et monjas, et veyan cómmo la tenia Terryn un poco alongada del fuego, et la preguntaua á guisa de omme mesurado. Et estauan esperando quándo la quemarian, et oyen cómmo ella dezia:—¡Ay, glorioso Dios, verdadero Señor, quánta coyta hé á endurar, que en este fuego hé á ser quemada! ¡Ay Vírgen Sancta María! ¡Señora, acórreme! ¡Ay, agora fuesse aquí el Papa, mi padrino, et el buen rey Esmere, et el bueno de Agrauayn, et librarme yan desta coyta; mas sseméjame que esto non será. ¡Ay, mesquina! Ya nunca veré la ciudat de Rroma. Quando le esto oyó dezir Terryn, et vió cómmo lloraba tan fieramente, ouo della muy grant piadat: dessy era tan bella criatura que dixo contra ssus ommes:—Certas, grant duelo hé desta mesquina de muger, de guisa que sy me ouiese muerto mi padre, et mi madre con ssus manos et todo mi linage, non la mataria por cosa, et dixo á Garlaynes, vn su omme:—Itle por su mula ensellada et enfrenada con todo su guarnimento, que le non mengüe nada, et quiero que sse salga de mi tierra luego; mas sy la en el monte comiessen leones ó lobos, ó otras bestias, no me yncal, ca non seré yo por eso reptado. Quando esto oyó la reina Florencia, fué ya quanto confortada, pues que sopo que la non quemarian, et con alegría la sangre le bollia en el cuerpo; et porque non habia culpa, acorrióle nuestro Señor, et fizo que el cauallero la quitó, et la enperatriz le dió ende graçias. Dessy fué á la dueña que le mucho bien feziera, et omildósele mucho: desy espedióse della llorando mucho, et díxole que Dios le diesse buen gualardon del bien que le feziera. Et Terryn et su muger ouieron della gran piadat; et ella lloraua tan fieramente que semejaua que toda se ssolvia en lágrimas: tanto era desconfortada. Et la dueña que era cuerda et muy entendida, pensó que nunca su fija por ella fuera muerta, mas que algunt traydor troxiera ally el cochiello que le matara su fija. Et dixo en su voluntat que se non podria encobrir, que á la çima non fuesse sabido. Et rogó á Dios en su corasçon que él descobriesse quien lo feziera, et que non poderia ser que asi non fuesse. Garlaynes á quien fué mandado, fizo como cortés: fuése al establia, dó estaua la mula, et enfrenóla, et ensillóla de su siella que ella ally troxiera, que cosa non menguó: desy leuola á ssu

señor. Florencia estaua delante, llorando muy fieramente; et quando aquesto vió, dexóse caer á sus piés, et pedióle merçet; mas Terryn la tomó por la mano, et erguyóla; mas ssy ella avia pauor, non uos marauilledes, de la una parte el fuego fuerte que veya ante sy, de la otra que todos le dezian mal, et la culpauan. Mas Dios en qui se ella fiaua, la guardó ende.—Señor, diz Florençia, por Dios, et ¿dó yré quando me agora de aqui partier? Mesquina! yo cuydo que nunca mugier de tan alta guisa fué en tal coyta, ni en tan mala andança, sy lo yo osasse dezir, mas nunca me perjuraré. Mas á esta coytada mesquina, Dios non le fallesçerá; mas yo vos juro por aquel Dios que en Cruz se dexó prender muerte por nuestro amor, por nos librar de las penas del infierno que nunca yo en tal guysa tañí á Beatriz con cuchiello. Et bien veo que magüer vos lo juré, que uos non me lo creeredes; mas pues que esta catiua asy se ha de yr desamparada, por Dios defendet á vuestros ommes que me non fagan mal, ca yo se bien pieça ha que tales y ha que me farian onta et mal. Por mi cabeça, dixo Terryn, ya tal non se mouerá por esto que la cabeça non pierda, ya tan alto omme non será. Quando Macayre esto oyó, pesóle mucho, ca de buenamente fuera en pos ella; mas non osó por miedo de Terryn. Entonçe le fizo dar Terryn todo lo suyo quanto ally troxiera, asy paños como el guarnimento de la mula. Entonçe la pusieron en la mula; mas toda era mojada de ssus lágrimas, assy que Terryn ouo ende gran piadat. Et desque se espidió dellos, tornóse llorando mucho, et comendólos á Dios. Et Terryn fizo á guisa de cortés, caualgó en su cauallo et fué con ella mas de media legua. Entonçe sse tornó, et Florençia fué su carrera, et no andó mucho que fallóse en vn monte et sygnóse mas de quatro vezes et comendóse á Dios et á su madre et erguyó los ojos al çielo et firió sus culpas en sus pechos, et esforçóse et eguyjó su mula que andaua muy bien, et muy quedo, ca el bosque era grande que le duró quatro leguas; et desto le aveno bien que non falló ninguno; mas ante que dél fuesse fuera, ouo un enojo, ca el camino sse le partió en dos carreras, et estudo queda un poco et non sopo quál dellas tomasse. Et puso en Dios ssu esperança et aguyjó la mula que se fuesse por quál quisiese, et la mula se fué por el de diestro. Asy se yua Florençia por el camino de diestro coitada et con pesar, pensando mucho. El dia fazia bueno et claro, et poderia ser ora de terçia, quando ella ssalió del monte. Entonçe entró en un grant llano contra ribera de la mar, et alli era el puerto de aquellos que querian pasar á la tierra d'Ultramar. Entonçe cató et vió una çiudat muy bien murada dalto muro, et de buenas torres por él, do morauan muchos buenos caualleros, et mucha otra gente buena. Et vió salir una grant conpaña de ommes de la villa que leuauan un ladron de y de la tierra á enforcar que avia muertos et rrobados muchos ommes. Et dó lo tenian ya al pié de la forca, et querian echar la cuerda suso por lo tirar, aqui viene Florençia á travieso de un canpo et fué contra ellos, ca de grado

querria fallar alguna buena gente que la conosçiessen. Et aquellos que tenian el ladron, la vieron luego et paráronle mientes, et dixieron entre ssy.—Aquí viene una fada, et mostráronla al señor, et él la cató.—Vamos, dixo él, contra ella, et saberemos quién es. Entonçe fueron contra ella, et el señor que yua delante, quando llegó et la vió tan bien guarnida, touo que era dueña de algun buen logar, et saluóla muy cortesmente, et díxole:—Dueña, bien seades venida et bien trobada: fermosa, ¿quién uos fizo pesar? ca me semeja que alguyen vos menó mal.—Señor, diz ella, esto non puede ser encobierto: yo só una catiua que só salida de mi tierra: asaz ssó fija de algo, et de alto linage; et non uos puedo dezir mas: que asy lo he jurado. Et estido asy fablando con ellos una grant pieça, de guisa que lloraron mucho con ella; et el Señor la tomó por la rienda de orofrés. Desy leuóla por delante las forcas, donde tenia Clarenbaut la soga á la garganta. Agora oyredes cómmo la reyna Florençia guaresçió á Clarenbaut de muerte, que non lo enforcasen, donde ouo él grant plazer. Mas ella lo conpró despues caramente, commo podedes oyr, sy uos ploger.

XLVII. Señor, diz Florençia, por Dios entendet mi razon; quando uos agora de la prima vy, cuydé que yvades en procesion á serviçio de Dios á algunt Ssantuario.—Dueña, diz él, ante venimos enforcar un ladron que ha fecho mucho mal en esta tierra, que non dexa eglesia, nin casa de órden, ni de otra que non robasse. Ayer á la noche despues que dormian fué preso en un monesterio de Sant Pedro d'Aualon; mas ponerlo an agora ally en la orca, et yrnos hemos luego.—Señor, diz Florençia, perdon y ha menester; et vos me semejades muy buen omme. Dátmelo, et guardarme há esta mula, ca non trayo rrapaz, et hélo mucho menester.—Dueña, diz el señor, daruos lo hemos que non á cosa porque uos lo dexasse de dar: mas yo cuydo á buena fé que ayades en él mal conpañon. Entonçe mandó que lo desatassen de la ssoga, et le soltasen las manos et tolliesen el paño de ante los ojos, et asy fué fecho. Et leuáronle á Florençia, et diérongelo tan amariello como çera:—Amigo, diz Florençia, ¿cómo âs tú nonbre?—Señora, diz él, Clarenbaut me llaman á mí.—Par mi fé, dixo ella, nonbre âs de ladron. Agora dexa tu menester et sé bueno, et sy me quisieres seruir, tú averás ende gualardon. Quando Clarenbaut entendió que por ella seria libre de muerte, dexósele caer á los piés de la mula. Et Florençia lo fizo leuantar, et tomólo por el cuello, et él le juró que le non falleçeria por auer del mundo et que la seruiria lealmente. Mucho fué ledo Clarenbaut, quando sse vió libre de la forca, et fincó con Florençia, asy como oydes, su jurado; mas malamente sse perjuró despues el aleuoso, ca era omme de mala natura, ca nunca touo á omme fé nĩ verdat. Agora oyredes de las grandes desauenturas que auenieron á Florençia que era de tan alto logar et tan noble; pero despues veno á Roma, et fué juntada á Esmere, el buen cauallero, fijo del rey d'Ongría, et por ella ganó él el emperio de Rroma: mucho fué aquel

dia el alegría grande de quando fueron juntados, et él fué coronado, et ella otrosy: et este fué el mejor cauallero que en aquel tienpo sopieron. Mas de Clarenbaut uos digo que por Florençia fué libre, que non pernó en la forca. Despues que fué ssu omme, commo era grant ribaldo traydor, nunca le touo fé, nin verdat: ante pensaua cómmo leuaria della los paños. Assy se fué con ella delante en paños de lino, et entraron en la villa por la puerta que dezian de Paris. Et fueron posar á casa de Pesaut, et ssu muger auia nonbre Ssolipsa, que non avia tan leal muger en toda la tierra, como el cuento deuisa; mas el marido era muy falso et muy cobdiçioso; et quando él vió el ladron que fuera leuado á justiçiar, fué mas ledo que sy le diessen veynte maravedís de oro, et fué á él, et abraçólo, et prometióle su ayuda, et el ladron gelo gradesçió mucho. Dios los confonda! Et desque Florençia fué descendida de la mula, sentáronla en un lecho, et Ssolipsa, la burguesa, que muy grant piadat auia della, entremetióse de la seruir, á todo su poder, ca bien sabia que en malas manos era cayda, mas pensó que en quanto ella pudiese que la guardaria de mal, et díxole:—Bien me ssemejades, gentil dueña: par Sant Donís, mugier de rey nin de conde non ha menester antojança. Vedes, amiga, nuestro Señor Ihu. Xpo. sofrió en su carne mucha coyta et mucho martirio por nos tirar del infierno, et commo yo esto creo firmemente, asy le ruego que uos lieue con bien et con alegría á la tierra donde salistes.

XLVIII. Aquella noche yogó Florençia en aquella çibdat en casa de Pesaut, su buen huéspet, que Dios confonda. Clarenbaut, en quien sse ella mucho fiaua, consejóse con el huéspede cómmo la vendiesen, ca la mula et los paños tenia en su casa. Marauiella fué cómmo la non mataron; mas Dios la guardó ende que la non quiso oluidar, ca non puede ser perdido el que Dios quier ayudar; et por esto Florençia de Rroma non podia ser escarnida, ca Dios la guardaua et la Vírgen Sancta María, á qui sse ella mucho encomendaua. Ssolipsa, la burguesa, que Dios bendiga, la seruia á todo su poder; mas mucho era esmaida de que la veya en poder de aquellos ladrones; mas ya en tanto como ella pudiesse non le farian escarnio. Et pusieron la mesa, et comieron bien pan et vino et pescado; et desque comieron, luego Pesaut preguntó á Florençia, et díxole por follonía: —Dueña, ¿quién sodes, sy Dios uos salue, ó de quál tierra sodes natural? No me lo neguedes, ¿sódes casada ó soltera? Semejades me soldadera, que há muchos dineros. Ante que me escapedes de manos, vos averé yo vendida.—Señor, diz Clarenbaut, vos dezides follia: mi señora vos dará mas que uos querriades. Et ella et su aver averedes vos en vuestro poder todo: yo ssó su omme quito et héle jurado que le non fallesca en toda mi vida. Mas como quier que lo dezia por la boca, non lo tenia así en la voluntat: nunca el traydor de Júdas que en Gehetsemania vendió Nuestro Señor á los judíos, fizo mayor traycion de la que fará cedo Clarenbaut á Florençia de Rroma. Mucho fazia por ella grant duelo el buen Esme-

re, et mucho era ende coitado et desmayado á grant marauiella: et buscóla et fízola buscar; mas nunca de ella pudieron saber parte et non sabian que y andar. Et quando vió que non podia ende saber nueuas, tornóse á la guerra por fazer ende lo mejor; mas de Florençia uos digo que era mucho espantada de la mala palabra que oyera dezir á su huéspet; asy que sy non fuera por la huéspeda, de noche fuyera. Et á tanto fuéronse echar á dormir et dormieron fasta la mañana que tañieron la campana en una abadía que estaua y. cerca. Quando la oyó Florençia, leuantóse ella et su huéspeda, et fueron allá á oyr la misa, et desque fué dicha, saliéronse de la eglesia. Florençia cató contra el pueblo, et vió estar las naves et las galeas, et pensó que de grado yria á la Tierra Sancta de Jherusalem, do Dios pasó muerte et vida, sy oviese quien la ayudasse et la guiasse. Desy tornáronsse las dueñas á la posada, et la huéspeda, como era buena et de buena parte, presentó que comiesse á Florençia, et Pesaut et Clarenbaut andauan assechando cómmo le poderian quitar lo que traya, et muerta la ouieran, ó afogada, sy non fuera por la buena dueña, que avia della grant piadat, et que les jurara par el verdadero rey Ihu. Xpo. sy le mal feziesen, que ella lo yria dezir á los juezes et al pueblo. Et desque yantaron, Florençia llamó á Clarenbaut, et díxole:—¿Cómmo me catas, asy como follon? Ves, sy tú quisieres ser leal, yo te faré fazer çedo cauallero et darte hé tan grant auer, por que nunca seas pobre en toda tu vida.—Dueña, dixo el ladron, Dios ssabe mi voluntat: yo non uos falleçeré fasta la muerte. Despues dixo entre sus dientes muy paso que él la faria quexar ante de la noche.—Clarenbaut, diz Florençia, agora entiende mi talante: allá yuso en el puerto están mercaderes que quieren pasar á Ultramar, sy los Dios quier ayudar por yr en romería al Santo Sepulcro. Vay et cata et pregunta sy fallarás algunt pelegrino, que me quisiere leuar en su guarda, et yo le daré de mi auer lo que él touier por bien. —Dueña, dixo el ladron, á vuestra voluntat sea, et fueron él, et Pesaut corriendo para el puerto muy ledos, ca de grado venderian á Florençia sy pudiesen; et cataron et vieron una naue á su diestro muy grande et alta, et entraron dentro et fallaron y Escot, el maestre de la nao, que semejaua mucho omme bueno et de buen talante; et ssus ommes et su conpaña estauan al derredor dél, et Clarenbaut lo saluó, et él le dixó que Dios le diesse buena ventura:—¿Et qué demandades amigo?...—Señor, diz el ladron, yo uos lo diré: yo tengo vn aver de vender, cortés et fermoso, non cuydo que tan bel há en todo el sieglo; et fazer uos hé dél buen mercado, ssy uos ende pagardes. Quando esto oýó Escot, fué muy deseoso de lo saber, et de ver aquella merchandia, que le loaua tanto, et el marinero le respondió:—Amigo, non dubdes de mi, dyme tu voluntat, et non me mientas; ca yo non me pago de omme mentidor; mas ssy el auer es tal, como tú dizes, et tú quieres ganar, non há omme aquí en este puerto, bien te fago cierto, que conmigo ose almonedar: por fé, sy me dél pagar, yo uos digo ssyn chufa, que de mi oro uos daré una bestia cargada.—

Señor, diz Clarenbaut, esta es una muger que non há tan fermosa de aquí á España. Quando le esto oyó el marinero, creçióle el corasçon, et llamó á Clarenbaut, et començóle á rrogar:—Id toste por la dueña, ca non auedes que demorar, et yo uos daré por ella muy grant cosa de oro. Entonçe le fizo traer delante las doblas. Quando el ladron vió el auer, alegróse mucho, et pensó sy lo pudiese auer syn destoruo, que jamás nunca mengua averia.—Amigo, dixo Escot, yo non uos quiero engañar, ¿vedes aquel ostal en par de aquel canpanario?... Allí resçebit uos este saco saluamente: traedme acá la dueña que dezides que es tan fermosa, et desque fuer en mi naue, tomat de ally vuestro auer: ya omme del mundo non uos lo enbargará.—Por fé, dize Clarenbaut, pues conviene que me lo juredes, et yo á uos otrosy de uos traer toste.—Pues yd uos ayna, dixo Escot, ca el viento avemos bueno para xinglar. Et él dixo que se non deternia mas. Entonçe se tornó Clarenbaut, Dios le dé mal sieglo et mala pérdida á él, et á Pesaut, su huéspet, que se yuan á la villa por Florençia. Ya Ssolipsa, su huéspeda, non le averia y menester: quando los ladrones llegaron á Florençia que seya fablando con su buena huéspeda:—Dueña, diz Clarenbaut, nos avemos fecha una merchandia: alquelamos una naue, et el señor me juró sin falla que él uos leuaria á la tierra de Jerusalem, do Dios naçió, ante de un mes; et la naue está presta, et há su tienpo muy bueno, et el señor de la naue es muy buen omme, et tiene su naue cargada, et non atiende ya sy non á uos. Quando ella esto oyó, dió ende graçias á Nuestro Señor, et dixo:—Señor Dios, uos me guyad por la vuestra sancta piadat, et guardat mi cuerpo de mal. Entonçe se espidió de su huéspeda, et gradeçióle quanto amor le feziera, et díxole:—Dueña, á Dios uos comiendo, ca me quiero yr; mas ante uos quiero dár este mi manto, et Pesaut averá la mula, por quanto le despendí. Et la huéspeda le dixo que la comendaua aquel Dios que desçendió de los çielos á la tierra.—Dios prenda de uos guarda, ca me ssemeja que grant pecado ha fecho quien uos en este trabajo echó. Et al departir, començaron anbas mucho á llorar. Entonçe sse fué asy la reyna Florençia á pié á la ribera de la mar. Et Clarenbaut ante ella que avia pleitado, como oystes; mas fieramente cobdiciaua el auer que en el ostal estaua. Et Escot el marinero que aquello avia y bezado, canbió el aver del saco, et metió y cobre et plomo, et atólo muy bien, et púsolo en ssu logar. Et desque Clarenbaut llegó á la ribera de la mar con ssu señora, fallaron y Escot que los atendia; et quando vió la reyna Florençia, loó mucho de su merchandía, et ouo ende grant plazer, et fué contra ella, et tomóla en sus braços, et pusóla en el batel. Desy tornóse al ladron, et fizole dar el saco con el aver, et él lo tomó muy ayna, et echólo á su cuello, et fuése con él, et Escot tornóse á su naue, et fizo señal á ssu gente que se acogiessen, et mandó aguysar los aparejos, et alçaron las áncoras, et xinglaron, et fueron su via. Mas los ladrones que leuauan el saco del auer, llegaron muy ledos á la posada, et desque lo touieron, quisieron abrir el

saco que era bien çerrado, et detouiéronse ya quanto en lo descadenar; mas desque lo abrieron et fallaron el cobre et el plomo, touiéronse por engañados, et non demandedes sy ende ouieron grant pesar:—Par fé, dize Clarenbaut, aquí há mala merchandía: ¡malditas sean las fuentes, do nos bautizaron! Quien de traycion vsa, non gana nada, et por esto arderemos en infierno.

XLIX. Assy se fueron por la mar Escot et su conpaña et y yua Florençia; et avian el viento muy rezio que fazia á la naue correr muy fieramente. Mas digo uos de Clarenbaut et de su huéspede que sse touieron por mucho escarnidos et asy deuia ello ser, por que non deue ninguno toller el ladron de la forca, pues es culpado, nin destoruar la justiçia. La reyna Florençia seya en una cámara de las de la naue en vn almadraque. Et Escot la fué ver que traya la barua muy luenga, et quando la vió tan fermosa, fué en todo esbafarido, et cobdiçiáuala mucho á marauiella, que dezia en su voluntad que non auia aver en el mundo, porque dexase de conplir su deseo. Quando ella vió á Escot que traya la barua muy luenga, et la cabeça cana, et assy venia contra ella ouo dél tal miedo que perdió la color, et Escot la ssaluó de grado, et dixole:—Dios uos salue, amiga fermosa, pues que de uos ssó entregado; ca muy grant plazer hé de uos ver. Certas, yo non vos daria por mill marcos de oro.—Ay, Dios, dize Florençia, ¿quiçá ssó trayda? ¿Et dó es Clarenbaut? ¡Assy me ha desanparada!—Certas, sy, dixo Escot, partido es de uos; mas sy me bien servierdes á mi guisa, yo uos faré mucho algo: yo uos daré mucho auer, por que uos faré muy rica, ca tanto me plaz de vuestro amor que non ha cosa que por uos non feziesse.—Señor, diz Florençia, non me fabledes en tal pleito, nin uos entremetades ende jamás; ca esto seria follia: ca par aquella fé que yo deuo á Dios, ante querria que el mi cuerpo fuesse quemado en una grant foguera, ó que me echasen en esta mar, dó me comiessen peçes. Quando Escot esto entendió, pesóle dende mucho; et fué la tomar en los braços et erguyóla á sus pechos; mas Florençia dió grandes baladros, et dixo:—Glorioso Señor, verdadero padre, con Santo Spu., libratme oy mio cuerpo de mal que non finque escarnida. A aquella ora ferió un viento tan fuerte en la naue que quebró el mástel, et dió con la vela en la naue, et con la entena que á pocas non mató muchos de los que y yuan. Entonçe abrió Escot manos de Florençia et fuése corriendo al gobernalle et trauó en el timon por endereçar la naue; mas la tormenta començó de crescer, et el viento á esforçar, et tronar, et caer piedras, et rayos por la naue tan espesamente que non fué y tal que miedo non ouiesse de muerte. El dia escureció asy que á dur se podia ver uno á otro; la tormenta era tan grande, que espanto tomaua omme de la ver; et vna onda con vn torbellino ferió tan fuerte en la naue, que quebró el gobernalle en dos pieças, et leuólo: desy echaron dos anclas et la nave se començó de abrir, et los cables se rroçaron, et Escot començó á baladrar, et á dezir:—Señores,

todos ssomos muertos, que non podemos escapar. Desy cató á Florençia, et llorando, díxole muy piadosamente:—Fermosa et muy sabrosa amiga, oy nos conviene finar. Certas sy yo de aquí pudiesse escapar, mas uos amaria, et mas uos querria que me dar todo el oro del mundo.—Ay señor, diz Florençia, tú seas bendito et aorado; mas querria prender muerte en esta mar que yo asy obrasse; ca mas onrra me seria. ¡Ay Señor Dios! liéuame á la tierra do nasçí. ¡Ay Esmere amigo! aquel te salue, que fizo Adam et Eva por poblar el mundo, ca me ssemeja que ya nunca veredes á Florençia, vuestra esposa. Entonçe ferieron las ondas en la naue tan fuertemente que quebraron el castil d'auante, et la naue se començó d'afondar. Quando esto vió Florençia, sy ouo grant pauor, non era marauiella, ca veya su muerte á sus ojos; et començó á llorar et sospirar. Et quando vió la naue fenderse, et enchirse de agua, tomóse á dezir los nonbres de Nuestro Señor que ella bien sabia, ca bien entendia que non poderia morir en agua nin en peligro quien los dixiesse. Et trauó en vn saco de farina que vió en la uaue, et despues que la naue fué llena de agua, ella se enpuxo en aquel saco por la mar; et desque la naue fué afondada, quantos en ella yuan fueron muertos que ninguno non escapó, sy no solamente Escot, el maestre, que se pegó á un gobernable ante que la naue se afondasse. Alongólo della, asy commo lo leuauan las aguas, et Florençia otro sy en el saco de farina, de que se non quiso desaprender; et tendióse ençima dél, et tóuose bien con ambas las manos, commo con coita de muerte, sy poderia escapar. Et asy fué, ca al que Dios quier ayudar, non lo puede ninguno estoruar.

L. Assy commo oydes, fué la naue afondada et morieron quantos en ella yuan, fuera solamente Escot, el maestre della, et Florençia la infante de Rroma, que se tenia al saco, con tal pauor commo podedes entender, et llamaua Nuestro Señor et Sacta María su Madre, et dezia:—¡Ay Señor Dios! acorred et amansad estos vientos et esta tenpestad. Et Nuestro Señor que ouo piadat della, lo fizo asy luego; mas ante leuaron las ondas et el viento el saco et á ella contra una rrocha, et dieron con ella fuera, et ella que de grado escaparia de aquel peligro en que se veya, quando se vió en tierra, loó mucho el nonbre de Dios, que la librára del peligro de la mar, et echó mano á un rramo de un árbol que estaua en la rocha, et tóuose bien á él, et salió fuera asy commo pudo. Et sobióse á suso por un sendero que falló de las bestias que andauan por aquel monte, et desque se vió ya en saluo de la mar, de que ella ouiera tan grant pauor, asentóse, et retorçió su brial, que era todo lleno de agua, et muy pesado, et enxugólo, et fazia muy buen sol et cataua la mar, et dezia:—¡Ay mar! ¡ay mar! en grant coita me metiste, et en grant miedo!... Et bien puede omme creer que la amaua Dios, quando de tal peligro la libró; mas Escot fué muy alongado dalli, ca lo leuaron las aguas tanto fasta que falló una naue, et dió bozes por Dios que lo acorriessen et lo quitassen de aquel peligro; et el maestre lo mandó tomar, et metiéronlo en ssu

del mundo. Et desque el enperador et Terryn se leuantaron contra ella, tomóla el enperador por la mano, et sentóla cabo sy, et todos á derredor, et Esmere que era muy cortés, començó de fablar con ella, et díxole:—Dueña, yo oy fablar de uos en Rroma, et dezian asy que en Belrepaire ay una sancta monja de muy grant religion, que es en el monesterio de las dueñas; et por muchas otras tierras corre grant nonbrada del grant bien que Dios faz por uos, et dá mercet á las gentes; et yo fuy llagado en la cabeça de una saeta, de que nunca pude fallar guarimento, et si me uos guareciésedes, sienpre yo seria vuestro omme quito, et daria por ende muy grant auer en este vuestro mónesterio.—Señor, dixo ella, bien oy vuestra razon et bien uos guariremos con ayuda de Dios. Asy que, uos seredes sano ante que nos partamos; mas fazed agora tanto: mandat venir ante mí todos los enfermos que aqui vinieren por guarir, donde en esta villa há muchos. Entonçe fué dado el plegon que todos veniessen: allí veriades venir contrechos, et çiegos con ssus bordones et de otros dolientes, tantos que toda la cláustra et las casas ende fueron llenas; et aqui viene Clarenbaut el ladron sobre dos palos, et Escot otrosy, el marinero, con su barua luenga; et Terryn fizo traer á Macayre el traydor, et á Miles d'Ongria trayan sus rapazes. Entonçe se leuantó Florençia, la fija del enperador Ottas, et dixo á los dolientes:—Señores, ora oyd mi palabra, que uos quiero dezir. ¿Querríades uos ser guaridos de vuestras dolençias? Et ellos respondieron que cosa del mundo non deseauan tanto; et ella les dixo:—Conviene á cada uno de uos que manifieste todos sus peccados ante todos: ora diga cada uno et nos ascuchar lo hemos; mas aquel que mentier á su entendimiento, sepa que non puede guareçer, et el que verdat dixier, nos le otorgaremos que se vaya sano asy que él yrá guarido para su tierra. Entonçe cató á su diestra, et vió á Miles, et díxole:—Ora, amigo bueno, començad luego uos. Et quando esto Miles entendió, baxó el rostro contra la tierra.—Dueña, dixo él, muy de duro lo diria.—Par mi cabeza, dixo ella, pues nunca serás sano, sy non manefestares todos tus pecados del comienço fasta la fin, asy que todos los oygamos.—Dueña, dixo Miles, por Dios mercet: sabet por verdat que yo só de alta guisa: el rey d'Ongria fué mi padre, et Esmere es mi hermano, que es este enperador de Rroma. El fué conplido de bondat, et seruió sienpre á Dios, et él se fiaua en mí, et yo tray á él, et quisiéralo matar; et tanto andodí que le tollí su muger, que era la mas fermosa dueña que yo núnca uy. Esta era Florençia que tanto era amiga de Dios que la nunca pude vençer, et leuéla fuyendo por una floresta, asy que tres dias se fezieron que nunca comimos; et fallamos un hermitaño en aquella montaña que seruiera y á Dios grant tiempo avia, et deçimos en su hermita, et y fincamos que era ya tarde. Et diónos un poco de pan de órdio negro et duro que comimos, mas á pocas me non esgañó; et por este bien que nos fizo, quemelo á él et á su hermita, ante que me dende partiesse. Esta fué muy grant trayçion, bien uos digo.

Despues paramos nos dende, et fuímos nos por un monte muy espeso, dó nos cometieron leones et bestias malas; mas yo me defendí bien con mi espada que traya: de sy cabalgamos et andamos siempre fasta medio dia. Entonçe deçendi á Florencia so un árbol et colguéla por los cabellos della, et ferida muy mal et muerta la ouiera sin dulda; mas Díos la quiso guardar, que troxo por y unos caçadores; et tanto que yo oy los latridos de los canes et el son de los cuernos, caualgué luego en mi cauallo con muy grant miedo, et començé á foyr, ca me temí que eran del enperador que me andauan buscando. Et tanto andé que llegué á casa de Guillelme de Duel, et seruilo mucho en su guerra; mas non uos sse dezir cómmo escapó del monte aquella enperetriz de Rroma, que tan mal mené. Mas ssé que por el pecoado della soy yo tan mal aparejado et fué grant derecho, ca partido era de Dios, quando tan buena dueña tray. Agora sabed que uos dixe verdat que cosa non uos menty. Entonçe se levantó Terryn et dixo:—Señor, agora oy marauiellas: sabed que yo corría monte un dia por un monte, et fallé una dueña colgada por los cabellos de un árbol, mal ferida á marauiella, asy commo aquel diz, et toda sangrienta de las feridas que le dieran. Non vy tan mal menada dueña!... Et su mula estaua çerca della, ensellada et enfrenada lo mas ricamente que nunca omme vió; ca non era en la siella ni en el freno sy non oro et seda; et fiz la toste descolgar, ca muy grant piadat me tomó della, et leuéla á mi muger que uos aqui vedes, et roguéle que pensase della. Tanto le fizo de bien que fué bien guarida; mas bien uos digo que nunca tan fermosa dueña vy desque fuy nacido: yo le fiz mucha onrra; mas mal me lo gualardonó, ca me mató mi fija Beatriz con un cochiello: non sé donde diablo se lo ouo. Et quisimosla por ende quemar; mas oue della piadat: asy quiso Dios que la dexé, et mandéle que luego se saliese de mi tierra, et díle su mula, et sus paños, que cosa non fincó, et fiz la poner en su mula et caualgué et fuy con ella vna pieça; et desque la puse en el camino, tornéme para mi casa. Certas nunca la despues vy nin sope della parte. Entonçe dixo ella á Macayre, que seya en vn tapete: —Amigo, á vos conviene á dezir otrosy. Quando él esto oyó, fué todo esbaforido, ca él non osaua fablar por miedo de su señor Terryn; mas ella lo començó á coitar, et díxole:—Dimelo todo; no me niegues nada. —Dí, dixo Terryn.—Señora, dixo él á la monja, non osaria; mas por el amor de Dios que me lo oyades en poridat.—Par mi cabeça, dixo Florençia, ante uos lo conuiene á dezir en conçeio que lo oyan todos. Yo bien sé el pleito commo fué, et tú baratas mal.—Dilo, dixo Terryn, ¿qué diablo dubdas?—Yo le diré, dixo Macayre; mas grant pesar he ende en mi coraçon et grant vergüença. Merçet, señor Terryn, por el amor del verdadero Dios. Aquella sancta dueña, de que uos agora fablastes que fallastes en el monte colgada del árbol, yo la amaua tanto que la demandé de amor, mas ella tanto curaua por mí quanto por vn perro; et yo la començé á tentar et trauar della, et dióme de una piedra cantu-

da en los dientes que me quebró ende dos, et yo me cuydé de la vengar una noche; mas Dios la guardó ende á mi entendimiento. ¿Para qué uos lo encobriré? Mas yo maté á Beatriz con aquel cochiello que vistes, et la dueña nunca y ouo culpa, bien uos lo confieso. Quando esto oyó Terryn, erguyóse toste, et dixo:—Ay traydor falso, desesperado!... ¡Cómmo! ¿tú mataste á Beatriz, mi fija? Jamás nunca alegría averé en toda mi vida. ¡Ay! Anglentina amiga, que grant pesar hé en mi coraçon de la muy buena donzella que nos non errara, et asy la eché desaconsejada de mi casa!... Certas, Macayre, ya de aquí non yrás comigo mas, ca yo te faré luego quemar.—Señor, diz Florençia, ora uos sofrit un poco, et avn oyredes tal cosa onde seredes ledo. Entonçé se leuantó Clarenbaut, que era muy coitado sobre sus bastones á que estaua acostado, et dixo á Florençia:—Señora, un poco me ascuchat, ca yo quiero contar mis peccados ante todos, et si pudiere guareçer, grant bien me será. Diez et nueue años andé por la tierra que nunca tomé comunion, quebrando eglesias, et robando monesterios, que bien cuydo que mas serán de dozientas; et por el mal que fize, sso asy aparejado, commo vedes, et por esta razon fuy preso; et do me leuauan á enforcar, aquí viene aquella sancta donzella, et pedióme et dierónmele, et fuy su omme quito et jurado; mas mala fé le porté, et de lo que fué peor, yo nunca me trabajé ssy non de le buscar mal, et de la vender. Despues desto leuantóse Escot el marinero, et dixo:—Por buena fé, yo gela compré, et nunca me tanto pagué de merchandia, et fizela meter en mi naue por grant amor, et quisiera fazer de ella mi amiga, sy me lo ella otorgara; mas ella non auia cura de mi amistát; et do yua assy por mar á muy buen velar, ahé que veno un viento que firió sin ssospecha tan fuerte en la naue que quebró el mástel, et dió con la vela en la barca, et assy abrió la naue que se enchió de agua, asy que todos mis ommes y fueron muertos, et yo fuy al gobernalle, et fuéme bien, quando lo fallé. Et ví ella yr non sé en qué, así como las vagas la leuauan. Dios le aya merçet!.. Et desque Florençia lo oyó bien todo, erguyóse, et dixo:—Bien sé que todos dexistes verdat. Entonçe dixo ella al enperador:—Et uos, buen señor, dezit lo vuestro. ¿Mienbra uos desto que contaron, ó pesa uos de alguna cosa?—Dueña, dixo el enperador, para la fé que yo deuo á Dios, ssy por uos non finca, que ellos sean todos quemados de consuno en vn fuego. Por aquel que vedes acullá gafo traydor, que es mi hermano, perdí yo mi muger et mi alegría, que era la mas bella cosa del mundo, et de mas alto linage. ¡Dios lo maldiga! Mas, señora, guareçetme por el amor de Dios, en manera que pueda folgar de mi cabeça.—Señor, diz Florençia, non uos desmayedes, ca ssy á Dios plaz, et á su Madre, mucho guareçeredes bien. Entonçe fué ella á él muy de buen talante et tiróle el capirote de la cabeça luego, et desque le cató la llaga et le vió el cuero sobresanado, ssantiguóla tres vezes, et luego le recodió ende el fierro fuera; así que ella lo tomó en la mano. Quando Esmere esto entendió, dió gra-

cias á Nuestro Señor, et luego se ssentió bien guarido.—Dueña, dixo él, mucho bien me avedes fecho, et vos aueredes ende grant gualardon, ante del medio dia. Entonçe le dixo:—Por Dios, dueña, datme el fierro que me tirastes de la cabeça, que me assy mataua.—Señor, dixo ella, muy de grado, et otrosy dó los paños et el uelo á esta abadesa, ca yo non atendia aquí saluo á uos. Entonçe quitó el belo, et echólo en tierra.—Señor, diz Florençia, non uos será mas encobierto: yo só Florençia de Rroma: Dios me guardó de mal, et de ocasion fasta que uos aquí fallé. Quando la Esmere cató, et la conosçio, corrió á ella los braços tendidos et abraçóla, et besóla mas de cient vezes. Quando Agravayn vió que se fallauan por tal auentura, omildóse mucho á ssu señora natural. El alegria fué allí muy grande maravillosamente; esto sabet que es verdat. Don Clarenbaut, el ladron, et Escot, el barbudo, et Macaire, el traydor, et Millon otrosy, libróse el enperador de ellos, ca los fizo quemar en el prado, et así ouieron tal gualardon commo mereçieron. Florençia tomó á Terryn et á su muger, et onrrólos mucho, et levólos consigo para Rroma. Et el enperador dió grant auer en el menesterio; et Florençia sse espidió de las dueñas. Desy salieron dende, et veniéronse por sus jornadas para Rroma, et el Apostóligo Symon los salió resçebir: este era padrino de Florençia, et loó mucho á Dios. Por ende ally fueron las ricas bodas et muchos dones dados: á Terryn dieron Plazençia con todo el reyno, por quanto bien fizo á Florençia. Aquella noche de las bodas que anbos dormieron de consuno, fué engendrado Ottas d'Espoliça; desy vinieron en grant plazer, et con muy grant alegría, et fezieron muy sancta vida de consuno. Aquí feneçe nuestro cuento. Dios nos dé buen consejo á todos. Amen.

II.ª

SOBRE *EL DESIR DE LAS SYETE VIRTUDES*

de Micer Francisco Imperial.

Recordando la bella expresion del eminente Pablo de Céspedes, al estudiar los orígenes de la pintura moderna, manifestamos al fin del capítulo I de esta I.ª Parte, que es «más digna de cuidado la planta que comienza á salir del suelo con extraordinario brio, que la que ya se vá secando»; y esta consideracion, de suma importancia, nos mueve á llamar aquí por algunos momentos la atencion de nuestros lectores sobre el *Desyr de las Syete Virtudes*, debido á Micer Francisco Imperial.—Es en efecto este poema, juzgado ya en lugar oportuno del presente volúmen (páginas 191 y siguientes), el primer ensayo que se hace, en lengua castellana y en versos endecasílabos, de la *Divina Commedia*; y tan devoto se muestra Imperial de aquella nueva forma literaria que iba á compartir, siguiendo su ejemplo, el dominio de nuestro parnaso, que no solamente adopta la *alegoría*, tal como el gran poeta florentino la habia desarrollado, sino que no contento de tomarle por guia y maestro en la peregrinacion al vergel sagrado, donde se cantaban las alabanzas de la Vírgen, apenas expresaba en su *Desyr* pensamiento alguno, que no fuese manifiesta imitacion ó traduccion inmediata de la *Divina Commedia*.

Pero Micer Francisco Imperial no se limita, al hacer esta manera de seleccion, á una de las tres partes que constituyen la obra inmortal del cantor de Beatriz. Nutrida su memoria con la lectura de toda la *Divina Commedia*, pónela en contribucion como mejor conviene á su intento, fijándose no obstante más principalmente en el *Purgatorio* y en el *Paraiso*, como que en

ambas partes hallaba mayor conformidad de ideas con el propósito que le animaba. De la exactitud de estas observaciones ha podido juzgarse ya en parte, con la lectura del análisis de la obra de Imperial, expuesto oportunamente. El *Desyr* merecia sin embargo ser conocido con mayor particularidad, por lo mismo que muy doctos escritores nacionales de nuestros dias, nó sólo habian desconocido su importancia y la de Imperial en la historia de la poesía española, sino que al ser indicada por extrangeros, se habian negado á confesarla, segun queda advertido. A nosotros tocaba en verdad el reconocer detenidamente lo que en el particular hubiese de cierto y aceptable; y cuando no solamente se muestra á la investigacion el hijo de Micer Jacome Imperial, cual iniciador de las formas *dantescas* en el suelo de Andalucía, donde echan muy profundas raices, sino que aparecen tambien sus discípulos como propagadores de ellas en las regiones centrales de la Península, fuerza era el detenernos en el estudio del expresado *Desyr*, que por todas las indicadas circunstancias cobraba extremado valor en el parnaso erudito de Castilla.

Movíanos tambien (y esto de un modo muy eficaz) la consideracion de la forma en que habia aparecido en el *Cancionero de Baena* el *Desyr de las Syete Virtudes*. Acaso por ceñirse extrictamente al MS. que les sirvió de texto, los eruditos editores de tan estimable coleccion, no se atrevieron á introducir en la obra de Imperial las correcciones que pedian, no ya el sentido literario y las leyes de la metrificacion, sino las mismas reglas gramaticales. Ni la diccion, ni la frase se habian salvado de la ignorancia del copiante (trasladador): apenas habia quedado verso íntegro, ya por suprimirse, principalmente en los segundos hemistiquíos, algunas sílabas, ya por añadirse en los primeros; lo cual era natural resultado del empeño que el pendolista ponia en asemejar los versos de once sílabas, peregrinos á sus oidos, á los de cuatro cadencias, que lograban á la sazon el imperio de nuestro parnaso. Así parecia estar reclamando el *Desyr de las Syete Virtudes*, como la reclaman otras muchas producciones incluidas en el *Cancionero de Baena*, una restauracion que lo acercase á sus primitivas formas, ya que no lo restituyese á su integridad, empresa por extremo difícil si no imposible, careciéndose de otros

textos diferentes del que utilizaron los mencionados editores. No aspiramos pues á lo segundo: nos contentamos con el modesto galardon de haber intentado lo primero; y si en cualquier sentido, el trabajo hecho por nosotros en esta ocasion, fuese real é históricamente útil, lo daremos por bien empleado.

El *Desyr á las Syete Virtudes*, tal como á continuacion lo imprimimos, se presta tanto á importantes observaciones filológicas, como á muy especiales consideraciones artísticas. Nuestros lectores, hecho ya el oportuno estudio, podrán sin duda formularlas con su simple lectura.

He aquí pues el referido Desyr:

I. «El tiempo poder pesa á quien mas sabe;»
é donde aqueste prinçipio yo tomo,
non es mester que por mí s'alabe:
ad laudandum non [sum] suficiens homo.
Non en tánto, nin quánto, nin en cómo:
enpero, loando el príncipio tomado,
por yo non estar un dia aquedado,
de la mi hedat non aun en el ssomo [1].

II. Cerca la ora que el planeta enclara
al Orïente, que es llamada aurora,
fuéme á una fuente, por lavar la cara,
en prado verde que un rrosal enflora.
Et anssy andando, vínome á essa ora
un grave sueño, magüer non dormía;
mas contemplando la mi fantasía
en lo que el alma dulçe s'asabora.

III. Oh, sumo Apolo, á tí me acomiendo:
ayúdame con suma sapïençia:
que en este sueño que escrevir atiendo
del ver non sea al désyr diferençia.
Entra en mi pecho, expírame tu çiençia,
commo en los pechos de Febo espiraste,

1 *Divina Commedia, Inferno*, capít. I.

quando á Marsías sus mienbros sacaste
de la su vayna por la tu excelençia [1].

IV. Oh suma luz, que tanto te alçaste
del concepto mortal, á mi memoria
rrepresta un poco lo que me mostraste,
é faz mi lengua tanto meritoria.
Que una çentella sol de la tu gloria
puede mostrar al pueblo [ora] presente:
quiçá despues alguno grant prudente,
la encenderá en más alta estoria.

V. Ca assy commo de poca sçentella
algunas veses segundó gran fuego,
quiçá segunde d'este sueño estrella,
que lusirá en Castiella con mi ruego.
Alguno lo terná luego á grant juego
que lo provechará, sy bien lo mira:
por end, Señor, en mis pechos espira,
ca lo que vide aquí comiença luego.

VI. En sueños [yo] veía en el Oriente
quatro çercos que tres cruzes fazian [2];
et non puedo desyr conplidamente
cómmo las quatro con las tres lusian.
Enpero atanto [sí] que á mi movian,
qual movió Glauco por gustar la yerva,
por quél fué fecho de una conserva
con los dioses que la mar rregian [3].

VII. E commo quando topa en algun foyo
el ciego, que [del] todo se estremesçe,
bien assi fise yo cabe un arroyo
que d'una clara fuente claro cresçe.
E commo quando el dia [ya] amanesçe
que poco á poco se muestra lo oculto

1 *Divina Commedia*, *Paraiso*, capit. I.
2 Id., id., *Paraiso*, capít. XXXIII.
3 Id., id., *Paraiso*, capit. I:

> Qual si fe, Glauco nel gustar dell'erba
> che'l fé consorto in mar degli altri dei.

et torna por contrario un grande bulto
é en nueva parte, nuevo remanesçe.

VIII. Bien assi se mostró en aquella ora
[ante mí] un ver incrédulo é fermoso,
qual el desir atal comiença agora.
Non era el fondo turbio nin lodoso;
mas de diamante mucho illuminoso,
é todo á luengo [yva] d'una esquina;
é las paredes de esmeralda fyna,
é d'ahy allende un jardin graçioso.

IX. Era çercado todo aquel jardin
d'aquel arroyo, á guisa d'una cava,
é [tien] por muro muy alto jazmin,
que todo á la redonda lo çercava.
El son del agua en [la] dulçor passava
harpa, dulçayna [con] vyhuela d'aroo;
é non me digan [ȳ] que mucho abarco:
ca non se ssé sy dormia, ó [sy] velava.

X. En mi dezia:—«Mucho'm maravillo
que non veo [yo] aquí ninguna entrada;
non veo puente, puerta, nin portillo.»
Esto disiendo, vy una puerta alçada
entre el jazmin, non [de] tabla labrada,
mas de rrobí mas vivo que sçentella:
commo movime á yr derecho á ella,
non vyde [por] quien luego fué abaxada.

XI. Muy á vagar passé d' allend la puente,
oliendo del jardin dulçes olores,
por que ove d'entrar mayor talente
é fise entrada entre flores et flores.
Ante que entrasse, ove muchos suores;
de que fuí entrado ¡oyt que aventura!....
vy toda blanca la mi vestydura
é luego conosçí los mis errores.

XII. Desque volviera á man[o] diestra el rrostro,
vy por la yerva pissadas de omme,
onde alegre fuïme por el rastro (sic),
el qual derecho á un rrosal llevóme.
E commo quando entre árboles asome

alguno, que ante los [sus] ramos mesce,
é poco á poco todo assy paresçe,
tal vyde un omme; muy cortés saluóme.

XIII. Era en [la] vista benigno é suave
é en color era la su vestidura
çenisa ó tierra, que seca se cave;
barba é cabello albo syn mesura [1],
Traya un libro de poca escriptura,
escripto todo con oro muy fino,
é comenzaba: *En medio del camino,*
é del laurel corona é çentura.

XIV. De grant abtoridat avia semblante,
de poëta de grant excellençia,
onde [yo] omilde, enclinéme delante,
faciéndole conplida reverençia.
É díxele con toda obedīençia:
—Afectuosamente á vos me ofresco,
et magüer tanto de vos non meresco,
seya mi guya vuestra alta scyençia.

XV. Dióme rrespuesta en [muy] puro latin:
—«A mí [me] plaze lo que tu deseas.»
Et dessy dixo en lengua florentin:
«Et porque çierto tú más de mi sseas,
vuelve conmigo do quiera que veas
las syete estrellas, que en el çiel relumbran,
et esto, fijo, çiertamente creas.»

XVI. Tomóm' la mano é uuelve por do vino;
é yo seguiendo ssienpre sus pisadas,
los ojos baxos, por non perder tino:
non fueran çiento aun bien contadas,
que oy [yo] boses muy asossegadas,
é angelical é musycado canto;
mas eran lexos de mi aun atanto
que las non entendia á las vegadas.

XVII. *Manet in caritate, Deus manet in eo*
Et *Credo in Deum* alli se rrespondía;
é á las vesses [tanbien] *Spera in Deo*:

1 *Divina Commedia, Purgatorio,* canto I.

aquesto alli entendiera en quanto oya.
É en otra parte, segunt paresçia,
cantauan manso cantares morales;
é assy andando por entre rrosales,
oy una voz et canto [que] dezia:

XVIII. —Qualquier que [agora] el mi nombre demanda,
ssepa por çierto que me llamo Lya,
é cojo flores, por fazer guirlanda,
commo acostunbro al alva del dia 1.
Aquesto oyendo, dixo la mi guya:
«Creo que duermes ó [que] estás oçioso:
¿Non oyes, Lya, con canto graçioso,
que d'estas flores ssu guirlanda lia?...

XIX. Dixe:—Non duermo.—Pues ¿por qué tan mudo,
atanto syn fablar as [tú] ya andado?
é ssy non duermes, eres omme rudo.
¿Non ves [fijo], que tú eres ya llegado
en medio del rrosal en verde prado?...
Mira adelante [en faz] las ssyete estrellas.»—
Onde yo miro, et vílas atan bellas
que mi desir aquí será menguado.

XX. Fforma de [gentil] dueña en cada estrella
se demostraua, et otrosy fasian
en cada rayo forma de donsella.
Las tres primeras, triángulo seyan,
et quadrángulo, segunt pareçian,
las otras quatro, non mucho distantes 2:
et omnes auri coronas portantes,
é las donzellas guirlandas trayan.

XXI. Las tres avian color de llama viva 3,
et las quatro eran albas, [pero] atanto
que la su albura al alba nieve priva.
Las tres cantauan el su cantar santo;
las otras quatro el su moral canto
con gesto manso de grant honestat,
tal que non puedo mostrar ygualdat,

1 *Divina Commedia, Purgatorio*, cap. XXVII.
2 Id. id. cap. I.
3 Id. id. cap. XXX.

ca el rostro á [la] su par seria grant planto.

XXII. La una en mano un [grant] çirio tenia
que la púpila al çielo [alto] llegaua;
en la otra un libro; en lo que paresçia:
Diligete Dominum Deum començava.
E la segunda el árbol abraçaua,
que de una piedra de cristal nasçia,
é en doze ramos, que el árbol tendia
del *Credo* doze artículos mostrava.

XXIII. La terçia, commo nave, está surgida
é con un ancla de oro [al par] echada,
et otra á pique por respeto erguida.
La quarta estava d'estas apartada,
blandiendo en la su diestra grant espada,
é en la otra mano un pesso derecho.
Tenia la quinta un escudo antel pecho
é de todas pieças estaua armada.

XXIV. Por ver la sesta ove pavor ssobejo,
por que le vy dos fases delicadas,
é en la mano mirara un [claro] espejo;
é la setena dos llaves doradas,
por cerrar et abrir aparejadas
tenia en mano, en la otra un castillo;
et dix:—«Señoras, á vos me omillo»,
mirando sus devisas tanto onradas.

XXV. «En las seys destas puede [el] omme errar,
me dixo el Sábio,» tú deves creer,
por poco ó mucho en ellas mirar;
mas la del çierro, çierto deve ser.
Quien más la mira, más cresçe su veer.
Ahé dónde la qu'era á mí primera,
esta es llamada Caridat syncera;
de sus donsellas conviene saber:

XXVI: Que la primera es llamada *Concordia*,
Paz la segunda, la terçer *Piedat*,
é con grant *Compasion*, *Misericordia*;
la sesta es noble, cá es *Beninidat*:
é la *Templanza* et la *Libertat*
é *Mansedunbre*, é la otra syguiente

há nonbre *Guerra*, que abaxó la puente,
segunt costunbra sol por su bondat.

XXVII. La otra dueña [que] estaua abraçada
al santo árbol de las doze ramas,
la verdadera Fée, fyjo, es llamada:
esta es la que crées et la que amas.
Mira sus ramos que paresçen llamas:
Mundiçia, *Castidat* é *Reverençia*,
Afetto, *Religion* et *Obediençia*,
Firmeça, *Herençia*, á quien onradas llamas.

XXVIII. La otra dueña llaman *Esperança*,
la que tiene las anclas por señales:
llega, mi fyjo, con grant omildança
cabe estas tres dueñas principales.
Las fijas desta sus nonbres son tales:
Fiuza, *Apetito*, *Amor* é *Desear*,
Certidunbre la quinta et *Esperar*:
las otras quatro son dueñas mortales.

XXIX. La que tú miras commo enamorado,
que tiene en la su mano [grant] espada,
é con el peso pesa lo afinado,
aquella llaman la Justiçia ornada.
Mira sus fijas, de que es onrada:
Juysio, *Verdat*, *Lealtat*, *Correpçion*,
la quinta es conjurado *Sermon*;
la sesta *Igualdat*, la sétima *Ley* dada.

XXX. La otra dueña ha nonbre Fortaleça;
non teme tajo, nin punta d'espada,
nin preçia oro, nin teme pobreça,
é vençe voluntat desenfrenada.
Está por ende fuertemente armada
é ante [sus] pechos el escudo tiene,
por escudarse, quando el golpe viene,
de qualquier parte muy aparejada.

XXXI. Sus fijas d'esta han grant dinidat,
son donzellas de grant exçelençia;
é es la primera *Magnanimidat*,
é la segunda es *Magnificençia*;
é *Segurança*, la quarta *Paçiençia*

é *Mansedunbre*, la sesta *Grandeça*,
Perseverança, é la octava *Firmeça*.
De la mirar non àyas negligençia.

XXXII. Vuelve los ojos é alça más el cejo;
Mira PRUDENCIA como faz lozanas
sus anbas fases, mirando al espejo,
é de una en una mira sus hermanas,
é cura dellas, quando non son sanas:
Providençia, *Conprension*, *Enseñamiento*,
Cautela, *Soledat*, *Acatamiento*...
estas sson fijas, en obras non vanas.

XXXIII. La del semblante nin ledo nin triste,
que abre et cierra [allí] tan mansamente
el su castiello, segunt ver podiste,
es la *Templança* verdaderamente:
su fija es *Continencia* propriamente;
é *Castidat*, *Linpiesa* é *Sobriedat*,
Vergüença, *Templamiento* é *Onestat*
et *Humildat*, que del mundo non syente.

XXXIV. E fágote saber, mi amado fijo,
que la su vista d'aquellas estrellas
non te valdria un [sol] grano de mijo,
sin aver *Discreçion* que es madre dellas,
Mirala, fijo, como á estas estrellas».
Yo miré ende et vi dueña polida,
ssó velo alvo et de grís vestida,
tener del canto la tenor con ellas.

XXXV. E commo aquel que cossa estraña mira
é nunca vido, et non çessa mirando,
é del mirar los ojos nunca tyra,
tal era yo, çerca dellas andando:
sus condiçiones bien argumentando
tanto que la memoria non seguia,
onde me dixo la mi buena guya,
viendo que estaua así [fito] cuydando.

XXXVI. En un muy claro vidro [assaz] plomado
non se veria tan bien tu figura,
commo en tu vista veo tu cuydado,
que te tien ocupado sin mesura.

Tú argumentas:—pues en fermosura
estas donçellas están apartadas,
por qué nonbré algunas egualadas;
mas alunbrando la tu vista escura,

XXXVII. Todas, mi fijo, son commo cadena;
é de un linage todas desçendientes;
entretexidas, cada una convena.
Por end', mi fijo, si parares mientes,
sy son las que ân un nonbre diferentes,
la diferençia es en los objetos,
por onde un omme nonbra los sujetos,
salva sí, la eleçion de mas sabientes.

XXXVIII. Otrosy piensas si estas donçellas
el mundo alunbran, segunt que yo digo,
porque en Castiella solmente una dellas
que non alunbra un poco por abrigo.
A esto respondo, el mi fijo amigo,
que esta lunbre vïedan las serpientes,
las que vinieron, si bien as en mientes,
fasta el arroyo, muy juntas contigo.

XXXIX. Contigo estauan fasta aquella ora,
que viste el agua de la clara fuente:
oye, mi fijo, et guárdate que agora
aquellas bestias non vuelvan la frente.
Ca destas dueñas ninguna consiente
ser vista de ojo, que las sierpes mire;
é quien las mira, convien que sse tire
d'este jardin et fuera de la puente.

XL. Todas son siete, et cada una dellas
atantas fases tiene por corona
quantas ha cada dueña de donsellas.
A la una llaman la syerpe *Merona*;
el su espirar el ayre todo encona:
la otra ha nonbre la syerpe *Aryana*,
muy enemiga de la fé xristiana,
emponzonada, é falsa é renoona.

XLI. La terçia llaman la bestia *Juderra*,
de ssy enemiga et desesperada,
é aborrida del çielo et de la tierra,

é de sus braços anda enforcada.
E commo de la tierra está apartada
é mucho más está sienpre del çielo;
estas tres sierpes miran en el suelo,
é al çielo tienen la [su] cola alçada.

XLII. Las otras quatro d'estas apartadas,
pero no tanto que quien unas mira
non vea de las otras las pisadas,
ca el uno espiro en las otras espira.
La una de las syerpes á ssy tira
sustançia agena é fásela apropriada;
la grant bestia *Alenxada* es renonbrada,
que de todas las otras es en yra.

XLIII. La quinta, pues [ques] lánguida é menguada,
ha nonbre, ó fijo, syerpe *Calestina*:
del infierno é del çielo desechada,
de todos bienes é onrras es indina.
La sesta es ȳ nombrada la *Asissyna*,
que nunca cata dó pon sus pisadas,
nin quiere ver dó quedan las pasadas;
sus obras non son órden, mas rruyna.

XLIV. La quarta de las quatro é la setena
Sardanapala ha nombre propriamente;
de suçios viçios nunca se refrena,
é [se] deleita en ellos muy vilmente.
El fedor dellas, fijo, çiertamente
el ayre turba tanto syn mesura
en nostro regno que la fermosura
d'aquestas dueñas non vee la gente.

XLV. ¡O cibdat noble!... pues que te esmeraste
en todo el regno por más escogida,
que destas syerpes una non dexaste,
que todas syete han en ty guarida;
vergüença te vergüençe ¡ó mal regida!
vergüença te vergüençe ¡ó espelunca!
que luengo tienpo faze que en ty nunca
passó la lança, nin fué espada erguida.

XLVI. Ca ante Inapo, Çiçeron, Fabriçio
é los que en Roma fueron tan çeviles,

al bien bevir non feçieron un quiçio
á par de tus ofiçiales gentiles:
que façen tan discretos é sotiles
proveymientos que á medio febrero
non llegan sanos los del mes de enero,
tanto que alcançen altos sus cobiles.

XLVII. Ora te alegra que fazes derecho,
pues que trïunphas con justiçia é pas
é multiplicas ȳ de trecho en trecho,
atanto el bien que el uno al otro fas.
Por el comun cada uno más fas
que fiso en Roma Metelo Tribuno;
[pues] mira é vee sy en ty hay [solo] uno
que cate al çielo é colore su fas.

XLVIII. Mírate, çiega; mírate en el seno;
mira tus faldas, despues el regaço;
mira las riendas, é [ausy] mira el freno,
[é] sy en ty queda sano algun pedaço.
Miénbrate ¡ó triste! que eres grande braço
de todo el regno; sy quier ave duelo
de la dolençia del niño moçuelo,
é guarda, guarte, guárdate del maço.

XLIX. Sy çerca el alva la verdat se sueña,
quando la fantasía assaz descansa,
á ty averná como á fermosa dueña,
que con dar vueltas su dolor amansa.
Antes que cunpla [ya] la bestia mansa
ciento con ciento é quarenta lunarios,
tira los mantos et escapularios;
ca ya de los sofrir la tierra cansa.

L. A los tus subçessores claro espejo
ser ha mira, et el golpe de la maça,
ser ha mira el cuchillo bermejo,
que cortará do quier que falle raça.
Estonçes luçirá en toda plaça
la quarta de aquestas [syete] estrellas
é cantarán todas estas donsellas:
¡Viva el rey, dó justiçia [amor] ensalça!...»

LI. Sylençio puso al su raçonamiento

el Sumo Sabio, é mientes parava
en la mi vista, sy era [yo] contento;
é yo, que nueva sed me aquejava,
en mí dezia, magüera callaua:
«A mí conviene que desate un nudo;
mas ¿qué será que fuertemente dudo
sy mi pregunta á este Sabio grava?...»

LII. Quando el poeta bien entendīó
mi tímido querer, que non se abria,
tornando á su fablar, ardit me dió,
disiendo:—«De temores te desuia.»
Yo respondí:—«Declárame, lus mia,
cómmo esta lunbre viedan las serpientes,
cómmo con ellas, segunt fases mientes,
vine al arroyo, ca yo non las vya.»

LIII. —«Lo que te dixe (dixo) non lo niego;
et dóte, ó fijo, respuesta muy viva:
que estonçe magüer tú [non] eres çiego,
tenias velada la vertut vissiva.
Ca quando, fijo, la virtud actyva
labra con las sīerpes en la tierra,
mirando baxo, los párpados çierra,
é con tal velo de las ver se priva.

LIV. «Onde ssy dellas nasçe atal velo
que priva de se ver, estando en tierra,
¡quánto más priva la vista del çielo,
non digo çielo, mas de una sierra!...
Por ende, ó fijo, mi desir non yerra:
que esta lunbre vīedan las serpientes;
nin tú la viste, sy bien paras mientes
en lo que en mi respuesta se encīerra.

LV. ¡O sol, que sanas vista atribulada,
tú me contentas tanto quanto absuelves,
non menos que saber, dubda menguada:
¡atanto mi memoria en gloria envuelves!...
Tú me volvistes, et agora vuelves
mi vista escura de [la] noche en dia:
las dubdas grandes que antes [yo] tenia
magüer passadas, ora me son lieves.»

LVI. Esto disiendo, oy espirar canto,
como de órganos, pero mas suave,
de cada rossa d'aquel rrossal santo:
tan dulçes uoçes nunca cantó ave.
Vnas cantavan: *Gracia María, ave:*
é otras respondian: *Ecce ancilla.*
Despues oyera, commo aguda esquila,
en alta voz: *Celi Regina, salve.*

LVII. «Pues amansaste (dixe) en tu bever
la mi grant sed, non sé desir quanto,
dime ¡o Poeta! que yo non se ver,
cómmo estas rrosas cantan este canto.
Díxome:—Fijo, non tomes espanto,
ca están en estas rrosas Serafynes;
Dominaçiones, Tronos, Cherubines;
mas non lo vedes que te ocupa el manto.»

LVIII. E commo en mayo, en prado de [las] flores
se mueve el ayre, en quebrando el alva,
suavemente vuelto con olores,
tal se moviera, al acabar la salva.
Feríame en la faz et en la calva,
et acordé commo á fuerça despierto:
é en mis manos fallé á Dante abierto
en el capítul, que la Vírgen salva.

III.ª

SOBRE EL LIBRO DE MARCO POLO.

Guardan nuestras bibliotecas y archivos tantos y tan preciosos monumentos, testimonios irrecusables de los grandes esfuerzos hechos por nuestros abuelos en las vias de la civilizacion, que no sin fundamento pudiera decirse que son todavía ignorados muchos de los más legítimos títulos, que tienen aquellos á la estimacion y al respeto de las presentes generaciones. Contrasta á menudo la importancia de estas no quilatadas joyas con la incomprensible indiferencia que las ha condenado hasta ahora al olvido; y sube de punto el sentimiento, que produce en nosotros semejante abandono, cuando volvemos la vista á contemplar el ejemplo de los pueblos, menos favorecidos del cielo, que sacan diariamente á luz todo linaje de producciones históricas y literarias, y cuando reparamos en que han podido ejercer las desdeñadas por nosotros, alta influencia en los destinos de las modernas sociedades.

Singular estimacion deberian tener en verdad aquellos documentos que señalasen, en su época respectiva, nuevos derroteros en los mares de las ciencias ó de la política; y ninguna más estimable bajo este concepto, entre los que nos lega la edad media, que el libro, cuyo título hemos puesto al frente de estas líneas. Aquellas regiones que determinaban los últimos confines de mundo antiguo, y cuya existencia no sospechaba siquiera la adormecida Europa; el imperio desconocido de los Birmanes; Pekin, Canton, Java, Sumatra, despertaron al ser oidos sus nombres, la admiracion de los que se preciaban de geógrafos, y por la vez primera comenzaron á figurar en el mapa universal la Tartaria, la China, el Japon, las islas del Oriente y la extremidad del África, que desde aquel momento intentaron doblar osados y expertos mareantes. *El Libro de Marco Polo* aparecia en la re-

pública de las letras y de las ciencias con el destino providencial de preparar los dos más grandes y trascendentales descubrimientos geográficos de los tiempos modernos, y la gloria inmarcesible de estos portentosos hechos estaba reservada á la Península Ibérica: Vasco de Gama realizaba el sueño dorado de los más ilustres marinos, abriendo á Portugal el camino de las *Indias Orientales*: Cristóbal Colon daba á la corona de Castilla un *Nuevo Mundo*.

Y sin embargo el *Libro de Marco Polo*, esto es, la redaccion ó version castellana, que pudo contribuir y contribuyó sin duda á hacer popular entre geógrafos y mareantes españoles la idea de aquellas inmortales expediciones, yace de todo punto ignorada en nuestras bibliotecas. Sábese que el famoso viaje del ciudadano de Venecia fué una y otra vez escrito en lengua francesa á fines del siglo XIII y principios del XIV: sábese que por este medio fué rescatada del olvido la memoria de las maravillosas relaciones hechas verbalmente á sus compatriotas por aquel afortunado mercader, que iba á vincular para siempre su nombre en la historia de las ciencias. Rusticiano de Pisa, celebrado abreviador de las ficciones caballerescas, y entre ellas de los amores de *Lanzarote del Lago*, origen del bellísimo episodio de *Francesca de Rímini* en la *Divina Commedia* [1], preso el 8 de setiembre de 1298, al par que Marco Polo, por la armada vencedora de los genoveses, es encerrado con tan esclarecido viajero en los calabozos de aquella República, oyendo de sus lábios la narracion de las peregrinas aventuras, que le habian acaecido en la India. Marco Polo desconoce el arte de escribir; pero con aquel entusiasmo del veterano que refiere, ya en avanzada edad, sus primeras campañas; con aquella satisfaccion de quien excita siempre en los oyentes honda admiracion y respeto, cuenta á Rusticiano cuanto ha visto, cuanto ha hecho él mismo en las regiones desconocidas del Oriente; y el afamado rapsoda, que ve palidecer ante aquel portentoso relato las fantásticas y aplaudidas imaginaciones del mundo caballeresco, se apresura á ponerlo en la lengua de los poemas carlowingios, imaginando sin duda que ven-

1 *Inferno*, capit. V.

ceria su reputacion, en lo sucesivo, la más alta reputacion de los cantores de Roldan y de Carlo-Magno. Ocho años adelante, restituido ya Marco Polo á la libertad, referia de nuevo en Venecia al caballero Tibaldo de Cepoy sus trabajos y aventuras; y corregido el texto de Rusticiano á presencia del mismo Polo, era presentado poco despues á Cárlos de Valois, que aspirando á reclamar el imperio de Constantinopla, cuyos derechos le habia traido en dote Catalina de Courtenay, emperatriz titular de los griegos, buscaba con avidez cuantas noticias pertenecian al Oriente.

Ninguna huella, ninguna influencia hallamos de estas redacciones del *Libro del Marco Polo*, que han corrido muy desigual fortuna hasta en el suelo de Francia [1], en la literatura española, durante la primera mitad del siglo XIV. No así en el último tercio de aquella memorable centuria. Un varon respetable por su esfuerzo y su virtud, digno de duradero aplauso por su amor á las letras, y levantado por su nobleza á la suprema gerarquía de la milicia hospitalaria de San Juan de Jerusalen, conoce en sus viajes el *Libro de Marco Polo*, y quiere que los portentos, que encierra, sean admirados en su lengua nativa. Don Frey Juan Fernandez de Heredia, maestre de aquella ínclita Órden, para quien son los estudios históricos noble incentivo y deleitoso descanso de árduos y trascendentales cuidados políticos, acomete pues la empresa de poner en castellano las narraciones maravillosas de la India Oriental; y mientras recoje en abundante y precioso repertorio, hasta ahora desconocido de los eruditos, la *Flor de las Historias de Oriente*, reserva el *Libro de Marco Polo* para que sirva de remate y corona á tan peregrina compilacion, que, unida á sus *Crónicas*, constituye uno de los más claros títulos de la cultura española en los tiempos medios.

Quilatados dejamos ya el valor especial de cada una de

1 La redaccion de Rusticiano, más incorrecta y ruda que la de Cepoy, ha sido publicada por la Sociedad de geografía de Francia, quedando la segunda inédita. Mr. Paulino Paris, nuestro especial amigo, á quien despues citaremos, se duele de esta mala eleccion, manifestando que sólo puede explicarse, suponiendo á los autores preocupados por el deseo de publicar el texto más antiguo.

estas producciones [1]. Cumpliéndonos aqui ilustrar especialmente el *Libro de Marco Polo*, traido á lengua castellana por tan ilustre aragonés, recordaremos que existe por ventura en la renombrada Biblioteca del Escorial, bien que no ha podido ser conocido por quien no haya gastado largos años en el exámen de los códices que tan rico depósito encierra, merced á la viciosa é insuficiente disposicion de sus antiguos índices. Compréndese, como en otro lugar advertimos, en el códice signado Z. j, 2., y ocupa en dicho volúmen desde la foja 58 á la 104 *inclusive*: está escrito en blanca y hermosa vitela, formado á dos columnas, en fólio, de clara, grande y bella letra del siglo XIV, como todas las obras de don Frey Juan Fernandez de Heredia, cuyo retrato de gran maestre se mira en la primera plana de todos sus MSS. Al fólio 58 indicado, hallamos el siguiente sencillo epígrafe: AQUÍ COMIENZA EL LIBRO DE MARCO POLO, CIBDADANO DE VENECIA.

Mas ¿qué es el *Libro de Marco Polo?*... ¿Era su viaje el primero hecho á las regiones orientales?...

Contábase el año de 1270, cuando dos mercaderes venecianos, llorados largo tiempo habia por su familia, tornaban al hogar doméstico despues de tres lustros de ausencia, llenando de admiracion á sus compatriotas, que acudian en tropel á saber de sus labios las aventuras que habian corrido en sus peregrinaciones. ¿De dónde venian?... ¿Quiénes eran?... Albergados en un palacio hereditario de la barriàda de San Juan Crisóstomo, súpose muy luego que eran Maffeo y Nicolao Polo, hermanos, que tenian casa en Constantinopla de muy antiguo y que, aventurándose á pasar á la Soldachia (Sudac), abandonaron á Bizancio, sin dar despues cuenta alguna de sus personas. Con deseo del logro y no mal abastecidos de joyas, habian partido en efecto de la extremidad meridional de la Crimea, encaminándose á las orillas del Volga, donde fueron bien recibidos de un nieto

1 Cap. V. de este tomo. Ni Ticknor ni sus traductores, han hecho mencion de estos monumentos, y el único autor que cita una de las *Crónicas* á que aludimos, lo hace de tal modo, que prueba no haberla hojeado siquiera. De esto hay mucho en lo historia de nuestras letras.

de Gengis-Khan, cuya mala suerte ponia á poco su imperio bajo el yugo de los tártaros, obligando á los mercaderes á pasar el Volga y á internarse, tocando los confines septentrionales del mar Caspio, en los dominios de la Persia, cuya principal ciudad, Buckara, les daba albergue por el espacio de tres años, si bien deseaban siempre volver á Europa.

Un accidente inesperado dificultaba más y más este intento: enviado por el nuevo emperador de los tártaros occidentales al Gran-Khan un embajador extraordinario, para arreglar sus relaciones, paró en Buckara algunos dias, llegando á su conocimiento con no poca sorpresa que existian en el centro del Asia dos mercaderes europeos, los cuales hablaban fácil y correctamente el *tártaro:* quiso verlos, y al confirmarse en la exactitud de la noticia, les ofreció presentarlos en la corte del emperador del Catay:—«El »señor del mundo (les dijo) nunca ha visto *latinos;* pero le han »inspirado con frecuencia el deseo de verlos. Si venis en acom»pañarme, obtendreis en su corte tanta honra como provecho». Maffeo y Nicolao cedieron á la tentacion, y al cabo de doce meses fueron, en efecto, presentados al Gran-Khan, quien admirado á su vista, les hizo mil y mil preguntas sobre las costumbres, el gobierno y la religion de los cristianos. Satisficieron los mercaderes á estas demandas de tal manera, que encendido en el emperador el anhelo de conocer los misterios de la fé católica, les rogaba muy ahincadamente que tornasen á Italia y que llevaran cien teólogos para disputar con los doctores de su ley sobre cuál era la verdadera. Colmados de riquezas y armados de un seguro imperial, que consistia en una laminilla de oro, manera de talisman que debia asegurarles la proteccion y el respeto de todas las naciones sometidas á los tártaros, tomaban la vuelta de Europa; y despues de dos años de camino, llegaban á la Siria, y embarcados en San Juan de Acre, aportaban por último á Venecia.

Maffeo y Nicolao habian empeñado su palabra al Gran-Khan y venian con la firme resolucion de cumplirla. A fines de 1271, se hacian de nuevo á la mar, en busca del gran Catay; pero esta vez no iban solos. A una breve comitiva de criados, que el cebo de las riquezas hacia sumisos y devotos, se habian agre-

gado dos frailes predicadores que gozaban alta reputacion de teólogos, y con ellos un jóven de diez y siete años, en quien brillaban ya las insignias de bachiller en artes, avalorando sus extraordinarias dotes naturales y dando esperanzas de lo que debia ser, llegando á edad granada. Llamábase este jóven Marco Polo, y habia nacido pocos meses despues de la primera ausencia de Nicolao, su padre. Formada así la comitiva de los dos mercaderes, atravesaron estos la Persia y aun la China, de Oriente á Occidente, y llegaron por último á las fronteras del imperio, hallando en Clemen-Fú al Gran Kan, cuya admiracion y alegría corrieron parejas, al verlos de nuevo, deseando vivamente saber quién era el jóven que los acompañaba. Manifestábale Nicolao que era su hijo, añadiendo que desde aquel momento le ponia bajo su proteccion y tutela; y tan pagado se mostró el emperador de esta gallarda y discreta respuesta que le concedia al punto lugar distinguido entre sus privados, colmándole de beneficios y poniendo á su cuidado árduas y difíciles empresas. Tan honrado se juzgó tambien Marco Polo, al contarse entre los dignatarios del Gran Khan que desde entonces antepuso á su nombre el título de *Micer* ó *Monsignor*, usado á la sazon únicamente por nobles y caballeros.

«Fácilmente se acomodó Micer Marco Polo á las costumbres del »Catay (escribe un digno miembro del Instituto de Francia [1]). En »poco tiempo aprendió varias lenguas y supo usar cuatro diversas »escrituras. Era por extremo prudente; y cuando el emperador »le vió tan cumplido, le encomendó una mision de confianza en »una provincia, cuya distancia se calculaba por seis meses de ca»mino. Era esto cuanto ambicionaba el jóven; su mayor felici»dad consistia en ver mucho, para tener mucho que contar.... »Demás de otras varias comisiones análogas, desempeñó Marco »Polo el cargo de Gobernador de provincia; siguió al Gran Khan

1 Tenemos á la vista una curiosa, aunque breve memoria del muy docto Mr. Paulino Paris, conservador de la Biblioteca Imperial, la cual fué presentada al Instituto de Francia el 25 de octubre de 1850, con el título de: *Nouvelles recherches sur les premiéres rédactions du Voyage de Marco Polo.* De este apreciable trabajo tomamos las líneas entrecomadas.

»en las guerras; y los anales de la China, de acuerdo en este »punto con su libro, atestiguan que la ciudad de Siang-Yang-Fú, »rebelada hacia muchos años, no pudo resistir el uso de ciertas »máquinas trazadas y ejecutadas bajo la direccion de los tres »negociantes latinos».

Á describir tan apartadas regiones, teniendo en cuenta la religion, los usos, costumbres y administracion de aquellos pueblos y tomando en consideracion las fuentes agrícolas y comerciales de las comarcas por él visitadas ó gobernadas, se encaminaba el *Libro de Marco Polo*. El códice español que en su lugar examinamos, se compone de sesenta y cinco capítulos en el órden siguiente:

I. De la provinçia de Sannilis.
II. De la provinçia de Quindis.
III. De la ciudat de Campion.
IV. De la ciudat de Esmagui, ques al cabo del desierto.
V. De cómo fizieron senyor á Cagiscan.
VI. Cómo los tártaros están volonterosamente en lugares planos.
VII. De la husanza et maneras de los tártares et de lur ley.
VIII. Cómo los tártares grandes senyores se façen soterrar en el Cayan.
IX. De cómo ome parte de Campicuy, troba onbre grandes peligros.
X. De la provinçia de Tendut, en la qual ha villas assaz.
XI. De la ciudat de Siendi, la qual el grant Chan fizo fer.
XII. De cómo el grant Chan está en la ciudat de Guambalech.
XIII. De la hueste del grant Chan de lo que fizo aprés.
XIV. De cómo el grant Chan faze grandes, quando tiene puesta su taula.
XV. De la fiesta que facen los tártares al dia que nacen.
XVI. De la ciudat de Guambalech.
XVII. Cómo el senyor de los tártares enbió Marco Polo.
XVIII. De la ciudat de Scazianfú, ques en el Cathay.
XIX. Cómo partiendo de Cazianfú, se troban muchos logares.
XX. De la provinçia de Atalech.
XXI. De la provinçia de Sardanfú.
XXII. De la provinçia de Letabeh.
XXIII. De la provinçia de Canda.
XXIV. De la ciudat de Carian.
XXV. De las encontradas de Bagall.

XXVI. De una aballada que se troba, partiendo de Sardianfú
XXVII. De la provinçia de Galla.
XXVIII. De la provinçia de Aniu ques de vers leuante.
XXIX. De la provinçia de Coloman.
XXX. De la provinçia de Sanguí.
XXXI. De la ciudat de Carianfú.
XXXII. De la noble ciudat de Singuinimar.
XXXIII. De la grant provinçia de Daumangui.
XXXIV. De la ciudat de Quinssay.
XXXV. De la ciudat de Doygangui, ques al entrar de la provinçia de Daumangui.
XXXVI. De la provinçia de Sanguí.
XXXVII. De la ciudat de Cugur.
XXXVIII. De la ciudat de Singuy.
XXXIX. Del Realme dė Cunigui, ques muy rico et delectable.
XL. Del Realme de Tunguy.
XLI. De las maneras de la India.
XLII. De la ciudat de Tupangui.
XLIII. De la isla de Siamba.
XLIV. De la ciudat de Malem.
XLV. De la isla de Janmea.
XLVI. De la isla de Seilam, et tróbase la provinçia de Malabar.
XLVII. De los Abamius, onde es el cuerpo de Sant Tomás.
XLVIII. Del Realme de Cumian.
XLIX. Del regno de Cleví, ques en vers poniente.
L. Del regno de Gafur.
LI. Del regno de Gananbusch.
LII. Del regno de Gemanant.
LIII. De la alta mar, en que ha dos provinçias.
LIV. De la isla de Scoyra.
LV. De la isla de Machiscar.
LVI. De la isla de Tanguibar, que es muy grant.
LVII. De la provinçia de Habetes, ques mediana India.
LVIII. De la grant provinçia de Aden.
LIX. De la ciudat de Alhier.
LX. De la noble ciudat de Gudufar.
LXI. De la grant ciudat de Palatú.
LXII. De la grant plaza de Jemous.
LXIII. De las gentes de Turqueman, et cómo adoran en Mahomet.
LXIV. De la grant Erminia, ques grant provinçia.
LXV. Como los georgeanos son de yuso de la senyoría de los tártares.

Todas estas regiones, nunca antes mencionadas en libro alguno, escrito en nuestros suelo; todas estas peregrinas historias no conocidas de nuestros eruditos, realzadas por la pintoresca narracion de aquellas costumbres que tan vivamente contrastaban con las del pueblo español, venian pues á herir la imaginacion de nuestros mayores, aumentando en su fantasía las maravillas del arte caballeresco, que se levantaba á la sazon con no pequeña parte del imperio de las letras. Don Frey Juan Fernandez de Heredia, ponia el *Libro de Marco Polo* en la lengua vulgar de los aragoneses, dejándonos en él claro ó incontestable testimonio de los diferentes matices, que distinguian esta habla de la usada en Castilla y de la cultivada por los poetas y cronistas catalanes. Su estudio desvanece el error, acreditado ha largo tiempo entre los doctos por la autorizada declaracion de un Cuerpo, á quien compete el fallo de estas materias; error que supone haber sido propio y usual de los pueblos aragoneses el dialecto de Cataluña, negando en consecuencia, contra toda justicia, á los moradores del Ebro la participacion que legítimamente les corresponde, en el desarrollo de la gran literatura nacional, enriquecida por el rey Sábio y don Juan Manuel, Gonzalo de Berceo y el Archipreste de Hita. Probado dejamos ya en diferentes pasages de la presente *Historia* cuán grande han sido en este y otros muchos puntos el desacuerdo de la crítica y el olvido de los más preciosos monumentos de nuestra cultura: bien será que ofrezcamos aquí algunas muestras del *Libro de Marco Polo*, á fin de que, probadas con el ejemplo las preinsertas observaciones, formen nuestros lectores cabal idea del códice Escurialense, literariamente considerado, y completando el estudio que hicimos en el capítulo V de este II.° Subciclo, aprecien al par los merecimientos del Gran maestre del Hospital y sus dotes de escritor, nada comunes al declinar del siglo XIV. Veámosle, al pintar en el capítulo XV la fiesta, con que celebran los tártaros el aniversario de su nacimiento:

«Sabet (dice), que todos los tártares fazen grant fiesta una vegada en »el anyo, es á saber, cada uno el dia que nasçe. Et aqueste senyor (el »gran Kan) nasció á veynte et ocho dias de la luna de setiembre, et en »aquel dia se faze una grant fiesta en su palaçio et por todas sus tierras

»en aquesta manera: Aquellos doçe mil onbres quel' guardan, et son »como acompañamyones del senyor, cascun daquestos aquel dia visten »ropas todas de un color, et el senyor viste aquel dia con ellos de sem»blante color, et visten con él todos los varones que seyan con él et todos »los de su linaie que son bien quarenta mill. Et vale cascuna ropa de »mill piezas d'oro en asuso. En el qual dia él da grandes donos, et assi »mismo son fechos á él muchos presentes: assi que non ha senyor al mun»do, que tan grandes donos faga, como aqueste. Et todo lo que le es en»viado resçiben onrrados onbres, los quales lo scriben todo, por fer me»moria al senyor. Et aquel dia le son enviados presentes de todas sus »provinçias, et encara de algunas otras, los quales presentes son oro, »perlas et piedras preçiosas, las quales son de tan grant valor que onbre »no lo puede estimar. Assí mismo le son enviados en aquel dia cavallos et »yeguas, palafrenes et horitantes, bien cinqüenta mill que todos van cu»biertos de draps, et cascuno daquestos aduce un coffre pleno de varie»lla de argent et de oro. Et por aquesta manera se faze aquesta festa una »vegada en el anyo. Et en la corte del senyor se crian muchos falcones, »et de todas otras maneras de aves, así gerifaltes et águilas: et le crian »leones, lobos, leopardos et muchas otras bestias, con que caza et prende »las bestias salvajes.»

Oigámosle en el capítulo XVII, donde narra «*Cómo el senyor »de los tártaros envió Marco Polo*,» y da á conocer los grandes viajes, que hizo en el centro del Imperio.

«Sabet que quando el senyor Cumplayn envió por su menssagero el »dicho Marco Polo, partió de Guambalech et andando por poniente, en»cavalgó por sus jornadas bien quatro meses et lo que vido uos reconta»ra d'aquí avante. Quando fué partido de Guambalech, caualgando X le»guas por poniente, se trova un rio ques llamado Pillisónguidas, el qual »vá en el mar Oceano, en el qual van muchas fustas con mercaderías á »las yslas de India; et en aqueste rio ha un puente de piedra muy grant »et bello que ha de luengo tres mil passos et de amplo CVIII passos et »ha XXIIII vueltas que son fundadas sobre grandes colomnas de már»bre; et es la una colona çerca de la otra una grant pieça: et de la una »parte et de la otra enderredor deste puente ha muchas villas et castie»llos. Et partiendo del dicho puente, cavalgando XXX leguas por po»niente, trova onbre bellas hostalerías, quel Senyor ha fecho fer á servi»cio de sus menssageros que envia en aquellas partes; el qual camino es »pleno de bellas vinyas. Et apres trova onbre una bella ciudat que se »clama Guingui, la qual es noble et rica, onde se facen draps d'oro et de »seda en grant número. Et aquí hya muchas abadías de lures ydolos. »Et quando partiamos de la ciudat et hubiemos cavalgado dos leguas, »trovamos dos caminos: por el uno vá onbre al poniente et por el otro al

»Exaloch; aquel de poniente vá al Cathay et el otro de Exaloch vá á la »provinçia de Manguí, ques muy grant provincia. Et cavalgando onbre »camino de poniente X jornadas, trova onbre ciudades, villas et castie»llos bien habitados et muy delectables, onde hya grandes praderias et »otras cosas muy plaçientes; et las gentes bien graçiosas. Et á la fin des»tas X jornadas, trova onbre un realme, que se clama Corianfú, etc.» [1]

Repitámoslo: ¿puéde suponerse con fundamento de verdad que fuera este libro de todo punto estéril, cuando tan grande influencia alcanzaba en el campo de las letras, todo lo extraordinario y maravilloso?... Un suceso de aquellos que muestran á la filosofía cuán frágiles y perecederas son las grandezas y pompas humanas; la fundacion del imperio de Timur-Beck (Tamerlan ó Tamorlan), debido al valor y raras dotes bélicas de aquel hombre afortunado, que trocó el cayado por la espada y á cuyos golpes caen por tierra los más bien cimentados tronos, avisaba á los españoles de que las peregrinas historias del *Libro de Marco Polo* eran verdaderas. Ruy Gonzalez de Clavijo, enviado con otro hidalgo y un religioso á la corte de Timur-Beck, escribe en los primeros dias del siglo XV otro libro, que, como han visto ya los lectores en el citado capítulo V, presenta á Enrique III de Castilla, para darle menuda cuenta de su embajada. Clavijo no visita todas las comarcas recorridas por Marco Polo; pero confirma no pequeña parte de sus narraciones, descubre á la contemplacion de sus compatriotas las costumbres, los ritos, las creencias y ceremonias de un mundo desconocido; y mientras despierta en unos la incredulidad, que halla despues sectarios aun entre los hombres más ilustrados [2], enciende en otros el deseo de conocer aquellas regiones por él descritas, deseo que debia encontrar, andando el tiempo, quien aspirase á realizarlo.

Hé aquí pues cómo el *Libro de Marco Polo*, arrojando en la oscuridad de la edad media la idea del Oriente, que hallaba natural preparacion en la historia de las Cruzadas, y (dentro de nuestra España) en la heróica *Expedicion de Aragoneses y Ca-*

1 Demás del *Libro de Marco Polo* contiene el códice Escurialense otro tratado moral, que se comprende desde el fól. 105 al 250, terminando con el *De secreto secretorum* de Aristóteles (fól. 254 á 312).

2 Mariana, *Historia General de España*.

talanes, pintada por la enérgica, ingénua y pintoresca pluma de Muntaner, viene á fructificar en el terreno de los hechos. Polo y Clavijo han ido al Oriente por caminos de todo el mundo conocidos; pero arrostrando peligros sin cuento, viviendo siempre á merced de la barbarie, con la incierta esperanza de volver á la patria, para revelar á sus compatriotas cuanto han admirado allí sus ojos. Menester era tentar vias más seguras; ir al Oriente, no como peregrinos que demandan hospitalario albergue, sino como representantes de una nacion grande y poderosa. Esta aspiracion, vaga é indeterminada al principio, debia cobrar cuerpo y consistencia á medida que el imperio español extendiese sus robustos brazos por el mundo: Isabel y Fernando reunen en una las coronas de Aragon y de Castilla: el último baluarte del Islam recibe al cabo sus triunfantes barras y leones; y en aquel momento supremo, un hombre que habia hallado patria en nuestro suelo, que habia vivido en nuestras islas por largos años, y que habia recogido sin duda las tradiciones populares de nuestros marinos y escuchado de boca de nuestros abuelos las relaciones de Clavijo, se presenta á Isabel y Fernando, no para ofrecerles un *nuevo mundo*, galardon que les tenia reservado la Providencia, sino para mostrar, por medio del Océano, nuevo y desusado camino que condujese al Oriente, libre de los conflictos y peligros, arrostrados por Clavijo y Marco Polo.

Tal era la empresa de Cristóbal Colon, que realizaba en otro sentido y casi al propio tiempo el valeroso portugués Vasco de Gama. ¿Podrá ponerse en tela de juicio que el inmortal genovés no se equivocaba, al trazar en las aguas del Atlántico aquella desconocida ruta para el Oriente? Las memorables expediciones de Hernando de Magallanes y de Sebastian de Elcano desvanecen toda sospecha: nadie ignora hoy que este y no otro fué el intento de Colon, que estos y no otros fueron los sueños dorados de su privilegiada fantasía; y á nadie es dado tampoco negar que se inspiró en las maravillosas narraciones de Marco Polo. ¿Seria temerario el sostener la ya apuntada conjetura de que nació el pensamiento de Cristóbal Colon, de la lectura hecha en la version de don Frey Juan Fernandez de Heredia?... ¿Pareceria descabellado el indicar que puede el libro de Clavijo contribuir tam-

bien á este felicísimo resultado?... Pruebas fehacientes, pruebas verdaderamente históricas no tenemos para demostrarlo; pero aunque es posible que Cristóbal Colon conociera alguna de las redacciones francesas del *Libro de Marco Polo*, arriba citadas; aunque pudo poseer alguna de las versiones latinas del mismo tratado y aun algun ejemplar de las italianas, si es que ya existian, siempre será de gran peso para esta cuestion, á que dá márgen la aparicion de un códice castellano del siglo XIV, la circunstancia de haber hallado el ensayo de Heredia imitadores en la literatura española, é imitadores tales que escriben bajo la impresion producida en su ánimo por el mismo espectáculo que habia inspirado á Marco Polo.

En la opinion universal, en el deseo de los más entendidos mareantes españoles, vivian ya la idea y el anhelo de conocer las vias que llevaban á las Indias orientales, fuera de las frecuentadas por las demás naciones de Europa: puesta España en los últimos términos del Occidente, á ella, más que á ningun otro pueblo, cumplia llenar los fines providenciales de la civilizacion moderna en aquel alto y transcendental sentido: y cuando Cristóbal Colon aparece en la corte de Castilla, si pudo ser tenido por el fanatismo ó la ignorancia como un despreciable visionario, si halló alguna contradiccion, fundada en la no fecunda ciencia de los cláustros, no se olvide que personificaba aquel deseo verdaderamente nacional y patriótico, que iba á imprimir más tarde el sello de la espontaneidad al descubrimiento y conquista del *Nuevo Mundo*.

No en otro sentido damos aquí importancia científica á la version española del *Libro de Marco Polo*, debida á la ilustracion del Gran Maestre del Hospital, don Frey Juan Fernandez de Heredia. Indicamos una conjetura: no ofrecemos una demostracion histórica; pero tampoco la tenemos por imposible ni menos infundada. En el nacimiento y desarrollo de las ideas, pocos fenómenos se operan sin que reconozcan leyes fijas é inmutables, bien que no siempre se ofrezcan con la misma claridad y evidencia á vista del historiador y del filósofo. Al descubrimiento de América preceden los hechos que dejamos apuntados, y otros muchos, no insignificantes en verdad, así en la historia de las

ciencias como en la historia de las letras. ¿Podremos merecer título de aventurados, al indicar alguna de sus más visibles relaciones?... Otros estudios, hechos más de propósito y con mayor espacio, deberian completar estos apuntes: tal vez más adelante, teniéndolos presentes, y consultando nuevos documentos, nos será permitido deducir más luminosas consecuencias, respecto del nunca bien celebrado descubrimiento del Nuevo Mundo. Parte no exígua pretenden tener tambien en este maravilloso y fecundísimo suceso otras naciones de Europa, si bien respetando la gloria de Cristóbal Colon. La etnografía y la historia aparecen altamente interesadas en el esclarecimiento de estas cuestiones, que tan de cerca atañen á la civilizacion española: obligacion nuestra era el no llegar los postreros á tomar parte en tan útiles investigaciones, mostrando así que no menospreciamos nuestra propia gloria, cuando enaltecemos la de nuestros antepasados.

INDICE.

Páginas.

